

STEVEN SAYLOR



LA SERIE DE MISTERIO DE LA ANTIGUA ROMA

EL ENIGMA DE CATILINA

NOVELA HISTÓRICA

booket

El enigma de Catilina

La serie de misterio de la antigua Roma

Steven SAYLOR

Roma Sub Rosa - 5



Esta edición ePUB contiene el libro **El enigma de Catilina** de **Steven SAYLOR** publicado por la editorial **BOOKET**, ISBN: **9788408067498**
Título original: **Catilina's Riddle** traducido por **Esther Gómez Parro**
Fecha de la edición original: **2006**

Primera Versión de este ePUB:2011-05-12
Versión Actual: 2011-05-12
Versión Plantilla CSS: BBPPLARdTv1_173LEA.css

Atribuciones:atribuciones



Este libro cumple las *Buenas Prácticas de LARdT para un ePUB decente* version BBPP LARdT v1.173

Puedes utilizar el código CSS contenido en este libro para mejorar la calidad de tus copias privadas y para uso no comercial siempre y cuando cites su procedencia, incluyendo el logo bbpp y la frase anterior. ***Más libros, más libres***

Reseña:

Harto del desorden y la polución de Roma, Gordinano el Sabueso se ha marchado a vivir al campo. Allí traba amistad con Sergio Catilina, conspirador en ciernes que quiere presentarse a las elecciones consulares con su programa radical y populista. La gran ocasión para que Gordinano, con la ayuda de su hijo, saque a relucir su talento, y de paso aumente su ya considerable fortuna.

Al espíritu de mi madre.

En otra sección [del escudo de Eneas] añadiera el artífice las moradas del Tártaro, las altas puertas de Disyel castigo de los réprobos, ya ti, oh Catilina, amenazado por la roca en que te hallas suspendido y tembloroso a la vista de las Furias...

VIRGILIO, Eneida, VIII, 665–669

*¿Cuánto hemos cambiado
y modificado nuestro destino
desde que el malvado CATILINA
se marchó y abandonó Roma?
Una vez le creímos inocente
y acusamos al cónsul
de maliciosas intenciones
y abuso de poder.
Desde que eso oímos,
va armado y creemos que no,
pero cargamos al cónsul con nuestros males
para que le dejara ir.
Así, al censurar el Estado,
todavía disparatamos
y hacemos del prudente magistrado
el blanco de la calumnia.
BEN JONSON,
La conjuración de Catilina, IV, 863–878*

*¿Qué es la verdad?
PONCIO PILATOS*

Sobre las fechas

Antes de que Julio César reformara el calendario, los romanos no contaban los días del mes por orden consecutivo, como hacemos nosotros, sino por su posición respecto de ciertos días de referencia, a saber, las calendas (primer día del mes), las nonas (quinto día de todos los meses, menos de marzo, mayo, julio y octubre, en que era el séptimo) y los idus (decimoquinto día de marzo, mayo, julio y octubre, y decimotercero de los meses restantes). Para citar un día se contaba hacia atrás partiendo de las mencionadas fechas de referencia. En esta novela trato de respetar ese sistema. Asimismo, conviene tener en cuenta que para los romanos los meses del año tenían el siguiente número de días: enero, 29; febrero, 28; marzo, 31; abril, 29; mayo, 31; junio, 29; julio, 31; agosto, 29; septiembre, 29; octubre, 31; noviembre, 29; y diciembre, 29.

Esta historia comienza el primero (calendas) de junio del año 63 a. de C.

Primera parte

NEMO

Capítulo Uno

—**S**egún Catón... —dije, haciendo una breve pausa para mirar de reojo el rollo de papiro. La intensa luz del sol estival que entraba por la ventana traspasaba el papiro oscureciendo las borrosas letras negras. Cuarenta y siete años. Mis ojos ya no son lo que eran. Puedo contar las hojas de un olivo a quince metros de distancia, pero la diferencia entre la o y la u, o entre la i y la l, ya no me resulta tan clara como antaño—. Según Catón... —repetí, sosteniendo el rollo a la distancia óptima y leyendo en silencio—. ¡Pero bueno, esto es ridículo! Catón dice claramente que a estas alturas ya se debería haber recogido el heno. ¡Pero estamos en las calendas de junio y ni siquiera hemos empezado!

—Si me permites que te interrumpa, amo... —Arato, que se había puesto de pie y estaba muy cerca de mí, tragó saliva. Era un esclavo de no más de cincuenta años, capataz de la hacienda desde mucho antes de que yo llegara el otoño pasado.

—¿Sí?

—Amo, todavía no han salido las flores de la hierba. No es extraordinario que se retrase un poco la cosecha; el año pasado ocurrió lo mismo. No pudimos segar el heno hasta casi forales de junio.

—¡Sí, y ya vi que una gran parte se estropeó en el granero! Montones de haces pudriéndose durante el invierno, y esta primavera no había con qué alimentar a los bueyes en la época de labranza.

—Pero eso fue debido a la tormenta que estropeó el tejado del granero el invierno pasado y que dejó que entrara el agua y pudriera buena parte del heno. No tuvo nada que ver con el hecho de que la siega se hiciera o no tarde. —Arato bajó la mirada y apretó los labios. Se le estaba acabando la paciencia, por no hablar de su servilismo.

—Aun así, Catón es bastante claro: «Cortad el heno cuando llegue su momento y *guardaos de hacerlo demasiado tarde*». Es cierto que Marco Porcio Catón lleva muerto casi cien años, pero supongo que la naturaleza no ha cambiado tanto desde entonces.

—Miré a Arato, que fruncía los labios con más fuerza—. Y otra cosa... —Busqué en el papiro el párrafo que me había llamado la atención la noche anterior—. Ah, aquí está: «El garbanzo es venenoso para el ganado, por lo cual debe arrancarse cuando se le encuentre creciendo entre el grano». Pero yo el otro día vi a uno de los esclavos sacando garbanzos cocidos de la cocina y mezclándolos con la comida de los bueyes. —Me pareció ver un gesto de desesperación en el rostro de Arato.

—Amo, es el *herbaje* del garbanzo lo que es venenoso para el ganado, no la semilla. Sospecho que esas hierbas también son venenosas para los humanos —añadió fríamente.

—Bueno, sí, ésa debe de ser la explicación. —Cerré los ojos y me pasé la mano por la nariz—. Como bien dices, si aún no ha salido la flor, supongo que tendremos que esperar antes de ponernos a cosechar. ¿Ya han empezado a salir las hojas en las viñas?

—Sí, amo. Ya hemos empezado a podar las cepas y a atarlas a sujeciones fijas, tal como *Catón* dice que se haga. Y ya que, siguiendo los consejos de *Catón*, sólo pueden realizar esa tarea los mejores y más expertos esclavos, quizás debería acercarme a supervisar el trabajo.

Asentí y se marchó.

La habitación me pareció de repente caliente y sofocante, aunque todavía no era mediodía. Sentía una fuerte presión en las sienas y me dije que era a causa del calor, aunque probablemente se debía al hecho de mirar de reojo el papiro y a la discusión con Arato. Salí al jardín de hierbas, donde el aire era un poco más fresco, y entonces oí un agudo chillido procedente del interior de la casa. Diana gritaba y Metón contestaba

«jamás la he tocado», seguido de una maternal reprimenda de Bethesda. Suspiré y seguí andando, crucé el portón y salí al sendero que conduce a los rediles de las cabras, donde dos de los esclavos reparaban una valla rota. Me miraron de reojo cuando pasé junto a ellos.

El sendero mellejó por el borde de los viñedos donde Arato ya estaba controlando el atado de las vides más jóvenes. Seguí mi paseo hasta llegar al olivar y allí me detuve bajo la fresca sombra. Una abeja zumbaba cerca de mi cabeza y revoloteaba de flor en flor. La seguí por la ladera hasta el límite del olivar, allá donde empezaba una zona de bosque virgen. Unos cuantos tocones desnudos mostraban el lugar donde alguna vez se había intentado desbrozar el terreno y desistido. Me alegré de que el cerro hubiera continuado salvaje y boscoso, aunque probablemente Catón habría aconsejado limpiarlo de árboles para convertirlo en terreno cultivable. Al parecer, Catón prefería las tierras altas a las bajas, pues en éstas se concentraba la humedad y estropeaba las cosechas con el mocho.

Me senté en uno de los tocones y recuperé el aliento ala sombra de un viejo y retorcido roble. La abeja volvía a zumbear cerca de mi oreja, tal vez atraída por el aroma a almendras del aceite que Bethesda me había puesto en el pelo la noche anterior. Mi cabello se estaba volviendo canoso. Al vivir en el campo, ya no me preocupaba por cortármelo con tanta frecuencia como en la ciudad, por lo que los flojos rizos caían en la nuca y en las orejas, y por primera vez en mi vida me había dejado crecer la barba, que también era medio gris, sobre todo alrededor de la barbilla.

También a Bethesda se le había ido volviendo gris el pelo, hasta que empezó a teñírsele con gena; el tinte que se preparaba era de un color rojo fuerte, como el de la sangre. Qué hermoso era aún su pelo, abundante y lujurioso. Al revés que yo, ella, con el tiempo, se había ocupado más del suyo. Ya nunca lo llevaba suelto, excepto para dormir. Durante el día lo llevaba recogido en complicados bucles en lo alto de la cabeza, lo que la hacía parecer tan altiva como cualquier matrona romana, aunque siempre la hubiera delatado su acento egipcio.

La idea me hizo reír y me di cuenta de que mi dolor de cabeza se había esfumado. Miré hacia el valle y aspiré los aromas estivales del campo: el olor de las bestias, de la hierba siseando por efecto de la seca brisa, de la tierra misma dormitando bajo el sol implacable y abrasador. Estudié el plano de la hacienda, como si se tratara de un cuadro expuesto frente a mí: el tejado rojo de la gran casa, cubriendo los dormitorios, la cocina, la biblioteca y el comedor interior; el tejado superior que indicaba dónde estaban instalados los baños; el formal patio nada más traspasar la puerta principal, con su estanque y sus flores; el segundo patio, utilizado para la fermentación del mosto, con sus pailas y cubas; el tercer patio, con su suelo pulido abierto al cielo; el jardín de hierbas pegado a la biblioteca, el cual yo había atravesado para salir. Cerca de la casa estaban los rediles y corrales, el pozo y la pequeña caseta donde se guardaba el lagar. La tierra que rodeaba todo esto se hallaba dividida en función de sus diversos usos: campos de cereales y otros cultivos, viñedos y olivares. Las lindes estaban delimitadas, a mi izquierda, por un arroyo arbolado; a mi derecha, por la carretera de Roma (la amplia y pavimentada Vía Casia); y a lo lejos, más allá de una gran extensión de campos cultivados, por un murete de piedras que iba desde el arroyo—hasta la calzada. La cuarta frontera la formaba el cerro en el cual me hallaba sentado ahora. Era un escenario idílico, digno de un poema o de un elogio del viejo Catón, pensé en ese instante. Es el sueño de todo romano, rico o pobre: tener una hacienda en el campo para escapar de la turbulencia y locura de la ciudad. Contra toda expectativa, yo lo había conseguido. ¿Por qué, entonces, no era feliz?

—No perteneces a esta tierra, Gordiano. Di un respingo y me volví.

—¡Claudia, me has asustado!

—Eso es mejor que estar aburrido o triste.

—¿Y cómo, sin verme la cara, puedes decir si estoy aburrido o si soy desdichado?

Mi vecina apoyó las manos en sus anchas caderas y me miró de soslayo.

—Las piernas separadas —dijo—. Los codos apoyados en las rodillas, las manos abiertas sosteniendo la barbilla, la cabeza inclinada hacia un lado, los hombros caídos... Si tuvieras treinta años menos, Gordiano, te diría que eres desgraciado en amores. Pero en tu caso se trata, sencillamente, de que vivir en el campo no es lo tuyo. Permíteme que me siente a tu lado y que te muestre cómo contempla esta magnífica escena alguien que de verdad ama el campo.

Se sentó en el tocón, dejando caer bruscamente en él el acolchado trasero y soltando una generosa carcajada. Estiró las piernas, apoyó las palmas en las rodillas y fijó la mirada en el espectáculo que se abría ante sus ojos. Claudia era prima de mi difunto amigo y benefactor Lucio Claudio, del cual había heredado yo la hacienda. Se parecían como dos gotas de agua y de hecho, en muchos sentidos, Claudia era la encarnación femenina de Lucio, lo que me había llevado a apreciarla desde el primer momento. Al igual que Lucio, tenía los dedos como salchichas, las mejillas como ciruelas y la nariz como una cereza. Tenía bastante más pelo que Lucio, que se había quedado calvo antes de morir, pero, como el de su primo, era rojo oscuro (aunque su color había perdido intensidad con los años y aquí y allá los mechones rojizos alternaban con otros plateados) y de la misma textura fina y deshilachada; lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en una descuidada coleta de la cual escapaban mechones rebeldes que flotaban alrededor de su cordial y redonda cara. Sin embargo, a diferencia de Lucio, prescindía de los ornamentos en su atuendo y la única joya que le había visto llevar era una sencilla cadena de oro colgada al cuello. Despreciaba la estola femenina por considerarla poco práctica para la vida en la granja y prefería el uso de largas túnicas de lana de colores rústicos, de modo que, de lejos, habida cuenta del tamaño de su cuerpo y su sencilla vestimenta, bien se la podía confundir con un hombre, incluso con un esclavo; una ironía teniendo en cuenta su noble ascendencia patricia.

Su hacienda se hallaba al otro lado del cerro. Cuando digo que era suya, hablo en sentido literal, pues poseía todos los derechos de propiedad sin recurso a padre, hermano o esposo. Al igual que Lucio, Claudia no se había casado nunca, pero se las había ingeniado para vivir independientemente y a su manera. Esto, que constituía toda una proeza incluso para una rica matrona de la ciudad, no era menos notable en una mujer de la nobleza rural romana, y demostraba una fuerza y resolución de carácter de la cual no daban indicios los rasgos suaves y redondeados de Claudia.

Cómo había conseguido arrancar su pedazo de tierra del patrimonio de la familia Claudia era algo que yo ignoraba. Su granja constituía sólo una pequeña parte de las propiedades que la familia tenía en la región. De hecho, yo estaba rodeado de Claudios por todas partes. De la cumbre del cerro hacia el sur estaba la pequeña granja de Claudia, que en general se tenía por una de las extensiones más pobres, dada la naturaleza rocosa de la ladera y la poca altura del valle, que se veía afectado en invierno por esas nieblas bajas que tanto temía Catón. Al otro lado del arbolado arroyo, hacia el oeste, estaban las tierras de su primo Publio Claudio; desde mi posición apenas podía ver el tejado de su enorme villa por encima de las copas de los árboles. Más allá de la muralla del norte estaba la propiedad de otro primo, Manio Claudio, pero debido a la distancia se veía muy poco de sus tierras y nada de su casa. Cruzando la Vía Casia, al este, el terreno se tornaba abrupto y rocoso al pie del monte que los naturales del lugar llamaban Monte Argento, cuya cima estaba coronada por un denso bosque. Esta tierra era propiedad de otro Claudio llamado Cneo, y se decía de ella que era estupenda para la caza del ciervo y del jabalí. En algún lugar profundo del corazón del monte había también una mina de plata, de la que se decía que se había agotado hacía mucho. Podía ver claramente el serpeante sendero que ascendía por la ladera del monte y desaparecía en un lado tachonado de pinos; el camino donde en otro tiempo debía de ser habitual ver muchos esclavos subiendo y bajando carromatos

estaba ahora abandonado y no servía más que para las cabras.

De todas estas propiedades todos sabían que la mejor, con diferencia, era la de Lucio Claudio, mi benefactor, y Lucio me la había dejado a mí en su testamento. Los Claudios, representados por una legión de abogados, habían querido declarar nulo el testamento, pero todo había sido en vano. Había tenido que testificar ante un tribunal romano y la granja era mía.

—Verdaderamente es un lugar hermoso —dijo Claudia, bajando la vista al tejado rojo y las tierras de cultivo—. Cuando era niña todo estaba muy descuidado; Lucio no estaba interesado por aquel entonces en los problemas del campo y dejó que se echara a perder. Luego, bueno, hará unos quince años (después de conocerte y de que corrierais vuestra primera aventura juntos), empezó a interesarse por este sitio y a visitarlo con frecuencia. Compró a Arato y lo nombró capataz, plantó nuevos viñedos y olivos, trajo más esclavos y restauró la casa. Convirtió la hacienda en una empresa rentable y en un lugar de reposo lejos de la ciudad. A todos nos sorprendió su éxito. También su repentina muerte el año pasado —concluyó suspirando.

—Sí, y os desilusionó el heredero que había nombrado —añadí con toda tranquilidad.

—Vamos, Gordiano, no debes guardarnos rencor. No puedes culpar a mi primo Cneo por llevarte a juicio. Lucio era su primo y todos esperábamos que heredara sus posesiones, ya que sus tierras sólo valen para la caza, no son cultivables y la mina de plata se agotó hace tiempo. ¡Una pena! Cicerón defendió tu caso brillantemente, como de costumbre. Tuviste suerte de contar con su ayuda. La fortuna de Lucio no era nada desdeñable. Yo heredé las joyas de su madre y la villa urbana que tenía en el Monte Palatino. A ti te dejó su finca etrusca y todos lo hemos aceptado.

—Me consta que tú sí, Claudia, pero no estoy tan seguro de tus primos.

—¿Por qué? ¿Es que han vuelto a hostigarte?

—No exactamente. No he visto a Cneo ni a Manio desde el día del juicio, pero ambos enviaron un mensajero a mi capataz para decirle que ojo con que ninguno de mis esclavos pise sus propiedades, no sea que vuelvan tullidos o mutilados. —Claudia frunció el entrecejo y movió la cabeza.

—Lamentable. ¿Qué me dices de Publio? Es el mayor y siempre ha sido sensato.

—Bueno, la verdad es que es posible que vayamos pronto a juicio.

—¡No! ¿Por qué?

—Parece que hay algunos desacuerdos sobre el arroyo que marca el límite de nuestras dos fincas. El título de propiedad que heredé de Lucio indica con toda claridad que tengo derecho a utilizar el arroyo y todo lo que hay en él como me plazca, pero hace poco Publio me envió una carta en la que afirma que los derechos le pertenecen exclusivamente a él. Supongo que al final lo arreglarán todo los abogados, pero mientras tanto los ánimos andan algo crispados. Ayer, sin ir más lejos, mis esclavas estaban lavando ropa a cierta distancia de unas esclavas de Publio y éstas empezaron a revolver el agua hasta que se llenó de cieno; mis esclavas las insultaron y las de la otra orilla les respondieron. Hasta que llegaron los dos capataces y pusieron fin a la disputa. Una de mis esclavas resultó herida de una pedrada.

—¿Una herida grave?

—No, pero sangraba mucho y le quedará una buena cicatriz. Si me gustaran los litigios, denunciara a Publio y le exigiría que me comprara otra esclava.

Claudia se golpeó las rodillas con las manos.

—¡Es intolerable! No tenía ni idea de que te estuvieran provocando de ese modo, Gordiano. Mira, voy a tener unas palabras con mis queridos parientes a ver si puedo interceder para mantener unas buenas relaciones vecinales, ¡por no hablar del sentido común, la ley y el orden!

Se sentía tan dramáticamente afectada que empecé a reírme.

—Te agradecería mucho que intercedieras por mí, Claudia.

—Es lo menos que puedo hacer. En realidad, es posible que en la ciudad los pleitos y peleas de vecinos sean moneda corriente, pero aquí, en el campo, están fuera de lugar. Aquí todo debiera ser tranquilidad, fertilidad e intimidad, como solía decir Lucio.

—Sí, recuerdo una ocasión en que empleó esas mismas palabras, cuando se disponía a salir de la ciudad para venir a la finca.

Miré el arroyo y, por encima de las copas de los árboles, el tejado de la casa de Publio. Sentí entonces un vago malestar, aparté la mirada y decidí pensar en otra cosa.

—¿Veías a Lucio con frecuencia cuando venía aquí?

—Oh, nunca me perdía la ocasión de visitarle cada vez que venía. Un hombre tan dulce... Bueno, tú lo sabes bien. Solíamos subir aquí, sentarnos en esta misma cima, sobre estos mismos tocones, mirar la hacienda y hacer planes para el futuro. Tenía pensado construir un pequeño molino de agua junto al arroyo. ¿Lo sabías?

—No.

—Sí, con una gran noria y un montón de engranajes para moler grano y machacar las piedras extraídas de la mina de Cneo. Sonaba muy complicado y ambicioso, pero el mismo Lucio pensaba hacer el diseño de las obras. Una pena que muriera así, tan de repente.

—Es preferible de repente. He conocido a muchos hombres menos afortunados.

—Sí, supongo que es peor morir despacio o solo...

—Pero en vez de eso Lucio murió rápidamente, con cientos de personas a su alrededor, cruzando el Foro, donde era conocido y apreciado por todos. Estaba riendo y contando chistes a sus acompañantes (al menos eso me contaron después), cuando de súbito se echó las manos al pecho y se desplomó. Murió casi al instante; sufrió muy poco. El funeral fue todo un acontecimiento, abarrotado de amigos que le querían y gentes de toda condición. —Sonreí al recordarlo—. Había puesto su testamento al cuidado de las vírgenes Vestales, tal como hacen muchos ricos. Yo no tenía ni idea hasta que me llamaron y lo pude ver con mis propios ojos. Allí estaba, la escritura de propiedad de la finca etrusca junto con un gastado ejemplar del *De agricultura* de Catón. Supongo que alguna vez debió de oírme hablar sobre retirarme a vivir en el campo y huir de la locura de Roma. Por supuesto, sólo eran sueños. ¿Qué hombre con mis medios podía pensar en comprar una granja decente, con todos los esclavos que hacen falta para mantenerla?

—Y un año después, aquí estás, viviendo ese sueño.

—Sí, gracias a Lucio.

—Y sin embargo te encuentro aquí arriba cavilando, como Júpiter contemplando las llamas de Troya.

—Y cómo no, viendo el proceder de algunos de mis vecinos —dije con pesar.

—Te entiendo, pero sé que hay algo más que te preocupa.

Me encogí de hombros.

—Esta mañana, Arato y yo casi nos pegamos. Piensa que soy insoportable, un lechuguino de ciudad que no sabe nada de agricultura y que sólo quiere importunarle. Supongo que debo parecerle ridículo, divagando sobre cosas que sólo entiendo a medias y citándole continuamente a Catón.

—¿Y qué te parece él a ti?

—Sé que Lucio le tenía en alta estima, pero a mí me parece que la granja no se lleva con toda la eficacia que se podría llevar. Se despilfarra demasiado.

—¡Oh, cómo odio el derroche! —exclamó Claudia—. Jamás permito a mis esclavos que tiren nada si hay alguna posibilidad de que sirva para algo.

—Bueno, pues entre Arato y yo no hay más que enfrentamientos desde que llegué aquí el otoño pasado. Tal vez yo sea un lechuguino de ciudad que no sabe nada de agricultura, pero sé lo que es el derroche cuando lo veo, y también sé interpretar a Catón. Y además, hay algo en Arato que me hace desconfiar de él, aunque tal vez se

trate sólo de la falta de costumbre de gobernar a tantos esclavos, y sobre todo de tratar con uno tan obstinado y seguro de sí mismo como Arato. Deduzco que Lucio le dejó las riendas de la granja, por lo que mi llegada ha debido de resultarle molesta. Me mira como si fuera una espina clavada en su costado. Y yo le miro como a un caballo del cual se desconfía; en teoría, el animal debe llevarte donde tú quieres, pero en secreto sospechas que intentará tirarte.

Claudia asintió comprensivamente.

—Ah, siempre resulta difícil encontrar un buen capataz. Pero las alegrías de la vida campestre superan en número a las inconveniencias, al menos eso he creído siempre. Gordiano, yo creo que hay algo más aparte del incordio de Arato.

La miré de reojo. Su forma de sondear empezaba a llegar a mi fibra más sensible.

—Debo confesarte que echo de menos a mi hijo mayor.

—Ah, el joven Eco. Lo conocí mientras te ayudaba con la mudanza el pasado otoño. Un joven apuesto. ¿Por qué no está aquí contigo?

—Se ha quedado en mi casa del Monte Esquilino y al parecer está muy contento allí. Bueno, no se puede esperar que un hombre de veintisiete años prefiera la tranquilidad de la vida campestre a las distracciones de la ciudad. Además, acaba de casarse, y sin duda su mujer prefiere gobernar su propia casa. ¿Te imaginas a una joven esposa compitiendo con Bethesda por el control de la finca? La sola idea me da escalofríos. ¡No habría ni un momento de paz! Además tiene allí su trabajo. Se dedica a lo mismo que hacía yo; es un trabajo peligroso y eso me preocupa. Roma se ha convertido en un lugar poco seguro...

—Hay que dejarles seguir su camino. Al menos eso dicen. Y a ti todavía te quedan hijos en casa.

—Sí, se estaban tirando de los pelos cuando salía. Metón ya tiene edad para empezar a ser sensato. Cumplirá dieciséis el mes que viene y se pondrá la toga viril. No tiene sentido que siga peleándose con Diana. Ella sólo tiene seis años, pero disfruta atormentándole...

—¿Diana? ¿Es ése su apelativo cariñoso?

—Bueno, Gordiana es un nombre demasiado sonoro para una niña tan pequeña, ¿no te parece? Además, el nombre de la diosa le va muy bien; le encantan las cosas bruscas y salvajes. Ella sí es feliz aquí. Tengo que vigilarla continuamente para que no se aleje de la finca.

—Qué grande debe de parecerle esto a una niña de seis años. Este cerro debe de ser como una montaña para ella, el muro una gran fortificación, el arroyo un caudaloso río. ¿Y a Metón? ¿Le gusta el campo?

—Se crió lejos de la ciudad, en Bayas, una ciudad de la costa. —Claudia me miró extrañada—. Es adoptado, como su hermano mayor —expliqué. No añadí que Metón había nacido esclavo; puede que mucha gente estuviera enterada, pero no por mí—. Así que ya está habituado a la vida en el campo.

—¿Y tu mujer, Bethesda?

—Hay mujeres que tienen el poder de rehacer cualquier rincón del mundo que vayan a ocupar y Bethesda es una de ellas.

Además, todos los lugares palidecen cuando se los compara con su Alejandría natal. Roma no está a su altura, así que ¿cómo iba a estarlo la rural Etruria? Aun así, creo que echa de menos los grandes mercados y el cotilleo, el olor del pescado, los apretones del Foro los días festivos, las prisas y el bullicio de la ciudad.

—¿Y tú? ¿Echas de menos esas cosas?

—¡Ni por un instante!

Me miró con astucia.

—Gordiano, llevo cuarenta años a cargo de esta finca; he tratado con dos generaciones de esclavos conspiradores y he sido cliente de todos los subastadores y mercaderes de aquí a Roma; sé cuándo un hombre es sincero conmigo. Tú no eres

feliz aquí y el origen de esa infelicidad no está ni en las peleas vecinales ni en la añoranza de tu hijo. Lo que te ocurre es que sientes nostalgia.

—¡Tonterías!

—Te aburres.

—¿Con una hacienda de que ocuparme?

—Y te sientes solo.

—¿Rodeado de mi familia?

—No te aburres porque no tengas nada que hacer, sino porque añoras las inesperadas aventuras de la ciudad. No estás solo porque te falten tus seres queridos, sino porque no aparece gente nueva en tu vida. ¡Ah, la añoranza de extraños no es nada nuevo para los habitantes del campo! Conozco esa sensación de toda la vida. ¿Crees que yo no estoy hastiada de mi círculo, compuesto por el primo Publio, el primo Manio, el primo Cneo y sus respectivos esclavos, y que no añoro que aparezca una nueva cara en mi mundo? Por eso me gusta hablar contigo, Gordiano. Pero crecí en el campo y tú en la ciudad, así que este aburrimiento y soledad debe de ser mucho más insoportable para ti.

—Tal vez haya algo de verdad en lo que dices, Claudia, pero no creo que eche de menos la ciudad. ¡No veía el momento de salir de allí! Está bien para hombres más jóvenes o para los que se dejan arrastrar por sus vicios. No hay un lugar como Roma para que un hombre satisfaga su ambición de poder, su lujuria o su codicia, o muera en el intento. No, ya he vuelto la espalda a todo eso. Roma se ha convertido en un lugar inhóspito, sucio, atestado de gente, ruidoso y violento. ¡Sólo un loco podría seguir viviendo allí!

—Pero tu trabajo...

—¡Eso es lo que menos añoro! ¿Sabes cómo me ganaba la vida? Me puse el apodo de Sabueso. Me contrataban los abogados para encontrar pruebas de los delitos de sus enemigos. Los políticos (¡ojalá nunca vuelva a verlos!) me contrataban para destapar los escándalos de sus adversarios. Llegué a pensar que servía a la verdad y, a través de la verdad, a la justicia; pero verdad y justicia son palabras carentes de significado en Roma, palabras que podrían borrarse de la lengua latina. ¡Descubro que un hombre es culpable de un crimen atroz y al poco lo veo absuelto por una pandilla de jueces corruptos! ¡Descubro que otro es inocente y lo veo acusado con pruebas falsas y expulsado de la ciudad! Descubro que el escándalo atribuido a un hombre poderoso es cierto; el hombre, no obstante, es honrado, pero, como todos, ha cometido equivocaciones en la vida. Sin que ello importe, le expulsan del Senado, la auténtica razón es de orden político y responde a un plan trazado por sus enemigos, cuyas intenciones finales apenas alcanzo a sospechar. ¡Entre tanto, un canalla engatusa a la multitud y compra a sus dirigentes para salir elegido cónsul! Estoy demasiado viejo y cansado para soportar esta bestialidad por más tiempo.

Claudia no replicó. Una columna de humo ascendía desde la chimenea de la cocina de la casa. El golpeteo sordo de los mazazos asestados por los esclavos que reparaban el redil de las cabras resonaba en todo el valle junto con el llanto de un niño que se había perdido en el henar. Un joven esclavo había salido en su busca, pero iba en dirección opuesta. Por la Vía Casia, procedente del norte, se acercaba una hilera de carros con sus cargas bien sujetas y tapadas con lonas. A juzgar por la comitiva de guardias armados, habríase dicho que las mercancías eran valiosas, probablemente vasijas de las famosas alfarerías de Aretio con destino a Roma. Dirigiéndose al norte por la misma carretera, a punto de cruzarse con los carros, iba una larga columna de esclavos con pesados fardos a la espalda, guiados por hombres a caballo. Llevaban cadenas nuevas que destellaban bajo el sol del mediodía. Al otro lado de la carretera, en la ladera del Monte Argento, un grupo de cabras sueltas ascendía por el retorcido sendero que conducía a la abandonada mina de plata de Cneo. Un débil gemido; apenas audible, vibraba en el sofocante aire.

—Y sin embargo... —suspiré.

—¿Sí, Gordiano?

—Y sin embargo... ¿Sabes en qué pienso, ahora que estoy aquí contemplando esta vista?

—¿En Roma?

—¡Sí, Claudia, en Roma! La ciudad tiene siete colinas y en cada una se tiene una visión diferente. Estaba pensando en una en concreto, la que se disfruta en el Monte Quirinal, desde la Puerta Fontinal. Desde allí se ve todo el cuadrante norte de Roma. En un despejado día de verano como éste, el Tíber rutila bajo el sol como si estuviera ardiendo. La gran Vía Flaminia se llena de carros y hombres a caballo. El Circo Flaminio se divisa en la media distancia, enorme y con la apariencia de un juguete; pequeños tenderetes y tiendas atestadas se amontonan en torno a él como lactantes junto a la madre. Más allá de los muros de la ciudad se encuentra el Campo de Marte, donde los corredores de carros levantan una gran polvareda. Los sonidos y olores de la ciudad se elevan en el aire tibio como si fueran el aliento de la ciudad misma.

—Echas de menos la ciudad, Gordiano.

—Sí —suspiré—. A pesar de sus peligros y su corrupción, a pesar de su mezquindad y suciedad... A pesar de todo, la echo de menos.

Bajamos la vista nuevamente en silencio. El esclavo había encontrado al niño, que lloraba y pataleaba mientras era arrastrado por la hierba. Una criada de la cocina llevó agua a los esclavos que arreglaban el redil y los mazos dejaron de sonar por un rato. En la quietud pude oír a Arato gritando a uno de los esclavos de los viñedos: «¡Mal, toda la hilera está mal! ¡Vuelve a hacerlo otra vez, cepa por cepa!».

—En realidad, Gordiano, hoy esperaba encontrarte aquí en el cerro.

—¿Sí, Claudia?

—Como sabes, las elecciones están a la vuelta de la esquina.

—No me lo recuerdes. Después de la farsa del verano pasado, no creo que vuelva a presenciar jamás un espectáculo tan desagradable.

—No obstante, algunos conservamos cierto espíritu cívico. El mes que viene tendrá lugar en Roma la elección de los dos cónsules. Es una tradición de nuestra rama Claudia, la de los primos etruscos, como nosotros mismos nos llamamos, reunirnos antes para decidir por qué candidato votar y elegir un representante que vote por nosotros en Roma. Este año me toca a mí ser la anfitrionada esa pequeña reunión familiar. No importa que mi casa seamodesta y que no tenga un número suficiente de esclavos domésticos para atender como es debido a las necesidades de este cónclave; el deber es el deber. La reunión se celebrará a finales de este mes. Me sería de inmensa ayuda que pudieras prestarme a tu cocinero y a alguno de tus criados de cocina para la ocasión. Tres días en total. ¿Es mucho pedir, Gordiano?

—Por supuesto que no.

—Ya buscaré la manera de compensarte. Nunca se sabe cuándo se necesitará un buey o un poco de heno. —Sí, así es.

—Ah, espero que no ordenes a tus esclavos que pongan veneno en la comida durante la recepción. Sería una buena solución para acabar con tus molestos vecinos, ¿no? —Era una broma, desde luego, pero de tan mal gusto que en lugar de sonreír hice una mueca. En Roma había visto más casos de envenenamiento de los que me gustaba recordar—. ¡Vamos, Gordiano! En serio, aprovecharé la oportunidad para hablar con mis primos sobre su grosera conducta contigo.

—Te lo agradecería.

—¿Algún consejo respecto a la lista de candidatos de este año? Tu amigo Cicerón parece atesorar éxitos como cónsul. No le guardamos ningún rencor, a pesar de haberte representado en el caso del testamento de Lucio. Debes sentirte orgulloso de tener un amigo así. Como cónsul ha resultado mejor de lo que esperábamos. Una pena que no pueda estar en el cargo dos años seguidos. Por lo menos el año pasado

mantuvo fuera del cargo a ese extremista de Catilina. Ahora vuelve a presentarse y parece imparable, al menos eso dice...

—¡Por favor, Claudia, nada de política!

—Claro, claro, estás harto de todo eso.

—Bastante. Es posible que añore Roma, pero te aseguro que...

En ese momento escuché una voz que me llamaba a gritos desde el valle. Era Diana, a quien su madre había mandado a buscarme para el almuerzo. La vi salir por la puerta de la biblioteca al jardín de hierbas. Su largo cabello era muy abundante y negro para una niña, de un negro casi azulado a la luz del sol. Iba vestida con una túnica amarilla, los brazos y piernas al descubierto. Tenía la piel morena, de color bronce oscuro, herencia de su madre egipcia. Cruzó corriendo la puerta y siguió brincando por el sendero, pasó junto al redil de las cabras y los viñedos y desapareció en el olivar al pie del cerro. A través del follaje divisé la túnica amarilla que se aproximaba y oí las risas de Diana:

—¡Te veo, papá! ¡Te veo, papá!

Un momento después se abalanzaba en mis brazos, jadeando y sin parar de reír.

—Diana, ¿te acuerdas de nuestra vecina, Claudia?

—Sí, me acuerdo de ella. ¿Vives aquí arriba, en el bosque? —preguntó Diana.

Claudia se echó a reír.

—No, querida, aquí sólo vengo a visitar a tu padre de vez en cuando. Vivo ahí abajo, en el valle, al otro lado de este cerro, en mi pequeña granja. Deberías venir a visitarme alguna vez.

Diana la miró gravemente durante un instante, luego se volvió hacia mí.

—Mamá dice que vayas en seguida o tirará tu comida a las cabras.

Claudia y yo nos reímos al unísono y nos levantamos de los tocones. Se despidió. Y desapareció entre los árboles. Diana se abrazó a mi cuello y la llevé colina abajo en dirección a la casa.

Después del almuerzo el calor se hizo más sofocante aún. Todos, animales, esclavos y niños, buscaron un lugar a la sombra y dormitaron en el momento de más calor. Todos menos yo. Fui a la biblioteca y cogí pergamino y un estilo. Empecé a dibujar ruedas con muescas que encajaban en otras ruedas, tratando de imaginar el molino de agua que Lucio Claudio había pensado construir junto al arroyo. Todo era paz y satisfacción. No estaba aburrido en absoluto. Llegué a la conclusión de que había sido una locura decirle a Claudia que echaba de menos las traicioneras intrigas de la ciudad. Nada ni nadie en este mundo, ni humano ni divino, podría convencerme de que volviera a aquella vida.

Capítulo Dos

Diez días después me hallaba yo pensando otra vez en el problema del molino de agua cuando se presentó Arato con el cocinero y sus dos ayudantes en mi biblioteca. Congrio era un hombre de envergadura; ¿qué buen cocinero no lo es? Como Lucio Claudio había dicho en una ocasión, no vale la pena tener un cocinero si sus creaciones no son tentadoras. Congrio no fue el mejor cocinero de Lucio; ese puesto lo había ocupado el de la casa que Lucio tenía en el Monte Palatino de Roma, el lugar donde agasajaba a sus amistades. Pero Lucio no había sido un hombre que escatimara los placeres culinarios allá donde estuviese, y el cocinero de su hacienda rural era más que habilidoso a la hora de satisfacer mi paladar.

Con el calor de la mañana Congrio ya estaba sudando. Despedí a Arato y pedí a Congrio y a sus ayudantes que se acercaran. Les expliqué que tenía intención de prestarlos a Claudia los dos días siguientes. Congrio conocía a Claudia porque alguna que otra vez había cenado en casa de su difunto amo. Me aseguró que ella siempre había quedado encantada con sus platos y estaba absolutamente seguro de ser capaz de complacerla de nuevo, y de darme motivos para estar orgulloso de él.

—Bien —dije, pensando que hacer este favor a los Claudios serviría para suavizar las relaciones con ellos—. Hay otra cosa...

—Sí, amo.

—Cocinarás lo mejor que sepas para los Claudios; y obedecerás a Claudia y a su cocinero, ya que vas a servir en su propia casa.

—Desde luego, amo. Lo comprendo.

—Y también, Congrio...

—¿Sí, amo? —preguntó, frunciendo la carnosa frente.

—No dirás nada que me pueda comprometer o dejar en mal lugar ante los Claudios mientras estés al servicio de Claudia.

—¡Por supuesto que no, amo! —Parecía verdaderamente ofendido.

—No cotillearás con los otros esclavos ni cambiarás opiniones sobre vuestros respectivos amos, ni hablarás sobre lo que tú consideres mis opiniones.

—Amo, sé perfectamente cómo debe comportarse un esclavo que ha sido prestado a un amigo de su amo.

—Estoy seguro de eso. Sólo quiero que, mientras mantienes la boca cerrada, tengas los oídos bien abiertos.

—¿Amo? —Inclinó la cabeza como pidiendo una aclaración.

—Esto va más dirigido a tus ayudantes que a ti, puesto que supongo que tú no saldrás de la cocina en ningún momento, mientras que ellos servirán la mesa de los Claudios durante la comida. La familia hablará principalmente de temas políticos y de las próximas elecciones consulares; nada de eso me interesa, y vosotros trataréis de olvidar todo lo que a este respecto se hable. Pero si por casualidad llegáis a oír mencionar mi nombre, o la conversación versa en algún momento sobre esta finca, quiero que agucéis bien el oído. No mostréis ningún interés, pero recordad bien qué se dice y quién lo dice. No comentéis los detalles entre vosotros, pero recordadlos bien. Cuando volváis, os pediré que me contéis todo lo que hayáis oído con pelos y señales. ¿Habéis entendido?

Congrio asintió gravemente. Sus ayudantes, sin dejar de mirarle, hicieron lo mismo.

—Bien, en cuanto a las instrucciones que os acabo de dar, no diréis una palabra, ni siquiera a los otros esclavos. Ni siquiera a Arato —añadí. Asintieron de nuevo.

Después de despedirlos, me acerqué a la ventana y me apoyé en el alféizar, aspirando la delicada fragancia de la hierba recién cortada. Por fin empezaban a asomar los capullos entre la hierba y los esclavos habían empezado a segar el heno.

También vi la figura de Arato alejándose a toda prisa de la casa, de espaldas a mí, como si hubiera estado junto a la ventana escuchando todo lo que yo había dicho.

□ □ □

Dos días después, por la tarde, llegó el extranjero.

Yo había ido dando un paseo hasta el arroyo y me había sentado en una pendiente cubierta de hierba, con la espalda recostada en el tronco de un frondoso roble, una tablilla de cera sobre las rodillas y un estilo en la mano. En mi imaginación empezó a tomar forma un molino situado en la orilla del arroyo. Traté de dibujar lo que veía en mi mente, pero mis dedos estaban torpes. Alisé la cera con la mano y empecé de nuevo.

—¡Papá! ¡Papá! —La voz de Diana me llegaba desde algún lugar a mis espaldas y resonaba en la orilla contraria. Permanecí callado y seguí dibujando. El resultado no fue más satisfactorio la segunda vez, así que borré de nuevo la tablilla..

—¡Papá! ¿Por qué no contestas? —Diana se plantó frente a mí con los brazos en jarras, imitando a su madre.

—Porque me estaba escondiendo de ti —dije.

—¡Vaya tontería! Sabes que siempre te encuentro.

—Bueno, entonces no hace falta que conteste cuando me llamas.

—¡Papá! —Suspiró poniendo los ojos en blanco, otra vez imitando a Bethesda, y se dejó caer sobre la hierba como si de repente se hubiera quedado exhausta. Mientras yo dibujaba, contorsionó el cuerpo haciendo el puente; luego se quedó tumbada otra vez guiñando los ojos causa de la luz del sol que se filtraba por entre el espeso ramaje del roble—. Es verdad que puedo encontrarte siempre que quiera.

—¿Sí? ¿Y cómo lo haces?

—Metón me enseñó. Metón dice que a él le enseñaste tú. Sigo tus pasos en la hierba y siempre te encuentro.

—¿Ah, sí? —pregunté impresionado—. No estoy seguro de que me guste eso.

—¿Qué estás dibujando?

—Un molino. Es una casita pequeña con una gran rueda que se mete en el agua. El fluir del agua mueve la rueda, que a su vez mueve otras ruedas, que son las que muelen el grano, o piedras, o los dedos de una niña si no tiene cuidado.

—¡Papá!

—No te preocupes, sólo es una idea. Un problema, si lo prefieres, y probablemente demasiado complicado para que pueda resolverlo yo solo.

—Metón dice que tú puedes solucionar todos los problemas.

—¿De verdad? —Dejé a un lado la tablilla. Diana se retorció, rodó por la hierba y acabó con la cabecita apoyada en mi regazo. Nunca había visto una niña con el pelo tan negro. Sus ojos también lo eran, profundos y transparentes como sólo pueden serlo los de una niña. Un pájaro pasó volando rápidamente por encima de nosotros. Vi que Diana lo seguía con la mirada. Se hizo con la tablilla y el estilo, y sostuvo ambas cosas con los brazos en alto.

—No veo ningún dibujo —dijo.

—No es muy bueno —tuve que admitir.

—¿Puedo dibujar encima?

—Sí.

Borró mis líneas experimentales con la mano y se puso a dibujar. Le acaricié el pelo y empecé a cavilar sobre el molino imaginario que habría junto al arroyo. A lo lejos, entre los árboles de la otra orilla, aparecieron dos mujeres. Eran esclavas de cocina y llevaban cántaros de arcilla. Me vieron y se asustaron, murmuraron algo durante unos instantes con las cabezas juntas y volvieron a desaparecer en la arboleda. Poco después divisé algo arroyo abajo y vi a las mismas mujeres acercarse al agua por un

lugar menos transitable. Sumergieron en el agua los cántaros hasta llenarlos y se los cargaron al hombro, subieron la empinada orilla y se perdieron entre los árboles. ¿Les habría dicho Publio Claudio que yo era un monstruo y que me las comería?

—¡Mira, eres tú! —dijo Diana mientras daba la vuelta a la tablilla y me la ponía a dos centímetros de la nariz. En aquel maremágnum de garabatos apenas se podía distinguir una cara. Dibujaba peor incluso que yo, pensé, aunque no mucho peor.

—¡Es extraordinario! —dije—. ¡Pero si tenemos aquí a otra laia Cizicena!

—¿Quién? —farfulló, confundida por el nombre.

—Iaja, natural de Cízico, en las lejanas costas del mar de Mármara. Es una gran pintora, una de las más grandes de nuestros días. La conocí en Bayas, cuando vi por primera vez a tu hermano Metón.

—¿Metón también la conoció?

—Sí.

—¿Podré conocerla yo algún día?

—Es posible. —Habían pasado nueve años desde los acontecimientos de Bayas y por aquel entonces laia no era una persona mayor. Aún podía vivir lo suficiente para que Diana llegara a conocerla—. Tal vez algún día os conozcáis y comparéis vuestros dibujos.

—Papá, ¿qué es un minotauro?

—¿Un minotauro? —Me reí por la forma tan brusca en que había cambiado de tema—. Por lo que sé, hasta ahora sólo ha existido uno, *el* Minotauro. Una criatura terrible, hijo de mujer y de toro. Dicen que tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre. Vivía en una isla remota llamada Creta, donde un rey malvado lo guardaba en un lugar llamado Laberinto.

—¿Un laberinto?

—Sí, con muros así de altos. —Borré la tablilla y empecé a dibujar un laberinto—. Todos los años el rey entregaba al Minotauro, como ofrenda, niños y niñas para que se los comiera. Los niños entraban por *aquí* y el Minotauro estaba esperando *aquí*. Esto duró mucho tiempo, hasta que un héroe llamado Teseo entró en el Laberinto y mató al Minotauro.

—¿Lo mató?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

—¿Completamente?

—Sí.

—¡Menos mal!

—¿Por qué me preguntas por el Minotauro?

—Porque Metón me ha dicho que si no soy buena me entregará a él para que me coma. Pero tú me acabas de decir que está muerto.

—Ah, es eso.

—¡Metón está equivocado! —Y de una vuelta se apartó de mi regazo—. ¡Ah, papá, casi me olvidaba! Mamá me envía a buscarte. Es importante.

—¿Sí? —Arqueé una ceja, imaginando alguna disputa con las esclavas que habían quedado a cargo de la cocina en ausencia de Congrio.

—¡Sí! Ha venido a verte un hombre, un hombre que no ha parado de cabalgar desde Roma; venía todo cubierto de polvo.

Eran tres los hombres, dos de ellos esclavos o, más exactamente, guardaespaldas, a juzgar por su tamaño y las dagas que llevaban al cinto. Los esclavos no habían entrado en la casa, esperaban fuera con los caballos, bebiendo agua de un cántaro. Su amo me esperaba en el interior de la casa, en el pequeño patio formal con sus flores y su estanque. Era un joven alto, muy atractivo y de ojos oscuros. Llevaba el pelo negro y

rizado corto por los lados, pero largo en la parte superior de la cabeza, de tal forma que los rizos negros le caían descuidadamente por la frente tersa. Llevaba la barba arreglada y recortada, apenas una franja negra en el mentón y el labio superior, acentuando los altos pómulos y la rojez de los labios. Como había dicho Diana, estaba cubierto de polvo, pero el polvo no ocultaba el moderno y carísimo corte de su túnica roja ni la calidad de su calzado. Me resultaba familiar; un rostro del Foro, pensé.

Un esclavo le había llevado una silla para que se sentara. Se levantó en cuanto entré y dejó al instante el vaso de vino aguado del cual había estado bebiendo.

—Gordiano —dijo—, me alegro de volver a verte. La vida campestre te sienta bien. —Su tono era desenfadado, pero tenía el deje del orador entrenado.

—¿Te conozco? —pregunté—. Me falla la vista. La luz del sol es tan intensa ahí fuera que aquí dentro apenas distingo tu silueta.

—¡Perdóname! Soy Marco Celio. Nos hemos visto antes, pero no hay razón alguna por la que debas recordarme.

—Sí, claro —dije—, ahora te veo mejor. Eres uno de los protegidos de Cicerón. Y de Craso, según creo. Es cierto, nos hemos visto antes, sin duda en casa de Cicerón o en el Foro. Los recuerdos de Roma parecen tan remotos aquí que a veces tardo en situarme. Y la barba me ha confundido un poco. Porque esa barba es nueva.

Se pasó la mano por ella con orgullo.

—Sí, probablemente no la llevaba cuando nos conocimos. Tú también te la has dejado crecer.

—Pura pereza, por no hablar de cobardía. A mi edad un hombre necesita todas las gotas de sangre que le quedan para mantener calientes sus huesos. ¿Es ésa la moda romana en estos días? Me refiero a la forma en que te la has cortado.

—Sí, una de las modas. —Noté cierto aire de presunción en su voz que me hizo abandonar el tema.

—Veo que ya te han servido vino.

—Sí. Es muy bueno.

—Una cosecha modesta. Mi difunto amigo Lucio Claudio se sentía orgulloso de ella. ¿Vienes de Roma en dirección al norte? —Vengo de Roma, sí, pero mi punto de destino es éste.

—¿De verdad? —El corazón empezó a latirme con fuerza. Tenía la esperanza de que sólo estuviera en mi casa de pasada. —Tengo asuntos que tratar contigo, Gordiano Sabueso. —Ahora soy Gordiano el Granjero, si no te importa.

—Es lo mismo —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Podríamos hablar en otro sitio?

—El atrio es el lugar más fresco y cómodo de la casa a esta hora del día.

—Sí, pero quizás sería mejor otro lugar más privado, donde pudiéramos estar más a salvo de oídos extraños —sugirió. El corazón me dio otro vuelco.

—Marco Celio, me alegro de verte de nuevo, te lo digo de corazón. El día es caluroso y el camino está lleno de polvo. Me alegra poder ofrecerte una copa de vino fresco y descanso después del viaje; tal vez necesites algo más que un refrigerio y un breve descanso. Pues bien, mi hospitalidad no acaba aquí. Cabalgar desde Roma hasta mi puerta y regresar en un solo día destrozaría incluso a un hombre tan joven y fornido como tú pareces ser, por lo que te ofrezco encantado alojamiento para pasar la noche, si es ése tu deseo. Pero a menos que quieras hablar de la siega del heno, de pensar aceite o de la mejor manera de hacer el vino, me parece que tú y yo no tenemos nada de que hablar. He abandonado mi antigua forma de vida.

—Eso he oído. Pero no debes preocuparte. No he venido a ofrecerte trabajo.

—¿No?

—He venido simplemente a pedirte un favor. No para mí, como es lógico, sino en nombre del romano más grande que habita sobre la faz de la tierra.

—Cicerón —dije, dando un suspiro—. Tenía que haberlo imaginado.

—Cuando un cónsul electo llama al deber, ¿qué romano puede negarse? —dijo Celio—. Sobre todo teniendo en cuenta los lazos que os unen. ¿Estás seguro de que no tienes otra sala más apropiada para discutir esto?

—Mi biblioteca es más íntima... pero no más segura —añadí a media voz, recordando que había visto a Arato alejándose de la ventana dos días antes—. Ven.

Una vez allí, cerré la puerta y le ofrecí asiento. Yo me senté junto a la puerta que daba al jardín, de modo que podía ver a cualquiera que se acercara, además de tener vigilada la ventana que quedaba por encima del hombro de Celio, donde había visto a Arato escuchando furtivamente.

—¿A qué has venido, Marco Celio? —pregunté, dejando a un lado la cortesía protocolaria—. Será mejor que te diga desde este momento que no pienso volver a la ciudad. Si necesitas a alguien que espíe o saque trapos sucios, puedes dirigirte a mi hijo Eco, aunque no es mi deseo.

—Nadie te pide que vuelvas a Roma —dijo Celio en tono conciliador.

—Ah, ¿no?

—En absoluto. Todo lo contrario. En realidad, el 'hecho de que ahora estés viviendo en el campo es lo que te convierte en la persona idónea para los planes de Cicerón.

—No me gusta cómo suena eso.

Celio sonrió.

—Cicerón me advirtió que no te gustaría.

—No soy una herramienta que Cicerón pueda utilizar cuando le plazca. Nunca lo fui y nunca lo seré. No me importa que sea cónsul este año; no es más que un ciudadano, al igual que yo. Tengo todo el derecho a negarme.

—Pero si ni siquiera sabes lo que quiere de ti.

—Sea lo que sea, no me gustará.

—Quizá no, pero ¿rechazarías la oportunidad de servir al Estado?

—Por favor, Celio, nada de apelaciones fáciles al patriotismo.

—No es una apelación fácil. —Se puso serio—. La amenaza es muy real. Comprendo tu escepticismo, Gordiano. Puede que sólo haya vivido la mitad que tú, pero he presenciado un buen número de traiciones y maniobras sucias en el Foro. ¡Suficiente para diez vidas!

Teniendo en cuenta su formación política al lado de hombres de la talla de Craso y Cicerón, probablemente estaba diciendo la verdad. El mismo Cicerón le había adiestrado en el arte de la oratoria, y el alumno era el orgullo del maestro; las palabras que salían de sus labios estaban pulidas como piedras preciosas. Podría haber sido cantante o actor. De pronto me percaté de que estaba escuchándole a él/ y no a mí mismo.

—El Estado está al borde de la catástrofe, Gordiano. Si da otro paso en falso o es empujado, la caída será más violenta y horripilante que cualquier cosa vista hasta ahora. Ciertas facciones están decididas a destruir la República de una vez para siempre. Imagínate el Senado empapado en sangre. Imagínate que vuelven las prohibiciones del dictador Sila, cuando cualquier ciudadano podía ser acusado de ser un enemigo del Estado sin razón alguna. Acuérdate de las bandas de sicarios recorriendo las calles, llevando cabezas humanas al dictador para recibir su recompensa. Sólo que esta vez el caos se extenderá y generará más caos, como las ondas de una piedra lanzada al agua generan otras. Esta vez los enemigos del Estado están decididos a aplastarlo por completo. Ahora posees una hacienda, Gordiano. ¿Quieres ver cómo te la arrebatan por la fuerza? Con toda seguridad, eso es lo que ocurrirá, porque bajo el nuevo orden todo lo establecido, todo rastro de la República será destruido, reducido a polvo. El hecho de que ya no vivas en Roma no supondrá ningún tipo de protección para ti o para tu familia. Esconde la cabeza como el avestruz, pero no te sorprendas cuando se te acerquen por detrás para cortártela.

Permanecí en silencio un buen rato, sin parpadear. Finalmente salí de mi estupor y di un suspiro.

—¡Muy bien, Marco Celio! —dije—. Por un momento creí que me habías hechizado con tu discurso. Cicerón te ha enseñado realmente bien.

Arqueó las cejas y se mordió los labios.

—Cicerón me dijo que no atenderías a razones. Le dije que debiera enviar a ese esclavo suyo, Tirón. Conoces a Tirón y confías en él...

—Aprecio y respeto sinceramente a Tirón, porque es un hombre amable y sincero, pero le habría hecho tragarse cada una de sus palabras. No, hizo bien en mandarte a ti, Marco Celio, pero no puede imaginar el grado de repulsión que me produce la política romana, ni la fuerza de mi decisión de mantenerme al margen de su mandato consular.

—Entonces, ¿todo lo que he dicho hasta ahora no significa nada para ti?

—Sí, que dominas el arte de hacer afirmaciones exageradas como si las creyeras de verdad.

—Pero es que todas y cada una de las palabras que te he dicho son ciertas. No exagero.

—¡Celio, por favor! Haces muy bien el papel de político romano. No se te permite decir la verdad y se te exige que exageres en todo.

Se reclinó en la silla, sintiéndose momentáneamente desairado, pero se recuperó pronto, como pude ver por el brillo de sus ojos, y se acarició la barba.

—De acuerdo, te trae sin cuidado la República. Pero creo que aún conservas algún vestigio de honor personal como romano.

—Estás en mi casa, Celio. No me insultes.

—Muy bien. No discutiré más contigo. Simplemente te recordaré un favor que debes a Marco Tulio y en su nombre te pido que le devuelvas ese favor ahora. Confío en tu honor de romano, así que espero que no te niegues.

Miré por encima de mi hombro, por la puerta que daba al jardín, donde una avispa zumbaba entre las hojas. Suspiré, sintiéndome muy abatido.

—Supongo que te refieres a la defensa que hizo de mis intereses el verano pasado.

—Exacto. Heredaste esta propiedad del difunto Lucio Claudio. Su familia, con toda la razón del mundo, pidió que se revocase el testamento. Los Claudios son un antiguo y distinguido clan familiar, mientras que tú no eres más que un plebeyo sin ascendencia noble, con una profesión más bien turbia y una familia de lo más irregular. Podías muy bien haber perdido el caso. Por eso debes estar agradecido a Cicerón. Yo presencié la vista y escuché sus argumentos. Jamás había presenciado elocuencia semejante o, si lo prefieres, tantas falsedades y exageraciones juntas. Fuiste tú quien pidió a Cicerón que hablara en tu nombre. Él podía haberse negado perfectamente. Acababa de finalizar una agotadora campaña política y como cónsul estaba muy presionado, cargado de demandas y obligaciones. Pero sacó tiempo para preparar tu caso y hacerse cargo de él en persona. No te pidió nada por sus servicios; habló en tu defensa y te cubrió de honra en reconocimiento por las muchas ocasiones en que le has ayudado desde el juicio de Sexto Roscio, hace ya diecisiete años. Cicerón no olvida a sus amigos. ¿Y Gordiano?

Miré hacia el jardín, evitando en todo momento su mirada. Observé a la avispa y envidié su libertad.

—Sí que te ha entrenado bien el maestro —dije en voz baja.

—Sí —reconoció tranquilamente Celio, con una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Qué quiere de mí Cicerón? —gruñí. —Sólo un pequeño favor.

Apreté los labios.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, Marco Celio.

Se rió bonachonamente, como diciendo: «muy bien, ya he conseguido lo que quería y no voy a jugar más contigo».

—Cicerón quiere que hagas el papel de anfitrión con cierto senador. Quiere que abras tu casa a este senador siempre que lo desee y le hospedes aquí. Un descanso seguro lejos de la ciudad. Debes entender que es necesario.

¿Quién es ese senador? ¿Un amigo de Cicerón o alguien a quien debe un favor?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Quién es?

—Catilina.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lucio Sergio Catilina.

—Cicerón quiere que yo ofrezca un refugio seguro a su peor enemigo? ¿Qué intriga es ésta?

—La intriga es de Catilina. Hay que impedirla. Negué con la cabeza.

—¡No quiero tomar parte en esto!

—Tu honor, Gordiano...

—¡Vete al Hades!

Me levanté de la silla tan bruscamente que la tiré al suelo. Salí y crucé el jardín hasta la puerta, que atravesé sin mirar atrás.

Me dirigí a la fachada de la casa; entonces recordé que los guardaespaldas de Celio estaban esperando allí. Di media vuelta y me dirigí a la parte posterior. Un instante después divisé una figura agachada bajo la ventana de la biblioteca. ¡Otra vez Arato espiándome!

Abrí la boca para darle un berrido, pero me contuve. La figura se volvió. Era Metón, no Arato. Me miró directamente a los ojos. Pasó por mi lado sin decir palabra y sin mostrar el más leve signo de arrepentimiento por lo que había estado haciendo.

Capítulo Tres

—¡Un hijo no debe espiar nunca a su padre! —le dije, tratando de ponerme serio—. Algunos romanos pegarían a sus hijos por una cosa así; otros incluso los mandarían estrangular.

En lo alto del cerro, Metón y yo nos sentamos en los tocones y permanecimos en silencio de cara a la granja. Delante de la casa, los guardaespaldas de Celio estaban sentados a la sombra de un tejo. Celio había salido al jardín y miraba en dirección al arroyo poniéndose una mano en la frente a modo de visera para protegerse del sol abrasador. No tenía ni idea de dónde me encontraba.

—No estaba espiando exactamente —dijo Metón.

—¿No? Pues yo encuentro que ésa es la palabra más adecuada.

—Bueno, lo he aprendido de ti. Supongo que lo llevo en la sangre.

Eso era totalmente absurdo, porque Metón era hijo de esclavos y no llevaba una sola gota de mi sangre en sus venas, pero me conmovió su fantasía. No pude resistir la tentación de alargar la mano y revolverle el pelo.

—Y también tengo yo la culpa de tu cabezonería, ¿no?

—Te atribuyo el mérito de mis mejores cualidades, papá. —Sonrió astutamente. El niño listo y encantador que había adoptado se había convertido con el tiempo en un joven atractivo y de voz afable. Parecía pensativo—. ¿Quién es Catilina, papá? ¿Por qué guardas rencor a Cicerón? yo creía que era tu amigo.

Suspiré.

—Estas cosas son muy complicadas. O muy sencillas, si un hombre hace lo más sensato, que es olvidarse de ellas.

—Pero ¿es posible eso? Marco Celio dice que le debes un favor personal a Cicerón.

—Es cierto.

—Sin Cicerón no tendríamos la granja.

—*Tal vez* no tendríamos la granja —le corregí, pero la candidez de sus ojoscastaños claros me obligó a reconocer la verdad—. Muy bien, sin Cicerón no habría granja. Si él no me hubiera representado, los Claudios y sus abogados me habrían comido vivo en el tribunal. Me guste o no, le debo un gran favor. ¿Pero de qué me sirve tener esta granja si a cambio tengo que permitir que hombres como Celio me traigan Roma hasta mi misma puerta?

—¿De verdad es Roma tan horrible? A mí me gusta la granja, pero a veces echo de menos la ciudad. —Se le iluminaron los ojos—. ¿Sabes qué es lo que más echo de menos? Los festivales, las obras de teatro, las carreras de carros. ¡Sobre todo las carreras!

Por supuesto que las echas de menos, pensé. Eres joven y la juventud busca ciegamente las diversiones. Cabeceé, sintiéndome viejo y amargado.

—Los festivales son sólo otra forma de corrupción. ¿Quién paga los festivales? Los magistrados elegidos cada año. ¿Y por qué? Ellos te dirán que lo hacen para honrar a los dioses y las tradiciones de nuestros antepasados, pero la verdad es que lo hacen para impresionar a la multitud, por vanidad personal. La multitud apoya al hombre que le ofrece los juegos y espectáculos más espléndidos. ¡Es absurdo! Los espectáculos son sólo un medio para conseguir un fin. Impresionan a los votantes, que son los que otorgan el poder a un hombre. Al final, lo único que cuenta es el poder, el poder sobre las propiedades de los hombres, sobre la vida y la muerte, y sobre el destino de las naciones. —Volví a cabecear—. ¿Ves lo mucho que me afecta hablar de Roma? Se me acelera el corazón y me pongo *rojo* como un tomate. Una vez acepté la locura de la ciudad sin cuestionar nada; así era la vida y no había nada especialmente malo en ella.

Al fin y al cabo, hay una cierta fascinación en las relaciones con los hombres, por muy viles y corruptos que sean. Mi medio de vida me obligaba a meter las narices en las reuniones de hombres poderosos, y gracias a ello aprendí muchas cosas a las cuales la mayoría de los hombres no tiene acceso. Me creía sabio y conocedor del funcionamiento del mundo, pero ¿de qué sirve tal sabiduría si sólo te lleva a constatar la imposibilidad de cambiar el mundo?

Ahora soy más viejo y menos capaz de tolerar la estupidez del pueblo y la maldad de sus gobernantes. He visto cuánto sufrimiento han causado los hombres ambiciosos que sólo se preocupan por sí mismos. Incapaz de alterar el curso de los acontecimientos, prefiero darles la espalda. Ahora Cicerón me obliga a saltar de nuevo a la arena, como un gladiador forzado a luchar en contra de su voluntad.

Metón se quedó pensando en silencio durante unos instantes.

—¿Es un mal hombre Cicerón, papá?

—Es mejor que la mayoría. Y peor que algunos.

—¿Y Catilina?

Recordé mi reciente conversación con Claudia, a quien había interrumpido cuando empezó a hablar de la candidatura de Catilina al consulado.

—Nuestra vecina del otro lado del cerro lo llama loco agitador.

—¿Y lo es?

—Así piensa también Cicerón.

—Pero ¿qué opinas tú, papá? —preguntó, frunciendo la frente—. ¿O acaso no deseas hablar conmigo de ello?

Suspiré.

—No, Metón. Desde que te concedí la libertad y te hice hijo mío te has convertido en ciudadano romano de pleno derecho; no eres ni más ni menos que los demás y pronto vestirás la toga viril. ¿Quién debe educar a un joven en los usos de la política romana sino su padre, aun cuando deba morderse la lengua?

Hice una pausa para recuperar el aliento y miré hacia la granja. Los hombres de Celio seguían a la sombra, ociosos, mientras su amo había desaparecido del horno del jardín y se había vuelto a cobijar en el frescor de la biblioteca; probablemente estaría examinando los pocos y modestos volúmenes que había ido adquiriendo yo a lo largo de los años, muchos de ellos regalo de Cicerón como pago por mis servicios. Los esclavos estaban ocupados con sus trabajos; los animales dormitaban en los establos. Habría podido quedarme toda la tarde en el cerro, pero al final se pondría el sol y Bethesda mandaría a Diana a buscarme para que bajara a cenar. Me vería obligado a dar hospitalidad a Marco Celio. Me presionaría de nuevo para que saldara mi deuda con Cicerón; ¿cómo podía negarme?

—Muchas veces he pensado, Metón, que la muerte de mi amigo Lucio Claudio fue algo providencial. Bueno, no soy tan necio como para pensar que los dioses propician un giro en el destino de un buen hombre sólo para hacerle la vida más llevadera, pero de alguna forma extraña los Hados seleccionan los detalles de nuestra vida para fines que sólo ellos conocen y, si somos afortunados, para que se dé una feliz coincidencia. Cuando sentí que ya no podía soportar ni un año más la vida en la ciudad, mi sueño de retirarme al campo se hizo realidad. La campaña electoral del verano pasado fue la gota que colmó el vaso. Las campañas consulares en general son asuntos turbios, pero jamás he visto una campaña más desagradable que aquella. Los candidatos se insultan entre sí y los dos que acumulan más votos pasan a ser cónsules ese año. Si los dos tienen la misma tendencia política, pueden conseguir que su gobierno sea efectivo. Si sus intereses son contrarios, el Senado se da cuenta en seguida de cuál es el más dominante y cuál el más dócil. Algunos años se eligen cónsules rivales y el jaque mate que tratan de hacerse mutuamente puede ser espectacular. El año que viniste a vivir conmigo compartían el consulado Craso y Pompeyo, y aquello era fiesta tras fiesta, festival tras festival, desde la inauguración de su gobierno en enero hasta los discursos

de despedida en diciembre. ¡Los ciudadanos engordaron y disfrutaron de buenas carreras ese año!

—¿Puede cualquier senador presentarse como candidato a cónsul? —preguntó Metón.

—No. Hay una serie preestablecida de cargos que deben ocuparse para optar al consulado. La pretura, la cuestura y similares, cargos que duran un año y tienen funciones específicas. Un político tiene que subir la escalera peldaño a peldaño. Una derrota electoral significa estar fuera del juego durante todo un año y los hombres ambiciosos se pudren rápidamente.

—Pero ¿qué hace que un hombre se abstenga de ostentar el mismo cargo una y otra vez?

—Ningún hombre puede permanecer en el cargo dos años seguidos, de lo contrario un pequeñísimo puñado de poderosos, como Pompeyo y Craso, serían cónsules indefinidamente. Además, el consulado en sí es un escalón más para avanzar, ya que autoriza a un hombre durante un año a gobernar una provincia extranjera. Un gobernador romano puede hacerse inmensamente rico sangrando con impuestos a los honrados habitantes locales. Como ves, el sistema funciona a base de corrupción y codicia.

—¿Y quién vota?

—Todo el mundo, excepto yo, supongo, puesto que dejé de hacerlo hace años. De todos modos, las votaciones no cambian nada, ya que no todos los votos son iguales.

—¿Qué quieres decir?

Como había nacido esclavo, Metón no estaba hecho a los privilegios heredados. Su posterior educación, ya en mi casa, había sido muy descuidada en relación con tales tecnicismos, debido sobretodo a mi creciente apatía.

—El voto de un pobre cuenta menos que el de un rico —dije.

—¿Cómo es eso?

—El día de las elecciones, los ciudadanos se reúnen en el Campo de Marte, situado entre las antiguas murallas de la ciudad y el río Tíber. Los votantes se dividen en centurias. Pero las centurias no tienen nada que ver con el número de electores que hay en ellas. Una centuria puede tener cien hombres y otra mil. A los ricos se les asignan más centurias que a los pobres, aun cuando haya menos ricos que pobres. Así pues, cuando un rico trota, su voto cuenta mucho más que el de un pobre. Aun así, con frecuencia se necesitan los votos de los pobres, pues los candidatos suelen descender de familias ricas o de clase alta y tienen que repartirse las centurias. No es que no se tenga en cuenta a los ciudadanos comunes, sino que se les engaña, seduce, soborna e' intimida con todo tipo de artimañas; durante la campaña, los candidatos cuentan hermosas mentiras sobre sí mismos y lanzan horribles acusaciones contra sus oponentes mientras sus seguidores llenan la ciudad de pintadas difamatorias.

¡Lucio Roscio Otón besa el culo a los dueños de los burdeles! —citó Metón, riéndose.

—Sí, ése fue uno de los lemas más memorables del año pasado —asentí con displicencia—. Y fíjate que, a pesar de todo, Otón salió elegido pretor.

—Pero, ¿qué hubo de anormal en la campaña del año pasado? —preguntó muy serio—. Recuerdo que hablabas de ella con furia a los visitantes que recibías en la biblioteca, pero nunca llegué a entenderlo del todo.

—Fue de lo más sucio y vergonzoso. Y fue Cicerón, más que ningún otro, quien hizo que la campaña llegara a tales extremos. Y las cosas que Cicerón ha hecho desde que lo eligieron... —Cabeceé—. Había tres candidatos principales: Cicerón, Catilina y Antonio. Antonio es una nulidad, un bribón derrochador sin programa político, pero con una necesidad apremiante de hacerse con un gobierno provincial para enriquecerse con los impuestos y pagar así sus deudas. Algunos dicen lo mismo de Catilina, pero nadie niega que Catilina derrocha encanto y que tiene buena mano para la política.

Procede de una antigua familia patricia, pero no tiene fortuna; es el típico aristócrata que apoya los planes radicales de redistribución de la riqueza, cancelación de deudas, democratización de los cargos públicos y religiosos y, claro, a las clases dirigentes conservadoras no les gusta oír estos discursos. Aun así, en el seno de la antigua clase dirigente hay muchos patricios que están pasando por malos momentos y buscan desesperadamente una salida, y también hay muchos ricos que creen que pueden utilizar a un demagogo como valedor de sus propios intereses, por lo que a Catilina no le faltó un apoyo sustancial, a pesar de sus planes radicales. El mismo Craso, el hombre más rico de Roma, era su principal mecenas financiero. ¿Quién sabe lo que estaría urdiendo Craso? y luego estaba Cicerón. Ninguno de sus antepasados había tenido jamás un cargo público, él había sido el primero de la familia, lo que se llama un «hombre nuevo». Y que yo sepa, ningún hombre nuevo había conseguido hasta entonces salir elegido cónsul. La aristocracia le miraba por encima del hombro, despreciando su astucia política, su elocuencia y su popularidad. Cicerón, es un advenedizo glorioso, un cometa venido de ninguna parte, y encima vanidoso como un pavo real. A su manera debió de suponer una amenaza para el estado de cosas tan grande como Catilina. Y podría haberlo sido, si sus principios no hubieran resultado ser tan flexibles. Catilina y Antonio se compincharon. Desde el principio eran los favoritos. Catilina nunca dejó de agujijonear a la aristocracia recordándoles los modestos orígenes de Cicerón, pero empezó a hablar a sus seguidores de esas medidas radicales que hacen que a los grandes propietarios les salgan canas y padezcan insomnio. Los ricos estaban en un dilema: no podían tragar a Cicerón, pero Catilina representaba un verdadero peligro para ellos. En cuanto a Cicerón, su campaña estuvo dirigida por su hermano Quinto. Después de las elecciones, un día que tuve que ir a su casa para tratar unos asuntos, Cicerón me enseñó una serie de cartas que había intercambiado con su hermano Quinto sobre la marcha de la campaña. Estaba tan orgulloso de ellas que, de hecho, pensaba convertirlas en libro, una especie de guía para el candidato victorioso. Desde el principio, Cicerón y su hermano decidieron no pararse ante nada para acabar con Catilina. La calumnia es el estilo generalmente adoptado en cualquier campaña electoral, pero Cicerón inventó nuevas formas de desprestigio. Unas acusaciones empezaron a circular de boca en boca; otras las exponía abiertamente Cicerón en sus discursos. En el momento más reñido de la campaña me daba pánico poner el pie en el Foro, sabiendo que tendría que escuchar a Cicerón arengando a la multitud. Aunque hubiera sido cierto sólo la mitad de lo que se decía de Catilina, este hombre debería haber sido estrangulado en el vientre de su madre.

—¿De qué se le acusaba?

—Había una lista interminable de delitos. Estaban las típicas acusaciones de corrupción, como compra de votos y soborno de funcionarios. Probablemente eran ciertas, teniendo en cuenta el respaldo financiero que Catilina estaba recibiendo de Craso. ¿Para qué sirve tanto dinero en unas elecciones sino para sobornar? Cuando los votantes romanos saben que un candidato tiene dinero, corren a él con las manos abiertas para pedir. Cicerón también sacó a relucir antiguos cargos por corrupción contra Catilina, remontándose a la época en que éste había sido administrador en África. Catilina fue juzgado por esas acusaciones hace algunos años; ¡el mismo Cicerón había pensado defenderle! Se le declaró inocente. Por último, estaban las acusaciones e insinuaciones más serias: rumores de escándalos sexuales, incesto, asesinato... Pero tal vez esta charla empiece a aburrirte ya.

—¡En absoluto! —A juzgar por su cara, comprendí que había acaparado toda su atención.

Tragué saliva para aclararme la voz.

—Muy bien. Se dice que, durante los terribles días de Sila el dictador, Catilina había sido uno de sus secuaces, y que había matado a algunos de sus enemigos y le había llevado sus cabezas para cobrar recompensa. Dicen que de esa forma mató

impunemente a su propio cuñado. La hermana de Catilina quería ver muerto a su marido y Catilina lo mató a sangre fría, y luego lo legalizó poniendo a ese hombre en la lista de enemigos de Sila.

—¿Es verdad?

Me encogí de hombros.

—Se hicieron cosas terribles en tiempos de Sila. Craso se hizo rico comprando propiedades de hombres asesinados. Cuando el asesinato se hace legal es cuando se descubre la verdadera capacidad de los hombres para la maldad. Es posible que lo que se dice de Catilina sea cierto y es posible que no. ¿Quién sabe? Pero éstos son solamente los primeros de sus supuestos crímenes. Hace unos años, a su regreso de África, Catilina empezó una nueva vida. Dicen que su compañera se negó a casarse con él porque ya tenía heredero, así que mató a su propio hijo. En cuanto a la novia, resultó ser hija de una de las antiguas amantes de Catilina, incluso hay quienes dicen que es hija suya.

—¡Incesto! —exclamó Metón.

—Ni el mismo Cicerón se atrevió a pronunciar esa palabra en voz alta. Y esto es sólo el principio de la lista de supuestos delitos sexuales de Catilina. Afirman que corrompió a una de las vírgenes vestales en un gran escándalo que tuvo lugar hace diez años; casualmente de eso sé un poco más, porque me contrataron para que investigara el asunto en secreto. Es la única vez que he tenido trato personal con Catilina, y me pareció una personalidad laberíntica: extremadamente encantador y extremadamente sospechoso. A Cicerón le gusta recordar el escándalo a sus oyentes, pero sólo hasta cierto punto, pues la vestal acusada de fornicar con Catilina era hermana de su mujer. ¡Ah, Roma es un pañuelo a veces!

—¿Y lo hicieron? ¿Catilina y la virgen vestal? —Evidentemente, Metón estaba interesadísimo.

—No lo sé, aunque tengo mis sospechas. En otro momento te contaré la historia completa. De todos modos, tanto Catilina como la vestal obtuvieron la absolucón, que, como ya te he dicho, tiene poco que ver con la inocencia o la culpabilidad.

—Parece como si Catilina hubiera pasado la mayor parte de su vida defendiéndose en los tribunales o matando gente.

—Y el resto del tiempo se dedica a fornicar, si hay que dar crédito a las historias que se cuentan. Se dice que su círculo de Roma es absolutamente disoluto; encandila a los jóvenes brillantes sirviéndoles de celestina y deslumbra a las ricas matronas llevándoles al lecho a estos mismos jovencitos. Dicen que a veces se queda con los jóvenes más guapos y las matronas más ricas. ¡El polo opuesto de Cicerón! ¿Quieres oír un chiste sobre Cicerón que circuló durante la campaña?

—Sí.

—Ten en cuenta que, probablemente, lo inventó Catilina. Cicerón tiene una hija de trece años, Tulia, y un hijo de dos, Marco. Bueno, pues cuentan que Cicerón detesta tanto la sexualidad que sólo la ha probado dos veces en su vida. Tulia fue el resultado de la primera; once años después, su esposa le convenció de que probara de nuevo y él accedió, sólo para estar seguro de que copular era tan malo como le había parecido la primera vez. El resultado fue Marco. —Metón hizo una mueca—. Bueno, supongo que es normal que un joven no ría los chistes de su padre. Tendrías que haber visto cómo se reía la gente en las tabernas cuando se contaba el día de las elecciones. Pero cuando se hizo el recuento de votos, fue Cicerón quien se rió.

—¿Se limitaba Catilina a contar chistes sobre Cicerón o también se defendía de todas esas acusaciones?

—Es extraño, pero ni siquiera lo intentaba. Quizás los rumores fueran ciertos, o lo suficientemente ciertos para que no se preocupara por repetirlos o negarlos. Además, Catilina es un patricio y Cicerón un hombre nuevo. Creo que Catilina era demasiado altanero para meterse en la cloaca con alguien a quien consideraba tan inferior a él.

Pero la altanería de Catilina no le sirvió de nada. El día de las elecciones, Cicerón fue el claro ganador. Significó un enorme triunfo personal para un hombre sin ascendencia noble, que se había hecho un sitio entre la elite política sólo gracias a su astucia y perseverancia. El consulado es un pináculo que alcanzan muy pocos hombres. Cicerón lo ha logrado. Éste es su año glorioso y nadie puede decir que no se lo merezca.

—¿Y Catilina?

—Muy por detrás de Cicerón en número de votos quedó Antonio, la nulidad. Catilina quedó tercero, muy cerca de Antonio. Este año Catilina se presenta otra vez. Se decía que estaba endeudado hasta el cuello cuando se presentó el año pasado. ¿Cuánto le costará ahora esta nueva campaña? Debe de estar desesperado y si se hace caso sólo a una pequeña parte de los rumores, fácilmente dispuesto al crimen. No es el tipo de hombre que me gustaría tener bajo mi techo.

—Supongo que no —dijo Metón muy serio—, aunque sea para devolver el favor a Cicerón.

Y Nos quedamos un rato en silencio, mirando la granja desde arriba. De repente Metón hizo un ruido extraño y empezó a temblar. Se encogió tan violentamente que me asusté, pero resultó que se estaba riendo, tan estrepitosamente que se cayó del tocón sin dejar de retorcerse.

—¡Por el Hades! ¿Qué te pasa?

—¡Ahora caigo, ahora caigo! —dijo jadeando—. ¡Sólo dos veces en su vida! ¡Y lo intentó la segunda vez para asegurarse de que era tan malo como recordaba! —Y siguió riéndose hasta que se le puso la cara totalmente roja.

Capítulo cuatro

La cena de esa noche no fue un éxito. Bethesda no es mala cocinera, pero tampoco es una experta. Digamos que su arte culinario no fue precisamente la razón por la cual la compré en el mercado de esclavos de Alejandría hace un montón de años. Cuando dejó de ser esclava (le concedí la libertad y me casé con ella cuando quedó embarazada de Diana), demostró tener capacidad para organizar el trabajo de otros, así que dejé a su cargo la dirección de la casa con absoluta confianza... excepto en lo referente a la cocina, asunto en el cual la personalidad de los cocineros estaba en continuo choque con su temperamento. Habiéndole prestado a Claudia los servicios de Congrio, Bethesda había aprovechado la ocasión para entrar en la cocina y emplearse a fondo.

Así pues, su talento (el poco que tenía) se aprovechaba mejor en las comidas sencillas, como las que solía servirme en mis años de escasez (escasez en todos los sentidos), y especialmente en lo tocante al pescado, que siempre era asequible en calidad y precio en los mercados de Roma. En la hacienda era más difícil conseguir buen pescado, así que, teniendo que agasajar a un invitado de la ciudad, Bethesda había decidido intentar algo extravagante con lo que tenía a mano. Y se había pasado de la raya. El apio y los sesos de ternera con salsa de huevo no estaban a la altura de un día flojo de Congrio y los espárragos al vino podían haber mejorado si se hubiera escogido una cosecha menos fuerte. Las zanahorias al cilantro estaban pasables y los melocotones al comino aportaron finalmente un triunfo, que elogí con toda sinceridad, lo cual fue un error.

—Fue Congrio quien coció en almíbar los melocotones —observó secamente—. Yo me limité a ordenar a una de las esclavas que los llevara a cocción a fuego lento con aceite de oliva y comino.

—Ah, pues tus instrucciones fueron impecables —dije, chupándome los dedos. Bethesda, dubitativa, arqueó una ceja.

—Tomaré más —dijo Metón, haciéndole un gesto al esclavo encargado de servir.

—Todo estaba delicioso —remachó Marco Celio—. No hay muchas matronas romanas que supervisen personalmente la preparación de una comida tan exquisita en ausencia del cocinero. Es una grata sorpresa encontrar aquí, en el campo, tal exquisitez culinaria. —Las palabras me sonaron a falsas, pero Bethesda se ruborizó. Era aquella moderna barba lo que la encantaba—. Pero no es necesario que te esfuerces en impresionar a Catilina cuando se aloje aquí —añadió Celio—. Es hombre que se adapta a todos los gustos. Lo mismo te distingue dos cosechas de vino de Falerno con los ojos vendados que bebe del cántaro de los esclavos. Catilina dice: «El paladar de un hombre está hecho para experimentar todos los gustos posibles. ¿O es que la lengua sólo sirve para hablar?».

La cita me pareció algo obscena. Bethesda debió de captar también la segunda intención, pues ahora parecía todavía más encantada con nuestro invitado. ¿Era eso lo que me irritaba o que Celio diera por sentado mi consentimiento?

—Creo que deberíamos retirarnos a la biblioteca —dije—. Aún tenemos asuntos que discutir, Marco Celio.

Metón alzó la vista expectante e hizo ademán de levantarse del asiento.

—No —dije—, tú quédate y acaba de comer.

—Cuentas con muy buenas obras en tu colección —dijo Celio, siguiendo con la vista los rollos de papiro en sus casilleros y manoseando las pequeñas etiquetas que colgaban de ellos—. Veo que eres muy aficionado a coleccionar obras de teatro. También lo es Cicerón. Esta tarde he pasado mucho tiempo examinando tu biblioteca y he quedado impresionado por la cantidad de volúmenes que llevan la dedicatoria «De

Marco Tulio Cicerón a su amigo Gordiano con mis mejores...».

—Sí, Celio, conozco bien mi biblioteca. Recuerdo la procedencia de cada uno de los volúmenes que la componen.

—Los libros son como los amigos, ¿no crees? Constantes, inmutables, fieles. Hay cierto consuelo en eso. Coge un volumen que dejaste en el estante hace un año y verás que las palabras son las mismas.

—Entiendo lo que quieres decir, Celio. Pero ¿es Cicerón realmente el mismo de hace un año? ¿O de hace diecisiete, cuando le conocí?

—No entiendo.

—Las noticias que llegan de Roma son esporádicas y de segunda mano, y sólo las escucho con una oreja, pero me da la impresión de que Cicerón el cónsul ha resultado más reaccionario de lo que era Cicerón el abogado candidato. Parece que el hombre del pueblo que tanto coraje puso en sus críticas a Sila está ahora muy tranquilo en casa sirviendo a los intereses del mismo puñado de familias ricas a las que servía Sila.

Celio se encogió de hombros.

—No es eso lo que estamos tratando, ¿no te parece? Pensaba que estabas harto de política. Por eso decidí hablarte de amistad.

—Celio, aunque estuviera deseando hacer lo que me pides, creo que vacilaría. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Muy joven. Supongo que no tienes esposa e hijos todavía.

—No.

—Probablemente no entiendas entonces por qué dudo tanto antes de permitir que un hombre como Catilina entre en mi casa. Dejé Roma en parte porque estaba harto de la violencia y el peligro; no por mi propia seguridad, sino por la de otros a los que debo cuidar y proteger. Antes de que yo le adoptara, mi hijo mayor, Eco, vivía en las calles; sabía arreglárselas solo y ahora es un hombre independiente. Pero mi hijo pequeño, Metón, es muy diferente: inteligente y con muchos recursos, sí, pero no tan astuto y versátil como Eco. Y supongo que habrás visto a mi hija menor, Diana. Es la que más protección necesita.

—Pero no te pedimos que hagas nada peligroso, Gordiano, sólo...

—Pareces tan sincero ahora como cuando felicitaste a Bethesda por la cena. —Celio me lanzó una mirada hostil. Creo que estaba acostumbrado a salirse con la suya limitándose a utilizar su encanto personal y no había contado con mi obstinación—. ¿Qué es exactamente lo que Cicerón quiere de mí?

—Esta tarde te hablé de una amenaza contra el Estado. Despreciaste mis palabras por considerarlas pura retórica, pero los hechos son bastante sencillos. La amenaza es Catilina. Puedes desdeñarla 'pomposidad y corrupción de lo que se considera política en la Roma actual, pero, créeme, la anarquía que traería Catilina puede ser mucho más terrible.

—Estás empezando a arengar otra vez —le advertí.

Celio sonrió de mala gana.

—Adviértelo si lo vuelvo a hacer. Para abreviar: Catilina, como sabes, se presenta otra vez como candidato a cónsul. No tiene posibilidades de ganar, pero eso no evitará que lo intente y queremueva mar y tierra para causar todos los problemas que pueda, utilizando la campaña como vehículo para fomentar el desorden y el descontento en la ciudad. Tiene dos planes. El primero se apoya en su victoria. Si ganara las elecciones...

—Pero acabas de decir que eso es imposible...

—He vuelto a arengar, Gordiano. Te dije que me detuvieras si lo hacía. Así pues, si Catilina gana las elecciones, habrá en el electorado una irreparable división y el consulado de Cicerón habrá significado solamente un respiro saludable antes de la tormenta. El Senado estallará. Habrá revueltas y asesinatos en las calles. Es muy

probable que se inicie una guerra civil; los diversos políticos y las grandes familias ya están pactando alianzas. En medio de un conflicto así, Catilina perderá inevitable, aunque norápidamente, a menos que Pompeyo regrese con sus tropas de Oriente. Y si se llega al extremo de tener que llamar a Pompeyo para restaurar el orden, ¿qué puede impedir que éste se convierta en dictador? Piensa en esa posibilidad.

Lo hice. Después de Catilina, la dictadura de Pompeyo era peor pesadilla de la oligarquía dirigente. Eso significaría o el fin de la República u otra guerra civil. Hombres como Craso y el joven Julio César no renunciarían al poder sin luchar.

—¿Y si, como parece casi seguro, Catilina pierde las elecciones? —pregunté.

—Ya ha empezado a planear la revuelta. Sus seguidores están tan desesperados como él. Su apoyo militar está concentrado entre los veteranos asentados en Etruria, un poco más al norte. En la ciudad cuenta con el apoyo de un grupo reducido, pero devoto, de hombres poderosos que no se detendrán ante nada. Existen pruebas de que piensa matar a Cicerón *antes* de las elecciones.

—¿Por qué?

—Acusa a Cicerón de robarle las elecciones del año pasado y anhela verle muerto. No sé cómo encaja esto dentro del proyecto general de Catilina; quizás simplemente desee sembrar el caos y el terror antes de la votación, o provocar la anulación de las elecciones.

—¿Cómo sabes todo esto, Marco Celio?

—Hubo una reunión de conspiradores a principios de este mes.

—¿Cómo lo sabes?

—Te lo estoy diciendo: los conspiradores se reunieron a principios de mes; yo estaba allí.

Hice una pausa para asimilar aquella información. En aquel momento me habría gustado ser Arato y pensar sólo en cuántos bueyes comprar en el mercado; o Congrio, para decirme que necesitaba abastecer la despensa. Pero en vez de eso me hallaba frente a uno de los más afables protegidos de Cicerón, oyéndole hablar de conspiraciones, revolución y guerra civil.

—Todo esto es demasiado, Celio. ¿Dices que Catilina está fraguando un plan para matar a Cicerón y que tú mismo estuviste escuchando sus planes secretos?

—Te estoy contando demasiado, Gordiano, más de lo que debía, pero eres hombre difícil de convencer.

—¿Es ésta tu forma de convencerme de que te ayude? ¡Te digo que no quiero ningún peligro para esta casa y tú me vienes con historias de asesinatos y guerra civil!

—Todo se puede evitar si trabajamos juntos.

¿Por qué? ¿Por qué a pesar de todas mis protestas, de mi claro razonamiento, de todas las resoluciones y promesas que me había hecho a mí mismo, de la enorme satisfacción que sentía al volver todos los días la espalda a la locura de la ciudad, por qué en ese momento sentí el temblorcillo de la excitación? La intriga es una droga más potente que el vino más peleón. El secreto hechiza el mundo cotidiano y transforma la existencia corriente y gris en una obra de teatro, incluso, a veces, en una epopeya. Ese escalofrío de excitación era algo que no había vuelto a sentir desde que había abandonado la ciudad.

—Cuéntame algo más de aquella reunión a la que asististe con Catilina —dije.

—Se celebró en la casa que Catilina tiene en el Palatino, una espléndida mansión que construyó su padre, lo único que le dejó en herencia, aparte del nombre. Empezó como un festejo nocturno, pero después de la cena nos encerramos en una sala oculta en el interior de la casa. Despidieron a los esclavos y se aherrojó la puerta. Si te dijera los nombres de los senadores y patricios que estaban allí...

—No lo hagas.

Celio asintió.

—Entonces sólo te diré que en la reunión había hombres de todas clases, desde

los más respetables hasta los de peor reputación.

—«Hay que probar todos los sabores», dice Catilina.

—Exactamente. Como ves, ha acuñado una frase memorable. Me adulas diciendo que soy un discípulo aventajado de Cicerón, pero te aseguro que Cicerón no aventaja a Catilina cuando se trata de dar discursos apasionados. Se extendió mucho al hablar del malestar general de los hombres que estaban reunidos allí y afirmó que la causa de todas sus penalidades eran los ricos oligarcas; les prometió un nuevo Estado consagrado por la sangre de los ancianos; habló de cancelar deudas y de confiscar propiedades. Cuando acabó, sacó un cuenco con vino y obligó a todos los que estaban allí a hacerse un corte en el brazo y derramar un poco de sangre en el recipiente.

—¿Y tú?

Celio extendió el brazo y me mostró la cicatriz.

—Todos bebimos de él y juramos guardar el secreto.

—Juramento que tú rompes ahora.

Jurar contra Roma no es jurar para un auténtico romano. —A pesar de su respuesta, bajó la mirada.

—¿Y Catilina te aceptó como a uno de los suyos, a pesar de tu relación con Cicerón?

—Sí, porque durante un tiempo estuve verdaderamente hechizado por él. Le convencí de mi lealtad porque, en esos momentos, era verdadera. Hasta que un día vi con claridad y me di cuenta de que planeaba matar a Cicerón. Entonces me dirigí a Cicerón y le conté todo lo que sabía. Me dijo que siguiera siendo confidente de Catilina, que le sería más útil como espía. No soy el único que vigila a Catilina a petición suya.

—Y ahora quiere que también yo espíe.

—No, Gordiano. Sólo quiere que hagas el papel de pasivo anfitrión de Catilina. Los movimientos de Catilina están vigilados, pero se las arregla para salir de la ciudad sin ser visto. Su principal aliado fuera de Roma es Gayo Manlio, un militar que vive en Fésulas. Catilina necesita un lugar donde refugiarse entre Fésulas y Roma; un lugar que no sea la típica hacienda de un secuaz conocido, sino un sitio donde a sus enemigos jamás se les ocurriera mirar.

—¿Y ese lugar es esta casa? Si aún no lo sabe, cualquiera podría decir a Catilina que he trabajado muchas veces para Cicerón y que fue él quien me ayudó a conseguir esta hacienda.

—Sí, pero yoya he dicho a Catilina que tuviste un serio altercado con Cicerón y eso es fácil de creer, ¿no? También le he dicho que estás muy disgustado por la actual situación de Roma y que simpatizas con él. Que no hay la menor duda de que sabes ser discreto y que eres famoso por eso. Catilina no cree que seas un ardiente seguidor suyo, sólo que estás dispuesto a brindarle hospitalidad de buen grado y a tener la boca cerrada. Eso es todo lo que espera de ti: un refugio seguro para cuando necesite salir de la ciudad, y una parada y fonda cuando vaya de camino a Fésulas.

—¿Cómo sé que no celebrará reuniones secretas en mi casa y que no pasará cuencos con sangre humana?

Celio movió la cabeza de un lado a otro.

—No te quiere para eso. Quiere un refugio, no un punto de encuentro.

—¿Y qué quiere Cicerón?

—Que le informes de los movimientos de Catilina a través de mí. Por supuesto, si Catilina llegara a contarte algo de importancia, Cicerón confía en que emplees tu buen juicio y nos informes sin demora. Dicen que tienes una habilidad especial para sonsacar la verdad a los hombres, aunque se propongan ocultarla.

Me di la vuelta y miré por las ventanas que dan al oeste, más allá del jardín, hasta fijar la vista en la pendiente que bajaba al arroyo. Las copas de los árboles brillaban a la luz de la luna. La noche era serena y tranquila, agradable y cálida. El aire era dulce y rico en aromas, mezcla de estiércol animal y hierba recién cortada.

—Así pues, sólo trataría contigo y con Catilina, ¿no es eso? ¿Con nadie más?

—Así es. Si necesitas enviar algún mensaje, lo harás a mi dirección en la ciudad. Catilina no verá nada sospechoso en ello.

—No puede ser tan sencillo como lo cuentas. ¿Es tu juventud e inexperiencia lo que te impide ver las cosas que podrían salir mal? ¿O me lo pintas así de bien intencionadamente?

Sonrió.

—Mi maestro Cicerón diría que no se debe responder nunca a una pregunta si todas las respuestas son adversas. Es mejor cambiar de tema.

Esbocé una sonrisa.

—Decididamente, eres diabólico, Marco Celio; demasiado diabólico para un hombre de tu edad. Sí, te creo capaz de engañar a Catilina y hacerte pasar por confidente suyo. Si accedo a hacer lo que me pides, debo tener una forma de protegerme; no quiero que se me considere aliado de Catilina si éste fracasa, cosa que probablemente ocurrirá. Me sería muy útil una carta de Cicerón reconociendo mi ayuda.

Celio hizo una mueca.

—No es posible. Si se interceptara, estropearía todo el plan y, además, te pondría en peligro. Tranquilízate. Si se produce la crisis, Cicerón no te olvidará.

—De todas formas, me gustaría que el mismo Cicerón me lo asegurara. Si fuera a Roma...

—Ahora no puede verte. Catilina se enteraría y todo se iría al traste. ¿Es que no confías en mí, Gordiano?

Me quedé pensando un rato. Al temblorcillo de excitación que había sentido antes se unió ahora la punzada de la aprensión.

—Te creo —dijo finalmente.

Pero algo más tarde, esa misma noche, yaciendo al lado de Bethesda, una duda empezó a tomar forma, creció y se cernió sobre mí como una niebla gris. Celio no me había dado pruebas de que viniera de parte de Cicerón. ¿Acaso no podía venir a instancias del propio Catilina? Aun cuando hubiera venido de parte de Cicerón, ¿quién me aseguraba que Catilina no estaba al tanto de su plan? ¿Con quién estaba aliado realmente Celio? Aquel joven encantador que afirmaba haber engañado a Catilina podía igualmente haber engañado a Cicerón, por no hablar de un maquinador incorregible llamado Gordiano el Sabueso, que creía haber perdido de vista a los políticos para siempre.

Bethesda se revolvió en la cama.

—¿Qué pasa, amo? —musitó. Había dejado de llamarme así el día que nos casamos, pero de vez en cuando se le escapaba la palabra en sueños. Escucharla me hizo sumergirme en otros tiempos. Estiré el brazo y la acaricié. La familiaridad de su cuerpo, firme, cálido y fácil de excitar, despejó las dudas que me acechaban. Se volvió hacia mí y nos abrazamos. Durante un rato, todos los miedos quedaron olvidados en el acto animal del amor; acto seguido me dormí como un granjero, soñando con inmensos campos de heno y el mugido musical de los bueyes.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, Marco Celio se levantó antes que yo. Lo encontré delante de las cuadras, totalmente vestido y dispuesto a montar en su caballo para regresar a Roma. Sus guardaespaldas salieron del interior frotándose los ojos y quitándose la paja del pelo. El sol aún no estaba muy alto en el Monte Argento y el mundo se hallaba iluminado por una tenue luz azul. Sobre el arroyo se acumulaban restos aislados de niebla. Un gallo cantaba en la distancia.

—¿Has dormido bien, Celio?

—Muy bien, gracias.

—La cama era demasiado dura, ¿verdad? Me lo temía. Y la habitación muy calurosa.

—No...

—Bueno, como has podido comprobar, mi casa no es apta para alojar a huéspedes distinguidos.

Celio captó la indirecta y sonrió.

—Dicen que Catilina es como un buen general; come y duerme en cualquier sitio. Tus aposentos serán más que apropiados.

—Todavía no he dado el sí, Celio.

—Creía que sí.

—Tendré que considerarlo.

—Que es lo mismo que decir no. El tiempo apremia, Gordiano.

—Entonces, no—dije, cansado súbitamente de discutir con él. Celio movió la cabeza y resopló.

—Cambiarás de opinión en cuanto me haya ido. Envíame un mensajero. —Montó a caballo y ordenó a sus hombres que se prepararan.

Bethesda salió vestida con una estola de manga larga y con el pelo suelto. Los mechones negros y grises caían sobre su espalda formando una espléndida cascada; tenía los ojos traspuestos, de lo cual me sentí parcialmente responsable.

—Marco Celio, no creo que seas capaz de irte sin comer nada —le dije, absolutamente convencida—. Había pensado hacer algo especial para el desayuno.

—Prefiero empezar una marcha larga con el estómago vacío. He cogido un poco de fruta y pan de tu despensa para el camino. —Dio unas cuantas vueltas con el caballo mientras sus hombres montaban.

—Espera un momento —dije—. Cabalgaré contigo hasta la Vía Casia.

Cuando iniciamos la marcha, el sol coronaba el monte e iluminaba el mundo, arrojando sombras alargadas detrás de nosotros. Los pájaros comenzaban a cantar. El camino transcurría entre unos viñedos y un campo de heno recién segado. Celio aspiró profundamente.

—¡Ah, Gordiano, el aroma del campo por la mañana! Comprendo por qué prefieres esto a la ciudad. Pero la ciudad no deja de existir sólo porque tú le des la espalda. Ni tampoco las obligaciones de un hombre.

—Tu insistencia me desespera, Celio —dije, cabeceando vivamente—. ¿Aprendiste eso de Cicerón o de Catilina?

—Un poco de cada uno, creo. Hay otra cosa que aprendí de Catilina: un enigma. A ti deben de gustarte los enigmas, Gordiano. ¿Quieres oír éste?

Me encogí de hombros.

—Es un pequeño acertijo que a Catilina le gusta plantear a sus amigos. Lo contó la noche del juramento de sangre. «Veo dos cuerpos», dijo. «Uno es delgado y débil, pero tiene una gran cabeza. El otro es grande y fuerte, ¡pero no tiene cabeza!» —Y se rió tranquilamente.

Me revolví incómodo en la montura.

—¿Y cuál es el enigma?

Celio me lanzó una de sus miradas de soslayo.

—¡Es una adivinanza, Gordiano! Debes adivinar la respuesta tú solo. Y una cosa más: cuando me envíes el mensajero, utiliza una clave. Si aceptas mi propuesta, di «el cuerpo sin cabeza». Pero si la respuesta es no, debes decir «la cabeza sin cuerpo». Y sobre todo, no tardes. Una vez iniciada la partida, las fichas se moverán con mucha rapidez.

—Siempre es así —dije, tirando de las riendas para que el caballo se detuviese. Habíamos llegado a la Vía Casia. Celio se despidió agitando la mano. Al cabo de un momento se encontraban en la calzada empedrada y empezaron a ganar velocidad. Durante un rato me quedé mirando sus capas ondeando tras ellos como pendones y finalmente regresé a casa, más inseguro y aprensivo que nunca.

Esa tarde me hallaba en la biblioteca dibujando caprichosos planos para el molino de agua cuando Arato me anunció que Congrio y sus ayudantes habían vuelto.

—Bien, que pasen. Quiero verlos. En privado.

Los ojos de Arato parecieron empequeñecerse. Momentos después entraban Congrio y sus dos ayudantes. Dejé a un lado la tablilla y el estilo y les indiqué con un gesto que cerraran la puerta.

—Y bien, Congrio, ¿qué tal han ido las cosas con los Claudios?

—Bien, amo. Estoy seguro de que no recibirás quejas. Claudia me dio esta nota para ti. —Me entregó un trozo de pergamino enrollado y sellado con cera, a la que Claudia había aplicado el sello de su anillo. Observé que aquel sello era una abreviatura de su nombre, una C rodeando a una A más pequeña. Evidentemente era su propio sello, ni heredado de su padre ni tomado de un esposo, sino inventado por ella misma. Era inusual en una matrona romana, pero Claudia era una mujer inusual y, sobre todo, independiente. Rompí el sello y abrí la carta.

A Gordiano:

Salud, vecino, y mi gratitud por haberme prestado a tus esclavos. Se han comportado admirablemente, en especial tu jefe de cocina, Congrio, que no ha perdido ni una pizca de la maestría de que hacía gala en los tiempos en que servía a mi primo Lucio. Te estoy doblemente agradecida, ya que mi propio cocinero cayó enfermo en mitad de los preparativos, por lo que Congrio resultó ser no solamente de gran ayuda, sino indispensable. Como ya te dije, te debo un favor.

Cambiando de tema, y confidencialmente, quiero que sepas que hice todo lo que pude para dejarte en buen lugar en la reunión familiar. Los Claudios somos una familia testaruda y de ideas fijas, y no me atrevo a afirmar que de inmediato vayan a adoptar una postura más moderada contigo, pero creo que puse la primera piedra. En cualquier caso, créeme cuando te digo que hice lo que pude.

Gracias una vez más por tu generoso préstamo.

Siempre agradecida, tu vecina

CLAUDIA

Enrollé la carta y la até con una cinta; Congrio me estaba mirando con la cabeza inclinada.

—Se quedó muy impresionada contigo —dije, a lo que Congrio respondió soltando el aire que había contenido y sonriendo dulcemente.

—Una gran mujer —dijo—. Una gobernanta exigente, pero cabe apreciar las habilidades de un hombre.

—¿Obedecisteis mis órdenes con respecto a la discreción?

—Fuimos discretos, amo. Lamento no poder decir lo mismo de los esclavos de otros hombres.

—Explícate.

—Los Claudios que vinieron de visita trajeron a sus propios esclavos y el lugar donde se reúnen casi todos es la cocina. Hice todo lo posible para que la mantuvieran despejada, pero eran un tropel y allí el cotilleo no acababa nunca. Por supuesto, yo no participé, pero por encima del ruido de ollas y cacerolas tuve los oídos bien abiertos, tal como ordenaste.

—¿Qué oíste?

—La mayor parte de las cosas que decían no tenían nada de interesante: qué esclavos habían ganado o perdido el favor de sus amos..., cuentos inventados de aventuras amorosas cuando viajaban con sus amos a Roma..., obscenidades sobre uniones ilícitas entre esclavos del campo y chicas de la servidumbre detrás del lagar, comentarios groseros sobre anatomía... En fin, el tipo de charla trivial que podía esperarse, y con la que yo no me atrevería a ensuciar los oídos de mi amo.

—¿Hubo alguna cosa de interés?

—Quizá. Hubo insultos vulgares contra mi forma de trabajar en general. Los esclavos a menudo adoptan las opiniones de sus amos, como sin duda habrás notado, y cuando hay hostilidad entre amos, esa hostilidad se refleja también en los esclavos. Algunos, sabiendo que yo serví a las órdenes de Lucio Claudio durante mucho tiempo, hicieron comentarios desagradables y burlescos sobre lo que ellos llamaban mi triste declinar en el mundo, al tener que servir ahora a un amo, y perdóname, señor, porque éstas son sus palabras exactas y me duele repetirlas..., teniendo que servir a un amo «tan por debajo» del anterior. Les respondí con un silencio sepulcral que ellos, encima, encontraron divertido. La cuestión es que tales opiniones las habían oído, sin duda, en boca de sus amos.

—Ya veo. ¿Oíste afirmaciones en ese sentido en boca de los propios Claudios?

—No, amo, no. Estuve prácticamente todo el tiempo confinado en la cocina, sin apenas un momento de respiro. El cocinero jefe de Claudia estaba enfermo.

—Eso dice ella en su carta.

—Como puedes imaginar, estuve muy ocupado todo el tiempo. Apenas vi a los invitados, sólo a sus esclavos invadiendo mi cocina, quiero decir la de Claudia.

—¿Y vosotros dos? —pregunté, dirigiéndome a los ayudantes de Congrio. Ambos se irguieron nerviosos y se miraron—. ¿Y bien?

—Pasamos gran parte del tiempo ayudando a Congrio en la cocina —dijo uno—. Fue como él dice. Algunos esclavos de los invitados hacían burlas crueles o proferían insultos velados contra nuestro nuevo amo, es decir, contra ti. Pero también nos llamaron a servir durante la reunión familiar y la cena que siguió, y allí sí se mencionó tu nombre...

—¿Sí?

Mostraron un profundo malestar. Uno tenía el cutis feo, con granos rojos en las mejillas. Me sorprendió que Claudia lo hubiera elegido para servir, puesto que la mayoría de los romanos prefiere ver un rostro agradable durante las comidas. Lo achaqué a su excentricidad general. Claudia parecía estar siempre decidida a hacer lo que le viniera en gana.

—¡Habla! —dije al granujiento—. Nada de lo que digas puede sorprenderme.

Carraspeó.

—No les gustas, amo.

—Ya lo sé. Lo que quiero saber es qué piensan hacer conmigo.

—Bueno, no hablaron de nada concreto. Insultos, más que nada.

—¿Como cuáles?

Hizo una mueca extraña, como si yo hubiera destapado algo fétido bajo su nariz y le hubiese ordenado que lo oliera.

—Estúpido pedorro de ciudad —dijo finalmente, retrocediendo un poco.

—¿Quién me llamó eso?

—Lo dijo Publio Claudio, creo, el viejo que vive al otro lado del arroyo. En realidad, manifestó una intención específica. Dijo que habría que sumergirte en el arroyo colgado por los pies y hacertepescar peces con los dientes. —Reculó de nuevo.

—Eso es inofensivo —dije—. ¿Qué más?

Su compañero se mordió el labio inferior, luego levantó una mano tímidamente, pidiendo permiso para hablar.

—Estúpido don nadie sin ascendencia, que debería ser metido en una jaula y devuelto a Roma en una carreta —dijo—. Esto lo dijo Manio Claudio, el que vive al norte, más allá de la muralla.

—Entiendo. Pero hasta ahora sólo veo fanfarronería. —El joven de los granos tragó saliva—. ¿Sí? —le pregunté.

—El más joven, el que se llama Cneo...

El Claudio cuya propiedad no era apta para el cultivo y que, según todas las expectativas, debería haber heredado la granja de Lucio.

—Continúa.

—Dijo que la familia debería contratar a una banda de asesinos de la ciudad para que viniera aquí una noche y derramara un poco de sangre en la tierra.

Esto parecía más serio, aunque aún no era más que charla ociosa.

—¿Dijo algo más específico?

—No, ésas fueron sus palabras exactas: «Derramar un poco de sangre en la tierra».

—¿Y lo dijo cuando sabía que podíais oírle?

—No creo que supiera a qué casa pertenecíamos. Creo que ninguno lo sabía, excepto Claudia. En realidad, parecían totalmente ajenos a nosotros. Además, bebieron mucho vino esa noche, y Cneo más que nadie.

—Pero, como seguramente sabes ya —dijo el otro esclavo—, Claudia habló en defensa tuya. Respondió a cada uno de los insultos y amenazas, y dijo a los demás que no tenía sentido alimentar esa animadversión hacia ti, que todo se había resuelto en los tribunales.

—¿Y cómo respondieron sus primos?

—No muy bien, pero ella les hizo callar. Sus modales pueden llegar a ser muy...

—Bruscos —concluyó Congrio—. Debemos recordar que era en su casa donde se celebraba el cónclave familiar; y ella es la única que manda bajo su propio techo. Creo que Claudia no tolera amenazas a su autoridad cuando se halla en su terreno, ni siquiera de parte de sus parientes de sangre.

Sonreí y asentí.

—Una mujer con la que es mejor estar a buenas y que exige que la respeten. ¿La respetan sus esclavos?

—Por supuesto. —Congrio se encogió de hombros Aunque...

—¿Sí? Habla.

Frunció las pobladas cejas.

—No estoy seguro de que sientan gran afecto por ella, como les ocurre a muchos esclavos con sus amos. Es bastante exigente, como yo mismo he podido comprobar. ¡No se puede desperdiciar nada! Todo puede ser útil; hay que recoger todas las migas del suelo, que no se pierda ni una. Los esclavos más viejos dicen que tienen la espalda torcida por su culpa, no por la edad.

—El hecho de tener esclavos viejos con la espalda encorvada demuestra que tiene un carácter compasivo —dije, pensando en las granjas donde a los esclavos se los trata peor que a bestias de carga. El pellejo de un esclavo, a diferencia del de una vaca, no tiene valor alguno tras su muerte, por lo que muchos amos no ven razón por la que no puedan llenarlo de cicatrices. Y como la carne de los esclavos no se come, ciertos amos no ven la necesidad de alimentarlos más que para mantenerlos con vida. El viejo y sabio Catón seguramente no habría tenido esclavos viejos en su granja; aconseja

apartar a los enfermos y débiles y dejar de alimentar a los restantes cuando ya no puedan trabajar a pleno rendimiento.

Una vez acabada la charla con los esclavos, los despedí, pero cuando Congrio salía por la puerta (observé que tenía que ponerse de perfil para cruzarla), lo llamé de nuevo.

—¿Sí, amo?

—Deduzco entonces que este cónclave familiar de los Claudios estuvo dedicado principalmente a las próximas elecciones.

—Eso creo, amo, aunque imagino que también hablaron de otros temas más directamente relacionados con la familia.

—Tales como ese indeseable vecino y lo que se puede hacer con él —dije sombríamente—. ¿Escuchaste algún rumor sobre el candidato al que piensan votar los Claudios? Me refiero a las elecciones consulares.

—Bueno, en eso fueron unánimes. Apoyarán a Silano, aunque aparentemente no sienten gran respeto por él. «Cualquiera menos Catilina», tal fue la frase que oí una y otra vez. Hasta los esclavos la decían.

—Ya veo. «Cualquiera menos Catilina.» Puedes irte, Congrio. Bethesda querrá darte instrucciones sobre la cena de esta noche.

Cuando hubo salido de la habitación, me quedé largo rato sentado con las manos juntas, mirando a la pared, perdido en mis pensamientos.

Capítulo Seis

Los días que siguieron aparté de mi mente todo pensamiento sobre política, Roma y el gran mundo que hay más allá de la granja. Hasta conseguí olvidar a los fastidiosos Claudios. No llegaron más mensajeros de la ciudad; no se oyeron más insultos desde el otro lado del arroyo que bordeaba mi finca. La gente de la ciudad andaba ocupada con las elecciones y mis vecinos sin duda estaban metidos de lleno, como yo mismo, en la recolección del heno. Hacía un sol ardiente, los esclavos parecían contentos con su trabajo y los animales dormitaban en los establos. Aparentemente, Metón y Diana habían hecho las paces, al menos de momento, y Bethesda los llevaba a coger flores por la ladera. En mis momentos de ocio me divertía diseñando el molino de agua con que había soñado Lucio Claudio.

Las noches eran calurosas pero agradables. Me iba a la cama temprano, y Bethesda y yo hicimos el amor tres noches seguidas. (La aparición casual de un visitante joven y apuesto como Marco Celio en mi casa parecía tener, en ocasiones, este efecto estimulante en ella, pero yo no objeté nada.) Dormía bien y profundamente. Tenía la sensación de que una gran paz había anidado en mi pequeño pedazo de tierra de Etruria, sin importarme qué tipo de maldad se estaba gestando en el mundo que había más allá. Así es como a veces nos engañan los dioses con un respiro antes de la tormenta.

Las malas noticias llegaron a mediados de mes, en los idus de junio. A primera hora de la mañana vino un esclavo corriendo a la biblioteca diciéndome que Arato quería verme en seguida en los campos. Por la expresión inquieta del muchacho me di cuenta de que se avecinaban problemas.

Le seguí hasta un lugar situado en el extremo norte de la granja, junto a la muralla que separaba mis propiedades de las de Manio Claudio. Dado que este prado era el más alejado de la casa y los graneros, los esclavos lo habían segado al final. Estaba cortada toda la hierba, pero sólo se habían hecho unas cuantas gavillas. Los esclavos se pusieron nerviosos con mi llegada. Arato se adelantó para recibirme con aspecto sombrío.

—Quería que lo vieras con tus propios ojos, amo —dijo—, para que después no haya malentendidos.

—¿Ver qué?

Me indicó un haz de heno seco.

—No veo nada extraño —dije—, excepto que esta bala de heno está mal cortada y que estos hombres deberían estar atando el resto.

—Si miras más de cerca, amo... —dijo Arato, inclinándose hacia el fardo abierto e indicándome que hiciera lo mismo.

Me agaché y observé el heno cortado. Mi visión a corta distancia ha perdido mucho. Al principio no vi el polvo gris, una especie de hollín muy fino, que salpicaba la hierba. Luego, cuando lo identifiqué, vi parches moteados por todas partes dentro del fardo.

—¿Qué es esto, Arato?

—Es una epidemia llamada ceniza del heno, amo. Aparece cada siete años más o menos, según mi experiencia. Nunca se ve hasta el momento de la siega, y a veces incluso mucho después, cuando se corta un fardo en invierno y se descubre que el interior está negro y podrido.

—¿Qué significa esto?

—La epidemia hace que la hierba sea incomible. Los animales ni lo olerán y si la tocan enfermarán.

—¿Cuál es el alcance del mal?

—Como mínimo, todo el heno de este prado.

—¿Aunque no se vea la plaga en las hojas? —Miré a mi alrededor sin ver ni rastro de aquellos puntos negruzcos.

—La plaga será visible dentro de un día o dos. Por esa razón muchas veces no se detecta hasta el invierno. El heno está ya atado cuando aparece la epidemia. Se forma en el interior de los fardos.

—Pérfido —dije—. Tener el enemigo dentro. ¿Qué hay de los otros prados? ¿Qué pasa con el heno que ya está empaquetado y guardado?

Arato puso una expresión seria.

—Mandé a uno de los esclavos a que abriera uno de los fardos del campo que está junto a la casa. —Y me enseñó una brizna de hierba cubierta con el mismo hollín grisáceo.

Apreté con fuerza los dientes.

—En otras palabras, Arato, me estás diciendo que todo el heno está infectado. ¡Toda la cosecha! ¿Debo suponer que esto no tiene nada que ver con el hecho de que hayas esperado tanto antes de iniciar la siega?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra, amo.

—Entonces, si se hubiera segado antes, tal como yo sugerí, ¿la plaga se habría desarrollado?

—La epidemia estaba ya antes de segar, invisible. El momento en que se siega y la aparición de la epidemia no tienen relación...

—No acabo de creerte, Arato.

Guardó silencio y apretó las mandíbulas.

—¿Se puede salvar algo? —pregunté.

—Tal vez. Podemos separar lo bueno y quemar lo contaminado, aunque puede que, de todas formas, siga apareciendo la epidemia.

—¡Haz todo lo posible! Lo dejo bajo tu responsabilidad, Arato, ya que al parecer conoces bien la situación. ¡Bajo tu responsabilidad!

Di media vuelta y lo dejé allí de pie entre los otros esclavos. Por el camino de regreso a la casa, intentaba no pensar en el tiempo y el trabajo echados a perder a causa de la plaga.

Esa tarde se vieron grandes humaredas surcando el cielo tranquilo, procedentes de las hogueras que había encendido Arato en los campos. Fui personalmente para asegurarme de que sólo se destruía el heno visiblemente dañado y descubrí que entre los fardos malos se habían puesto otros que parecían intactos. Cuando le señalé esto a Arato, admitió el error, pero dijo que salvar algunos fardos no era más que posponer su quema. Me pareció una excusa pobre para destruir heno que, por lo que yo sabía, podía ser perfectamente bueno. Sólo contaba con la palabra de Arato, según el cual el heno bueno acabaría por pudrirse también. ¿Qué pasaría si estaba equivocado o me mentía?

Nuevas humaredas se elevaron hacia el cielo a la mañana siguiente, cuando Arato separó más fardos de heno contaminado y los convirtió en hogueras. No me sorprendió la llegada de un mensajero de Claudia. El esclavo apareció en mi biblioteca con un canasto de higos frescos.

—Un regalo de mi señora —dijo—. Está orgullosa de sus higos y desea compartirlos contigo. —Sonrió, pero le vi mirar de reojo por la ventana hacia las columnas de humo.

—Dale las gracias en mi nombre. —Ordené a uno de los esclavos domésticos que hiciera venir a Congrio, que parecía algo sorprendido por ser llamado tan temprano. Miró de forma extraña al esclavo de Claudia, lo que me hizo pensar que había ocurrido algo desagradable entre ellos durante su estancia en casa de mi vecina. Los esclavos siempre andan peleándose—. Congrio, mira qué deliciosos higos nos ha enviado

Claudia. ¿Qué podríamos mandarle nosotros en señal de agradecimiento?

Congrio parecía un poco perdido, pero acabó por sugerir una cesta de huevos.

—Las gallinas están poniendo muy bien —me aseguró—. Yemas como mantequilla y claras que se batan como la nata. Los huevos frescos son siempre un tesoro, amo.

—Muy bien. Lleva a este hombre a la cocina y dale algunos huevos. —Cuando salían de la habitación, ordené al esclavo que regresara—. En caso de que te pregunte tu ama —dije en tono confidencial—, dile que las humaredas que ve por encima del cerro se deben a que la cosecha de heno está contaminada. Una plaga que se llama ceniza del heno, según dice mi capataz. Puede advertírselo a los otros Claudios, ya que dudo que envíen mensajeros a mi propiedad para preguntar ellos mismos.

El esclavo asintió con la misma expresión confidencial y desapareció con Congrio. Supuestamente no debería haber tardado mucho en recoger los huevos, pero había pasado al menos una hora cuando casualmente iba yo paseando alrededor de la casa y le vi salir por la puerta de la cocina con una cesta llena de huevos y susurrándole algo a Congrio al oído. Cuando se volvió hacia mí, comprendí la razón de su demora; se llevó una mano a la boca y se limpió los restos de natillas. ¿Quién puede resistir la tentación de retrasarse un poco y probar las delicias de Congrio? El esclavo me vio y me lanzó una mirada culpable, luego se recompuso y se marchó sonriendo.

□ □ □

Al día siguiente Arato me dio más pruebas de su incompetencia. Casi al final del día, cuando me escapé al cerro para cavilar a solas sobre la pérdida del heno, vi una carreta tirada por dos caballos saliendo de la Vía Casia. El vehículo, cargado hasta los topes, avanzaba pesadamente por el camino, levantando una pequeña nube de polvo, hasta que finalmente se detuvo cerca de la casa, junto a las cocinas. Congrio salió y empezó a vigilar la descarga de la mercancía.

¿Y dónde estaba Arato? Una de sus funciones era supervisar eso. Bajé del cerro y me acerqué a Congrio resoplando y enfadado mientras él, junto con otros dos esclavos, descargaba los pesados sacos de mijo y los embalajes de madera en que venían los cacharros de cocina. Hacía una tarde bastante fresca, pero Congrio estaba empapado en sudor.

¡Congrio! Deberías estar dentro, atendiendo la cocina. Este trabajo le corresponde a Arato.

Se encogió de hombros y puso cara de extrañado. Estaba tan molesto como yo.

—Estaba cansado de pedir a Arato que encargara para mí ciertas provisiones de Roma. No se encuentran estos útiles de cocina en ningún otro lugar a este lado de Cumas. Me prometía que lo haría, pero siempre se olvidaba, hasta que al final yo mismo he hecho el pedido. Por favor, no te enfades conmigo, amo; creí que lo mejor era que yo tomara la iniciativa y evitara enfrentarme con él directamente en presencia tuya.

—Aun así, es Arato quien debe revisar la carga. Mírate, sudando como un caballo después de una carrera. En serio, Congrio, este tipo de ejercicio es demasiado para ti. Deberías entrar.

—¿Y dejar que a Arato se le caiga el embalaje y destroce mis cacharros por despecho? Por favor, amo, puedo hacer este trabajo solo. Lo prefiero así. El sudor no es más que el precio que pago por mi tamaño. Me siento bien. —Me quedé pensando un momento, luego cedí asintiendo con la cabeza—. Gracias, amo —dijo, aliviado—. De verdad que es lo mejor. Si viniera Arato, nunca vería estos cacharros en la cocina. Bastante se interpone ya en mi camino.

—También en el mío —murmuré.

Primero la calma y luego la tormenta, al menos eso pensaba yo, considerando la

destrucción del heno catástrofe suficiente para una sola estación.

A la mañana siguiente me levanté temprano y de buen humor a pesar de mis problemas. Cogí un mendrugo de pan, mi tablilla de cera y mi estilo, y me dirigí al lugar donde pensaba ubicar el molino imaginario. Dibujé durante un rato, pero a medida que el día se hacía más caluroso me fui quedando dormido. Estuve tumbado entre la alta hierba de la orilla del arroyo. Los pájaros trinaban encima de mí. La moteada luz del sol jugueteaba con mis párpados cerrados. A pesar de los problemas que suponía dirigir una granja, de tratar con esclavos buscapleitos, de la mala sombra de los Claudios, mi vida era apacible y agradable. Muy agradable. En realidad, ¿de qué podía quejarme? Otros hombres habían llevado una vida mucho peor que la mía y no habían sacado ningún beneficio. Otros habían sacado algo más, pero ¿a qué extremos habían llegado para conseguirlo? yo era un hombre honrado que estaba en paz con los dioses, me dije, y vivía tan en paz con los demás como podía esperar cualquier persona libre en estos tiempos.

Me sentía increíblemente relajado, como si mi cuerpo estallara de contento por dentro. Pensé en Bethesda. ¡Tres noches seguidas haciendo el amor con ella! No ocurría desde hacía años. Ciertamente, en mi nuevo entorno nunca había sentido tentaciones de apartarme de ella. Ni siquiera había una esclava guapa en la granja (Bethesda lo había notado sin decir nada) y mis vecinos no ofrecían ninguna distracción en ese sentido. De pronto me pregunté qué clase de vida erótica llevaría Claudia, aunque evité ese pensamiento al instante, pues en realidad no me interesaba saberlo. Ah, Bethesda...

Reviví un momento concreto de la noche anterior y sonreí, deleitándome en el recuerdo. ¿Qué había hecho saltar la chispa entre nosotros? Ah, sí, la visita del joven Marco Celio con su moderna barba y su viva lengua. Me descubrí recordando su cara y la imagen no me pareció desagradable. Después de todo, era bastante apuesto, aunque de una manera un tanto ladina. Demasiado ladina para un hombre tan joven. A Catilina le gustaba rodearse de jóvenes atractivos, como todo el mundo sabía. Una mente lasciva podía muy bien imaginar cómo se las había arreglado el joven Celio para ganarse la confianza de Catilina. ¿Qué ocurriría si permitía que Catilina viniese a mi granja, como deseaba Celio? ¿Cómo afectaría a Bethesda? Catilina pasaba de los cuarenta, era sólo unos años más joven que yo, pero tenía fama de estar dotado de la misma vitalidad que un hombre veinte años más joven. Y a pesar de las muchas injurias que se habían lanzado contra él, jamás se le había acusado de feo. A su manera, era tan atractivo como Marco Celio, o lo había sido alguna vez, pues hacía muchos años que no lo veía de cerca. La belleza es un placer universal para la vista... Mi imaginación quedó atrapada en un mundo puramente carnal, como sé que ocurre con frecuencia antes del sueño. Las palabras se escapaban de mi cabeza como el agua entre los dedos.

Entonces oí la voz de mi hija llamándome.

Me incorporé sobresaltado, pues su voz no sonaba juguetona, sino con una urgencia poco común.

Volvió a llamarme, esta vez desde muy cerca; apareció en la ribera y bajó corriendo hacia mí, deslizándose con sus diminutas sandalias sobre la abundante hierba.

—¿Qué pasa, Diana?

—¡Papá, ven!

—¿Pasa algo malo?

—¡Unhombre, papá!

—¿Un hombre? ¿Dónde?

—En el granero.

—¡Vaya, otra visita! —farfullé.

—No, no viene de visita —dijo, frunciendo el entrecejo. Después llegaría a

maravillarme su reacción. ¿Por qué vino corriendo a mí y no a su madre? ¿Cómo pudo contener un grito después de lo que había visto? Llevaba mi sangre, concluí; la sangre del Sabueso siempre curioso, cavilador y frío.

—Bueno, ¿quién es ese hombre?

—¡No lo sé, papá!

—¿Un desconocido?

Se encogió de hombros y extendió los brazos. —No estoy segura.

—¿Qué quieres decir? ¿Conoces al hombre, sí o no?

—¡Pero, papá, no puedo saber si le conozco!

—¿Por qué no? —pregunté, ya exasperado.

—¡Porque el pobre no tiene cabeza!

Capítulo Siete

El cadáver estaba tendido de espaldas en una cuadra vacía. Cómo había llegado hasta allí (si lo habían arrojado, arrastrado o llevado rodando) era; imposible de decir, porque la paja que lo rodeaba había sido revuelta y luego aplastada; esto se deducía porque habían caído algunas briznas encima del cadáver, lo que indicaba que alguien había removido la paja después de depositar el cuerpo. Tampoco había huellas ni otros indicios de cómo había llegado el cadáver hasta las cuadras. Parecía haber salido de la tierra, como una seta.

Como había dicho Diana, le faltaba la cabeza, pero los miembros y los dedos estaban intactos, así como sus partes íntimas. Esto se veía a simple vista, pues estaba desnudo.

Miré a Diana, que observaba el cadáver con la boca abierta. Creo que había visto otro muerto con anterioridad, quizá en una procesión funeraria en Roma, pero jamás uno decapitado. Puse una mano sobre su cabeza y la giré suavemente hasta que quedó frente a mí. Me agaché y la cogí por los hombros. Temblaba.

—¿Cómo lo encontraste? —pregunté en voz baja.

—Me estaba escondiendo de Metón. Metón no quería jugar conmigo, así que le cogí un soldadito y vine aquí a esconderlo.

—¿Soldaditos?

Se dio la vuelta y corrió hacia un rincón. Se agachó para coger algo entre la paja, lanzó una mirada cautelosa al cadáver, volvió a toda prisa y me entregó una figurilla de bronce de un guerrero cartaginés con arco y flecha. Pertenecía a un juego de mesa llamado «Elefantes y Arqueros». Tras ser elegido cónsul, Cicerón había regalado varios juegos de éstos, fabricados especialmente para él, a docenas de invitados en una de sus celebraciones. Yo había pasado el regalo a Metón, que lo guardaba como oro en paño.

—Podía haber cogido uno de los elefantitos, pero sabía que eso le enfurecería mucho —dijo Diana, como si la diferencia fuera importante.

La figurilla era un arquero.

—Entonces, ¿viniste sola a la cuadra?

—Sí, papá.

—¿No había nadie más aquí?

—No, papá.

Recordé que los caballerizos estaban en la parte norte de la granja ayudando a Arato a reparar una sección de la muralla que se había roto. La noche anterior, Arato me había pedido permiso para liberarles de sus faenas habituales. Habían dado de comer y de beber a los caballos al romper el alba y luego se habían ido a trabajar con él antes de que el calor se hiciera insostenible. Si hubieran visto el cadáver, seguramente me habrían informado. El cuerpo, pues, había aparecido después del amanecer, pero eso me parecía imposible. ¿Quién podía haber metido un cuerpo en la cuadra a plena luz del día? Tal vez, tendido como estaba entre la paja de una cuadra vacía, no lo habían visto.

Pero me estaba precipitando. Ni siquiera sabía quién era, o, mejor dicho, quién había sido el hombre en cuestión, ni cómo había muerto.

—¿A quién más se lo has dicho, Diana?

—He ido en seguida a buscarte a ti, papá.

—Bien. Bueno, apartémonos de aquí, vayamos a la puerta.

—¿Crees que deberíamos taponarlo? —dijo Diana, mirando hacia atrás.

En ese momento entró Metón por la puerta.

—¡Aquí estás! —dijo—. ¿Dónde lo has escondido, eh, pequeña arpía?

Diana rompió a llorar y ocultó la cara entre las manos. Me agaché y la rodeé con los brazos. Metón parecía estar avergonzado. Le devolví el soldadito de bronce.

—Me lo quitó ella —dijo titubeando—. Yo no empecé. Tengo cosas mejores que hacer que estar toda la mañana jugando al escondite. Ésa no es razón para que me quite las cosas.

—Diana —dije, abrazándola y hablando con voz suave—, quiero que me hagas un trabajo. Es muy sencillo, pero es importante. Quiero que vayas a buscar a tu madre. No le digas una sola palabra de esto y menos si hay esclavos cerca. Dile solamente que quiero que venga a la cuadra inmediatamente; y sola. ¿Puedes hacerme ese favor?

Dejó de llorar tan bruscamente como había empezado.

—Creo que sí.

—Estupendo. Ahora vete corriendo. ¡Rápido!

Metón me miró consternado.

—¡Pero si no he hecho nada! De acuerdo, la he llamado arpía, pero ¿qué culpa tengo yo de que sea una cría llorona? Me ha quitado una pieza del juego y sabe que eso está mal.

—Metón, cállate. Ha ocurrido algo terrible.

Resopló creyendo que iba a regañarle. Luego vio la gravedad de mi semblante y frunció el entrecejo.

—Metón, ya has visto antes hombres muertos. Ahora vas a ver otro. —Y lo conduje al cubículo vacío.

Ten cuidado con los tacos que sueltas delante de tus hijos o rebotarán en la boca de éstos.

—¡Por los cojones, de Numa! —exclamó Metón con voz quebrada.

—Creo que no es el viejo rey Numa. Mejor será llamarle Nemo, es decir, *Nadie*, aunque lo que le falta no es exactamente cuerpo. Pero Nemo servirá, al menos hasta que le encontremos otro nombre mejor.

—¿Qué hace aquí? ¿De dónde ha salido? ¿Es un esclavo?

—No es de los nuestros, de eso estoy seguro. Observa esta complexión y este color de piel. Conoces a todos nuestros esclavos tan bien como yo. ¿Puede pertenecer este cuerpo a alguno de ellos?

Se mordió el labio inferior.

—Entiendo lo que quieres, decir, papá. Este hombre era alto y bastante ancho de cintura, y peludo.

Asentí.

—Mira el vello que tiene en el dorso de la mano, es muy abundante. Entre nuestros esclavos, sólo Remo tiene unas manos así, pero es mucho más delgado, y más joven también. Fíjate en las canas que Nemo tiene mezcladas con su pelo negro, especialmente en el pecho.

—Pero ¿cómo ha llegado aquí? ¿Y quién le hizo esto?

¿Quieres decir quién lo mató? ¿O quien le cortó la cabeza?

—Es lo mismo, ¿no?

—No necesariamente. No podemos estar seguros de que muriera decapitado.

—Papá, cualquiera moriría si le cortaran la cabeza.

¿Estás poniendo a prueba a tu padre o sólo eres retrasado mental? —Suspiré—. No veo heridas en la parte frontal de su cuerpo, ¿y tú? Ven, ¿crees que puedes ayudarme a darle la vuelta?

—Por supuesto —dijo, pero le vi tragar saliva cuando se agachó para cogerle una pierna. Yo lo cogí por las axilas. Se sobresaltó cuando sus manos tocaron la carne húmeda y fría. Yo también. Solté un gruñido y retrocedí, sacudiéndome la paja de las manos.

—Parece que tampoco hay heridas en la espalda. Sin embargo, no es fácil matar a un hombre cortándole la cabeza. Piénsalo. Tal vez le cortaran el cuello o lo

estrangularan primero. No será fácil encontrar moraduras en el cuello entre tanta sangre.

Mientras me arrodillaba de nuevo para examinarlo más de cerca, Metón se apartó discretamente y se tapó la boca con una mano. Se había puesto muy pálido, a pesar de que parecía tener mucho más color que el cadáver, que—estaba tan blanco como la barriga de una pescadilla.

—No lo han matado esta mañana, eso seguro —dije.

—¿Cómo puedes saberlo?

—El cuerpo está frío y rígido, y se le ha ido el color. Tiene que pasar tiempo para que eso ocurra. Los médicos dicen que los pulmones son como fuelles que calientan la sangre. Cuando dejan de funcionar, el cuerpo se mantiene caliente durante algún tiempo, como una brasa que va perdiendo lentamente su calor. Además, mira la herida. La sangre se ha coagulado y la herida está seca. Cuanto más fresca es la herida, más rezuma. Este corte debe de tener por lo menos un día. Mira, ni siquiera hay sangre en la paja de debajo. Pero, de todos modos, no es posible que lleve muerto mucho tiempo, porque a pesar de este calor aún no ha empezado a oler. Mira, Metón, acércate. Observa la herida conmigo.

Obedeció tras mucho vacilar.

—¿Qué más se puede observar en la herida en sí? —le pregunté. Se encogió de hombros e hizo una mueca—. Observa lo limpio que es el corte. Una hoja muy ancha y afilada, diría yo. Aparentemente, un solo corte, igual que cuando decapitan a los pollos sobre el tajo. No hay señales de que lo hayan serrado o recortado. En realidad, ni siquiera veo trazas de la textura de la hoja, como ocurre con las muescas de un cuchillo con el que se corta un asado: El derramamiento de sangre ha debido de ocultar todos esos detalles. Me pregunto si habrán hecho el corte después de que la sangre se secase dentro del cuerpo. Si es así, la decapitación no tiene nada que ver con la causa de la muerte. Ahora bien, ¿por qué iba a decapitar nadie un cadáver y luego ocultarlo a plena luz del día en mis cuadras? —Sentí un arrebató de ira ante la idea de la violación de mi propiedad, pero tragué saliva. Sabía que siempre que pudiera limitarme a ejercer mi antiguo y conocido papel (examinar un cadáver buscando pistas, estudiar desapasionadamente una situación) podría mantener el buen juicio. Retrocedí—. ¿Qué más se puede decir de él? Dices que parece más corpulento de lo normal, Metón, pero a mí también me da la impresión de que tiene el pecho, los miembros y las nalgas bastante enjutos, como un hombre fuerte que hubiera perdido peso rápidamente. Parece enfermo.

—¡Papá, está muerto! —Metón entornó los ojos.

Suspiré y sentí que echaba de menos a mi hijo mayor, que seguramente ya habría captado todo lo que yo había visto e incluso se me habría adelantado en muchas otras cosas. Pero Eco había empezado su vida en las calles y había aprendido a utilizar todo su ingenio por necesidad mucho antes de que yo lo adoptara. Metón había nacido esclavo en la villa de un hombre rico y siempre se le había considerado más inteligente que astuto. Mi única esperanza era que se convirtiera en un granjero decente, pues desde luego nunca llegaría a ser un Sabueso.

Aun así, insistí.

—¿Qué podemos decir de su posición en el mundo, Metón?

¿Esclavo o liberto?

Metón examinó el cuerpo de la cabeza a los pies.

—No lleva anillo —comentó.

—Sí, pero eso no nos dice realmente nada. Es fácil quitarle el anillo a un ciudadano; y lo contrario, poner el anillo en el dedo de un esclavo habría sido igual de fácil. Por lo que sabemos, Nemo podría ser un patricio al que le robaron el anillo de oro. Sin embargo, a veces un anillo deja una mancha o una marca más clara en la piel del dedo. Yo no veo nada, ¿y tú? —Metón meneó la cabeza negativamente—. De todas

formas, no es concluyente. Está claro que no era el típico esclavo rural, propiedad de un amo cruel, no tiene marcas de grilletes en las muñecas ni en los tobillos, no tiene cicatrices en la espalda, ni está marcado a fuego. En conjunto, parece que lo han tratado bien y que no está acostumbrado al trabajo duro. Mira, no tiene callos en las manos ni en los pies, y sus uñas están bien cuidadas. Tampoco ha pasado mucho tiempo a la intemperie, su piel no está muy tostada por el sol. Si tuviéramos la cabeza, podríamos deducir mucho más...

De repente se oyó un crujido a nuestra espalda. Me asusté, pero sólo era Diana que venía corriendo hacia nosotros. Un instante después se plantó Bethesda en la puerta. La intensa luz del sol perfilaba los mechones sueltos de su pelo recogido. Se detuvo y luego avanzó resuelta, como mujer que espera lo peor. Cuando vio el cadáver, sus fosas nasales se dilataron, abrió los ojos de par en par y apretó los labios hasta que se le quedaron sin color. Se agarró a su estola y dio una patada. Los modales de Bethesda a veces son imperiosos o bruscos, pero jamás la he visto realmente enfadada. Aquélla era una visión que convertía en mermelada al romano más sólido.

—¿Lo ves? —gritó—. ¡Incluso aquí! Dijiste que la vida sería distinta en el campo. ¡No más chusma, no más asesinatos, no más noches en vela pensando si mis hijos corren peligro! ¡Ja! ¡Todo mentiras! —Propinó una furiosa patada al cadáver, dio media vuelta y salió de las cuadras.

Metón se tambaleó, verdaderamente asombrado. Diana empezó a llorar. En la puerta iluminada por el sol, las motas de polvo quedaron revoloteando al paso de Bethesda. Entonces volví la mirada al cadáver, apreté los puños y maldije a los dioses. Metón debió de oírme porque, cuando levanté la vista, se había puesto tan pálido como el decapitado que tenía a mis pies.

No dejaba de repetirme que debería haberle ocultado a Bethesda el descubrimiento del cadáver. La vida hubiera sido entonces más sencilla. Pero tenía que descartar absolutamente esa opción; Diana se lo habría dicho tarde o temprano. ¿Y por qué no? Después de un susto así, la niña necesitaba el consuelo de su madre. No se podía esperar que guardara en secreto un hallazgo tan trascendental y terrible.

Me pareció que lo mejor era no decírselo a los esclavos, si es que había alguna posibilidad de que no se enteraran. Un incidente de este calibre inflamaría su naturaleza supersticiosa y minaría mi autoridad, lo cual les haría, en el mejor de los casos, difíciles de manejar; y, en el peor, poco fiables e incluso peligrosos. Después de un suceso así, Catón probablemente se hubiera deshecho de todos, vendiendo los que hubiera podido y liberando a los demás para que se murieran de hambre en la cuneta de los caminos. A mí estas medidas tan drásticas me parecían poco prácticas y crueles, y, además, tal vez los esclavos supieran algo que yo ignoraba. Si alguno me había traicionado, tenía que averiguar por qué y para quién trabajaba. Si no me habían engañado, era posible que incluso hubieran visto algo más de lo que suponían. En última instancia, tal vez necesitara su conocimiento y ayuda. Algo terrible estaba ocurriendo.

Tenía que confiar en alguien y elegí a Arato. Al fin y al cabo era mi capataz. Me tragué mi desconfianza; a fin de cuentas, había sido muy descortés con él durante todo aquel tiempo. Además, si estaba implicado en la aparición de Nemo, tal vez pudiera leerlo en sus ojos. Cuando Metón trajo a Arato a las cuadras, el susto que percibí en su semblante me pareció bastante auténtico.

Arato me aseguró que no sabía nada, que no había visto nada y me juró que no diría nada a los otros esclavos. Le dije que llevara a unos cuantos a la muralla del norte a cavar un hoyo entre las zarzas, en el aislado rincón suroeste de la granja, donde el arroyo bordea el cerro.

—¿Y cómo lo justifico? —preguntó.

—¡Invéntate algo! —le dije—. O no les des explicaciones. Eres el capataz, ¿no? Es cosa tuya manejar a los esclavos. Pero ninguno debe enterarse de esto, ¿lo entiendes?

y si te parece que alguno sabe algo, infórmame inmediatamente.

Esa tarde, cuando ya estaba hecha la zanja, di instrucciones a Arato de que encargara a los esclavos alguna labor en el rincón más apartado de la hacienda. Metón, Arato y yo envolvimos el cadáver en una sábana, lo atamos a una carreta y tiramos de ella por el suelo rocoso hasta el lugar donde se había cavado el hoyo. No tardamos en sepultar el cadáver con tierra húmeda ni en esparcir por encima piedras y zarzas arrancadas. Habría sido indecoroso entregar a la tierra un cadáver desnudo, anónimo y decapitado sin algún tipo de recordatorio, y también habría sido poco prudente enterrar a un hombre sin apaciguar su espíritu, a menos que quisiéramos invitar a su lémur a errar por la granja para siempre. Así pues, enterramos judías pintas con el cuerpo y, como cabeza de familia, tiré un puñado de las mismas por encima de mi hombro y sobre la tumba cuando hubimos acabado.

Muchos días después volví a aquel lugar y clavé una pequeña lápida de mármol en la tumba, que estaba prácticamente oculta por las zarzas. En la lápida, de arriba abajo, estaban escritas estas letras:

N

E

M

O

El artesano del pueblo se había quejado de que era un encargo extraño grabar una estela para Nadie, pero acabó por aceptar.

La febril atracción sexual entre Bethesda y yo había llegado a su fin. Por la noche me dio la espalda en cuanto me metí en la cama y cuando quise hablarle acerca del cuerpo de las cuabras se tapó la cabeza con una almohada para no oírme.

Quise explicarle que yo no había tenido nada que ver en aquel incidente; que no sabía más que ella sobre el cadáver ni sobre cómo había llegado allí; que haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerla a ella y a los niños. No contestó. Finalmente, escuché un ronquido. Ofendido y enfadado, 'salí de la habitación.

Estuve paseando un buen rato por el patio, bordeando el estanque una y otra vez. Pasé así tanto tiempo que vi cómo se deslizaba lentamente la sombra que proyectaba la luna sobre el tejado hasta acabar en los adoquines del suelo.

Finalmente salí del patio. Fui a ver a Metón y a Diana a sus habitaciones respectivas y los encontré durmiendo plácidamente, aparentemente sin pesadillas.

Continué por el corto pasillo que conduce a mi biblioteca. Encendí un candil y lo colgué sobre mi escritorio. Extendí un trozo de pergamino y acerqué el tintero. Humedecí la caña y empecé a escribir. Arato copió la mayor parte de mi carta, pues yo sentía mi mano torpe e incapaz de evitar los borrones. La carta decía:

A mi querido hijo Eco en su casa de Roma, saludas de su querido padre desde la granja de Fauna.

La vida aquí en el campo sigue llena de sorpresas. No es ni la mitad de monótona de lo que cabría imaginar. Sé que adoras el bullicio de Roma, pero creo que te sorprendería ver las muchas cosas que pasan aquí.

Recuerda, que Metón cumple dieciséis años el mes que viene, momento en que vestirá ya la toga viril. La casa de Roma deberá lucir sus mejores galas para recibir a muchas visitantes distinguidos (algunas no tanto). Los distinguidos deberán quedar impresionados por los ornamentos y plata de la familia; los no distinguidos deberán ser vigilados para que no roben. Espero que tu nueva esposa sepa ocuparse de la organización y supervisión de un acontecimiento así.

De todas formas, es probable que Bethesda asuma finalmente toda la autoridad.

A propósito, tengo un pequeño favor que pedirte. Hazlo discretamente. Hay un joven llamado Marco Celio, un protegido de Cicerón y Craso, al que quiero que envíes este mensaje de mi parte: «El cuerpo sin cabeza». Comprendo que para ti no tendrá sentido; es una especie de broma íntima. Él lo entenderá.

Pienso en ti a menudo. Todos te echamos de menos. Sé que estás muy ocupado en la ciudad. Espero que actúes con la prudencia y el cuidado necesarios para mantenerte libre de daños, como hace tu padre que te quiere.

Me quedé un rato sentado esperando que se secara la tinta, luego enrollé el pergamino y lo metí en una caja cilíndrica, lo até, lo sellé y puse el anillo sobre la blanda cera. Por la mañana enviaría a un esclavo para que lo entregara en Roma.

Salí al jardín. No zumbaba ninguna abeja, todas se habían retirado a sus colmenas durante la noche, pero entre las parras revoloteaba un par de grandes polillas luminosas. Era muy tarde, pero no tenía sueño. Me sentía igual que en las cuadras, increíblemente alerta, viendo y escuchando todo lo que me rodeaba con una gran claridad. La luna llena era tan brillante que podía ver todo casi como si fuera de día, como si el sol simplemente se hubiera convertido en fuego azul en lugar de amarillo. Todo era normal y al mismo tiempo totalmente anormal. Como me había ocurrido en otro momento del día, notaba esa extraña sensación de aturdimiento en medio de una aguda percepción.

Crucé el portón y fui caminando hacia la ladera hasta encontrarme en la punta suroeste de la finca, no porque ése fuera el lugar donde habíamos enterrado al hombre, sino porque era el sitio más apartado de la granja.

Había intentado huir de Roma, pero Roma era demasiado grande. Si uno está en este mundo, no hay forma de escapar de ella.

Así que me senté en una piedra, me recogí el bajo de la túnica e hice una bola con él; luego apreté la boca contra la tela y empecé a gritar con todas mis fuerzas, lo más alto que pude; nadie me oyó: ni Bethesda que roncaba suavemente, ni los esclavos, ni Metón ni Diana, profundamente dormidos en el lecho. Había contenido ese grito en mi interior durante todo el día. Había ocurrido algo terrible e inesperado. Yo había examinado la situación, había deducido de ella todo lo que había podido y había intentado controlarla. Pero desde que había visto el cadáver decapitado lo único que había querido hacer de verdad era gritar.

Segunda parte

CANDIDATUS

Capítulo Ocho

Durante los días siguientes esperé a un visitante que no llegaba.

Mientras tanto, Lavida recuperó su ritmo normal. El trabajo en la granja continuó como siempre. Arato vigilaba a los esclavos del campo y trabajaba siguiendo mis directrices; Congrio cocinaba y los esclavos domésticos se dedicaban a sus quehaceres.

Los días eran cada vez más largos y calurosos, y las noches más cálidas, excepto en mi cama, donde las cosas estaban bastante frías. Bethesda no volvió a mencionar el cadáver de las cuadras. Hacía mucho tiempo que había decidido, muy acertadamente, que si mi trabajo ponía en peligro nuestra vida, sería yo quien se preocupara por solucionarlo, no ella. Su actitud anunciaba sencillamente que no veía la necesidad de malgastar saliva en interrogarme o castigarme.

Su comportamiento era frío y distante, como el de las esposas de militares que se ven obligadas a vivir con el constante miedo a perder a sus maridos y que, no obstante, son a éstos a los que primero culpan por ello. Ya conocía la indiferencia de Bethesda y sabía soportarla con paciencia, pero esta vez venía mezclada con altas dosis de suspicacia, como si hubiera traicionado su confianza de manera premeditada. Estaba esperando a que yo estallara y le dijera todo lo que sabía sobre el cadáver y su aparición. Cedí más de una vez y, aludiendo indirectamente a lo que había ocurrido en las cuadras, le hice saber que estaba dispuesto a confiar en ella, pero cada vez que lo hacía ella cambiaba de tema en voz alta, salía airadamente de la habitación y, en general, nos hacía la vida imposible a todos. «Esto no ocurriría si hubieras seguido siendo esclava», farfullaba yo fríamente, pero sin que nadie me oyera. Además, ni yo mismo creía lo que decía.

Metón no parecía especialmente afectado por la inexplicable aparición del cadáver. El hecho de haber llegado a la juventud en mi casa de Roma le había inmunizado de tal manera contra tantas locuras que, aparentemente, se lo había tomado como algo normal; a su manera espontánea y velada, me daba a entender que confiaba plenamente en mí como padre. Su fe en mí me conmovió; realmente era muy superior a lamía.

Diana, en cambio, se puso malhumorada e irascible, aunque creo que su actitud se debía más a la discordia que existía entre sus padres que al susto de haber encontrado a Nemo. ¿O acaso me estaba comportando como un estúpido, tratando de quitar importancia al terrible impacto de presenciar una intrusión tan grotesca en su pequeño y seguro mundo? Le dediqué toda la atención que pude, la mimé e hice que Congrio le preparara caprichos de natillas y miel, pero ella se escabullía de mí, tiraba los dulces al suelo y mostraba una displicente insatisfacción con el mundo entero. Suspiré y recordé que, al fin y al cabo, era hija de su madre.

Entretanto, lo más sutilmente que pude, indagué entre los esclavos. No averigüé nada. Arato, que había jurado tener la boca cerrada y los oídos abiertos, no tuvo más éxito que yo. Era como si sólo le hubiéramos visto nosotros cinco, o como si Nemo nunca hubiera existido.

Se aproximaba julio y con él lo más tórrido del verano. Todo estaba neblinoso con tanto calor. El Monte Argento reverberaba como un reflejo ondulante en una laguna. El arroyo perdió caudal y su gorgoteo se convirtió en un leve murmullo. Incluso a la sombra hacía demasiado calor para dormir la siesta.

Finalmente llegó el visitante.

No entró por la puerta; salió de la Vía Casia en el lugar donde ésta más se aproximaba al cerro y se abrió camino entre las zarzas y los robles. No iba solo; le acompañaba un gigantón de pelo rubio que parecía demasiado grande para el caballo

que montaba. Se acercaron juntos lentamente y con precaución. Sus ojos no dejaban de escrutar ni un instante cuanto les rodeaba.

Les vi antes que ellos a mí, ya que esa tarde me hallaba en el cerro observando la granja. A veces corre un poco de aire en la cima cuando abajo no se mueve ni una brizna, por lo que, con una bota de vino fresco, puede ser un lugar confortable para pasar un día asfixiante y sin una nube.

Claudia se había reunido conmigo unos momentos antes. Llevaba una larga túnica marrón suelta y un sombrero de paja casi tan ancho como alta era ella, lo que le daba el aspecto de una seta gigante. Estábamos sentados a la sombra y charlábamos sobre las enfermedades de los animales, los esclavos respondones y el tiempo, y no de Nemo ni de política, ni de sus hostiles primos, pues hacía demasiado calor para confiar secretos o discutir de cosas serias. Claudia fue la primera en ver a mis visitantes.

—Mira, Gordiano, esos dos no pueden ser esclavos tuyos. ¿Me equivoco?

—¿Dónde?

—Esos dos que van a caballo, allí, al pie del cerro. No, no puedes verlos por culpa de los árboles, pero mira ahora —dijo, señalando con el dedo.

—¿Qué te hace estar tan segura de que no son hombres míos? —pregunté, mirando abajo pero sin poder verlos aún.

—Que mientras subía por el otro lado del cerro, me senté un momento a descansar y les vi abandonando la Vía Casia procedentes del sur.

—¿A esos mismos hombres? ¿Estás segura?

—Lo sé porque uno monta un caballo blanco y el otro uno negro, y el que va en el negro es enorme. No creo que tengas un gigante así en tu finca.

Finalmente los vi, descansando a lomos de los caballos bajo los olivos al pie del cerro. Nos daban la espalda y parecían estar vigilando la casa...

—Ah, sí —dije inquieto—, sospecho que vienen de Roma. —«Al fin viene Catilina», pensé.

—¿Alguien que yo conozca?

Carraspeé tratando de idear una respuesta. Lo único que podía ver con claridad eran sus hombros y sus sombreros de ala redonda. Claudia se echó a reír.

—Perdóname por ser tan curiosa. Costumbres del campo. Si hubiese nacido en la ciudad, supongo que habría aprendido a meterme sólo en mis asuntos. Bueno, te dejaré para que bajes a recibir a tus visitantes. —Se levantó y se puso el sombrero—. Aunque me sorprende que se acerquen a tu casa por la arboleda como un par de bandidos en lugar de utilizar el camino. ¿Sabes quiénes son?

—Sí, sí —afirmé, haciéndome yo la misma pregunta.

Esperé a que se marchara, luego me levanté y eché un trago de vino de la bota. Abajo, los jinetes hicieron lo mismo. Parecían muy contentos sentados y observando desde su posición privilegiada a la sombra del olivar, así que yo también me senté y les observé. Estuve así un buen rato, hasta que empecé a impacientarme y a ponerme de mal humor. Al fin y al cabo, invitados o no, no tenían derecho a entrar en mi propiedad sin mi consentimiento, y no había excusa para espiar mi casa, fuera cual fuese su motivo o intención.

Estaba a punto de bajar para encararme con ellos, sin otra arma que mi dignidad de ciudadano y propietario, cuando de repente el más grandullón se volvió y levantó la vista hacia mí. No pude verle la cara debido a las sombras que proyectaba su sombrero, pero él debió de verme, porque le dijo algo a su compañero, quien a su vez giró la cabeza hacia mí. El más pequeño indicó al otro que se quedara quieto, bajó del caballo y empezó a subir por la ladera.

Debería haberme dado cuenta entonces de quién era, pues parecía conocer el camino perfectamente. Además, había algo que me resultó familiar al instante en su modo de andar y en el contorno de su cuerpo, aunque su rostro seguía oculto por el ala del sombrero. Hasta que no llegó arriba y estuvo prácticamente encima de mí, no supe

quién era. Sorprendido, exclamé su nombre.

—¡Eco!

—¡Papá! —Se quitó el sombrero y me abrazó, estrujándome hasta dejarme casi sin aliento.

—Espero que no abras con tanto entusiasmo a tu nueva esposa.

—¡Pues claro que sí! —Me apretó más fuerte aún y al fin me soltó—. Menenia es un sauce joven y flexible.

—Y yo soy una vieja carrasca que se parte en seguida —dije, arqueando la espalda.

Eco dio un paso atrás.

—Lo siento, papá. Es que me alegro tanto de verte... —Su voz conservaba el mismo tono ronco y áspero que la había caracterizado desde que la recuperara nueve años antes, en Bayas, después de haber sido mudo mucho tiempo. Oírle hablar siempre me parece un milagro y me recuerda que los dioses a veces se muestran generosos cuando uno menos lo espera.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué diablos tienes ese aspecto?—Se lo pregunté porque de repente me di cuenta de que llevaba el pelo y la barba arreglados del mismo modo que Marco Celio: el cabello corto a los lados, pero largo y revuelto en la parte de arriba, y la barba recortada y reducida a una delgada franja de oreja a oreja y por encima de los labios. Aquella moda de marras era una excentricidad, pero al menos a Celio le acentuaba los pómulos y los rojos labios; a Eco le sentaba fatal.

Mi hijo enarcó una ceja, confundido, y se echó una mano a la barbilla.

—¡Ah, el nuevo estilo! ¿Te gusta?

—No.

Se rió.

—A Menenia sí.

—Un cabeza de familia no debe cambiar de apariencia sólo para complacer a su esposa —dije, e inmediatamente pensé: «Por las pelotas de Numa, hablas igual que un carcamal pedorro, es decir, como todos los padres romanos que conoce la historia»—. No importa —dije rápidamente—, siempre y cuando eso no signifique que te has unido a cierta banda.

—¿De qué estás hablando?

—Me refiero a si la barba y el pelo son signos externos de cierta tendencia política...

Se rió y negó con la cabeza.

—Sólo es una moda. De todas formas, he venido lo más rápidamente que he podido. Estaba fuera de Roma cuando llegó tu carta, me encontraba en Bayas trabajando para un cliente, uno de los Cornelios, ya sabes lo bien que pagan. Volví ayer. Bueno, después de haber estado ausente tanto tiempo, lo menos que podía hacer era pasar la noche con Menenia. He traído a Belbo conmigo por si las cosas se complican. Ah, hice lo que me pedías y entregué ese mensaje críptico a Marco Celio antes de partir.

—Pero, Eco, yo no te pedí que vinieras.

—¿No? —Me miró sagazmente y sacó del cinto un pergamino enrollado—. «Mi querido hijo Eco», «de tu padre que te quiere». En realidad, tanto sentimentalismo desde el principio me alarmó. Y luego estas curiosas referencias a sorpresas en el campo y las alusiones a que estaba ocurriendo algo emocionante, como si es tuvieras escribiendo mientras alguien te miraba por encima del hombro y no pudieras decir lo que realmente querías. Luego viene lo más importante de la carta: la mayoría de edad de Metón. ¡Como si yo pudiera olvidarme de algo así! ¡O como si no hubiéramos discutido ya todos los detalles en primavera! Luego, como algo que casi se te olvida, me pides que entregue un extraño mensaje en tu nombre y dices que es una broma íntima: y todo esto seguido de una última súplica: que sea prudente y me aparte de todo

peligro. Bueno, la verdad es que podías haber escrito simplemente: «¡Socorro, Eco! ¡Ven lo antes posible!».

—Déjame ver esa carta —dije, y se la arrebaté de las manos—. ¿Siempre analizas así la correspondencia?

Se encogió de hombros.

—Papá, soy tu hijo. ¿No te alegras de que haya venido? ¿No es eso lo que querías?

—Sí, sí. Me alegro de que estés aquí. Necesito alguien con quien hablar. —Me senté en uno de los tocones y cogí la bota de vino.

Eco dejó el sombrero en el suelo y se sentó a mi lado. —Interesante —dijo, metiendo la palma de la mano por debajo de sus nalgas—. Este tocón está bastante caliente, a pesar de estar a la sombra. ¿Se ha sentado alguien aquí antes que yo? Cabeceé suspirando.

—¡A y! Para bien o para mal, se nota que eres hijo del Sabueso.

—No me extraña que tuvieras esa cara tan larga cuando te vi —dijo Eco. Estaba sentado con los pies descalzos en la hierba, calentándose las piernas con el último sol de la tarde. Le había contado todo lo que pensaba sobre lo ocurrido en las últimas semanas y varias cosas que había olvidado, gracias a su insistente interrogatorio. Sobre la hierba, entre los dos, yacía la bota de vino vacía. Al pie del cerro estaban los caballos atados a una roca y Belbo dormía recostado en un tronco—. ¿Entonces supones que fue Marco Celio quien puso el cuerpo decapitado en las cuadras, a modo de mensaje? —preguntó, mirando pensativamente hacia la casa.

—¿Quién si no?

—Tal vez alguien del otro bando —sugirió.

—¿Qué otro bando? Ése es el problema.

—¿Entonces no crees que Celio sea de verdad un enviado de Cicerón?

¿Quién sabe? Cuando le dije que exigía una garantía del propio Cicerón se negó en redondo, aunque no sin darme buenas razones. Parece que no quiere que haya ningún nexo entre Cicerón y yo.

—Podemos encontrar una solución a eso —dijo Eco—. No tienes por qué hacerlo tú. Puedo hacer de correo entre vosotros sin que nadie se entere.

—¿Y luego qué? Supongamos que Cicerón nos asegura que, en efecto, Celio es un espía suyo en el círculo de Catilina. Aun así, ¿puede Cicerón leer en el corazón de ese joven? Celio afirma estar haciendo el papel de aliado de Catilina mientras trabaja en secreto para Cicerón. Pero ¿qué pasa si trabaja para los dos bandos y su traición es doble? ¿Qué pasa si realmente es uno de los hombres de Catilina? ¡Es como lanzarse de cabeza a un nido de serpientes! ¡Unas son más peligrosas que otras, pero todas muerden! ¡Vaya elección, decidir cuál quieres que te muerda! Precisamente cuando creía haber conseguido salir del nido...

—Pero el cadáver —continuó presionando Eco—, ¿estás seguro de que fue un mensaje de uno de los dos bandos?

—Eso me parece evidente. El enigma de Catilina: una cabeza sin cuerpo o un cuerpo sin cabeza. Eso dijo Celio, y en caso de estar dispuesto a someterme a sus deseos tenía que enviarle un mensaje: «El cuerpo sin cabeza». ¡Y resulta que eso mismo va y aparece en mis cuadras! Fue cinco días después de la visita de Celio. No dejó que pasara mucho tiempo antes de empezar a intimidarme, ¿no crees?

—A menos que, como tú dices, el mensaje viniera de otro lado.

—Pero el mensaje significa lo mismo, no importa qué bando lo enviara. Voy a hacer lo que se me ha pedido: recibir a Catilina en mi casa. Retrasé la respuesta y por ello me hostigaron, asustaron a Diana y pusieron mi casa patas arriba.

—¿Crees que fue Catilina quien lo hizo?

—No creo que Cicerón recurriera a una táctica así.

—Puede que lo hiciera Celio sin saberlo Cicerón.

—¿Qué importancia tiene saber quién lo hizo? Alguien trata de demostrarme que estoy a su merced.

—Por eso accediste y me pediste que comunicara a Celio tu respuesta.

—No veía otra alternativa. Lo envié a través de ti porque sabía que podía confiar en mi propio hijo y porque me pareció más prudente hacerlo indirectamente... Y quizás porque en lo más profundo de mi corazón quería que vinieras para poder desahogarme contigo. No contaba con que el mensaje que envié a Celio se demorara a causa de tu ausencia de Roma. Es extraño que no haya tenido mayores repercusiones. Apenas habían pasado cinco días desde la visita de Celio cuando apareció —el cadáver. Ahora han pasado diez días más y no se han producido nuevos incidentes.

—Las elecciones consulares están próximas. Los políticos y sus secuaces hacen lo indecible para ganar votos. Tal vez se hayan olvidado de ti por ahora.

¡Ojalá se olvidaran para siempre!

—O también...

—¿Qué, Eco?

—Quizás el mensaje, es decir, el cuerpo, viniera: de otro grupo totalmente distinto.

Asentí tratando de profundizar en las palabras de Eco.

—Sí, también he pensado en eso. Te refieres a los Claudios.

—Por lo que me has dicho, ya están conspirando contra ti y no tienen escrúpulos. ¿Qué fue lo que dijo ese tal Cneo Claudio de unos asesinos?

—Algo de contratar a unos hombres: de Roma para que vinieran a «derramar un poco de sangre en mis tierras». Pero imagino que, como a la mayor parte de los jóvenes impetuosos, se le va la fuerza por la boca.

—¿Y si no es así? Parece capaz de dejar un cadáver en tus cuadras sólo para asustarte.

—Pero ¿por qué un cuerpo decapitado? No, sería demasiada coincidencia. Y si quisiera asesinar a alguien sólo para demostrarlo, ¿por qué Nemo, a quien ni siquiera —puedo identificar? ¿Por qué no a uno de mis esclavos, o a mí? No, he ponderado la posibilidad de que uno o más Claudios puedan estar detrás del incidente, pero me parece hartamente improbable.

Eco se quedó pensativo un rato.

—¿Interrogaste a los esclavos?

—Indirectamente. No quiero que sepan nada de Nemo si puedo evitarlo. Sería desastroso para la disciplina.

—¿Por qué eres tan discreto? A la mayoría de los hombres le traería sin cuidado que se enteraran los esclavos. De hecho, los torturarían a todos hasta arrancarles la verdad.

—Eso ocurre porque la mayoría de los hombres pueden permitirse el lujo de reemplazarlos; yo no. Además, la coacción violenta no es mi estilo, ya lo sabes. Pregunté lo que tenía que preguntar. Ninguno había visto ni oído nada que yo pudiera relacionar con la aparición del cuerpo.

—¿Cómo es eso posible? Para introducir en las cuadras un cuerpo sin ser visto, es necesario saber cuándo y dónde están durmiendo o trabajando los esclavos, y es indispensable recibir ayuda del interior. Creo que te han traicionado.

Me encogí de hombros.

—Ya te he hablado de mis conflictos con Arato.

Eco movió negativamente la cabeza.

—Has presenciado muchos más pleitos que yo, papá. Imagínate a Cicerón uniendo los hilos de tus sospechas sobre Arato. No tienen fundamento. Lo que pasa es que no te cae bien.

—Yo no le acuso —dije—. No acuso a ninguno de los esclavos. Los esclavos romanos no traicionan a sus amos desde que se acabó con Espartaco.

Permanecimos un rato en silencio. Finalmente, Eco apretó la mandíbula y frunció el entrecejo, gesto que yo sabía era presagio de una resolución.

—No me gusta esto, papá. Creo que deberías abandonar la granja y venirte a la ciudad. Aquí corres peligro.

—¡Ja! ¿Dejar el campo y volver a Roma por motivos de seguridad? ¿Aconsejarías a un nadador que cambiara las aguas mansas por los rápidos?

—Puede haber corrientes peligrosas bajo el agua estancada.

—Y rocas afiladas ocultas entre los rápidos. Y remolinos que te succionan y te atrapan sin dejar de darte vueltas.

—Hablo en serio, papá.

Miré hacia la granja. El sol se iba ocultando rápidamente, proyectando una sombra anaranjada sobre los campos. Los esclavos llevaban las cabras a los rediles. Diana y Metón emergieron entre las sombras verdes de la arboleda del arroyo y se dirigieron a la casa.

—El verano es uña estación de mucho trabajo aquí en la granja. Tengo pensado construir un molino.

—Papá, Arato puede hacerse cargo de la granja. ¿No está para eso? Bueno, sé que no te gusta, pero nada de lo que me has contado es motivo suficiente para desconfiar de él. Lleva a Bethesda y a los pequeños a la ciudad. Veníos conmigo.

—¿A la casa del Esquilino? No cabremos.

—Sobra espacio.

—Falta espacio para que Bethesda y Menenia puedan marimandar por separado.

—Papá...

—No. Es época de elecciones y no tengo estómago para estar en Roma mientras los candidatos y sus séquitos se pasean por los mercados y cualquier inculto ignorante se permite dar su opinión sobre el estado de la República. No, gracias. Además, en el mes de julio hace demasiado calor en la ciudad.

—Papá...

Le puse la mano en la rodilla.

—Eres un buen hijo, Eco, has hecho este largo viaje sólo porque yo te preocupaba. Y eres un hijo concienzudo por ofrecirme alojamiento en la casa que te regalé. Pero no iré a Roma. No te preocupes, parece inevitable que Roma venga a mí.

Bajamos del cerro para despertar a Belbo y conducir los caballos a las cuadras. Me sentía mucho más relajado. Me dije que era el vino, que pesa menos en la barriga que en la bota, pero la verdad es que aquella sensación de alivio y ligereza se debía al haberme desahogado con la única persona que podía entender cómo me sentía.

La llegada de Eco provocó gran alborozo en la casa. No me había dado cuenta de lo dura que había sido la tensión que siguió al hallazgo de Nemo hasta que llegó Eco para liberarla. Diana se sentó en su regazo y él la complació haciendo el caballito con las piernas. (Comprendí de pronto que ya tenía edad suficiente para tener una hija de la edad de Diana, y ahora que estaba con Menenia podía anunciarme en el momento menos pensado la próxima llegada de un nieto.)

Metón demostraba la típica mezcla de curiosidad, deferencia y envidia propia de un joven que se halla en presencia de un hermano que le lleva más de diez años. A pesar de la diferencia de edades y orígenes, siempre se habían llevado muy bien. Bethesda elogió el corte de pelo y la barba de Eco, y le mimó sin ninguna vergüenza.

Belbo, que llevaba muchos años protegiendo la casa del Esquilino y a sus moradores, empezaba a estar más torpe y canoso, aunque seguía teniendo la misma anchura de hombros y sus brazos aún parecían los de un herrero. Para su consternación, Diana se entretuvo tirándole del pelo hasta que Bethesda la amenazó con negarle el postre que había hecho Congrio a base de miel y almendras.

Eco quería regresar a Roma por la mañana, pero le convencí de que pasara el día con nosotros. Le pedí que revisara las cuentas de Arato, lo cual hizo muy por encima,

concluyendo que estaban impecables. Le enseñé mis planos del molino, que estaba dispuesto a construir lo antes posible, y me aportó algunas sugerencias para mejorarlo.

Esa noche, Bethesda en persona se hizo cargo de la cocina y preparó la típica comida sencilla con que se había alimentado Eco en su infancia. Sus gustos se habían vuelto más refinados desde entonces, pero se mostró encantado con las recetas de lentejas y cebada, aunque sólo fuera por razones sentimentales. Después, los esclavos sacaron los triclinios al atrio y toda la familia se reunió para ver salir las estrellas. Convencimos a Bethesda de que cantara una de las canciones egipcias de su infancia y al sonido de su voz Diana y Metón se quedaron dormidos. Bajo el cielo sin luna, por sugerencia de Bethesda, Eco habló de los pequeños detalles de su nueva vida hogareña.

Más tarde, Bethesda despertó a Metón y lo envió a su habitación, y tomó en brazos a Diana para llevarla a la cama, dejándonos solos a Eco y a mí.

—Papá —dijo—, cuando vuelva a la ciudad veré lo que puedo averiguar sobre Catilina y Celio, y lo que tienen planeado hacer. Discretamente, por supuesto.

—No te pongas en peligro.

Encogió los hombros y en ese ademán me descubrí a mí mismo.

—Un hombre curioso en Roma siempre está en peligro, papá. Ya lo sabes.

—Aun así...

—No puedo cruzarme de brazos mientras se urde una conspiración a tu alrededor. Esa gente, la que ha dejado el cuerpo decapitado como señal, evidentemente no se detendrá ante nada.

—Razón por la cual no tengo más alternativa que seguir el juego por ahora.

—¿Y después?

Tragué una profunda bocanada de aire y observé las estrellas en el cielo. No respondí y Eco no insistió.

Así transcurrió el último día de junio. A primera hora de la mañana de las calendas de julio, Eco y Belbo partieron de regreso a Roma. Les acompañé hasta la Vía Casia y me quedé mirándolos largo rato, hasta que se convirtieron en dos puntos móviles, uno blanco y otro negro, en el polvoriento horizonte.

Capítulo Nueve

La tarde de la partida de Eco me puse a trabajar a fondo en el molino. Arato, que tenía un conocimiento práctico de la ingeniería superior al mío, revisó mis planos y afirmó que eran factibles; de hecho, me llené de orgullo cuando percibí que estaba impresionado. Llamó a los esclavos más experimentados en carpintería y les puso a cortar las diversas piezas.

Entre tanto, Arato y yo examinamos el lugar que había elegido. Había pensado que quizás tuviera que represar una parte del arroyo, pero decidimos que era mejor desviarlo abriendo un canal en mi orilla. No causaría ningún perjuicio a mi vecino Publio, excepto el enlodamiento de las aguas. Ello seguramente provocaría las protestas de sus lavanderas y no tenía ganas de ser causa de nuevos altercados entre esclavas. Además, estaba el asunto del litigio entre nosotros respecto a mi prioridad en la utilización del arroyo. Podríamos tardar meses o años en solventar eso y no estaba dispuesto a esperar tanto para construir el molino. Puede que si dejara a Publio utilizar el molino, me dije, se mostraría más dispuesto a aceptar el proyecto. Apreté los dientes y decidí que debía actuar del modo más razonable posible: iría a hablar con Publio Claudio.

No había ningún camino que comunicara nuestras propiedades. Para llegar a su casa tenía que salir a la Vía Casia, dar un gran rodeo al norte de la finca de Manio Claudio y volver al sur otra vez. Dada la frialdad de nuestro trato, me parecía un tanto osado cruzar el arroyo e ir cabalgando por sus campos hasta la misma puerta de su casa, pero no había una ruta más directa.

Decidí llevarme a Arato y a uno de los esclavos más vigorosos, sólo por si se presentaban problemas. Para evitar que Metón nos siguiera, le mandé que ocupara el lugar de Arato y vigilara a los esclavos que trabajaban cerca de la muralla norte. Se molestó por tener que quedarse en casa, pero también vi que le agradaba el hecho de que le confiara una responsabilidad.

Nos pusimos en marcha a primera hora de la tarde. En verano, la mayoría de los granjeros se toma un largo descanso a mediodía para evitar el calor, por eso esperaba encontrar a Publio disfrutando de su momento de ocio, con el estómago lleno todavía y algo atontado por el vino. Me acercaría a él con las manos abiertas, con la cordialidad de un buen vecino. Nuestras esclavas habían tenido sus altercados en el arroyo, pero, por lo que me habían dicho Congrio y sus ayudantes, Publio no había lanzado amenazas serias contra mí durante la reunión familiar.

Atravesamos el arroyo y subimos la falda de la orilla. Al cruzar los campos vi que los esclavos descansaban a la sombra de los olivos y las higueras. Me miraron extrañados, pero ninguno se interpuso en nuestro camino.

La granja estaba menos cuidada de lo que había imaginado. Desde la cima del cerro parecía un lugar idílico, pero la distancia puede enmascarar un granero de madera podrida o un huerto de árboles enfermos. La hierba era alta: la siega se retrasaba demasiado. Silbaba alrededor nuestro al paso de los caballos, que hacían saltar a las cigarras y los saltamontes. Arato chascó la lengua en señal de reprobación cuando vio las condiciones en que estaban el ganado y los establos.

—Una cosa es ver todo este desorden en la ciudad, donde vive un millón de personas apretujadas y es inevitable, pero en el campo las cosas debieran estar siempre limpias y ordenadas. Y más si un hombre posee suficientes esclavos.

Mirando a mi alrededor y viendo los setos descuidados, las vallas rotas, las herramientas tiradas por el suelo y los montones de basura, no me quedó más remedio que estar de acuerdo con Arato. Yo pensaba que Publio Claudio era rico. ¿Cómo podía permitir que su propiedad estuviera en tan lamentable estado?

Desmontamos y atamos los caballos. La casa estaba en mejores condiciones que los cobertizos y graneros que la rodeaban, pero las tejas también necesitaban un buen repaso. Al dirigirme a la puerta, tropecé con una losa resquebrajada y casi, me caigo. Arato me cogió del brazo y me ayudó a enderezarme.

Llamó a la puerta, primero suavemente, luego con más energía. Aunque todos estuvieran durmiendo la siesta, debería haber al menos un esclavo despierto por si alguien—llamaba. Arato me miró apretando los labios. Asentí para que llamara más fuerte.

En el interior se oyó el ladrido de un perro, luego un hombre que le gritó que se callara. Esperé a que se abriera la puerta, pero no hubo más que silencio.

Arato me miró de nuevo.

—Llama otra vez —le dije.

Arato golpeó con fuerza. El perro volvió a ladrar. El hombre empezó a gritar y a maldecir, pero esta vez a nosotros, no al animal.

—¡Largaos si no queréis recibir una paliza!

—Esto es ridículo —dije. Arato se apartó para permitir que llamara yo mismo ¡Tu amo tiene visita! —exclamé—. ¡Abre o serás quien se lleve la paliza!

El perro no paraba de ladrar. La voz del otro lado de la puerta nos maldijo y blasfemó contra la mitad de los dioses del Olimpo. Se oyó un largo quejido y el perro dejó de ladrar. Finalmente, la puerta crujió y se abrió. Arrugué la nariz ante el olor que me llegó de dentro, una mezcla de olor a perro, sudor rancio y coles hervidas.

Más allá del pequeño vestíbulo había un atrio iluminado por la luz del sol, de forma que sólo vi la silueta del hombre y por unos instantes apenas pude distinguir sus rasgos. Lo primero que me llamó la atención fue su pelo, largo y desgredado, salpicado de mechones grises. Tenía la figura de un anciano, encorvado y de hombros caídos, pero no parecía ni pequeño ni débil. Llevaba una túnica arrugada y de aspecto raído, toda retorcida, como si acabara de ponérsela. Cuando lo miré con más atención vi su mandíbula gris cubierta por una barba de varios días, y su nariz grande y carnosa. Tenía los ojos inyectados en sangre y los entornaba como si la luz le molestase.

—¿Quién eres tú y qué quieres? —gruñó. Arrastraba las palabras a causa del vino.

«Por las turmas de Numa —pensé—. Vaya un esclavo para atender la puerta.» Evidentemente, Publio Claudio no prestaba mayor atención al cuidado de su casa privada que a la dirección de la granja.

—Me llamo Gordiano —dije—. Soy el dueño de la granja que antes pertenecía a Lucio Claudio, la del otro lado del arroyo. He venido a hablar con tu amo.

El hombre se rió.

—¿Mi amo? ¡ja!

Arato contuvo la respiración.

—¡Qué insolencia! —murmuró.

El hombre volvió a reírse. Oí un leve movimiento detrás de él, en el atrio. Una chica, completamente desnuda y con un trozo de tela arrugada en las manos, salió a la luz y miró hacia la puerta asustada, con los ojos dilatados. Era joven, tan joven que podía haberla confundido con un chico de no ser por su larga melena negra. Apreté los labios.

—Evidentemente, Publio Claudio debe de estar ausente para que este tipo de conducta tenga lugar en su propia casa —dije secamente.

El hombre se volvió y vio a la chica, luego arremetió contra ella y dio dos palmadas.

—¡Fuera de aquí, Libélula! Vístete y aléjate de mi vista o te daré una buena azotaina. ¡Vaya unos modales, enseñar el culo a estos visitantes! ¡Fuera, vamos, pequeña arpía!

Se volvió hacia nosotros con una sonrisa burlona. Sintiendo que me temblaban las piernas, bajé la vista y vi que llevaba un anillo en el dedo, y no el anillo de hierro normal del ciudadano común, sino el sello de un patricio que emitía destellos a la luz del sol.

—Tú debes de ser Publio Claudio —dije torpemente. Después de haberme acostumbrado a la luz, estudié su rostro y vi que, en efecto, era él. Le había visto de lejos en el tribunal del Foro de Roma, con el pelo arreglado y la barba afeitada, y vestido con una fina toga. Entonces tenía un aspecto digno y soberbio. Me miró de arriba abajo.

—Ah, sí, te recuerdo. El hombre que se quedó con la propiedad del primo Lucio. Sigues pareciendo un lechuguino de ciudad.

Me estiré. No está bien dejarse insultar en presencia de un esclavo.

—Publio Claudio, he venido en calidad de vecino tuyo a tratar un pequeño asunto referente al arroyo que delimita nuestras propiedades.

—¡Ja! Arreglaremos ese asunto en los tribunales. Y esta vez no vendrá a rescatarte ese charlatán de Cicerón que lame con su pico de oro el culo de los jueces. Sé que ya se ha llenado la boca lo suficiente para tenerlos a todos contentos en el Senado.

—Tienes una lengua viperina, Publio Claudio.

—Al menos no la meto en los mismos sitios que Cicerón.

Tomé aire.

—Como bien dices, Publio, arreglaremos el asunto de los derechos del agua en el juzgado. Hasta entonces no tengo intención de dejar de utilizar el arroyo.

—Ya lo he visto. ¡Vamos, no me digas que ha sido esa pelea entre las lavanderas lo que te ha traído aquí! Sí, ya sé que una de tus esclavas recibió una pedrada. Mi capataz me lo contó todo. Pero ¿sigue valiendo para trabajar o no? Si no sirve, te daré una de las mías. Pero no pienso pagar los daños sólo porque una lavandera derramara un poco de sangre. No sería lo mismo si la afectada fuera una esclava de cama, en la cual las cicatrices constituirían una gran diferencia de valor. ¿Qué más quieres de mí? A todas las esclavas que tomaron parte les di una buena azotaina y un castigo especial a la puta que tiró la piedra. Espero que tú hayas hecho lo mismo con las tuyas. Y si no lo has hecho, hazlo ahora; nunca es demasiado tarde. Puede que hayan olvidado lo que hicieron mal, pero se acordarán de la paliza si se la das bien.

—Publio Claudio, el asunto que he venido a tratar...

—¡Ah, por Rómulo y Remo, hace demasiado calor para estar hablando aquí en la puerta! Pasa. ¿Quién hay detrás de ti, tu capataz? Bueno, que entre él también, pero deja a ese grandullón ahí fuera. No necesitas guardaespaldas en mi casa. ¿Qué clase de hombre crees que soy? Tú, esclavo, cierra la puerta. ¡Ah, qué bien, mi triclinio está todavía a la sombra! —Había unafuente en el atrio, pero sin agua; la pila estaba llena de ramas y paja. Publio se desplomó en el triclinio. Sólo había un taburete para que yo me sentara. Tras haber cerrado la puerta, Arato se colocó detrás de mí y permaneció de pie—. Espero que perdones la ausencia de mobiliario cómodo y cosas por el estilo. —En ese momento apareció un galgo que se deslizó quejicoso bajo el triclinio del amo—. Nunca he tenido buen gusto para el lujo. Además, hace falta una mujer para que una casa sea confortable y apta para las visitas, y la única esposa que he tenido en mi vida murió al año de casarnos. —Alargó la mano por debajo del triclinio y sacó una bota de vino. Se la llevó a la boca y la apretó, pero sólo cayeron unas gotas—. ¡Libélula! —canturreó—. Vamos, Libélula, trae un poco de vino a papá.

—He venido, Publio, porque tengo pensado construir un molino de agua junto al arroyo. No habrá necesidad de alterar el cauce, porque...

—¿Un molino? ¿Te refieres a esa máquina con ruedas activada por el agua? ¿Qué piensas hacer con una cosa así?

—Tiene muchas utilidades: moler grano, incluso machacar piedras.

—Pero ya tienes esclavos para hacer eso, ¿no?

—Sí, pero...

—¡Libélula! ¡Trae vino ahora mismo o te atizarédelante de estos extraños!

Al cabo de un momento apareció la chica, vestida ahora con una túnica manchada

que dejaba al aire sus piernas y brazos, llevando una bota bien llena de vino. Publio se la arrebató y le dio una palmada en el trasero. La chica fue a alejarse, pero Publio le agarró una nalga con una mano y tiró hacia sí de ella mientras con la otra sujetaba la bota y la destapaba con los dientes. Mientras bebía a grandes tragos, deslizó la mano por debajo de la túnica de la joven y empezó a acariciarle el trasero. La chica estaba roja de vergüenza.

Tragué saliva y carraspeé.

—Quizá te interese saber que la idea de construir el molino me la dio Claudia. Me dijo que había sido una de las ambiciones de tu primo Lucio. Así que, como verás, en cierto modo estoy cumpliendo sus deseos.

Publio me miró indiferente.

—Lucio tuvo un montón de ideas estúpidas, como dejarte la granja en herencia. Al igual que tú, era un lechuguino de ciudad. Ahí es donde nacen las ideas necias, en la ciudad. Pon un montón de botarates en un mismo sitio y tendrás lo que llaman ciudad, ¿eh? —Hizo algo extraño con la mano, la chica dio un respingo y abrió la boca. Publio se rió. Me levanté.

—Te interesará saber que estoy dispuesto a permitirte el acceso al molino una vez que esté terminado. Puede que te sea útil.

—¿Para qué iba yo a quererlo? Ya tengo esclavos que me muelen el grano.

—El agua puede hacer el trabajo de los esclavos.

—¿Y qué harían entonces los esclavos? Los esclavos ociosos no pueden dar más que problemas.

—Estoy seguro de que los esclavos encontrarían mucho trabajo que hacer por aquí —dije secamente. Mi intención era ofenderle, pero al parecer Publio no se percató.

—Un molino es una máquina dijo—. Las máquinas se rompen y hay que arreglarlas. Hace falta mucha agua para mover una cosa así y no abunda en los meses de sequía. Y cuando una máquina está de más, no es útil para nadie, mientras que una esclava puede servir hasta cuando está descansando. —Publio hizo algo que obligó a la chica a soltar un gemido. Empezó a retirarse, luego se retorció, y de repente se puso rígida. Publio se llevó el pellejo a la boca, derramándosele el vino por la barbilla.

—Me voy —dije. Arato se apresuró a abrir la puerta.

—¡Oh, perdona, soy un pésimo anfitrión! —gritó Publio, arrastrando las palabras—. Yo estoy a mis anchas y no he ofrecido nada a mi huésped. ¿Qué prefieres, Gordiano, la bota o la chica?

—Empezaré la construcción del molino mañana —dije sin volver la vista—. Agradecería tu colaboración.

Publio vino corriendo detrás de mí por el sendero y me puso una mano en el brazo. Me solté. Su aliento apestaba a vino, su mano apestaba a inglete.

—Otra cosa, Gordiano: Tú tienes que construir un molino partiendo de cero. Pero con una esclava puedes tener muchos esclavos. ¡Mira, yo planté la mitad de los esclavos de esta granja en la barriga de sus madres! No tienes que comprarlos, se hacen solos, y es más divertido de esa manera, ¿no te parece? y no cuesta nada. ¿Ves aquel grandullón que está allí, bajo los olivos, despertando a los otros de la siesta y obligándolos a volver al trabajo? Pues ése es uno de mis bastardos. Sí, he hecho algunos bastante corpulentos, hombres fuertes que saben tener a raya a los demás. Los alimento bien y de vez en cuando les permito jugar con Libélula, para tenerlos contentos. No importa si los otros son infelices o no, el caso es tener contentos a los fuertes para que tengan a raya a los demás. Hay que alimentar a los más débiles lo justo para que sigan viviendo, pero no para hacerlos fuertes.

Monté a lomos del caballo. Arito y el esclavo que había traído hicieron lo mismo.

—Pero ¿qué es esto, Gordiano? ¿No quieres hablar de filosofía agraria? yo pensaba que a vosotros, los niñitos de la ciudad, los amigos de charlatanes como Cicerón, os encantaba mantener una buena conversación. —Se tambaleó y tropezó con

las losas.

—No deberías beber tinto en un día tan caluroso, Publio Claudio. Te caerás y te harás daño —dije.

—Es el altercado del arroyo lo que todavía te molesta, ¿verdad? ¡Ja! Eso no fue nada. Una pelea de mujeres. Si realmente hubiera querido hacer algo serio habría enviado allí a uno de mis bastardos. Sí, sí, eres tal como dicen mis primos. Otro tipejo de la ciudad que ha subido demasiado en la escala social. Muy mal debe de estar Roma cuando alguien como tú puede echar el guante a la hacienda de un patricio y un don nadie como tu amigo Cicerón puede arrastrarse como un gusano y abrirse camino hasta llegar a cónsul. ¡Tienes la cabeza hinchada, Gordiano! ¡Tal vez deberían reventártela! —Y diciendo esto, se dio un puñetazo en la palma de la mano.

Me acerqué a él. Publio retrocedió, asustado y tosiendo a causa del polvo que levantaba mi caballo. Los matones del olivar aguzaron el oído y empezaron a andar rápidamente hacia nosotros.

—¿Qué has dicho de una cabeza, Publio? —pregunté.

—¿Qué? —Me miró con expresión confusa cubriéndose la boca con la mano.

—¿Tienes por costumbre lesionar la cabeza de otros hombres, Publio Claudio?

—No sé de qué me estás hablando. Era una expresión.

—Y si le reventaras la cabeza a un hombre, Publio, ¿qué harías con el resto del cuerpo?

Los matones se aproximaron y rodearon a su amo. Su desconcierto momentáneo pasó y Publio me miró desafiante..

—Creo que lo mejor será que abandones mi propiedad. ¡Vete, si no te gusta mi hospitalidad! y no pienses que me voy a olvidar de los derechos sobre el arroyo. ¡Es mío, no tuyo!

Giré y ordené a Arato y al esclavo que me siguieran. Me lancé al trote y luego al galope. El calor me congestionaba la cara y el aire rugía en mis oídos. El golpeteo de las herraduras contra la tierra dura retumbaba en todo mi cuerpo. Los esclavos que volvían al trabajo se apartaban asustados. Ni siquiera reduje el paso cuando llegué al arroyo, antes bien espoleé al animal para que saltara por encima del agua. Una vez en la otra orilla, tiré de las riendas y me incliné para acariciarle el cuello. Le di descanso a la sombra.

Arato y el esclavo volvieron a sus obligaciones. Yo me quedé un rato junto al arroyo, dejando que el caballo bebiera agua fresca y comiera hierba tierna. Cuando acabó, lo llevé a las cuadras. Estaba a punto de desmontar cuando percibí un movimiento lejano en la carretera. Fruncí el entrecejo. Dos hombres dejaban la Vía Casia y tomaban el camino de mi propiedad. Uno montaba un caballo negro, el otro uno blanco.

¿Volvía tan pronto Eco? Eso sólo podía significar que había problemas. Salí a su encuentro.

A medida que me acercaba me pareció reconocer a Eco por la barba a la moderna y el corte de pelo, pero el otro jinete, el que montaba el caballo blanco, era demasiado pequeño para ser Belbo. Tiré de las riendas y esperé a que los dos hombres se aproximaran. Iban a paso lento, tranquilo, hasta que el que montaba el caballo negro se puso al trote para encontrarse conmigo. Parecía estúpidamente feliz; una sonrisa de oreja a oreja, a lomos de un caballo, pensé.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca para verle bien la cara, supe que estaba frente al único rostro verdaderamente indicado para llevar aquella barba y aquel corte de pelo, al parecer tan popular entre los jóvenes de Roma; más indicado incluso que el del apuesto Marco Celio. La franja de barba que cruzaba su mandíbula era el marco ideal para su contundente mentón y su perfecta nariz. Su corte de pelo, largo por arriba y corto a los lados, combinaba perfectamente con sus rectas cejas negras y su excelsa

frente. Sus ojos eran de un color azul penetrante.

—¡Hermoso! —exclamó, frenando el caballo y apartando sus ojos de los míos para contemplar los campos que nos rodeaban—. Mejor incluso de lo que me prometió Marco Celio. ¿No crees, Tongilio? —dijo, dirigiéndose a su acompañante. Aspiró profundamente, saboreando los dulces aromas del heno y las florecillas silvestres—. Un hermoso pedazo de tierra. Tan hermoso que es posible imaginar al mismo Pan correteando por los campos. La granja con que sueña todo romano. —Con una gran sonrisa me tendió la mano abierta. Se la estreché, algo reticente. Su apretón fue cálido y fuerte—. ¡Debes estar contento y orgulloso, Gordiano!

Asentí y suspiré.

—Sí, Catilina, lo estoy.

Capítulo Diez

Nos habíamos visto brevemente hacía diez años, pero en todo el tiempo transcurrido desde el escándalo de las vírgenes vestales apenas había tenido nada que ver con Catilina. Ni siquiera cuando hacía campaña electoral, y entonces menos que nunca, pues la sola visión de un político con su séquito me hacía salir corriendo. (Un político romano es capaz de perseguir obstinadamente a un ciudadano honrado hasta una tienda, taberna o burdel con tal de conseguir su voto; la única forma de escapar es tomar rápidamente la dirección contraria.)

Ver a Catilina de nuevo me trajo inmediatamente a la memoria recuerdos de nuestro anterior encuentro y pude recordar vívidamente cómo era entonces: un hombre de treinta y tantos años con pelo negro y barba (por entonces de un estilo más conservador), con unos rasgos tan perfectos y proporcionados que ni siquiera se le podía definir como guapo. Más que guapo era extraordinariamente atractivo, con un gran encanto, y exteriormente energético y alegre.

El tiempo, si no el curso de los asuntos humanos, se había portado bien con Catilina. Como suele decirse del vino y las mujeres, había sabido envejecer. Tenía algunas arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de la boca, pero parecían deberse a la risa más que al tiempo. Había un rictus de cansancio en sus chispeantes ojos y en su sonrisa, pero sólo para infundirles una melosidad atractiva.

Era un hombre a cuyo encanto era difícil resistirse. Sin duda por eso se le consideraba tan peligroso.

—Gordiano —dijo, estrechando aún mi mano—. Han pasado muchos años. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Eso me dijo Marco Celio. Entonces, ¿no te importa que venga a tu casa de visita?

—Por supuesto que no —dije. Si Catilina percibió mi vacilación antes de contestar, la pasó por alto.

—Como te habrá dicho Marco Celio, necesito tener un lugar donde pueda retirarme —y desaparecer—del mundo de vez en cuando. Eres muy amable al recibirme.

De pronto me di cuenta de que seguía sujetándome la mano. Había algo tan natural y discreto en su tacto que ni siquiera me había percatado. Retiré la mano cortésmente. Catilina me soltó pero no dejó de mirarme, como si aún me tuviera sujeto físicamente.

—Éste es Tongilio. —Señaló a su acompañante, un joven atlético de pelo castaño ondulado y mandíbula prominente. Me pregunté si el encanto de Catilina se podía aprender o adquirir por contacto, pues Tongilio, con sus ojos verdes y su sutil sonrisa, parecía poseerlo a pequeña escala.

Asintió y dijo con una voz muy grave:

—Es un honor conocer a un viejo amigo de Catilina.

Yo también asentí. Los tres nos quedamos inmóviles sobre los caballos durante un momento extrañamente largo. Me correspondía a mí mostrar algún gesto de hospitalidad, sincera o no, pero me sentía confuso e incapaz de hablar. Había llegado el momento. Me había resistido a esta eventualidad, la había temido, y ahora que tenía que enfrentarme a ella me sentía extrañamente desinflado, casi decepcionado. No sentía nada siniestro en presencia de Catilina. De hecho, estaba a gusto con él, y eso era lo que más me preocupaba, pues me obligaba a preguntarme si me estaba fallando la intuición por no percibir el peligro y la traición cuando seguramente hasta los podía tocar. Fue Catilina quien finalmente rompió el silencio.

—¿Y ese chico que viene a caballo detrás de ti? ¿Es tu hijo?

Miré atrás y vi que Metón se acercaba a caballo procedente de la muralla del norte, donde Arato debía de haberle relevado ya de la vigilancia de los esclavos.

—Sí, es el más joven de mis dos hijos: Metón. —Recordando a los hijos y su vulnerabilidad, sentí un profundo malestar que vino a confirmarme que aún no había perdido el buen juicio—. Metón, tenemos visita. Éste es Lucio Sergio Catilina. Y ése es Tongilio, su acompañante.

Metón se acercó con media sonrisa, un poco confuso por encontrarse ante un personaje tan famoso. Catilina le dio la mano y Metón se la estrechó, con demasiada prontitud, pensé yo. Después, con voz sosegada, le preguntó:

—¿Es verdad que te acostaste con una virgen vestal?

Apreté la mandíbula violentamente.

—¡Metón!

Catilina se echó hacia atrás y rompió a reír tan estrepitosamente que mi caballo resopló asustado. Tongilio se rió en silencio. Metón se sonrojó, pero parecía más perplejo que avergonzado. Me llevé la mano a la frente y me excusé.

—Bueno —dijo Catilina—, ahora ya sé qué anécdota voy a contar esta noche después de la cena.

Estiró la mano y revolvió el pelo a Metón, cosa que a Metón pareció divertirle.

Si albergaba alguna esperanza de ahuyentar a Catilina con la mala comida, Congrio se encargó de echar por tierra la posibilidad. Esa noche se superó. Bethesda le animó a ello. Es una mujer que juzga a los desconocidos por su aspecto y por supuesto estaba encantada con Catilina y Tongilio. En consecuencia, cenamos un soberbio cochinillo estofado con habas, acompañado de un fricasé de albaricoque.

Después de cenar, igual que la noche anterior, ordené a los esclavos que sacaran los triclinios al atrio, pero Bethesda no se unió a nosotros. Desde que la hice mi esposa, es muy consciente de su posición como mujer libre y matrona de la casa de un ciudadano, pero no sigue la práctica habitual de las matronas romanas de conversar después de la cena con los visitantes ajenos a la familia. Así que nos dejó, llevándose a Diana con ella. Metón se quedó. Su presencia me hacía sentirme incómodo, pero no veía la forma de despedirle. Al fin y al cabo, nuestro invitado había prometido contarle una historia.

—Una cena estupenda —dijo Catilina—. Debo darte las gracias una vez más por acogerme.

—Admito que al principio tuve mis dudas sobre si invitarte o no, Catilina —dije lenta y deliberadamente—. Eres un personaje muy controvertido y he llegado a un momento de mi vida en que huyo de las polémicas. Pero Marco Celio fue... digamos que muy convincente.

—Sí, es un joven persuasivo, con gran talento e iniciativa. —No había la más mínima ironía en la voz de Catilina y el brillo de sus ojos no parecía más amenazador que la alegría que parecía habitar siempre en ellos.

—Es elocuente, sí, y pertinaz. Al parecer; también sabe que un hecho elocuente puede ser más significativo que las simples palabras. —Catilina asintió. No mostró indicios de haber percibido un doble sentido en lo que le decía—. Eres aficionado a los enigmas, ¿no?

Catilina sonrió y Tongilio soltó la carcajada: Ambos se miraron, como amigos que comparten una broma íntima.

—Lo confieso —dijo Catilina.

—Es su únicovicio —dijo Tongilio—. O al menos eso le gusta decir a la gente. —Ésa era la broma, pues, que un hombre con tal fama de depravado no admitiera tener otro vicio que su debilidad por los juegos de palabras.

—¿Y tú, Gordiano? Te veo más inclinado a resolver enigmas que a inventarlos.

—Eso era antes.

—Bien, ahí va uno muy sencillo. —Se quedó pensando un momento y dijo—: Una legumbre comestible nada distinguida, trasplantada de suelo rústico a un lugar lleno de piedras, donde medra contra toda esperanza y echa raíces por todas partes.

—Qué fáciiiiil —dijo Metón.

—¿Sí? —preguntó Catilina—. Me lo he inventado sobre la marcha.

—La legumbre es un garbanzo. El lugar empedrado es el Foro de Roma.

—Continúa.

—Así que la respuesta es Marco Tulio Cicerón.

—¿Por qué?

Metón se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe que el nombre de Cicerón procede de un antepasado que tenía partida la nariz, como un garbanzo. Cicerón es oriundo de la ciudad de Arpino, terreno rústico, e hizo su fortuna en el Foro, que está pavimentado. Ahí es donde prospera, aunque nadie esperaba que un hombre sin ascendencia noble llegara tan alto.

—¡Muy bien! —dijo Catilina—. ¿Y las raíces? —preguntó, mirándome a mí.

—Su influencia, que es muy amplia —concluyó Metón.

—Tienes razón, era demasiado fácil —admitió Catilina—. Tendré que ponérselo más difícil la próxima vez. ¿Qué opinas tú, Gordiano?

—Sí —dije—, demasiado evidente.

—¿El enigma o el enigmático? —dijo Tongilio. Por un instante pensé que hacía la pregunta en serio y tuve la sensación de que estaban a punto de caer todas nuestras máscaras. Pero rió para sí y lanzó una mirada furtiva a Catilina, y comprendí que se trataba de una simple broma para complacer a su mentor.

—Creo que tú y Cicerón os conocéis desde hace mucho tiempo —dijo Catilina—. Quince o veinte años.

—Diecisiete. Lo conocí el último año de la dictadura de Sila.

—Ah, sí, Celio me lo recordó. El juicio de Sexto Roscio. ¿Estuviste en el juicio?

—No, pero se oyó hablar mucho de él en aquella época. Se hablaba sobre todo de Cicerón, pero recuerdo que también oí mencionar tu nombre en relación con el asunto. Resultó ser algo importante, una especie de hito. Supongo que se puede decir que tú y Cicerón os hicisteis famosos mutuamente.

—Me adulas. Deberías elogiar también la cuchara de Congrio por haber hecho la salsa.

—Creo que eres muy modesto, Gordiano.

—Ni alabo ni critico los éxitos de Cicerón. Sí, es cierto que he trabajado para él en varias ocasiones a lo largo de estos años, como también he trabajado para Craso, Hortensio y muchos otros.

—Entonces, ¿no tengo razón cuando digo que Cicerón te proporcionó fama?

—El juicio de Sexto Roscio Amerino fue un buen empujón para todos los que nos vimos implicados.

Catilina asintió. Se llevó la copa a los labios y la vació; luego la extendió para que le sirvieran más. Eché un vistazo y me di cuenta de que no había esclavos para servirnos.

—Metón, ve a buscar a una de las chicas de la cocina.

—No es necesario. —Catilina se puso en pie y se acercó a la mesa donde Bethesda había dejado el jarro de vino. Vi a aquel patricio romano sirviéndose el vino y sentí un escalofrío de sorpresa, pero Catilina volvió al triclinio y se recostó sin más, al parecer ajeno a lo extraordinario de su gesto—. ¿La cosecha es tuya? —preguntó.

—De los tiempos de Lucio Claudio, que fue el dueño de la granja antes que yo. Creo que es uno de los mejores años.

—Estoy de acuerdo. El sabor es fuerte y rico, y sin embargo suave. Calienta la garganta y el estómago sin ser áspero. Me parece que te pediré una botella antes de

irme.

¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Sólo un día o dos, si no es molestia.

—Yo creía que las elecciones consulares hacían necesaria tu presencia en Roma.

—La campaña está en buenas manos. Pero, por favor, he venido para descansar de la política. Hablemos de otra cosa.

Metón se aclaró la garganta. Tongilio se rió.

—Creo que habías prometido al joven una historia.

—Ah, sí, la historia de las vestales —dijo Catilina.

—No es necesario hablar del tema si no quieres —dije.

—¡Cómo! ¿Y dejar que otros contaminen la imaginación del muchacho con sus propias versiones de la historia? La única forma de luchar contra las calumnias de tus enemigos es contar historias sobre ti antes que ellos. ¿Qué sabes sobre ese asunto, Metón?

—No sabe nada —dije—. Sólo se lo mencioné de pasada.

—Y sin embargo, sabe que fui acusado de acostarme con una vestal.

—Y que os absolvieron —dije.

—Con tu ayuda, Gordiano.

—Hasta cierto punto.

—Tu padre es un hombre modesto —dijo Catilina a Metón—. La modestia es una gran virtud romana, aunque, según mi parecer, se elogia más de lo que se practica.

—¿Como la virginidad de las vestales? —sugirió Tongilio.

—Más o menos, Tongilio. Si mal no recuerdo, Gordiano no es hombre especialmente religioso, pero no hay por qué ser impío en su casa. Y tampoco es necesario mancillar la virtud de las vestales al narrar la historia, ya que todos fuimos inocentes, incluso yo. Ah, Metón, hace mucho que no encuentro a alguien que no crea conocer todo lo referente al escándalo de las vestales. Es una oportunidad única para dar mi propia versión de los hechos.

—Tal como hiciste ante el tribunal.

—¡Calla, Tongilio! No, no voy a repetir todo lo que declaré ante el tribunal, porque no hay necesidad de divulgarlo todo para decir la verdad. Debemos honrar la intimidad y dignidad de las vestales. Sólo te contaré lo que se debe contar. —Se aclaró la garganta y apuró la copa de vino—. Muy bien. El incidente ocurrió hace diez años, poco antes de la rebelión de los esclavos que encabezó Espartaco. Casualmente, yo había trabado amistad pasajera con una vestal llamada Fabia, con la cual me había encontrado en las carreras, en el teatro y en algunas fiestas.

—Yo creía que a las vestales no les estaba permitido tener contacto con hombres —dijo Metón.

—Pues no es cierto, aunque desde el escándalo que te estoy contando sus apariciones en público se han limitado mucho para evitar que se vuelva a dar un episodio tan embarazoso. Pero por aquel entonces las vestales se movían con relativa libertad por el mundo, siempre y cuando fueran acompañadas y se comportaran con dignidad. Hacen voto de castidad, no de clausura. Una noche recibí una llamada urgente de Fabia suplicándome que fuera inmediatamente a la Casa de las Vestales, diciendo que estaban en juego su honor y su vida. ¿Quién podía negarse en una situación así?

—Pero quien entra en la Casa de las Vestales después del anochecer corre peligro de muerte —dijo Metón.

—Y qué mejor excusa para jugarse la vida que responder a la llamada desesperada de una hermosa y joven virgen? ¿Te he dicho ya que Fabia era hermosa? Muy hermosa, ¿no es cierto, Gordiano?

—Supongo que sí. No me acuerdo.

—¡Ja! Tu padre es tan evasivo como modesto, Metón. No le creo. Cuando uno ha

visto la cara de Fabia, no puede olvidarla. Yo no he podido. ¡Tongilio, no hagas muecas! No tienes razón para sentir celos. Mis relaciones con la chica fueron intachables. Ah, veo que Gordiano pone cara de escéptico. En aquella época también lo era, pero sus dudas no le impidieron salvarnos a Fabia y a mí de un cruel destino. Pero me estoy adelantando. En respuesta a la llamada de Fabia, me dirigí a la Casa de las Vestales. Las puertas estaban abiertas, como siempre; es la ley, no las puertas, lo que impide entrar a los hombres por la noche. Había estado antes en la habitación de Fabia, siempre a la luz del día y estando ella acompañada, desde luego, así que no me fue difícil encontrarla. Se sorprendió bastante al verme ¡porque no era ella quien había enviado el mensaje! Era una broma de mal gusto que me había gastado algún amigo; me quedé pensando y de repente Fabia y yo nos asustamos al oír un grito.

—¿Un grito? —dijo Metón.

—Detrás de la cortina. El grito de un hombre moribundo, como vimos después. Abrí la cortina y lo encontré retorcido en el suelo, con un corte de oreja a oreja, y a su lado un cuchillo manchado de sangre. Todo el mundo se despertó. Antes de que me diera tiempo a huir, la Virgo Máxima entró en la habitación. Era una situación de narices.

Tongilio soltó una carcajada.

—Lucio, ¡con qué facilidad restas importancia al incidente! Catilina arqueó una ceja.

—La situación no era tan grave; Fabia y yo estábamos completamente vestidos; aunque estaba el hecho de que yo me hallara en terreno prohibido y a eso se añadía la presencia de un cadáver en un lugar santo. ¿Conoces la pena por estos delitos, Metón?

Metón negó con la cabeza.

—Realmente, Gordiano, has descuidado mucho la educación del chico. ¿No le obsequias con los relatos de tus antiguas aventuras? Cuando una vestal es acusada de coquetear impudicamente con un hombre, Metón, al hombre lo condenan a ser azotado en público hasta morir. Doloroso y humillante, pero no el peor de los destinos. La muerte es la muerte, al fin y al cabo. Pero para la vestal..., oh, ella tiene un final mucho más horrendo. —Observé a Metón, que miraba absorto a Catilina. Tongilio, que debía conocerse la historia de memoria, encontraba divertida la inocente fascinación de Metón—. ¿Sabes cuál es el castigo para una vestal hallada culpable de impiedad? —añadió Catilina. Metón negó con la cabeza—. Primero le arrancan la diadema y el manto de lino. Después es azotada por el Sumo Pontífice, a quien, como cabeza de la religión del Estado, deben rendir cuentas todas las vestales. Después de ser azotada, la vestal condenada debe ser amortajada como un cadáver, tumbarse en una litera cerrada y ser llevada en procesión al Foro por su apesadumbrada familia. La llevan a un lugar en el interior de la Puerta Colina, donde se prepara una pequeña cripta subterránea con un lecho, una lámpara y una mesa con algo de comida. El verdugo la conduce escaleras abajo hasta la celda, pero no le puede hacer ningún daño, pues su persona aún está consagrada a la diosa Vesta y no se le puede dar muerte instantáneamente. Retiran la escalera, sellan la cripta y la cubren con tierra. Ningún hombre es directamente responsable de su muerte; es la diosa Vesta quien la reclama.

—¿Quieres decir que la entierran viva? —preguntó Metón.

—Exactamente.

—Catilina, por favor —protesté—, el chico no va a pegar ojo en toda la noche.

—¡Tonterías! A los jóvenes de su edad les encantan las imágenes de horror y depravación. Un muchacho de quince años duerme mejor cuando tiene la cabeza llena de atrocidades.

—Cumpliré dieciséis este mes —dijo Metón, deseando recordarnos que ya casi era un hombre.

—¿Lo ves? —dijo Catilina—. Eres demasiado protector, Gordiano. En teoría, si el tribunal se ha equivocado y la vestal es inocente, la diosa Vesta se niega a quitarle la vida y la virgen sigue viviendo indefinidamente en su tumba. Pero desde el momento en

que la cripta ha sido sellada, las posibilidades de salvación de la vestal son más que remotas. Afortunadamente no es eso lo que ocurrió con la adorable Fabia. Ella sigue viva y es todavía vestal, aunque llevo años sin hablar con ella. Ambos podemos dar gracias a tu padre por habernos salvado. ¿De verdad, Gordiano, que nunca has contado esta historia a tu hijo? No es jactancia limitarse a contar la verdad. Pero si Gordiano es demasiado modesto, yo lo haré por él. A ver, ¿dónde estábamos? Ah, sí, en la Casa de las Vestales, en mitad de la noche, a solas con Fabia y un cadáver reciente. La Virgo Máxima que nos encontró ya estaba implicada en un escándalo y trataba desesperadamente de evitar otro. Pidió ayuda al cuñado de Fabia, un próspero y joven abogado, famoso por su astucia: Marco Tulio Cicerón. Sí, el mismísimo cónsul, aunque ¿quién podía saber por aquel entonces que llegaría a alcanzar ese cargo? Cicerón a su vez requirió los servicios de tu padre. Y fue él, Gordiano el Sabueso, quien descubrió al asesino, que todavía se ocultaba en la Casa de las Vestales. Resultó que el asesino había calculado mal sus posibilidades de escapar y quedó atrapado en el atrio cuando se cerraron las puertas. Estaba escondido en el estanque, entre los lirios de agua, respirando a través de una caña hueca. Fue tu padre quien se percató de que aquella caña se había movido de lugar. Se metió en el estanque y sacó al hombre del agua. El asesino sacó un cuchillo. Yo me abalancé sobre él y en el forcejeo se clavó su propia arma. Pero antes de morir confesó; era mi enemigo Clodio quien le había contratado para hacerse cargo de todo: de enviar el falso mensaje para que acudiera a la Casa de las Vestales, de seguirme al interior y de matar a su cómplice. De esta forma me tenía, no sólo en una posición dudosa, sino además con las manos manchadas de sangre en un lugar sagrado.

Pero ¿hubo juicio? —preguntó Metón.

—Un simulacro. El asesino estaba muerto, así que no se podía probar nada contra Clodio: Aun así, con el mayor mojigato de Roma defendiendo su honor (me refiero al joven Marco Catón, por supuesto), Fabia fue declarada inocente y yo también. Clodio quedó —tan desacreditado que huyó a Bayas un tiempo, hasta que se olvidara el escándalo; aunque no tuvo que esperar mucho. Ése fue el año en que el gladiador Espartaco inició la gran sublevación de los esclavos, así que el asunto de las vestales cayó en el olvido después de poco tiempo. ¡Vaya, Metón, me parece que te he decepcionado! Ya ves que el escándalo no fue tal, sino una maquinación ideada por mis enemigos buscando mi desprestigio y, en última instancia, mi muerte. No puedo presumir de haber desflorado a una vestal y tener la suerte de vivir para contarlo. Simplemente salí triunfante de una acusación amañada, gracias —a—la ayuda de abogados inteligentes y de un hombre más inteligente aún que se hacía llamar el Sabueso. ¿No te parece irónico, Gordiano, que fuese Cicerón quien acudiera a ti para desvelar el misterio? Por supuesto, era a Fabia, la hermanastra de su esposa, a quien deseaba salvar, no a mí, pero—de todos modos en aquellos tiempos Cicerón y yo todavía no éramos enemigos.

Se hizo un largo silencio. Tongilio empezaba a dar cabezadas y también Metón, a pesar del entusiasmo que había mostrado por la anécdota.

—Los jóvenes necesitan dormir más que los viejos —dijo Catilina.

—Sí, vete a la cama, Metón.

No protestó se levantó y se despidió respetuosamente de nuestros invitados antes de salir Tongilio le siguió poco después, retirándose a la habitación que iba a compartir con Catilina. Nosotros dos permanecemos callados—un buen rato. La noche era serena y cálida. Las lámparas empezaban a crepitar y extinguirse. El cielo estaba salpicado de estrellas; no había luna.

—Bien, Gordiano; ¿crees que he hecho justicia al papel que desempeñaste en la historia de las vestales?

Tardé un rato en responder. Y lo hice mirando a las estrellas, no a Catilina.

—Yo diría que te has ceñido bastante a los hechos.

—No pareces satisfecho.

—Supongo que todavía tengo mis dudas respecto al asunto.

—¿Dudas? Por favor, Gordiano, sé sincero.

—Siempre me pareció extraño que un hombre dedicara tanto tiempo y esfuerzo a cultivar únicamente la amistad de una joven que había hecho voto de castidad.

—Te equivocas de nuevo. Es una maldición de los dioses; estoy condenado a que el mundo vea una cara de mí que jamás es la verdadera, sino, más bien, la opuesta. Cuando mis motivaciones son nobles, los demás dudan de mí y cuando lo que me mueve se aparta del sendero de la virtud, los demás se congregan a mi alrededor y me elogian.

—¿Cómo sabía Clodio entonces que responderías al recado falso de Fabia sino porque tenía pruebas de que erais algo más que amigos?

—Otra ironía. Con frecuencia los enemigos de una persona son los que mejor conocen su carácter. Clodio conocía mi espíritu aventurero y lo sentimental que soy. Me tentó con el señuelo más prohibido que pudo imaginar. Si de verdad hubiera sido el amante de Fabia, habría sabido que la nota era falsa.

—Sí, pero también recuerdo que Catón basó principalmente su defensa en el hecho de que cuando la Virgo Máxima entró precipitadamente en la habitación de la vestal, os encontró a ambos totalmente vestidos...

—Y no olvides que el asesino afirmó lo mismo antes de expirar. Antes de matar a su cómplice para dejar allí el cadáver, tenía instrucciones de Clodio de esperar a que Fabia y yo nos hubiéramos desnudado para que nos descubrieran así. Pero como él mismo declaró: «¡No se quitaron la ropa!». Y lo dijo más de una vez. ¿Te acuerdas?

—Sí y eso también me llamó la atención. Primero me pregunté por qué pensó Clodio que os quitaríais la ropa. Pero luego se me ocurrió que para que un hombre y una mujer tengan una relación no es necesario quitarse la ropa.

Bajé la vista de las estrellas, pero las lámparas daban ya tan poca luz que no pude ver la cara de Catilina. Parecía tener los labios algo curvados a modo de sonrisa, pero quizás sólo me lo imaginé.

—De verdad, Gordiano, eres tan retorcido como un abogado. Me alegra que fuera ese imbécil de Clodio quien declarara en contra mía en el juicio y no tú; habrías estropeado mi defensa. —Suspiró—. De todos modos, todo eso ya es agua pasada, tan pasada como Espartaco; simplemente un cuento, algo capaz de acelerar el pulso a un joven como tu hijo.

—Sí, en cuanto a Metón:....

—Me parece percibir otra nota de descontento en tu voz.

—Si vas a estar en mi casa, preferiría que respetaras mi autoridad como cabeza de familia.

—¿Te he ofendido en algo?

—Has dudado de mi criterio paterno en lo tocante a mi hijo y en su presencia. Me doy cuenta de que te gusta la ironía, Catilina, pero es probable que Metón se tome en serio tus comentarios. Te pido que dejes de ridiculizarme, aunque lo hagas con buena intención y en tono festivo. No quiero ver minada mi autoridad.

Mantuve la voz impassible y traté de hablar desapasionadamente. Después siguió un largo silencio. Vi que Catilina levantaba la cara y se quedaba contemplando las estrellas, con las mandíbulas apretadas. El hecho de que no me replicara indicaba claramente que le había contrariado y se estaba mordiendo la lengua. Pero no me arrepentía de haberle hecho el comentario. Empezó a reírse. Era una risa suave, tranquila. La risa se desvaneció y al poco volvió a hablar:

—Gordiano, bueno no, mejor me callo. Vas a pensar que te estoy poniendo en ridículo otra vez. Pero es que debo decírtelo. ¿Cómo voy a quitarte la autoridad con el chico? Hasta un idiota vería que te adora. Esa admiración tiene la solidez de la roca, y en cuanto a mis bromas, no son más que guijarros arrojados contra ella. En cualquier

caso, me disculpo y te pido que me perdones. Soy un invitado en esta casa gracias a tu tolerancia y me he comportado como si estuviera en la mía. Es una grosería por mi parte, por no decir una falta de juicio. No pretendía ofenderte. Como verás, tengo razón cuando digo que los hombres suelen malinterpretarme. Ojalá aprendiera a hacer lo opuesto de lo que pretendo, pues entonces todos quedarían encantados con el resultado final.

—Si desconfío de ti, Catilina, tal vez se deba a que hablas con enigmas.

—Los hombres plantean enigmas cuando no saben ofrecer soluciones.

—Eres un cínico, Catilina.

Se rió en voz baja, esta vez con un deje de amargura.

—Ante la irreparable fealdad de la vida, unos se refugian en el cinismo impertinente y otros en una seguridad relamida. ¿Qué clase de hombre es Cicerón y qué clase de hombre soy yo? No, no contestes. —Se quedó callado unos instantes, luego dijo—: He oído decir que te has distanciado de Cicerón.

—Siempre he tenido mis diferencias con este hombre. No quiero volver a trabajar para él. —Lo cual no era exactamente mentira.

—No eres el único que se ha llevado una desilusión con nuestro cónsul. Durante años ha alardeado de ser el feroz campeón de las reformas, un batallador incansable contra el estado de cosas, el forastero llegado de Arpino. Pero cuando presentó su candidatura y vio que los reformistas se aglutinaban en torno a mí, sin dudarlo un instante se pasó al bando contrario y se convirtió en títere de los elementos más reaccionarios de Roma. Su transformación es como para ponerle los pelos de punta a cualquier hombre con algo de sentido común. Un hombre capaz de hacer cualquier cosa con tal de salir elegido es un hombre sin principios y Cicerón es el peor de todos. Todos sus antiguos seguidores íntegros, como el joven Marco Celio, le han abandonado, del mismo modo que les abandonó él para ir a sentarse en el regazo de la oligarquía. Los que se han quedado a su lado no tienen más principios que él. El último año en Roma ha sido una farsa...

—He estado fuera de Roma todo este tiempo.

—Pero seguramente habrás ido de visita a la ciudad, ¿o no?

—No.

—No te culpo. Está llena de víboras y lo peor de todo es que se ha convertido en una ciudad sin esperanza. Los oligarcas han ganado. Se lee la resignación en la cara de la gente. Un pequeño grupo de familias lo poseen y controlan todo y harán lo imposible con tal de no compartir su riqueza. Hubo un atisbo de reforma con la legislación de Rulo, pero claro, Cicerón se ha ocupado de que ese tipo de reformas no prospere...

—¡Por favor, Catilina! Seguramente Celio te habrá dicho que hablar de política me sienta como un dolor de estómago. Si tengo que soportarlo, acabo por encenderme y estallar.

Aunque tenía los ojos en penumbra, percibí que me miraba fijamente.

—Eres un hombre extraño, Gordiano. Invitas a tu casa a un candidato a cónsul, pero no soportas hablar del destino de Roma.

—Tú mismo has dicho que venías huyendo de la política.

—Así es. Pero creo que no soy el único que habla aquí con enigmas. —Permaneció inmóvil en la oscuridad, mirándome. Tal vez Catilina no confiaba en mí más que yo en él, pero ¿cuál de los dos tenía más motivos de sospecha? Podría haberle preguntado abiertamente qué sabía del cuerpo decapitado que alguien había dejado en mis cuadras, pero si era responsable lo habría negado, y si no sabía nada yo, seguramente no le habría creído. De todas formas, pensé que podía atraparle poniendo mis palabras en círculo alrededor de su cuello y tirando luego de ellas.

—El enigma de antes era realmente fácil, Catilina. Pero sigo sin hallar la solución de uno que me planteó Marco Celio cuando me visitó el mes pasado. Me dijo que lo

habías inventado tú, así que seguramente puedes darme la respuesta.

—¿Qué enigma era?

—Me lo contó del siguiente modo: «Veo dos cuerpos. Uno es delgado y débil, pero tiene una gran cabeza. El otro es grande y fuerte, ¡pero no tiene cabeza!».

Catilina no respondió inmediatamente. Me pareció ver que arrugaba el entrecejo.

—¿Te lo formuló Celio?

—Sí. Y pensar en él me ha producido malestar.

—Lo cual era cierto.

—Es extraño que Celio te lo haya repetido.

—¿Por qué? ¿Era un secreto?

—Pensé en reuniones clandestinas, mensajes en clave, juramentos hechos y sellados bebiendo de una copa de sangre.

—No exactamente. Pero los enigmas tienen su momento y lugar, y el de resolver ése aún no ha llegado... —Se levantó—. Me ha bajado todo el cansancio de golpe, Gordiano. El viaje me ha agotado y creo que he abusado de los manjares de Congrio.

Yo también me puse en pie, con intención de enseñarle el camino, pero cuando me quise dar cuenta ya estaba saliendo del atrio.

—No te molestes en despertarme por la mañana —dijo sin volverse—. Soy muy madrugador. Me levantaré antes que los esclavos.

Al poco de abandonar la estancia, la última de las lámparas chisporroteó y se apagó. Me recosté en el triclinio a oscuras, preguntándome por qué Catilina no me había dado la solución de aquel enigma.

Desperté en plena noche junto a Bethesda. Necesidades naturales. Me levanté y ni siquiera me preocupé de echarme algo por encima. Hacía calor. Salí al pasillo y me dirigí al retrete. Lucio Claudio, sin escatimar lujos, había bendecido la casa dotándola de fontanería interior, como las villas urbanas de Roma. El pasillo corría a lo largo de un muro del atrio. A través de una de las ventanillas divisé una forma oscura en uno de los triclinios y me asusté.

Era un cuerpo, eso lo supe al instante, aunque a la débil luz de las estrellas poco podía decirse de él. Me quedé mirando aquella forma rígida e inmóvil. Tirité de miedo y sufrí un arrebató de ira por tener que sentir miedo en mi propia casa.

El cuerpo se movió, era un hombre vivo. Volvió la cabeza ligeramente y, bajo el pálido reflejo del cielo, distinguí el perfil de Catilina. Estaba tumbado en el triclinio con las manos cruzadas sobre la barriga, sin emitir un solo sonido. Parecía dormido, pero tenía los ojos abiertos. Me quedé mirándolo un buen rato y continué mi camino en silencio. Entré en el retrete e hice mis necesidades con el menor ruido posible. Al volver a mi dormitorio me detuve y lo miré de nuevo. No se había movido.

De repente saltó del triclinio. Pensé que me había visto u oído, pero no reparó en mí. Empezó a caminar lentamente alrededor del pequeño atrio, rodeando el estanque, con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Al cabo de un rato volvió a desplomarse en el triclinio y se tapó la cara con una mano. Su postura sugería un profundo cansancio o desesperación, pero de sus labios no salían ni ronquidos ni gemidos, ni siquiera un suspiro; sólo la respiración uniforme de un hombre insomne. Catilina meditaba.

Volví a mi habitación y me apreté contra Bethesda, que se movió sin llegar a despertar. Temí quedarme insomne e inquieto como Catilina, pero Morfeo acudió rápidamente y me llevó a los negros nichos del olvido.

Capítulo Once

A la mañana siguiente desperté esperando encontrar a Catilina todavía en la cama, a pesar de que me había asegurado que se levantaría temprano, pero cuando eché un vistazo a la habitación que compartía con Tongilio vi dos lechos vacíos con las colchas perfectamente dobladas. ¿Cuánto tiempo habría dormido, si es que había dormido algo? Tal vez, pensé con una chispa de esperanza, se había sentido inquieto y se había marchado. Pero una de las esclavas de la cocina me informó de que él y Tongilio habían desayunado temprano pan y dátiles y luego habían salido a caballo, diciendo que volverían antes de mediodía. Muy bien, pensé, cuanto menos tenga que entretenerle y alterar la rutina de la granja, tanto mejor. Al menos tenía buenos modales, como correspondía a un patricio. Como invitado, podía haberse comportado mucho peor.

Llamé a Arato y Metón y me los llevé al arroyo para continuar los cálculos para la construcción del molino. Durante un rato estuve metido de lleno en el trabajo y me olvidé por completo de Catilina, pero luego empecé a sentir nuevos celos. Había dicho que se iba con Tongilio, pero ¿adónde y con qué propósito? Como invitado mío era libre de pasear a sus anchas por los límites de mi hacienda, pero se habían llevado los caballos y la esclava de la cocina creía haberlos visto alejarse en dirección a la Vía Casia. Catilina había dicho que regresarían antes de mediodía, por tanto no podía haber ido muy lejos. ¿Qué clase de asuntos podía tener que tratar en la vecindad? ¿Y con quién? No me gustaba la idea de que utilizara mi casa como base de operaciones en la zona. Marco Celio me había prometido que Catilina sólo me visitaría para alejarse de la ciudad o para descansar de camino al norte. Pensé plantear mi disconformidad a Catilina. Me parecía razonable, pero no podía apartar de mi pensamiento el recuerdo de Nemo.

Traté de concentrarme en lo que tenía que hacer, pero me distraía y esto provocaba mi irritación. El evidente desinterés de Metón tampoco me era de gran ayuda. Había albergado la esperanza de encender su entusiasmo con la idea del molino y una de las razones por las cuales quería llevar a cabo el proyecto era la de darle una lección práctica de construcción, pero el chico no tenía cabeza para los números ni la geometría, y se aburría e impacientaba cuando le pedía que sujetara los cabos de esta o aquella cuerda y diera unos pasos en esta o aquella dirección. Más tarde me pidió permiso para volver a la casa, diciendo que el calor le estaba mareando, y lo dejé ir, aunque sospeché que estaba más aburrido que mareado.

Yo mismo estaba muy torpe con los instrumentos de medición y daba medidas inexactas a Arato. Cada vez que éste borraba la tablilla con el dorso de la mano, lo hacía de manera más brusca. En cierto momento estuve a punto de reñirle, pero cerró los ojos y se secó el sudor de la frente con la otra mano. Quizá sólo fuera el calor lo que nos estaba sacando de quicio.

—Vamos a dejarlo de momento, hasta que refresque un poco —dije. Arato asintió y rápidamente recogió los instrumentos y se marchó hacia la casa. Evidentemente, estaba tan harto de mi genio como yo del suyo y se alegraba de poder descansar un rato de mí. Suspiré preguntándome si a algún granjero le podían ir bien las cosas llevándose mal con su capataz. Por un instante pensé en sustituir a Arato, pero era una decisión demasiado complicada. Cogí mi jarro de latón abollado y bajé al arroyo a beber agua fresca. Bebí lentamente, luego lo llené de nuevo y me refresqué la cara. El día iba a ser insoportablemente caluroso.

Oí un ruido y al girarme vi a Metón saliendo de detrás de un roble. Por la sonrisa de su rostro deduje que descansar de la geometría le había puesto de buen humor. Luego vi al hombre que lo seguía. Me asusté, pensando que había aparecido otro extraño en

la granja. Me lo quedé mirando, confuso, y en seguida me di cuenta de lo que había cambiado.

—¡Catilina, tu barba!

Se adelantó y se pasó la mano por la mandíbula lampiña, riendo ligeramente.

—¿Te importa compartir el jarro? Venir andando desde las cuadras me ha dado sed.

Le ofrecí el jarro. Mientras se agachaba en la orilla, me senté en un peñasco ancho y plano que había a la sombra. Bebió y vino a sentarse a mi lado. Metón se quitó las sandalias y sumergió los pies en el agua.

—Tongilio me ha afeitado esta mañana —dijo Catilina, acariciándose nuevamente la mandíbula—. No está mal, teniendo en cuenta que había poca luz.

—¿Te afeitó antes de salir?

Asintió. ¿Cuándo se había ido a dormir, entonces?

—Pero te daba un aspecto muy distinguido, Catilina. —Dije estas palabras con ironía, recordando que había visto la misma barba en todos los hombres de la ciudad que me habían visitado últimamente.

—El primero que adopta una moda debe ser también el primero en abandonarla —dijo al instante.

—Los votantes pensarán que eres voluble y frívolo.

—A los votantes que me desprecian les gustaría pensar que se me puede cambiar, por lo que se sentirán contentos, o al menos apaciguados. Y no me preocupa que la gente de Roma, amiga o enemiga, me considere frívolo. —Arrugó la frente un momento, levantó la barbilla y entrecerró los ojos para contemplar la brillante copa de los árboles—. La causa es esta pequeña incursión en la vida campestre. Ha sido como una zambullida en agua fría. Los nuevos aires incitan a un hombre a cambiar de cara. Me siento diez años más joven y como si estuviera a mil millas de Roma. Deberías probar, Gordiano.

—¿Irme a mil millas de Roma?

—No —dijo riéndose—, afeitarte la barba. —Metón seguía vadeando el arroyo y no prestaba atención a nuestra charla. Aun así, Catilina se inclinó hacia *mí* y bajó la voz—. A las mujeres les gusta cuando un hombre se deja barba y luego se la afeita. Es el cambio lo que les excita, ya sabes. Imagina la reacción de Bethesda si apareces de repente en su cama con la cara sin un pelo. ¿Ves? —Empezaba a escapárseme una sonrisa—. Sabes que tengo razón.

Por primera vez me sentía relajado aquel día. Me dije que el cambio repentino de humor se debía a la sombra fresca, al monótono fluir del agua y al descanso que suponía no tener que discutir con Arato, pero, en ningún caso, a la agudeza de Catilina.

Metón salió del agua y empezó a calzarse. Con el arroyo detrás y la luz del sol jugando en su pelo, que le caía por la cara, parecía una de esas estatuas de jóvenes inocentes que tanto admiran los griegos. Imposible, pensé, que fuera casi un hombre. Era demasiado guapo, demasiado infantil. Puesto que yo me había hecho hombre sin el don de la belleza, no podía asegurar si su atractivo era una ventaja o no. Algunos hombres, como Pompeyo, por no hablar de Catilina, habían empleado su atractivo físico en su provecho. Marco Celio estaba hecho de la misma pasta. Por otro lado, Cicerón era una prueba palpable de que la sencillez no era una desventaja. Y para un hombre que no tuviera grandes medios ni ambición, la belleza podía ser tanto una bendición como una desventaja. Yo sólo deseaba que Metón fuera más serio en su carácter y tuviera un poco más de sentido común.

El muchacho acabó de atarse las sandalias y se sentó a mi lado. Una ligera brisa rasgaba suavemente la alta hierba que bordeaba el arroyo. Sólo se oían el gorgoteo del agua, el canto de los pájaros y el débil y distante balido de una cabra. Metón estaba tan preparado para encontrar su camino en la vida como lo había estado yo, si no más. ¿Qué puertas se me hubieran abierto a mí con su atractivo y su encanto, y qué

importaba que no tuviera cabeza para el álgebra? Suspiré. ¿Es que tenía que darle vueltas a todo?

—¿Y bien? —dijo Metón.

—¿Y bien qué?

Catilina se echó hacia atrás, frunciendo los labios.

—Sospecho que tu hijo cree que hemos estado hablando de otro asunto. Verás, en las cuadras le dije que si no tenías inconveniente...

—La mina, papá, esa mina de plata abandonada que hay en el Monte Argento —intervino Metón, súbitamente emocionado.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté, mirando a uno y a otro.

Catilina tragó saliva.

—Ayer, cuando veníamos por la Vía Casia, me fijé casualmente en el camino que hay en el lado este de la ladera del monte. Después pregunté a tu capataz. Arato me dijo que el monte pertenece a tu vecino y que el sendero conduce a una antigua mina de plata. Esta mañana Tongilio y yo fuimos a echar un vistazo. Verás, tengo un amigo en la ciudad que cree haber encontrado la forma de extraer mineral incluso de minas que otros han calificado de agotadas. Una anda siempre buscando oportunidades.

—¿Y visteis el lugar?

—Sólo la casa del cabrero; que no está lejos de la carretera. Pasamos un rato—muy agradable charlando con él; al parecer cuida del lugar. Accedió amablemente a enseñarnos la mina, pero nos pidió que volviéramos más tarde, cuando dejara de apretar el calor. Aparentemente es un camino bastante difícil. Tongilio y yo estuvimos hablando del tema en las cuadras y Metón nos oyó. Quiere acompañarnos y le he dicho que tendrá que pedirte permiso.

—¿Puedo ir, papá?

—Metón, ya sabes cómo están las cosas entre Cneo Claudio y yo. No tendrías ni que preguntármelo.

—Ah, sí, Cneo Claudio, el propietario de la finca —dijo Catilina—. Eso no es problema, porque Cneo está fuera. El cabrero dice que ha ido al norte a inspeccionar otra de sus propiedades. Parece que está deseando vender o alquilar este terreno; cree que la mina no vale nada y no le gustan las cabras. Lo que él quiere es una granja y el monte está de más. Así que el cabrero está encantado de enseñármela. Estoy seguro de que no pondrá ninguna objeción a que Metón nos acompañe.

—¿Y sabe el cabrero quién eres tú?

Catilina enarcó una ceja.

—No exactamente. Le presenté a Tongilio y yo me presenté como Lucio Sergio. Al fin y al cabo, hay muchos Lucios Sergios por ahí...

—Aunque no muchos con un Catilina al final.

—Más bien no.

—Y sólo uno que se llame Catilina y lleve una barba en forma de carrillera.

—Sí, sólo uno —dijo Catilina, acariciándose la barbilla—. Muy bien, Gordiano, no fui totalmente sincero con el hombre, pero después de todo no es más que un esclavo. No creo que te sorprenda que quiera pasar inadvertido aquí en el campo. ¿No te dijo Marco Celio que prefería el anonimato mientras estuviera aquí? yo diría que tú también.

—Mis vecinos no son precisamente partidarios tuyos, Catilina. Más bien todo lo contrario. De hecho, dudo mucho que Cneo Claudio tratara contigo si supiera quién eres, así que ir a ver la mina no será más que una pérdida de tiempo.

—Pero, Gordiano, no es necesario agrandar a un hombre para hacer negocios con él; para eso están los abogados. Además, no sería yo quien le hiciera una oferta. No tengo dinero, sólo deudas. Me interesa la mina por mi amigo, y Tongilio haría el trato. Además, estamos cambiando de tema. La cuestión aquí es muy sencilla. Quiero echar un vistazo a la vieja mina y a Metón le encantaría venir conmigo. Dice que nunca ha visto una mina. Sé que su educación es fundamental para ti y a menos que uno llegue a

ser increíblemente rico, o un miserable esclavo, ¿cuántos hombres tienen la oportunidad de ver un lugar así? Será una experiencia edificante.

Me quedé pensando en ello a regañadientes. Metón me sonrió expectante y juntando las cejas. ¿Le había hecho tan desvergonzado que ahora trataba de camelar a su propio padre para inclinar mi decisión a su favor? ¿Qué clase de padre romano era yo? La pregunta me puso rígido, pero sólo un instante. Yo era más típicamente romano que mi familia. Las normas convencionales y la devoción iban bien con otros hombres, no conmigo. Suspiré, cabeceé y estaba a punto de ceder cuando recordé la visión de Nemo.

—Imposible —dije.

—Pero papá...

—Metón, sabes que no debes contradecirme, especialmente delante de un invitado.

—Tu padre tiene razón —dijo Catilina—. Su decisión es lo que cuenta. El error es mío por no ponderar el asunto y saber plantear acertadamente la pregunta. Debería haber dicho lo siguiente: «¿Te gustaría acompañarme, Gordiano, y traer a tu hijo contigo?»

Abrí la boca inmediatamente para responder, pero la intuición me dijo que por muchas objeciones que pusiera, por muchos argumentos que diera, al final mi respuesta sería la misma, así que ¿para qué malgastar saliva? Cerré la boca, recapacité un instante y, sintiendo los ojos de Metón fijos en mí, dije:

—¿Por qué no?

Aquella misma tarde cabalgamos por la Vía Casia hasta la entrada de la propiedad de mi vecino Cneo Claudio. La puerta sólo servía para impedir que las cabras salieran a la calzada. Tongilio desmontó y la abrió.

—Ni siquiera hace falta que te presentes —dijo Catilina mientras avanzábamos por el pedregoso sendero del otro lado de la entrada—. Sencillamente diré que vienes conmigo. El cabrero no pondrá pegos.

—Tal vez —dije—. De todos modos, es muy poco honrado por mi parte adentrarme en una propiedad de los Claudios sin anunciarme.

—Ellos harían lo mismo —dijo Catilina. Alguno ya lo ha hecho, pensé yo acordándome de Nemo.

Las laderas del Monte Argento asomaron ante nosotros. El camino se hacía cada vez más empinado, el suelo más rocoso y la arboleda más densa, hasta que nos vimos en medio de un bosque salpicado aquí y allá de grandes peñascos. Los animales se agitaban bajo los matorrales, molestos por nuestra presencia, pero no veíamos a ninguno. Al doblar un recodo, en la cima de una escarpada cuesta, descubrimos la casa del cabrero.

Era una construcción rústica, hecha de mampostería y con un tejado de paja. El interior era una sola habitación que, si no me fallaba el olfato, compartían todos los cabreros, unos diez o más a juzgar por las mantas amontonadas en las paredes —al pie de las cuales dormían. En ese momento sólo estaba el jefe, tumbado en una cama de patas cuarteadas y almohadas raídas. La cama era de diseño y ejecución griegos, de fabricación exquisita pero demasiado estropeada para que valiera la pena arreglarla. El típico objeto caro que los amos pasan a los esclavos después de utilizarlo muchos años. El cabrero parecía muy feliz en su camastro. Roncaba ligeramente y, dando un manotazo, se apartó una mosca de la nariz. Catilina lo despertó moviéndole suavemente el hombro. El hombre se frotó los ojos para despejarse y se sentó. Alcanzó una bota de vino, echó un trago y se aclaró la garganta.

—Así que has vuelto, Lucio Sergio —dijo—. Y sólo para ver un viejo agujero en la tierra. No hay mucho que ver, como te dije. Pero por tres sestercios... —Miró a Catilina y levantó la cabeza.

—Me parece recordar que te prometí dos sestercios —dijo Catilina—. Pero no importa. Te pagaré tres.

—¿Quiénes son éstos? —El cabrero escrutó nuestras siluetas, paradas en la puerta—. A tu amigo Tongilio le he visto esta mañana, pero a ese hombre no, ni al chico que va con él.

—Son amigos míos —dijo Catilina e hizo un pequeño movimiento para que sonaran las monedas que llevaba en una bolsa bajo la túnica.

—¡Ah, bueno, tus amigos son mis amigos! —dijo alegremente el cabrero. Levantó de nuevo la bota y echó otro trago. Luego se puso en pie y se secó la boca—. Bien, ¿a qué esperamos? Voy por mi mula y nos ponemos en camino.

El cabrero se llamaba Fórfex, supongo que por su habilidad para esquilar al rebaño. Tenía el pelo y la barba gris, y una piel tan oscura y áspera como el cuero viejo. A pesar de su edad se movía con la agilidad de un esclavo que ha pasado toda su vida en colinas rocosas, andando por aquel terreno con la misma facilidad que las propias cabras. Me sorprendió su jovialidad natural, sentado a lomos de su pequeña mula y canturreando una canción. Las monedas que llevaba en la bolsa y el vino que había bebido le habían puesto de un humor especialmente bueno.

El camino discurría, al principio, bajo una alta cúpula de árboles que crecían a lo largo de un profundo y escabroso lecho situado a nuestra izquierda. El arroyo estaba seco o casi; a veces veíamos pequeños charcos de agua entre los peñascos caídos. Continuamos hacia el sur y pronto llegamos a un cruce donde un pequeño puente salvaba el barranco y conducía a la casa principal. Entre los árboles y las rocas divisé una rústica estructura de dos pisos apostada al pie de una escarpada colina. En el exterior de la casa había gran cantidad de pollos y perros. Los galgos nos olieron desde el otro lado del barranco; se despertaron y empezaron a ladrar. Los más susceptibles corrían de un lado a otro, levantando nubes de polvo y haciendo que los pollos aletearan. Fórfex gritó a los perros que se callaran. Ante mi sorpresa, obedecieron.

No cruzamos el puente, sino que continuamos, dejando atrás la casa. El camino se hacía cada vez más empinado y el bosque cada vez más espeso. Al final llegamos a lo que parecía ser un camino cortado. Tan sólo cuando penetramos en el pequeño claro pude ver el estrecho pasadizo que se abría a la izquierda, a través de un emparrado de ramas bajas.

—Tendremos que desmontar aquí —dijo Fórfex.

—¿Es éste el sendero que lleva a la mina? —preguntó Catilina.

—Sí.

—¿Cómo puede ser tan estrecho? Debió de haber un tiempo en que transitaran muchos hombres y animales por él, ¿no?

—Durante algún tiempo sí, pero no duró muchos años —dijo Fórfex—. Llegó a ser casi una carretera, con una anchura de dos hombres atravesados. Pero cuando la mina se agotó, no tenía sentido seguir utilizando el camino, salvo para las cabras. Deja de utilizar un camino y verás lo que pasa: los bosques lo reclaman. Todavía es transitable, sí, pero no a caballo. Hay que desmontar y dejar los caballos aquí.

Mientras ataba las riendas a una rama, vi otro sendero que se abría paso a través del bosque. La densidad de la vegetación era todavía mayor, tanto que podía no haberlo visto. Me quedé mirando la maleza, tratando de adivinar su rumbo, y entonces me di cuenta de que tenía a Catilina detrás de mí, mirando por encima de mi hombro.

—Otro camino —me dijo en voz baja ¿Adónde crees que conduce? —Y llamó a voces a Fórfex ¿Éste es otro camino? El viejo cabrero asintió.

—Lo fue. Por lo que sé, ya nadie lo utiliza, salvo para ir a buscar a un niño perdido o algo así.

—¿Adónde lleva?

—Baja hasta la Vía Casia, si mal no recuerdo. Sí, baja directo del monte hacia el

sur y el oeste. Salía a la carretera no lejos de la entrada de la granja de Claudia. De esa forma, podías mandar un esclavo desde casa de Claudia camino arriba hasta este claro y de aquí a las minas sin tener que ir al norte, como habéis hecho vosotros, para entrar por la puerta principal. Pero hace muchos años que no se ha desbrozado ese camino. Imagino que debe de ser del todo intransitable. En este monte hay tormentas muy fuertes en invierno; arrancan los árboles y provocan desprendimientos de tierra. Más de un esclavo hace falta para mantener el camino limpio.

—Entonces, ¿uno podía coger este camino viniendo desde Roma antes de llegar a la entrada principal? —preguntó Catilina.

—Sí, claro. Supongo que se construyó exclusivamente por esa razón, para que los esclavos comprados en la ciudad llegaran a la mina lo antes posible. Es un sendero muy empinado y muy pedregoso. Recuerdo haberlo tomado más de una vez cuando era niño. Un sendero apropiado solamente para los esclavos de las minas, demasiado abrupto para los caballos; nadie lo tomaría libremente habiendo otro camino más fácil. Pero, como digo, lleva muchos años abandonado. Dudo que en estos momentos podáis ver el lugar donde se separaba de la Vía Casia.

Catilina asintió. Fórfex se alejó para atender a su mula. Me pareció escuchar a Catilina murmurar entre dientes:

—Bien, muy bien.

Capítulo Doce

Seguimos a pie. En la arboleda el aire era caliente y quieto, pero al menos la sombra protegía del sol. Me costaba respirar y me esforzaba por mantener el ritmo de avance que imponían los de delante. Metón no parecía sentir el calor; corría hasta la cabecera de la marcha, volvía y se adelantaba de nuevo. Tampoco Tongilio daba muestras de cansancio. Pero ambos eran jóvenes, me dije, mientras que Catilina tenía casi mi edad, aunque tampoco parecía sufrir. Cogió una rama caída para utilizarla como bastón. Tarareaba un himno marcial entre dientes y mantenía un ritmo uniforme. ¿De dónde sacaba tanta energía después de haber pasado una noche sin dormir?

Nos habíamos ido alejando del arroyo, a nuestra izquierda, pero ahora me parecía que íbamos a confluír otra vez en él, pues empecé a oír el gorgoteo del agua. Para subir más arriba tendríamos que cruzarlo en algún punto. Me pregunté en qué condiciones estaría el puente. Dado el estado general del camino, temí que no fuera más que una cuerda atada entre los troncos de ambas orillas.

No había puente, sólo una escalera vertical de unos treinta peldaños tallados en piedra sólida. Metón subió el primero, saltando de un escalón a otro con la agilidad de una cabra. Le siguió Tongilio y luego Catilina. Nuestro guía, agotado, me cedió el paso. Cuando llegué arriba, creí que echaba el corazón por la boca.

Los escalones iban a dar a un claro situado encima de una catarata. Nos mojamos sólo la parte inferior de las sandalias al cruzar al otro lado. Me remojé con agua para refrescarme y vi a Metón deslizándose hasta el borde del acantilado. Avanzó entre las piedras cubiertas de resbaladizo musgo y echó una ojeada al abismo. Fui tras él y le agarré por la túnica.

—¡Papá, mira!

Las copas de los árboles temblaban a nuestros pies. La ladera de la montaña se alzaba a nuestra derecha, pero al norte la vista era espectacular. Se podía ver la Vía Casia diluyéndose en el polvoriento horizonte, con el empedrado brillando como una cinta blanca. Al oeste, el sol era como un globo rojo acechando sobre las oscuras colinas. Altos árboles oscurecían la visión de mi granja, pero veía con claridad el cerro donde acostumbraba a pasar algunas tardes.

—Sí —dije—, una bonita vista.

—¡No, papá, al pie de la catarata!

El saliente rocoso me impedía ver y me obligaba a inclinarme sobre el borde. Avancé cuidadosamente y miré abajo. Las alturas nunca me han intimidado, pero sólo de pensar en la caída me hizo contener el aliento. El precipicio tenía unos diez metros de altura y el delgado chorro de agua caía en una poza poco profunda cubierta de espuma verdosa. La poza estaba rodeada de enormes rocas afiladas y éstas, a su vez, de altos árboles con gruesas y leñosas raíces que serpeaban entre las piedras y desaparecían en el agua. Pero no fueron las piedras ni los árboles lo que me puso los pelos de punta, sino los esqueletos.

Algunos estaban destrozados y diseminados entre las rocas: una caja torácica astillada aquí, un cráneo partido allá, y un poco más allá una tibia o un trozo de espina dorsal. Otros estaban casi intactos.

Fórfex se acercó a nosotros, jadeando y resoplando. Echó un vistazo y vio lo que estábamos mirando.

—Ah, sí —dijo—. Veréis muchos más antes de que llegemos a la mina.

—¿Qué quieres decir?

—Muchos más huesos.

—¿Son huesos humanos?

—¿Con qué otra cosa abren los pozos los dueños de las minas? —dijo,

encogiéndose de hombros—. Supongo que se pueden ver restos de cabra de vez en cuando, pero las cabras saben saltar, y si una se cae y se parte el pescuezo, alguien recogerá el cadáver para comérselo, ¿no? En cambio, el cuerpo de un esclavo muerto no vale nada. Tú mismo puedes partirte el cuello saltando de roca en roca y acabar ahí —dijo riéndose. Abrió la bota de vino que llevaba colgada del hombro y echó un trago.

—¿Quieres decir que todos esos hombres se cayeron?

Volvió a encogerse de hombros.

—Algunos probablemente sí. Un hombre bajando con una carga pesada por este sendero tiene muchas posibilidades de despeñarse. —Se echó a reír. Miré su cara agrietada y reseca. Le faltaban más de la mitad de los dientes. No me extrañaba que se riera ante un espectáculo similar. Fórfex era un esclavo, estaba a merced de su amo y no tenía forma de escapar a su destino—. Y por supuesto, están también los que eran empujados —añadió.

—¿A propósito?

Hizo un ademán, como si empujara a un fantasma invisible que estuviera al borde del acantilado y se rió.

—¿Asesinados?

—Ejecutados. Recuerdo haberlo visto una vez cuando era pequeño y venía por este camino con mi rebaño. Eso fue en tiempos del abuelo del amo Cneo, poco antes de que la mina se cerrara definitivamente. Era una forma de castigar a los esclavos revoltosos. Los esclavos que se venden para las minas son en su mayoría asesinos y ladrones. La escoria de la tierra, sin nada que perder. Las minas son su sentencia de muerte, todo el mundo lo sabe. Así que los amos han de tener mano firme para mantenerlos a raya. Los azotes y grilletes sólo sirven hasta cierto punto. Los hay que no se achican o que, simplemente, se niegan a llevar la carga. A éstos el viejo amo los castigaba en público. Los guardias alineaban a los rebeldes en este mismo punto y los empujaban al abismo delante de los demás. —Eché otro trago de vino—. En sus últimos años de vida, el viejo amo se volvió un poco loco. Es cosa de familia. La mina se estaba agotando y él culpaba a los esclavos porque decía que no cavaban a suficiente profundidad. Los castigos empezaron a ser cada vez más frecuentes, hasta que al foral ya eran un espectáculo habitual. En los últimos años fueron muchos los esclavos despeñados. Luego el viejo amo cayó enfermo. Acabaron por cerrar la mina. Bueno, gracias a los dioses yo nací cabrero y no minero.

Permanecimos allí un momento, contemplando los huesos esparcidos y blanqueados por el sol. Fórfex se dio la vuelta para continuar el ascenso, pero Metón lo cogió de la túnica y le preguntó:

—¿Y los lémures?

El viejo esclavo dio un respingo y se zafó de Metón. —¿Qué pasa con ellos?

—Los espíritus de los muertos... Tantos cuerpos sin purificar, ni quemados ni enterrados. Seguramente sus lémures no han alcanzado el descanso. Deben de estar rondando por aquí.

—Por supuesto Pero fueron esclavos débiles en vida. ¿Por qué iban a ser más fuertes una vez muertos?

—Pero en vida fueron asesinos y...

—Tú eres un ciudadano, un hombre joven y fuerte. ¿Qué puedes temer de los lémures destrozados y cansados de unos simples esclavos? Además, todavía es de día. Es por la noche cuando se revuelven y salen de la tierra. Vienen aquí a divertirse con sus viejos huesos, se tiran las calaveras como si fueran pelotas y juegan a los dados con los huesos de los dedos.

—¿Los has visto? —preguntó Metón.

—Otro cabrero, el loco que no puede dormir por las noches, viene aquí a veces y hace compañía a los lémures, al menos eso dice él. Ah, no, no me verás nunca a mí en esta ladera después de anochecer. —Entornó los ojos mirando hacia el sol que

empezaba a descender—. Démonos prisa o nos quedaremos sin luz.

Más allá de la catarata, el camino se hacía más agreste aún. El sendero salía de la arboleda y llevaba hasta una cuesta pelada y rocosa, sin sombras. Como había dicho Fórfex, la cuesta estaba salpicada aquí y allá de huesos humanos, como si se tratara de un antiguo campo de batalla. El sendero se retorcía como una serpiente. Seguimos ascendiendo; ahora cada paso significaba un gran esfuerzo. Unas horas antes, estando el sol más alto, un viaje así habría bastado para reventar el corazón de un hombre fuerte.

Pero nos vimos recompensados con una vista verdaderamente espectacular. Muy abajo vi mi finca rodeada por las de Claudia y sus primos, y otras granjas, colinas y bosques que se extendían más allá. El cerro que separaba mi propiedad de la de Claudia parecía pequeñísimo, como una arruga en una sábana. El arroyo que fluía entre mi terreno y el de Publio Claudio era una delgada franja verde salpicada de destellos dorados. La Vía Casia se estiraba hasta perderse de vista por el norte y el sur. Se me ocurrió que, igual que nosotros podíamos ver todos esos lugares, también nosotros resultábamos visibles desde la llanura.

Atravesamos un saliente pelado y entramos en un hueco, a cubierto del sol e invisible para el mundo de abajo. Alrededor nuestro se elevaban unos árboles secos y había pedruscos bloqueando el camino. El sendero nos conducía hacia el corazón mismo de la montaña. Al fin, rodeamos un peñasco y divisamos la negra boca de la mina.

La entrada era más pequeña de lo que había imaginado, algo más alta que un hombre y tan estrecha que no podían pasar más de dos a la vez. El andamiaje exterior estaba en ruinas. En el suelo había picos, cinceles y martillos oxidados junto con algunos grilletes semienterrados. Entre las cadenas crecían flores diseminadas.

A nuestros pies, la tierra bajaba bruscamente en dirección al serpeante arroyo. En un entrante de la ladera se veía una gran masa de huesos esparcidos, mezclados con los residuos de la mina. Incluso aquí se conservaban enteros algunos esqueletos.

—¿Has visto alguna vez una mina en plena actividad? —preguntó Catilina, tan cerca de mi oreja que me asusté.

—No.

—Yo sí. —Su cara estaba en penumbra a causa de la poca luz y no había en ella el menor rastro de ironía—. No se comprende el verdadero valor de un metal precioso hasta que lo ves extraer; el sufrimiento y las muertes que hacen falta para arrancarlo de la tierra. Dime, Gordiano, ¿cuándo pesan cien hombres menos de una libra?

—Vamos, Catilina, no estoy para acertijos...

—Cuando se les despoja de carne y en el otro plato de la balanza se pone una copa de plata pura. Imagina todos esos huesos amontonados. ¿Cuánta plata hace falta para equilibrar su peso? Un puñado, nada más. Piensa en ello la próxima vez que te llesves una copa de plata a los labios. —Se volvió hacia Fórfex—. Dentro debe de hacer más fresco. Tongilio, ¿has traído las antorchas? Bien. ¿Vienes con nosotros, Gordiano?

No tenía un interés especial por ver un agujero cavado en la tierra y hubiera preferido sentarme un rato a descansar, pero caí en la cuenta de que una mina abandonada puede ser un lugar peligroso y más para un chico de quince años.

—Sí. Voy.

A pocos metros de la entrada había un muro de piedra que llegaba a la altura del hombro.

—Es para evitar que entren las cabras —explicó Fórfex. Y los cuarentones, pensé, aunque cuando me llegó el turno de poner el pie en el estribo que había hecho con sus manos, lo hice sin quejarme. Metón aupó a Fórfex y entró el último.

Sólo un poco de luz se filtraba por el muro, pero era suficiente para iluminar nuestro entorno inmediato. Tongilio se arrodilló y encendió una antorcha y con ella encendió otra y me la pasó. Las llamas iluminaron una cámara estrecha y de poca

altura que descendía y se perdía en la oscuridad. En un espacio tan poco ventilado, la tea apestaba.

Catilina tomó la antorcha que le dio Tongilio y se puso a la cabeza del grupo. Le seguían Metón y Fórfex, y yo me quedé en retaguardia.

—Esto es absurdo —murmuré, pensando lo fácil que era tropezar y caer al vacío. Me imaginé a Metón partiéndose el cuello y me maldije por permitirle participar en esta locura.

—No tenemos que ir lejos —dijo Catilina—. Sólo quiero tener una idea del estado general de la mina. ¿A qué profundidad baja?

—Bastante —contestó Fórfex—. Ten en cuenta que solía haber hasta doscientos esclavos aquí dentro trabajando a la vez. —¡Doscientos! —exclamó Metón.

—Eso he oído decir. Era espectacular en los viejos tiempos. Así es como hicieron su fortuna los antepasados del joven amo Cneo, con esta mina de plata. Gracias a ella compraron todas esas tierras de los alrededores. Claro que ahora está repartida entre los primos Claudios, pero hubo una época en que toda la tierra que se veía desde lo alto de la montaña formaba una sola hacienda. Eso dicen. ¡Cuidado con la cabeza, joven! —Metón, que se había apartado de Catilina, estuvo a punto de darse un golpe contra un pedazo de roca suspendido del techo. Fórfex se rió—. Debería haberte advertido. Es el cerebro del minero; llamamos así a esa piedra porque se parece a un cerebro, pero sobre todo porque más de un minero se ha dejado los sesos ahí. Está hecha de algo tan duro que nunca han podido meter en ella el cincel, así que ahí está, esperando para partirle la calabaza al primer despistado que pase.

—Pues no es para reírse. Por Júpiter —dije a Catilina, que iba delante—, éste no es lugar para traer a un chico. Es peligroso.

El eco de la carcajada de Catilina resonó en la gruta distorsionado, casi fantasmagórico.

—¡Empiezo a arrepentirme de no haberte dejado fuera, Gordiano! ¿Eres siempre tan quisquilloso? ¿No tienes espíritu aventurero?

Miré por encima del hombro y vi que la entrada se había reducido a un diminuto punto de luz, que al poco rato se extinguió. Abrí la boca y casi grité, pensando que alguien nos había encerrado. Pero al mover la cabeza me di cuenta de que, al doblar una pequeña curva, la roca llamada «el cerebro del minero» se había interpuesto entre mi mirada y la entrada. Unos metros más adelante perdí totalmente de vista la bocamina.

—¿Hasta dónde quieres avanzar?

—Hasta aquí —dijo Catilina.

El sendero se allanó de pronto y nos encontramos en lo que parecía ser una pequeña cámara oval. El aire era fresco pero no frío. El suelo era liso. En la roca se habían abierto túneles que partían en diferentes direcciones.

—Es como una pequeña habitación subterránea —dijo Tongilio.

—Como la entrada de un laberinto —dijo Metón—. ¡Como el del Minotauro!

—Es una de las varias salas de este tipo que hay en la mina —explicó Fórfex—. Si no llevas un guía, necesitarás un mapa para encontrar el camino, a no ser que quieras pasar un día entero vagando por ahí. Pero para eso hace falta más de un par de antorchas.

—¿Adónde conduce ese pasadizo? —preguntó Catilina, agachándose bajo uno de los dinteles rocosos.

—Cuidado —gritó Fórfex. Y murmuró entre dientes—: De todos los túneles, no podías haber escogido uno más peligroso. ¡Cuidado, por favor! Me advirtieron desde pequeño que no entrara en ése. Hay un pozo muy profundo. Es una de las zonas más antiguas de la mina. ¡Es muy fácil caerse!

Del interior del estrecho pasadizo salió un agudo chillido de alarma. Tongilio entró corriendo.

—¡Deprisa, Gordiano, tu antorcha!

Entré con Tongilio. Metón se abrazó a mi espalda y detrás de mí oí al cabrero chascar la lengua.

—¿Qué pasa, Lucio? —preguntó Tongilio.

—Puedes verlo por ti mismo —dijo Catilina.

Rodeando el pozo donde desembocaba la gruta, había una cornisa en la que nos apretujamos los cinco para mirar abajo. Fórfex ahogó un grito de horror.

Catilina lo miró de reojo.

—Pensé que conocías estas minas.

—Pero no esta cámara. Como te he dicho, desde que era niño me advirtieron que me alejara de esta parte de la mina. Siempre pensé que no era más que un salto a la oscuridad.

—Y eso sería si no fuera por todos esos que llenan el abismo. —Catilina sostuvo la antorcha en alto iluminadas por su oscilante luz, las calaveras parecían mirarnos.

—¡Pero si está repleto! —suspiró Tongilio.

—Nunca he visto nada igual —dije yo.

—Ni yo —comentó Catilina.

Habíamos visto muchos huesos ese día (al pie de la catarata, en la ladera), pero nada comparable al enorme abismo atestado de esqueletos que ahora mirábamos. Había cientos, quizá miles. Todo dependía de la profundidad que tuviera el pozo. Estaban tan pálidos como si se hubieran blanqueado al sol durante años. Aquel espectáculo era, en cierto modo, irreal, ya que sin carne los huesos de los muertos pierden toda su identidad y una calavera es igual a otra. La gruta parecía muy oscura y nuestras luces muy tenues. Mi antorcha chisporroteaba y desprendía un fuerte olor a brea quemada.

—¿De dónde proceden? —pregunté.

—Debe de ser... —Fórfex frunció las cejas y se frotó la mandíbula—. Siempre había oído rumores de algo así, pero nunca pensé que ocurriera aquí, en la mina. Pensé que se referían a los esqueletos de fuera.

—¿A qué rumores te refieres? —inquirió Catilina.

—Se decía que cuando cerraron la mina, el amo vendió a los esclavos que no quería a otros propietarios de minas o de galeras. Nunca se espera que un esclavo salga de una mina vivo, así que, ¿dónde vendes un esclavo usado? Pero recuerdo haber oído decir a unos cabreros viejos que el antiguo amo no se molestó en vender a los esclavos, sino que se deshizo de todos, uno por uno. No sabía que hubiese sido aquí, en la mina. Debieron de bloquear este estrecho reborde y obligarlos a entrar por la puerta...

En ese momento, algo se movió entre los huesos. Se oyó un ruido sordo seguido de una especie de gruñido. A la débil luz de las antorchas, toda la masa de huesos parecía elevarse y moverse. Una rata, pensé, y una ráfaga de aire procedente de algún agujero oculto. Pero Fórfex tenía otra teoría.

—¡Por Plutón! —gritó—. ¡Los lémures! —Se dio la vuelta tan precipitadamente que Metón estuvo a punto de caer al pozo; afortunadamente lo sujeté del brazo—. ¡Los lémures! —volvió a gritar Fórfex.

Nos apartamos del estrecho reborde de piedra y salimos a la antecámara. Catilina y yo sostuvimos las antorchas en alto, pero la sala estaba vacía. Fórfex, que seguía corriendo, se había alejado de nosotros. Por la galería que habíamos descendido oíamos gritar «¡Los lémures!» junto con un desprendimiento de guijarros. Otra vez «¡Los lémures!» y a continuación un ruido seco. Se hizo el silencio.

—¡El cerebro del minero! —exclamó Metón.

Catilina sonrió débilmente y enarcó una ceja.

—Está claro, ¿no?

Levantó su antorcha e inició el ascenso hacia la salida. Suspiré aliviado al ver el

primer destello de luz solar. Un poco más adelante tropezamos con Fórfex, muy cerca de la protuberancia rocosa que él mismo había llamado «el cerebro del minero». Estaba tumbado de espaldas, tratando en vano de levantarse. Tongilio y Metón lo levantaron y le ayudaron a subir la pendiente. Tenía el pelo manchado de sangre y la cara ensangrentada y sucia. Bajo la lívida luz de la tea parecía una especie de demonio, intentando avanzar a ciegas con los ojos cerrados y estirando las manos.

Era un ser totalmente indefenso, aturdido y debilitado por la herida y temblando de miedo o del susto. Con bastante esfuerzo, conseguimos pasarle al otro lado del muro. Tongilio me ayudó a saltar, luego lo hizo él.

Fue Tongilio quien atendió al cabrero; limpió la herida con vino y luego la vendó con una tira de su túnica. Fórfex, tan jovial en el ascenso, presentaba ahora un aspecto muy diferente. Nos turnamos para llevarle a hombros; podía andar, pero parecía incapaz de mantener el rumbo. Caía la tarde. Los grillos y las cigarras iniciaron su canto vespertino.

Finalmente llegamos al lugar donde estaban atados nuestros caballos. Dejamos la mula de Fórfex por juzgar que no haría más que retrasarnos. Catilina compartió su montura con él, llevándolo bien sujeto. El hombre se quejaba a voces del dolor de cabeza cuando empezamos a galopar, luego se calló y sólo de vez en cuando musitaba «Los lémures» al pasar por alguna sombra o junto a una masa rocosa.

Una luz amarilla brillaba en la puerta abierta de la casa del cabrero y desde los rediles de atrás llegaba el balido de las cabras recogidas durante la noche. Catilina y Tongilio desmontaron y ayudaron a Fórfex a bajar del caballo. Un esclavo con los ojos abiertos de par en par apoyó la cabeza en el quicio de la puerta y se nos quedó mirando burlonamente; en vez de salir a saludarnos o ayudar a Fórfex, desapareció inmediatamente. Un instante después asomó el culpable de su timidez.

Había visto a Cneo Claudio varias veces en el Foro durante nuestro litigio. Era difícil no reconocerlo al instante, con aquella corona de mechones pelirrojos y aquel cuello carente de barbilla. Era alto y de hombros anchos, y aunque evidentemente había heredado la fuerza muscular de sus antepasados, carecía de todos los encantos de la juventud. En su cara se perpetuaba una expresión agria, como si estuviera resentido con los Hados por no haberle concedido ninguna cualidad agradable.

—¡Fórfex! —gritó—. ¿Dónde diablos has estado?

El cabrero se soltó de Tongilio y fue tambaleándose hacia su amo, con la cabeza inclinada en señal de arrepentimiento.

—Amo, pensé que no volverías hasta...

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó Cneo mirando fijamente a Catilina. Por su expresión deduje que, aunque no del todo, podía situar la cara de Catilina.

—Me llamo Lucio Sergio —contestó Catilina—. He venido de la ciudad...

—Sergio, ¿eh? —repitió Cneo. Escupió en el suelo y asintió hoscamente, reconociendo la presencia de un patricio—. ¿Y qué has estado haciendo con mi esclavo, en mi propiedad y en ausencia mía?

—El cabrero sólo estaba enseñándonos la mina abandonada que hay en ese monte. Verás, yo...

—¿La mina? ¿Y qué demonios tienes tú que hacer en mi mina?

—Pensé que quizás estuviera en venta.

—¿Es cierto eso? ¿Tienes interés por las minas de plata?

—Tengo un socio que sí.

Cneo volvió a escupir en el suelo.

—De todas formas, no tenías derecho a entrar en mi propiedad.

—Fórfex me aseguró que en tu ausencia estaba autorizado a...

—Fórfex apesta y vale tan poco como sus cabras. «Autorizado»... ¡Por mis cojones! Nadie mete las narices en mi tierra cuando yo no estoy. Lo sabes bien, ¿verdad, Fórfex? ¡No retrocedas cuando te levanto la mano! ¿Qué es ese tintineo que

oigo? —Dio un bofetón al cabrero, que se tambaleó y se cubrió la cabeza con las manos—. ¡Oigo un tintineo! —gritó Cneo. Rasgó la túnica del esclavo y encontró la pequeña bolsa con las monedas, miró en su interior y tiró los tres sestercios a los pies de Catilina—. ¡Te agradecería que no sobornaras a mis esclavos! Bastante revoltosos son ya. —Dio otra bofetada a Fórfex, tan fuerte esta vez que el viejo cayó al suelo.

—¡Cneo Claudio! —exclamó Tongilio—. ¿Acaso no ves que el esclavo está herido? ¡Está sangrando!

—¿Y quién eres tú, niño bonito? —preguntó Cneo—. ¿Quiénes son todos estos extraños con los que has violado mi propiedad, Lucio Sergio? —Cneo me miró a la cara por primera vez y también a Metón, pero al parecer no nos reconoció. En la penumbra no podía verme con claridad.

—¡Cneo Claudio! —dijo Catilina—. Mi interés es totalmente legítimo. Mi socio de la ciudad busca minas de todas clases y paga bien por propiedades en las que cree que vale la pena invertir. Yo sólo quería echar un vistazo a tu mina. Si hubiera sabido que tu esclavo actuaba sin tu consentimiento jamás habría pisado tu tierra.

Este discurso pareció calmar a Cneo, que al cabo de un momento dijo:

—¿Y qué piensas de la mina ahora que la has visto?

—Tengo una impresión positiva.

—¿Sí?

—Creo que mi socio puede estar interesado.

—Lleva muchos años cerrada.

—Lo sé, pero mi socio trabaja con ingenieros que a veces consiguen sacar un poco más de la tierra, aun cuando parezca que se ha agotado la veta. Cualquier oferta que te haga será teniendo en cuenta el estado de la mina. Tendrá que enviar algunos esclavos a examinarla mejor antes de decidirse. Eso, por supuesto, si yo le digo que vale la pena tomarse esa molestia.

—Entonces piensas que tal vez valga...

—Bueno, Cneo Claudio, la noche se nos echa encima. La tarde ha sido muy larga. Necesito comer y descansar. Tal vez podamos discutir este asunto en otro momento.

Catilina montó en el caballo y lo mismo hizo Tongilio.

—Tienes donde hospedarte? Si no... —dijo Cneo.

—Sí, un hermoso lugar, no lejos de aquí.

—Tal vez debería acompañarte un rato...

—No será necesario. Conocemos el camino. Entre tanto, te sugiero que atiendas al cabrero. Ha sufrido un horrible accidente. La preocupación que muestra por tus intereses es admirable. Sería una pena perder un esclavo así sólo porque no se le ha curado bien una herida.

Nos pusimos en marcha. Cneo se quedó mirándonos con expresión ladina. Justo antes de doblar una curva miré atrás y le vi levantar el brazo y golpear al acobardado cabrero en la cabeza.

Capítulo Trece

—¡Qué hombre tan desagradable! —dijo Catilina—. ¿Son así todos tus vecinos?

—Por lo que voy viendo... Pero no todos —dije, pensando en Claudia—. ¿Está bastante caliente el agua?

—Sí.

—¿Y para ti, Tongilio?

—Perfecta.

—Puedo ordenar a un esclavo que eche más leña...

—Oh, no, más caliente y me derrito —suspiró Catilina, sumergiéndose en la bañera hasta el cuello.

Mi viejo amigo Lucio Claudio había equipado su casa de campo con muchos lujos urbanos, entre ellos baños completos de tres habitaciones, una para agua templada, otra para agua caliente y la tercera para agua fría. Generalmente, en verano tengo demasiado calor, incluso de noche, para querer darme un baño caliente, y prefiero hacerlo con esponja y estrígila en el arroyo. Fue Catilina quien había sugerido que los esclavos atizaran el horno situado entre la cocina y los baños para llenar de agua caliente las bañeras de mármol. A mis entumecidas piernas y mis doloridos pies le había parecido una buena idea, así que después de una cena ligera nos retiramos, no al atrio, sino a los baños. Nos quitamos nuestras sucias túnicas y empezamos por el baño de agua templada, luego nos trasladamos a la siguiente habitación y nos sumergimos en la bañera de agua caliente. Catilina y Tongilio se turnaban para rascarse el sudor de las respectivas espaldas con una estrígila de marfil.

Metón no había venido con nosotros, aunque creo que quería quedarse despierto y escuchar la conversación de los adultos. Los saltos de piedra en piedra y las carreras de aquí para allá por el sendero empezaron a pasarle factura durante la cena, que se la pasó bostezando. Cuando acabó la cena, Bethesda le mandó a la cama y Metón ni siquiera intentó protestar.

Fue mejor así pues no estaba yo muy seguro de querer ver a Metón exhibiendo su desnudez en presencia de Catilina. En cuestiones carnales, se decía que los apetitos de Catilina eran voraces y que no conocía la moderación, a pesar de su versión de la historia con la vestal. Tongilio desnudo resultaba impresionante. La elegante y bien construida complexión atlética del joven era de esas que ponen celosos a los chicos y hacen que los viejos sientan una triste nostalgia, cuando no un deseo lujurioso. Había una especie de pavoneo en la forma en que levantaba sus musculosos brazos del agua, alzaba la barbilla, miraba fijamente a media distancia y se apartaba el brillante cabello de la frente.

Catilina parecía aprobar esta gesticulación afectada, pues lo observaba fijamente. Aunque no se miraban, ambos sonrieron al mismo tiempo, de forma tal que llegué a sospechar que se había producido un contacto secreto bajo el agua. Tal vez fuera una señal, pues un poco después Tongilio se levantó y salió de la bañera. Se envolvió en una toalla y se sacudió el agua del pelo.

—¿No probarás el baño frío? —pregunté.

—Prefiero refrescarme en el lecho. El vapor que emana de la carne, al secarse relaja los músculos y suple un buen masaje. Es una forma deliciosa de quedarse dormido. —Me sonrió y luego se inclinó hasta que su mejilla casi rozó la de Catilina. Intercambiaron unas palabras en voz baja y Tongilio se marchó.

—¿Hace mucho que lo conoces? —pregunté.

—¿A Tongilio? Cinco años más o menos. Desde que tenía la edad de Metón, supongo. Un joven encantador, ¿no crees?

Asentí. La única luz que había en aquella pequeña habitación procedía de una

lámpara colgada del techo. Su luminosidad quedaba atenuada por el vapor, de tal forma que la habitación estaba envuelta en una suave neblina anaranjada. Lo único que se oía era el tranquilo gorgoteo de los grifos y el delicado choque del agua contra el borde de la bañera. El agua caliente se arremolinaba en torno a mi cuerpo hasta que me sentí inundado de bienestar.

Durante un buen rato permanecemos en nuestros respectivos extremos de la gran bañera de mármol. Catilina cerró los ojos. Yo me dediqué a contemplar las formas que dibujaba el vapor al elevarse.

—Lo más curioso es que posiblemente valga la pena comprar esa mina de plata.

—¿Hablas en serio? —dije.

—Siempre hablo en serio, Gordiano. Por supuesto habría que sacar todos los huesos y eso desalentaría a los nuevos obreros. «No tiene sentido minar la moral, ni siquiera la de los esclavos de las minas.»

—¿Estás citando a alguien?

—Sí. A mi socio de la ciudad, el que se dedica a comprar minas abandonadas.

—Entonces, ¿existe de verdad ese socio?

—Claro que sí.

—Creo que sé quién es tu amigo de la ciudad.

—Es muy conocido.

—¿Marco Craso?

Catilina abrió los ojos de par en par y arqueó una ceja.

—Vaya, Gordiano, has resuelto otro enigma: el nombre del comprador de Roma. Aunque tal vez era muy fácil.

—El enigma es que tú estés tan relacionado con él como para dedicarte a visitar propiedades en su nombre —dije.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Eres famoso por tu política radical, Catilina. ¿Por qué iba a aliarse el hombre más rico del mundo con un agitador que defiende la redistribución de la riqueza y la cancelación total de las deudas?

—Pensé que no tenías ganas de hablar de política, Gordiano.

—Es el agua caliente, que me marea. No soy yo mismo. Perdóname.

—Como quieras. Es cierto que Craso y yo tenemos nuestras diferencias, pero nos enfrentamos a un enemigo común: la oligarquía dominante de Roma. Ya sabes a quién me refiero, a ese pequeño círculo de familias incestuosas que tienen las riendas de todo el poder y que no se detendrán ante nada con tal de aplastar a sus oponentes. ¿Sabes cómo se autodenominan? Optimates. Y lo hacen sin ninguna vergüenza. A todos los que están fuera de su círculo los consideran simple chusma. El Estado, afirman, sólo puede ser gobernado por los optimates, sin concesiones a ninguna otra clase, pues ¿qué mejor forma hay de gobernar un Estado que ponerlo en manos de los que sin lugar a dudas han demostrado en todos los sentidos que son mejor que los mejores? ¡Ah, su presunción resulta insoportable! y Cicerón se ha vendido a ellos. Cicerón, el don nadie de Arpino. Si supiera lo que dicen de él a sus espaldas...

—Estábamos hablando de Craso, no de Cicerón.

Catilina suspiró y se acomodó en el agua.

—Marco Craso es una fuerza demasiado grande para pertenecer a ningún partido, ni siquiera al de los optimates. Craso es su propio partido, por eso lo mismo está a buenas que a malas con los optimates. Tienes razón. Craso no simpatiza con mis planes de reestructurar la economía del Estado, necesarios para garantizar la supervivencia de la República. Pero también es cierto que a Craso le importa un bledo la supervivencia de la República. No le importaría verla morir, siempre y cuando el dictador que inevitablemente gobernará después se llame Marco Craso. Mientras tanto, los dos tenemos ocasión de aliarnos a menudo contra los optimates. Marco Craso y yo nos conocemos desde hace tiempo, desde los días en que servíamos a Sila.

—¿Quieres decir que, como Craso, tú también te beneficiaste de las proscripciones durante la dictadura de Sila, cuando confiscaba las propiedades de sus enemigos y las subastaba?

—Otros muchos hicieron lo mismo. Pero yo nunca maté por dinero, ni utilicé las proscripciones para encubrir un crimen. Sí, ya conozco los rumores. Uno dice que mandé poner a mi cuñado en la lista porque mi hermana no le soportaba y quería verle decapitado. Otro dice que lo maté yo mismo y que hice poner su nombre en la lista para legalizar el crimen. ¡Como si yo hubiera querido ver a mi propia hermana deshonrada y desheredada! y luego está esa miserable mentira que el año pasado puso en circulación Quinto, el hermano de Cicerón, durante la campaña consular, según la cual yo había participado en el asesinato del pretor Gratidiano en aquellos años. Pobre Gratidiano, atrapado por la plebe. Le rompieron las dos piernas, le cortaron las manos, le arrancaron los ojos y luego lo decapitaron. ¡Una salvajada repugnante! A pesar de todas esas habladurías, sólo el año pasado conseguieron llevarme ante la ley acusado de haber matado a varios optimates y fui absuelto, igual que he sido absuelto de todos los cargos de que he sido acusado a lo largo de los años.

—Hablando de cabezas, la tuya se está poniendo roja como un tomate, Catilina. El agua debe de estar demasiado caliente.

Catilina, que en su apasionamiento había sacado casi todo el pecho del agua, aspiró profundamente y se sumergió en la bañera.

—Pero estábamos hablando de Craso... —Sonrió y me maravillé de la facilidad con que podía abandonar el tono amargo y recuperar el buen humor—. ¿Sabes qué fue lo que realmente selló nuestra amistad? ¡El escándalo de las vestales! Fabia y yo no fuimos los únicos que fueron a juicio esa primavera. A Craso le acusaron de haber corrompido a la mismísima Virgo Máxima. ¿Te acuerdas de aquel asunto? Le habían visto tantas veces en su compañía que el intrigante Clodio no tuvo reparos en incitar a media Roma a pensar lo peor. Pero la defensa de Craso fue irrefutable: el millonario simplemente hostigaba a la Virgo Máxima por un terreno que quería comprarle a precio de saldo. ¡Una historia tan típica de Craso que todos tuvieron que creerla! Salvó la vida, y yo también, pero a ambos nos cayó una buena mancha en nuestra reputación: a Craso porque todos creyeron que era inocente pero codicioso, y a mí porque todos pensaron que era culpable pero que me había librado. Después del juicio celebramos juntos la victoria con unas cuantas botellas de vino de Falerno. Las alianzas políticas no siempre se fundamentan en una base lógica, Gordiano. A veces surgen de un malestar compartido. —Me miró fijamente, como para recalcar sus palabras—. Pero creo que tú también conoces a Craso.

—Me llamó para que me ocupara del asesinato de un primo suyo en Bayas —dije—. Fue hace nueve años, pero no estoy autorizado a revelar los detalles. Baste decir que Craso y yo no trabamos precisamente una profunda amistad.

Catilina sonrió.

—Craso me ha contado casi toda la historia, o su versión de la misma. Quería que se declarara culpables del crimen a ciertos esclavos, mientras que tú sólo buscabas la verdad, sin importarte los planes de Craso o la vergüenza personal que pudiera suponerle. Lo creas o no, estoy convencido de que en su interior admira profundamente tu integridad, aunque esté resentido de tu carácter inflexible. Supongo que él es también bastante rígido, lo que justifica vuestra mutua antipatía. Pero el trabajo que hiciste en Bayas tuvo al menos un resultado positivo. Me parece que fue ahí donde encontraste a tu hijo Metón. Oh, por favor, no bajes la vista, Gordiano. Creo que es algo encomiable, liberar a un joven esclavo y adoptarle como hijo.

—Prefiero, olvidar que Marco Craso fue una vez el amo de Metón. Si Craso se hubiera salido con la suya, Metón llevaría muerto mucho tiempo. Craso lo vendió a un granjero de Sicilia sólo para evitar que yo lo tuviera. El hecho de que finalmente lo encontrara, lo liberase y lo hiciera hijo mío, demuestra que hasta el hombre más rico

puede ser derrotado.

Catilina apretó los labios.

—Evidentemente, Craso no me contó toda la historia.

—Porque Craso no conoce toda la historia.

—¡Ahora eres tú quien está rojo como un tomate, Gordiano! ¿Estás listo para el baño de agua fría? —Al igual que Catilina, yo también había sacado medio cuerpo del agua. Suspiré y me hundí en el sedante calor—. Eres muy protector con tu hijo, cosa que está muy bien. Vivimos tiempos difíciles, llenos de peligros. Yo también soy padre. Me preocupo constantemente por el futuro de mi esposa y nuestra hija. A veces pienso que sería mejor seguir tu ejemplo y desaparecer completamente del mundo. Vivir anónimamente, como Cincinato. Supongo que conoces esa antigua historia: cuando la República estaba en peligro, el pueblo llamó al granjero Cincinato, que dejó el arado, instauró la dictadura y salvó a todos.

—Y cuando pasó el peligro, dejó la dictadura y recuperó el arado.

—Sí, pero la cuestión es que actuó cuando lo exigía la ocasión. El que un hombre dé totalmente la espalda al mundo significa que renuncia a su oportunidad de modelar el futuro de ese mundo. Cuando pienso en el mundo que he de dejar a mis descendientes, no puedo convertirme en un eremita apático y pasivo. Y cuando pienso que me observan las ánimas de mis antepasados, no puedo permanecer ocioso. El fundador de mi familia estuvo al lado de Eneas cuando éste puso el pie en suelo itálico. Tal vez sea mi sangre patricia lo que me lleva a tomar las riendas, ¡a arrancárselas a los optimates si es necesario!

Durante un rato permanecimos en silencio. Un esclavo entró sigilosamente en la habitación y preguntó si debía abrir la válvula del horno para añadir más agua caliente y limpia. Asentí y el esclavo se marchó. Un instante después los tubos de los grifos empezaron a gorgotear y el agua comenzó a formar remolinos en la bañera. El vaho era ahora más denso y la lámpara daba menos luz. Entre la espesa neblina anaranjada, la cara de Catilina no era más que una suave mancha.

—¿Quieres conocer un secreto, Gordiano?

«¡Oh, Catilina! —pensé—. ¡Hay tantos secretos que me gustaría conocer! ¡Sobre todo la identidad de Nemo y cómo llegó a mis cuadras su cuerpo decapitado!»

—¿Por qué no?

—Bueno, en realidad es un enigma...

—Contar un secreto y formular un enigma son dos cosas totalmente distintas, Catilina. Me gustaría oír ese secreto. Pero esta noche no estoy en condiciones de resolver adivinanzas.

—Sé bueno, anda. Escucha: ¿cómo puede un hombre perder dos veces la cabeza?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Primero, por una mujer hermosa. Después, por el hacha del verdugo.

—Entiendo la solución, pero no el enigma.

—Yo perdí la cabeza por la vestal Fabia y luego casi la perdí por el delito. ¿Entiendes? Creo que es un acertijo bastante bueno. Entonces era más joven. La de locuras que cometía...

—¿Qué estás diciendo, Catilina?

—Que lo que siempre sospechaste de mí es verdad. Entre Fabia y yo había algo más que el gusto común por la cerámica de Aretio.

—Y aquella noche en la Casa de las Vestales...

—Fue la primera vez. Hasta entonces se había resistido. Pero aquella noche se entregó a mí. Cuando el hombre que se ocultaba detrás de la cortina empezó a gritar, estábamos haciendo el amor. Fabia tenía puesto el camisón y yo mi túnica; copulábamos de pie. Yo quería que se desnudara, quería acariciarla, quería poseerla en el lecho, pero ella insistió en que nos quedáramos vestidos y copuláramos de pie. Aun

así, fue uno de los momentos más excitantes y exquisitos de mi vida.

»Cuando el hombre gritó, yo apenas le oí. Podría haber sido yo mismo el que gritaba de puro éxtasis. Fabia se asustó, claro. Me empujó, tratando de zafarse de mí, pero yo no había acabado y si me hubiese salido en ese momento habría dejado un charco en el suelo o quedado con un bulto delator en la túnica. Consumamos el acto y nos separamos apenas unos instantes antes de que la Virgo Máxima entrara en la habitación. Fabia estaba colorada como un tomate, sus pechos firmes cubiertos de sudor.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque mereces saber la verdad, Gordiano; eres uno de los pocos hombres que conozco que se lo merece. Y porque nunca has podido estar seguro de lo que ocurrió realmente.

—Pero ¿por qué me lo cuentas ahora?

Catilina guardó silencio un buen rato. En medio de la neblina del vapor traté de adivinar su expresión, pero no podía decir si sonreía o fruncía la frente, ni siquiera si tenía los ojos abiertos. Finalmente dijo:

—Dicen que tienes el don de saber escuchar, Gordiano. Todo político necesita un oyente. Dicen que posees una habilidad especial para sonsacar la verdad, aunque uno no quiera contarla.

—¿Quién dice eso?

—En realidad lo dice Craso. En todos estos años no ha conseguido olvidar vuestras conversaciones nocturnas en Bayas. Dice que no recuerda haber hablado jamás tan sinceramente con un hombre. —Dice que tienes un poder sobrenatural para arrancar la verdad del corazón de los hombres.

—Sólo si sus corazones soportan una carga que necesitan liberar.

—¿Qué clase de carga? —preguntó.

—Varía de una persona a otra. Unas se sienten impulsadas a confesar sus temores o fracasos, otras su remordimiento por las maldades infligidas a los muertos. Unas confiesan haberse sometido a la crueldad de otras, otras confiesan su vergüenza por haber sido crueles. Unas han cometido acciones terribles y han quedado impunes y sin embargo sienten que deben contárselo a alguien. Otras sólo han imaginado tales crímenes y, no obstante, sienten una carga tan pesada como si de hecho los hubieran cometido.

—¿Y qué hay de los que se echaron atrás en el último momento? ¿Te has topado con alguien que confesara no haber cometido un crimen cuando debería haberlo hecho?

—¿Es otro enigma?

A pesar de la oscuridad, supe que sonreía.

—Tal vez. Pero, al igual que el enigma de Celio, aún no ha llegado el momento de solucionarlo. Quizás no llegue nunca. —Yo diría, Catilina, que ya tienes muchos crímenes que confesar para inquietarte por los que no te atreverías a llevar a cabo. Pensé que tal vez se ofendiera por mi rudeza, pero se rió. —Unos cardan la lana y otros se llevan la fama, Gordiano. Y si observas la realidad, verás que he sido víctima de la incesante persecución de mis enemigos.

Me quedé mirándole y sólo vi un rostro indefinido sobre unos hombros medio sumergidos, una oscura isla flotando en la niebla.

—Yo pensaba en otros delitos, Catilina, faltas de una categoría muy diferente.

—Eres un hombre demasiado sabio para creer la mitad de lo que se oye, sobre todo si procede de la lengua viperina de Cicerón y de su hermano Quinto. No pretendo dárme las de humildes ni de inocentón, pero tampoco soy el monstruo que mis enemigos quieren hacer de mí. Conozco los rumores y las insinuaciones. Muy bien, empecemos por lo peor, cuando quise tomar a Aurelia Orestila como segunda esposa hace años y ella se negó porque no quería casarse con alguien que ya tuviera un heredero, y

entonces para complacerla asesiné a mi propio hijo. Tú eres padre, Gordiano. ¿Te imaginas la angustia que esa mentira me ha causado? Cada día que pasa lamento la muerte de mi hijo. Si hubiera vivido, ahora sería un hombre, sería una fuente de consuelo e inspiración para mí. Murió de fiebres, pero mis enemigos dicen que envenenado y utilizan la tragedia de su muerte contra mí. También dicen que me casé con Aurelia por su dinero, para saldar mis deudas. ¡Ja! Eso sólo demuestra su ignorancia, tasar tan bajo el alcance de mis deudas. También subestiman el tipo de unión que hay entre Aurelia y yo, pero eso no es asunto suyo, ni tuyo tampoco, si no te molesta que te hable abiertamente. Y luego están mis supuestas proezas sexuales, algunas de ellas ciertas, otras totalmente fantásticas. ¡Lo próximo que se dirá es que violé a mi madre y me engendré a mí mismo! De todos modos, ¿qué importancia tiene saber cuál de estas historias es real? Nadie se ocupa de esas cosas excepto los puritanos como Catón y Cicerón, con sus corazones negros y sus sucias lenguas. ¡Jamás he podido entender que hombres sin apetito puedan sentir tal resentimiento hacia hombres que comen con fruición!

—Bonita frase, Catilina, pero gozar de una sabrosa cena es una cosa y desvirgar a una doncella, eliminando así sus posibilidades de casarse ventajosamente, es otra muy distinta, como también lo es convencer a hombres jóvenes de que se desprestigien defendiéndote.

La lámpara casi se había extinguido. Entre la oscura neblina escuché un suspiro.

—Vaya, Gordiano, ya no puedo verte la cara, así que te concederé el beneficio de la duda y supondré que sonríes mientras me hablas de tales calumnias, sabiendo que no son más que difamaciones inventadas por mis enemigos. Oh, sí, confieso que siento debilidad por los jóvenes y los inocentes. ¿Qué hombre con buen apetito no aprecia un hermoso fruto recién caído del árbol? y en un mundo tan corrupto, ¿qué hombre no se siente atraído por los que tienen una naturaleza espiritual? ¿En qué otro lugar se puede encontrar dulzura dentro de este amargo mundo sino entre los jóvenes? Pero yo no obligo a nadie. He sido acusado de asesinato y robo, pero nunca de violación. Hasta mis enemigos creen que soy capaz de atraer a mis compañeros sin coacción. Ellos me dan su inocencia y a cambio les entrego mi conocimiento del mundo, la mercancía que poseo en mayor abundancia. Cada uno da al otro lo que éste no tiene y desea.

—¿Y qué diste a la vestal Fabia?

—¡Aventura! Placer, excitación, peligro... Todas las cosas que su monótona existencia le negaban.

—¿Y merecía la pena? ¿Y si Fabia hubiera acabado enterrada viva?

—Culpa a Clodio de eso, no a mí.

—Te exculpas con mucha facilidad, Catilina.

Se quedó callado unos instantes, luego le oí moverse en el agua. Se puso en pie. Tenía la piel enrojecida por el calor. Sus hombros y pecho eran anchos y su vientre plano. Era un hombre con una apariencia increíblemente viril. No me extraña que sus amantes le aprecien, pensé. No me extraña que algunos estreñidos, escuálidos y vulgares como Catón y Cicerón despreciaran tanto su destreza física y sexual. Al parecer, Catilina había leído mis pensamientos.

—Pareces estar en buena forma, Gordiano. Es obvio que la vida activa de la granja te sienta bien. Los hombres en la ciudad se ponen gordos y fofos. Una cosa es hacerse viejo y otra ponerse fofo, ¿verdad? Pero creo que tú también eres hombre de buen apetito. —Me miró sonriendo, como si esperara algo de mí. Su mirada me hizo sentirme incómodo—. Bueno —dijo finalmente—, ¡ya me he hartado de este calor! ¿Vienes conmigo al agua fría?

—No, me quedaré aquí un poco más. Tal vez siga el ejemplo de Tongilio y simplemente me seque y me vaya a la cama.

Catilina salió de la bañera y tomó su toalla del nicho de la pared, pero no se molestó en ponérsela. Se detuvo junto a la puerta de la sala de agua fría.

—¿Quieres que llame a un esclavo para que traiga otra lámpara?

—No —dije—. Me apetece estar a oscuras.

Asintió y cerró la puerta tras él. Un instante después la luz se apagó. Me quedé a oscuras, pensando en Catilina y sus crímenes.

Debí de quedarme dormido un instante, pues de repente me despertó un débil ruido que no provenía de la puerta por la cual acababa de salir Catilina, sino de la que daba a los baños de agua templada. Era un ruido parecido al que puede hacer alguien que se apoya sin querer contra una puerta. En ese mismo instante, una débil raya de luz asomó en la parte superior de la puerta. Tal vez la puerta había crujido sola, hinchada por la humedad. Pero el corazón empezó a latirme con fuerza e inmediatamente se esfumó el lánguido amodorramiento del baño caliente. Tal vez era Tongilio que volvía, me dije a mí mismo, pero ¿por qué con tanto sigilo? Tal vez venía un esclavo a sustituir la lámpara apagada, pero entonces, ¿por qué no entraba?

Contuve la respiración y agucé el oído. No se oía nada, pero estaba convencido de que al otro lado de la puerta había alguien esperando. Salí del agua lo más silenciosamente que pude. Cogí la toalla, pero no me cubrí. Una sencilla toalla, enrollada fuertemente como una sogá, tiene muchas utilidades: para defenderse de un puñal, para atar a un hombre, para estrangular o desnucar. Caminé de puntillas hasta la puerta. Puse la mano en el tirador de madera y abrí de golpe.

Se tambaleó y estuvo a punto de caerme encima. Le pasé la toalla alrededor del cuello, le sujeté los brazos y lo hice girar. No opuso resistencia. Se giró hacia mí.

Susurré una maldición y solté la toalla. Mi prisionero quedó libre y jadeante, y musitó:

—¡Así que Catilina sí se acostó con la vestal!

—¡Metón!

—Lo siento, papá, es que no podía dormir. ¡Me dolían tanto los pies! Cuando llegué a la puerta os oí hablar. No me parecía bien interrumpiros, pero tenía que escuchar. No habrías dicho nada distinto si hubieras sabido que estaba escuchando, ¿verdad? y Catilina no hubiera dicho tantas cosas de saber que yo estaba en la habitación. ¿De verdad no sabías que estaba aquí fuera?

—Metón, ¿cuándo vas a aprender lo que es el respeto? Metón se llevó una mano a la boca y miró hacia la puerta del baño de agua fría. Bajé la voz.

—Esta costumbre tuya de andar espiando a la gente, ¿dónde la adquiriste?

—Suspiré—. No, la verdad es que no tenía ni idea de que estuvieras aquí hasta que oí crujir la puerta. Lo cual significa que tú eres joven y ágil, mientras que yo me hago viejo y torpe, y posiblemente me estoy quedando un poco sordo.

Metón me sonrió y no pude por menos de devolverle la sonrisa. Le agarré el cogote y le sacudí la cabeza. Era hora de irse a la cama. Eché una última ojeada a la delgada línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta de enfrente. Como la otra noche, pronto todos los moradores de la casa estaríamos durmiendo, excepto Catilina, que seguiría despierto, desafiando a Morfeo y quién sabe a qué otros dioses.

Capítulo Catorce

Morfeo debió de visitar por fin a Catilina y sin duda lo retuvo hasta mucho después de la salida del sol, pues hasta media mañana no aparecieron Catilina y Tongilio por la cocina, buscando algo de comer. Ambos tenían los ojos hinchados de dormir, pero estaban alegres, sospechosamente satisfechos, pensé. Se gastaban bromas, reían escandalosamente y sonreían por nada. Tenían mucho apetito y devoraron todo lo que Congrio les sirvió. Al acabar de desayunar, Catilina anunció que se irían antes del mediodía. Se pusieron unas túnicas de montar azules, prepararon todas sus cosas, se despidieron de Bethesda, agradecieron a Congrio sus delicias culinarias y cargaron sus caballos en las cuabras.

Pregunté a Catilina qué rumbo tomarían. Hacia el norte, me dijo, pues tenía que hacer algunas visitas para promover su candidatura entre los antiguos veteranos de Sila, a los que el dictador había concedido en Etruria tierras de cultivo arrebatadas a sus enemigos. Les vi alejarse. Su marcha no me alegró tanto como había pensado.

Curiosamente, cuando llegaron a la Vía Casia, no cogieron la dirección norte, sino la contraria, hacia Roma. Fue Metón quien se dio cuenta. Vino corriendo hasta la puerta de las pocilgas y me señaló las dos figuras que se veían en la distante carretera.

—¿Qué piensas, papá?

—Es extraño. Catilina dijo que se dirigía al norte. Me pregunto...

—Iré a mirar desde el cerro —gritó Metón mientras salía a la carrera.

Llegó a la cima mucho antes que yo y en mejores condiciones. Ya había encontrado el mirador ideal entre dos enormes robles. Quedábamos ocultos por un gran zarzal, pero teníamos una visión clara de todo lo que pasaba en la Vía Casia.

No fue difícil localizarlos, ya que eran los únicos jinetes en la carretera. Parecían haberse detenido en un punto no muy lejano al paso entre el cerro y las estribaciones del Monte Argento. No estaba claro por qué vacilaban, hasta que me di cuenta de que estaban esperando a que pasara un grupo de bueyes que se dirigía al norte. Una vez en la cuesta, debieron de perder de vista a los bueyes y quedar fuera del campo de visión del boyero. Miraron furtivamente a su alrededor, desmontaron y ocultaron los caballos en la maleza del lado oriental de la carretera.

Pasaron bajo las ramas de un gran árbol y desaparecieron. A partir de ese momento, tan pronto se les veía como desaparecían entre la espesa vegetación; salían a la calzada y caminaban unos metros adelante o atrás, como si buscaran algo.

—¿Qué buscan? —preguntó Metón.

—El camino antiguo —dije.

—¿Qué camino?

—Hay un sendero que conduce a la mina y que empieza en algún punto de la Vía Casia. Lleva mucho tiempo en desuso y está lleno de maleza. Catilina está tratando de encontrarlo.

—¿Por qué? Ya ha estado en la mina.

No respondí. Por el rabillo del ojo vi que Metón me miraba algo enfadado; intuía que quería ocultarle mi opinión. Juntos observamos cómo Catilina y Tongilio entraban y salían de la densa maleza que bordeaba la carretera. En cierto momento, apareció un grupo de esclavos que venía del sur, atados con cadenas por el cuello y vigilados por libertos provistos de látigos. Catilina y Tongilio quedaron fuera de vista hasta que pasó el grupo.

Finalmente se esfumaron entre la maleza y tardaron tanto en reaparecer que empecé a pensar que habían encontrado lo que buscaban. Metón me tiró de la manga. En ese mismo instante oí un ruido en los zarzales que había debajo de nosotros, seguido de una voz familiar.

—Has cambiado de mirador. Ah, perdona, no quería asustarte ni debería reírme, pero has dado un respingo de aúpa. —Claudia —dije.

—Sí, sólo soy yo. Y aquí está el joven Metón. Hace tanto que no veo a este chico... Bueno, ya no debo llamarte chico, al menos no mucho más tiempo, ¿verdad, joven? Creo que cumples los dieciséis este mes, ¿no?

—Sí —dijo Metón, lanzando una mirada por encima del hombro, hacia la carretera.

—Una hermosa vista desde aquí.

—Sí, es impresionante —dije.

—Venid, hay un tronco cerca en el que nos podemos sentar los tres juntos.

Me encogí de hombros y me esforcé por no mirar hacia la carretera. Posé los ojos en la cesta que Claudia llevaba en la mano.

—¡Ah, espero que no rechacéis mi hospitalidad! Tengo pan, queso y aceitunas suficientes para todos.

La seguimos hasta un claro, a pocos metros de donde estábamos. Como había prometido, la vista era exactamente la misma, con la diferencia de que nos vería cualquiera que mirara desde la carretera.

—¿No crees que es mejor? —preguntó Claudia, depositando las gordas posaderas en el tronco y dejando la cesta a sus pies.

—Mucho —dije. Observé que Metón no podía por menos de lanzar miradas furtivas al punto donde habíamos visto desaparecer a Catilina y Tongilio. Quizás fuera buen vigilante, pero como fingidor era un desastre—. Pero Metón tiene que volver a casa.

—¡Ay, estos padres romanos! Siempre tan estrictos y exigentes. Mi padre era igual. Dentro de poco Metón ya será un hombre. Los días de verano pueden ser igual de calurosos en lo sucesivo, pero nunca volverán a ser tan largos, hermosos y llenos de flores y abejas como lo son para él en este momento. Por favor, Metón, siéntate con nosotros.

Nos sentamos, Metón a su izquierda y yo a su derecha. Nos pasó algo de comida y esperó a que empezáramos a comer antes de servirse ella. Debo admitir que, a partir de ese momento, Metón se comportó como un experto fingiendo sólo un interés casual en las cosas que ocurrían al pie del cerro. La Vía Casia estaba ahora más transitada: rebaños de ovejas, esclavos cargando hatos de leña a la espalda, una larga hilera de carretas vigiladas por hombres armados en dirección sur, hacia Roma...

—Vasijas de Aretio —dijo Claudia.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Metón.

—¡Porque veo a través de los embalajes de las carretas como si fueran transparentes! —Al decir esto empezó a reírse—. Lo sé porque esas carretas llevan pasando por la Vía Casia desde que yo era niña y siempre llevando vasijas de Aretio a Roma. Son muy apreciadas, de ahí que lleven escolta armada y que las carretas avancen tan despacio. Cuando transportan cualquier otra cosa de valor suficiente para llevar guardias, las carretas van el doble de rápido. La plata y el oro no se rompen, pero la cerámica sí.

Metón hizo un extraño ruido con la garganta y cuando le miré me hizo un gesto casi imperceptible. Seguí su mirada hasta un punto del monte que se hallaba, por lo menos, a unos cincuenta metros por encima de la calzada, donde una mancha azul, la túnica de Catilina, destacaba en un claro. Otra mancha azul se unió a la primera. Agucé la vista y los dos lunares se convirtieron claramente en dos hombres que ascendían por el monte.

Claudia, ocupada con el contenido de su cesta, no veía nada.

—En realidad, Gordiano, tenía la esperanza de encontrarte, pues de otro modo tendría que haberte hecho una visita formal, y eso no habría tenido nada de divertido. Y me alegro de que estés tú también, Metón, porque creo que también te afecta a ti. —Se acomodó y frunció los labios. Por un instante pensé que miraba directamente hacia Catilina y Tongilio, pero sólo tenía la mirada perdida en la distancia.

—¿De qué se trata, Claudia?

—Ah, es tan difícil...

—¿Sí?

—Esta mañana vino a verme mi primo Cneo. Dice que ayer fueron unos extraños a su monte, hombres de Roma que querían ver la vieja mina.

—¿Sí? —Aparté la mirada y vi que Catilina y Tongilio habían desaparecido de nuevo entre la maleza.

—Sí. Creo que uno de ellos quería comprar la mina o representaba a alguien que podía estar interesado en comprarla. Tonterías, pienso yo; esa mina no vale nada. Ya no se puede sacar plata de ella. De todas formas, Cneo me preguntó si yo había visto a alguien subiendo el monte ayer, ya sabes que desde mi casa se ve un buen tramo del camino antiguo. Le dije que no había visto nada y mis esclavos tampoco notaron nada raro ayer en el monte. —Hizo una pausa para comerse una aceituna—. Cneo dice que no conocía a ninguno de esos hombres y que sólo uno se tomó la molestia de presentarse; parece que era de los Sergios de Roma. Pero después Cneo interrogó al cabrero que los había guiado, un viejo loco llamado Fórfex; ¿sabes lo que dijo el viejo?

—No me lo puedo ni imaginar.

—Dijo que con el tal Sergio iba un hombre más joven que parecía ser su compañero, otro de mediana edad y un jovencito. No los conocía, pero creyó oír el nombre de Gordiano. —Me miró y arqueó una ceja.

Me quedé pensativo un momento.

—¿Vio Cneo a los cuatro con sus propios ojos?

—Sí, pero ya estaba oscureciendo. Y a pesar de su juventud, no tiene bien la vista. ¡Por eso rara vez caza un jabalí!

—Ya. Entonces lo que quieres saber...

—No quiero saber nada. Tu cara lo dice todo. Bueno, no todo, pero sí buena parte. Si quieres husmear en la propiedad de mi primo, es cosa tuya. Sin embargo, Gordiano, debo advertirte que Cneo no se entusiasmó cuando Fórfex pronunció tu nombre, ni cuando vino a verme esta mañana. ¡Ten cuidado, Gordiano! No juegues con mis parientes, te lo digo como amiga.

Hizo una pausa, se inclinó y metió la mano en la cesta.

—Y ahora una sorpresa: ¡pasteles de miel! Mi nuevo cocinero los ha hecho esta misma mañana. No es Congrio, pero tiene buena mano para los dulces.

Metón apartó la mirada del monte de enfrente. Siempre le han encantado los dulces. Se comió ávidamente el pastelillo y luego se chupó los dedos. Claudia me ofreció otro a mí, pero decliné la invitación.

—¿No te gustan los dulces? El nuevo cocinero se enfadará mucho si vuelvo con ellos.

—Padezco del mal de Cicerón —expliqué, tocándome el estómago y frunciendo el entrecejo.

—Ya, y encima vengo yo a estropearle la digestión con los chismes de Cneo. ¡Qué irreflexiva soy, darte pan, queso y malas noticias! A lo mejor un pastelito te sienta bien.

—No lo creo. —No sólo las noticias de Cneo me atacaban el estómago; estaba también la tensión de saber que Claudia podía, en cualquier momento, descubrir a Catilina. Lo único que me hubiera sentado verdaderamente bien habría sido su marcha. Pero aún tenía más cosas que decir.

—Así que la investidura de la toga viril es este mes.

—Sí, dos días antes de los idus.

—Justo después de las elecciones.

Asentí, pero no dije nada, esperando que mi silencio apartara la conversación de la política. Bastante malo era ya pensar que tenía que ir a la ciudad justo después de las elecciones. Ganara quien ganase, habría incidentes callejeros. Y si, como había dicho Celio, había una verdadera revolución en el ambiente, Roma era el último lugar del

mundo donde me gustaría estar.

Claudia sonrió.

—Sólo quedan diez días. ¡Serás un hombre, Metón! Pero me ahorraré las felicitaciones hasta entonces. Supongo que harás una pequeña celebración en la ciudad antes de que dé su paseo por el Foro. ¿Sería muy atrevido pedirte una invitación?

—¿Estarás en la ciudad?

—Me temo que sí —dijo Claudia suspirando—. Junto con mis queridos primos. Piensan ir a votar en persona. Temen los sobornos de Catilina, ya sabes. La verdadera votación es sólo para hombres, desde luego, y yo no suelo ir a Roma en esta época del año, pero tengo intención de alquilar la casa del Palatino que me dejó Lucio. El esclavo que se ocupa de ella me ha dicho que necesita reparaciones. Pienso supervisar todas las obras en persona. Me marcho mañana y sospecho que pasaré allí la mayor parte del mes. —Arqueó las cejas y me miró expectante.

—En ese caso, por supuesto que puedes venir a la fiesta de Metón —dije.

—¡Oh, gracias! Me encantará asistir. Como no he tenido hijos, ya sabes... —dijo, arrastrando las palabras—. ¡Llevaré pastelillos de miel! —añadió entusiasmada. Se estiró y tocó el hombro a Metón, que sonrió con cierta timidez. De pronto, una extraña expresión nubló su sonrisa.

Estaba mirando hacia abajo. Seguí su mirada y vi a Catilina y Tongilio saliendo de entre los matorrales a la carretera. Claudia pareció notar algo raro, pues la vi mirar extrañada a Metón y luego sentí sus ojos en mí.

—Tal vez debería probar un pastelillo —dije.

—Ah, bien, veamos. Aquí hay uno con un aspecto estupendo —dijo ella, inclinándose sobre la cesta.

Tomé el pastelillo y la miré a los ojos al dar el primer mordisco. Me sonrió y bajó la mirada; de repente miró a la carretera.

—Caramba —dijo—. ¿Quiénes son esos hombres y de dónde han salido?

Traté de responder, pero sólo me salió una tos. Fue como si el pastel se me hubiera atragantado. Metón intervino.

—¿Qué hombres? —preguntó inocentemente.

—Esos dos de ahí abajo, los que van a caballo. ¿De dónde habrán salido? —Claudia frunció la regordeta frente, meneó la cabeza y se apartó de la cara un mechón pelirrojo que se le había escapado del moño.

Metón se encogió de hombros.

—Sólo son dos hombres a caballo.

—Pero se dirigen hacia el norte. No les he visto venir. Mira, se puede ver gran parte del trayecto sur de la Vía Casia... Deberíamos haber visto a cualquiera que se acercase. Y de repente aparecen dos jinetes como por arte de magia.

—No tan de repente. Yo los he visto acercarse —dijo Metón, muy convincente.

—¿En serio?

—Sí, desde hace un rato. Creo que fue cuando nos señalabas las carretas con las vasijas de Aretio. Sí, en ese momento los vi llegar del sur, a lo lejos. Y mira, ahora las carretas han recorrido más o menos la mitad de esa distancia. Eso significa que los jinetes van el doble de rápido que las carretas. ¿Tengo razón, papá?

Asentí vagamente, aclarándome la garganta todavía y cambiando de opinión respecto de las dotes fingidoras de Metón.

Claudia seguía dudando.

—¿Los has visto cruzarse con las carretas y aproximarse?

Metón asintió con la cabeza.

—¿Y tú también, Gordiano?

Me encogí de hombros y también asentí.

—Dos jinetes en la Vía Casia —dijo—. Probablemente vienen de Roma.

Claudia estaba algo confundida.

—¿Cómo es que yo no los he visto? ¡Por los cíclopes y Edipo! ¡Debo de estar quedándome ciega, como Cneo!

—No es tan extraño —dije para tranquilizarla—. Estabas distraída y no te fijaste. No hay para tanto.

—No me gustan los jinetes que salen de la nada —murmuró—. No me gusta sentir... —Arrastró la voz y consiguió esbozar una sonrisa—. Pero tienes razón, soy una estúpida. Una vieja tonta que se enfada porque se da cuenta de que no es tan lista como creía. Bueno, ¿quieres más pastelillos? ¿No? Pues los taparé; los dioses desprecian a los manirroto, eso solía decir mi padre. Ahora sí que me he de ir. —Recogió la cesta y se puso de pie—. Me voy a Roma mañana y estaré fuera mucho tiempo. Te puedes imaginar la cantidad de instrucciones que tengo que dar a los esclavos y el lío que hay en la casa con el nuevo cocinero, por no hablar del equipaje. ¡Ah, cómo detesto las complicaciones! ¡No puedo entender por qué Lucio me dejó esa casa en la ciudad! Pero me alegro de haber hablado con vosotros. ¡Os veré el día que Metón vista la toga! ¿La fiesta será en vuestra casa?

—Sí. En la que es ahora de Eco. En el Esquilmo. Es un poco difícil de encontrar...

—Bueno, pero Lucio y tú erais tan buenos amigos que estoy segura de que sus esclavos sabrán encontrar el lugar. No faltará. —Nos encantará tenerte con nosotros.

—Gordiano, piensa seriamente en lo que te he dicho sobre Cneo. Tienes una familia a tu cargo. —Antes de dar media vuelta, su rostro adoptó una expresión seria, casi grave.

Cuando desapareció entre la maleza mechupé la miel de los labios y, de repente, me apeteció otro pastelillo. Demasiado tarde. En la Vía Casia, Catilina y Tongilio habían ganado velocidad y avanzado un buen tramo. Metón y yo nos quedamos observándolos un rato más, hasta que las dos figuras azules empezaron a fundirse con el horizonte.

—Catilina es un hombre *fascinante* —dijo Metón.

—Catilina es una mancha en el horizonte —dije yo.

Capítulo Quince

Los días siguientes pasaron sin ningún incidente o, mejor dicho, sin ningún entreacto desagradable como el de Nemo. Incidentes hubo, y muchos, pues transportar una familia entera desde la granja a la ciudad, incluso para una breve visita, exigía una logística y una planificación complejas. Cuando pienso que los grandes generales como Pompeyo consiguen trasladar eficazmente a sus ejércitos por tierra y por mar, con todas sus tiendas, utensilios de cocina, alimentos y todos los enseres cotidianos, me quedo anonadado.

Arato me dijo que él había sido siempre el encargado del equipaje de Lucio y, dado que Lucio viajaba con suma frecuencia, y sin duda sin privarse de nada, esta afirmación me impresionó. Luego me di cuenta de que Lucio, por ser tan rico, lo tenía todo repetido, así que al viajar a la ciudad no tenía necesidad de llevar a cuestas sus cosas personales. Por el contrario, Bethesda y yo tuvimos que planificar todo lo que íbamos a llevar para no ser una carga para Eco, y al mismo tiempo tuvimos que asegurarnos de que la granja quedara bien provista en nuestra ausencia. Un trabajo de locos.

Aun así, me las arreglé para iniciar la construcción del molino. El momento era perfecto para el proyecto, ya que los días seguían siendo claros y calurosos, y la corriente del arroyo disminuía notablemente de día en día. Eso facilitaba la retirada de piedras y el relleno de las zonas que había que nivelar con mortero y ladrillo. Me inquieté al ver que el nivel del agua bajaba tanto, pero, afortunadamente, la granja tenía un pozo al pie del cerro. Arato me contó que ese pozo llevaba ahí desde antes de nacer todos ellas. Estaba situado entre los olivos y rodeado por un muro bajo de piedras, y era tan profundo que apenas devolvía el eco desde sus negras profundidades. El viejo pozo siempre había dado agua, me aseguró Arato, incluso en los años de más sequía.

Al menos, en ese periodo, no recibí visitas indeseadas. Las elecciones se celebrarían el quinto día antes de los idus, así que el resultado se sabría antes de que partiéramos hacia Roma. Con suerte, disfrutaría de la compañía de Eco y de la fiesta de Metón sin tener que preocuparme más por asuntos sobre los cuales no tenía control y por los que no tenía el menor interés. Tal vez Catilina saliera elegido cónsul o tal vez no, pero en cualquier caso su breve incursión en mi vida habría terminado.

Me molestaba que nadie me hubiera aclarado el misterio de la muerte de Nemo, su identidad y su repentina aparición en mis cuadras, pero, después de todo, no había habido más amenazas.

Un día antes de nuestra partida, abandoné un rato los preparativos del viaje y el trabajo del molino y me fui solo al lugar donde Metón, Arato y yo habíamos enterrado a Nemo. Me quedé delante de la sencilla lápida y pasé los dedos por las letras verticales que formaban el nombre de nadie.

—¿Quién eras? —pregunté—. ¿Cómo moriste? ¿Qué fue de tu cabeza? ¿Quién dispuso que aparecieras en mis cuadras?

Traté de convencerme de que el incidente ya había pasado y estaba zanjado, pero al mismo tiempo tenía una sensación de culpabilidad y fracaso, de obligación olvidada. No mi obligación para con Cicerón, sino para con la memoria de Nemo.

Me encogí de hombros. Para aliviar la tensión que sentía en los músculos de los hombros, me dije. ¿O acaso fue para demostrar indiferencia ante el cadáver? Al fin y al cabo, ¿qué le debía yo a Nemo? ¿Le habría reconocido si hubiera visto su cara? Me parecía poco probable. Tampoco había forma de saberlo. No le debía nada. Volví a encogerme de hombros, pero no di la espalda a su tumba, sino que me quedé mirándola, estudiando cada una de las cuatro letras del nombre que le había dado.

Otros hombres viven envueltos en misterios; es una forma de sobrevivir en un mundo en que la verdad siempre es peligrosa para alguien. Yo también viviría en la

ignorancia, y prosperaría y protegería a mi familia. Haría lo que me pidieran los poderosos y sólo me ocuparía de mis asuntos. Eso me dije, pero con poca convicción.

Di la espalda a la pequeña lápida, aunque no sin esfuerzo. Casi podía sentir la mano de Nemo en mi hombro, sujetándome, tratando de sacarme una promesa que yo no haría. Me aparté de allí maldiciendo a todo el mundo, desde Numa hasta Nemo, y volví al arroyo.

Esa tarde grité a Arato sin razón y después de cenar Bethesda me dijo que me había comportado todo el día como un niño enfurruñado. En la cama hizo lo que pudo por levantarme la moral y acabó por levantarme otra cosa. Entre los familiares rincones de su cuerpo encontré cálido consuelo y olvidé mis preocupaciones. Después le entraron ganas de hablar. Hablaba deprisa, precipitadamente, no con su habitual estilo lánguido. Le excitaba la idea de volver a la ciudad después de haber estado fuera tanto tiempo. Tenía ya pensados los templos que iba a visitar, los mercados en que compraría, las vecinas a las que quería impresionar con su nueva posición de matrona rural.

Acabó por cansarse. Su voz fue bajando de tono y haciéndose más profunda; aunque yo ya había cerrado los ojos, hubiera podido jurar que sonreía al hablar. Su felicidad me confortó y me quedé dormido con la sedante música de su voz.

Los dioses nos sonrieron el día del viaje. El calor había cedido y una suave brisa acariciaba los adoquines de la Vía Casia. Una procesión de nubes blancas y esponjosas desfilaba por el cielo, no amenazando lluvia sino proporcionándonos largos tramos de confortante sombra. No se rompió el eje de la carreta que transportaba a Bethesda y Diana, y los caballos que montábamos Metón y yono se quejaron. Escogí a los esclavos más feos y morenos que tenía para que nos hicieran de escolta —más por alarde que por su habilidad combativa— y aunque tenían poca experiencia en montar a caballo, terminaron el viaje sin ningún percance.

Justo al norte de Roma, la Vía Casia se bifurca en dos direcciones. El ramal sur, el más corto, rodea los montes Vaticano y Janículo y se une a la Vía Aurelia, que penetra hasta el Foro a través de los antiguos puentes que cruzan los grandes mercados de ganado. La Llegada a la Vía Aurelia siempre impresiona: la vista del Tíber salpicado de pequeñas embarcaciones y bordeado de almacenes y astilleros; el claqueteo de las herraduras en los puentes; el horizonte de la gran ciudad, dominado por el templo de Júpiter en lo alto del Monte Capitolino; el lento avance de la gente por los mercados y el espectáculo del Foro con su magnífica disposición de templos y palacios. Habría sido perfecto entrar en la ciudad por esta parte con el fin de celebrar la mayoría de edad de Metón, pero, por razones prácticas, desechamos esta opción, ya que el tráfico de la Vía Aurelia podía ser tan lento como el pulso de un difunto.

Optamos por coger el ramal oriental de la Vía Casia, que se une con la Vía Flaminia en el Tíber, al norte de Roma, y cruza el río por el puente Mulvio. La entrada a la ciudad por esta ruta es menos espectacular, ya que se va dejando atrás el campo y la urbe se insinúa progresivamente, de forma tal que el viajero se encuentra primero en las afueras y luego de golpe en el mismísimo corazón de la ciudad sin enterarse. Se pasa por delante de la zona de desfiles militares y los espacios abiertos del Campo de Marte, luego por los grandes recintos de las votaciones (vacíos y probablemente llenos de suciedad después de las elecciones del día anterior, pensé); luego se cruza la Puerta Flaminia y ya se encuentra uno en la ciudad. Nuestra ruta nos llevaría al norte del Foro y a la casa de Eco, en el Monte Esquilino, sin tener por qué ver un sacerdote o un político, y con mucho menos tráfico que si hubiéramos elegido la Vía Aurelia.

Y sin embargo, a medida que nos aproximábamos a la confluencia de la Vía Casia con la Vía Flaminia, el tráfico se hacía más denso y parecía estar a punto de quedar totalmente colapsado antes del puente Mulvio. Había vehículos y jinetes de todo tipo: viejos en carretas tiradas por bueyes, grupos de jóvenes a caballo, granjeros llevando

ganado al mercado. Me sorprendió porque era el tipo de gente que generalmente atestaba la ciudad en un día de elecciones, cuando viene gente de toda Italia a votar, sólo que el tráfico era muy denso en ambas direcciones y las elecciones ya habían pasado. Al menos tenía razones para creer que así era.

A medida que nos acercábamos al puente, empezó a golpetearme en los oídos el bullicio de la multitud: gente gritando, ruedas crujiendo, asnos rebuznando... Afortunadamente, el flujo que nos arrastraba nos llevó por un cauce más rápido, mientras que otros quedaron atrapados y sin poder salir. Bethesda había perdido la compostura y estaba gritando algo en egipcio a un granjero que pasaba y que la había importunado. Oí otro grito delante de mí y al mirar vi que mi caballo había estado a punto de aplastar a un niño que se había caído de una carreta que circulaba en dirección contraria. De la carreta saltó un esclavo para salvar al niño, mientras su amo gritaba y gesticulaba como un salvaje sin moverse del vehículo. De pronto me vi encajonado entre dos jinetes que habían encontrado un hueco para meterse. Me cogieron ganas de dar media vuelta y volver al campo.

¡Ya estamos en la ciudad!, pensé gruñendo, pero no dije nada; no quería estropear el regreso de Metón a Roma. Probablemente no habría podido oírme con tanto alboroto y de hecho parecía imperturbable ante la confusión e incomodidad que nos rodeaban. La expresión de su cara cuando entramos en el atolladero del puente Mulvio era de un gozo ilimitado, como si de verdad disfrutara con los apretones, el griterío y los olores de hombres y bestias apiñados. Me volví para echar un vistazo a la carreta y vi que Bethesda también sonreía, como si ejercitar los pulmones echando la bronca a un extraño le hubiera levantado el ánimo. Llevaba sobre sus rodillas a Diana y las dos iban dando palmas, riendo y señalando a un rebaño de cabras que pasaba por nuestro lado.

Finalmente conseguimos llegar a la otra orilla del Tíber. El tráfico se aligeró un poco, pero continuaba siendo denso en ambas direcciones. En un lugar alto del camino me erguí sobre los estribos y miré hacia abajo, al recto trazado de la Vía Flaminia. A lo largo de toda la calzada, en puntos abiertos tan lejanos como el Campo de Marte, había carretas estacionadas a un lado y parecía como si sus ocupantes se hubieran detenido a pasar allí la noche. Una escena como las que se ven en tiempos de guerra, cuando grandes masas de gente salen a los caminos que no están preparados para ello; sólo que en este caso no había sensación de pánico en el ambiente. Estaba claro que aquel extraño estado de confusión tenía que ver con las elecciones, pero ¿qué era?

Miré a mi alrededor y vi a un granjero de aspecto cordial a lomos de un caballo. Su pelo de color bronce y su cara redonda me recordaron a mi viejo amigo Lucio Claudio, aunque Lucio jamás se habría puesto una túnica con tantos remiendos. El hombre tenía también las mejillas y la nariz sonrosada de mi amigo, y su mismo aire de despreocupación, pero posiblemente todo esto se debía a los efectos del pellejo de vino que colgaba de su hombro. Le saludé y me puse a su lado.

—Ciudadano, ¿qué piensas de todo esto? —pregunté.

—¿De qué?

—De la multitud. Las carretas a los lados de la calzada.

Se encogió de hombros y eructó.

—En alguna parte tienen que dormir. Yo mismo hice todo el camino a Veyes de un tirón; y ahora vuelvo. No había espacio para mí ni para mi familia en la casa de mi primo, aquí en Roma. Y tampoco podía acampar en el camino como hacen esos otros.

—No lo entiendo. ¿La gente sale de Roma y luego vuelve? Me miró con suspicacia.

—Pero bueno, ¿es que llegas ahora? Pero si eres ciudadano. —Y me miró el anillo de hierro que llevaba en el dedo para confirmarlo.

—¿Tiene esto algo que ver con las elecciones?

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabes? ¿No te has enterado? —Me lanzó una de esas miradas de rectitud que los ciudadanos que votan reservan para los absentistas—. ¡Se

han desconvocado las elecciones!

—¿Desconvocado?

Asintió gravemente.

—Por Cicerón en persona. Convocó al Senado en pleno y pidió que fueran suspendidas. ¡Malditos optimates!

—Pero, ¿por qué? ¿Cuál fue la razón?

—La razón, o más bien el pretexto, fue que Catilina está urdiendo una terrible conspiración para acabar con el Senado. Vamos, como si casi todos los senadores no merecieran que les cortaran el cuello. Bueno, pues dice que por esa razón no es seguro celebrar las elecciones. Todo esto ocurrió hace unos días. ¿Acaso vives en una caverna? Se enviaron mensajeros por toda Italia para avisar a la gente que no viniera a Roma porque se habían suspendido las elecciones. Bueno, pues muchos no dimos crédito a esos mensajeros; pensamos que era un truco para apartarnos de las urnas. Suena a maniobra de los optimates, ¿no te parece? Así que vinimos de todas formas. Al ver a esta multitud, los senadores estaban dispuestos a seguir adelante y celebrar las elecciones. Pero la víspera se divisaron rayos en el horizonte, en un cielo totalmente azul, y esa noche hubo un pequeño temblor de tierra. A la mañana siguiente se leyeron los auspicios y los augures declararon que todas las predicciones eran terribles. Así que se cerraron los recintos electorales. ¿Y las elecciones? Pospuestas indefinidamente. Ha circulado todo tipo de rumores diciendo que serán dentro de un par de días, tres, o diez. Por eso ves gente que sale y entra de Roma y que se pasa los días viajando en las dos direcciones. Lo último que he oído es que probablemente las elecciones tendrán lugar pasado mañana.

—¿Cómo?

—Sí, el mismo día que las elecciones de los pretores. Por eso vuelvo hoy. Me imagino que en vez de dentro de dos días, intentarán celebrarlas mañana, ya sabes, ¡para engañarme y que aparezca por aquí con un día de retraso! Pero esos sucios optimates no me van a engañar. Mañana a primera hora, este menda que ves aquí estará frente a las urnas del Campo de Marte, dispuesto a votar junto al resto de mi tribu. Y si hace falta, estaré otra vez aquí al día siguiente, y al otro. ¡Por Catilina! —gritó de repente, alzando el puño.

Alrededor nuestro, entre el pequeño círculo que oía la voz del hombre por encima del bullicio, se alzaron muchos puños y oí varias veces vitorear el nombre de Catilina.

El hombre sonrió ante aquella demostración de apoyo.

—Claro que no todo el mundo puede quedarse en Roma indefinidamente —dijo, dejando de sonreír—. Por eso ves tanta gente saliendo. Los ciudadanos comunes tienen que volver a sus granjas. Tienen que ganarse la vida y cuidar de sus familias. No como los optimates, que pueden viajar a su antojo y jamás se pierden unas elecciones. —Me miró de arriba abajo con recelo—. Supongo que no serás de los próceres, ¿no?

—No tengo que justificarme ante ti, ciudadano —le repliqué bruscamente, aunque me di cuenta de que no estaba enfadado con el hombre, sino con lo que había dicho. Así pues, parecía que iba a toparme con lo único que había tratado de evitar: ¡el día de las elecciones consulares! Los dioses se están divirtiendo a mi costa, pensé. No era extraño que no hubiera sufrido percances en el camino. ¡Los dioses querían que llegara a Roma para sufrir las elecciones! Empecé a reírme. Me contuve, pero me di cuenta de que me hacía bien reír y dejé que brotaran las carcajadas. El forastero empezó a reírse también y sólo hizo una pausa para soltar otro eructo. Volvió a levantar el puño.

—¡Por Catilina!

Dejó de reírme.

—Por el día en que acabe esta locura —murmuré.

—¿Qué? —preguntó el hombre, inclinándose hacia mí. Yo simplemente meneé la cabeza, aflojé el paso del caballo y agité la mano mientras el otro se alejaba.



Una vez en la ciudad avanzamos lentamente pero sin pausa. Grandes nubes de humo y polvo subían desde el Campo de Marte, donde miles de votantes de fuera de Roma habían instalado sus campamentos. En un día normal se hubiera visto a los jinetes de las carreras practicando o a soldados entrenándose para la batalla. La Villa Pública, el espacio abierto donde se congregaban los votantes, y los recintos de votación adjuntos, construidos como rediles laberínticos, estaban cerrados y vacíos.

El sol empezaba a descender por el oeste, arrojando una neblina rojiza sobre los tejados, pero Roma aún estaba muy despierta, sobre todo en la bulliciosa Subura. Esta famosa calle nos llevó al corazón mismo de la ciudad, pero no al lugar donde se concentran con orgullo sus templos y palacios, sino al barrio de las carnicerías, burdeles y garitos de jugadores. Percibí los olores de la ciudad: excrementos de caballo y humo de hornos, pescado crudo y perfume, una vaharada de orina procedente de un mingitorio público mezclada con el aroma del pan recién horneado. De un solo vistazo vi más caras de las que había visto en todo un año en el campo. Vi cuerpos envejecidos, gordos, jóvenes, ágiles, vestidos con caras túnicas y togas, o con harapos, o casi desnudos. Mujeres que se asomaban por las ventanas de los pisos superiores de las casas de alquiler y cotilleaban entre sí. Niños que jugaban al trigón en una plaza abierta. Un etíope de toga roja, con la piel del color del ébano, se abastecía de agua en una fuente pública.

La fuente me llamó la atención. Era el principal ornamento de aquel barrio; tenía un abrevadero en la parte inferior para los caballos y un caño en la parte de arriba para las personas. La fuente estaba allí desde que yo era niño. Había puesto los labios bajo ese caño para beber agua fría más veces de las que posiblemente podría contar. Nada en el mundo podía ser más mundano, pero la fuente, y todo lo que me rodeaba en ese momento, me parecía a la vez familiar y extraño. Había dejado Roma para siempre, pensé, y ahora estaba de vuelta, y no podía negar que por mucho que me hubiera alejado, por mucho tiempo que hubiera estado ausente, Roma sería siempre mi casa.

Volví la mirada a la carreta. Diana estaba agotada. Estaba abrazada a su madre, profundamente dormida a pesar de los baches. Bethesda le acariciaba el pelo. Intuyó mi mirada, levantó la vista y me sonrió. En ese momento supe que sentíamos lo mismo. Era nuestra ciudad, por mucho que yo me empeñara en negarlo. Respiré profundamente y olí la Subura. Abrí totalmente los ojos y traté de ver de golpe todo lo que tenía ante mí. Sentí la mirada extrañada de Metón. No hay un lugar en el mundo como Roma.

Llegamos a mi antigua casa del Monte Esquilino sucios, hambrientos y fatigados. La débil luz del día había pasado del rojo al añil. Las lámparas de la casa ya estaban encendidas. Llegamos más tarde de lo previsto, pero Eco, sabedor del caótico estado de las vías de acceso a la ciudad, me dijo que se sorprendía de vernos tan pronto.

—Habéis venido por la Vía Flaminia —dijo, dando unas palmadas para ordenar a los esclavos que se ocuparan del equipaje. —Asentí—. Una buena idea —dijo él—. He oído que los puentes de la Vía Aurelia son una pesadilla. Dicen que hay carretas con esqueletos gobernando las riendas.

—¿Y con esqueletos de bueyes tirando de las carretas?

Eco se rió.

—Es el chiste que se cuenta ahora en la Subura.

—Muy típico de la Subura —dije. Aquel macabro sentido del humor me resultaba familiar a la vez que raro; como la ciudad y la casa en la que me encontraba ahora. Había sido mi casa durante muchos años y antes había sido la de mi padre. Aquí estaba el atrio y el jardín donde tantas veces había recibido a las visitas a lo largo de

los años y donde había visto por primera vez a mi querido amigo Lucio Claudio, cuando vino a consultarme después de ver a un muerto deambulando por la Subura—.El jardín está muy bien cuidado —añadí, sintiendo algo reseca la garganta.

—Sí, Menenia se ocupa personalmente. Le gusta cultivar cosas.

—Has dado una mano de pintura a las paredes. Veo que has reparado las tejas sueltas y que has arreglado los goznes de la puerta principal. Hasta parece que funciona la fuente.

Eco sonrió y se encogió de hombros.

—Quería que todo estuviera bien para el día especial de Metón. Ah, aquí está Menenia.

Mi nuera se acercó con la mirada gacha, saludándome con la deferencia debida a un *pater familias* romano. Eco había tenido suerte, teniendo en cuenta sus humildes orígenes y la antigüedad del apellido de ella. Mi hijo se había casado con una belleza de pelo oscuro y piel de color aceituna, como Bethesda, lo que creo que agradó a su madre adoptiva.

El cielo que se extendía por encima del jardín se oscureció rápidamente pasando a un azul oscuro salpicado de estrellas. Se sacaron sillas y mesas al aire libre, y los esclavos sirvieron una sabrosa comida pensada para viajeros cansados. Antes de que el cielo pasara del azul oscuro al negro—, todos se habían ido a dormir excepto Eco y yo.

Una vez solos, me hizo unas cuantas preguntas sobre Nemo y la visita de Catilina. Le respondí cansinamente y cuando se enteró de que la situación había acabado bien, aunque no del todo satisfactoriamente, no me presionó con más preguntas. Me informó de que lo último que se había dicho sobre las elecciones era que se celebrarían dos días después. En otras palabras, al día siguiente de la investidura de Metón, con nosotros aún en Roma.

—Bueno —suspiré—, no se puede evitar. ¡Roma en día de elecciones! Nos vamos a dar un atracón de metrópoli.

Me acompañó a mi antiguo dormitorio, donde Bethesda ya dormía, y que él y Menenia nos habían cedido. Metón y Diana dormían en la habitación contigua. Estaba demasiado cansado para imaginar cómo se las había ingeniado Eco para acomodar a los esclavos de su casa y a los de la mía. Me tumbé al lado de Bethesda y la empujé un poco para hacerme sitio; me quedé dormido en cuanto mi cabeza rozó la almohada y mis labios su perfumado pelo.

Me despertó un extraño sollozo.

Por un instante no supe dónde estaba, una experiencia muy extraña en una casa en la cual había pasado la mayor parte de mi vida. Habían cambiado de lugar los muebles, ésa era la razón, además de la cama; que era otra.

El sollozo que me despertó procedía de la habitación de al lado. Pensé en Diana. Me asaltó la imagen de la niña al encontrar el cuerpo decapitado de Nemo y desperté completamente. Me galopaba el corazón, pero los miembros no me respondían. Me puse de pie, me di un golpe en el codo contra la pared y volví a acordarme del rey Numa.

Pero no era Diana quien lloraba, no era un gemido chillón o infantil. Tampoco eran sollozos exactamente, sino una especie de llanto rítmico, sofocado, como de alguien que llorara con los dientes y los labios fuertemente apretados, el típico gemido tembloroso que emite quien tiene una pesadilla.

Salí al pasillo. El sonido cesó un instante, luego lo oí de nuevo a través de la delgada cortina que separaba el corredor de la habitación que compartían Metón y Diana. Una lámpara colgada de la pared ardía todavía con débil llama. La debe de haber dejado el previsor Eco, pensé. Sabía que su padre se levantaría durante la noche a orinar y que podía tropezar o golpearse la rodilla. Cogí la lámpara, aparté la cortina y

entré en la pequeña habitación.

Diana estaba sentada en el lecho, con la espalda apoyada en la pared, frotándose los ojos como si acabara de despertar. Se cubrió con la colcha hasta el cuello y miró a Metón con expresión alarmada.

—¿Qué le pasa, papá?

Miré a Metón, que se agitaba de un lado a otro de la cama. Su frente estaba cubierta de sudor y apretaba con fuerza la mandíbula. Tenía los párpados cerrados, pero sus ojos no paraban de moverse. Empezó a sollozar otra vez. Sólo le había visto así en una ocasión, poco después de llevarle a mi casa y hacerle hijo mío.

—¿Papá? —dijo Diana en voz muy baja—. ¿Metón...?

—Está bien —dije—. Sólo está soñando. Debe de ser un mal sueño, pero eso es todo. No te preocupes. Yo cuidaré de él. ¿Por qué no vas a dormir con tu madre esta noche?

Mi sugerencia la complació enormemente. Se envolvió en la colcha, como si fuera la estola de una adulta, y saltó de la cama. Se detuvo para que pudiera darle un beso y se dirigió corriendo a la puerta.

—¿Seguro que está bien, papá?

—Sí —dije, y Diana, con expresión seria pero no asustada, se apresuró a irse con su madre.

Me quedé al lado de Metón, observando su rostro atormentado a la luz de la lámpara, sin saber si debía despertarle o no. De repente dio un respingo y abrió los ojos. Intentó tragar saliva pero tenía la boca reseca. Quiso cubrirse la cara, pero tenía las manos enredadas en el cubrecama. Por un instante sintió pánico, gimiendo como si aún estuviera soñando y tirando bruscamente de la tela, con lo cual lo único que hacía era enredarse aún más. Dejé la lámpara en el suelo y le sujeté con fuerza los brazos para que dejara de moverse. Al cabo de un momento se relajó.

—Tenías una pesadilla —dije.

—Estaba en Sicilia —me explicó en un ronco susurro.

—Eso pensaba. Has tenido un sueño como el que tuviste hace años.

—Pero si nunca pienso en Sicilia. Casi no me acuerdo de nada de lo que pasé allí. ¿Por qué tenía que soñar con eso precisamente ahora? —Se sentó en la cama.

—No lo sé. Toma, sécate la frente con el cubrecama.

—Mira, la almohada está empapada. Tengo una sed...

Miré alrededor y vi un jarro de cobre y una copa sobre una pequeña mesa, al lado de la puerta. Llené la copa y se la puse en las manos. La vació de un trago.

—Era horrible, papá. Tenía *las* manos atadas con trapos, como solía hacer el granjero cuando me ponía en el huerto para espantar a los cuervos. Me vendaba las manos para que no pudiera coger fruta. Hacía un calor infernal. La tierra estaba seca y agrietada. Tropezaba y me caía continuamente. Tenía los labios hechos una llaga, por el sol. El sudor se me metía en los ojos y no me lo podía secar. Tenía mucha sed, pero no podía salir del huerto para beber agua porque el granjero me pegaba. Aun así iba corriendo al pozo, pero no podía subir el cubo. Y entonces venían los cuervos, miles de cuervos. Se posaban en el huerto como terribles langostas chillonas hasta que dejaban pelados todos los árboles. Sabía que el amo me *golpearía*. Al final me mataba a palos. —Metón se estremeció. Miraba abstraído en dirección a la temblorosa llama de la lámpara—. Y luego ya no estaba en el campo. Estaba en Bayas, pero no en la villa, sino en el estadio que Craso construyó especialmente para matar a los esclavos. La arena estaba enfangada por la sangre. La muchedumbre se asomaba por la barrera y se burlaba de nosotros. Tenían unas caras horribles, todas retorcidas de odio, ¡y luego otra vez los cuervos! Miles de cuervos, tantos que el cielo—estaba negro. Lo arrasaban todo. Batían las alas y me picoteaban *los* ojos. Yo intentaba espantarlos, pero ni siquiera podía levantar las manos. ¡Oh, papá!

Le serví más agua. Metón se acercó la copa a los labios y bebió con avidez.

—Sólo era un sueño.

—Pero tan real...

—Estás en Roma, no en Sicilia ni en Bayas. Estás en tu casa, rodeado de tu familia...

—¡Papá! ¿De verdad tengo una familia?

—¡Por supuesto que sí!

—No. Esto es el sueño. Es esto lo que no puede ser real. Nací esclavo y eso nunca cambia.

—Eso es mentira, Metón. Eres mi hijo, tan hijo mío como si mi sangre circulara por tus venas. Eres libre, tan libre como si hubieras nacido romano. Mañana serás hombre y a partir de mañana nunca deberás mirar atrás. ¿Me comprendes?

—Pero en mi sueño, Craso y el granjero de Sicilia...

—Esos hombres fueron tus dueños una vez, pero hace mucho tiempo. Ya no tienen poder sobre ti y nunca más volverán a tenerlo.

Metón se quedó mirando la pared y se mordió el labio. Una lágrima rodó por su mejilla. Un buen padre romano le habría secado la lágrima de una bofetada, le habría sacudido hasta que le castañetearan los dientes y luego le habría mandado al atrio a montar guardia toda la noche, para enfrentarse a sus miedos y derrotarlos, y cuanto más dura fuera la lección, tanto mejor. Pero yo nunca he presumido de ser un buen padre romano. Le abracé un buen rato, apretándole contra mi pecho, hasta que sentí que dejaba de temblar y se relajaba. Sabía que era la última vez que podría abrazarle como a un niño.

Le ofrecí la lámpara, pero me dijo que no la necesitaba. Salí al corredor y eché la cortina. Estuve un rato paseando inquieto alrededor del atrio. No tardé mucho en oír el suave sonido de sus ronquidos. La pesadilla y el largo día habían acabado por agotarlo.

Diana estaba con Bethesda y la cama no era lo suficientemente grande para los tres, así que volví al jardín y me recosté en uno de los triclinios. Observé las constelaciones que se arremolinaban lentamente en el cielo hasta que los párpados empezaron a pesarme tanto que ya no pude mantener los ojos abiertos y Morfeo vino a atraparme en su dulce red.

Capítulo Dieciséis

El día de la mayoría de edad de Metón amaneció claro y radiante. Al despuntar el alba yo ya estaba en el jardín, sintiendo en la cara los primeros rayos de sol y escuchando los ruidos que hacían los esclavos.

Habían pasado más de diez años desde la investidura de Eco, celebrada un año antes del juicio de las vestales y del estallido de la revuelta de los esclavos encabezada por Espartaco. Yo andaba bastante mal de dinero por aquel entonces y la fiesta fue poco vistosa. Tal vez por esta razón, Eco estaba resuelto a hacer que su hermano menor disfrutara de un cumpleaños difícil de olvidar.

Era impensable celebrarlo en otro lugar que no fuera Roma y Eco se había ofrecido desde principios de año a encargarse de los preparativos. Había calculado todos los gastos y me había pedido una suma de dinero que me pareció generosa pero razonable. Sólo después supe que él mismo había puesto una parte igual a la mía, si no superior.

Comenzamos el día levantando un toldo amarillo sobre el jardín. Los esclavos se deslizaban por los tejadillos de los pórticos sujetando los extremos del toldo. Abajo, otros esclavos juntaban mesas, las cubrían con manteles y colocaban a su alrededor triclinios. Muchos de éstos eran de un gusto exquisito, con patas finamente talladas y mullidos cojines multicolores; los mejores (así como los mejores esclavos para servir la mesa) los había pedido prestados Eco a algunos de sus acomodados clientes. De la cocina llegaba el repiqueteo de cacerolas y el bullicio de los esclavos.

Sin embargo, nuestro desayuno fue bastante austero, a base de higos frescos y pan. Observé que Metón atacaba su pedazo de pan sin rastro visible de la duda y la desazón que le habían asaltado la noche anterior. Parecía descansado, pacíficamente emocionado y sólo un poco nervioso.

Después de comer, todos nos retiramos a los baños. Dos esclavas acompañaron a Bethesda y a Menenia. El esclavo encargado de acicalar y afeitar a Eco vino con nosotros. Ese día, Metón se afeitaría por vez primera.

No nos desplazamos a pie, pues Eco había alquilado tres literas y porteadores para todo el día. Nos esperaban al pie de la pequeña escalinata que bajaba de la casa a la Vía Subura. Diana dio un salto de alegría al ver a los esclavos de anchos hombros y las largas y elegantes literas. Bethesda intentó ocultar su sorpresa dándoselas de cosmopolita. Metón se sonrojó y casi parecía avergonzado de que le ofrecieran tantos lujos.

—Eco —dije por lo bajo—, esto debe de haber costado...

—¡Papá, un día es un día! Además, me han hecho un precio especial. Lo arreglé hace un mes. El propietario pensaba, y con razón, que las elecciones habrían acabado y que los forasteros ya se habrían ido de la ciudad, y que por tanto tendría, por lo menos, dos literas libres. Me las dejó por una miseria.

—De todas maneras...

—¡Sube! Mira, puedes compartir ésta con Diana. Yo iré con Metón, las mujeres pueden ir juntas. Los esclavos nos seguirán a pie.

Mentiría si dijera que no fue todo un placer. A pesar de lo temprano que era, el tráfico empezaba a ser denso, pero ¿qué importaba tener que pararnos en cada esquina cuando todo suscitaba la fascinación de Diana? El olor del pan recién hecho le gustaba tanto como los aromas que salían de la tienda del vendedor de perfumes. Aplaudió y sonrió a unos paletos ojerosos que salían de un burdel, encontrándolos tan absurdos y divertidos como a unos acróbatas medio desnudos que habían decidido practicar sus acrobacias en una plazoleta lateral de la Vía Subura. También sonrió y saludó afectuosamente a dos esclavas canosas que le devolvieron la sonrisa pero no el

saludo; hizo lo mismo con dos sujetos malcarados que yo sabía eran asesinos a sueldo y que nos miraron con expresión de enfado y devolvieron el saludo con desgana. Todas las cosas eran iguales a los ojos de Diana; todo resultaba fascinante. Eso es lo que significa ser niño, pensé, y por eso añoramos tanto la infancia en nuestros sueños; después nos vemos obligados constantemente a elegir y discriminar. Ser hombre, ciudadano y adulto significaba, por ejemplo, tener que elegir, en algunos casos, entre personas como Catilina y Cicerón. ¿Y qué gracia tiene eso comparado con el sencillo e inocente deleite de mirar, sonreír y aceptar sin más cada momento de la vida?

Al cabo de un rato salimos de la Vía Subura y tomamos una serie de callejuelas más pequeñas que bordeaban las estribaciones de la Cumbre Opia, hasta que finalmente fuimos a dar a la Vía Sacra. Allí giramos a la derecha y en seguida nos detuvimos frente al Foro, en las escaleras que conducían a las Termas Senias.

Una vez que hubimos atravesado la puerta principal, hombres y mujeres nos separamos. Diana se enfadó y empezó a hacer pucheros, pero se le pasó en cuanto Menenia le dijo que se cepillarían el pelo por turnos. Vi cómo se alejaba flanqueada por Menenia y Bethesda; dos esclavas las seguían cargadas con ungüentos, cepillos y peines.

—Tiene buena mano con los niños —dije, mirando de lejos a Menenia y su larga cabellera negra.

—Sí —dijo Eco, sonriendo.

—Supongo que todavía no...

Todavía no.

Mi hijo nos condujo a los baños para hombres, recientemente restaurados y ampliados. Su tamaño era impresionante, casi de proporciones egipcias. Aun así, Eco se quejó de lo llenos que estaban.

—Normalmente hay sitio para apoyar los codos, pero con esto de las elecciones...

Nos dirigimos al patio central, donde dos luchadores desnudos combatían en el césped. Sus compañeros estaban cerca, o para animarles o para estirar la propia musculatura. Bajo el pórtico sombreado estaban sentados unos estoicos totalmente vestidos. Al pasar junto al grupo escuché a dos de ellos discutir sobre los méritos del estilo oratorio de Cicerón frente al de Hortensio, pero me dio la impresión de que casi todos aquellos filósofos tenían más interés por los jóvenes atletas desnudos.

En el interior me golpeó de inmediato el olor del lugar y los vagos ecos que inundaban la estancia: hombres riendo, chicos murmurando, el sonido rítmico de los pies mojados deslizándose sobre la piedra pulida... Nos quitamos las túnicas y las depositamos en los brazos del barbero de Metón. El esclavo las dobló pulcramente, las guardó en un nicho de la pared y volvió con las toallas y las estrígilas.

Primero nos bañamos en la piscina de agua templada, ligeramente perfumada con jacinto, y luego en la de agua caliente, donde Metón dio un grito nada más agacharse, sacando de golpe el trasero del agua; el incidente provocó las risas de los hombres que ya estaban inmersos hasta el cuello. Metón no se ofendió, sino que se limitó a reír con los demás, ahogando otro grito conforme se sumergía lenta pero resueltamente en el agua humeante.

Una vez limpios por la acción de las estrígilas, las caras rojas de calor y la barba ya blanda por el agua caliente, salimos de la piscina y, por turnos, nos fuimos sometiendo a la hoja del barbero. Metón fue el primero, pues era su día y la primera vez que una cuchilla rozaba su cara. El esclavo aprovechó la ocasión para hacer una verdadera exhibición de virtuosismo. Metón tenía bastante pelusilla en las mejillas, casi imperceptible salvo que se mirara a trasluz, pero en el bigote y en la barbilla no tenía prácticamente un solo pelo, a pesar de lo cual el barbero se tomó su trabajo con el mismo celo que con un curtido veterano que llevara meses sin afeitarse. Metón apartó la cara más de una vez. Al fin y al cabo, dejarse afeitarse es la tarea más íntima que uno puede confiar a un esclavo y la verdadera confianza sólo se logra con el tiempo. Pero el

hombre hizo un trabajo espléndido. Cuando acabó no se veía una sola gota de sangre en ningún sitio, ni en la toalla ni en la cuchilla ni en el rostro recién afeitado de Metón. El joven casi parecía decepcionado por no haberse cortado, pero estaba encantado con la nueva sensación de tocarse la cara suave y limpia.

Luego el barbero sacó las tijeras, echó una toalla sobre los hombros de Metón y empezó a retocarle el pelo, dejándole las orejas y el cogote al descubierto; para rematar la obra le puso aceite perfumado en el pelo.

Dejé que el hombre me retocara un poco el pelo y la barba con tijera, pero me negué en redondo a que me tocara con la cuchilla. Le tocó el turno a Eco.

—Ahora tienes la oportunidad de deshacerte de ese absurdo corte de pelo y de esa excéntrica barba —le dije.

Eco se rió.

—Papá, mira a tu alrededor.

Lo hice y vi a muchos jóvenes de la edad de Eco luciendo el mismo estilo que él había adoptado junto con Marco Celio: el pelo muy corto a los lados y largo en la parte superior de la cabeza, y la barba corta y reducida a una delgada franja que iba de oreja a oreja, siguiendo la quijada.

—¿Sabes quién inició esta moda? —dije.

—Catilina. Él y su círculo dictan todas las tendencias.

—¿Y sabes que Catilina la ha abandonado ya?

—No fastidies.

—Ocurrió bajo mi propio techo. Una noche tenía la barba como tú y a la mañana siguiente... —me pasé la mano por la mandíbula—la barba había desaparecido.

—¿Totalmente afeitado?

—Más o menos como tu hermano. ¿No es así, Metón?

Metón, que seguía acariciándose la cara, asintió para confirmar mis palabras.

—Ahora es Metón el que va a la última moda.

—Pero todos llevan la franja estrecha...

—Por poco tiempo —dije.

Eco hizo una seña y el barbero sostuvo un espejo frente a él. Estudió su cara y se pasó el dedo anular y el índice por la delgada línea de pelo.

—¿De verdad piensas que debería quitármela?

—Catilina lo hizo —dije encogiéndome de hombros, como si no tuviera opinión al respecto.

—En realidad, a Menenia siempre le ha traído sin cuidado lo de la barba —dijo Eco más tarde. Se dio unos golpecitos en la barbilla y se sobresaltó un poco; en el lugar donde la barba era más espesa, el barbero había recurrido a las pinzas. Eco había soportado bien el dolor. Sospecho que el barbero había disfrutado bastante. Al infligir tan agudos dolorcillos, los esclavos suelen desahogar la frustración de una vida dirigida.

—Pensé que habías dicho que a Menenia le gustaba la barba —dije para picarle un poco.

—Estoy seguro de que también le gustaré sin ella.

Y así fue. A juzgar por la forma en que ambos se miraron cuando nos reunimos nuevamente con las mujeres en el vestíbulo, uno diría que habían estado meses separados. En cuanto a Metón, Bethesda le tocó una mejilla y suspiró, como si realmente pudiera sentir por dónde había pasado la cuchilla. Diana, con la brusca sinceridad de una niña, repetía que ella no notaba ningún cambio. Menenia volvió a hacerse cargo de la situación y propuso llevar en su litera a Diana, sugerencia que la niña aceptó de inmediato. Menenia se había recogido el largo cabello en una espiral sujeta con peinetas que llevaban incrustaciones de nácar, muy parecidas a las de Bethesda, sólo que las de Menenia, observé, no llevaban tantos adornos. Cada vez admiraba más el tacto de esta mujer.

Limpios y frescos, volvimos a la casa del Esquilino y vimos que estaba casi todo listo para el gran momento. En un reloj de sol de la Subura había visto que era casi mediodía; pronto empezarían a llegar los primeros invitados. Era hora de que Metón se pusiera la toga.

La colocación de la toga no es asunto fácil, ni siquiera para los abogados y políticos como Cicerón, que la utilizan casi a diario. Una prenda que parece sencillísima cuando está desdoblada —es de lana blanca y está cortada en forma apaisada— se convierte en algo diabólicamente rebelde y adquiere vida propia cuando uno trata de convertirla en una toga de aspecto respetable. Al menos, eso me dice mi experiencia. De algún modo hay que conseguir que cruce el pecho, pase por encima del hombro y se enrosque en un brazo. La ubicación exacta de los numerosos pliegues y la forma en que han de colgar tienen una importancia suprema; se trata de que no parezca que sale uno vestido con una sábana.

Afortunadamente, como en todo lo que es importante, los romanos tienen esclavos que se ocupan del problema de poner la toga. (De hecho, cuando yo era joven, se contaba en Alejandría el chiste de que la auténtica motivación que llevaba a los romanos a conquistar el mundo era la necesidad que tenían de esclavos para que les ayudaran a vestirse.) El mismo esclavo que había acicalado y afeitado a Eco era el encargado de ayudarlo a vestirse. En esta tarea, como en el asunto de las pinzas, el esclavo tenía la oportunidad de llevar a cabo una pequeña venganza contra su amo. Pero el ayudante de Eco era bastante competente y tuvo mucha paciencia al ayudarnos a los tres a ponernos las togas, empezando por su amo, siguiendo conmigo y acabando con Metón.

Eco había comprado la toga de su hermano en una buena tienda situada al pie del Palatino. Hasta el tercer intento no conseguimos ponérsela y solucionar el lío de los pliegues, pero, finalmente, Metón apareció ante nosotros perfectamente vestido con su primera toga viril.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—¡Espléndido! —dijo Eco.

—¿Papá?

Vacilé un poco, porque sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—Pareces... —empecé a decir y tuve que tragar saliva. ¡Qué elegante estaba! Había sido un chico guapo y sería un hombre apuesto, y en ese momento se podían ver ambas cosas juntas, el pasado y el futuro. Tenía el pelo muy oscuro y la piel muy suave, acentuada por el color blanco de la lana; era como si estuviera envuelto en pureza. Y al mismo tiempo, la autoridad y el anonimato de la toga le otorgaban un aire de dignidad y virilidad que no era propio de su edad. La noche anterior le había dicho que podía enterrar para siempre sus años de esclavo, que no tenía que preocuparse más por sus orígenes. Ahora lo creía de veras—. Estoy orgulloso, Metón. Muy orgulloso.

Avanzó hacia mí y creo que quiso abrazarme, pero las dificultades que tenía para moverse con la toga le hicieron desistir. Luego se rió, consciente de que moverse con soltura con toga era una habilidad que tendría que aprender.

—¿Cómo iré al retrete con esto? —preguntó, sonriendo.

—Ya te enseñaré cuando llegue el momento —dije y suspiré fingiendo seriedad—. ¡Ah, los deberes de un padre!

Capítulo Diecisiete

Los invitados habían empezado a reunirse en el jardín. El sol ya estaba muy alto y la luz amarilla que se filtraba por el toldo proyectaba un cálido resplandor sobre el atrio, los corredores y las habitaciones que lo rodeaban. Sobre las mesas había bandejas con toda clase de manjares y los triclinios tenían una disposición informal, para que los invitados pudieran servirse y congregarse a su antojo, en lugar de tener un sitio asignado y esperar a que les sirvieran. Este arreglo me parecía caótico, incluso un poco descortés, pero Eco me aseguró que era la última moda.

—Como tu barba, sospecho que durará poco —farfullé.

Como ocurre siempre en este tipo de reuniones, al principio parecía que sólo había un puñado de invitados, y luego, de repente, el jardín se llenó: los hombres iban vestidos con elegantes togas, las mujeres con estolas multicolores. El suave murmullo de las conversaciones llenaba el aire. El olor de los perfumes y ungüentos se mezclaba con los aromas florales del jardín y de los deliciosos manjares que llegaban sin interrupción de la cocina.

Me abrí paso entre el gentío, deteniéndome a charlar con vecinos y clientes que no veía desde hacía años, y al final encontré a Eco y me lo llevé a un rincón apartado.

—¿Has invitado tú a toda esta gente? —le susurré.

—Por supuesto. Todos son amigos o conocidos. La mayoría conoce a Metón desde que era pequeño.

—Pero no pretenderás que todos vengan al Foro con nosotros y luego vuelvan para cenar.

—Claro que no. Ésta es sólo la recepción general. Se invita a la gente 'a tomar algo para que vea a Metón con la toga y salude a la familia y...

—¡Y a que devore la casa! ¡Mira eso!

Un hombre de barba gris que me resultaba vagamente familiar (me pareció recordar que habíamos estado enfrentados en algún litigio) se había inclinado furtivamente sobre una pequeña mesa y no paraba de guardar hojas de parra estofadas y rellenas en una especie de zurrón que llevaba escondido bajo la toga.

Eco se rió.

—¿No es ése el viejo Festo? Acuérdate de él. Vino una vez diciendo que quería consultarte sobre un pleito que había pendiente contra él y no volvimos a ver aquella vasija alejandrina que teníamos.

—No. —Arrugué la frente y negué con la cabeza—. No es Festo.

Eco levantó la cabeza.

—Ah, ya sé. Es Rutilio. Su hermano le acusó de haberle robado...

—No, tampoco es Rutilio, pero probablemente sea igual de sinvergüenza que él. ¡No me digas que has invitado a esos dos a la fiesta de Metón! Me alegro de haber dejado la ciudad. Y me alegro de que tú seas joven e inteligente para abrirte tu propio camino sorteando las trampas de esta ciudad.

—Me entrenaste bien, papá.

—Ojalá hubiera entrenado a Metón la mitad de bien.

—Metón y yo somos distintos. Y diferentes a ti.

—A veces me preocupa ese muchacho, su futuro. Todavía es un chiquillo...

—Papá, debes dejar de decir eso. Ahora Metón es ya un hombre.

—De todas formas... ¡Oh, no, esto es demasiado! ¡Mira, ese miserable ha empezado a robar los dátiles con miel! No quedará ni uno para los demás. ¿Lo ves? Has invitado a demasiada gente. Ninguno de los dos podemos recordar siquiera quién es ese hombre, aunque a ninguno de los dos nos gusta, eso seguro. Por eso es un error dejar que los invitados se sirvan solos. Si estuviéramos todos sentados y los

esclavos sirviendo...

—Supongo que debería hacer algo —dijo Eco—. Iré a preguntarle si ha asesinado a alguna esposa o envenenado a algún socio últimamente.

Y sin más, se dirigió tranquilamente hacia el viejo de barba gris, que se asustó y saltó de la mesa al sentir la mano de Eco en el hombro. Eco sonrió, le dijo algo y lo apartó de la comida. El respingo debió de descolocar las provisiones que había escondido, pues al instante empezaron a caerle de la toga rollitos de hoja de parra y dátiles con miel.

Alguien me rozó. Me volví y vi una mata pelirroja, una hermosa nariz pecosa y un par de ojos castaños que me miraban. Al instante me vi atrapado en un abrazo y Marco Valerio Mesala Rufo me sujetó a la altura de los hombros mientras me miraba de arriba abajo.

—¡Gordiano! Ya veo que la vida campestre te sienta la mar de bien. ¡Tienes un aspecto estupendo!

—A ti tampoco te sienta del todo mal la vida urbana. El tiempo se porta bien contigo.

—Cumpló treinta y tres este año.

—¡Vaya! Entonces, cuando nos conocimos...

—Tenía más o menos la misma edad que tu hijo Metón ahora. El tiempo vuela, Gordiano, y el mundo cambia.

Nos habíamos conocido hacía varios años en casa de Cecilia Metela, cuando Rufo ayudaba a Cicerón a preparar la defensa de Sexto Roscio. Entonces sólo tenía dieciséis años, era un patricio de antiguo linaje, políticamente precoz y secretamente enamorado de su mentor Cicerón. Naturalmente, el enamoramiento no había llegado a nada, pero las ambiciones le habían llevado a hacer una brillante carrera. Había sido uno de los más jóvenes de la cofradía de los augures y como tal se le llamaba con frecuencia para que leyera los auspicios e interpretara la voluntad de los dioses. Ninguna transacción monetaria tiene lugar en Roma, ningún ejército entra en combate, ningún matrimonio se consagra sin consultar a un augur. Yo nunca había creído en eso de ver mensajes en el vuelo de los pájaros o adivinar el deseo de Júpiter en función de un relámpago. Muchos augures son simples charlatanes políticos que utilizan su poder para suspender los mítines públicos y congelar la aprobación de leyes, pero siempre me había parecido que Rufo creía sinceramente en la ciencia de los augurios. También él había estado implicado en el escándalo de las vestales; había sido a él a quien la Virgo Máxi ma había acudido en primera instancia. Rufo había acudido a Cicerón y Cicerón había acudido a mí. Como ya dije, Roma es un pañuelo.

—Me alegra que hayas venido, Rufo. Hay muy pocas caras del Foro que eche de menos y la tuya es una de ellas. Lo digo de corazón —dije, y era cierto, porque Rufo siempre había sido una persona de una integridad poco común. Su natural sentido de la justicia y ecuanimidad moral a menudo parecía estar fuera de lugar entre la oratoria vanidosa y las puñaladas traperas del Foro—. Pero ¿qué es esto? Llevas la toga de candidato.

La lana de su toga se había frotado con tiza para dejarla de un blanco intenso, como suelen hacer los hombres que se presentan como candidatos a un cargo.

—Es que este año me presento a pretor —dijo.

—Entonces espero que ganes. Roma necesita hombres buenos que gobiernen la ciudad e impartan justicia.

—Ya veremos. La votación será mañana, inmediatamente después de la consular. Normalmente las dos elecciones se celebran en días distintos, pero al haber pospuesto las consulares... Bueno, va a ser un día de locura. César y el hermano de Cicerón, Quinto, también se presentan para pretores.

—Supongo que sigues aliado con Cicerón —dije. En seguida, viendo la cara que ponía, deduje que no.

—Cicerón... Bueno, ya conoces la actuación circense que nos hizo el verano pasado para ganar el consulado —dijo Rufo—. Claro que no fue una sorpresa verle recurrir a los trucos más extravagantes para salir elegido. Ha invertido totalmente su posición política, pero su retórica sigue siendo la misma, como si la retórica diera coherencia a un hombre, más que los principios. Ahora me siento incómodo en su presencia. Leí los auspicios el día en que tomó posesión del cargo (no oficialmente, sino por mi cuenta) y pronosticaban un año lleno de engaños y traiciones, quizás rematados por una catástrofe. Ay, Gordiano, he visto la expresión que acaba de adoptar tu rostro: no tienes fe en los augurios. Tampoco Cicerón, que cree que no son más que simples instrumentos que los hombres como él pueden utilizar para manipular a las masas. Porque manipular es lo que hace él, dando la espalda a los hijos de las víctimas de Sila que piden reparación, poniendo trabas a la reforma agraria propuesta por Rulo y posponiendo ahora las elecciones... Hacía mucho que no estabas en la ciudad, ¿verdad?

—Llegué anoche.

—Esto es el caos. Votantes que llegan después de horas o días de fatigoso viaje y se encuentran con que se ha pospuesto indefinidamente el día de las elecciones. ¡Imagínate! Granjeros iracundos de Etruria acampando en el Campo de Marte, encendiendo hogueras que son un peligro público. ¡Y cuando los pretores se acercan a caballo a advertirles que no lo hagan, los granjeros sacan las viejas espadas oxidadas que utilizaban en tiempos de Sila! Sólo por eso me dan ganas de abandonar la candidatura. Y todo por esa absurda idea de Cicerón de que Catilina está dispuesto a asesinar a medio Senado si no gana las elecciones. Y ahora, como demostración final de que ha perdido por completo el sentido de la vergüenza y del decoro, Cicerón insiste en pasearse por el Foro con ese ridículo peto militar...

—¿Qué?

—No puedo ni pensar en ello. Probablemente lo verás con tus propios ojos en el Foro. ¡Ay, Cicerón! Ahora estoy aliado con Cayo Julio César.

Asentí al escuchar el nombre del joven patricio que a comienzos de aquel año, en contra de todas las expectativas, había ganado las elecciones para ocupar el lugar del difunto Sumo Pontífice, el máximo representante religioso. En los últimos años César había aparecido como abanderado de los reformistas. Había sido pródigo en juegos públicos y banquetes, se había ganado el corazón de las masas y, según se rumoreaba, se había endeudado hasta las cejas, a pesar de la enorme riqueza de su familia. Se decía que era ingenioso, encantador, retorcido, que se mofaba de los optimates y que poseía ese carácter directo y franco que puede llevar a los políticos a la grandeza, al desastre o a ambas cosas. Algunos temían (o esperaban) que César fuese otro Catilina.

—Cicerón nos ha decepcionado a todos —añadió Rufo—, mientras que César... —Sus ojoscastaños se encendieron. Sonrió, algo tímidamente, pensé—. Cuanto más trato a Cayo Julio, más me impresiona. Como Sumo Pontífice, ha sido una fuente de inspiración para mí; respeta la religión de nuestros antepasados como nunca podría hacerlo un hombre nuevo como Cicerón. Su conocimiento del mundo supera en mucho al de Cicerón, y no porque César sea buen orador, sino porque es un hombre de acción que ha peleado en batallas y vencido peligros reales. Seguro que conoces esa historia que se cuenta de cuando fue secuestrado por los piratas siendo niño. Les trató con desprecio y altivez, concertó su propio rescate y después vio cómo los capturaban y crucificaban a todos. Cicerón se habría limitado a matarlos de aburrimiento con su retórica. César ha abrazado la causa de los que aún sufren las consecuencias de la dictadura de Sila, de los hijos de aquellos a los que Sila desposeyó de todo cuanto tenían y que ahora quieren recuperar lo que les corresponde. Mientras que Cicerón, que siempre cuenta la historia de cómo se enfrentó a Sila en el caso de Sexto Roscio, no levantará un solo dedo para ayudar a las víctimas de Sila. Dice que sus

reclamaciones están absolutamente justificadas, pero que no es el momento adecuado para molestar al gobierno con demandas. ¡Nunca es el momento adecuado! Cicerón, que tan valientemente se enfrentó al dictador cuando era joven, obedece ahora a los antiguos esbirros de Sila sin rechistar. El imperio debe conceder ciertos derechos a los pueblos que conquista y no sólo explotarlos. La estabilidad debe apoyarse en la guerra, pero la compasión debe acompañar a la victoria. César y yo hemos unido nuestros recursos para hacer juntos la campaña electoral, aunque me parece una presunción por mi parte ver escrito mi nombre junto al de César. Es brillante. No hay otra palabra para definirle. Cuando habla...

Si Rufo tenía un defecto era que tendía a enamorarse ciegamente de todos los hombres a quienes respetaba y admiraba. Le había pasado con Cicerón y ahora le ocurría con César, y por lo que se decía de este hombre, Rufo tenía muchas más posibilidades de verse correspondido que con el primero, aunque la expresión abatida de su rostro indicaba que aún no había hallado esa reciprocidad.

—Bueno, pero me estabas diciendo algo acerca de mi toga de candidato —dijo de repente—. En realidad, estaba a punto de...

—Por favor, no es necesario que interrumpas tu campaña por el mero hecho de entrar en mi casa —le dije en broma—. Antes pediría a un pájaro que se arrancara las alas que sugerir a un político que se olvide de su candidatura.

Me miró desconcertado.

—Pero tendré que ponerme la vestimenta de augur antes de iniciar la procesión, ¿no crees?

—Bueno, entonces... ¿Quieres decir que leerás los auspicios para Metón?

—Desde luego. Por eso estoy aquí, en calidad de augur. No he venido como un simple amigo. ¿Es que no te lo ha comentado Eco?

—No. Pensé que había llamado a un augur corriente, de los que offician las ceremonias matrimoniales. No tenía ni idea... Además, te quita tiempo de campaña la víspera de las elecciones.

—No podría promocionarme de mejor manera que cumpliendo mis obligaciones de augur con el Foro de testigo. Ciertamente pareceré más respetable que todos esos candidatos que se dedican a fanfarronear para conseguir votos. —Sonrió sagazmente.

—¡Rufo! —dije riéndome—. Creo que eres un político de nuevo cuño. Idealismo y pragmatismo; atención al deber y a la virtud más que a la violencia y el soborno descarado para ganar las elecciones. Una idea pintoresca...

—Gordiano, eres un cínico rematado.

—Y tú, Rufo, rebosas esperanza y virtud.

Sonrió.

—Bueno, tengo que ir a cambiarme. Ah, es posible que os dé una sorpresa a ti y a Metón antes de que acabe el día. Pero luego hablaremos de eso.

Llamé a uno de los esclavos de Eco para que condujera a Rufo a una habitación privada. Le siguió su breve séquito de esclavos con sus ropas y su cetro de augur.

Miré a mi alrededor y me encontré de pronto en medio de un mar de cabezas. Destacando por encima del murmullo de la multitud, oí una conocida voz de mujer pronunciando un nombre conocido.

—¡Ah, entonces seguro que conociste a mi difunto primo Lucio Claudio! Sí, un hombre alegre, con el pelo tan rojo como el de ese joven tan guapo que acaba de pasar con su séquito, sólo que con una figura más parecida a la mía. Sí, heredé la casa que Lucio tenía en el Palatino, una casa antigua, ostentosa, maravillosa, pero demasiado grande y moderna para mis humildes necesidades, aunque me han dicho que puedo sacar una buena renta por ella si encuentro un inquilino lo bastante rico para pagar el alquiler y si hago una pequeña inversión para remodelarla. Pero mis primos creen que no debo alquilarla; así podríamos alojarnos en ella cuando vengamos a la ciudad. Claro que eso implica tener que mantener al menos a la mitad de los esclavos aunque la casa

esté desocupada, y no he oído decir a ninguno de mis parientes que esté dispuesto a alimentarlos... Pero bueno, mira quién está aquí, nuestro querido anfitrión y vecino mío. ¡Gordiano, te deseo toda la felicidad del mundo en el cumpleaños de tu hijo!

—Hola, Claudia —dije, tomando la mano que me tendía y dándole un beso en la sonrojada mejilla.

No la habría reconocido de no ser por su voz. En lugar de la indumentaria tosca, rural y masculina que solía ponerse en la granja, llevaba una exquisita estola de color púrpura, cuyos oscuros pliegues caían elegantemente, ajustándose a los generosos contornos de su cuerpo. Llevaba recogido el pelo en un altísimo moño. Tampoco tenía esa apariencia suya tan relajada, sino que se mostraba exuberante, casi exótica. Había estado hablando con una mujercita menuda y tímida que se sintió más aliviada que ofendida cuando Claudia se volvió bruscamente hacia mí.

—Gordiano, no esperaba algo tan espléndido. La comida es soberbia, pero me parece que no es el estilo de Congrio. Es el cocinero de Eco, o algún esclavo que ha traído especialmente para la ocasión, ¿me equivoco? Sí, generalmente puedo distinguir la mano de un cocinero; tengo un paladar muy sensible. ¡Metón está muy guapo con su toga viril! Aunque me parece notar que tiene algún que otro problemilla para sujetarse bien el pliegue del brazo izquierdo. Se le cae y no para de subírselo. Bueno, ya aprenderá a usarla, estoy segura. Gracias por invitarme, Gordiano, aunque no sé bien en calidad de qué estoy aquí. Tal vez se podría decir que en representación de mi querido Lucio, que no se habría perdido este acontecimiento por nada del mundo.

—Lucio y yo nos sentamos muchas veces a tomar una copa de vino en este mismo jardín —dije.

—Encantador, encantador —dijo Claudia sin sentirlo—. Desde luego no debería estar aquí. Vuelvo a la granja esta misma tarde y, sabiendo lo congestionadas que están las carreteras...

—¿Abandonas Roma? Pensé que ibas a pasar todo el mes de julio aquí, arreglando la casa de Lucio.

—Por eso mismo. Me encuentro más confundida que nunca sobre lo que quiero hacer con esa casa. Me veo en tal atolladero que creo que lo único que puedo hacer es volver a la granja y pensarlo bien antes de tomar una decisión. Sí, lo sé, me perderé las elecciones de mañana, pero créeme que no me importa. De todas formas, soy mujer y la familia no necesita mi voto. Además, ya estoy más que harta de la ciudad. La idea de pasar un mes entero aquí... Bueno, ya ves lo trastornada que estoy. Me siento como una impostora disfrazada... Además, me pongo a hablar y no hay quien me pare... —De repente soltó una carcajada y aspiró profundamente—. ¡Bueno, aquí tienes la prueba! Sinceramente, estoy harta de mi primo Manio y su chillona esposa. Son los que tienen la propiedad al norte de la tuya, pero pasan la mayor parte del tiempo en Roma. Insisten en visitarme todos los días e invitarme a su casa todas las noches. Para empezar, su cocinero es un desastre y su sistema de vida demasiado conservador hasta para mí.

Claudia bajó la voz y acercó la boca a mi oreja.

—Pero al menos mi relación con Manio ha dado buenos frutos, querido Gordiano, y tiene que ver contigo. De hecho, ésa es la razón por la cual me he quedado en Roma hasta ahora, y por la que hoy he venido aquí en lugar de volverme directamente a Etruria. Gordiano, prométeme que no te enfadarás, pero me tomé la libertad de traer hoy conmigo a mi primo Manio. Sé que es presuntuoso por mi parte, pero me parecía la ocasión perfecta y me dije a mí misma: «¡Hazlo!». Y lo hice. Y creo que no me arrepentiré. Ven, Manio, ven a conocer a nuestro anfitrión.

Llamaba a alguien que estaba detrás de mí. Cuando me di la vuelta, cuál no sería mi sorpresa al ver al barbudo que había estado robando las hojas de parra y los dátiles con miel. En ese momento comprendí por qué asociaba su recuerdo a algo desagradable. Había estado presente durante el juicio, aunque era alguien tan

indefinido que su cara me había causado poca impresión. Ahora le recordaba, y también el elogio que el ayudante de Congrio le había oído hacer sobre mí en la reunión familiar celebrada en casa de Claudia: «Estúpido don nadie sin ascendencia al que habría que meter en una jaula y enviar de vuelta a Roma en una carreta». ¿Qué hacía un hombre así en mi casa el día de la fiesta de Metón? Era una locura de Claudia haberlo traído. Si yo hubiera sido un supersticioso como Rufo, habría considerado su presencia un mal presagio.

Claudia pareció leer mis pensamientos. Mientras Manio se acercaba, me cogió por el codo y me dijo al oído:

—Vamos, Gordiano, a ninguno nos interesa que haya mala relación entre nuestras familias. Manio envidiaba tu buena fortuna y ha hablado mal de ti en el pasado, como todos mis primos, pero él y yo hemos tenido más de una conversación sobre el tema durante mi estancia en Roma y creo que le he convencido de que vale la pena hacer las paces. Por eso está hoy aquí. Serás amable con él, ¿verdad?

No tenía otra opción, pues al instante el hombre se plantó ante mí con una expresión agría en el rostro y mirando a otro lado.

—Así que tú eres Gordiano —dijo por fin, mirándome—. Al parecer mi prima Claudia cree que deberíamos ser amigos. —Pronunció esta última palabra con sarcasmo.

—Vamos, Manio —le reprendió Claudia. Aspiré profundamente.

—«Amigo» es una palabra que designa elevados sentimientos; no es para tomársela a la ligera. Fui amigo de tu difunto primo Lucio y estoy muy orgulloso de ello. Por expreso deseo suyo, tú y yo somos ahora vecinos, si no amigos, y me parece que los vecinos lo menos que deben hacer es esforzarse por mantener una convivencia armónica...

—Somos vecinos por un error legal y un desliz del buen juicio de mi primo Lucio, por no decir de su buen gusto —dijo secamente Manio.

Me mordí la lengua unos instantes.

—Claudia, pensé que habías dicho que...

—Sí, Gordiano, lo dije, y no entiendo nada de esto —dijo Claudia apretando los dientes—. Manio, antes de salir de casa esta mañana habíamos acordado...

—A lo único que accedí, Claudia, fue a venir a esta casa, comportarme de manera civilizada y comprobar por mí mismo si la familia de Gordiano era respetable, encantadora y, por utilizar tus mismas palabras, «la clase de individuos que uno quisiera tener como vecinos». Bien, Claudia, he venido. Me he comportado con absoluto decoro, pero no he quedado satisfecho, sino todo lo contrario: he confirmado las peores sospechas que abrigaba sobre esta gente.

—¡Vamos, querido! —dijo Claudia en voz baja, llevándose un dedo a los labios.

—He estado conversando con otros invitados —continuó Manio—. Hay demasiado radical por aquí. Pero, en fin, para mi gusto hay demasiados en Roma. No voy a negar que hay un puñado de personas respetables, incluso algunos patricios, aunque no consigo entender qué hacen en una casa como ésta. No me parece conveniente mezclarse con determinada gente.

—¡Ya basta, Manio! —gritó Claudia, exasperada.

Pero Manio continuó.

—Además, he descubierto qué tipo de familia habita en esta casa y reside ahora en la finca de Lucio. El año pasado no me molesté en investigar cómo eran nuestros oponentes ante los tribunales. No me importaba qué clase de persona era el tal Gordiano, sólo quería impedir que se quedara con una parte de la herencia de la familia. Sabía que era un plebeyo sin ascendencia noble, y que se dedicaba a una actividad más bien turbia, pero no tenía ni idea de la clase de familia que había formado. ¡Una familia de lo más esperpéntico! Su esposa no es romana, sino que es

medio egipcia y medio judía, y durante un tiempo fue su esclava y concubina. Su hijo mayor, el que ahora vive en esta casa, sí es romano, pero no es hijo de Gordiano y su esclava. El tal Eco (¡y vaya nombrecito!) era un mendigo abandonado que se crió en las calles. En cuanto al muchacho cuyo cumpleaños y mayoría de edad celebramos hoy, parece que nació siendo esclavo en Bayas y es, probablemente, de origen griego. ¡Un esclavo! y ahora mírale, ahí le tienes con su toga. En tiempos de nuestros abuelos, los grandes días de la República, hubiera sido impensable una cosa así. ¡No me extraña que el chico no sepa sujetarse la toga en los hombros!

Escuché la perorata al principio estupefacto y mudo, luego sintiendo que me encendía de rabia, y finalmente apretando los puños con fuerza para evitar que salieran disparados hacia su cara. En un momento determinado, Claudia me cogió tímidamente por el codo. Aquel freno fue innecesario, pues no tenía intención de recurrir a la violencia en mi propia casa para estropear la fiesta de Metón. Por el contrario, me así las manos en la espalda y dejé que la furia me hirviera por dentro mientras Manio continuaba.

—Y por si fuera poco, creo que hay también una hija nacida libre. Una chica romana que, sin duda, formará un día una familia romana llevando en sus venas la sangre egipcia y judía de su madre. ¿A quién le extraña entonces que la República se precipite hacia la catástrofe? ¿Quién defiende a la familia romana y los valores a los que en un tiempo aspiró? Incluso un noble patricio como nuestro primo Claudio quedó hechizado por esta decadencia de corral. Pero, claro, Lucio fue siempre un excéntrico. Supongo que ésa es también tu disculpa: la excentricidad. He venido hoy aquí como prueba de buena voluntad y por hacerte un favor, Claudia, pero ahora veo que me equivoqué completamente. Dejé que las dulces palabras de una mujer ablandaran mi determinación y corrompieran mi entendimiento. Lo único que he hecho aquí es malgastar mi tiempo.

Un instante después giraba sobre sus talones e iniciaba su despedida triunfante, dejándome jadeando de rabia y sin otra elección que tragarme la ira o correr tras él y dar un espectáculo delante de los invitados. Pero a veces, en momentos así, Némesis te echa una mano y pone en ridículo a quienes se lo merecen.

—Oh, seguro que tu visita no ha sido del todo inútil —dije, sin saber cómo iba a continuar. El tono amenazante de mi voz debió de alertar a Manio, pues dio un paso atrás, como para encararse conmigo. Por el rabillo del ojo debió de ver que tenía la mano en alto y levantó los brazos para protegerse de un golpe imaginario, y digo imaginario porque en ningún momento se me ocurrió agredirle, simplemente trataba de localizar el punto de su toga donde le había visto esconder la comida que había robado. Hundí el dedo en un punto duro y abultado de la prenda. Manio soltó un grito. Claudia también gritó, lo suficientemente alto para que las personas que estaban cerca se volvieran y formaran un pequeño corro. El talego que Manio llevaba escondido bajo la toga cayó a sus pies. Dátiles bañados en miel, hojas de parra estofadas, nueces fritas y pastelillos de sésamo cayeron al suelo como si el talego fuera el cuerno de la abundancia.

Claudia, que antes había gritado asustada, ahora se reía a carcajadas, como hicieron no pocas mujeres reunidas alrededor nuestro. Manio Claudio se puso tan colorado que pensé que iba a reventar. Se dirigió hacia la salida, no sin antes dispensarme una mirada asesina, gesticulando y murmurando maldiciones incomprensibles. Habría salido conservando intacta parte de su dignidad de no ser por uno de los dátiles bañados en miel, que provocó su caída con tanta eficacia como si yo le hubiera dado en el trasero una buena patada.

Me eché a reír, tan estrepitosamente que cuando Eco y Metón llegaron corriendo a mi lado, pensando que me daba un soponcio, me fue imposible explicarles qué había pasado. Me reía tanto que se me saltaron las lágrimas, y toda la amargura y la rabia que Manio me había provocado se convirtió en pura miel.

Cuando finalmente me tranquilicé y me sequé las lágrimas, vi que Claudia había desaparecido, más discretamente, que su primo, pero, probablemente, con no menos vergüenza. Pobre Claudia, pensé, tu intención era buena.

Capítulo Dieciocho

No tuve tiempo de regocijarme con el incidente de Manio Claudio, pues la fiesta continuó y continuaron también mis deberes de *pater familias*. Saludé, felicité, despedí y, finalmente, después de unas cuantas meteduras de pata, conseguí que Eco se quedara a mi lado, como si yo fuera un político del Foro y él el amanuense que me susurraba al oído los nombres que yo había olvidado. Es sorprendente la cantidad de personas que uno llega a conocer después de vivir más de veinte años seguidos en una ciudad como Roma. Mi profesión me había llevado a entrar en contacto con un círculo cada vez más amplio de clientes bien relacionados, y Eco había seguido mis pasos. Lo más extraordinario era lo respetables que habíamos llegado a ser en apariencia. Aún recordaba los tiempos en que los abogados y oradores se negaban a entrar en mi casa o a invitarme a la suya; trataban conmigo por mediación de sus esclavos.

Empezaban a dolerme los pies de estar de pie tanto tiempo. Había comido demasiado para una jornada tan calurosa y bebido demasiado vino con la excusa de que se me secaba la garganta de tanto hablar. Pero al mismo tiempo estaba entusiasmado. Me sentía ligero como una pluma. Contemplaba la fiesta, indiferente y divertido a la vez, como un visitante del Olimpo. El hecho de estar en Roma, de verme en el mismísimo centro de la mayor concentración de seres humanos del mundo y de sentir a mi alrededor las ansias de poder y la pasión de aquellos que viven, aman, conspiran, sufren, triunfan y mueren todos los días en un lugar tan desquiciado, no tenía nada que ver. Roma y yo habíamos sido amantes una vez, pero eso ya había acabado. Podía volver a ella de vez en cuando, pero sólo como visitante, libre del sucio y lujurioso recuerdo de nuestro matrimonio. Ya no amaba Roma, me dije, y casi me lo creí.

En cierto momento del día, una risa estentórea golpeó mis oídos y revolvió mi memoria. Levanté la vista y busqué el origen de las carcajadas, pero entre la multitud no pude divisar la cara que buscaba. Luego oí la misma risa más cerca y, al volverme, vi a Metón exprimido por el abrazo osuro de un hombre de amplia sonrisa, muy musculoso, con una espesa barba canosa. Detrás del hombre había otra figura vestida con toga, un hombre más joven e increíblemente atractivo con una sonrisa enigmática en los labios, como una estatua griega vestida a la romana.

El hombre soltó a Metón, que recuperó el aliento y trató de arreglarse los pliegues de la toga, medio aturdido. El chico sintió mi mirada y se volvió con una extraña expresión en el rostro.

—¡Papá! ¡Mira quién está aquí!

—Como de costumbre, te he oído antes de verte —dije, riendo y avanzando hacia el recién llegado. Me fundí en un abrazo con mi viejo y enorme amigo Marco Mumio.

Fue Mumio quien, desafiando las órdenes de Marco Craso, rescató a Metón en Sicilia de una vida de esclavo, espantando a los cuervos en un campo seco y polvoriento. Mumio había traído a Metón a esta casa el mismo día del nacimiento de Diana, por eso siempre ocuparía un lugar especial en mi corazón.

Metón no había sido el único esclavo de Craso a quien Mumio había salvado de un final trágico. Detrás de él estaba ahora Apolonio, a quien Craso había vendido a un cruel amo egipcio. Mumio había cruzado el Mare Nostrum para rescatar al esclavo, lo había traído de vuelta a Roma y finalmente lo había libertado. Apolonio se había quedado en casa de Mumio en calidad de manumiso y acompañante. ¡Cómo había odiado Craso la pasión que había impulsado a su lugarteniente a preocuparse tanto por el destino de un simple esclavo! Esa discordia había sido decisiva en la ruptura definitiva entre Craso y Murrio. Posteriormente, y como es lógico, Mumio se había aliado con Pompeyo, azote de los piratas y conquistador de Oriente, con quien pudo

demostrar su talla como militar.

—¡Marco! —exclamé, alejándolo un poco para poder verle—. ¡Y Apolonio! ¡Cómo me alegro de veros, especialmente en este día! ¡Qué sorpresa! Pensaba que todavía estaríais en Oriente con Pompeyo.

—¿Para qué, si ya no hay guerras en que luchar? —dijo Mumio—. Mitrídates está acabado, los reinos menores están ya conquistados; no queda nada por hacer, salvo acuerdos políticos. Jugar a ser Júpiter, lo llamo yo; mover principitos de acá para allá. A Pompeyo le encanta ese trabajo, pero sabes que yo no tengo paciencia para eso. A mí se me da bien dirigir un ejército en una batalla, aunque creo que empiezo a ser demasiado viejo y torpe para seguir siendo soldado mucho más tiempo, a menos que quiera morir así. ¡Mira esto!

Se levantó la toga con ribete púrpura de senador y enseñó sus fornidos muslos. Dado que el uso de la toga excluye el empleo de ropa interior que pueda constreñir las partes íntimas (un hombre no puede atender la llamada de la naturaleza con el brazo izquierdo envuelto, luchando con todos los pliegues de la toga y encima con un taparrabos), observé que Mumio estaba a punto de enseñarnos... Y, por lo que recordaba, tenía bastante que enseñar. Miré a mi alrededor un poco nervioso y gesticulando con las manos, como si estuviera apagando un fuego, pero tan difícil era ordenar a un oso que no se rascara el estómago como evitar que Marco Mumio enseñara una herida de guerra. Por suerte, la única mujer que acertó a pasar por allí en ese momento fue Bethesda, que se dirigía a la cocina con aire hacendoso. Ante el espectáculo de Mumio mostrando sus fuertes muslos, se detuvo, estiró el cuello y lanzó una mirada fría y calculadora, como si estuviera en la carnicería a punto de comprar una pieza.

—¡Eh, mira esto! —insistió Murrio, señalando una cicatriz larga y delgada que iba desde la parte superior y blancuzca del muslo hasta la rodilla, donde tenía la piel tan bronceada como la de un egipcio. Entre el espeso vello destacaba vívidamente la cicatriz rosada. Mumio tensó los músculos e hizo que la larga cicatriz se retorciera como una serpiente. Aparentemente, esto le resultaba muy divertido, a juzgar por su estrepitosa carcajada. Miré por encima de su hombro a Apolonio, que puso los ojos en blanco y sonrió con indulgencia. Sin duda, ya había presenciado la misma escena muchas veces.

—¡La batalla del río Abas! —declaró Mumio, soltando la orla de su toga—. Y fue una tontería. Yo iba a caballo y el albano a pie, sin más protección que una piel de oso; corría hacia mí con la espada en alto, chillando a grito pelado. Le vi venir. Tenía tiempo para pensar qué hacer con él golpearle con el lado romo de la lanza, atravesarle, sacar la espada y parar su golpe o, sencillamente, espolear mi caballo para apartarme de su camino. Y ése fue el problema, que tuve demasiado tiempo para pensar y no pude decidirme por nada. Ese día me di cuenta de que mis reflejos están más muertos que Cartago. Fue muy duro. ¡Ah, qué quemazón cuando hundió la hoja en mi carne y la rasgó! Entonces fui yo el que gritó.

—¿Qué hiciste? —preguntó Metón, a quien siempre le habían encantado las historias de soldados.

—¡Y si antes no había hecho nada, en ese momento lo hice todo a la vez! ¡Le golpeé el casco con la parte roma de la lanza, la giré y le clavé la punta en el —pecho, desenvainé la espada y le corté el gaznate, y luego di una patada a mi caballo y me fui directo a las líneas enemigas! y todo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Fuiste hacia el enemigo? ¿No huiste? ¿Ni siquiera estando herido? —preguntó Metón sorprendido.

—No tenía elección. Es algo que había aprendido en otras batallas: si te hieren de gravedad, lo peor que puedes hacer es parar. Es lo único que no se debe hacer, porque entonces el dolor se apodera de ti y ése es el final. He visto a más de un hombre morir a causa de una herida sin importancia. Lo que hay que hacer es gritar con todas tus

fuerzas para que las Furias entren en ti. De esa forma no sientes la herida ni te desangras, porque toda la sangre se te sube a la cabeza y al brazo en que llevas la espada, en vez de salirse por el corte.

Metón se le quedó mirando atónito.

—¿Sabes? Dicen que había amazonas luchando al lado de los albanos en esa batalla; aunque yo no vi ninguna, y tampoco encontramos mujeres entre las bajas enemigas. No estoy seguro de poder atacar a una mujer en combate. Pero ya estoy otra vez hablando de mí, como siempre, cuando hoy es el gran día del joven Metón. ¡Qué bien te sienta la toga viril! Me acuerdo de cuando eras una cosa pequeña que correteaba por la villa de Bayas, llevando mensajes y fastidiando —a los otros... A los otros.

«A los otros esclavos», había querido decir.

Mientras Mumio había hablado—con sus habituales modales campechanos, Metón le había escuchado fascinado, pero en cuanto la conversación se desvió hacia Bayas, Mumio se convirtió en un emisario del pasado. Metón se sonrojó, pero no tanto como Mumio, que se dio cuenta de que había pisado un terreno resbaladizo. Intentó salir del atolladero, pero se metió aún más en él.

—¿Qué iba a decir...? Ah, sí, ¿te acuerdas de lo que dijo entonces Gordiano de ti? ¿Que eras los ojos y las orejas de la casa? Te escurrías por todas partes sin que nadie se diera cuenta, lo escuchabas y lo veías todo. El brazo de la Justicia, te llamó después por el papel que tuviste en la salvación de los otros... de los demás... —Mumio volvió a tropezar con la palabra prohibida. Gruñí.

—Los demás esclavos —dijo Metón tranquilamente.

—¿Qué? —balbució Mumio, que había oído al joven con toda claridad.

—Querías decir los otros esclavos —dijo Metón—. Estabas hablando de mi actuación para salvar a los otros esclavos de Craso.

Mumio estaba pasmado.

—Bueno, sí, supongo que es eso lo que quería decir.

O lo que no querías decir, pensé yo.

Metón bajó la mirada.

—Está bien, Marco Mumio. No hay por qué ocultar la verdad, es lo que me ha enseñado mi padre. Si ocultamos la verdad, entonces sólo vemos lo que es falso. —Levantó los ojos y vi que su mirada era firme—. Todos hemos sido muchas cosas antes de ser lo que somos ahora. Esta toga no oculta lo que fui una vez; no es ése su fin. Cubre lo que soy, y soy el hijo de Gordiano. Hoy me convierto en hombre y en ciudadano romano de pleno derecho.

Mumio se quedó pensativo y arqueó las cejas. De repente esbozó una amplia sonrisa.

—¡Espléndido! —gritó—. ¡Qué labia tienes! Dentro de pocos años todos estaremos orgullosos de ti, lo presiento.

La tensión había cedido. Todos sonreímos; Eco tomó a su hermano por los hombros y le dio un fuerte abrazo. Mis hijos nunca han sido muy efusivos a la hora de manifestarse afecto y este ademán espontáneo me sorprendió y me agradó.

—Debes de sentirte muy orgulloso —dijo una voz por detrás.

Me volví y vi a un apuesto joven con una sonrisa dulce y un brillo malicioso en los ojos, con un corte de pelo y una barba recortada a la última moda. El rostro estaba totalmente fuera de lugar, y desde luego no se había invitado a su dueño. Durante un breve instante me sentí desorientado; apenas podía creer que estuviera en aquella casa.

—¡Marco Celio! ¿Qué estás haciendo aquí?

Metón y Eco estaban hablando en voz baja, Mumio y Apolonio habían ido a presentar sus respetos a Bethesda y yo cogí a Celio del brazo y me lo llevé a un rincón.

Enarcó una ceja.

—Si me ofendiera fácilmente, diría que no te alegras de verme.

—Guárdate tu ingenio para el Foro, Celio.

—En serio, Gordiano, ¿crees que iba a derrochar mis dones con los políticos? Creo que los poetas y las prostitutas me aprecian mucho más.

—No creo que hayas sido invitado hoy aquí —dije, intentando mantener la voz firme.

—No, pero Cicerón sí. Tu hijo mayor, Eco, se aseguró de que el cónsul recibiera la invitación hace meses. Pero Cicerón no puede venir hoy. Está demasiado ocupado intentando aprovechar la última oportunidad que tiene de arengar a los votantes en el Foro antes de las elecciones de mañana. Y por supuesto no podía ser visto asistiendo a esta fiesta, teniendo en cuenta las supuestas desavenencias que existen entre vosotros dos. Nos ha costado demasiado conseguir que Catilina confíe en ti para echarlo ahora todo por tierra.

—Todo ese asunto está zanjado, Celio. O se zanjará con las elecciones de mañana.

—¿Zanjarse, Gordiano? Creo que no, de hecho acaba de empezar. De todos modos, Cicerón te envía sus disculpas, sabiendo que entenderás la razón por la cual no puede venir. Oficialmente, claro está, para todo el que pregunte, yo estoy aquí en nombre de Catilina, para presentarte sus respetos con motivo de la mayoría de edad de tu hijo.

—¿Cuántos años tienes, Marco Celio? —Empleé la palabra «amo» deliberadamente, para insultarle, pero Celio era imperturbable.

—Catilina sabe que le soy leal. Y Cicerón también. Sólo que en el caso de Cicerón es cierto.

—Lo dudo.

Su cara cambió de expresión. La sonrisa maliciosa, parecida a la de un niño que oculta un secreto, desapareció de sus labios, y el brillo sagaz de sus ojos se desvaneció. Bajó la voz.

—Perdona, Gordiano. Estamos todos muy alterados después de lo ocurrido estos últimos días en Roma, sobre todo quienes estamos cerca de Cicerón. Imagínate lo que es para mí ir de acá para allá entre él y Catilina, fingiendo servir a ambos. Tiendo a comportarme de una manera jocosa cuando soporto demasiadas tensiones.

—Marco Celio, ¿por qué estás aquí? —pregunté con gravedad.

—Por las razones que te acabo de explicar. Para traerte saludos de Catilina y para disculpar a Cicerón por su ausencia.

—He hecho lo que Cicerón y tú me pedisteis. He abierto mis puertas a Catilina, aunque todavía no sé con qué fin. Mañana los votantes decidirán el futuro de Catilina y entonces habré acabado definitivamente con todos vosotros. Tanto si Catilina gana como si pierde, yo habré cumplido mi parte y habré saldado mi deuda con Cicerón, y ahí acabará todo.

—No lo creo —dijo Celio. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las cosas no son tan sencillas, Gordiano. Quiero decir que las elecciones de mañana (si es que Cicerón no consigue convencer al Senado esta tarde de que las posponga de nuevo) sólo son el gambito de apertura para la contienda que está por venir.

—¿Qué contienda? ¿Me estás diciendo que Cicerón aún espera que siga con esa farsa de ser amigo de Catilina?

—Tu cooperación es más importante ahora que antes.

—Marco Celio, empieza a enfadarme.

—Perdóname, Gordiano. Tengo que irme.

—Celio...

—¿Sí?

—Celio, ¿qué sabes del cadáver que apareció en mis cuartos?

—¿Un cadáver? —preguntó Celio sin inmutarse.

—No sé si recuerdas que, durante tu visita, me planteaste un enigma sobre cuerpos sin cabeza y cabezas sin cuerpo. Lo llamaste enigma de Catilina. Pues bien, a los pocos días de tu partida apareció en mis cuadras un cuerpo sin cabeza.

Celio arrugó la frente. ¿Era real o fingida su consternación?

Bajo mi mirada escrutadora la luz pareció extinguirse en sus ojos hasta que se quedaron totalmente opacos, y ya no pude distinguir la verdad en ellos, como tampoco podía hacerlo en los ojos pintados de una estatua.

—No sé nada de ningún cadáver —dijo.

—¿Diría lo mismo Cicerón si le preguntara? ¿Y Catilina?

—Créeme, Cicerón no sabe más que yo al respecto. En cuanto a Catilina...

—¿Sí?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No veo razón para que sospeches que Catilina tenga algo que ver con una atrocidad como ésa.

—Todo apunta hacia ti, Celio.

—Gordiano, no sé nada de esto, lo juro por Hércules. No tiene sentido... —Cuanto más fijamente le miraba a los ojos, más imposible se me hacía sondearle. ¿Estaba mintiendo? y de ser así, ¿a quién defendía?—. Pero si quieres oír entero el enigma de Catilina...

—¿Sí?

—Espera a que Catilina replique a Cicerón esta tarde en el Senado. Lo que Catilina diga estará en labios de todo el mundo. Toda Roma conocerá entonces la solución del enigma.

—Dímela ahora, Marco Celio...

En ese momento se produjo un silencio sepulcral en el jardín y todas las cabezas se volvieron hacia el corredor que conducía a las habitaciones privadas, de una de las cuales había salido Rufo vestido de augur. Estaba resplandeciente con su trábea, un manto de lana adornado con un ribete de color púrpura y rayas de color azafrán. En la mano derecha llevaba un cetro largo y delgado de marfil en el que habían tallado cuervos, grajos, búhos, águilas, buitres y pollos, así como zorros, lobos, caballos y perros: todos los animales a partir de cuyas acciones los augures interpretan los designios de los dioses.

Rufo habló con voz solemne y llena de autoridad.

—Ha llegado el momento de que Metón pise el Foro llevando la toga viril y de que suba conmigo al templo de Júpiter para leer los auspicios.

Miré a mi alrededor. Marco Celio había desaparecido.

Capítulo Diecinueve

Los invitados se despidieron deseándonos buena suerte. Los esclavos de cocina, perseguidos por Bethesda y Menenia, empezaron a limpiar las mesas y a recoger la comida que había sobrado. Eco pasó revista a los esclavos que habían de formar parte del séquito. Un romano no impone ningún respeto en el Foro a menos que lleve séquito (cuanto más largo mejor) y, como dice Cicerón, un esclavo ocupa tanto espacio como un ciudadano. Nuestro séquito sería pequeño, pero distinguido por el hecho de llevar a Rufo a la cabeza. Mumio y Apolonio también nos acompañarían. Se nos unieron otros ciudadanos, hombres que debían algún favor a Eco o que estaban ligados hacía tiempo a nuestra familia.

Bajamos por el estrecho sendero que da a la Subura, donde esperaban nuestras literas. Diana se quedó en casa (y casi sin protestar, gracias a la buena mano de Menenia), así que compartí mi litera con Bethesda. Eco fue con Menenia, y Metón con Rufo, en la primera litera. Sentí cierta vergüenza por no tener sitio para Mumio, pero él mismo se encargó de quitar importancia a la cosa, diciendo que jamás aceptaría ir a lomos de un esclavo mientras tuviera dos buenas piernas para caminar. Luego me soltó la perorata correspondiente, presumiendo de las grandes distancias que había recorrido durante sus campañas.

Nos acomodamos en las literas y fuimos elevados por encima de la multitud. Bajamos por la Vía Subura con nuestro séquito. Bethesda estuvo un rato callada, mirando a la gente de la calle y escrutando a los vendedores y sus productos. Echaba de menos el alboroto de la ciudad, pensé.

—Ha ido todo muy bien —dijo por fin.

—Sí.

—La comida estaba exquisita.

—Sí. Incluso para los que estamos acostumbrados a Congrio.

—El toldo amarillo fue una buena idea.

—Sí, con este sol...

—Y las literas están bastante bien.

—Una ganga.

Para ser una conversación tan trivial, su voz sonaba extrañamente monótona, y su rostro parecía pensativo mientras veía pasar a la gente de la Subura.

—Vi un momento a nuestra vecina Claudia.

—¿No te saludó?

—No.

—Bueno, tuvo que marcharse de repente. Cometió el error de traer a su primo Manio. Un tipo impresentable que montó una escenita, pero le salió mal. ¿No te enteraste?

—No. Debía de andar entonces por la cocina. Pero oí hablar de ello después. Eco dice que hizo el ridículo. ¿En serio quería llevarse la comida bajo la toga?

—Eso me temo.

—¡Pero es absurdo! Debe de ser tan rico como Craso.

—No tanto, pero estoy seguro de que jamás ha pasado hambre. Estos Claudios del campo son bastante rarillos. Al parecer son todos unos rácanos. —Hasta Claudia, pensé, era famosa por no derrochar nada.

—Hubo alguien más que vino a la fiesta...

—¿Sí?

—Sí, ese joven que nos visitó hace poco. El que insistía en que ofrecieras tu casa a Catilina. El guapo. —Marco Celio.

—Sí. Tampoco tuve ocasión de hablar con él. Intenté no sonreír.

—Bueno, Bethesda, comprendo que lamentes haber perdido otra oportunidad de agradar a un joven tan atractivo...

Me miró a la cara. Su expresión me dejó helado.

—Esposo mío, ¿realmente crees que me afecta tanto perderme una oportunidad de coquetear? ¿Qué estaba haciendo Marco Celio hoy en nuestra casa? —Tenía la cara tensa, como si llevara un traje demasiado ceñido, y en sus ojos había una expresión que me venció. No estaba enfadada, sino asustada.

—¡Bethesda! —Quise abrazarla, pero me esquivó.

—No me trates como a una esclava asustadiza. Dime por qué ha venido ese hombre a la fiesta de Metón. ¿Qué quería de ti? —Muy bien. Dijo que venía a presentarme disculpas en nombre de Cicerón por no poder asistir en persona.

—¿Te pidió más favores? —Dudé antes de responder y los ojos de Bethesda se encendieron de golpe—. ¡Lo sabía! ¿Qué quiere que hagamos esta vez? ¿Tiene que ver con Catilina? —Bethesda, dije muy claramente a Celio que daba por zanjado el asunto.

—¿Y quedó satisfecho? Nuevamente vacilé.

—¡Lo sabía! ¡Más problemas!

—No necesariamente, Bethesda.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso no has notado lo preocupada que estoy desde que Diana encontró aquel cadáver en las cuadras? ¡No quiero que ocurran esas cosas a nuestro alrededor!

—Entonces, probablemente deberíamos hacer lo que pide Celio.

—¡No!

—¡Sí! Satisfacerle, a él y a quienquiera que represente, sea Catilina o Cicerón o...

—Por primera vez se me ocurrió que tal vez Celio representara a algún otro partido.

—No debes hacer tratos con él —insistió Bethesda. —Pide muy poco.

—¡Por ahora! Cuando nos marchamos de la ciudad dijiste que dejabas para siempre todas estas cosas.

—Y las dejé, Bethesda. Pero me persiguen.

—Esto es diferente. Éste no es tu estilo. Siempre has hecho las cosas a las claras y de manera honrada, aunque investigaras en privado.

—Eso no tiene sentido, Bethesda.

—¡Sabes perfectamente lo que quiero decir!

Suspiré.

—Sí, lo sé. El engaño que me impone Celio no va conmigo. Es más, me asusta. —Sin querer, con la naturalidad de un niño, cogí su mano y enlacé mis dedos con los suyos—. Yo también tengo miedo, Bethesda. Estoy asustado y un poco disgustado... Y también orgulloso, contento y sentimental, ¡porque hoy es el día en que Metón se pone la toga! Ojalá todo fuera más sencillo. —Ahora me tocaba a mí ponerme meditabundo y mirar hacia la calle—. Bethesda, cuando era joven y empezaba a abrirme camino en el mundo aprendiendo el oficio de mi padre, me prometí que jamás haría una cosa: utilizar mis habilidades para capturar esclavos fugitivos. Fue fácil cumplir esa promesa, pues nunca me ha gustado esa clase de trabajo. A lo largo de estos años he añadido otra promesa: que jamás me convertiría en espía del Estado por ninguna circunstancia. Unas veces he hecho cosas de las que no me siento orgulloso y otras he sido incapaz de saber qué estaba bien y qué estaba mal; fue así como los dioses hicieron el mundo, lleno de incertidumbres y preguntas sin respuesta. Pero siempre he podido dormir por las noches y mirarme en un espejo sin avergonzarme. Ahora me veo obligado a ser espía, o al menos a asociarme con espías, y ni siquiera estoy seguro de para quién trabajo. ¿Soy agente de Cicerón y los optimates, es decir, del Estado, o soy el inconsciente instrumento de Catilina, ese hombre con vocación de dictador? y al final, lo único que me importa es que dejen a mi familia en paz. ¿Obro con prudencia o soy

simplemente un cobarde?

Bethesda me miró fijamente y me apretó la mano.

—No eres un cobarde.

—¡No, pero tampoco me dices que soy prudente!

Bethesda se enfrió un poco y separó su mano de la mía. Apoyó la barbilla en los nudillos y miró a la calle. Luego habló con un tono de voz resuelto.

—En el fondo sabes lo mismo que yo: que algo terrible nos acecha. Yo soy una mujer. ¿Qué puedo hacer? Metón es muy joven todavía y Eco también; además, Eco tiene su propia vida aquí, en la ciudad. Todo depende de ti, Gordiano. Absolutamente todo.

Parpadeé, suspiré y me pregunté si aquella mujer había sido de verdad alguna vez mi esclava.

Bajamos de las literas en el extremo oriental del Foro, cerca de las Termas Senias. La costumbre era que las mujeres se quedaran atrás esperando nuestro regreso. Metón pisó la Vía Sacra exhibiendo una alegre sonrisa además de la toga. Su conversación con Rufo había sido sin duda más desenfadada que la que habíamos mantenido Bethesda y yo.

Encabezado por Rufo con su vestimenta de augur, nuestro pequeño cortejo se abrió camino por el mismísimo corazón de Roma. Entre el tropel de vendedores, votantes, políticos y vagabundos, pasamos ante la Casa del Sumo Pontífice, cargo que ahora ostentaba el joven julio César, y ante la vecina Casa de las Vírgenes Vestales, escenario del escándalo protagonizado por Catilina diez años antes. Pasamos ante el templo de Vesta, donde la hoguera sagrada arde sin interrupción en honor de la diosa, y ante el templo de Cástor y Pólux, donde se custodian las pesas y medidas del Estado. Pasamos ante el tribunal de los comisarios, donde se había impartido justicia en el caso de Asuvio y el testamento falsificado, mi primera aventura con Lucio Claudio. Llegamos a los Rostra, el elevado púlpito para oradores decorado con espolones de barcos capturados durante la guerra; esta columna rostral es la tribuna desde la cual los políticos arengan a las masas y los abogados defienden sus casos ante los tribunales de justicia. Aquí había consolidado su carrera el joven Cicerón, defendiendo a Sexto Roscio de la acusación de parricidio; yo había colaborado con él en calidad de investigador. En aquel tiempo dominaba la plaza una gran estatua ecuestre del dictador Sila, pero ya no. El Senado había ordenado que la quitaran hacía sólo unos años. Detrás de la columna rostral estaba la Casa Senato rial, donde Cicerón, como cónsul de Roma, expondría aquel mismo día sus argumentos para solicitar un nuevo aplazamiento de las elecciones, y donde Catilina se defendería de la acusación de amenaza para el Estado.

La plaza estaba abarrotada de gente. Un político hablaba desde los Rostra a su audiencia de votantes (era uno de los candidatos a cónsul en representación de los optimates, a juzgar por su retórica, pero no podía decir si era Murena o Silano), aunque había muchos otros oradores rivalizando con él. Allí donde un tramo de escaleras o un muro permitían a un hombre destacar sobre la multitud, aparecía siempre un político dirigiéndose a todo el que pudiera o quisiera escucharle. En algunos lugares, más que arengas, se improvisaban debates, pues los miembros de la multitud gritaban preguntas o acusaciones al orador, incluso le abucheaban y bajaban del estrado por la fuerza. Se oían insultos aquí y allá, surgían escupitajos anónimos y los empujones y disputas eran moneda corriente. ¡Roma en vísperas de elecciones!

Evidentemente, cuanto mayor fuera la audiencia de un orador, mayor era su seguridad y más efectiva su retórica, por lo que cada político se rodeaba del mayor número posible de seguidores, por no hablar de libertos, esclavos y guardaespaldas. La amenaza de acciones violentas se respiraba en el aire. El Foro parecía una olla tapada a punto de explotar.

Con Rufo a la cabeza, nuestro séquito imponía respeto. Su trábea a rayas color azafrán se reconocía de inmediato; los hombres se apartaban y abrían paso al augur. Muchos le conocían por su nombre y le saludaban alegres; su juventud y encanto, algo poco común en un augur, contribuían sin duda a su popularidad. Mumio también resultaba una figura popular y conocida para la muchedumbre; la gente aún recordaba su notable actuación en el momento de sofocar la rebelión de los esclavos iniciada por Espartaco, y sus más recientes gestas a las órdenes de Pompeyo le habían granjeado gran respeto.

Tampoco se ignoraba, a Metón. Para muchos, el propósito de nuestro cortejo resultaba claro a primera vista (un augur, un padre, un hijo y varios seguidores dirigiéndose al Capitolino) y hubo aplausos y vítores espontáneos para el joven que se paseaba por primera vez por el Foro como adulto. Metón estaba atónito y sonreía feliz con los ojos abiertos y alerta. Tal vez ni siquiera se percatara de que los aplausos iban dirigidos a él.

La presión del gentío era tan fuerte que varias veces tuvimos que detenernos y esperar a que se abriera un hueco para seguir avanzando. Cerca del templo de Cástor y Pólux, dos hombres comentaban un incidente ocurrido en el teatro. La mención del nombre de Cicerón me hizo aguzar el oído.

—... Y el discurso que pronunció después fue el mejor de su vida —decía el primer hombre.

—¡Absurdo! —le contradecía el segundo—. Fue el momento más bajo de su carrera. ¡Mira que defender una práctica tan injusta y antirromana! Hubo un tiempo en que el teatro era el único lugar donde todos los romanos eran de verdad iguales. Cuando yo era pequeño, los ricos y los pobres se sentaban todos juntos, hombro con hombro. Abucheábamos a los malvados, nos reíamos de los bufones y envidiábamos a los jóvenes amantes como si fuéramos un solo cuerpo.

—¿Todos iguales en el teatro? Las cuatro primeras filas siempre han sido para los senadores.

—Porque llegar al Senado es señal de mérito personal y de antecedentes distinguidos. Pero ¿por qué ha de haber asientos especiales para ciertas personas? ¿Sólo porque tengan dinero? Son gente corriente, como tú y como yo. Deberíamos sentarnos todos juntos, como en familia, en vez de estar divididos en ricos y pobres. ¿O es que huelo demasiado a sudor honrado y molesto al mercader perfumado que se sienta junto a mí? La ley de Otón es un escándalo, es mala para Roma y Cicerón hace mal en...

—La ley de Otón es sensata y lo sabrías si de verdad hubieras escuchado el discurso de Cicerón.

—Prefiero escuchar a un actor recitando a Plauto desde una buena localidad, aunque si seguimos así me será imposible, ya que no pertenezco a la rica clase ecuestre, ¡como la familia de Cicerón! ¿Por qué he de sentarme detrás de un gordo équite que me impide ver bien?

—Evidentemente, prefieres escupir veneno a razonar tu postura.

—¡Sí, yo no he estudiado retórica! Tal vez te convenza más un puñetazo en la nariz.

Afortunadamente, un hueco abierto entre la multitud nos permitió pasar en ese instante. Me incliné hacia Rufo.

—¿Qué es ese asunto del teatro? Algo me comentaste antes, pero...

—¿No te has enterado?

—No.

Miró al cielo.

—Ha sido la comidilla de la ciudad durante meses. ¡Es la forma más fácil de suscitar una discusión en Roma! Ya sabes cómo empieza a veces: un sencillo incidente de poca monta atrae repentinamente la atención de todo el mundo, enciende una

controversia y se convierte en el punto de fricción de temas mucho más importantes que no tienen nada que ver con el incidente en sí. Bueno, la cuestión es que hace unos años Lucio Roscio Otón fue tribuno y aprobó una ley por la cual se reservaban catorce filas de asientos en el teatro para los équitos ricos.

—Sí, lo recuerdo.

—En ese momento pareció una medida liberal, al menos dentro del Senado. Siempre se han reservado por lo menos dos filas para los senadores, así que Otón alegó que por qué no reservar algunas más para los équitos. Los ricos que no pueden aspirar al Senado quedaron encantados y desde entonces han financiado la carrera política de Otón. Este año ha sido pretor y como tal se ha asegurado de que su ley se cumpliera en todos los festivales públicos. Bueno, pues el mes de abril, al comienzo de la temporada teatral, en una representación de *La Andriana* la que asistió el propio Otón, unos alborotadores que se sentaban en la parte de atrás empezaron a abuchear y a silbar, diciendo que querían mejores asientos y preguntando por qué no podían ocupar los asientos vacíos de las filas de los équitos. En respuesta, un contingente de la sección ecuestre empezó a aplaudir a Otón. Los camorristas se tomaron esto como un insulto, creyendo que era una forma de darle las gracias por no obligarles a sentarse al lado de ellos. Más silbidos, más aplausos, y pronto empezaron a escucharse amenazas y a volar escupitajos. La multitud estaba al borde de la rebelión. Casi inmediatamente llegó a la casa de Cicerón, en el Palatino, la noticia del altercado. Cicerón tiene ojos y oídos en todas partes, y nada importante ocurre en la ciudad sin que él lo sepa en seguida. Al rato, el cónsul en persona se plantó en el teatro con un guardaespaldas armado. Emplazó a todos los presentes en el templo de Belona y les dio un espléndido discurso que acabó con toda la multitud aclamando a Otón. Al final todos volvieron contentos y felices a sus asientos de siempre.

—¿Qué dijo Cicerón?

—No estuve allí para oírlo, pero estoy seguro de que su secretario, Tirón, transcribió el discurso; lo digo por si te interesa leerlo. Cicerón no abre la boca sin que Tirón lo escriba todo, como si su amo fuera un oráculo. Cicerón puede llegar a ser muy convincente cuando defiende los privilegios y el orden. Creo que se extendió en el honorable servicio que Otón ha prestado al Estado y reprendió a los que habían sido tan crueles como para silbar y abuchear a un magistrado romano tan destacado. Luego defendió la ampliación de privilegios a los équitos; no le resultaría muy difícil, claro, viniendo él mismo de esa clase —dijo Rufo, enarcando despectivamente una ceja, al modo de los patricios—. Mi teoría es que los más vehementes de la multitud se aburrían y se fueron a derrochar sus energías en otra parte, mientras que los más calmados volvieron como ovejas a disfrutar de la comedia. Cicerón se lo atribuyó como un triunfo personal.

—Por lo que acabo de oír, hay algunos que no acaban de estar de acuerdo con la ley.

—La polémica no cesa. Son siempre las pequeñas cosas las que atraen a la gente. Catilina lo ha elegido como tema de su campaña, naturalmente. Catilina siempre está dispuesto a ser el campeón del descontento.

Poco después oí otra discusión, esta vez entre un orador subido en un pedestal provisional de madera y un ciudadano que se negaba a dejarle pronunciar su discurso y se había enzarzado en un acalorado debate con él.

—¡La reforma agraria de Rulo lo habría mejorado todo! —insistía el orador.

—¡Tonterías! —gritaba el ciudadano—. Fue una de las leyes peor elaboradas que se hayan visto y Cicerón tenía razón al hablar en su contra.

—Cicerón no es más que un portavoz de los optimates.

—¿Y qué? Es obligación de los próceres refutar las malas leyes propuestas por César con el simple propósito de ganarse a las masas y de meter las manos en Egipto.

—Fue Rulo quien propuso la ley, no César.

—Rulo abre la boca y salen las palabras de César.

—Muy bien. Estamos pues de acuerdo en que el asunto no es Rulo contra Cicerón, sino César contra los optimates —dijo el orador.

—¡¡Exactamente!

—Y también debes de estar de acuerdo conmigo en que si la propuesta de Rulo se hubiera convertido en ley, se habría repartido la tierra entre las personas que la necesitan, sin tener que recurrir a la violencia o a la expropiación.

—¡Absurdo! Jamás hubiera funcionado. ¿Quién en Roma estaría dispuesto a irse a vivir al campo para convertirse en agricultor cuando aquí, en la ciudad, están el circo y las fiestas, y todo el mundo tiene su ración de grano gratis?

—Son actitudes como ésa las que están acabando con la Re pública.

—Son los romanos los que están destruyendo la República porque se han vuelto holgazanes. Por eso necesitamos que los optimates sigan gobernando el timón.

—Gobernando el erario público, querrás decir. Mejor dejar que el ciudadano corriente gobierne el arado.

—¡Absurdo! Mira el jaleo que hay en Etruria por culpa de los veteranos de Sila. Ni siquiera uno de cada diez resultó un agricultor competente. Ahora están todos arruinados y esperando que ese demagogo de Catilina los saque de apuros, con fuego y hierro si es necesario.

—Entonces, no estás a favor de la reforma agraria, no te gusta Catilina...

—¡Lo desprecio! A él y a su círculo de diletantes engreídos e irresponsables. Han tenido la oportunidad de llevar una vida decente y en vez de eso se han corrompido, endeudándose con ciudadanos más responsables y honrados que ellos. Ese planteamiento radical suyo de cancelar todas las deudas no busca favorecer a las masas, sino a sí mismo y a sus amigos. Si los conspiradores como Catilina acaban sin autoridad y empobrecidos es porque ellos se lo buscan. Y si los electores de Roma no tienen sentido común y apoyan sus majaderías...

—Está bien, está bien, nada más lejos de mi intención que defender a Catilina. Pero parece que tampoco tienes buena opinión de César...

—¡Que está tan endeudado como el otro! No me extraña que los dos hayan estado chupando del bote. Catilina y César son como dos gemelos mamando de las tetas de Craso. ¡Como Rómulo y Remo mamando de la loba! —El hombre hizo un gesto obsceno con los labios, que suscitó tanto risas como silbidos entre la multitud.

—Muy bien, ciudadano. Insultas a Catilina, insultas a César y a Craso... Supongo que apoyas a Pompeyo.

—Tampoco me gusta Pompeyo. Son todos unos caballos salvajes tratando de dejar el carro. Todos compiten entre sí como en una carrera y les trae completamente sin cuidado el bien común.

—¿Y Cicerón? —preguntó despectivamente el orador.

—Sí, Cicerón vale. Catilina, César, Craso, Pompeyo..., todos esos se convertirían en dictadores si pudieran y ordenarían decapitar a todos los demás. No se puede decir lo mismo de un hombre como Cicerón. Él ha atacado en público la tiranía desde los tiempos de Sila y había que ser muy valiente para hacer eso. Portavoz lo llamas tú. Muy bien, eso es lo que debe ser un cónsul: portavoz de los miembros del Senado cuyas familias hicieron de la República lo que es y que la han dirigido desde que se derrocó la monarquía. No necesitamos el gobierno de la plebe ni el de los dictadores, sino el gobierno firme y seguro de los que saben qué es mejor para el pueblo.

Esto último desató las burlas de algunos que acababan de unirse a la multitud y el debate degeneró en pugilato de gritos. Por suerte, en medio de tanta agitación logramos seguir adelante. Un instante después Metón se ponía a mi lado; estaba serio.

—¡Papá, no he sido capaz de seguirles la discusión!

—Yo sí, pero tampoco mucho. ¡Reparto de tierras! Todos los populistas lo prometen, pero ninguno puede llevarlo a cabo.

—¿Cuál era esa propuesta de Rulo de la que hablaban?

—Algo que fue propuesto a principios de este año. Recuerdo que nuestra vecina Claudia estaba muy alterada por ello. En realidad, no conozco los detalles —admití.

Rufo se volvió hacia nosotros.

—Una idea de César y Craso; muy brillante. El problema radica en cómo encontrar tierra en Italia para los que de verdad la necesitan. La solución es vender la propiedad pública conquistada en países lejanos y utilizar esos recursos para comprar tierra en Italia con objeto de crear colonias rurales. No se trata de confiscar toda la tierra de los ricos y repartirla entre los pobres, como defiende Catilina, sino de invertir fondos públicos para efectuar un reparto justo.

—¿Por qué habló ese hombre de Egipto? —preguntó Metón.

—Las tierras extranjeras por vender incluyen las de Egipto, que el finado Alejandro II legó a Roma. La reforma de Rulo proponía crear una comisión especial de diez hombres que supervisara el proyecto, incluida la administración de Egipto...

—Y César habría sido uno de los comisarios —dijo Mumio, uniéndose a la conversación—. Habría cogido Egipto como se coge un higo de una higuera.

—Si tú lo dices... —dijo Rufo—. Craso también habría formado parte de la comisión, puesto que su apoyo era vital. Ya sabes, con Egipto bajo su yugo habrían tenido un bastión contra Pompeyo en Oriente. Cualquiera pensaría que a los optimates les gustaría, porque temen a Pompeyo, pero cuando Pompeyo está lejos de Roma y haciendo campañas en Oriente, los optimates temen más a César y a Craso.

—Por no hablar de Catilina y la plebe —dije yo.

—Sí, pero Catilina se distanció deliberadamente del proyecto de Rulo. Demasiado blando para él; dejarse ver como aliado del proyecto habría comprometido su fama de radical. Y digamos que tampoco hubiera favorecido a la idea; su entusiasmo habría alarmado más aún a los optimates, que ya se mostraban recelosos.

—Aun así, me imagino que Catilina hubiera aceptado formar parte de la comisión junto con César y Craso.

Rufo sonrió.

—Tu conocimiento de la política es más sutil de lo que parece, Gordiano.

—Pero el proyecto de ley no fue aprobado —dijo Metón.

—Así es. Los optimates creyeron que se trataba de un plan urdido por Craso y César, y tal vez también por Catilina, para aumentar su poder. Además, la expresión «reforma agraria» les pone los pelos de punta. Siempre fingen apoyar la idea, pero ninguna propuesta concreta les ha satisfecho jamás. Cicerón se convirtió en portavoz suyo desde que decidieron apoyarle para el consulado. Pero no se limitó a debatir el asunto en el Senado.

Vino aquí, al Foro, y planteó el tema directamente al pueblo.

—Pero supuestamente es la clase de ley que quiere el pueblo, ¿no? Por eso llaman a César populista, ¿no es cierto? —preguntó Metón—. ¿Por qué Cicerón habló en contra de ese proyecto delante del pueblo al que se supone va a favorecer?

—Porque Cicerón es capaz de convencer a un condenado de que se corte él mismo la cabeza —dijo Rufo—. Sabe cómo pronunciar un discurso; sabe qué argumentos impresionan a la chusma. Primero dijo que la ley iba dirigida contra Pompeyo, aunque éste estaba excluido de las investigaciones que se iban a realizar sobre las adquisiciones de otros generales en el extranjero. Al pueblo no le gusta que se metan con Pompeyo. Pompeyo es objeto de culto para la muchedumbre; los generales triunfantes siempre lo son. Denigrar a Pompeyo es como denigrar al pueblo de Roma, cuestionar a Pompeyo es como insultar al hijo favorito de Roma. Luego Cicerón empezó a atacar a la comisión, diciendo que se iba a convertir en un pequeño tribunal de déspotas que malversarían los fondos robados al pueblo romano, y que acabaría siendo algo casi tan siniestro como las proscripciones y confiscaciones llevadas a cabo por Sila; que obligarían a los pobres de la ciudad a trasladarse por la

fuerza a estériles reductos de tierra donde se morirían de hambre. Bueno, ya sabes lo persuasivo que puede ser Cicerón, sobre todo cuando se trata de convencer a las personas de que vayan contra sus propios intereses.

—Pero Rulo defendería su ley —dijo Metón.

—Sí, y quedó hecho polvo. Retóricamente hablando. César y Craso se chuparon un dedo, lo levantaron para ver por dónde soplaba el viento y decidieron quedarse—calladitos, aunque en el arte de debatir nada tienen que envidiar a Cicerón, al menos a mi modo de ver. Sencillamente, no era un buen momento y se dejó a un lado la ley. La gente empezó a distraerse con otras cosas, como el incidente del teatro y la nueva campaña de Catilina.

—Dices que no era buen momento para la reforma agraria —intervine yo—. Pero ¿es que en Roma, y con los optimates controlando el Senado, hay algún momento que sea bueno para introducir un cambio?

—*Nunquam* —dijo Rufo, sonriendo tristemente.

Nuestro destino era la cumbre del Monte Capitolino, donde Rufo leería los augurios. Finalmente conseguimos atravesar la abarrotada zona que hay frente a los Rostra y llegamos al amplio y pavimentado camino que asciende serpeando a la cima del Capitolino. Aquí tuvimos que detenernos de nuevo, ya que bajaba un gran grupo de hombres, tantos que era imposible tratar de seguir subiendo. A medida que se acercaba el grupo, a Rufo empezó a encendérsele el rostro. Tenía mejor vista que yo, pues ya había distinguido las caras de los dos que caminaban juntos a la cabeza de su respectivo séquito. Uno iba vestido con la toga senatorial, ribeteada de púrpura, y el otro llevaba una toga con el ribete púrpura más ancho que distingue al Sumo Pontífice. Los dos sonrieron a su vez a Rufo cuando lo reconocieron y saludaron con una inclinación de cabeza a Marco Mumio. Fue como si Metón, yo y el resto del séquito no existiéramos para ellos, al menos en principio. Los que visten de púrpura se reconocen primero entre sí; luego están los demás.

—¡Rufo! —exclamó el Sumo Pontífice.

—¡César! —dijo Rufo, inclinando la cabeza. Hizo el mismo ademán al augur de barba blanca que se hallaba al lado del Pontífice, vestido, al igual que Rufo, con una trábea de rayas azafranadas. Dentro de su colegio, un augur joven siempre debe respeto al de más edad.

Examiné de cerca la cara del Sumo Pontífice. No había cumplido los cuarenta y este tal Cayo Julio César ya se había erigido como fuerza a tener en cuenta dentro de la República. Su herencia patricia era intachable; sus lazos familiares con Mario, el viejo enemigo del dictador Sila, sentenciado en una ocasión a muerte, se habían convertido en parte de sus credenciales como cabecilla del movimiento populista. Si Cicerón era el maestro de la retórica, capaz de conseguir todo lo que quería a través de la argumentación hábil, se decía que César era el maestro de la pura política, un genio capaz de comprender los innumerables y generalmente oscuros hilos de la antíquisima trama que une al Estado y a los sacerdotes. Conocía las más arcanas y engorrosas reglas dentro del Senado y podía citarlas en los momentos más inesperados para consternación de sus oponentes. Conocía el intrincado funcionamiento de la creciente burocracia que ejecutaba la voluntad del Senado y del pueblo; como Sumo Pontífice dirigía el laberinto de cargos religiosos y cofradías que interpretaban las profecías y textos sagrados, ejerciendo así su influencia sobre el Senado, el ejército y el comercio.

César no era un hombre atractivo, pero tampoco vulgar. Su estrecho rostro llamaba la atención, pero la belleza no aparecía en él por ninguna parte. Era la vitalidad de sus ojos lo que impresionaba, junto con la austeridad patricia de sus altos pómulos y su frente, y la tensión que se dibujaba en sus finos labios, que parecían sonreír con ironía. Su porte derecho y su andar seguro indicaban que era un hombre que controlaba absolutamente todos sus movimientos. Sólo he conocido a unos cuantos hombres (y

algunas mujeres) con ese estilo. Los pobres mortales mediocres jamás abrigaremos la esperanza de llegar a tener la perfecta gracia de estos favoritos de los dioses, que están por encima o por debajo de nosotros. Supongo que es algo que da el poder, ya sea el poder político o la potencia sexual, y no sólo el hecho de poseerlo, sino de saber instintivamente cómo usarlo y tener la capacidad de disfrutar al ejercerlo. Catilina tenía algo de esa gracia, pero en él se mezclaba con algo más, cierta imperfección que lo hacía absolutamente fascinante. En César, esa gracia era inmaculada. Me parecía la personificación del poder y por tanto proyectaba (como los hombres hermosos) la ilusión de ser indestructible e inmortal.

Había reconocido a su acompañante: era Marco Licinio Craso. Había pocos hombres a los que tuviera menos ganas de encontrarme durante aquellos días. Cuando Rufo se giró para saludarle, la mirada inquieta de Craso se posó en mí. Me reconoció al instante, aunque habían pasado casi nueve años desde el asunto de Bayas. Las cosas entonces no habían salido como él quería, por mi culpa, y Craso era hombre acostumbrado a salirse con la suya. Por el destello de su mirada vi que el recuerdo de aquello aún le sublevaba. Catilina me había dicho que Craso me respetaba a pesar suyo, pero si eso era cierto lo disimulaba muy bien. Había envejecido mucho desde la última vez que le había visto de cerca; ahora era más viejo, más rico y más poderoso, y sus ambiciones sólo se enfrentaban a las de oponentes tan astutos y despiadados como él. Su pelo era medio gris y su rostro demasiado serio para resultar atractivo. Su semblante indicaba un perpetuo descontento; nunca llegaría a estar satisfecho con sus éxitos. «Craso, rico como Creso», decía la cancioncilla popular que le comparaba con el avaro de la leyenda. Pero para mí era Sísifo, siempre empujando una enorme piedra montaña arriba para verla rodar cuesta abajo y vuelta a empezar otra vez, logrando riquezas e influencias en el camino, más allá del alcance de cualquier hombre, pero nunca suficientes para permitirle un descanso. Llevaba años rivalizando por el poder con Pompeyo. Con César parecía mantener excelentes relaciones, al menos de momento.

—Acabamos de bajar del Capitolio —dijo César, refiriéndose a la cima norte del Capitolino. Al igual que la acrópolis de Atenas, el Capitolio fue el lugar elegido por los fundadores de Roma para construir su ciudadela y sus templos más sagrados. Desde el Capitolio un hombre puede ver toda Roma y puede a su vez ser visto por los dioses—. Hemos consultado los auspicios para el pleno senatorial de esta tarde. Una pena que no hayas podido ser tú el augur, Rufo.

—Hoy voy a realizar un augurio privado —dijo Rufo, señalando a los que venían detrás de nosotros con una leve inclinación de cabeza—. ¿Fueron los auspicios favorables, tal como deseabais?

—Lo fueron —dijo César. Su irónica sonrisa casi parecía decir que no podía haber sido de otro modo—. Un halcón vino volando desde el oeste y luego tomó rumbo norte. El augur Festo asegura que ello presagia un buen día para reunirse el Senado.

—Pues a mí —dijo secamente Craso—me pareció más significativo que un cuervo sobrevolara la Casa Senatorial cacareando y quejándose, pero moviéndose en círculos, como si no pudiera llegar a su destino por mucho que graznara. Ese cuervo me recordó a alguien. ¿Sería acaso a Cicerón? En fin, no poseo el conocimiento secreto de los augures y por tanto no estoy calificado para hacer interpretaciones. —Su sonrisa apenas pudo suavizar su sarcasmo y Rufo pasó por alto aquel velado insulto a su profesión.

—¿Irán bien las cosas en el debate de hoy? —preguntó Rufo a César.

—Oh, sí —contestó César con un suspiro—. Cicerón no tiene los votos necesarios para parar los pies a Catilina y ciertamente carece del apoyo que necesita para posponer otra vez las elecciones. Lo preocupante no es lo que ocurra hoy, sino lo que los votantes hagan mañana. Ya veremos. Pero ¿a qué vienes, a augurar a un joven que entra hoy en su mayoría de edad? —Sonrió cordialmente mirándonos, pero no

solicitó—que se nos presentara—. Hablando de Cicerón, si vas de camino al Capitolio te cruzarás con nuestros dos queridos cónsules. —Volvió la mirada atrás—. Cicerón debe de venir pisándonos los talones; estaba deseando conocer los auspicios para convocar al Senado. El debate empezará en cualquier momento. Te perderás los argumentos iniciales, Rufo, y tú también, Marco Mumio.

—Iremos más tarde —dijo Rufo.

—Es probable que dure poco. Cicerón sólo lo hace como exhibición; querrá que acabe cuanto antes para aprovechar lo que le quede de día arengando a la multitud en el Foro. Es su última oportunidad de poner a los votantes en contra de Catilina. Tú mismo deberías emplear el día haciendo campaña, Rufo. Yo pienso hacerlo. Quiero que me sirvas como pretor el próximo año.

—No te preocupes. ¡Tan pronto como acabe de hacer el augurio me pondré la toga de candidato! —Rufo se echó a reír.

César y Craso reanudaron la marcha. Nuestro pequeño cortejo se apartó para dejar paso a sus comitivas. Craso no había dicho una sola palabra a su antiguo aliado Mumio, y al parecer no tenía intención de hacerlo. Pero al pasar me miró fijamente y luego posó los ojos en Metón.

—¿No te conozco yo a ti,—jovenzuelo?—dijo.

Miré a Metón y sentí una punzada de miedo, recordando la pesadilla del muchacho. Una emoción brilló en sus ojos, pero su rostro permaneció impasible.

—Una vez me conociste, ciudadano—contestó Metón. Su voz era suave pero firme.

—¿Sí? —dijo Craso, levantando la cabeza e irguiendo los hombros—. Sí, es cierto, aunque poco. Así que ahora eres un liberto, ¿eh, Metón?

—Sí.

—¿El hijo adoptivo de Gordiano?

Moví los labios para responder, pero Metón se adelantó.

—Así es.

—Qué interesante. Sí, creo que hace poco un amigo mío me comentó casualmente tus circunstancias.—¿Se refería a Catilina? ¿O había sido su antiguo protegido Marco Celio? Como fuese, no me gustaba la idea de que hablaran de mi familia a mis espaldas—. Es extraño que este detalle de tu manumisión y adopción haya escapado a mi atención durante todos estos años.

—No me parece asunto digno de preocupación para un hombre tan eminente como tú, ciudadano —dijo Metón, respondiendo al escrutinio de Craso con una mirada impertérrita. Miré a Metón algo atemorizado. No sólo había dicho exactamente lo que hubiera dicho yo, sino que lo había hecho exactamente con la misma inflexión sincera, ni despectiva ni servil. Unas veces abrimos la boca y parece que hablen nuestros padres; otras veces nuestros hijos abren la boca y parece que hablemos nosotros.

—Lo último que supe de ti, Metón, es que estabas en Sicilia, donde yo había dispuesto que estuvieras —dijo Craso, evitando escrupulosamente el tosco vocabulario del comercio y la compraventa de esclavos—. Del mismo modo que había dispuesto que ése se quedara en Egipto —añadió, señalando a Apolonio y lanzando una mirada a Mumio—. Me pregunto qué papel desempeñó Mumio para contrariar tan minuciosas disposiciones. No importa. Ahora te veo con la toga viril, Metón, de camino al Capitolio para celebrar tu ciudadanía. —Comprimió los labios en la más delgada de las sonrisas, achicó los ojos y nos miró a Metón y a mí—. La diosa Fortuna te ha sonreído, Metón. Ojalá te sonría siempre —dijo con voz hueca y se volvió para indicar a su séquito que le siguiera.

Tal vez lo dijo de corazón, pues un romano respeta y se inclina ante los incomprensibles caprichos de la Fortuna, y para un hombre como Craso la salvación de un joven como Metón, a pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo, bien podía ser un acontecimiento sobrenatural, prueba de la intervención de los dioses y, por tanto, motivo de respeto.

Los largos séquitos acabaron de pasar. Seguimos el ascenso, pero sólo para encontrarnos con otra comitiva. Bajando de la ciudadela, siguiendo a Craso y César, venía el mismísimo Cicerón junto con su colega de consulado, la famosa nulidad llamada Cayo Antonio. En la fiesta, Rufo había dicho de pasada algo sobre Cicerón con armadura. «Ese ridículo peto militar», había dicho y cambiado de tema sin más explicaciones. Ahora comprendía lo que había querido decir, pues cubriendo el pecho de Cicerón y reflejando el sol de la tarde vi un peto bruñido, igual que el que puede utilizar un general durante el combate. Cicerón llevaba la toga consular aflojada en el cuello para que se le vieran bien los extraños pectorales forjados a martillazos y realzados con filigranas. A su alrededor iba una escolta de guardias armados, sujetos de aspecto rudo que caminaban con la mano en la empuñadura de la daga envainada. Me sorprendió porque tal exhibición era menos propia de un cónsul de la República que de un autócrata sospechoso. Incluso un dictador como Sila se había paseado por el Foro sin armas ni escolta, confiando simplemente en la protección de los dioses.

Antes de que me diera tiempo a preguntar a Rufo por el peto y la gran escolta, Cicerón llegó ante nosotros. En mitad de la conversación con Antonio vio a Rufo. Su expresión experimentó rápidos cambios. Al principio pareció verdaderamente complacido, luego grave y dudoso, y al final casi festivamente malicioso.

—¡Querido Rufo! —exclamó con una amplia sonrisa.

—Cicerón —contestó Rufo sin emoción.

—Y Marco Mumio, que ha vuelto de servir con Pompeyo en Oriente. Y... Gordiano —dijo Cicerón, cuando por fin se fijó en mí. Su voz sonó monótona unos instantes, hasta que adoptó la afable familiaridad de un político—. Ah, sí, has venido a consultar los auspicios por la mayoría de edad del joven Metón. Nos estamos haciendo viejos, ¿eh, Gordiano?

Unos más que otros, pensé, aunque la verdad es que los años habían suavizado mucho los desagradables rasgos de Cicerón. Su nariz; delgada y afilada era ahora más bien carnosa; su enjuto cuello tenía ahora grasientas papadas; y la barbilla puntiaguda se le había hundido en la carne. El hombre cuya delicada constitución apenas le permitía comer en las horas de calor había conseguido engordar:

—No sabes cuánto lamento no haber podido asistir a tu fiesta —dijo—. Las obligaciones de uncónsul no acaban nunca. Estoy seguro de que lo entiendes. Pero envié a Marco Celio a presentarte mis disculpas. Te entregó mi mensaje, ¿no es cierto?

—La expresión de sus ojos indicaba que daba un significado más profundo a la pregunta.

—Sí, Celio vino a casa —dije—. Pero su mensaje iba mal dirigido. Se marchó descontento.

—Ah, ¿sí? —Cicerón fingió indiferencia, pero le brillaron los ojos—. Bueno, mi colega y yo debemos seguir. Tenemos asuntos urgentes que tratar en el Senado: ¡Buena suerte en tu campaña, Rufo! ¡Buena fortuna para ti, Metón!

Cuando se marcharon, dije en voz baja a Rufo:

—Bien, augur, ¿qué puedes decirme de ese destello de luz? Me refiero al de los ojos de Cicerón.

—¿Hay algún problema entre vosotros?

—Probablemente. Pero, ¿por qué le ha dado por llevar ese peto y una escolta tan numerosa?

—¡Tiene un aspecto ridículo! —bramó Mumio—. Es como mofarse de los militares. Mira que atreverse a burlarse de Pompeyo...

—No es eso —dijo Rufo—. Empezó a ponerse el peto el día que pospuso las elecciones, alegando que Catilina pensaba asesinarle en medio de la confusión general que vive Roma. Es una táctica para llamar la atención de la multitud y alarmar a los electores. Es puro teatro y espectáculo político, nada más. Después de lo que Cicerón y su hermano hicieron contra el buen nombre de Catilina en la campaña consular del año

pasado, a nadie le sorprendería que quisiera asesinarle. Quién sabe. Tal vez haya una conspiración para asesinar a Cicerón, pero, de ser así, quedará aplastada bajo el peso de su retórica.

—¡Política! —gruñó Mumio—. Ya tuve bastante política el año que fui pretor. A mí dame órdenes que cumplir y hombres que mandar y seré feliz.

—Bueno —dije jadeando y resoplando, agotado de tanta cuesta—, dejemos a un lado asuntos tan intrascendentes. —Miré hacia el atestado Foro—. Hemos llegado a la cima. Entre nosotros y los ojos de Júpiter sólo está el cielo azul. Aquí, en este lugar, mi hijo se convierte en hombre.

Capítulo Veinte

En los campos de batalla y en las zonas rurales, donde no suele haber un lugar fijo destinado a la lectura de los augurios, se debe levantar una tienda sagrada donde el sacerdote pueda hacer su trabajo. En el Capitolio de Roma, sobre una roca semicircular y con una espléndida vista, hay un lugar pavimentado y abierto al cielo que se llama Auguráculo y está especialmente consagrado a la interpretación de los auspicios. La única estructura con que cuenta es una especie de tienda de campaña que mantiene instalada permanentemente la cofradía de los augures. Igual que las togas, la tienda tiene un ribete púrpura y rayas de color azafrán. Es una tienda pequeña, tanto que casi hay que agacharse para entrar, aunque por lo que sé nadie entra jamás en ella.

¿Por qué una tienda? No lo sé; y lo más curioso es que la interpretación de los augurios se realiza al aire libre, mirando al cielo. Tal vez se deba a la antigua relación de los augures con las campañas militares; aun hoy se debe solicitar la aprobación de los dioses antes de entrar en combate. Tal vez, a que los augures tienen en cuenta no sólo el vuelo de las aves y las peregrinaciones de los cuadrúpedos, sino también los relámpagos, cuyo estudio se remonta a los etruscos e incluso antes; al fin y al cabo, cuando hay relámpagos lo más probable es que llueva, de ahí tal vez la necesidad de una tienda donde poder resguardarse.

El caso es que nos hallábamos reunidos en el Capitolio ante la tienda sagrada. Rufo levantó su cetro y con él delimitó una sección de los cielos en la cual leería los auspicios. Mirando a través de la zona elegida, como si se tratara de una ventana, se podía ver la mayor parte del Campo de Marte, un amplio meandro del Tíber y una gran extensión de tierra.

Los augures dividen a los pájaros en dos clases: aquellos cuyo canto expresa el deseo divino, entre los que se incluyen el cuervo, la lechuza y el pájaro carpintero; y los que transmiten los deseos de los dioses a través de su vuelo; es el caso del halcón y el águila, ave favorita de Júpiter. En las expediciones militares, donde hace falta leer los augurios rápidamente y puede haber escasez de aves salvajes, se llevan pollos enjaulas especiales. Para determinar cuáles la voluntad de los dioses, se abren las jaulas y se echa un puñado de grano al suelo. Si los pollos muestran mucho apetito se estima que es buena señal, sobre todo si se les cae del pico parte de la comida. Si se muestran reacios a salir de la jaula o a comer, se interpreta como mala señal.

Hay quienes, como Cicerón, creen que la predicción es una absoluta tontería, y así lo manifiestan en conversaciones y cartas privadas. Los políticos como César consideran que las predicciones son una herramienta útil y no sienten más desprecio por ellas que por cualquier otro artificio del poder, como las elecciones, los impuestos o los tribunales de justicia. Y por último, están los que, como Rufo, creen sinceramente que la voluntad divina se manifiesta en diversos fenómenos y creen también en su habilidad para interpretar dichas manifestaciones.

En cuanto a mí, achicharrándome de calor y lamentando no haber llevado mi sombrero de ala ancha, empecé a desear intensamente que en la tienda hubiera una jaula con pollos para poder continuar dentro la historia aquella de la adivinación. Pero se conoce que todas las aves de Roma estaban durmiendo la siesta en aquel momento.

Un augurio dura lo que tiene que durar. La voluntad divina no está a disposición de cualquier augur, por muy joven y encantador que sea. Además, la paciencia es el primer deber de los píos.

A pesar de la trascendencia que para mí y mi familia tenía aquel momento, me puse a pensar en otras cosas. Miraba alternativamente a la sección escogida de los cielos y la ladera oriental del Capitolio, en la cual, izándome de puntillas, podía ver el Foro. Todavía estaba abarrotado de gente, pero el movimiento había cesado. Los

senadores debatían en el Senado y los ciudadanos de Roma esperaban con impaciencia la decisión de sus líderes. Era probable que Cicerón estuviese hablando en ese momento. Tal vez César y Craso se unieran a la discusión, si convenía a sus intereses hacerlo, y también Catón, con su pesada moral, y el buscapleitos de Clodio, y el cónsul olvidado de aquel año, la nulidad llamada Antonio. También estaría allí Catilina para defenderse, para atacar a Cicerón y para exigir la inmediata celebración de las elecciones. ¿Sería posible que saliera elegido cónsul? y de ser así, ¿podría obligar al Senado a aprobar sus leyes más radicales? ¿Le apoyarían César y Craso? Y, de ser así, ¿hasta qué punto? ¿Quedaría paralizado el Estado? ¿Desmembrado? ¿Degeneraría todo esto en otra sangrienta guerra civil? ¿Quién recogería entonces los restos? ¿Craso, César, Pompeyo..., Catilina?

—¡Allí! —gritó una voz contenida a mis espaldas. Era Eco, que había divisado algo con alas en el cielo. Moví la cabeza para salir del estado de somnolencia en que me había sumido el calor. Traté de recordar dónde se habían quedado mis pensamientos. Parpadeé y miré el punto oscuro que revoloteaba por encima de la ciudad. Desgraciadamente, descendía siguiendo una trayectoria espiral y tomó tierra sin haber entrado en la sección de cielo elegida. No era un augurio. A mi alrededor oí un suspiro colectivo de desilusión. Rufo estaba junto al precipicio, dándonos la espalda, así que no pude ver su cara. Pero sus hombros permanecieron erguidos y su barbilla alta. Tenía fe en su ciencia y era paciente con los dioses.

No debería haber comido tanto en la fiesta de Metón, pensé. Cicerón estaba en lo cierto: la comida de mediodía debe ser la más ligera. Pero también es cierto que Cicerón siempre tenía problemas de estómago. No me encontraba mal, sólo notaba pesadez y ganas de dormir por el calor y el fatigoso ascenso al Capitolio. Me costaba un gran esfuerzo tener los ojos abiertos...

La última vez que en Roma había estallado una guerra civil el resultado había sido desastroso. Había vencido Sila y con él los elementos más reaccionarios del Estado. Se habían revocado todas las leyes que daban poder a la plebe. Se había reformado la constitución para otorgar mayor influencia a las clases ricas en las elecciones y los tribunales de justicia, y en estas mismas clases altas Sila había practicado sanguinarias purgas para eliminar toda oposición. Una generación después, el Estado se hallaba en el mayor caos de su historia. Aunque la mayoría de las leyes de Sila ya no estaban vigentes, su legado pervivía en la pobreza de los hijos de sus víctimas y en las consecuencias nefastas de su política agraria. Los veteranos a los que había querido convertir en granjeros habían echado a perder sus tierras y ahora, desesperados, se echaban como locos en brazos de Catilina. El descontento se respiraba por todas partes, salvo entre los pocos de siempre, los que ostentan poder y riqueza. Creían que su cómoda posición les venía directamente de los dioses; tal vez Cicerón les había sido dado también; una voz dulce capaz de amansar a las masas turbulentas y vigilar su sueño.

Lo peor de todo había sido las cabezas que rodaron. Las cabezas de los enemigos de Sila, empaladas y expuestas en el Foro para que sirvieran de escarmiento a los que pensaran desafiar la autoridad del dictador. Los cuerpos no tenían utilidad. ¿Qué había sido de todos aquellos cadáveres decapitados? De repente vi el cuerpo de Nemo a mis pies, con la sangre coagulada en el limpio corte del cuello. El impacto fue tan grande que me quedé sin aliento y sentí una convulsión en los hombros.

—¡Eso es! ¡Por fin! —me susurró Eco al oído, poniéndome la mano en la nuca—. Allí, remontando el vuelo desde el río.

Parpadeé, confuso y algo cegado por el sol. Las piedras blancas abrasaban mis pies y parecía que el sol ocupara todo el cielo. En medio de tanta luz, empecé a divisar una diminuta forma negra que volaba de izquierda a derecha y aumentaba de tamaño hasta que se dibujó como un cuerpo alargado con las alas extendidas.

—Un halcón —susurró Eco.

—No —dijo Mumio—. ¡Es un águila!

El ave voló en círculo sobre el Campo de Marte e incrementó su tamaño a medida que se acercaba. Llevaba una velocidad sorprendente; ningún caballo podría haber galopado tan deprisa por el cielo. Un momento después, se posó tan cerca de Rufo que, si éste hubiera querido, podría haberla tocado con alargar el brazo. Nos quedamos atónitos, mirando en silencio al animal. Jamás había visto una de tan cerca. Luego, tan súbitamente como había aterrizado, desplegó sus gigantescas alas y emprendió el vuelo por encima de nuestras cabezas, en dirección al sol.

Bajé la vista. Rufo se volvió hacia nosotros con una expresión de admiración reverente en sus ojos.

—El augurio —dije—. ¿Es bueno?

—¿Bueno? —dijo, frunciendo el entrecejo con desenfado. Entonces se echó a reír—. ¡No podía haber sido mejor!

□ □ □

Si la ciudad no hubiera estado en plena campaña electoral y pendiente de la polémica surgida en torno a Cicerón y Catilina, el rumor se habría extendido rápidamente por todas las plazas y tabernas: «¡E1 ave de Júpiter, un águila, posándose en el Auguráculo el día en que un sencillo muchacho se convierte en hombre! ¡Y un muchacho que nació esclavo!». Los supersticiosos lo hubieran interpretado como una muestra del descontento o de la generosidad de los dioses. Pero en medio del caos general reinante en aquel momento, el incidente pasó inadvertido excepto para los que estábamos allí.

De vuelta al Foro, Marco Mumio iba muy excitado.

—¡Un águila, un ave militar! ¡Presagia un gran porvenir en el ejército!

Observé a Metón sonriendo al escuchar estos comentarios y deseé que Mumio se callara. Miré a Rufo, que ya se había cambiado la trábea de augur por la toga de candidato.

—¿Es eso cierto, Rufo?

—No necesariamente.

Metón lo escuchó y la sonrisa se borró de su cara. No me gustaba que le rondaran por la cabeza sueños de gloria militar. No le había dado la libertad para que derramara su sangre por la ambición de cualquier general.

Rufo aminó el paso y dejó que los otros nos adelantaran. Me tocó el brazo para indicarme que me quedara atrás con él. Parecía inquieto. Su entusiasmo inicial por el águila se había desvanecido y en su rostro se leía ahora la incertidumbre.

—Es un augurio contundente, Gordiano. Jamás me había ocurrido nada así y, que yo sepa, tampoco a ningún otro augur.

—¿Pero es bueno o no? —pregunté impaciente—. Me pareció que me insinuabas que sí lo era.

—Sí, pero lo que realmente sentí fue una especie de horror sagrado. Es algo que puede cegar a un hombre, incluso siendo augur. Todas las profecías merecen gran respeto, porque vienen de los dioses, pero lo que significan para los mortales no siempre trae felicidad.

—Rufo, ¿qué intentas decirme?

—Casi hubiera deseado que los auspicios fueran menos prodigiosos. La sencilla visión de un buitres, un cuervo volando en espiral...

—Pero un águila enviada por Júpiter, eso seguramente es bueno...

—Una señal tan potente, apareciendo en una celebración tan modesta, eso es lo que me preocupa. Me parece desmesurado. Vivimos en una época en que hombres pequeños se ven implicados en grandes acontecimientos, a veces esos

acontecimientos los elevan a la grandeza, pero por lo general acaban aplastados por ellos. Metón es tan sencillo y humilde... ¿Qué puede significar un auspicio tan contundente el día de su mayoría de edad? Me preocupa.

—Oh, Rufo... —Estuve a punto de reírme de él, pero sentía demasiado respeto por su persona. De todas formas, me di cuenta de que comulgaba con los incrédulos como Cicerón, que en privado cabecean al ver el temblor de manos de los píos. ¿O acaso sólo estaba disfrazando mi inquietud?—. Tal vez el augurio se haya equivocado de dirección y tenga algo que ver con Catilina y Cicerón. ¡Tal vez iba dirigido a los cónsules y llegó con una hora de retraso! Los dioses también cometen errores de vez en cuando... Eso dicen los poetas.

—Jamás oirás decir eso a un sacerdote o a un augur —dijo Rufo muy serio.

Continuamos bajando. El bullicio del Foro salió a nuestro encuentro. A la cabeza de nuestro grupo iba Mumio con un brazo en el hombro de Metón y gesticulando entusiasmado con el otro.

—Cuando los romanos entran en combate ondeando sus estandartes, siempre verás un águila coronando las banderas. Pompeyo lleva un peto dorado con un águila repujada. Ah, recuerdo que antes de la batalla de Puerta Colina, cuando yo era un joven teniente de Craso y luchábamos junto a Sila, los augures vieron tres águilas volando en círculo sobre Roma...

Metón parecía totalmente cautivado por su charla. Me sentí algo aliviado cuando llegamos al pie del Capitolino y Mumio se despidió diciendo que quería enterarse de las últimas noticias del debate del Senado. No se entretuvo despidiéndose; se limitó a dar un fuerte abrazo a Eco y a Metón y se alejó con paso rápido y decidido, seguido de Apolonio.

Parecía un buen momento para que se dispersara el séquito, así que di las gracias a todos y les dije que la celebración se daba por terminada. Pero Rufo tenía otros planes.

—Recuerda que te dije antes que podía tener una sorpresa para Metón. —Aparentemente había dejado a un lado sus dudas y sonreía misteriosamente, todo lo misteriosamente que le permitía su carácter—. ¡Voy a llevarte conmigo a la Casa Senatorial!

—¿Qué? —El corazón se me puso en la boca.

—¿A escuchar el debate de los senadores? —preguntó Metón, que parecía casi tan interesado en esto como en la charla militar de Mumio.

—Se me ocurrió la idea en cuanto Eco me pidió que hiciera de augur. Por supuesto, en condiciones normales no se hubiera convocado el pleno del Senado, pero tal y como están las cosas la ocasión no puede ser mejor. La cámara estará llena, así que será un buen espectáculo. *Llegamos* tarde, pero de todas formas...

—Pero Rufo, sólo está permitida la entrada a los hijos y nietos de senadores.

—No tanto. Hay muchos secretarios deambulando por allí.

—Pero seguro que no dejan entrar a los Gordianos —dije.

—Los dejarán si vienen conmigo. —Parecía absolutamente seguro de lo que decía. De hecho, los patricios suelen estarlo siempre, y no sin razón.

—Bueno, desde luego es un honor, pero creo que debemos declinar tu invitación —dije.

Metón me miró como si hubiera arrojado al Tíber uno de sus regalos de cumpleaños.

—Pero papá, ¿por qué no?

—Sí, papá, ¿por qué no? —repitió Eco.

—Porque... Bueno, Metón, seguramente te sentirías cohibido en un lugar así.

Metón frunció el entrecejo. Rufo contestó por él.

—Nos deslizaremos entre las sombras. Nadie nos verá.

—Pero Rufo, sólo seremos una molestia para ti. Ya te hemos robado mucho

tiempo.

—Vamos, Gordiano, Metón se ha convertido hoy en ciudadano romano de pleno derecho. ¿Qué mejor forma de celebrarlo que llevándole al corazón mismo de la República? ¿Cómo puedes negar a tu hijo una lección tan valiosa de ciudadanía? Confieso que yo mismo tenía mis dudas sobre si hacer esto o no, hasta que llegó el águila al Auguráculo. Ahora estoy convencido de que es lo justo. ¡Vamos, démonos prisa antes de que los senadores acaben y vuelvan corriendo al Foro a suplicar votos!

Se volvió y se abrió paso entre la multitud. Metón me miró con una mezcla de súplica infantil e impaciencia adulta. Eco también me miraba, con simpatía, pues sabía cuánto me revolvía el estómago la idea de sumergirme con mi familia en un mar de políticos, y al mismo tiempo sabía que no tenía ninguna excusa razonable para rechazar la generosa y considerada oferta de Rufo, ni para negar a Metón la oportunidad de ver algo así con sus propios ojos. Supongo que podría haber dejado a mis hijos ir con Rufo y volver yo junto a las mujeres, pero entonces no habría escuchado a Catilina formular su enigma.

Una amplia escalinata conducía al pórtico de la Casa Senatorial, donde grandes columnas flanqueaban la entrada. Holgazaneando en los escalones estaban los diversos criados de los senadores que se hallaban dentro; entre ellos reconocí a algunos de los fornidos guardaespaldas que acompañaban a Cicerón. Otros guardias, ligados a la misma Casa Senatorial, vigilaban a ambos lados de las altas puertas que, por ley, permanecían abiertas para no ocultar lo que sucedía en su interior a los ojos de los dioses. Me sorprendió que nos dejaran entrar en un lugar así, incluso acompañados por Rufo, pero era porque pensaba que la Casa Senatorial sólo tenía una entrada. Pero Rufo la conocía mejor.

Junto a la Casa, y adosado a ella, hay otro edificio, menos imponente, que aloja diversas oficinas de la administración. Nunca había entrado y, de hecho, apenas me había fijado en él. Las puertas de madera estaban abiertas de par en par. En el interior, un amplio pasillo recorría todo el edificio; a él daban docenas de pequeños despachos llenos de rollos de papiro amontonados en sendos estuches contra las paredes y encima de las mesas. Unos cuantos funcionarios soñolientos se movían entre los documentos, como pastores atendiendo a un rebaño dócil. No se fijaron en nosotros.

En el centro del edificio había una escalera que subía al primer piso y luego al segundo. Rufo nos condujo por una serie de pequeñas habitaciones vacías. Empecé a escuchar el eco de voces que hablaban en voz alta, interrumpidas de vez en cuando por un rugido multitudinario, que lo mismo podía ser risas que burlas. Llegamos a una puerta de hierro entreabierta. Rufo se puso un dedo en los labios, si bien ninguno había dicho una sola palabra hasta entonces; se deslizó por la puerta y con una seña nos indicó que le siguiéramos.

La Casa Senatorial no es un edificio antiguo, pues fue reconstruido y remodelado por Sila durante su dictadura. Los materiales del interior reflejan el impecable gusto del déspota: paredes de mármoles de colores, columnas con hermosísimos relieves, techos artesonados y con exquisita ornamentación. Un vestíbulo separa el hemiciclo de la entrada principal. La gran cámara del hemiciclo es rectangular, iluminada de noche o durante las tormentas por grandes lámparas que cuelgan del techo, y en las tardes soleadas y luminosas como la presente por altos ventanales protegidos con rejas de bronce. Pegadas a las paredes más altas y formando un semicírculo hay tres filas de escaños de madera labrada. Habíamos entrado por el extremo izquierdo del hemiciclo. En este lugar inadvertido permanecían de pie unos diez funcionarios que no apartaban los ojos de los senadores por si les llamaban para buscar un documento o llevar un mensaje. Algunos nos echaron una mirada suspicaz, pero cuando vieron que íbamos con Rufo dejaron de prestarnos atención. Parecían absortos en lo que estaba ocurriendo en ese momento en el hemiciclo.

Cicerón se hallaba en el centro de la cámara, rodeado de senadores sentados,

como un gladiador en el circo. Si Metón necesitaba aprender con el ejemplo cómo comportarse con la toga puesta, era el momento de aprenderlo todo de Cicerón, quien al parecer podía hablar con todo el cuerpo, girando y moviendo sutilmente el cuello, gesticulando con un brazo y apoyando el otro en mitad del torso como si llevara un escudo. Mucho había cambiado aquel orador apasionado pero rígido al que yo había conocido hacía ya muchos años. Apenas era necesario oírle para sentir la fuerza de su elocuencia.

No estaba pronunciando un discurso preparado; estaba enzarzado en un acalorado debate con uno de los senadores sentados. Desde mi posición tuve que estirar el cuello para ver al hombre, pero cuando escuché su voz no tuve necesidad de mirar: era Catilina.

Cuando reconstruyó la Casa Senatorial, Sila no sólo había utilizado su impecable ojo, sino también el oído. Como gran amante de la música y el teatro, había aprendido de aquellos famosos teatros griegos en que se podía escuchar nítidamente el susurro de un actor desde la última fila. Cada palabra que cambiaban Cicerón y Catilina llegaba tan claramente a mis oídos como si hubiera estado sentado entre ellos.

—¡Catilina, Catilina! —gritó Cicerón en tono burlón—. No pido que se pospongan las elecciones para reducir tus oportunidades de ser elegido, si ésa fuera la voluntad del pueblo. ¡Jamás haría yo nada que se opusiese a la voluntad del pueblo romano! Pero, ya que se me ha confiado la dirección del Estado, haré todo lo posible para evitar que se ponga en peligro su supervivencia. ¡Y eso va también por los miembros de este agosto cuerpo! Tal como están las cosas ahora, si se efectúa la votación mañana, es probable que no tengamos elecciones, sino un baño de sangre.

En ese instante se produjo otro murmullo general a media voz. Gracias a la extraordinaria acústica de la sala, pude oír con claridad tanto las opiniones favorables como las contrarias.

—Cicerón está obsesionado por la idea de que habrá sangre el día de las elecciones —exclamó Catilina—, pero sólo teme por la suya propia.

—¿Acaso negarás que tengo motivos para temerlo? —dijo Cicerón—. Ya te he preguntado por las informaciones que nos han llegado y que afirman que estás conspirando contra la vida del cónsul...

—Y yo ya he negado rotundamente la existencia de tal conspiración, y vuelvo a preguntarte qué información es ésa y cuál es la fuente.

—¡Eres tú quien ha de responder, Catilina!

—¡¡Esto no es un juicio!

—Bueno, no se te ha acusado formalmente de ningún delito, pero sólo porque todavía no has tenido ocasión de cometerlo. —Esto provocó otro rugido. Por encima del estrépito Cicerón gritó—: ¡Porque tu víctima está alerta! —Se cruzó de brazos y enderezó los hombros, envolviéndose en la toga como si se arrojara en la virtud. Cogió la tela que llevaba alrededor del cuello y la dejó caer, poniendo al descubierto el peto dorado.

Esto hizo que estallara un alboroto más ensordecedor aún. Los senadores próximos a Catilina, presumiblemente sus aliados, se pusieron de pie, unos riendo, otros alzando los puños y mofándose. Pero en vez de amilanarse, Cicerón avanzó hacia ellos. Tal desfachatez suscitó un griterío aún más fuerte.

—Esto es peor que la chusma del Foro —dijo a Rufo.

—Nunca había visto nada tan caótico, Gordiano —murmuró—. Incluso en los debates más acalorados hay siempre un mínimo de orden y de respeto mutuo, un poco de humor para desahogar las animosidades, pero hoy la cámara parece al borde de la revolución.

Por encima de los continuos gritos de los seguidores de Catilina, Cicerón consiguió hacerse oír. La potencia de sus pulmones era sorprendente.

—¿Niegas que has conspirado para asesinar a miembros de este agosto cuerpo?

—¿Dónde están las pruebas? —replicó a voces Catilina.

—¿Niegas que has conspirado para asesinar al cónsul de la República el día de las próximas elecciones consulares?

—¡Las pruebas! ¡Exijo las pruebas!

—¿Niegas, oh Lucio Sergio Catilina, que tu objetivo final es el desmantelamiento del Estado por cualquier medio, sin importarte si es violento o ilegal?

Catilina respondió, pero su voz fue ahogada por el griterío de sus propios aliados, lo cual dio la ventaja a Cicerón y su potente voz. Al final, Catilina consiguió calmar a sus aliados, que volvieron a tomar asiento.

—¡Con el debido respeto, las acusaciones del cónsul son las de un loco! Aborda la seguridad de la República como una madre temerosa de que sus hijos abandonen el hogar. ¿Es tan delicada la República que unas elecciones honradas pueden acabar con ella? ¿Es tan vital él mismo para el Estado, es tan única su capacidad que nos quedaríamos ciegos sin él? Oh, sí, Cicerón ve cosas que otros hombres no ven. Pero yo os pregunto: ¿eso es bueno o malo? —Esto provocó alguna carcajada y la tensión disminuyó—. Contrariamente a lo que pueda pensar este Hombre Nuevo, la historia de la República no empezó ni terminará con su consulado. —Ante esta afirmación hubo más risas e incluso alguna broma. Catilina sonrió amargamente—. ¡No soy yo quien trata de desmantelar la República, sino tú, Cicerón! —Se oyeron abucheos procedentes del lado opuesto de la cámara—. Sí, porque, ¿quién sino Cicerón está decidido a seguir posponiendo las elecciones? y por qué? ¿Porque teme por su vida? ¡Eso es absurdo! Si un hombre tuviera motivos para matar a nuestro estimado cónsul, ¿por qué iba a querer esperar hasta el día de las elecciones?

—Para sembrar el caos —contestó Cicerón—. Para atemorizar a los votantes decentes y asegurarse la victoria mediante la intimidación.

—¡Eso es absurdo! La verdadera intimidación está teniendo lugar aquí y a instancias del cónsul, pues al no fijar un día para las elecciones priva de sus derechos civiles a los que tienen que viajar para votar y no pueden costearse un alojamiento en la ciudad. Ya se han aplazado una vez. ¡No las pospongamos más!

—Las elecciones se pospusieron a causa de los augurios —dijo Cicerón—. La tierra tembló, los relámpagos rasgaron el cielo. —Se oyeron burlas y risas aisladas, presumiblemente de los escépticos, seguidas de las réplicas de los más devotos.

—Generalmente, Cicerón, cambias de tema esperando apartar nuestra atención de lo que verdaderamente nos interesa. Ahora los auspicios son favorables; no tienes motivos religiosos para demorar más las elecciones. —Algunos senadores que hasta ahora habían permanecido en silencio empezaron a murmurar y a asentir gravemente con la cabeza.

—Vamos, Cicerón, ya hemos debatido bastante —gritó uno de los senadores más ancianos; el grito fue secundado por muchos otros y Cicerón retrocedió y escrutó las filas de escaños, como pasando lista a sus fuerzas. Parecía descontento; se volvió e hizo una seña a su colega de consulado, Cayo Antonio, que comenzó la lectura de una propuesta para aplazar de nuevo las elecciones consulares y reprobar a Catilina por su «intento de desmantelamiento del Estado». Los que estaban a favor debían colocarse en la parte izquierda de la sala; los que estaban en contra debían ponerse en la parte contraria, donde ya estaban Catilina y sus seguidores.

En ese momento Rufo nos abandonó para reunirse con los senadores que se oponían a la propuesta. Observé que Marco Mumio estaba en el mismo lado, como también César, Craso y sus partidarios. Cuando todos estuvieron sentados, a primera vista quedó claro que la propuesta de Cicerón no prosperaría. Cayo Antonio anunció el resultado y, acto seguido, disolvió la asamblea.

Las conversaciones impregnaron el aire de la cámara, pero aún se oyó una vez más la voz chillona de Cicerón:

—Mañana veremos quién ha dicho la verdad. ¡Vaticino tiempos difíciles a esta

República!

—¿Qué ojos tienes, Cicerón, que ven mucho más allá que cualquiera de nosotros?
—gritó Catilina.

Muchos senadores que hablaban en corro se interrumpieron para escuchar. Puede que no se hubieran cansado todavía de aquellas discusiones, pero yo sí. Hice una seña a Metón y a Eco indicándoles que era hora de irnos, no fuera que nos viesen andando por la cámara sin Rufo como valedor. Nos deslizamos por la puerta entreabierta por la que habíamos entrado. La voz de Catilina seguía resonando a nuestras espaldas.

—¿Sabes lo que veo yo, Cicerón? ¿Sabes lo que perciben mis ojos cuando analizo esta República? Veo dos cuerpos...

Me paré de inmediato, totalmente alerta, y me volví para escuchar. Metón estaba confuso, pero en los ojos de Eco vi que él también escuchaba atentamente.

—Veo dos cuerpos, uno delgado y débil, pero con una gran cabeza; el otro es grande y fuerte, pero está decapitado. El inválido con cabeza lleva al gigante decapitado como a un animal, atado a una cadena. ¿Qué tiene de terrible que yo sea la cabeza de ese cuerpo decapitado? ¡La historia sería muy distinta entonces!

Dicho en ese contexto, el significado del enigma estaba claro. Me quedé sin aliento ante la osadía de Catilina. Después de haberse salido con la suya en lo de las elecciones, se atrevía ahora a burlarse no sólo de Cicerón sino del mismísimo Senado, y en su propio seno, pues ¿qué otra cosa podía ser el cuerpo débil con una gran cabeza sino el Senado? ¿Y qué era el cuerpo fuerte pero decapitado sino las masas sin dirección ante las que Catilina se proponía como caudillo y cuyo descontento manejaría para conseguir sus propios fines?

Eco también lo entendió.

—Ese hombre debe de estar loco —dijo. —O muy seguro de su éxito —dije.

—O ambas cosas —sentenció Metón.

Capítulo Veintiuno

Tras la disolución de la asamblea, el espacio que había frente a la Casa Senatorial se hizo prácticamente intransitable, pues los diversos séquitos se reagruparon en torno a los políticos. No tenía ganas de meterme en el tumulto para abrirme camino por el Foro, así que entramos en el laberinto de pequeñas y retorcidas callejuelas que hay en la parte norte del mismo, hasta que salimos al lugar donde habíamos dejado a las mujeres.

Sobraban las excusas por la duración de nuestra ausencia, pues la misma Bethesda acababa de volver de comprar en los diversos mercados que rodean el Foro. Para Diana había comprado una muñeca de arcilla con ojos de cristal verde, para Menenia un chal azul y amarillo, y para ella una peineta de marfil. Puse mala cara al pensar en todo el heno que significaban aquellos regalos, pero ¿cómo podía negarle tales caprichos después de tanto tiempo privada de las tiendas y mercadillos de la ciudad?

Las literas nos llevaron de vuelta a la casa del Esquilino, donde Eco despidió a los porteadores. Esa noche tuvimos una cena formal, tumbados en los triclinios del comedor que daba al jardín. Sólo estaba la familia. Las mujeres llevaban estola y los hombres toga. Metón ocupaba el lugar de honor. Nunca se había recostado en un triclinio ni había comido vestido de manera formal, pero se desenvolvió con soltura y no derramó una sola gota de vino en su toga.

La conversación se centró principalmente en temas familiares: la remodelación de la casa que pensaban hacer Eco y Menenia, cómo iban las cosas en la granja, las relaciones de Eco con su familia política. También hablamos del augurio de esa tarde y todos coincidimos en que parecía de lo más favorable. Todos menos Bethesda, que siempre ha considerado la religión romana simplista comparada con la sutileza de la egipcia. Lo más gracioso es que no criticó la ceremonia en sí; simplemente preguntó si el águila tenía algún rasgo humano. Menenia ocultó su sonrisa tras un abanico de papiro.

No se habló de Cicerón y Catilina, ni se mencionaron las elecciones ni los cuerpos sin cabeza. Con esto me di por satisfecho.

Aquella noche, cuando todos dormían ya, me sentí inquieto y decidí salir al jardín. El toldo había sido retirado y el jardín estaba iluminado por la luz de la luna. Escuché el suave gorgoteo de la fuente y contemplé la luna y las estrellas titilantes reflejadas en el agua negra. La luz lunar convertía las baldosas en plata resplandeciente y parecía cubrir las flores con una suave capa de ceniza gris.

¡Cuántas noches había encontrado paz y olvido para las preocupaciones de la ciudad en este jardín! En cierto modo me sentía allí tan lejos del torbellino del Foro como en la finca de Etruria; más seguro aún. Me senté en un banco de piedra al lado de la fuente y me apoyé en una columna. Levanté la vista hacia la luna y la cúpula de estrellas que la envolvía.

Entonces oí que unos pies descalzos avanzaban por el pórtico, un rumor tan conocido que ni siquiera tuve que mirar.

—Metón —dije tranquilamente.

—Papá. —Salió al jardín. Se había quitado la toga y sólo llevaba puesto un taparrabos. Se acercó y le indiqué que se sentara a mi lado; prefirió hacerlo en un banco, a un par de metros enfrente de mí.

—¿No puedes dormir, Metón? ¿O es que hace demasiado calor?

—No, no es el calor. —El ángulo de incidencia de la luz sobre su rostro dejaba sus ojos en la sombra, destacaba la nariz y daba un aspecto marmóreo a sus mejillas y

labios.

—La emoción del día, entonces.

Se quedó callado un rato.

—Papá, ahora soy un hombre.

—Lo sé, Metón.

—Ya no soy un niño.

—Sí, Metón, lo sé.

—Entonces, ¿por qué todavía me tratas como a un niño?

—Porque... ¿Qué quieres decir?

—Me ocultas cosas. Hablas a mis espaldas. Le cuentas todo a Eco, lo compartes todo con él.

—Porque Eco es...

—Porque Eco es un hombre y yo soy un niño.

—No, Metón, no es eso.

—Porque Eco nació libre y yo no.

—No, tampoco —dije, negando rotunda y sinceramente con la cabeza.

—Pero ya soy un hombre. Eso dicen la ley y los dioses. ¿Por qué tú no lo crees? —Miré sus mejillas suaves e inmaculadas, del color de las rosas blancas a la luz de la luna, que el barbero había afeitado por primera vez aquel día. Miré sus tiernos brazos y su estrecho pecho, tan sedoso y lampiño como el de una niña. Pero en realidad sus brazos ya no eran tan tiernos como había creído. El trabajo de un año en la granja los había vuelto musculosos. Ni su pecho era ya el pecho plano y estrecho de un niño; había empezado a ensancharse y a tomar forma. Las piernas seguían siendo demasiado largas en relación con el tronco, pero los muslos y pantorrillas ya tenían buena definición muscular. ¿Cuándo se había operado este cambio? Era como si me encontrara mirando a un extraño o como si la luna le hubiera transformado en ese preciso instante ante mis ojos en un verdadero hombre—. Me tratas como a un niño, papá, y sabes que es cierto —añadió—. Todo ese asunto de no querer dejarme entrar en el Senado...

—Eso no tenía nada que ver contigo, Metón. Era mi propia aversión.

—Y lo del cadáver que encontramos en las cuadras? Me trataste igual que a Diana.

—No es verdad. A ella le mandé que se fuera y a ti te enseñé lo que se podía aprender observando un cadáver, aunque, si mal no recuerdo, tenías muchos remilgos para mirar.

—¡Pero miré! y no estoy hablando de que me dejaras inspeccionar el cuerpo contigo. Hablo de después, cuando empezaste a darle vueltas al asunto. No confiaste en mí. Mandaste a buscar a Eco para hablar con él; eso demuestra lo que digo.

—Yo no mandé a buscar a Eco.

—Eso no es lo que dice él.

—Ah, ya veo, habéis estado hablando a mis espaldas.

—Confianza el uno en el otro, papá, como deben hacer los hermanos. Y como deberías hacer tú también. Porque ahora soy un hombre y me necesitas para ayudarte, para protegeros a ti, a mamá y a Diana...

—¿Protegerme a mí? —La imagen del niño desvalido de Bayas protegiéndome de algún robusto asesino era tan absurda que negué con la cabeza. Mi deber sí era protegerlo a él, como había hecho siempre. Claro que ya no era tan pequeño. Pero yo todavía era más fuerte que él, al menos eso me parecía, aunque tal vez él fuera más rápido y quizá tuviese más resistencia que yo—. Tu cuerpo ha cambiado, Metón, es verdad, pero en otros aspectos...

—En otros aspectos sigo siendo un niño. Sé que eso es lo que piensas, pero ¿qué pruebas tienes? —Estas palabras me sonaron extrañas al oído. ¿De dónde las había sacado?—. No sabes en qué pienso cuando estoy solo. A mí también me preocupa el cadáver de las cuadras, y que Catilina viniera a casa, y las cosas terribles que pasan en

Roma. Vi a Marco Celio hablando contigo en la fiesta. Vi la expresión de tu cara. ¿Qué quería? ¿Por qué no me lo cuentas para que te eche una mano?

—Ay, Metón, ¿cómo voy a pedirte ayuda cuando ni yo mismo sé qué hacer?

—De eso se trata, papá. Tal vez a mí se me ocurra algo. —Levantó la cara y lo volví a ver como a un niño, delgaducho y torpe, serio e inocente y deseoso de complacer. Me costó resistir la tentación de alargar la mano para revolverle el pelo. ¿Cómo podía tratarle como lo que no era?—. Papá, te pido que me respetes. Quiero saber qué peligro nos acecha. Quiero estar incluido en tus planes. Tengo derecho a esperar eso de ti, ahora que soy un hombre. ¿Es que no lo puedes entender?

—Sí, Metón, lo entiendo.

—Entonces, ¿me tratarás de un modo distinto en el futuro? Aspiré profundamente.

—Lo intentaré.

—Bien. Podemos empezar por ir juntos mañana a ver las elecciones.

—Oh, Metón —gruñí.

—Pero, papá, ¿cómo voy a aprender si no lo veo con mis propios ojos? Por eso lo de hoy fue tan extraordinario. Ir al Senado, oírle hablar... ¡Nunca lo olvidaré!

—¿Oír a Cicerón?

—¡No, a Catilina! Significó mucho más para mí que la ceremonia del Auguráculo. Tengo que ver qué pasa mañana. —Bajó la mirada—. Podría ir solo...

—¡Nunca! Golpes, cuchillos, alborotos...

—Entonces, ¿iremos juntos? Arrugué la frente.

—Lo consultaré con la almohada.

—Papá...

—Bueno, de acuerdo —suspiré—. Si tienes que ver Roma en sus peores...

—¡Gracias, papá! —Me apretó las manos para mostrarme su agradecimiento y se fue a dormir. Momentos después hice lo mismo, pues, al fin y al cabo, no podía levantarme demasiado tarde.

Cuando yo era niño, la parte noroeste de la ciudad que quedaba fuera de la Muralla de Servio, llamada entonces Campo de Marte, estaba aún muy subdesarrollada. Los participantes en las carreras de carros entrenaban a sus caballos en esta zona y las unidades militares hacían instrucción en esta extensa planicie. En el lejano extremo del Campo, tocando un gran recodo del Tíber, se encuentran las aguas termales de Tarento, donde a mi padre le gustaba ir para aliviar el dolor de huesos. Recuerdo haber ido a las termas atravesando zonas arboladas donde las cabras pastaban junto al camino, sin apenas una casa a la vista, como si uno estuviera en pleno campo.

Claro que la porción sur del Campo de Marte más próxima a la Muralla de Servio hace mucho que se construyó. La sombra matutina del Capitolino se cierne desde hace mucho tiempo sobre los astilleros y dársenas del Tíber, sobre los abarrotados mercados de verduras del Foro Olitorio y sobre el hervidero de tiendas y baños que rodea el Circo Flamínio, que sigue siendo la construcción extramuros más llamativa. Aun así, a lo largo de mi vida he visto crecer mucho más todo el Campo de Marte: se han levantado más almacenes en la orilla del río, se han construido nuevas tiendas, que destacan entre las viejas por ser más altas se han cultivado nuevos huertos, se han ampliado las carreteras... Los jinetes de carreras y los soldados, antaño reyes solitarios de la enorme llanura, no han tenido más remedio que aproximarse y ahora las nubes de polvo que levantan se mezclan en el aire. La carretera de Tarento ya no es una salida directa al campo, sino que se halla rodeada de ciudad por todas partes. Incluso corren rumores de que Pompeyo ha mandado cercar una amplia extensión de terreno público en el centro del Campo de Marte y que piensa construir allí un gran teatro de estuco y mármol. Esto ha suscitado gran controversia, pues si se construye será el primer teatro permanente de Roma, una ciudad donde los escenarios provisionales que se montan para los festivales se han considerado siempre mejores que los teatros estilo templo de

los decadentes y tragicófilos griegos.

Debido a que se encuentra fuera de las murallas y a su gran extensión, el Campo de Marte ha sido desde los primeros tiempos un lugar para celebrar las concentraciones masivas (y con frecuencia ingobernables) que no pueden celebrarse en el limitado espacio del Foro. Desde la fundación de la República, los romanos siempre han votado allí.

Así que a la mañana siguiente, casi de madrugada, Metón y yo nos pusimos en camino hacia el Campo de Marte. Decidí llevar a Belbo con nosotros por si había violencia. Desayunamos deprisa algunos restos de la fiesta y nos llevamos algo de comida y un pellejo lleno de agua. El cielo era de un gris pálido mientras bajábamos por la Subura hacia la Puerta Fontinal. Ya había grupos en la calle, todos andando en la misma dirección. En el momento de cruzar la puerta escuché las trompetas que llamaban a los ciudadanos.

Al otro lado de la Vía Flaminia, entre la urbanizada zona sur del Campo de Marte y los espacios abiertos del norte, se encuentra la Villa Pública. El recinto amurallado es muy antiguo, como los edificios que hay dentro. Además de contener los despachos de los empadronadores, que llevan los registros de los votantes, en la Villa Pública se hospedan los embajadores extranjeros y los generales romanos que deben esperar fuera de la ciudad antes de hacer su entrada triunfal. Es también el lugar al que se retiran los candidatos mientras aguardan el resultado de las elecciones.

Adjunto a la Villa Pública hay otro recinto amurallado llamado, sin ninguna ostentación, el Redil de las Ovejas. Los días de elecciones se tienden cuerdas para dividir el espacio en pasillos. Para depositar las papeletas de voto, los votantes son conducidos por el Redil a través de los pasillos. No hay que romperse la cabeza para establecer comparaciones metafóricas.

Con los primeros rayos del sol, los ciudadanos entran en tropel en los campos que rodean la Villa Pública. Los votantes romanos se dividen en diversas clases según su riqueza, y dentro de esas clases en centurias. Los organizadores de cada centuria trabajaban tenazmente para agrupar a sus integrantes. Muchas centurias ya habían decidido de antemano su punto de encuentro, pero con tan enorme muchedumbre aún reinaba la confusión general. El tiempo tampoco coadyuvaba; hacía días que no llovía y había mucho polvo en el aire. La mañana ya era calurosa y el día prometía serlo más.

No tardé en ver indicios de soborno descarado. Reconocí a unos cuantos tipos de mala fama entre la multitud y les vi moverse entre los jefes de centuria, sonriendo, dando la mano y entregando descaradamente pequeñas bolsas abultadas que no podían contener más que monedas. Algunos eran secuaces de Craso y al menos a uno lo había visto en el séquito de César el día anterior, pero había muchos que no sabía para quién trabajaban.

Hubo unos cuantos brotes aislados de violencia, pero nada grave. Vimos a una pandilla de jóvenes dar una paliza a un granjero y a sus hijos y luego darse a la fuga. Vimos a dos optimates canosos y acalorados en medio de una pelea a puñetazos. (Uno apoyaba a Murena, el otro a Silano. ¿Quién sino un aristócrata podía ver la diferencia?) Los esclavos permanecieron detrás, indefensos y mirando, entre consternados, alarmados y divertidos. Vimos las consecuencias de un duelo a cuchillo que acabó con los dos duelistas sangrando. En conjunto, una votación más pacífica de lo que había imaginado. Por supuesto, éstos fueron los episodios violentos que presenciamos; dentro del gran torbellino de gente debió de haber muchos más.

Un griterío llegó de pronto a nuestros oídos por detrás y al girarme vi que llegaban Cicerón y su colega Cayo Antonio. Cicerón iba escoltado por guardias armados y llevaba la toga abierta para mostrar el peto, último recordatorio, destinado a los votantes, de la presunta traición de Catilina. Desaparecieron por las puertas de la Villa Pública y reaparecieron al rato en el podio instalado en la muralla. Antonio anunció que los augures de la Villa Pública habían estudiado debidamente los auspicios y que eran

favorables. Sin terremotos y con un cielo despejado, me dije, difícilmente podía ser de otra manera. Las elecciones podían celebrarse.

Poco después llegaron los candidatos, todos seguidos de un largo desfile de partidarios que empujaban a la multitud para abrirse camino. Todos pasaron por el podio antes de desaparecer en el interior de la Villa Pública. Hubo abucheos y aplausos para Murena y Silano, los optimates favoritos, que llegaron casi al mismo tiempo. Cuando los candidatos abandonaron el podio, los canosos y aristocráticos contendientes, que habían hecho una tregua mientras sus adalides estaban en el estrado, empezaron a maldecirse y a pegarse de nuevo.

Otros candidatos desfilaron por el podio, pero ninguno suscitó más que algunos aplausos y burlas. Entonces llegó Catilina. Le oímos mucho antes de verlo. Empezó con un rugido sordo que parecía provenir de la Puerta Fontinal y se hacía más y más fuerte a medida que se aproximaba a la Villa Pública. Era como un muro, palpable pero impenetrable, como si a uno se le pudiera venir encima y aplastarle. Al principio era difícil decir qué era, pues el conjunto de abucheos, silbidos, aplausos, vítores, burlas y maldiciones se fundía en un único estruendo. Tampoco era fácil determinar la reacción física de la muchedumbre. Cuando pasó el cortejo los hombres abrieron la boca para gritar, pero ¿maldecían o vitoreaban? Levantaban los brazos, pero era imposible decir si el puño cerrado significaba aversión o apoyo. A través de la multitud vislumbré a Catilina, y por su sonrisa bien se podía decir que todas las voces le aclamaban y todos los puños alzados se ponían a sus órdenes.

Cuando subió al podio, el estruendo se hizo ensordecedor. La multitud empezó a canturrear su nombre: «¡Catilina! ¡Catilina!». A mi alrededor había jóvenes saltando y moviendo los brazos. Me pareció que todos le adoraban, y que todas las maldiciones y burlas no iban dirigidas a Catilina, sino a sus enemigos. Entre tanto, Cicerón se fue al rincón más alejado del podio y volvió la cara.

Catilina se dirigió al interior de la Villa Pública con sus rivales y dio comienzo la votación. Las clases más ricas, las primeras en votar, ya se habían congregado en la puerta del Redil. En la entrada, cada votante recibía una tablilla y un estilo para escribir el nombre de su candidato. Los estilos y tablillas se recogían al final de cada pasillo acordonado, quedando éstas en una urna para el posterior recuento, que se realizaba una vez que había votado toda la centuria. En total debe de haber algo menos de doscientas centurias, de las cuales más de cien las componen las dos clases más ricas. Las clases inferiores integran a muchos más votantes, pero se agrupan en menos centurias. Y las clases más pobres, la mayoría del pueblo romano, suman sólo cinco centurias. A veces ocurre que cuando les llega el turno, la votación está ya decidida y no pueden ejercer su derecho al voto. No es extraño, por tanto, que acudan a las elecciones más por ver el espectáculo que por votar; eso sí acuden.

Habíamos encontrado un sitio a la sombra donde sentarnos, en el muro occidental de la Villa Pública, y explicaba yo todas estas cosas a Metón cuando Belbo, rascándose el pelo pajizo, preguntó:

—Y a qué clase perteneces tú, amo?

Miré con desconfianza su rostro bovino, pero Metón secundó su curiosidad.

—Sí, papá, ¿a qué clase perteneces tú? Nunca me lo has dicho.

—Porque llevo mucho tiempo sin votar.

—Pero debes saberlo.

—En realidad, sí. Cambiamos de clase este año, gracias a la herencia de Lucio Claudio. Antes éramos miembros de la quinta clase (un poco por encima de los más pobres), y ahora lo somos de la tercera, es decir, por debajo de los ricos, como la mayoría de las familias que poseen una sola hacienda y una casa en la ciudad.

—Y con qué centuria votamos?

—Si votáramos, lo haríamos con la segunda centuria de la tercera clase.

—Y yo podría votar también?

Hice una mueca.

—Podrías si...

—Quiero verla.

—¿Ver qué?

—La segunda centuria de la tercera clase. Quiero ver a los votantes de nuestra centuria.

—¿Por qué?

—Papá... —Sólo tenía que dar cierta inflexión a la voz para recordarme la conversación de la noche anterior.

—Muy bien. Pero no hay prisa. No es ni mediodía y seguro que las dos primeras clases todavía no han acabado de votar. Y después votarán los équitos, que componen una clase especial de dieciocho centurias; luego lo hará la tercera clase. Beberemos un poco de vino, comeremos y después iremos a conocer a nuestros colegas de votación. Para entonces habrá menos gente; empezarán a marcharse hartos del calor, el polvo y el aburrimiento.

Lo cual no fue cierto, pues cuando nos reunimos con la multitud parecía, en todo caso, que hubiese aumentado. Tampoco se respiraba aburrimiento en el ambiente, sino una sobrecarga de excitación, como una ráfaga de viento antes de una tormenta. Los hombres se movían inquietos de un lado a otro.

Por fin llamaron a votar a la tercera clase. Un gran grupo de hombres, mejor vestidos que la mayoría pero sin el aspecto acicalado de los optimates y sin la ostentación de los équitos, se reunió a la entrada del Redil. La primera centuria pasó al primer pasillo, la segunda al segundo y así hasta el final.

—Bueno —dijo Metón—, ésa es nuestra centuria, ¿no?

—Sí.

—¡Vamos, papá, quiero verlo!

—¡Aquí no se admiten esclavos, sólo ciudadanos! —dijo un oficial apostado a la entrada del recinto. Miraba a Belbo, que asintió y retrocedió.

—Pero no es necesario —protesté—. Puede quedarse con nosotros. Sólo...

—¡Por Catilina! —me susurró una voz al oído y me pusieron una moneda recién acuñada en la mano. Alcé los ojos y vi la cara de uno de los sobornadores que había reconocido antes, uno de los hombres de Craso. Él también me reconoció—. ¡El Sabueso! Por los callos de Marte, creía que te habías ido de Roma definitivamente.

—Creíste bien.

—Y también creía que no votabas jamás.

—Y así es.

—¿Entonces?

—Me arrebató la moneda.

Sin querer, me vi empujado con todos los demás, encerrado entre la muchedumbre camino del segundo pasillo del Redil. Metón iba delante de mí, mirando una moneda brillante que sostenía entre el pulgar y el índice.

—Metón, tenemos que...

—Pero, papá, si ya casi estamos.

Y era cierto. Antes de darme cuenta, estábamos ya en la entrada del pasillo de votación, donde un funcionario del censo, con cara de aburrido, sostenía un pergamino mientras escrutaba a Metón.

—¿Gentilicio? —preguntó secamente.

—Gordiano —contestó Metón.

—Gordiano, Gordiano... Sí, aquí está. No hay muchos. Y ¿cuál eres tú? Parece que no tienes ni edad para votar.

—Tengo dieciséis años —protestó Metón—. Los cumplí ayer.

—Ah, sí, es verdad —dijo el funcionario, mirando la lista de reojo—. Aquí tienes la tablilla y el estilo. ¿Y tú, eres su padre? —preguntó, mirándome.

—Sí, pero...

—Tablilla y estilo. ¡Siguienteeee!

Y así, como una oveja, me vi arrastrado hasta la urna. Vi a Metón escribir en su tablilla. Nos empujaron hacia delante. Otro funcionario situado al final de la cola recogió los estilos y se aseguró de que metíamos las balotas en la urna. Al hacerlo, el funcionario me lanzó una extraña mirada.

Por fin salimos del Redil; Belbo nos esperaba. Suspiré aliviado y de pronto escuché un grito detrás de mí.

—¡Eh, tú, ciudadano! ¡El de la barba! —Me volví—. ¡Sí, tú!

El funcionario había sacado mi tablilla de la urna y la llevaba en la mano.

—¡Te has equivocado, ciudadano! —dijo, riéndose—. No se presenta ningún «Nemo» a las elecciones consulares. Me encogí de hombros.

—Es igual, es el hombre por el que voto.

Metón no quería decirme por quién había votado alegando que el voto era secreto, pero lo supe por la expresión de desaliento de su rostro cuando se anunció que en nuestra centuria había sido elegido Silano. Y así fue como se llevó la primera desilusión política de su vida.

La decepción fue aún mayor para muchos de los congregados ante la Villa Pública cuando, más tarde, se anunció que no era necesario que votaran la quinta clase ni los libertos pobres para determinar el resultado. Habían ganado Silano y Murena. Los optimates seguían controlando el consulado. Por segunda vez en dos años, Catilina había sido derrotado en las urnas. Por todas partes se escuchaban gritos de desesperación popular y de repente noté la tensión que se respiraba en el aire.

Silano y Murena hicieron su aparición en el podio, junto con Cicerón y Antonio. Siguiendo la tradición, los cónsules electos tenían que decir unas palabras a los ciudadanos reunidos allí, pero cuando Murena se adelantó para hablar, su voz fue ahogada por un súbito estruendo. Catilina había cruzado las puertas de la Villa Pública.

Por la reacción de la muchedumbre, parecía que Catilina hubiera sido el ganador. Sus partidarios corrieron hacia él aplaudiendo, llorando, estirando los brazos para tocarle; todos coreaban su nombre: «¡Cati-lina! ¡Cati-lina!» La expresión de su rostro era estoica mientras avanzaba a zancadas con la mandíbula apretada y los ojos al frente. Desde el podio, Cicerón bajó la mirada con una sonrisa tensa en los labios.

Una vez que se hubo marchado Catilina, Murena y Silano pudieron hablar. Sus palabras, como cabía esperar, fueron banales y recibieron una fría acogida. Después, Cicerón anunció que se celebraría inmediatamente la votación para elegir a los pretores. Podía muy bien haberme quedado y votar por mi amigo Rufo, pero Metón estaba desmoralizado y decidió que ya había tenido bastante política por aquel día. Abandonamos el Foro y volvimos a casa por las desiertas calles de la Subura.

Ya en casa de Eco, Bethesda se dio cuenta de que Metón estaba anormalmente meditabundo. Lo atribuyó a la depresión natural que sobreviene el día después de un acontecimiento tan importante como la fiesta de la toga, pero yo sabía que la desilusión de Metón tenía sus raíces en algo más profundo.

Capítulo Veintidós

Esa noche cenamos de manera informal, a base de continuas incursiones a la cocina en busca de los restos de la víspera. El calor del día nos había sumido a todos en un estado de letargo. Los esclavos atendían las órdenes con lentitud y hasta Bethesda tenía demasiado calor para reñirles. El sol también parecía holgazanear y tardó mucho en ponerse. El cielo fue cambiando a un azul más intenso y oscuro. Metón se fue a su habitación para estar solo. Diana se acurrucó junto a su madre y se quedó dormida. Eco y Menenia se retiraron a otra habitación de la parte de atrás para hacer lo que haría cualquier pareja de recién casados en una larga y calurosa tarde de verano. Me quedé solo en el jardín, que era lo que me apetecía.

El primer grupo de estrellas empezaba a brillar en el cielo cuando Belbo me anunció que había una visita en la puerta.

—¿Para Eco? —pregunté.

—No, amo, ha venido a verte a ti. Pero no me gusta su aspecto.

—¿Por qué, Belbo?

—Demasiados guardaespaldas, uno para cada dedo por lo menos, y todos empuñan grandes dagas.

Se me aceleró un poco el pulso. ¡Por las barbas de Júpiter! ¿Qué había hecho yo ahora? ¿Por qué no me dejaban en paz?

—¿Quién es el visitante?

—No estoy seguro. No ha dicho su nombre y va medio oculto entre sus guardaespaldas, así que no he podido verle bien. Lleva púrpura en la toga, eso sí.

—¿En serio? —Apreté los labios, confundido.

—Y va armado. O por lo menos lleva armadura bajo la toga, algo parecido a un peto...

—Entiendo. Sí, Belbo, supongo que será mejor que le dejes pasar. Pero dile que deje fuera la escolta. No tiene nada que temer en esta casa.

Belbo desapareció. Instantes después, Marco Tulio Cicerón se reunía conmigo en el jardín.

—¡Gordiano! —dijo, lanzándome una mirada larga y cálida, como si yo fuera un amigo del alma o un votante indeciso—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—No tanto. Me viste ayer de camino al Auguráculo.

—Dadas las circunstancias, eso no cuenta. Si ayer estuve brusco o distante, espero que lo comprendas. No podía tratarte como es debido y no podré hacerlo hasta que todo esto haya acabado.

—¿Todo esto?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Lo sé?

—¡Gordiano! —dijo, como regañándome cariñosamente—. No cambiarás nunca.

—¿Qué es lo que quieres, Cicerón? —¡Y tan lacónico!

—No soy orador, como tú. Digo lo que pienso.

—Todavía debes de estar muy cansado del viaje. Debes de sentirte fuera de lugar aquí, lejos del campo y del mugido de los bueyes. Sé lo mucho que irritan los rigores del Foro. ¡Créeme, lo sé! Por no hablar de la ordalía de un día de elecciones. Pero éstas han ido bastante bien, ¿no crees?

—Para los que han ganado.

—Hoy ha ganado Roma. Si las cosas hubieran sido de otro modo, todos habríamos salido perdiendo, incluido tú.

—Había muchos ciudadanos frente a la Villa Pública que no pensaban lo mismo.

—Sí, hay manifestaciones y revueltas en varios puntos de la ciudad. Eres muy

astuto al haberte retirado tan temprano y cerrado todas las ventanas. Los seguidores de Catilina se aferran a cualquier excusa para practicar la violencia y el pillaje.

—Quizás estén llenos de frustración y desesperanza.

—¡No me digas que simpatizas con esa chusma, Gordiano! Un hombre inteligente como tú, que además tiene propiedades ahora. Me siento muy orgulloso de eso, ya lo sabes, de haberte ayudado en el asunto de la herencia. Los dioses y Lucio Claudio decidieron que debías medrar en este mundo, y me alegro de haber contribuido a ello. La mayor parte de los hombres acaba por tener lo que merece, aunque tarde en conseguirlo.

—¿Sí?

—Mira a mi hermano Quinto, por ejemplo. Elegido pretor esta tarde. ¡Siguiendo mis pasos!

—¿Cómo le fue a Rufo?

—También ha obtenido la pretoría y me alegro por él. —La sonrisa de Cicerón no parecía totalmente falsa. Podía permitirse el lujo de ser generoso.

—¿Y Cayo Julio César?

Esta vez no sonrió.

—También ha obtenido la pretura. Claro que nadie puede decir que no se la haya ganado a pulso, aunque tal vez tarde mucho en saldar sus deudas. Pero bueno, tú has estado allí, ¿no es cierto? Me pareció verte entre la multitud.

—Nos fuimos pronto. Mi hijo Metón quería ver la votación, pero al poco rato ya había visto suficiente.

—¡Ah, los deberes de un padre! ¡Mi hijo sólo tiene dos años y ya es un gran orador! ¡Tiene los pulmones más fuertes que yo!

—Lo dudo, Cicerón. Pero dime, ¿por qué has venido? No me malinterpretes, no es que no me alegre la visita del cónsul de Roma ni que me moleste tener a su escolta acampada en mi puerta... Me siento muy honrado, por supuesto. Pero dices que hay revuelo en las calles. Seguramente el peligro...

—No me importa el peligro. Ya deberías saber eso, Gordiano. ¿Acaso no desafié a Sila al comienzo de mi carrera? Tú estabas allí, viste cómo me enfrenté al tirano. ¿Crees que voy a permitir que la chusma desenfrenada me impida cumplir con mis deberes de cónsul? ¡Jamás!

—No obstante, debe de haber algo que temes. ¿Qué otra razón habría para llevar esa armadura tan pesada y una escolta tan numerosa?

—La armadura libera a un hombre del miedo. En cuanto a los guardaespaldas, son todos buenos hombres de la clase de los équites. Me siguen porque me quieren, lo mismo que quieren a Roma. Sí, ciertamente hay peligro. Siempre lo hay cuando un hombre defiende lo que es justo, ya lo sabes. Pero un verdadero romano se traza un camino y no se aparta de él, ni se deja intimidar por la chusma armada con palos y piedras, ni por los conspiradores con antorchas y dagas.

—Aun así, pensé que habías decidido que era mejor que no hubiera ningún contacto personal entre nosotros; al menos eso me dijo Marco Celio. ¿Debo entender entonces que tu visita de esta noche marca el fin de nuestro fingido distanciamiento?

—No exactamente —dijo.

—Pero la crisis ha acabado, si es que alguna vez la hubo.

—No mientras algunos partidos sigan amenazando la estabilidad del Estado.

—Pero Catilina está acabado. Lo has vuelto a derrotar. No podrá ser candidato a cónsul por tercera vez. Demasiadas deudas. Sus aliados lo abandonarán y también sus amigos ricos. Dos derrotas seguidas significan que ya no quedan monedas que poner en las sudorosas manos de los votantes. Catilina está acabado.

—Ahí te equivocas, Gordiano. El enemigo de Roma no está acabado. Todavía no. —Los ojos de Cicerón se encendieron y su rostro adoptó una expresión ruin—. ¿Qué hay más peligroso en los bosques que un jabalí, Gordiano?

—¡Por favor, nada de enigmas como los de Catilina!

—Un jabalí herido. Hoy han herido a Catilina, pero eso no significa que esté acabado. Tiene más recursos de los que imaginas. Sus «aliados», como tú los llamas, son más peligrosos de lo que piensas. Tienes razón: después de lo de hoy le faltarán las mejores fuentes de financiación, pero ahora depende del acero, no de la plata.

—Cicerón, no quiero que me pidas más favores —dije cansadamente.

—¿Por qué no? ¿No te gusta la granja que te ayudé a conseguir?

—Cicerón, la gratitud tiene un límite.

—No estoy hablando de gratitud, Gordiano. No apelo a tu sentido de la obligación, sino a tu egoísmo. Eres la clase de propietario que más sufrirá si no se para los pies a Catilina.

—Cicerón... —Levanté una mano.

—Y adoras a tu familia, ¿no es cierto? Piensa en ella y en su futuro.

—¡En ella precisamente estoy pensando! —Me controlé y bajé la voz—. Estoy cansado de ponerla en peligro. Y más cansado aún de que me amenacen e intimiden.

—La amenaza viene de Catilina.

—¿De veras?

Cicerón frunció el entrecejo, percibiendo por fin que, aunque él hablaba de cosas generales, yo me refería a algo muy concreto.

—¿Qué quieres decir?

—Hablo del cadáver decapitado que dejaron en mis cuerdas por no responder con diligencia a las demandas de Celio.

—Ah, sí, el cuerpo sin cabeza. Celio me dijo que le habías comentado algo de eso ayer, pero no sabía de qué estabas hablando, y yo tampoco. Debe de tratarse de algo urdido por Catilina...

—Pero si Catilina fue el responsable y Celio se hace pasar por agente suyo, ¿cómo es que Celio no lo sabía?

—Porque... —Cicerón titubeó.

—Porque tal vez haya cosas que Celio no te cuenta. En ese caso, ¿cómo puedes confiar plenamente en él? ¡Y si no puedes confiar en él, yo tampoco!

Cicerón se quedó pensando unos momentos antes de responder.

—Gordiano, entiendo que te preocupe ese asunto...

—O quizás sea Catilina quien no confía en Celio. ¿Podría ser eso? ¿Podría ser que la farsa de Celio no haya conseguido engañar a Catilina y éste sepa que Celio es tu espía? Eso significaría que Catilina sabe que yo también soy agente tuyo. Eso pone a mi familia en un peligro mayor aún.

—Es evidente, Gordiano, que estamos en aguas profundas. ¡Pero no hay forma de salir a flote si no te pones a patallar! Si no haces nada, te hundirás. ¡Todos nos hundiremos! El Estado es una nave. Yo la guío, se me ha confiado el timón. Catilina la incendiará si no le detenemos. Debo hacer todo lo que esté en mi mano para mantener la nave a flote. Pero necesito tu ayuda. Estoy tendiéndote una mano para subirte a bordo, pero me tienes que dar esa mano.

—Qué hermosa metáfora. Qué retórica tan fluida...

—¡Gordiano, estás poniendo a prueba mi paciencia! —Por fin había conseguido enfadarle. Podía poner en tela de juicio su valentía y burlarme de su vanidad, pero no podía soportar que menospreciara su dominio de la oratoria—. Te guste o no, debes seguir haciendo lo que te pida. Catilina es una amenaza demasiado perversa.

—¿De verdad es tan depravado? Cuando estaba bajo mi techo, a veces llegué a pensar que era más sentimental que sedicioso.

—Gordiano, ¿cómo es posible que seas tan ingenuo? —De repente recuperó la sonrisa—. Vaya, empiezo a ver cuál es el problema. ¡Te gusta Catilina! Pero, claro, a todos nos ha gustado Catilina en algún momento. Pero final e inevitablemente, todos hemos acabado lamentándolo. Pregunta al espíritu de su cuñado asesinado, o al de su

hijo asesinado, o a las desgraciadas familias de los hombres y mujeres que ha corrompido. Antes de elegir a sus víctimas, Catilina se asegura de su poder de seducción. Ay, Gordiano, sé que encuentras un poco engreído a tu viejo amigo Cicerón, siempre ha sido así. Tienes una vista aguda y buena memoria para la altisonancia, y confieso que con mi éxito me he vuelto quizás un poco altanero y jactancioso. Pero tú ves tras los velos de la vanidad humana. ¿Cómo es posible que te dejes engañar por Catilina? ¿Es su orgullo tan monstruoso que no puede percibirse, de la misma manera que un hombre que mira al mar no puede ver una gota de agua en él? ¿Te ha seducido, Gordiano?

—Estás diciendo tonterías, Cicerón. Pero al menos tus metáforas son coherentes. —Permaneció en silencio durante un rato y me miró sagazmente. Recordé el aspecto que tenía la primera vez que le había visto: delgado, desgarbado, con un cuello apenas lo bastante resistente para sostener su cabeza. Sus dimensiones habían aumentado con su ambición.

—Ah, Gordiano. Catilina sabe leer en el corazón de los hombres. Percibe sus necesidades y deseos, y juega con ese conocimiento. Dime si acierto. En seguida sabe cómo adular; te hace cumplidos sobre la granja y tu familia. Se fija en lo poco ortodoxa que es tu familia, siente que tienes debilidad por los desposeídos y te dice que él también es un hombre del pueblo, y que quiere cambiar las cosas en Roma para dar a las masas desgraciadas la posibilidad de una vida mejor. Critica la falta de sensibilidad de los optimates y sus escabrosos métodos. Después de haberse infiltrado en tu vida personal y de haberte entusiasmado con sus ideas políticas, especialmente presentadas para que se adapten a las tuyas, te confía un secreto personal, a ti y sólo a ti, para que quede claro que siente un aprecio muy especial por tu persona. —Pensé en lo que me había confesado Catilina sobre la vestal Fabia y sentí un ligero malestar—. Catilina te dirá todo lo que quieras oír, será tu confidente, te hechizará aunque estés alerta, si le dejas. Lo admito: Catilina es encantador. Durante años yo pensé lo mismo, hasta que un día vi su interior. Mientras que yo carezco de encantos. ¿Crees que no lo sé? Esta noche has mostrado claramente tu hostilidad hacia mí, Gordiano. Me juzgas intrigante y engreído, y lo único que deseas es que me vaya y te deje en paz. Te molesto. No tengo encanto y nunca lo he tenido; nací sin él y no puedo hacer nada por cambiarlo. Por eso precisamente me apoyo en la retórica y la persuasión, torpes herramientas al lado del encanto natural de un hombre como Catilina, que antes de decir una palabra ya lleva medio debate ganado gracias a ese rostro atractivo y a esa sonrisa cautivadora, irresistible y exasperante. A su lado yo debo de parecer tosco y ridículo. ¡Pero piensa, Gordiano! ¿Qué es el encanto si en su interior hay una fea verdad? yo te hablo de esa fea verdad y tú arrugas la nariz. Catilina sonrío y murmura bonitas mentiras a tu oído y tú le encuentras fascinante. ¿Percibes la ansiedad que hay en mi voz? ¿No quieres seguir haciéndome el favor que te pedí y permitir que Catilina se aloje en tu casa cuando lo desee? Hazlo por el bien de Roma. Hazlo por el bien de tus hijos.

¿Qué hay peor para un hombre de mi edad que empezar a dudar de su propio juicio? ¿Me había hechizado Catilina, me había vuelto torpe y soñador? ¿O era Cicerón el que estaba practicando su perversa magia, utilizando lo que sabía de Catilina y de mí para encontrar las palabras exactas que me desconcertaran y me hicieran doblegarme a sus deseos? Como yo no respondía, Cicerón suspiró y dejó caer los hombros. ¿Estaba actuando o de verdad se sentía agotado? ¿Por qué no podía saberlo yo, que poseía una vista tan aguda para detectar el artificio?

—Piensa en ello, Gordiano —añadió—. Cuando vuelvas a tu hermosa y tranquila granja recuerda que Roma está en grave peligro. Y si Roma arde, ten por seguro que las llamas llegarán al campo. —Bajó la cara, hinchando la papada del cuello. Me miró unos instantes, pero yo no tenía nada que decir—. No volveré a verte hasta que haya pasado la crisis. Marco Celio seguirá siendo mi emisario, como antes. Ha sido muy

arriesgado venir a verte personalmente esta noche, pero mis espías me aseguraron que los ojos de Catilina estarían puestos en otra parte y Celio me dijo que estabas dudoso, así que pensé que podía convencerte de que cambiaras de opinión si hablaba contigo personalmente. —Dio media vuelta. Los rígidos pliegues de su toga crujieron—. Me voy. Tengo muchas obligaciones que atender esta noche antes de irme a dormir. Nadie está a salvo con la chusma de Catilina alborotando por las calles, pero no puedo permitir que eso me afecte.

Conozco mi deber para con Roma. Ojalá fuera tan sencillo como el tuyo.

Y dicho esto se marchó. Me senté en un banco junto a la fuente. Había anochecido del todo y las estrellas brillaban intensamente. La luna estaba alta, acariciando con su luz plateada el tejado del pórtico.

—Ya puedes salir, Metón —dije tranquilamente.

El muchacho salió de detrás de la cortina de su habitación y apareció en las sombras del pórtico.

—¿Se ha enterado Bethesda? —pregunté.

—No. La he oído roncar a través de la pared. —Salió al jardín; llevaba puesto sólo el taparrabos. Pensé que ya tenía edad para andar por la casa con algo más de ropa.

—Bien. Eco y Menenia están dormidos o absortos en otros asuntos. Sólo tú y yo sabemos que Cicerón ha estado aquí.

—¿Cómo supiste que estaba escuchando? Puse mucha atención en no mover la cortina.

—Sí, pero por debajo de la cortina asomaba el pulgar de tu pie izquierdo. El reflejo de la luz te daba en la uña. En otras circunstancias, un descuido así puede ser fatal.

—¿Crees que Cicerón se dio cuenta? —preguntó.

Tuve que reírme.

—No lo creo. De lo contrario habría llamado a sus guardaespaldas y te hubieran acribillado antes de que me diera tiempo a decir una sola palabra. Bien, ¿qué piensas de nuestro estimado cónsul, Metón?

Dudó un instante.

—Creo que Cicerón es un charlatán pretencioso. Sonreí.

—Yo también, pero eso no significa que esté mintiendo.

—Entonces ¿vas a hacer lo que te pide?

—Ojalá lo supiera.

Capítulo Veintitrés

Después de las elecciones, pasamos cinco días en Roma. Disfruté más de lo que había imaginado; paseé por las siete colinas, vi a viejos amigos, saboreé los manjares de las vendedoras de los mercados, miré a la gente que va y viene por la Subura y me sentí, una vez más, engullido por el frenético pulso de la vida de la gran ciudad. Pero no todo fueron placeres. Una mañana, mientras Bethesda curioseaba en las tiendas de la calle de los Plateros, me fui a ver al abogado que defendía mis derechos sobre el arroyo frente a las reclamaciones de Publio Claudio. Se llamaba Volumeno y su bufete estaba en el segundo piso de un abigarrado y feo edificio de ladrillo, a tiro de piedra del Foro. Todo el edificio estaba habitado por abogados y en su interior se respiraba el olor mohoso del papiro viejo. Las paredes del pequeño y angosto despacho de Volumeno estaban llenas de rollos archivados en casilleros. El mismo parecía un papiro, alto y muy estirado, cara alargada y modales secos.

Me dijo que no se había avanzado, aunque me aseguró que estaba haciendo todo lo posible.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunté—. Cuando los Claudios reclamaron mi herencia, el asunto parecía más complejo, pero Cicerón se las arregló para solucionarlo en unos días.

Volumeno adoptó una expresión fría.

—Tal vez prefieras a Cicerón para resolver tus asuntos legales —dijo—. ¿O está demasiado ocupado? En serio, hago todo lo que puedo. Desde luego, si fuera uno de los políticos más poderosos de Roma, estoy seguro de que conseguiría que los tribunales zanjaran este asunto en poco tiempo, pero no soy más que un modesto abogado...

—Entiendo.

—No, en serio, si crees que puedes conseguir que el poderoso Cicerón se haga cargo del caso, adelante...

—Aquello fue un favor especial. Si me dices que estás haciendo todo lo que puedes...

—Cicerón podría hacer más, estoy seguro; mejor y más rápidamente...

Conseguí bajarle los humos antes de irme. Volví a salir a la calle y, más que descontento por la desidia de la profesión leguleya, me sentía incómodo al recordar lo mucho que debía a Cicerón. Sin su ayuda y sus importantes contactos, el asunto de la herencia podía haber estado retenido en los tribunales durante años, y yo hubiera tenido que seguir viviendo en Roma viendo cómo mi barba se volvía gris.

La tarde del séptimo día que pasamos en Roma preparamos el equipaje y a la mañana siguiente, muy temprano, volvimos a la granja. Llegamos a media tarde, entumecidos y llenos de polvo. Diana bajó inmediatamente de la carreta y corrió de corral en corral para dar un abrazo a sus corderos favoritos. Metón, que llevaba todo el día conteniendo sus energías, subió en seguida al cerro. Bethesda se quedó en casa viendo los destrozos que habían hecho los esclavos en su ausencia y después de alguna que otra regañina sin consecuencias se fue a la caja donde guardaba las joyas y metió en ella sus nuevas adquisiciones.

Yo me recliné en mi estudio y pregunté a Arato qué había sucedido en mi ausencia, que resultó ser muy poco. El arroyo había menguado algo más, aunque me aseguró que era normal para la época.

—Ni siquiera lo habría mencionado —dijo— si no fuera porque tal vez pueda haber un problema en el pozo...

—¿Qué problema? —pregunté.

—El sabor del agua. Lo noté ayer. Tal vez se coló un gato por la rejilla o algún animal que excavaba su madriguera, atravesó la pared del pozo, se cayó al agua y se ahogó.

—¿Quieres decir que hay un animal muerto en el pozo?

—Sospecho que sí. Como he dicho, el gusto del agua...

—¿Qué has hecho al respecto?

Por la forma en que inclinó la cabeza deduje que le estaba hablando demasiado rudamente.

—Lo primero que hay que hacer en un caso así es levantar la rejilla, bajar un cubo o un gancho y tratar de sacar el cadáver. Al fin y al cabo, los cadáveres flotan...

—¿Lo hiciste?

—Sí, pero no pudimos subir nada. El gancho se quedó atrapado en un punto. Hicieron falta dos hombres para soltarlo. Es posible que se hayan soltado unas piedras o que se haya caído parte de la pared. El sabor podría deberse entonces a una comadreja o un animal parecido, aplastado por el derrumbe. Si el desperfecto es grande, eso ya puede ser más serio. Si tenemos que hacer reparaciones en el pozo, no podremos usarlo, y con lo escaso que va el arroyo...

—¿Cómo sabremos si hay daños o no?

—Alguien tendrá que bajar.

—¿Por qué no se hizo eso ayer? ¿O esta mañana? Mientras tanto, el animal muerto sigue envenenando el agua.

Enlazó las manos y bajó la mirada.

—Ayer, cuando todos nuestros esfuerzos por liberar el gancho hubieron fracasado, ya estaba demasiado oscuro para ordenar a nadie que bajara. Esta mañana había nubes de tormenta aproximándose por el oeste y me pareció que era más importante trasladar las balas de heno al granero para evitar que se mojaran.

—¿Todavía había balas fuera? Creía que ya se había guardado todo el heno.

—Sí, amo, y así era, pero hace unos días ordené a los hombres que lo sacaran al sol. El heno que no está contaminado puede contagiarse, pero esto se puede evitar exponiéndolo al sol.

Moví la cabeza, dudando una vez más de su buen juicio.

—¿Y ha llovido esta mañana?

Hizo una mueca.

—No, pero las nubes eran muy negras y amenazadoras, y oímos truenos a lo lejos. Aunque no hubiéramos estado ocupados con el heno, esta mañana habría tenido mis dudas sobre si mandar a un hombre que bajara al pozo, viendo la amenaza de tormenta, y teniendo en cuenta el peligro. Sé cuánto valoras a tus esclavos, amo.

—Muy bien —dije con displicencia—. ¿Queda tiempo todavía para que baje alguien antes de que anochezca?

—Estaba a punto de hacerlo cuando has llegado, amo.

□ □ □

Me dirigí con Arato al pozo, donde ya se había reunido un grupo de esclavos. Habían fabricado con cuerdas una especie de *arnés* y lo habían atado a una soga mucho más larga. Uno de los hombres se pondría el arnés y los demás le bajarían. Metón se reunió con nosotros, sonriendo y sofocado después de la excursión al cerro. Cuando le expliqué lo que pasaba, se ofreció voluntario para bajar al pozo.

—No, Metón.

—¿Por qué no, papá? Tengo el tamaño perfecto, soy ágil y peso poco.

—No seas loco.

—Pero, papá, creo que sería interesante.

—Metón, no seas ridículo. —Bajé el tono de voz—. Es demasiado peligroso. Para eso... —Me callé. Casi digo «para eso están los esclavos», pero por suerte me di cuenta de lo mal que habrían sonado tales palabras a sus oídos.

De pronto empecé a pensar. ¿Realmente me había vuelto tan insensible con los hombres que poseía? Había heredado una granja. ¿Acaso con ella también había heredado la actitud despectiva de los propietarios de esclavos como Publio Claudio o el difunto Catón? «Utiliza la herramienta humana hasta que se rompa —dice Catón en su libro— y sustitúyela por otra nueva.» Siempre he odiado a los hombres como Craso, que no daban ningún valor a la vida de sus esclavos, sino sólo a su utilidad. Sin embargo, pensé, da una granja a un hombre y verás cómo se convierte en un pequeño Catón; dale minas, propiedades y barcos y sin duda se transformará en un pequeño Craso. Me había apartado de Cicerón precisamente porque me parecía que se había convertido en lo que él tanto había detestado. Pero tal vez esa desviación es inevitable en la vida; la riqueza, por necesidad, hace a un hombre avaro, el éxito lo vuelve banal, y hasta el más mínimo poder lo hace indiferente a los demás. ¿Era yo distinto?

—No puedes bajar, Metón —añadí—, porque voy a bajar yo. —Estas palabras casi me sorprendieron tanto como a Metón.

—Pero, papá, ¿quién es el loco ahora? —protestó—. Es más lógico que baje yo. Soy mucho más joven y ágil.

Mientras tanto, los esclavos nos miraban verdaderamente atónitos. Arato nos puso las manos en los hombros y nos separó.

—Amo, debo aconsejarte que no hagas tal cosa. Demasiado peligroso. Para eso están los esclavos. Si lo haces tú, sólo conseguirás confundirlos.

—Los esclavos están aquí para hacer lo que yo les diga o, en mi ausencia, para hacer lo que les diga Metón —le corregí—. Y mientras esté abajo en el pozo, será Metón quien se asegure de que los vigilas bien, Arato.

Hizo una mueca.

—Amo, si resultaras herido (¡no lo permitan los dioses!), los esclavos sufrirían terribles castigos. Por su bien te pido que dejes esta labor a uno de ellos.

—No, Arato, lo he decidido. Y no me contradigas más. Vamos, ¿cómo se coloca este arnés?

¿Esperaba demostrarles algo con aquella travesura? Porque si quería demostrar que yo no era como cualquier otro propietario de esclavos, no podía haber elegido una manera menos prudente, pues los esclavos estaban angustiados por mi actitud. Si lo que necesitaba era probarme a mí mismo que aún era bastante joven para enfrentarme al peligro, debería haberme mirado en un espejo para volver inmediatamente a la realidad. Tal vez pensaba así renovar el respeto de Metón, pero en realidad le estaba negando una vez más la afirmación de su propia virilidad.

Arato, más sombrío que nunca, supervisó la mecánica de la operación comprobando las cuerdas y ajustando el arnés sobre mis hombros. Metón, decepcionado, tenía poco que hacer. Los esclavos quitaron la rejilla del pozo y retrocedieron mientras yo me subía al brocal. Me dieron una antorcha. Los esclavos se pusieron en hilera, cogieron la cuerda y poco a poco la fueron soltando. Conforme descendía, el borde del pozo se convertía en un alto muro y el cielo se reducía a un pequeño agujero encima de mí.

No era tan difícil como había pensado. Simplemente bajaba por la pared del pozo, apoyando los pies en las juntas de las piedras. La cuerda estaba tensa y soportaba bien mi peso. Por encima de mí veía a Arato y a Metón, los dos con expresión preocupada y parpadeando por las briznas de ceniza que desprendía mi antorcha.

—¡Ten cuidado, amo! —decía Arato.

—Sí, papá, ten cuidado —repetía Metón.

El agujero de arriba era cada vez más pequeño; hasta que quedó reducido al tamaño de un platillo.

—¿Más cuerda? —gritó Arato.

Miré por detrás de mi hombro. Aún no veía el agua.

—Sí, más cuerda.

Seguí mirando por encima del hombro hasta que, finalmente, el círculo de agua relució a mis pies, destellando como fuego líquido donde reflejaba la rojiza antorcha y tan negro como la obsidiana en el resto de la superficie. Parecía haber algo pálido y blando flotando en el agua. Las paredes estaban intactas. Cuanto más me acercaba, más difícil me resultaba girar el cuello para ver el agua.

Descendí hasta que quedé justo encima de la superficie.

—¡Mantened la cuerda tensa! —grité.

—¡Sí, amo! —contestó Arato. Su cara era un punto negro en medio del pequeño círculo de luz.

Intenté girar para ponerme de cara a la superficie del agua. Casi lo había conseguido cuando mi pie se apoyó en una piedra suelta de la pared. Los esclavos que sujetaban la cuerda no estaban preparados para un tirón tan repentino. La cuerda se aflojó sólo un instante, pero suficiente para que me hundiera en el agua hasta el cuello. Volvieron a tensar la cuerda nuevamente, tirando hasta que los hombros quedaron fuera de la superficie. El agua me había salpicado la cara; tuve que escupir y toser, pero había conseguido mantener encendida la antorcha. Con el brazo libre palpé buscando algo a lo que agarrarme. Había un objeto grande en el agua y de una longitud igual al diámetro del pozo. Era frío y carnoso al tacto. Me estremecí y sentí que se me revolvían las tripas.

Grité. No fue un alarido de terror, sino un chillido agudo, parecido al que da un perro cuando le pisan la cola, pero arriba, con el eco, debió de parecer espantoso. Los esclavos lo oyeron y se asustaron, tiraron bruscamente de la cuerda y empecé a subir contra mi voluntad. Grité para que se detuvieran, pero el pozo debió de distorsionar mis palabras y creyeron que les pedía socorro. Estiré el brazo con rapidez y así el bulto que flotaba en el agua; sentí asco pero no temor. Su peso me hizo ceder de nuevo. Los esclavos tiraron con más fuerza, haciendo que sintiera como una puñalada de dolor en toda la espalda, pero no solté el bulto. Creía saber lo que era, pero quería asegurarme.

Los esclavos tiraron tan fuerte que empecé a subir arrastrando el bulto. Lo cogí con ambas manos, sujetando la antorcha con tanta fuerza que su llama casi me quema la cara. Antes de que el dolor de los hombros me obligara a soltarlo, ya estaba seguro de lo que había visto. Oí gritar a Arato: «¡Arriba!» y subí tan aprisa que la antorcha se me escapó de la mano. Rebotó en mi pie; cayó al agua, donde se apagó con una explosión de vapor. Tirando con todas sus fuerzas, los esclavos consiguieron izar me, como a un *deus ex machina* en el teatro. Me balanceé en la oscuridad arañándome las piernas y golpeándome los hombros contra las paredes. Apenas sentía el dolor y el rechinar de mis dientes. Mis pensamientos estaban absortos en lo que acababa de ver en el agua.

Era un cuerpo humano y no tenía cabeza.

Tercera parte

CAPITOSTES

Capítulo Veinticuatro

Cuando conseguimos sacar el cadáver del pozo ya se había hecho de noche.

En el primer intento bajó un esclavo llevando consigo una cuerda con que amarró fuertemente el cadáver. Los de arriba subieron primero al esclavo, que apareció mareado y pálido, y luego el cuerpo. Al ver surgir del pozo el cadáver desnudo, hinchado y descabezado, algunos esclavos profirieron gritos de horror y soltaron la cuerda, que quemó las manos de los que trataron de sujetarla. Del interior del pozo llegó el ruido de una zambullida. El desastre enervó a los esclavos más supersticiosos. Oí murmullos a mi alrededor y distinguí la palabra «lémur», pero a la trémula luz del crepúsculo no pude distinguir quiénes la habían pronunciado. Todos parecían aterrorizados por igual. Era como si la palabra la hubiese susurrado la brisa.

El pozo estaba pues contaminado y por partida doble. Primero por la descomposición del cadáver y segundo por la permanencia del cuerpo en el agua. A partir de ese momento, los esclavos lo considerarían un lugar maldito.

Sólo gracias a la maestría de Arato para manejar a los esclavos conseguimos hacer otro intento; para entonces el sol ya se estaba poniendo. El esclavo que había bajado al pozo la primera vez se negó a hacerlo de nuevo y ninguno de los restantes se ofreció voluntario. Arato escogió a uno y le amenazó con azotarle e incluso le dio un golpe en la espalda. El esclavo transigió y se dejó colocar el arnés. ¿Qué remedio le quedaba? Era impensable que volviera a bajar yo después de las heridas que me había hecho en la espalda y los hombros, y prohibí a Metón que lo hiciera. Al final actué como cualquier otro propietario de esclavos y dejé que mi capataz obligara a uno de los hombres a bajar. Casi podía oír al espíritu de Catón burlándose de mí.

Esta vez no fue tan grande el susto cuando emergió el cadáver y los hombres se las arreglaron para mantener la cuerda tirante. De todos modos, su visión ponía los pelos de punta: la textura cerosa de la carne hinchada, la enorme herida del cuello, la terrible ausencia en el lugar donde debiera estar la cabeza. Depositaron el cuerpo en el suelo. Se formó un charco que empezó a extenderse. Los esclavos gritaban y saltaban para que el agua no les rozara los pies.

Miré hacia la casa y vi a Bethesda en una ventana. Le había mandado el recado de que ni Diana ni ella se acercaran. ¿Qué estaría pensando ahora, contemplando a los esclavos aterrorizados reunidos en torno al pozo? Pronto sabría lo ocurrido. Todos los moradores de la granja lo sabrían; ya no podía mantener en secreto la catástrofe, como había hecho con Nemo.

Ordené a Arato que trajeran más antorchas para examinar con detenimiento el cadáver. Los esclavos seguían inquietos, deseando alejarse del lugar. Dije a Arato que les diera permiso para marcharse de momento, pero que quería verlos a todos reunidos en la puerta del establo una hora después. Me acuclillé al lado del cuerpo, estremeciéndome al sentir un dolor punzante en los hombros y en los cortes que me había hecho en los codos y las piernas. Metón se arrodilló junto a mí con una antorcha.

—Bien, Metón, ¿qué ves aquí?

Tragó saliva. Incluso a la débil y cálida luz de la antorcha se notaba su palidez extrema.

—La carne está tan destrozada... Es difícil decirlo. No sé por dónde empezar.

—Hazte una lista en la cabeza. Aplica la ley del «o/o», como dicen los filósofos: o esto o lo otro. ¿Hombre o mujer?

—Hombre, por supuesto.

—¿Joven o viejo?

—¿Más o menos como Nemo? —dijo, dubitativo.

—¿Por qué dices eso?

—Por las canas que tiene en el pecho mezcladas con pelo negro. Y por las articulaciones abultadas. No es un joven, pero tampoco un anciano.

—¿Tez clara u oscura?

—Es difícil saberlo; está muy hinchado y descolorido, aunque yo diría que parece curtido por el sol. El vello púbico es oscuro.

—¿Esclavo o ciudadano libre?

—Esclavo —dijo sin dudar.

—¿Por qué?

—Porque cuando salía del pozo le vi la espalda. —Me incliné más para dar la vuelta al cuerpo, pero pesaba demasiado para mis doloridos hombros. Metón dejó la antorcha en el suelo, se arrodilló a mi lado y me ayudó—. Ahí —dijo, acercando la antorcha y señalando un punto. Bajo la tenue luz vimos la prueba de la esclavitud del hombre. Tenía la espalda y los hombros llenos de cicatrices. Algunas eran antiguas y casi habían desaparecido, pero otras eran recientes. Había sufrido en vida muchos castigos.

—¿Causa de la muerte? —pregunté.

Metón inclinó la cabeza pensativo.

—Evidentemente, lo mataron antes de arrojarlo al pozo, ya que le falta la cabeza. A menos que también esté abajo. —Eché un vistazo al pozo y tragó saliva.

—Me parece que no. Yo no la vi y tampoco los esclavos que bajaron después. Pero, igual que con Nemo, estás suponiendo que fue asesinado y no lo sabemos con seguridad. No hay heridas visibles; le han cortado la cabeza, pero probablemente después de matarlo, lo mismo que con Nemo. ¿Cómo saberlo?

—Descubriendo quién era.

—Y de dónde venía.

—Quien dejó a Nemo en las cuerdas también dejó... Metón arrugó la frente.

—Y a éste, cómo vamos a llamarle?

Bajé la vista hacia la masa de carne sin vida.

—*Ignotus* —respondí.

Al rato llegó un esclavo de la casa.

—El ama quiere que vayas en seguida —dijo, lanzando miradas furtivas al cuerpo—. Y Congrio dice que se te enfría la cena.

—Di a tu ama que no tengo apetito esta noche. Y de paso di también a Arato que reúna a todos los esclavos en la puerta del establo.

—¿También a Congrio?

—Sí, también a Congrio.

A la luz de la antorcha de Metón caminamos hasta el establo. Los esclavos iban llegando y un murmullo tenue se elevaba sobre el grupo. Poco después apareció Arato, seguido de Congrio y los esclavos de la cocina.

Arato se colocó a mi lado y me dijo en voz baja:

—Ya están todos aquí. ¿Quieres dirigirte personalmente a ellos, amo, o quieres que lo haga yo?

—Hablaré yo.

Arato se adelantó.

—¡Silencio! Ha ocurrido algo importante y el amo quiere hablar con todos. —Se separó un poco de mí, pero sin llegar a unirse al resto de los esclavos. Congrio también quedó en una situación intermedia, mientras que sus ayudantes formaban parte del gran grupo. Hasta entre los esclavos hay clases.

No me había dirigido a los esclavos colectivamente desde que había tomado posesión de la granja. A la luz de las antorchas podía ver claramente sus rostros. Me miraban ansiosos. Lucio Claudio había sido un amo indulgente. Yo, más que indulgente, probablemente era ingenuo, pues saltaba a la vista que uno me estaba traicionando.

—Hemos encontrado un cadáver en el pozo —dije. Esto no sorprendió a nadie, pues ya se había corrido la voz, pero, aun así, se produjo un breve murmullo—. ¿Alguno de vosotros sabe cómo ha llegado aquí? —Nadie habló—. ¿Queréis decirme que nadie sabe cómo ocurrió, ni cuándo ni quién lo hizo?

Me miraron y luego se miraron entre sí evasivamente, tragaron saliva y negaron con la cabeza. Al final uno de ellos levantó tímidamente la mano y dio un paso al frente. Era el esclavo más viejo de la granja, un anciano de barba gris llamado Clemente.

—Habla —dije.

—Hace unas cuantas noches me pareció oír algo...

—¿Sí?

—Un ruido que venía del pozo. Me despierto muchas veces por la noche, nunca duermo de un tirón; siempre tengo que levantarme para orinar. Me pasa desde que era joven. Ya puedo orinar antes de acostarme; da igual, cada noche...

—¡Al grano! —dijo Arato—. ¿Qué oíste?

—Era tarde, más tirando al alba que a la puesta de sol. Ya no había luna pero aún estaba muy oscuro. Yo estaba durmiendo en el cobertizo que hay detrás del granero cuando de repente me desperté. Oí un ruido, como un chapoteo que venía de algún sitio. Creo que del pozo. Una caída fuerte, pero no muy sonora, sino más bien como amortiguada, como si hubieran dejado caer algo grande al pozo. Me levanté para orinar y volví a dormirme.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunté.

—Tres noches, creo. O quizá cuatro. Ya lo había olvidado, pero al oír ahora lo del cadáver en el pozo me he vuelto a acordar.

—¡Es ridículo! —dijo Arato de inmediato—. ¡Se despierta porque tiene ganas de orinar y oye un ruido en el pozo! Estaría soñando.

—Me parece que le criticas sin razón, Arato —dije bruscamente—. ¿Por qué no iba a poder oír el chapoteo y por qué no en plena noche? Escucha, Clemente, después de la zambullida, ¿viste u oíste algo más?

Se rascó la barba.

—A ver... Me parece que había alguien andando en la oscuridad cuando acabé de orinar, pero no me pareció raro en aquel momento. Era una noche calurosa, de esas en que la gente no puede dormir de calor, y supongo que no soy el único que tiene floja la vejiga.

—Pero ¿viste al hombre? ¿Recuerdas algo de él? ¿Hablabo o canturreaba? ¿Iba vestido de algún modo especial o había algo raro en sus andares?

Clemente volvió a rascarse la barba y acabó por negar con la cabeza.

—No, no recuerdo nada de eso. Sólo que me pareció ver a alguien andando junto al pozo. Tal vez sólo lo soñé o tal vez fuera una noche distinta.

—Es un inútil —musitó Arato.

—Al contrario, parece estar más atento a lo que pasa que los responsables del buen funcionamiento de esta granja y de la seguridad de los que viven en ella —dije en voz baja.

Nadie más se adelantó. Nadie excepto Clemente había visto ni oído nada. Hubiera sido lo mismo interrogar a una congregación de ciegos o sordos. Les advertí que no dudaría en castigarles si me enteraba de que me habían ocultado algo. Busqué destellos de culpabilidad en sus ojos, pero sólo encontré el temor natural de los esclavos. Les aseguré que purificaría el pozo. Como jefe de la casa, la responsabilidad del ceremonial recaía en mí, aunque no tenía ni idea de cómo llevarlo a cabo. No recordaba que Catón tocara este tema en su libro. Pero lo que más me preocupaba en aquel momento era la purificación química del pozo. ¿De qué manera habría adulterado Ignotus el agua? ¿Cuánto tiempo duraría el peligro? Al respecto sólo podía consultar con Arato y, como siempre, no confiaba plenamente en él. Podía preguntar a Claudia, pero no me apetecía contarle el incidente.

Ordené a unos esclavos que trasladaran el cuerpo a un pequeño cobertizo situado al lado del establo y despedí a los demás. Cuando se dispersaron, Arato se acercó a mí.

—Deberías torturarlos, amo.

—¿Qué?

—Son esclavos, amo, y les hablas como si fueran soldados u hombres libres en un mercado. Los esclavos comunes como éstos nunca dicen la verdad a menos que se les obligue. No hay manera de que digan lo que saben salvo por la fuerza. Ya sabes lo que dice la ley: no confíes en el testimonio de un esclavo si no ha sido obtenido por medio de la tortura.

—Según esa lógica, debería empezar torturándote a ti, Arato. ¿Qué dices a eso? Palideció y permaneció en silencio.

Puede que hiciese calor fuera, pero mi dormitorio estaba helado. Bethesda se hallaba en estado de furia callada. Accedí a untarme un poco de bálsamo sedante en los codos y las rodillas, pero cuando le hablaba no respondía. Cuando nos metimos en la cama me dio la espalda; entonces habló:

—Quieran lo que quieran de ti, dáselo. No quiero ver más cuerpos sin cabeza, ¿entendido? Trágate tu orgullo y piensa en tus hijos. ¡Y no vuelvas a hacer más tonterías como la de bajar al pozo!

Esa noche dormí mal. En mis sueños aparecían fantasmas descabezados que salían del pozo y vagaban por los campos.

Por la mañana me despertó Metón. Llevaba la túnica arrugada y el pelo aún despeinado. Respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo.

—¡Despierta, papá!

Aparté su mano y le miré confuso.

—Papá, sé la verdad. ¡Me he despertado sabiendo la verdad!

Salí corriendo a echar un vistazo al cuerpo para asegurarme.

—¿De qué estás hablando? ¿De Ignotus?

—Nada de Ignotus, papá. Ya no. Sé cómo se llama y tú también. Ven. Te lo demostraré.

Esperé impacientemente mientras me ponía las sandalias y me echaba encima la túnica. Bethesda se tapó la cabeza con la colcha. Metón salió disparado hacia el cobertizo; cuando llegué me esperaba ansioso en la puerta. El cuerpo de Ignotus había sido depositado sobre un banco. Su olor impregnaba el pequeño recinto. Tendríamos que sacarlo de allí antes de que el sol estuviera alto o no nos quitaríamos jamás su hedor de encima.

—Ahí está, papá. ¿Lo ves?

—¿Qué?

—¡Ahí, en el dorso de su mano izquierda!

Me agaché, sintiendo un dolor generalizado en todo el cuerpo. Tuve que girar la cabeza para ver la pequeña marca del dorso. Su forma era más o menos triangular, un poco más grande que una moneda y de un intenso color morado.

—Un antojo de nacimiento —dije—. Ya lo vi anoche, pero no te dije nada para ver si te dabas cuenta. Luego se me olvidó mencionarlo. Sí, podría ser un buen indicio... si tuviéramos la posibilidad de identificarle.

—Pero es que yo le conozco. ¿Me oyes? Sé quién es. Cuando vi el antojo anoche supe que me recordaba algo, pero no sabía a qué. No dejabas de hacer preguntas a base de «o/o» y se me olvidó. Pero esta mañana, al despertar, lo recordé. ¿Te pasa eso a ti, papá?

—Empiezo todos los días con grandes revelaciones.

—Hablo en serio. ¿No recuerdas dónde hemos visto antes ese antojo? ¡Pues yo sí!

—Parecía estar encantado con su hallazgo.

—Si he visto antes esa marca, tienes razón: no me acuerdo. Pero ¿crees haberla visto tú? —pregunté en tono escéptico.

—Sí, y si hubieras estado atento, tú también la habrías visto. ¡Es Fórfex!

—¿Fórfex? —musité, tratando de situar el nombre.

—El cabrero del Monte Argentó. El esclavo de Cneo Claudio, el que nos llevó a ver la mina de plata abandonada y se hirió en la cabeza.

Estudié fijamente el antojo.

—No, no recuerdo haber visto esta marca en su mano.

—¡Pero yo sí! Recuerdo que pensé que parecía un coágulo de sangre. Cuando la vi ayer no fui capaz de situarla, pero esta mañana me desperté y lo sabía. Pensé que seguramente tú también te habrías fijado. Tú te fijas en todo, papá.

—¡Fórfex! —De pronto recordé la presunción del esclavo y el pánico con que había salido huyendo de la mina, el chorro de sangre en su cabeza y el enfado de su amo—. ¿Hay algo más que pueda identificarle? —Miré detenidamente el cuerpo. Tenía más o menos la edad de Fórfex, el mismo tamaño y el mismo color de piel. La carne muerta que teníamos delante era tan espantosamente distinta del esclavo vivo que nos había conducido por el monte que apenas podía asociar las dos imágenes.

—¡Y las marcas de la espalda, papá! ¿Recuerdas cómo empezó a pegarle Cneo Claudio cuando nos marchábamos? Es de esos amos que azotan con frecuencia a sus esclavos, por eso no me extraña ver todas esas cicatrices en la espalda de Fórfex.

—Sí, me acuerdo de la paliza. Pero no del antojo...

—Bueno, ¿qué importa? Con tal de que lo recuerde uno de los dos... Lo importante es que ahora ya sabemos quién es y de dónde procede. Es Fórfex y de alguna manera ha llegado aquí desde la finca de Cneo Claudio.

—Ojalá pudiéramos estar tan seguros...

—¡Podemos estarlo! ¿Cómo puede haber dos hombres distintos con un antojo exactamente igual? Tiene que ser Fórfex. ¿Es que no lo ves? —Me sonrió expectante y frunció el entrecejo al descubrir la duda en mi semblante—. No me crees, ¿verdad, papá?

—No, no es eso...

—No confías en mi memoria. Dudas de mis opiniones.

—Si de verdad te acordabas del antojo, ¿por qué anoche no...?

—Porque anoche fue... —No le salían las palabras—. ¡Porque no me acordé y ya está! Pero ahora sí.

—Metón, la memoria cambia con el tiempo y no siempre se puede confiar en ella.

—Papá, siempre tienes respuesta para todo. —Estaba muy enfadado—. ¡Si fuera Eco quien te lo hubiera dicho y no yo, seguro que le creerías! No dudarías de él.

Aspiré profundamente.

—Tal vez. —Pero Eco es Eco y tú eres tú, pensé. No me atreví a decírselo.

—¡Estás celoso! —exclamó Metón.

—¿Qué?

—Sí, porque tú no te acuerdas. No te fijaste en el antojo, no fuiste lo bastante observador y yo sí. O lo viste y lo olvidaste. ¡Pero yo lo vi y me acuerdo! ¡Por una sola vez mis ojos y mi memoria han sido mejores que los tuyos, y no quieres admitirlo!

Esta acusación me llamó la atención por lo absurda que resultaba en sus labios. Probaba, una vez más, que Metón era aún un niño. De todos modos, me sentí incómodo. ¿Qué hay peor para un hombre de mi edad que empezar a dudar de sus facultades?

Por supuesto, era posible que Metón tuviera razón, que hubiera visto el antojo en la mano de Fórfex, que en el momento de ver el cadáver no lo hubiera situado, y que al levantarse lo hubiera recordado. Si era así, me vería obligado a pedir una explicación a Cneo Claudio. Pero ¿y si Metón estaba equivocado? ¿Qué pasaría si el recuerdo era

falso y ahora se aferraba a él por orgullo? ¿Hasta qué punto podía quejarme a Cneo Claudio basándome en la memoria de Metón cuando yo mismo desconfiaba de ella?

Y si era Fórfex, ¿qué? ¿Había sido Cneo Claudio quien había ordenado poner el cadáver de Nemo en mis cuadras? ¿Qué esclavos le habían ayudado? ¿Qué fin perseguía? ¿Hostigarme para obligarme a abandonar la granja? ¿Qué relación tenía con el enigma de Catilina? ¿O era pura coincidencia? Que el cuerpo perteneciera a Fórfex no nos conducía irremisiblemente a su amo; podía ser cosa de Catilina o, por extensión, de Marco Celio, o del mismo Cicerón... Mis ideas se atropellaban en el mismo círculo trillado que habían trazado desde el descubrimiento de Nemo. ¿Había sido yo siempre así de inútil para analizar las cosas? ¿Tenía Metón razón al decir que me había vuelto torpe y descuidado? Ya no era joven y, aunque hay quien se vuelve más sabio y agudo con la edad, lo cierto es que en la mayoría de los casos ocurre lo contrario. Me di cuenta de que llevaba un rato mirando fijamente la marca púrpura de la mano. Levanté la vista y vi que Metón me miraba cruzado de brazos, con ojos escrutadores y dando golpecitos con el pie en el suelo, esperando una respuesta.

—Por ahora —dije tranquilamente—, le seguiremos llamando Ignotus. Aunque Cneo Claudio estuviera detrás de esto, estoy seguro de que lo negaría, así que lo mejor que podemos hacer es tratar de averiguar algo a través de sus esclavos.

No me había dado cuenta de lo tenso que estaba Metón hasta que aflojó los hombros y dejó caer los brazos. Creí que sonreiría un poco ante aquella pequeña concesión; pero estaba a punto de echarse a llorar.

—Ya lo verás, papá —me dijo con voz muy seria—. Verás como tengo razón.

—Eso espero —dije, aunque seguía dudándolo.

Capítulo Veinticinco

—**P**odríamos enfrentarnos directamente a él —dijo Metón mientras montaba en su caballo.

—No, antes tenemos que conseguir información de sus esclavos.

—Pero ¿cómo le evitaremos? Sólo podemos llegar a su finca por el camino que sale de la Vía Casia. Si Cneo está en la casa, seguramente nos verá, o le informará alguno de sus esclavos. No parece el típico amo cuyos esclavos dejen entrar a los extraños sin avisarle.

—¿No? Pues Fórfex nos hizo de guía además. —Y mira cómo ha acabado.

Si es que el cadáver es de Fórfex, pensé. Salimos de las cuadras cabalgando por el largo y recto camino que conduce a la Vía Casia.

—En cuanto a la forma de entrar —dije—, tengo una idea. No iremos por el camino principal que pasa por la cabaña de los cabreros.

—¿Y entonces? Las laderas rocosas que bordean la Vía Casia son intransitables.

—Pero hay otro camino. ¿Recuerdas el día que se fueron Catilina y Tongilio?

—¿El día que apareció Claudia?

—Sí. Catilina sabía por Fórfex que antiguamente había otro sendero, oculto ahora por la maleza, que salía de la Vía Casia y subía por la montaña. Debió de encontrarlo, pues desapareció al rato de haber iniciado la búsqueda y luego reapareció en lo alto.

Creo que recuerdo el lugar por donde desapareció. Si lo encontramos, nos ahorraremos pasar cerca de la casa de Cneo y, con un poco de suerte, tal vez demos con algún cabrero solitario entre las zarzas y los peñascos.

Al llegar a la Vía Casia no giramos a la izquierda, sino a la derecha, en dirección a Roma. Dejamos el cerro a nuestra derecha y, curiosamente, me sentí desprotegido, sabiendo lo visibles que éramos desde el promontorio en el que tantas veces me había sentado a contemplar el paisaje. Pero en aquel momento no era probable que hubiese nadie allí excepto, tal vez, Claudia, y ésta no tardaría en enterarse de todo si yo llegaba a descubrir que Cneo era el responsable de la presencia de Ignotus en mi pozo.

No había tráfico en la Vía Casia. En el punto de la carretera que se encontraba entre el pie del Monte Argentó y el pie del cerro, me detuve y empecé a inspeccionar. Ante nosotros no había nada más que la larga calzada que desaparecía en dirección sur. Detrás sólo se veía una mancha en el horizonte que bien podía ser un grupo de esclavos o un rebaño, pero la mancha aún estaba demasiado lejos para ser preocupante. Seguimos avanzando. El cerro, a medida que avanzábamos en dirección a Roma, iba quedando más alejado, pero todavía algunas lomas bajas nos impedían ver la casa de Claudia. A la izquierda, el terreno se elevaba bruscamente. La altura de los árboles nos impedía ver la ladera.

—Un poco más cerca... —murmuré. Pusimos los caballos al paso y miramos entre los arbustos. La maleza parecía impenetrable. Seguimos avanzando hasta que me convencí de que habíamos dejado atrás el lugar por donde habían desaparecido Catilina y Tongilio. Las pequeñas lomas de la derecha se habían alejado y se podía ver a los esclavos de Claudia trabajando en sus tierras.

—Nos hemos pasado —dijo Metón.

—Sí, tendremos que volver.

En aquel punto oí el ruido de unas pezuñas en la calzada y al levantar los ojos vi un cervatillo a unos metros de nosotros. Una rama partida indicaba el punto por el cual había salido del bosque. Nos miró y permaneció inmóvil durante unos segundos; luego se dirigió de nuevo a la espesura que bordeaba la Vía. Cruzó una arboleda rala, asomó en un claro donde la luz del sol jugaba con las sombras de los árboles y pareció quedar atrapado ante un muro de denso follaje. Acabó por desaparecer por un pasadizo que

había entre una gran roca y el grueso tronco de un viejo roble. Si hubiera parpadeado en ese momento, habría pensado que se lo había llevado un rayo de sol. Fue una señal de esas de que hablan los poetas, un portento.

—Por donde va un ciervo —dije—suele haber camino.

Fuimos a caballo hasta la roca y desmontamos. El pasadizo era muy estrecho y tuvimos que pasar de uno en uno con los caballos en retaguardia. Un estrecho espacio abierto rodeaba la roca y daba a un claro invisible desde la carretera. Desde allí pudimos ver los restos del antiguo camino que ascendía abruptamente por el monte.

—Esta roca debió de desprenderse hace tiempo —dije—. Seguramente a causa de la lluvia o un temblor de tierra. Lo cierto es que bloqueó el camino y lo ocultó a los usuarios de la Vía Casia. El sendero puede que sea apto para ciervos, pero no para caballos. Tendremos que atarlos aquí y continuar a pie.

El sendero era escarpado y pedregoso. Abandonado su uso, había en él montones de piedras arrastradas por el agua que complicaban nuestro avance. En algunos puntos había crecido mucho la maleza y teníamos que pisarla y apartarla. Vimos ramas rotas recientemente, señal de que alguien más había utilizado el camino.

Si al empezar el sendero ya era empinado, al llegar a su parte media se hacía prácticamente vertical. Las piedras que lo alfombraban nos servían de escalones. Metón sudaba y jadeaba, aunque seguramente había adecuado su paso al mío. El corazón se me salía por la boca y mis pies parecían de plomo cuando llegamos al espacio abierto donde había visto el sendero por primera vez. Ahora nos encontrábamos en el camino que tomamos la otra vez con Catilina y Tongilio para ir a la mina, el que pasaba en su tramo anterior por la casa de Cneo y la cabaña de los cabreros.

Mis músculos protestaban ante la expectativa de seguir el ascenso, pero en aquella zona era donde más probabilidades teníamos de encontrarnos con un cabrero solitario y desprevenido.

No tardó en aparecer. Cuando nos aproximábamos a las escaleras de piedra que subían a lo alto de la catarata, entre el gorgoteo del agua escuché el balido de una cabra y en respuesta la voz de un cabrero que la llamaba en tono cariñoso.

Penetramos en una maraña de enredaderas y hojas colgantes y nos encontramos en la base de la catarata, en la orilla de un estanque de espumosa agua esmeralda. El lugar estaba sombreado por los árboles y las paredes del barranco. Esparcidos entre las grietas y atrapados en una red de raíces estaban los huesos humanos que habíamos visto la otra vez. Sentí un escalofrío. Era un lugar húmedo y frío, incluso en un caluroso día de verano.

A sólo unos pasos divisamos al cabrero. No era más que un niño, más joven que Metón, vestido con una túnica raída y con un calzado roto que permanecía pegado a sus pies gracias a las correas de cuero. Había encontrado a la cría que estaba buscando. Llevaba el animal sobre los hombros, con las patas cruzadas sobre el pecho y sujetándole fuertemente las pezuñas con las manos. El sonido de la catarata había amortiguado el de nuestros pasos. Cuando nos vio, el joven esclavo se asustó y dio un salto atrás, tan repentinamente que casi perdió el equilibrio. Durante un instante se tambaleó en el borde de una piedra y podía haberse caído al agua si Metón no se hubiera adelantado para sujetarle por el codo.

El cabrero recuperó el equilibrio y se soltó de Metón. Retrocedió. La cría forcejeaba y no paraba de balar. El esclavo sujetó sus pezuñas con más fuerza. Su mirada iba de Metón a mí y viceversa, y en sus ojos se leía el miedo.

—¿Quiénes sois? —balbució finalmente—. ¿Estáis vivos o muertos?

Curiosa pregunta, pensé, hasta que recordé que la charca estaba habitada por los lémures de los esclavos muertos. Lo había dicho Fórfex.

—Estamos muy vivos —dije, y hablaba en serio. A los lémures no creo que se les queden rígidas las articulaciones ni les duelan las piernas como a mí. El esclavo nos

miró frunciendo el entrecejo y manteniendo la distancia.

—Bueno, ¿y qué estáis haciendo aquí? ¿Sois amigos del amo?

—¿Qué estás tú haciendo aquí? —repliqué yo.

—Me obligaron a venir porque soy el más pequeño. Alguien oyó balar a un cabrito aquí y me hicieron venir a buscarlo. Se le debió de quedar una pata atrapada entre dos piedras cerca del agua. A nadie le gusta bajar aquí.

—¿Quién te envió? —pregunté—. ¿Fórfex?

—¿Fórfex? —repitió, pronunciando el nombre con un grito ahogado.

—Sí. ¿No es Fórfex el jefe de los cabreros?

—Ya no. Después de... —Nos miró receloso otra vez—. ¿Sabe el amo que estáis aquí?

—Cuéntanos qué le ha pasado a Fórfex —dije, poniendo en mi voz el tono más autoritario de que fui capaz. Los esclavos de Cneo Claudio eran de los que respondían a ese tono de voz: fácilmente intimidables, minada su autoestima. Esto decía mucho de su amo y de la forma en que los trataba.

—Fórfex... El amo no quería hacerlo. Es verdad que le cuesta poco pegarnos, pero es la primera vez que... Al menos con sus propias manos, desde que estoy aquí.

—Quieres decir que Cneo Claudio mató a Fórfex, ¿no es eso? —preguntó Metón, mirándome sonriente. Su interrupción fue un error; no era lo suficientemente mayor ni temible para acobardar al chiquillo. El cabrero volvió a retroceder, dudando entre si le convenía o no contestar.

—¿Cómo mató tu amo a Fórfex? —pregunté muy serio, adelantándome y mirando a los ojos al muchacho. Era un niño y un esclavo maltratado con frecuencia. No tenía defensas ante un interrogatorio directo, ni siquiera si se lo hacía un hombre que no tenía derecho y que sólo le retenía con la mirada y la dureza de su voz.

—La cabeza... Fórfex se había hecho una herida en ella...

—Sigue.

—Después de aquello se quedó un poco alelado, más torpe de lo normal, decía cosas sin sentido, le dolía la cabeza con frecuencia... A veces le dolía tanto que se despertaba por la noche balando como un cabrito. —Pobre Fórfex, pensé—. El amo no tiene mucha paciencia. Siempre había pegado a Fórfex por estúpido, pero después del accidente llegó a extremos aterradores. Le decía que la culpa era suya, por enseñar la mina a unos extraños sin su consentimiento... Claro, vosotros debéis de ser... —Nos miró de arriba abajo como si despertara de repente a la realidad.

—¡No importa! ¡Sigue! —dije bruscamente.

—Hace unos días el amo ordenó a Fórfex que matara una cabra y Fórfex se equivocó de animal, al menos eso dijo el amo. Al amo le dio un ataque de rabia terrible, como una tormenta. Azotó a Fórfex en la espalda hasta que le arrancó la túnica. Había sangre hasta en el látigo. Al amo le cambió la expresión entonces. Yo estaba cerca y pude verlo. Fue como si de repente hubiera llegado a la conclusión de que Fórfex estaba acabado y ya no valía para nada, como un puchero agrietado. Cogió el látigo por el cuero y empezó a pegarle con la empuñadura. Está hecha de hierro forrado y tiene unos tachones de metal. El amo se reía y decía: «¡Como la culpa es de tu cabeza, me voy a desquitar con ella!». Y Fórfex no dejaba de llorar y gritar, y luego empezó a hacer otros ruidos, como un animal... —El recuerdo de la escena le había dejado lívido, tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Parpadeó y titubeó. El cabrito volvió a soltar un quejumbroso balido y empezó a patallar, con tanta violencia que el chico lo soltó y el animal salió volando por los aires, aterrizando con un golpe seco en una piedra plana. Cruzó el estanque y se dirigió hacia el camino. El cabrero perdió el equilibrio y quedó sentado en una piedra—. Cada vez que me acuerdo me pongo malo —dijo débilmente.

—No me extraña —dije. Peor te pondrías si vieras cómo está Fórfex ahora, pensé—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace cinco días.

—¿Estás seguro?

—Sí. Fue justo después de los idus. El amo había ido a Roma unos días para lo de las elecciones. Volvió en cuanto acabaron. Dicen que la votación salió como ellos querían, pero de todos modos vino de un humor de perros. Tal vez le fue mal en la ciudad algún otro asunto. Creo que de todas formas le hubiera buscado las cosquillas a Fórfex con cualquier excusa.

—Hace cinco días —dije, cambiando una mirada con Metón—. Y anoche Clemente me dijo que había oído el chapoteo en el pozo hace tres o cuatro noches. Todo encaja. ¿Qué se hizo con el cuerpo de Fórfex?

—Lo trajeron aquí —respondió el chico cabizbajo—. Cuando todo acabó, cuando Fórfex ya estaba tirado en el suelo, inmóvil en un charco de sangre y con la cabeza destrozada... —Hizo una pausa y tragó saliva.

—Continúa.

—Al amo le cambió la cara otra vez. Creo que no supo lo que hacía hasta entonces; no sé si sabes lo que quiero decir. Su cara, la expresión de sus ojos... Jamás he visto una mirada así, sólo en *los* ojos de los esclavos. Como si estuviera aterrado por lo que había hecho. Dicen que hay una diosa que castiga a los hombres, incluso a los hombres libres, cuando se propasan. Hay una palabra griega... —Frunció la frente.

—*Hybris* —dije—. La soberbia que raya en locura; la arrogancia que anula toda sensatez. La *hybris* es castigada por la diosa Némesis, que da a los perversos lo que se merecen.

—Tal vez en algunos lugares —dijo el chico—, pero no creo yo que esa diosa venga a este monte. De todas formas, creo que hubo un instante en que el amo se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Soltó el látigo y se echó a temblar. Miró a su alrededor, parpadeando como si la habitación estuviera demasiado oscura y no pudiera ver, aunque el sol todavía estaba alto. Sus ojos se posaron en mí, creo que porque casualmente yo estaba más cerca. «¡Limpia todo esto!», dijo, como si fuera la mugre que hubieran dejado las cabras en el suelo. «Limpia todo y lleva lo que quede de él a la catarata. ¡Tíralo por el barranco para que se reúna con los demás huesos!»

—¿Y le obedeciste?

—Sí, sólo que no lo tiramos por el barranco. Lo bajamos aquí, a la charca. Uno de los esclavos más ancianos dijo que deberíamos despellejarlo y sacarle la sangre, para que pudiera entrar en el Hades. El anciano dijo unas palabras ante el cadáver, como una oración a algún dios. Hasta los esclavos tienen dioses, ya sabes, aunque no creo que ninguno viva en este monte, y menos aún Némesis. Lo llevamos al otro lado del arroyo y lo dejamos en un lugar estrecho entre las piedras. Lo tapamos con unos pedruscos grandes y luego nos marchamos. Empezaba a anochecer. Nadie viene aquí por la noche.

—¡Pobre Fórfex! —suspiré—. Abandonado entre los lémures que tanto temía.

—Por eso ninguno quería venir hoy en busca del cabrito. Siempre han tenido miedo de los espíritus que moran aquí y ahora también está Fórfex. ¿Cómo puede descansar su lémur después de una muerte tan espantosa? Nunca podrá vengarse del amo, es demasiado poderoso. —El chico miró al otro lado del agua, a las piedras caídas y las profundas sombras que se formaban entre ellas—. Ahora debe de estar ahí, mirándonos.

—Creo que no, si es que su lémur está con sus restos mortales. Ven, muéstranos el lugar donde dejaste el cuerpo. —El muchacho palideció—. ¡Ven! —dije—. Si estoy en lo cierto... —Metón carraspeó—. Si *mi hijo* está en lo cierto —rectifiqué—, el cadáver ya no está ahí. ¡Venga, enséñanoslo! —La forma en que se podía manipular al chico con el tono de voz era prueba de la crueldad de Cneo Claudio. Un esclavo menos acobardado habría necesitado unos golpes o una amenaza de violencia para doblegarse ante un hombre que no era su amo y consentir que le mandara volver a

visitar una tumba que él consideraba lugar maldito. El joven cabrero obedeció, aunque se puso a temblar violentamente cuando estábamos a pocos metros de donde habían dejado el cadáver.

—Está detrás de esa piedra grande —dijo, tembloroso. Nos indicó el sitio, pero no parecía dispuesto a avanzar más.

Metón y yo nos adelantamos, miramos en la estrecha grieta y vimos lo que había que ver.

—El cadáver ha desaparecido —dije.

—¿Desaparecido?

El cabrero subió de mala gana detrás de nosotros y se quedó mirando estupefacto la grieta vacía.

—No es obra de dioses ni de lémures —le aseguré—. Unos hombres lo trajeron aquí y otros se lo han debido de llevar.

—¡El mismo que lo mató! —exclamó Metón.

Aparté la vista del cabrero y miré ceñudo a Metón. Todavía no podíamos confirmar lo que aseguraba. Peor aún: no es inteligente criticar ante un esclavo la conducta del amo; y no beneficia al esclavo, que es posible que repita lo que se le dice.

Metón me devolvió la mirada malhumorado. Después de todo, tenía razón con lo de Fórfex, a pesar de mis dudas. Para asegurarse, preguntó al esclavo:

—¿Tenía Fórfex alguna marca en la mano?

—¿Una marca? ¿Te refieres a ese pequeño antojo de color púrpura que tenía en el dorso de la mano izquierda? —Una expresión triunfal se apoderó del rostro de Metón—. Pero ¿dónde está el cuerpo? —preguntó el pastor.

—Es mejor que no lo sepas, al menos de momento —dije—. Ya te has arriesgado sólo por hablar con nosotros y decirnos cómo acabó Fórfex. Debería recompensarte, pero no llevo nada encima.

—No tienes que darme nada —dijo—. El amo no nos deja aceptar dinero. El hombre que quería ver la mina le dio unas cuantas monedas a Fórfex, pero el amo se las quitó.

—Ese hombre que vino a ver la mina... ¿ha vuelto desde entonces?

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no llegué a verle. Estaba cuidando un rebaño al otro lado del monte el día que vino. —Entornó los ojos—. Dicen que vino con otros hombres. ¿Erais vosotros?

—No he contestado a ninguna de tus preguntas y no voy a hacerlo ahora. Cuanto menos sepas, mejor para ti. Debes olvidar que hemos estado aquí.

—Como lémures en la niebla —dijo.

—Si lo prefieres...

—Hay otra pregunta que deberíamos hacerle —dijo Metón—. Cuando dejasteis el cadáver de Fórfex aquí, ¿qué había sido de su cabeza?

—Estaba destrozada. Ya te lo he dicho —contestó el esclavo, palideciendo otra vez.

—Sí, pero ¿seguía unida al cuerpo?

—Por supuesto.

—¿No se la habían cortado? Como estaba en tan malas condiciones, tal vez...

—¡El cadáver estaba entero! —exclamó el muchacho con voz trémula.

—No fuerces las cosas —dije a Metón, poniéndole una mano en el hombro—. Otra pregunta: ¿murió algún otro cabrero hará cosa de un mes?

El chico negó con la cabeza.

—¿Algún otro esclavo de tu amo?

—No. Uno de los esclavos de cocina murió de fiebres, pero eso fue hace más de un año. Sólo ha habido una muerte desde entonces, la de Fórfex.

Atravesamos el montón de rocas salpicadas de huesos y volvimos a cruzar la

charca. El cabrero continuó su camino en dirección a la casa y Metón y yo nos quedamos descansando un poco antes de iniciar el regreso. Aquella cañada sombreada era, a pesar de la muerte y el sufrimiento que albergaba, un lugar hermoso. Un buen lecho de descanso para los lémures de aquellos esclavos que, en vida, trabajaron bajo el sol abrasador o en el húmedo interior de la tierra.

Capítulo Veintiséis

—**D**eberíamos enfrentarnos a él directamente —dijo Metón mientras bajábamos por el viejo y empinado sendero.

—Estoy de acuerdo.

—Ahora ya sabemos sin duda que el cadáver del pozo era Fórfex. Sabemos que Cneo Claudio mató a Fórfex. Y sabemos que no le caemos bien. Esperaba heredar la finca de Lucio Claudio, ¿verdad? Por lo tanto, tenía un móvil: contaminar el agua de nuestro pozo para obligarnos a marcharnos.

—Hay lagunas en tu razonamiento —observé irónicamente mientras me sentaba para bajar un tramo muy empinado y me inclinaba para sortear un matorral.

—¿Por ejemplo?

—¿Por qué le cortaron la cabeza?

—Para que no atribuyéramos el delito a Cneo Claudio. Sabía que habíamos visto a Fórfex y que podíamos reconocerle. Cneo es un cobarde asqueroso, de los que esconden la mano y son incapaces de dar la cara. Le cortó la cabeza para que no pudiéramos tener indicios de su procedencia. No contaba con mi vista de lince.

—No, el muy sinvergüenza no contaba con eso. Pero ¿por qué Cneo ordenó a sus esclavos que arrojaran el cuerpo a la cañada si luego pensaba trasladarlo?

Metón se encogió de hombros.

—Se le debió de ocurrir después. Evidentemente, no mató a Fórfex para arrojarlo a nuestro pozo; el asesinato no fue premeditado ni tampoco el perjuicio que nos ha causado. Pero una vez que dispuso del cuerpo, se le ocurrió que podía utilizarlo.

—El cabrero no nos ha dicho que se le ordenara ir por el cadáver.

—Tampoco sabía nada de Catilina. Seguramente Cneo tiene esclavos más aptos para esta clase de trabajos. —¿Y qué me dices de Nemo?

—También debe de ser obra de Cneo. Puso a Nemo en las cuadras para asustarnos, pero no fue suficiente. Así que volvió a probar con el mismo truco cobarde, sólo que esta vez ha hecho algo verdaderamente peligroso al contaminar el agua del pozo. ¡Qué hombre tan despreciable!

—Pero ¿de dónde salió Nemo? El cabrero nos dijo que no ha habido más muertes.

—¿Quién sabe? Tal vez Cneo asaltó a un liberto que iba por ahí o asesinó a un huésped venido de Roma.

—¿Te refieres a un extraño? ¿Alguien a quien no conocemos nosotros?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué también lo decapitó? Dices que con Fórfex lo hizo para mantener oculta su identidad. Eso tiene sentido. Pero ¿por qué decapitar a Nemo?

Metón guardó silencio. Por unos instantes los únicos sonidos que escuché fueron el crujido de las ramas, el arrastrar de nuestros pies por el áspero y desnivelado sendero, y el jadeo de mi respiración.

—No tengo respuesta —admitió finalmente Metón—. ¿Acaso importa? Ahora ya sabemos de dónde venía Fórfex. Cneo Claudio es el culpable. Debería ser azotado. Si hubiera justicia, debería ser juzgado por asesinato. Pero no hay ninguna ley que castigue a un hombre que mata a su propio esclavo. Supongo que lo mejor que podemos hacer es denunciarlo por contaminar nuestro pozo.

—Sería difícil demostrarlo; no hay testigos.

—¡Pero papá, las circunstancias son evidentes!

—Un tribunal necesita algo más que pruebas circunstanciales. —Entonces tendremos que encontrar un testigo. No pudo hacerlo sin la colaboración de al menos uno de nuestros esclavos, ¿no te parece? Quienquiera que sea el esclavo que nos traicionó, le obligaremos a hablar.

—¿Cuánta presión crees que puedo ejercer sobre los esclavos? Ya les he interrogado y tú mismo viste el resultado. No querrás que haga uso de la tortura ni nada parecido, ¿verdad?

—No, papá.

—La tortura es inevitable en lo concerniente a los esclavos y la ley romana. Supongamos que encontramos un testigo entre nuestros esclavos. Ningún tribunal romano aceptará su testimonio a menos que se obtenga bajo tortura. ¿Me consideras capaz de hacer una cosa así a un hombre, aunque sea un esclavo que me ha traicionado? y lo peor es que aunque un esclavo haya visto el hecho, sin estar implicado, y esté dispuesto a declarar, será necesaria la tortura para dar validez al testimonio. No me extraña que los esclavos sean tan reacios a hablar. Acceder a testificar es como presentarse voluntario a la tortura.

—No había pensado en eso.

—Pues ellos sí, te lo aseguro. Partiendo de tus premisas, los mejores testigos serían los esclavos de Cneo Claudio, como el pequeño cabrero. Pero también en esto es la ley más fuerte que nosotros. Ningún esclavo puede testificar ante un tribunal sin el permiso de su amo, o lo que es lo mismo, ningún esclavo puede testificar contra su amo.

—¿Y si consiguieras que nos representara Cicerón? Es tan convincente que encontraría la forma...

—Por favor, no quiero más deudas con Cicerón. Además, no creo que nuestro estimado cónsul tenga tiempo que perder con un caso así.

Llegamos al claro donde habíamos dejado los caballos, los desatamos y los sacamos por la estrecha grieta que separaba la roca del viejo roble. Salimos al sombreado margen de la calzada por donde había desaparecido el ciervo. En ese instante pasaba un grupo de esclavos que avanzaban cansinamente, unidos por una gruesa soga al cuello y conducidos por un equipo de vigilantes montados a caballo. Los esclavos iban desnudos o cubiertos de harapos. Por calzado sólo llevaban trozos de cuero atados a los pies. Ni los esclavos ni sus guardias se fijaron en nosotros. Permanecimos en la sombra, esperando a que pasaran.

Me volví hacia Metón y le dije en voz baja:

—Tus sospechas hacia Cneo Claudio están bien fundadas, pero tienen algunas lagunas. De todos modos, no dejo de pensar en Catilina.

—¡Le juzgas mal, papá! —exclamó Metón con sorprendente vehemencia.

—Piensa en su conexión con Fórfex. Piensa en su enigma sobre el cuerpo descabezado. Piensa también que Nemo apareció justo después de que Celio me pidiera que hospedara a Catilina, como si fuese una intimidación para que accediera. Celio y Cicerón vuelven a decirme que de nuevo abra las puertas a Catilina, me niego y Fórfex aparece en nuestro pozo. Catilina es un hombre desesperado...

—¿Por qué culpar a Catilina, o a Celio, o a Cicerón? Has seguido una pista equivocada todo el tiempo, papá. Acabas de decir que ningún tribunal aceptaría pruebas circunstanciales como evidencia y sin embargo permites que la mera coincidencia anule tu juicio y te obceque. El culpable es Cneo Claudio. Debe de creerse muy listo y seguro que está riéndose de nosotros a estas horas. Si nos enfrentamos a él directamente, apuesto a que acaba admitiendo su culpabilidad, aunque sólo sea por despecho.

—Puede que tengas razón —dije—. Hoy mismo le daremos esa oportunidad.

Quería ir con un séquito apropiado cuando entrara en la propiedad de Cneo Claudio. Ordené a Arato que viniera conmigo, en parte porque me parecía indicado que me acompañase mi capataz y en parte porque quería observar su reacción cuando me viera tratar con Cneo; seguía sin confiar en él. Elegí también a algunos de los hombres más fornidos, pensando que podía necesitar protección. Partimos después de

mediodía. Esperaba que Cneo hubiera comido fuerte. Con frecuencia he comprobado la utilidad de abordar a un hombre cuando está amodorrado y desprevenido. Fuimos por la Vía Casia y tomamos el camino que conduce a la casa de Cneo. El camino era cuesta arriba y atravesaba un bosque agreste hasta la cabaña de los cabreros, donde habíamos visto por primera vez a Fórfex. Después, el camino continuaba por el arroyo, a lo largo de la orilla. Al final llegamos al puentecillo, cruzamos el barranco y nos detuvimos ante la mismísima casa de Cneo Claudio.

La construcción, de dos plantas, tenía un diseño rústico, más etrusco que romano. Era una casa muy antigua y mal conservada, a juzgar por el yeso que se desprendía de las paredes y las cerraduras que colgaban de goznes medio rotos. Se erigía al pie de una colina boscosa. El aire que allí se respiraba era húmedo y mohoso. Aunque era un día de verano, un halo fúnebre pendía sobre la casa y los pequeños cobertizos destartalados que había a su alrededor.

Perros y pollos poblaban el triste y polvoriento patio. Al acercarnos, los perros se despertaron y empezaron a ladrar, mientras los pollos y gallinas se dispersaban cacareando. Se abrió la puerta de la casa y una voz chillona ordenó a los perros que se callaran. Los animales gimieron y empezaron a dar vueltas, pero dejaron de ladrar.

El esclavo que estaba en la puerta vio nuestro cortejo y retrocedió. Su amo debía de recibir pocas visitas y menos aún grupos tan solemnes como yo esperaba que pareciera el nuestro. El esclavo nos lanzó una mirada recelosa y cerró la puerta sin decir nada.

Momentos después volvió a abrirse la puerta y apareció Cneo Claudio, mirándonos fijamente y con un aspecto tan malhumorado como el de la última vez que le había visto. Cneo Claudio llamaba la atención por su fealdad, su montaña de pelo desgredado y su cara sin barbilla, pero su altura y complexión musculosa impresionaban a cualquiera. Cuando apareció, los perros empezaron a ladrar otra vez. Cneo les gritó y se callaron. En la mano llevaba el hueso que había estado royendo, pues de los labios le colgaban aún trozos de carne. Se lo tiró a los perros y éstos se abalanzaron sobre él enzarzándose en una pelea salvaje.

—Estúpidos perros —murmuró Cneo—. De todos modos, son más inteligentes que la mayoría de los esclavos y además no saben hablar. —Tan difícil era escuchar su voz chillona como mirarle a la cara. Nos miró de soslayo. Claudia me había dicho que no veía bien, pero pareció reconocerme con facilidad—. ¿Has vuelto? y esta vez sin tu intrigante amigo de la ciudad. Supongo que vienes a espiarme de nuevo. ¿Qué demontres quieres, Gordiano?

—Creo que ya deberías conocer la respuesta a esa pregunta, Cneo Claudio —contesté.

—No te hagas el listo conmigo —dijo Cneo—. No me gustan los listos. Pregunta a mis esclavos si no me crees. Nadie te ha invitado y has entrado en mi propiedad. Tengo perfecto derecho a tirarte del caballo y molerte a palos como a un esclavo. Habla o márchate. ¿O es que buscas una paliza? También puedo darte unos azotes como a un niño, si lo prefieres.

—¡Papá! —dijo Metón entre dientes, con los pelos de punta. Le rocé el brazo para que se tranquilizara.

—Cneo Claudio, hemos venido porque alguien ha cometido una atrocidad en mi granja. Un acto de profanación. Una ofensa contra la ley y contra los dioses.

—¡Si los dioses están ofendidos, quizá sea porque un plebeyo, un don nadie de Roma se ha adueñado de una propiedad que ha pertenecido a mi familia durante generaciones! Deberías habértelo pensado antes de poner el culo donde no le corresponde.

—Papá, no tenemos por qué tolerar esto —dijo Metón.

—¡Tranquilo! ¿Admites tu responsabilidad, Cneo Claudio?

—¿En qué?

—Estoy hablando de la profanación.

—No sé a qué te refieres. Pero si algo malo te ha sucedido, me alegro. Sigue hablando. Me diviertes, plebeyo.

—Tú a mí no, Cneo. Y tampoco tus bromas.

—¡Ya basta de acertijos! ¡Habla claro o lárgate!

—Estoy hablando del cadáver que arrojaste a mi pozo.

—¿Qué? Has estado demasiado tiempo al sol y sin sombrero. Eso es lo primero que debieras aprender si quieres ser granjero.

—¿Acaso lo niegas?

—¿Qué cadáver? ¿Qué pozo? Dale una buena bofetada a tu padre, chico. Está chocheando.

Metón estaba a punto de estallar. Le vi los nudillos blancos mientras sujetaba las riendas.

—Hablo del cadáver de tu esclavo Fórfex. ¿Acaso niegas que lo mataste hace cinco días?

—¿Por qué iba a negarlo? Fue esclavo mío durante muchos años y antes había sido esclavo de mi padre. Tenía todo el derecho del mundo a matarlo ¡y que Júpiter me parta en dos si no se lo merecía!

—Eres un miserable, Cneo Claudio.

—Y tú un imbécil y un advenedizo, Gordiano Sabueso. Así que encontraste un cadáver en el pozo, ¿eh? Me alegro por ti y por quien lo pusiera. Pero no vengas a descargar tu rabia en mi puerta. Yo no he tenido nada que ver.

—Era el cuerpo de Fórfex.

—Imposible. Mis esclavos se deshicieron del cadáver. Yo mismo di la orden y mis esclavos no tienen por costumbre desobedecerme, eso seguro, ¡seguro!

—De todos modos, el cadáver acabó en mi pozo.

—No el de Fórfex.

—Sí, era Fórfex.

—No habrías podido reconocer a Fórfex aunque lo hubieras visto con vida. Ah, pero es verdad, tú ibas con Fórfex cuando enseñó a tu amigo el camino de la mina, ¿no es así?

—¿Yo?

—Eso me dijo Fórfex después. Afirmó que uno de los intrusos se llamaba Gordiano, aunque aquella tarde no te reconocí; apenas había luz. Si hubiera sabido que eras tú, te habría tirado del caballo y te habría azotado.

—Eres muy desprendido en lo que se refiere a amenazas e insultos, Cneo Claudio. Parece que te enorgulleces de confesar que mataste a un esclavo indefenso. ¿Por qué entonces te da vergüenza admitir que también arrojaste el cadáver a mi pozo?

—¡Porque no lo hice! —gritó. Los perros empezaron a ladrar.

—Yo juraría que sí. Si no hubiera sido Fórfex...

—Sigues insistiendo en que ese cadáver era el de mi esclavo.

Demuéstralo.

—Si lo hago, ¿admitirás que lo hiciste tú?

—No, pero por lo menos te creeré.

—¿Y cómo puedo demostrar que es Fórfex, si tú mismo tomaste medidas para que no se le pudiera reconocer?

—¿Qué quieres decir? Tal vez le aplasté el cráneo, pero aún se le podía reconocer. Además, dices que le reconociste...

—Nunca he dicho eso.

—Entonces, ¿cómo sabes que era Fórfex? —gritó, furioso.

—Tengo mis trucos.

—¿A qué te refieres? ¿Has vuelto a entrar en mi propiedad?

¿Has vuelto a hablar con mis esclavos y a llenarles la cabeza de mentiras? —Nos

miró de soslayo entornando los ojos—. ¿Cómo sabes que maté a Fórfex? ¿Quién te lo dijo? ¿Quién se atrevió?

—También sé lo del *otro* cadáver —dije, en parte para cambiar de tema y en parte para ver su reacción. Al mismo tiempo miré a Arato, cuyo rostro permanecía impassible. No le había visto cambiar una sola mirada con Cneo. Si compartían algún secreto, o si se conocían de vista, ni *sus* ojos ni sus rostros lo revelaban. —¿Qué otro cadáver? —gritó Cneo.

—Proclamas ignorancia con demasiada rapidez, Cneo Claudio, señal evidente de tu culpabilidad. Sabes perfectamente de qué estoy hablando. Además, tengo pruebas contundentes contra ti sobre la autoría de ese otro delito y te aseguro que lamentarás tu atrevimiento.

Cneo levantó la cabeza e hizo una mueca. Dio una patada en el suelo y me amenazó con ambas manos.

—Estás loco, completamente loco. Nada de lo que dices tiene sentido y encima te atreves a amenazarme en mi propia casa.

¡Lárgate ahora mismo! Lárgate o te echaré los perros. Pueden tirar a un hombre del caballo y abrirle la garganta en un abrir y cerrar de ojos. ¡Si no me crees, dame una excusa para que te lo demuestre! y no hay ley que me impida hacerlo, porque estás en mis tierras. ¡Y ahora, lárgate!

Le miré fijamente un instante, tiré de las riendas del caballo y miré a mi alrededor.

—Pero papá... —protestó Metón.

—Hemos acabado, Metón —dije entre dientes—. Y creo que la amenaza de los perros va en serio. ¡Vámonos!

De mala gana, y no sin lanzar una mirada furiosa a Cneo, Metón hizo girar a su caballo. Arato y los otros esclavos ya lo habían hecho a una señal mía. Cruzamos al galope el puentecillo y seguimos por el camino hasta dejar atrás la casa de los cabreros y los bosques sembrados de rocas. No me abandonó el miedo hasta que salimos otra vez a plena luz, no lejos de la Vía Casia. Metón se puso a mi lado.

—¡Papá, nos hemos ido antes de que Cneo Claudio admitiera su culpabilidad!

—Hubiéramos perdido mucho tiempo esperando que confesara algo que no hizo.

—No entiendo.

—Viste a ese hombre con tus propios ojos, Metón, y le escuchaste con tus propios oídos. ¿Crees de verdad que sabe algo del cuerpo que encontramos en el pozo?

—¡Admitió haber matado a Fórfex!

—Sin dudarlo, lo que demuestra que su ignorancia es auténtica. Le creo cuando dice que no sabe nada del cadáver del pozo. Mató a Fórfex y ordenó a sus esclavos que se deshicieran del cadáver y eso es lo último que supo del asunto. Supongo que te diste cuenta de que no mencioné que al cuerpo le faltaba la cabeza, aunque aludí a ello indirectamente. No lo entendió y supuso que reconocimos a Fórfex por la cara, no por la marca de nacimiento.

—Pero tal vez estuviera mintiendo.

—Ese hombre no tiene madera de actor. Se le ve todo en la cara. Sé cómo es. Lo educaron para que tuviera toda la vanidad y el orgullo de un patricio, pero sin el menor barniz de los de su clase. Amenaza e intimida a otros hombres con impunidad, porque cree que tiene ese derecho por nacimiento. No es un tipo retorcido ni engañoso; no tiene costumbre de mentir, porque no lo necesita; no se avergüenza de sus actos. Dice lo que le parece porque siempre espera salirse con la suya y probablemente lo consigue.

—No se salió con la suya cuando quiso impedirte que te quedaras con la granja.

—Cierto, pero si verdaderamente tuviera intención de atacarnos, creo que lo haría de una manera menos misteriosa. Y si tuviera algo que ver con lo de Nemo creo que admitiría su participación en cuanto le acusáramos. Hasta presumiría de haberlo hecho. Es un hombre rudo, carece de sutileza. Ya has visto cómo maneja a los perros y a los

esclavos. Quienquiera que nos enviara a Nemo y a Fórfex, es alguien muy astuto que se divierte con ello. Y eso no encaja con la personalidad de Cneo Claudio.

—Supongo que no. Pero antes de marcharnos de su casa, le acusaste abiertamente de ser responsable también de lo de Nemo. Dijiste que estaba mintiendo. ¡Dijiste que tenías pruebas!

—Una farsa final; lo hice únicamente para cerciorarme de que no sabe nada de ninguno de los dos cadáveres. No, Cneo no es nuestro hombre. Mató a Fórfex y pido a Némesis que le castigue por eso, pero no es el responsable del traslado del cadáver a nuestro pozo. En cuanto a lo del antojo, te debo una disculpa. Pero entre el vulgar entierro de Fórfex y su decapitación y aparición en el pozo, alguien más ha metido la mano.

—¿Quién, papá?

—No lo sé. Y si no pasa algo nuevo, puede que nunca lo sepamos.

Por la expresión de su rostro vi que no era una explicación satisfactoria para él. Tampoco lo era para mí, pero los años me habían hecho más paciente.

—Sigo pensando que deberíamos presentar cargos contra él —dijo Metón.

—No vale la pena molestar a Volumeno. Ya ves cuánto tarda en llevar a juicio nuestra disputa con Publio Claudio por los derechos del arroyo. ¿Qué sentido tiene poner una denuncia cuando no tenemos ninguna prueba concluyente?

—¡Pero tenemos pruebas!

—¿Un cadáver con un antojo? ¿El testimonio de un cabrero que nunca podría testificar contra su amo? ¿La absoluta negación de los hechos por parte de Cneo Claudio? ¿El testimonio de un viejo esclavo rural que cree que oyó un chapoteo y vio una sombra cuando se levantó a orinar cierta noche? No, Metón, no tenemos ninguna prueba. Podríamos sobornar a un jurado, que es una de las formas de ganar pleitos en Roma, pero ni mi corazón ni mi bolsillo accederían a hacerlo. No creo que Cneo Claudio sea el responsable.

—Pero, papá, alguien tiene que haberlo hecho. ¡Tenemos que descubrir quién fue!

—Paciencia, Metón —dije. Me sentía fatigado y me pregunté si no sería preferible aconsejarle resignación, conociendo la cantidad de misterios que no llega a resolverse.

Arato me orientó sobre los pasos a seguir en la purificación del pozo. Aunque no era sacerdote, parecía poseer un conocimiento práctico bastante fiable y había visto a otros purificar pozos contaminados por ratas y conejos. En su opinión, era muy importante que hubiesen enterrado debidamente a Fórfex antes de la decapitación y demás. Probablemente el lémur de Fórfex había alcanzado el descanso antes de su exhumación. Si era así, su lémur se habría quedado junto a la catarata, en lugar de seguir al cadáver profanado y decapitado. Estos argumentos parecieron convencer a los esclavos. Ignoraba si Arato se creía lo que decía, pero le agradecí el efecto que surtieron sus palabras.

Lo único que quedaba era la contaminación química del pozo, pues hubiera o no un lémur de por medio, lo cierto es que un cadáver mutilado había estado en contacto con el agua durante unos días. Animales y hombres podían enfermar e incluso morir si bebían de esa agua. Arato creía que el agua se renovarían y se purificarían sola con el tiempo, pero recomendaba arrojar piedras calientes al pozo para que el agua se enturbiara y emitiera vapor. Esto me pareció algo así como cauterizar una herida con un hierro candente y no le vi sentido, pero accedí. Teníamos agua almacenada en tinajas y el arroyo no se había secado del todo, aunque aún nos quedaban muchos días secos por delante.

Gran parte del heno que habíamos guardado para el invierno ya se había podrido. Con gran abatimiento, empecé a darme cuenta de que si se producía otro desastre tal vez me viera obligado a vender la granja. Para un hombre rico, tener una finca en el campo es una diversión y si pierde dinero es el precio que paga por divertirse. Pero yo

no tenía fortuna en la ciudad; la granja era la única empresa de que dependía mi futuro. Su rendimiento era esencial para mí; si fracasaba, me arruinaría. Parecía que aquel verano los dioses conspiraban para quitarme lo que Lucio Claudio tan generosamente me había regalado y que Cicerón, con su astucia, me había asegurado por ley.

Todos los días, Arato daba agua del pozo a uno de los animales de la granja, normalmente una cría. El agua no acababa con el animal, pero le hacía vomitar. El agua aún no era potable.

Me concentré en la construcción del molino. Arato obligó a los esclavos a derribar un viejo cobertizo en desuso para utilizar las vigas y las piedras de cimentación. El proyecto empezó a tomar forma con el paso de los días. Mi viejo amigo Lucio habría estado orgulloso, pensaba yo.

Presentía otra visita de Catilina, o de Marco Celio, pero durante el resto de julio y hasta bien entrado agosto nadie me molestó. Mientras tanto, ordené a los esclavos que hicieran turnos de vigilancia por la noche, como si fueran soldados en un campamento. No sé si sirvió de algo, pero no recibimos más sorpresas en forma de cadáveres sin cabeza. No obstante, aún tenía que pasar algo inesperado.

Fue poco después de los idus de agosto, casi un mes después de mi regreso de Roma. Había sido un día muy ajetreado. Habíamos llegado a un punto crítico en la construcción del molino: los engranajes no encajaban. Además habíamos tenido aparato eléctrico por la noche, y aunque no había llovido, el viento había roto algunas ramas y las había esparcido por la finca junto con algunos barriles, restos de heno y enseres diversos. Los hombres pasaron todo el día limpiando y ordenando. Cuando la larga tarde estival se acercaba al crepúsculo, encontré un rato para ir a descansar a mi estudio. Fue entonces cuando Arato apareció en la puerta.

—No quise molestarte antes porque pensé que se le pasaría, pero como veo que empeora, es mejor que lo sepas —dijo.

—¿De qué hablas?

—Clemente. Parece que está enfermo. Bueno, muy enfermo. Empezó a quejarse esta mañana, pero el dolor iba y venía, y como al parecer no estaba muy mal, pensé que no había motivos para molestarte. Pero ha ido empeorando a lo largo del día. Creo que se va a morir.

Seguí a Arato hasta el pequeño cobertizo junto al granero en el que dormía Clemente por la noche y solía hacer la siesta durante el día. El viejo esclavo estaba tumbado en la paja, en posición fetal, muy tenso. Gemía en voz baja. Tenía las mejillas encendidas, pero sus labios tenían una ligera coloración azulada. A su lado había una esclava humedeciéndole la cara de vez en cuando con un paño mojado. Sufría espasmos repentinos que le obligaban a encogerse; luego, lentamente, se relajaba con un murmullo.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—No estoy seguro —dijo Arato—. Antes ha estado vomitando, pero ahora parece que no puede tragar nada, y cuando intenta hablar no se le entiende.

—¿Se ha quejado de lo mismo algún otro esclavo? —pregunté, pensando que una epidemia era la última calamidad que deseaba en la granja.

—No. Quizás se deba solamente a que ya es viejo. —Arato bajó la voz—. Las tormentas como la de anoche suelen ser anuncio de muerte para los de su edad.

Mientras le mirábamos, Clemente sufrió una convulsión y se quedó rígido. Abrió los ojos y nos miró con una expresión más de confusión que de dolor. Entreabrió los labios y dejó escapar un largo y débil gemido. Al cabo de un momento, la mujer que le atendía extendió una mano temblorosa y le tocó la frente. Los ojos del viejo seguían abiertos. La mujer se llevó la mano a la boca. Clemente había muerto.

Era muy viejo, desde luego, y los viejos pueden morir de muchas cosas y en cualquier momento. Pero yo no podía por menos de recordar que Clemente había oído

un apagado chapoteo la noche que habían tirado a Fófex al pozo y que después había visto merodear a alguien por los alrededores.

Capítulo Veintisiete

El molino de agua no funcionaba.

Lo mío no era la ingeniería ni la agricultura, estaba claro. Había tratado de hacer un molino de diseño sencillo, casi básico. Había construido una maqueta que parecía funcionar bien. El mismo Arato, siempre pesimista, había estimado que la idea era factible. Pero cuando ordené a los esclavos mover la rueda principal (era pleno mes de agosto y el arroyo apenas tenía agua), los engranajes giraron unos cuantos grados y se quedaron atascados. La primera vez que ocurrió esto, los esclavos siguieron empujando hasta que se partieron dos ejes de madera. La vez siguiente tuve más cuidado, y también la otra, pero no hubo nada que hacer: el molino seguía sin funcionar.

Por las noches soñaba con él. A veces veía cómo tenía que ser, con el arroyo fluyendo por ambos lados, la rueda principal girando y los mazos moliendo el grano. En otros sueños más sórdidos veía ésta como una especie de monstruo, vivo y malvado, girando sin control, atrapando a los esclavos entre sus engranajes y rezumando sangre.

¿Por qué derrochaba tanta energía e imaginación en el molino? Me decía que era un homenaje al recuerdo de mi benefactor, Lucio Claudio. También era una señal de mi plena adaptación a la vida rural, no como simple granjero, sino como animal con ansias de dominio sobre todo lo que le rodea. Era un reto a Publio Claudio, una muestra de que estaba dispuesto a defender mis derechos sobre el arroyo. Y por último, era una construcción de valor intrínseco. Seguía sin resolver los misterios de Nemo y Fórfex, pero me preocupaban mucho más mis fracasos con el molino, en él cual, como ya he dicho, volcaba todos mis esfuerzos, intelectuales y físicos. Asimismo, la obsesión por este invento me proporcionaba una vía de escape para el problema de la escasez de agua y de la negra perspectiva de un invierno sin forraje.

De todos modos, estas catástrofes domésticas eran menudencias comparadas con las que se estaban fraguando a nuestro alrededor, y no sólo en Roma y Etruria, sino en toda Italia. Podría decir que no tenía ni idea de lo que se avecinaba, pero mentiría. Un hombre que vuelve la espalda al fuego puede decir ciertamente que no lo ve, pero seguro que siente su calor en la espalda y ve la tenue luz que colorea los objetos que le rodean. Pero aunque sospechaba adónde conduciría la lucha entre Catilina y Cicerón, había decidido centrar toda mi atención en mi molino.

A finales de agosto Diana cumplía siete años. Los cumpleaños de las niñas no se suelen celebrar entre los romanos, pero el día en cuestión —el veintiséis de agosto, cuatro días antes de las calendas de septiembre—era doblemente especial en nuestra casa, pues además del cumpleaños de la pequeña Gordiana, era el día que Marco Mumio nos había entregado a Metón tras rescatarlo de la esclavitud en Sicilia. Era un día muy especial para nosotros y lo celebrábamos con una gran comida familiar, así que varios días antes Bethesda empezaba a supervisar los preparativos de Congrio en la cocina. Eco siempre acudía a la fiesta y este año no sería una excepción. Del mismo modo que nosotros habíamos ido a Roma a celebrar la mayoría de edad de Metón, Eco y Menenia vendrían de la ciudad para reunirse con nosotros.

Llegaron en carreta la víspera de la fiesta, acompañados por Belbo y otros cinco esclavos. Observé que los esclavos eran los más fuertes que había en casa de Eco y que iban todos armados con dagas ocultas en las túnicas. Le gasté una broma por rivalizar con la guardia de Cicerón, pero Eco no se rió.

—Después, después —dijo con aire misterioso, como prometiéndome una explicación.

Bethesda hizo enormes esfuerzos por conseguir que Menenia se sintiera como en

casa; parecía que el cariño que se profesaban era sincero. Metón y Diana estaban encantados con la presencia de su hermano mayor en la granja, aunque fuera por poco tiempo. Aproveché la armonía que reinaba entre todos para escabullirme. Encontré a Belbo y a otros dos esclavos jugando al trigón. Formaban un triángulo y se lanzaban el balón de cuero. Belbo, famoso por su fuerza más que por su agilidad, pronto quedó eliminado. Lo llamé y nos alejamos lo suficiente para que los otros dos no nos oyeran.

—Mi hijo se rodea de una guardia considerable, ¿no te parece? Sobre todo teniendo en cuenta que no lleva nada valioso encima y hace un recorrido corto por una carretera muy transitada.

Belbo hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—Al viejo amo no se le escapa nada, como de costumbre.

—«Como de costumbre», dices. Ojalá fuera la mitad de agudo y observador que antaño. ¿A qué vienen tantas dagas?

—Hay mucha tensión en la ciudad.

—Eso suena muy vago. ¿En qué anda metido mi hijo?

—¿No crees que eso te lo debería decir él?

—Si fueras nuevo en la casa, sí, pero me conoces demasiado para ocultarme nada, Belbo. ¿Está involucrado Eco en algo peligroso?

—Amo, ya sabes cómo es la vida. Cada día puede acechar un peligro. —Me lo quedé mirando fijamente, imperturbable ante sus evasivas. Era tan fuerte como un buey y fiel como un perro, pero se le daba tan mal guardar secretos como jugar al trigón. Vi que se ponía colorado—. Es por el trabajo nuevo —confesó.

—¿Para quién trabaja en estos momentos?

—Para el joven que estuvo en la fiesta de Metón. El que habló contigo. Volvió días después para contratar al joven amo. Es el hombre que llevaba el pelo y la barba a la última moda.

—¿Cómo se llama ese joven? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Marco Celio.

—¡Por las pelotas de Numa! ¡Lo sabía! También han cazado a Eco.

Una vez que hube roto la frágil resistencia de Belbo, éste se mostró de lo más parlanchín.

—Tiene algo que ver con una conspiración para matar a Cicerón y derrocar al gobierno. El amo ha estado asistiendo a reuniones secretas por las noches. Yo no oigo mucho; me quedo fuera con los otros esclavos y guardaespaldas. Pero va gente importante a esas reuniones: senadores, équitos, patricios, gentes del Foro. Marco Celio acude con frecuencia.

Mientras hablaba, meneé la cabeza y apreté los dientes. Eco tendría que haber sabido, me dije, que era mejor no enredarse en los asuntos de Marco Celio y su amo,—fuera éste Cicerón o Catilina. Una cosa era investigar las circunstancias de un simple asesinato o descubrir la verdad en una disputa de tierras y otra fingir un doble papel en medio de una complicada intriga política. Había enseñado a Eco a ser un sabueso, no un espía. En mi opinión, es honrado descubrir la verdad y exponerla para que todos la conozcan, pero no lo es en absoluto ocultarla y murmurar en la oscuridad. Se me ocurrió que tal vez Eco no había tenido otra opción. La idea de un cadáver descabezado apareciendo en la casa de Roma me hizo dar un tirón a la túnica de Belbo.

—¿Le han amenazado? ¿Se han atrevido a amenazarle con hacer daño a Menenia o a nosotros?

Belbo se quedó sorprendido por mi vehemencia.

—Creo que no, amo —dijo pacientemente—. Marco Celio vino a casa poco después de que tú te marcharas de Roma. Todo parecía estar bien; el joven amo es como tú, no le gusta aceptar trabajo de personas en las que no confía, si puede evitarlo. Parecía deseoso de hacer lo que le pedía Celio. Si hubo amenazas o cosas similares,

no me he enterado.

Oír palabras tan tranquilizadoras en boca de un gigante me pareció de repente terriblemente absurdo; casi tan absurdo como sujetarle en un arranque el cuello de la túnica. Lo solté y di un paso atrás.

—Asegúrate de que los otros llevan encima las armas aunque estén jugando al trigón —dije—. Y ordena que alguien vigile el camino que viene de la Vía Casia. Si Eco cree que necesita escolta es que la necesita. Pero debería saber, y también tú, que aquí no está más seguro que en la ciudad.

Di un largo paseo por la hacienda para ordenar mis pensamientos. Cuando volví a casa, encontré a la familia reunida en el peristilo, a resguardo del calor de la tarde. Bethesda y Menenia se hallaban recostadas en sendos triclinios, una enfrente de la otra; Diana estaba sentada entre ellas, con las piernas cruzadas y jugando con una muñeca; Metón y Eco estaban sentados juntos en un banco próximo al estanque. En medio de los dos vi el juego que Cicerón me había regalado hacía tiempo y que yo había dado a Metón, un juego llamado «Elefantes y Arqueros». Evidentemente, habían acabado de jugar, pues todas las piezas de bronce se encontraban en un lado del tablero cuadriculado. Cuando me acerqué, oí a Metón decir algo sobre Aníbal.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—De la invasión de Italia por Aníbal —dijo Metón.

—Con elefantes —añadió Eco.

—En realidad, los elefantes nunca llegaron a Italia —explicó Metón, volviéndose hacia Eco. Parecía encantado de poder aclarar ciertos puntos de aquel hecho a su hermano mayor—. Murieron en la nieve, mientras cruzaban los Alpes. Y lo mismo ocurrió con los hombres de Aníbal: murieron por miles. No sé si os acordáis, hace años, cuando fui por primera vez a Roma, uno de los magistrados organizó en el Circo Máximo un espectáculo que representaba la travesía cartaginesa de los Alpes. Simularon las montañas con montones de tierra. Para la nieve utilizaron miles de pedacitos de tela blanca y escondieron esclavos en los rincones para que soplaran. Pero los elefantes eran reales. En realidad no los mataban; no sé cómo habían domesticado a esas bestias para que se tumbaran y se hicieran los muertos. —Su sonrisa desapareció—. Uno de los esclavos que hacía de soldado cartaginés murió aplastado. Fue horrible, toda aquella sangre roja corriendo por la nieve blanca... ¿No te acuerdas, Eco?

—Sí, claro.

—¿Y tú, papá?

—Vagamente.

—De todos modos, Eco, lo importante, como dice Marco Mumio, es que la victoria no sólo depende del número de hombres, de la valentía y el arrojo, sino también de los elementos: lluvia, nieve, un campo enfangado, una tormenta de arena inesperada... «Tanto importan los elefantes como los elementos», dice. Y también que «los hombres hacen la guerra, pero los dioses deciden el clima». Deberías hablar de ello alguna vez con Mumio. Sabe todo lo que hay que saber sobre grandes generales y batallas famosas.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo es que habéis acabado hablando de Aníbal? Ah, ya veo, «Elefantes y Arqueros».

—En realidad, papá —dijo Eco—, Metón está muy versado en historia militar.

—¿Sí? Bueno, si podéis prescindir un momento de la batalla, Eco, me gustaría pedirte tu opinión sobre el molino.

Eco se encogió de hombros y se puso en pie. Metón hizo ademán de levantarse también, pero le hice una seña para que se quedara.

—Quédate aquí. Habla con Menenia. Procura que tu hermana no dé guerra.

Seguro que ya estás harto del molino.

Metón iba a decir algo, pero se mordió la lengua y bajó la vista. Se sentó de nuevo en el banco y empezó a manosear nerviosamente los soldaditos de bronce.

—Realmente le fascina el mundo militar —dijo Eco de camino al arroyo—. No puedo imaginarme de dónde le viene ese interés. Supongo que siempre ha estado muy unido a Marco Mumio...

—Vayamos al grano. ¿En qué estás metido? Eco suspiró.

—Ya sospechaba que no veníamos sólo a ver el molino.

—No hay mucho que ver. Esto es un desastre, como casi todo lo de la granja.

—¿Te van mal las cosas?

Llegamos al molino, encontré un lugar sombreado e hice una seña a Eco para que se sentara a mi lado. Nos quedamos mirando el lodo resquebrajado de las orillas y el delgado hilillo de agua que fluía entre las piedras.

—Primero te contaré mis problemas —dije—. Luego me cuentas los tuyos.

Le conté con pelos y señales todo lo que había pasado desde que volvimos de Roma: el descubrimiento del cuerpo de Fórfex, la contaminación del agua del pozo, el careo con Cneo Claudio y la muerte de Clemente.

—Papá, deberías habérmelo dicho. Tenías que haberme escrito.

—Y tú deberías haberme contado lo de tus tratos con Marco Celio. —Eco me miró con desconfianza—. Se lo saqué a Belbo. No fue difícil.

—Pues debo decirte que yoya sabía lo del cadáver en el pozo.

—¿Cómo?

—Me lo dijo Metón. Me contó la mayor parte de la historia.

—Y sin embargo has dejado que te lo contara todo otra vez, ¡como si no supieras nada!

—Quería oír tu versión. El relato de Metón fue más dramático, el tuyo más coherente. Metón parece estar muy orgulloso de haber identificado a Fórfex por el antojo de la mano. Tú omitiste eso en tu versión.

—¿Lo hice? Supongo que Metón sigue convencido de que Cneo Claudio es el culpable.

—Así es.

—Aunque lo fuera, no tendría sentido presentar cargos contra él. Hay algo más que quería comentar contigo...

—Papá, te comportas como si no pasara nada y no haces más que encontrar cadáveres decapitados. Y esta vez no ha sido un simple acto de intimidación. Creo que si no se resuelve todo esto, deberías volver a Roma con la familia antes de que ocurra algo verdaderamente grave.

—Ya hemos discutido esto antes —dijo con impaciencia—. No hay sitio para todos en la casa y además ya no tengo estómago para vivir en la ciudad. En vez de decirme que abandone la granja, te sugiero que te vengas tú aquí. Es mejor que estar en manos de Marco Celio. ¿Qué sentido tiene asistir a reuniones clandestinas con Catilina y su círculo? ¿Es que no ves el peligro?

—Papá, trabajo para un cónsul romano.

—Poca garantía si te atrapan cometiendo un delito con esos hombres y te matan en el acto o si descubren que eres un espía. ¿Dónde estará Cicerón entonces?

Eco se rascó la nariz.

—Sé que con los años has llegado a tener una opinión muy baja de Cicerón. Parece que le has perdido todo el respeto desde que ganó las elecciones. Pero en una cosa sí debes creer: en su lealtad hacia sus amigos.

—No me digas que espías a Catilina sólo por amistad.

—Claro que no, papá. Lo hago por dinero. Eres tú quien debería hacerlo por amistad. —Había cierto tono de crítica en su voz, esa voz que siempre había sonado hermosa a mis oídos porque había deseado escucharla durante años de silencio.

Nunca nos habíamos peleado en serio. De repente, me di cuenta de que estábamos a punto de tener la primera discusión. Aparté la mirada y aspiré profundamente. Eco hizo lo mismo.

—Supongo que me tranquilizaría si me explicaras el alcance de tu implicación —dije por fin—. ¿Qué trama realmente Catilina?

—Lo que dice Marco Celio es cierto: Catilina y sus seguidores están conspirando para acabar con la República. Habían confiado en un triunfo electoral, lo que les hubiera sido de gran ayuda para llevar a cabo sus reformas radicales desde arriba, legalmente si podían, y por la vía de la guerra civil si no podían.

Ésa era la ruta que prefería el propio Catilina. Al parecer, esperaba salir elegido. Ahora que la única salida que le queda es una revolución armada, Catilina duda.

—Le compadezco —dije entre dientes.

—Hasta ahora los conspiradores no han hecho nada ilegal o al menos nada que pueda comprometerles. No ponen nada por escrito. Se ven en secreta, *sub rosa*. —Eco sonrió—. Catilina es muy literal en sus cosas; cuelga una rosa del techo de la sala en que se reúnen para recordar a sus amigos que la rosa es el símbolo del silencio y que sus palabras no deberán traspasar la puerta. Aun así, Cicerón sabe todo lo que hacen. Porque espías para él.

—No soy el único. Y yo sólo soy un modesto espía, no un miembro del círculo íntimo de Catilina. Pertenezco a un grupo más amplia de hombres en los que cree que puede confiar y a los que considera valiosos. Escucho mucho y se me da bien sacar la verdad de todo el fantástico entramado de rumores que se genera. Son personas llenas de fantasías. A veces me pregunto si de verdad representan un peligro.

—¡No se lo digas a Cicerón! No es eso lo que quiere oír.

—Papá, tu cinismo es insoportable.

—No, es que Cicerón es así. ¿No te das cuenta de que le encanta hacer el papel que le ha dado esta situación? Si no hubiera una conjura contra el Estado, la inventaría. —Eco suspiró ruidosamente. Estábamos otra vez al borde de la ruptura. Me serené—. Dame más detalles —dije—. ¿Quiénes son esos conspiradores? ¿Los conozco? ¿Quién más espía para Cicerón?

—¿De verdad quieres que te cuente todas esas cosas? Una vez dichas, ya no hay vuelta atrás. Pensé que querías desentenderte de Roma.

—Es mejor saber que ignorar.

—Pero los secretos son peligrosos. Todo el que los conoce corre peligro de revelarlos. ¿Seguro que quieres esa responsabilidad?

—Quiero saber qué compañías frecuenta mi hijo. Quiero saber quién amenaza a mi familia y por qué.

—Entonces, ¿Iras renunciado a enterrar la cabeza en la arena? Suspiré.

—Las plumas de avestruz son muy caras, pero fáciles de arrancar. Al ocultar la cabeza en un agujero no puede maniobrar si le atacan.

—Y— deja su largo cuello expuesto a las dagas —dijo Eco.

—Una observación aguda.

Los dos nos miramos de soslayo y nos reímos. Estiré la mano y retuve la suya un instante.

—Ay, Eco, dices que esos conspiradores deliran, pero no están ni la mitad de locos que yo, imaginando que podía escapar de Roma. ¡Nadie puede hacer eso! Todos somos esclavos de Roma, independientemente de nuestra estirpe o de lo que diga la ley. Sólo una cosa hace libres a los hombres: la verdad. Yo he intentado dar la espalda a la verdad, pensando que con esa ignorancia podía escapar al destino, y eso es imposible. Me he pasado toda la vida buscando la justicia a través de la verdad, pero ahora, al parecer, he renunciado a seguir la búsqueda, lo cual equivale a estar irremediabilmente perdido. —Suspiré otra vez y cerré los ojos para protegerme de la cegadora luz del sol—. ¿Tienen algún sentido para ti todas estas divagaciones? ¿O es

que me estoy haciendo viejo?

Abrí los ojos y vi que me sonreía con tristeza.

—Creo que a veces olvidas lo mucho que nos parecemos, papá.

—Tal vez sí, sobre todo cuando estamos separados. Cuando estás a mi lado, me siento mejor, más fuerte.

—Ningún hijo podría pedir más. Sólo me gustaría que sintieras lo mismo por... —arrastró la voz y se mordió los labios, pero yo sabía que estaba pensando en un ausente—, por Metón, abandonado en la casa con su madre y su hermana, excluido una vez más de la conversación de su padre.

Capítulo Veintiocho

—**B**ueno —dije estirándome en la hierba—, ahora cuéntame todo lo que sabes sobre Catilina y su círculo. —Eco adoptó una expresión de abatimiento—. Acepto las responsabilidades que se desprendan de saberlo —añadí.

—No sólo pienso en ti, sino en mí también. Si alguna vez llegara a oídos de Catilina que he roto mi pacto de silencio...

—Sabes que puedes confiar en tu padre.

Suspiró y cruzó los brazos sobre las rodillas. Reconocí aquella postura como si me mirara en un espejo.

—Muy bien. Para empezar, hay más de lo que puedas imaginar. Cicerón y Celio siempre hablan como si sus enemigos fueran legión, pero ya conoces la tendencia de Cicerón a exagerar.

—¿Cicerón exagerar? —dije.

—Sólo que en este caso tiene motivos para estar alarmado.

—¿Qué es exactamente lo que piensan hacer los conspiradores?

—Eso sigue sin estar claro, probablemente ni ellos mismos lo saben, pero lo que es seguro es que en sus planes entra una especie de insurrección armada y entre sus objetivos prioritarios está la muerte de Cicerón.

—¿Quieres decir que todos esos guardaespaldas y ese absurdo peto en el pecho no eran una simple puesta en escena? yo estaba convencido de que no era más que un truco para atemorizar a los votantes.

—No estoy seguro de que Catilina hubiera querido ver muerto a Cicerón antes de las elecciones. Si hubiera sido elegido cónsul, las cosas habrían sido muy distintas. Pero ahora todos los conspiradores están de acuerdo en ese punto: se debe eliminar a Cicerón. Las razones son diversas: venganza, para dar una lección a los que sirven a los optimates y por una cuestión práctica.

—¿Quiénes son? Dame nombres.

—Está Catilina, desde luego. Y ahora, a todas partes donde va le acompaña un joven llamado Tongilio.

—Conozco a los dos. ¿Quién más?

—En orden de importancia está después Publio Cornelio Léntulo, alias Sura.

—¿Léntulo «el Piernas»? ¿Ese viejo depravado?

—El mismo.

—Catilina ha sabido escoger un personaje pintoresco como jefe de la conjura. ¿Conoces la historia de ese hombre?

—Todo el círculo de Catilina la conoce. Y lo mismo que tú, se sonríen cuando pronuncian su nombre.

—Es un viejo fascinante, eso no lo voy a negar. Trabajé para él, hace cosa de seis o siete años, poco después de que lo expulsaran del Senado. Todo lo que rodeaba a ese tipo rezumaba bribonería, pero no podía evitar que me cayera bien. ¿Le llama alguien «Piernas» en su cara?

—Sólo algunos patricios —dijo Eco.

«Sura», es decir, pierna, era su apodo. Se lo habían puesto en tiempos de la dictadura de Sila, cuando Léntulo ostentaba el cargo de cuestor y desapareció una suma importante del erario público que estaba a su cargo. El Senado lo emplazó para que explicara el asunto. A la hora de declarar, Léntulo se limitó a decir que no tenía que rendir cuentas a nadie, pero que estaba dispuesto a presentar... la pierna, cosa que hizo, tal como suelen los jóvenes cuando pierden la pelota en el trigón. Léntulo salió incólume, gracias en gran parte a su parentesco con Sila, bajo cuya dictadura cualquier delito de desfalco era cosa de niños, pero se quedó con el apodo. En otro momento fue

llevado a juicio por malversación y fue absuelto. Después se le oyó quejarse de que había derrochado dinero sobornando a un juez. Un pícaro, como ya he dicho, pero con un gran sentido del humor. Los escándalos que le rodeaban no le impidieron obtener la pretura ni el consulado. Desgraciadamente, fue elegido para el cargo en el peor momento posible, durante el motín de los esclavos de Espartaco. Todos los que en ese momento se hallaban en el poder quedaron descalificados por su incapacidad para aplastar la rebelión. Se desató una ola de reproches y acusaciones cruzadas cuando se acabó con Espartaco y sus seguidores. Un año después de su consulado, faltó ya de amigos, Léntulo fue expulsado del Senado, acusado de inmoralidad. Esta vez no enseñó a los senadores la huesuda pierna, sino el cogote, cuando abandonó, con la cabeza gacha, el hemicycleo. Pero Léntulo perseveró. En un momento de la vida en que casi todos los hombres se habrían recluido, entró de nuevo en la refriega electoral, empezando por el principio, como cualquier joven. Hacía un año se le había elegido pretor, más de una década después de su primera pretura, y había obtenido la readmisión en el Senado. Lo había hecho por pura desfachatez, pero también contaba con muchas ventajas: el patricio nombre de Cornelio; un pedigrí populista que había heredado de un famoso abuelo que había muerto sesenta años antes en los disturbios contra los Gracos; su matrimonio con la ambiciosa Julia, pariente de Julio César, con quien educaba al joven Marco Antonio, hijo de aquélla; y una oratoria aparentemente descuidada que en realidad utilizaba astutamente para comunicar todo el encanto de su sarcástico sentido del humor y su extremada ambición.

—¿Qué motivos tiene ese hombre para conspirar contra el Estado? —pregunté—. Al fin y al cabo, ha recuperado su puesto en el Senado. Podría volver a presentarse a cónsul otra vez.

—Sin ninguna posibilidad de ganar. Tras su avinagrado sentido del humor se esconde una gran amargura y una impaciencia que le corroe. Es un hombre que tuvo que partir otra vez de cero en mitad de su vida; está deseando tomar un atajo para cumplir su destino.

—¿Su destino?

—Últimamente se ha aficionado a los adivinos, que han regalado a Léntulo unos versos supuestamente tomados de los Libros Sibilinos, donde se profetiza que tres hombres de la familia Cornelia gobernarán Roma. Todos conocemos a dos, Cina y Sila, pero ¿quién será el tercero?

—¿Y esos agoreros aseguran a Léntulo que va a ser dictador?

—No a las claras; son muy listos. Ya sabes que se dice que los versos sibilinos están escritos con acrósticos, o sea que las primeras letras de cada línea forman una palabra secreta. Bueno, pues ¿qué palabra crees que forman las primeras letras de estos versos en concreto?

Apreté los labios.

—¿Empieza por L?

—Exactamente: Léntulo. Claro que esto no se lo dijeron; dejaron que lo averiguara por sí mismo. Ahora está convencido de que ha sido escogido por los dioses para gobernar los destinos de Roma.

—Está loco —dije—. Ya veo a qué te refieres cuando hablas de locos. De todos modos, un hombre que ha subido tan alto, que ha caído tan bajo y que ha resurgido de sus cenizas, debe de pensar que Fortuna le tiene reservado un papel muy especial. Entonces, ¿Léntulo es la «pierna» en que se apoya Catilina?

Eco hizo una mueca.

—La más importante, sí, pero, como casi todos los cuerpos, tiene dos piernas. La otra no es tan fuerte.

—«¿Por qué cojea la conjuración de Catilina?» ¡Por favor, no más adivinanzas referentes a las partes del cuerpo!

—La segunda pierna también es un senador del clan de los Cornelios: Cayo

Cornelio Cetego.

—¿No tiene apodo?

—Todavía no. Tal vez sea demasiado joven para tenerlo. Pero si lo tuviera, sería «el Impetuoso».

—Dices que es joven, pero para ser senador debe de tener por lo menos treinta y dos años.

—Recién cumplidos. Al igual que Catilina y Léntulo, es un patricio cabal. Los hombres que han sido educados desde la infancia para tenerse en muy alta estima son diferentes de los demás.

—Sí, es cierto —asentí, pensando en el aplomo y la autoconfianza natural de Catilina, y pensando también en lo mucho que un Hombre Nuevo tan ambicioso como Cicerón debía de envidiar y despreciar esta superioridad tan natural y poco afectada.

—Como Léntulo, Cetego pertenece a los Cornelios y tiene buenos contactos por parentesco y por obligaciones de linaje. Pero le falta la perseverancia de Léntulo; es joven, impaciente y con fama de violento. No es muy efectivo en el Senado; no es buen orador, la retórica le saca de quicio. Tiene un hermano mayor que también está en el Senado y apenas se hablan. Dicen que tuvieron una fuerte disputa por cuestiones de herencia. Cetego cree que ha sido menospreciado, pero no sólo por su familia, sino también por los Hados.

—El candidato ideal para una revolución.

—Fascina a los más susceptibles de dejarse convencer: los jóvenes como él que desconfían de la retórica y odian el lento funcionamiento de la política, que se ven obstruidos en su camino por los optimates y carecen de dinero para lanzarse a una carrera fulminante, pero que sienten una sed insaciable de poder.

Arranqué una ramita y me puse a hacer agujeros en la tierra.

—¿Ésos son los principales conspiradores?

—Sí. Léntulo por su perseverancia, Cetego por su energía y su arrojo.

—Dijiste que ésas eran las piernas. —Tracé dos líneas en el suelo—. Y Catilina es la cabeza. —Tracé un círculo—. Pero entre las piernas y la cabeza tiene que haber un tronco, por no hablar de brazos, manos y pies.

—Pensé que estabas harto de metáforas. Me encogí de hombros.

—Y yo creía que no quería saber nada de todo esto, y sin embargo mírame, aquí estoy, preguntándote.

—Muy bien. El tronco sería el pueblo de Roma. Si Catilina convenciera al pueblo de que le siguiera, si Léntulo y Cetego pudieran llevar adelante la conjura, entonces el cuerpo empezaría a ser realmente poderoso. En cuanto a los brazos y las manos, hay muchos hombres que mantienen contactos constantes con Catilina y sus amigos: senadores, équites, arruinados, ricos que quieren serlo más, ciudadanos comunes y libertos. Hay algunos a los que simplemente les atrae el peligro de la empresa y otros que parecen hechizados por Catilina. Sospecho que incluso hay chiflados idealistas que creen estar a punto de cambiar el mundo.

—Eco, creo que estás tan cansado como tu padre. Tal vez estén a punto de cambiar el mundo, pero es difícil saber si para peor o para mejor. ¡Nombres, Eco!

Recitó una larga lista. Unos eran personajes conocidos; otros no.

—¿Conoces a Publio y Servio Sila? —dijo. —¿Los nietos del dictador?

—Los mismos.

—«¡Qué bajo caen los poderosos!» —dije, citando una de las máximas orientales de Bethesda—. «Menos cuando caen de pie.»

—Los nietos de Sila tienen muchos contactos. Entre los admiradores más fervientes de Catilina se encuentran los antiguos soldados del dictador que se asentaron en las colonias agrícolas del norte. Casi todos atraviesan momentos difíciles; se tiran de los pelos, por así decirlo, cuando recuerdan los días de las grandes campañas de Oriente y la guerra civil. Antaño tuvieron el mundo entero a sus pies y

ahora se encuentran hundidos hasta las rodillas en el barro y el estiércol. Creen que Roma les debe más de lo que les ha dado. Ahora que su actual jefe, Catilina, ha perdido la oportunidad de convertirse en cónsul, y no una sino dos veces, es posible que estén dispuestos a empuñar las viejas armas; bruñen los petos y las grebas, afilan las espadas y ponen puntales nuevos a las lanzas.

—Pero ¿pueden estos viejos veteranos iniciar realmente una revuelta armada? Sus petos deben de estar ya un poco oxidados. Es posible que Sila comandara una vez el mejor ejército del mundo, pero eso fue hace mucho tiempo; sus soldados, si no han muerto, deben de estar ya un poco canosos y fofos.

—Su jefe militar es un antiguo centurión llamado Cayo Manlio. Es el que Catilina envía a conferenciar a Fésulas. Lleva muchos años representando los intereses de los veteranos y se ha convertido en su dirigente. Era Manlio quien iba a la cabeza de los veteranos cuando fueron a Roma el día de las elecciones para votar por Catilina y fue Manlio también quien les prohibió recurrir a la violencia cuando Catilina perdió. Un baño de sangre tras las elecciones hubiera sido prematuro. Manlio sabe mantener la disciplina en sus filas. Ahora tiene el pelo blanco, pero se dice que goza de excelente salud, que tiene los hombros como un buey y que aún puede doblar con los brazos una barra de acero. Ha estado entrenando a los veteranos y abasteciéndoles de armas en secreto.

—¿Realmente está capacitado Manlio para comandar un ejército?

—Eso creen los conspiradores de Roma, aunque tal vez no sea más que otra fantasía nacida de la desesperación.

—Tal vez tengan razón. Sila tuvo en su época un ejército invencible. Lucharon por la gloria y el botín cuando eran jóvenes; ¿por qué no iban a hacerlo ahora por su fortuna y su propia familia? ¿Quién más apoya a Catilina?

—Bueno, están las mujeres.

—¿Mujeres?

—Un grupo de Roma, casi todas mujeres de la clase alta que disfrutan con la intriga. Los enemigos de Catilina dicen que se dedica a ponerlas en contacto con jóvenes a cambio de joyas que luego vende, o a cambio de secretos sobre sus maridos. Pero sospecho que muchas de estas mujeres (ricas, cultas, de exquisito linaje) no tienen menos ansia de poder que los hombres y saben que nunca podrán obtenerlo por las vías habituales. ¿Quién sabe, qué clase de promesas les hará Catilina?

—Políticos sin futuro, soldados sin ejército, mujeres sin poder —dije—. ¿Quién más apoya a Catilina?

Eco vaciló.

—Hay indicios y rumores, vagas indicaciones de que posiblemente haya también hombres mucho más importantes que Léntulo y Cetego, hombres mucho más poderosos incluso que el mismo Catilina.

—¿Te refieres a Craso?

—Sí.

—¿Y a César?

—Sí; pero como digo, no tengo pruebas de que estén directamente implicados. Sin embargo, todos los conspiradores dan por hecho que ambos apoyarán a Catilina.

Negué con la cabeza.

—Créeme, Craso es el último hombre que se beneficiaría de una revolución armada. Tal vez César sí, pero sólo si sirviera a sus fines específicos. Aun así, si están implicados, o aunque sólo apoyen tácitamente a Catilina...

—¿Ves cómo cambia el estado de las cosas?

—Sí, como si fuera una ilusión óptica. Una loma cubierta de flores resulta ser una montaña lejana cubierta de nieve. No me extraña que Cicerón esté nervioso y tenga la ciudad plagada de espías.

—Cicerón siempre está al tanto de todo lo que pasa en la ciudad. Dicen que nunca

le coge nada por sorpresa, ni un motín en el teatro ni una calumnia contra él en el mercado del pescado. Le apasionan los juegos de la inteligencia.

—O le obsesionan. La marca que distingue al Hombre Nuevo: los nobles no necesitan vigilancia constante para sentirse seguros de su posición. Y pensar que todo empezó conmigo, cuando investigué el caso de Sexto Roscio para un joven picapleitos de nombre raro. Supongo que fui el primer agente de la red de Cicerón. Y ahora tú —dije con sarcasmo—. ¿Quiénes son los otros?

—Cicerón es demasiado listo para permitir que sus agentes se conozcan entre sí. Yo le informo directamente. Marco Celio es el único del que estoy seguro...

—Si es que podemos estar seguros de él.

—Creo que sí, a menos que sea más listo que Cicerón y Catilina juntos. Marco Celio tendría que ser entonces un dios que ha adoptado la forma humana para hacer estragos entre nosotros, pobres mortales.

—En este momento, creo que ni eso me sorprendería. Todo este asunto apesta.

—Son los tiempos que vivimos, papá.

—Hablando de tiempo, ¿es inminente la crisis?

—Es difícil decirlo. Los acontecimientos se suceden sin brusquedad. Catilina es prudente. Cicerón está a la expectativa; espera el más mínimo desliz de sus enemigos para tener una prueba irrefutable contra ellos. Entre tanto, Marco Celio dice que has accedido a que Catilina venga aquí si lo desea.

—Nunca he accedido a eso.

—¿Le diste una negativa a Cicerón cuando fue a verte en la ciudad?

—Lo insinué.

—Para Cicerón, todo lo que no sea un «no» rotundo significa «sí», incluso un «no» puede significar «tal vez». Debe de haberte malinterpretado. Celio está seguro de que estás dispuesto a continuar con tu papel. Papá, haz lo que te pide Cicerón. Quizá Catilina no vuelva por aquí. O tal vez sí, pero entonces sólo tendrás que darle alojamiento. Es muy sencillo. Ni siquiera te exige ponerte de un lado o de otro. Yo he decidido ayudar a Cicerón, papá, y tú deberías hacer lo mismo, aunque fuera de manera pasiva. Al final será por el bien de los tuyos.

—Me sorprendes, Eco, aconsejándome que ponga en peligro a todos los habitantes de esta granja sólo porque a lo mejor se les proporcionará seguridad a largo plazo.

—El curso del futuro ya está trazado. Tú mismo lo dijiste, papá: no se puede evitar totalmente el peligro, como tampoco se puede abandonar por completo la búsqueda de la verdad.

Estaba dispuesto a darle una respuesta de compromiso, pero en ese preciso instante nos percatamos de que había una persona con extraña vestimenta a unos metros de nosotros.

—¡Por Hércules! —dije, mientras Eco se caía hacia atrás de la risa.

Diana bajó la pequeña pendiente que había desde la casa al río con unos andares tan pomposos como los de Cicerón, con la barbilla muy alta. Su altanería quedó en entredicho a causa de unos pasos dados con torpeza; las sandalias que llevaba eran demasiado grandes para sus diminutos pies. Iba envuelta en un cubrecama que arrastraba por la hierba, doblado a imitación de una toga.

—¡Es mi cumpleaños! —anunció—. Ahora me toca a mí ponerse la toga y pasearme.

—Tu cumpleaños es mañana —dije—. En cuanto a la toga, bueno, ni siquiera te aproximas a los dieciséis años. Además...

La aparición de Metón, totalmente enfurecido, me ahorró darle una lección sobre el difícil tema de las diferencias entre hombre y mujer.

—¡Mis sandalias, pequeña arpía! —gritó. La levantó por los hombros, la sacudió hasta que cayeron las sandalias y la volvió a dejar en el suelo. No la empujó ni la

pellizcó, aunque tampoco la cogió con suavidad. En cuanto sus pies desnudos rozaron la hierba, Diana empezó a llorar.

Metón no le prestó la menor atención mientras se calzaba. Luego me lanzó una mirada hosca, dio media vuelta y desapareció en lo alto de la pendiente.

La toga ficticia cayó al suelo. Diana, vestida con su túnica, apretó los puños y empezó a llorar de nuevo, con un chillido tan agudo que me tuve que tapar los oídos. Eco se levantó y corrió a consolarla.

Capítulo Veintinueve

Tal vez había sido un error excluir a Metón de nuestra charla. Por otro lado, su infantil conducta con Diana parecía estar en contradicción con sus pretensiones de madurez. Me pasé el resto del día pensando en ello; Metón se mostraba malhumorado y huraño; Eco cavilaba sobre la aparición de Fórfex y la testarudez de su padre; Menenia se extrañaba de la inquietud de su marido y Bethesda se preguntaba a qué se debía el ambiente general de infelicidad que reinaba en la granja. Irónicamente, en cuanto dejó de llorar, Diana recuperó el buen humor. Parecía como si el malestar familiar la confundiera, pero en ningún caso la contagiaba.

El cumpleaños de Diana pasó sin ninguna sorpresa desagradable. Una vez más, Congrio se superó. Aunque teníamos la moral baja, nuestros estómagos no se quejaron. Menenia había ido de compras a los mercados de Roma y Diana recibió un montón de pequeños regalos. Tratando de olvidar nuestras preocupaciones, concentramos la atención en la pequeña, que aceptó esta demostración de afecto como algo natural; ¡cumplía siete años! Eco regresó a Roma al día siguiente.

Los restantes días de agosto pasaron volando. En un abrir y cerrar de ojos estuvimos en septiembre. Era una época de mucho trabajo en la granja, de mucha atención a los cultivos y de preparativos para la cosecha. La larga duración de los días me dejaba tiempo para ocuparme de las incontables reparaciones y mejoras que se habían ido acumulando a lo largo del invierno y que había descuidado durante la ajetreada primavera y el verano. Siempre había algo que hacer. Lejos habían quedado los días de descanso en mi estudio y las subidas al cerro; ahora me dedicaba de lleno a las tareas propias de la granja, y esto, más que abrumarme, me liberaba. Sí, me liberaba de la pesada carga que suponían los misterios de Fórfex y Nemo y la participación de mi hijo en conjuras e intrigas. Trabajaba cada día hasta el agotamiento. Los esclavos no sabían qué pensar de un amo que trabajaba tanto; imagino que el mayor esfuerzo que realizaría Lucio Claudio en su vida sería coger alguna que otra aceituna. Creo que gracias a la energía de que hice gala aquellos días conseguí ganarme por fin el respeto de Arato, y al trabajar hombro con hombro con él, viendo cómo manejaba los problemas cotidianos y dirigía los esclavos que tenía a su cargo, empecé a confiar finalmente tanto en su buen juicio como en su lealtad.

Traté de delegar en Metón todas las responsabilidades que pude, pensando en aplacar sus reproches de discriminación, pero todas las tareas que le daba quedaban siempre a medio hacer. Se estaba hartando de la granja, pensaba yo, o tal vez había decidido eludir por despecho cualquier responsabilidad que le diera su padre. Cuanto más buscaba su participación en la dirección de la granja, más parecía abrirse el abismo que nos separaba.

Sin embargo, mis relaciones con Bethesda entraron en una fase deliciosa. Siempre le había gustado el calor, pues le recordaba su juventud alejandrina, y a medida que el largo verano se adentraba en septiembre se iba poniendo más y más sensual, más ella misma. Le dio por quitarse los alfileres y peinetas y dejarse el pelo suelto. Tenía más canas que los veranos anteriores, pero aquellos mechones plateados eran para mí como la cara ondulada de la luna reflejada en un mar negro. Y parecía que a ella le agradaba mi nueva condición física; le gustaba el olor del sudor en mi cuerpo y la dureza de mis brazos después de un día agotador. A menudo, cuando me iba a la cama sintiéndome muerto de cansancio, le gustaba demostrarme que aún me quedaban fuerzas. Primero me las concentraba y luego me las quitaba, dejándome yerto y cubierto de sudor otra vez, vacío de todo apetito, con la mente en blanco, abandonado del todo a la voluntad de Morfeo.

El arroyo seguía perdiendo caudal y el agua del pozo seguía contaminada, pero Arato opinaba que aguantaríamos hasta las lluvias de otoño. Como capataz de la granja, me aconsejó que pidiera a los dioses que no nos dieran un otoño seco. En cuanto a la escasez de heno, que se haría notar sobre todo durante el invierno, pregunté a Claudia si podía venderme un poco, pero desgraciadamente, dijo, no le sobraba nada. Por supuesto, no podía preguntar a los demás Claudios. Los demás granjeros de la zona aún no estaban dispuestos a vender, pues no sabían si tendrían excedentes y, de todas formas, preferían esperar a que acuciara la necesidad para vender a mayor precio.

Aunque al lado de estos problemas tenía poca importancia, aún me sentía frustrado por lo del molino. Arato no tenía ninguna solución. Invité a Metón a que me ayudara, pero tal vez detectara el escepticismo en mi tono de voz, porque manifestó una absoluta falta de interés. El fracaso del molino sólo tenía importancia por su valor simbólico: como acto en memoria de Lucio Claudio y como muestra de determinación frente a Publio Claudio.

La mañana de los idus de septiembre fui al pueblo más cercano. Estábamos construyendo una nueva pared en el establo y necesitaba contratar algunos obreros para ese día. En el pueblo había un mercado donde se podían hacer estas operaciones. Podía haber enviado a Arato solo, pero, dados los espeluznantes acontecimientos que habían tenido lugar en la granja ese verano, prefería ver a los obreros con mis propios ojos antes de dejarles poner un pie en la granja.

Arato y yo partimos a caballo a primera hora de la mañana y regresamos horas después con seis hombres a pie. Eran esclavos de confianza que sus amos me prestaban a cambio de una cantidad de dinero acordada. Hubiera preferido contratar libertos, pero el encargado del mercado del pueblo me había dicho que cada vez eran más escasos.

Cuando dejamos la Vía Casia, Arato espoleó su montura para ponerse a mi lado.

—Tenemos visita, amo —dijo.

Así era; había dos caballos desconocidos atados ante las cuadras, uno blanco y otro negro. Dejé a Arato a cargo de los esclavos y me adelanté al galope. Metón se había quedado a cargo de la granja durante mi ausencia; había decidido depositar mi confianza en él, esperando que ese gesto tendiera un puente en el abismo que se había abierto entre nosotros. Pero cuando llegué a la casa no le vi, y tampoco acudió cuando lo llamé. El esclavo que estaba de guardia se deslizó por el tejado de las cuadras y saltó a tierra.

—¿Dónde está Metón?

—En el molino, amo.

—¿Y los visitantes?

—También en el molino.

—¿Son sólo dos?

Asintió.

Me dirigí hacia el arroyo al galope, pero reduje el paso al acercarme. Desmonté y dejé que el caballo fuera libremente en busca de hierba tierna. Al acercarme, escuché una voz conocida.

—Entonces el problema debe de estar aquí. Bueno, es evidente que estos dos engranajes jamás encajarán; es como querer cruzar un asno y una cabra.

A este comentario siguieron fuertes carcajadas: de Metón, que parecía haber recuperado la alegría, y de otro hombre. Me acerqué a la entrada del molino y vi a Tongilio apoyado en una pared con los brazos cruzados. Tenía la túnica llena de polvo y el pelo revuelto. A su lado estaba Metón. Los dos miraban a Catilina, que se hallaba agachado entre las grandes ruedas de madera y los ejes. Cuando entré, todos se me quedaron mirando.

—¡Gordiano! —dijo Catilina—. ¡Vaya obra de arte has creado! ¿Es tuyo el diseño?

—Y de Arato.

—¡Sorprendente! Eres famoso por tu perspicacia, pero no consientas que nadie diga que careces de ambición. Pensé que todos los ingenieros estaban muy ocupados construyendo catapultas y fortalezas para las legiones, o levantando puentes y acueductos para el Senado. Tienes mucho talento. ¿Quién te ha enseñado?

—Los libros y el sentido común. También ayuda tener ojos y oídos. Pero me temo que no es suficiente. El molino no funciona.

—Ah, pero funcionará. Sólo hay una cosa que lo impide.

—¿Qué quieres decir?

—Mira aquí, este eje. Está al revés.

—¿Cómo dices? —Me molestó su seguridad, pero al mismo tiempo tuve la sospecha de que sabía lo que decía.

—Debe partir de aquí —añadió, señalando un punto— y ser exactamente perpendicular a su ubicación actual.

—Pero eso significaría mover todo lo que le rodea, cambiar toda la estructura —dije, sin apenas creer que la solución fuera tan fácil.

—En absoluto. Los dos engranajes coincidirán lateralmente en vez de hacerlo en ángulo recto. Tal como está ahora, el mecanismo se parte al girar. Pero con ese sencillo cambio...

—¡Por Hércules! —Intenté no parecer un paleta. Era indudable que Catilina estaba en lo cierto—. ¿Cómo no me habré dado cuenta antes?

Catilina se encogió de hombros. Llevaba el pelo alborotado, como Tongilio, y la cara roja. Aparentaba la mitad de años de los que tenía; desde luego, no parecía un intrigante desesperado.

—Has creado el molino de la nada y tienes la cabeza llena de posibilidades que se te han ido ocurriendo a medida que el diseño tomaba forma. Por eso no descubriste por qué no funcionaba. Entonces llego yo, veo un molino hecho y derecho, me admiro de su perfección y descubro su pequeño fallo. Ya ves, Gordiano, a veces un nuevo punto de vista es de infinita ayuda para un hombre. No eres el único que lo necesita.

Su voz adoptó cierta seriedad mientras pronunciaba estas últimas palabras y me lanzó una mirada muy significativa a la vez que me ponía la mano en el hombro y me lo apretaba.

Observé los engranajes, intentando convencerme a mí mismo de que debía aceptar la sencilla solución de Catilina. ¿Era tan simple y lógica su solución como daban a entender sus palabras? ¿O es que aquel hombre era un genio? Me sentía irritado, impresionado, contento y aún dudoso, todo al mismo tiempo.

—Has estado cabalgando —le dije—. ¿No habrás hecho todo el camino desde Roma esta mañana?

—No, venimos del norte —dijo Tongilio. Catilina se ha entrevistado con Manlio y los veteranos de Sila en Fésulas, pensé.

—Supongo que tu invitación sigue en pie —dijo Catilina con una sonrisa—. Marco Celio me indujo a pensar eso.

Fingí examinar otra vez los engranajes para disculpar lo hueco de mis palabras.

—Sí, claro.

—Bien. Te sorprendería saber, o tal vez no, cuántos amigos y colegas de repente no tienen sitio para mí después del último desastre en las urnas. Pero es en estos casos cuando salen a relucir los auténticos amigos.

□ □ □

Catilina y Tongilio se retiraron a la casa a descansar y a cambiarse de ropa. Yo estaba demasiado entusiasmado con la idea de acabar por fin el molino y no me uní a

ellos. En vez de levantar la nueva pared del establo, puse a los obreros contratados a trabajar en el nuevo alineamiento de los engranajes. Trabajamos hasta el anochecer. Bethesda mandó a Diana a buscarme para la cena, pero le dije que me llevara un poco de pan y queso al molino.

Finalmente conseguimos instalar los engranajes. A falta de una buena corriente de agua, los esclavos movieron la rueda de paletas. El mecanismo crujió y los ejes empezaron a girar; los dientes encajaban a la perfección; la muela dio una vuelta, y luego otra, y otra, sin una sola interrupción.

Harían falta pequeños ajustes, habría que acabar el cobertizo, y seguro que con el uso se harían patentes las deficiencias del conjunto, pero ya había algo irrefutable: el molino funcionaba.

En ese momento me embargó una sensación de plenitud superior a cuantas había sentido en la vida. Arato sonreía como un bendito. Hasta Metón abandonó su ceño fruncido y parecía compartir mi alegría y emoción. Catilina tenía que haber estado allí conmigo. Miré hacia la casa, a las ventanas oscuras, y me maravillé una vez más de la sencillez de su genio.

Capítulo Treinta

Aunque había sido un día largo y caluroso, la temperatura nocturna era muy agradable. Yo estaba cubierto de polvo, sudor y mugre. Era tarde, pero con tanta excitación no tenía sueño. Mientras pasaba unos últimos instantes contemplando ensimismado el molino, mandé a un esclavo a la casa con el recado de que me prepararan un baño caliente. Dada la escasez de agua, esto suponía una verdadera extravagancia (llevábamos varios días aseándonos solamente con esponjas y estrigilas), pero me dije a mí mismo que merecía una recompensa.

Metón dijo que estaba demasiado cansado para bañarse conmigo, prefirió lavarse con una esponja y un balde de agua, y se fue derecho a la cama. Cuando abrí la puerta de los baños, una oleada de vapor caliente envolvió mi cuerpo desnudo y me engulló. Apenas podía ver la bañera, pero la localicé siguiendo el sonido de su delicado gorgoteo. Me senté en el borde, me sumergí lentamente hasta el cuello y sentí que los músculos se me fundían con el vapor.

Cuando estiré las piernas, toqué una extremidad bajo el agua. Realmente no me sorprendió descubrir que Catilina ya estaba allí.

Estábamos sentados en lados opuestos de la bañera, mirándonos de frente. Nuestras pantorrillas estaban en contacto, pero no me molesté en apartar la mía; estaba demasiado cansado para moverme. Entre la niebla vi que Catilina sonreía. Sostenía una copa de vino en la mano y bebió un trago.

—Espero que no te importe mi presencia. En tu bañera, quiero decir.

—Mal anfitrión sería si negara ese placer a mis huéspedes.

—He cabalgado tanto últimamente que tengo las nalgas como piedras. —Ronroneó y se estiró bajo el agua. Al moverse, su pierna rozó la mía.

—¿Dónde está Tongilio?

—Ya está acostado y durmiendo como un niño. Tu molino... ¿funciona ahora? —preguntó.

—¡Sí, de maravilla! Tenías que haber estado allí.

—El triunfo es tuyo, Gordiano, no mío.

—Fue extraordinario cuando pusimos las ruedas en movimiento y la muela empezó a moverse como una criatura recién nacida. Debería haber enviado a buscarte, pero pensé que estarías dormido.

—No temas por eso. He renunciado definitivamente al sueño. No tengo tiempo para dormir.

—Entonces ¿sigues ocupado? —pregunté e inmediatamente me di cuenta de lo que había implicado mi pregunta, que un hombre que acaba de perder unas elecciones tiene mucho tiempo libre.

—Estoy más ocupado que en toda mi vida. Tan ocupado como si hubiera ganado las elecciones. Dudo que haya otro hombre en la República que tenga un horario más apretado que el mío.

—Bueno, yo conozco a uno —dije.

—El cónsul. Sí, pero Cicerón se puede permitir el lujo de cerrar los ojos de vez en cuando. Tiene a su servicio muchos ojos (y oídos) que velan por él mientras duerme.

Durante unos momentos escruté la cara de Catilina y llegué a la conclusión de que no había segundas intenciones en aquella referencia a los espías de Cicerón. Sin duda era un tema que le obsesionaba, independientemente de quiénes fueran las personas que le acompañaran en cada momento. El círculo de los que merecían su confianza debía de ser cada vez más pequeño.

El agua me relajó los músculos e hizo lo mismo con mi mente.

—¿Vienes del norte? —pregunté.

—De Fésulas y Aretio.

—¿Te diriges a Roma?

—Sí. Mañana.

El agua se enfrió un poco. Golpeé en la pared y apareció un esclavo. Le dije que añadiera combustible al fuego y que nos trajera sendas copas de vino aguado, muy fresco.

—Debes de ser muy feliz en este lugar, Gordiano —dijo Catilina. Su tono era informal, el de un hombre cansado que comparte un baño con otro al final de un largo día y hablan de cosas sin importancia.

—Bastante.

—Yo jamás he dirigido una granja día tras día. Una vez tuve unas cuantas en las afueras de Roma, pero las vendí.

—No es exactamente el sueño bucólico que los poetas sentimentales describen.

—La realidad siempre tiene su lado desagradable.

—Sí. Hay problemas; grandes, pequeños, siempre más de los que se pueden atender.

—Me imagino que, en definitiva, no debe de ser muy distinto de dirigir una república. —Había un matiz en su voz que era a la vez nostálgico y amargo.

—Es cuestión de proporciones —dije—. Claro que algunos problemas seguramente son iguales para todos los hombres, como saber si se puede confiar en un esclavo, tratar de contentar a una esposa exigente... ¿Sonríes, Catilina? Tratar de la mejor manera a un hijo que se cree hombre pero que todavía es un niño...

—Ah, Metón. ¿Tienes problemas con él?

—Desde que se puso la toga viril parece que no conseguimos ponernos de acuerdo. Me tiene confuso. Para ser sincero, me tiene perplejo la forma en que yo mismo me comporto con él. La suya es una edad difícil, pero me pregunto si el problema no será la mía.

Catilina se rió.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y siete.

—Yo tengo cuarenta y cinco. ¡Mala edad, ciertamente! ¿Quiénes somos? ¿Dónde hemos estado? ¿Cuál es el fin que nos han reservado los dioses? ¿Es demasiado tarde para cambiar el destino? En general, pienso que es más difícil tener cuarenta y cinco años que dieciséis, aunque sólo sea porque se ven con mucha más claridad todas las cosas que quedan fuera de nuestro alcance. Uno ya se ha cansado de su propia habilidad y astucia, ha perdido el ímpetu juvenil, ha visto marchitarse la belleza, y la muerte empieza a llevarse a los amigos. Y sin embargo, sigue viviendo. Ciertas ambiciones y apetitos merman, pero otros ocupan su lugar. Y todo el tiempo sigue adelante esta insignificancia que es la vida: comer, beber, copular, tratar con los padres, la esposa, los hijos. No sé cuáles serán tus problemas con Metón, pero creo que eres muy afortunado por tener un hijo así. Mi hijo murió... Ojalá ahora... —No acabó la frase y nos quedamos callados un rato. Sentí que me fundía no sólo en el calor del baño sino también en un papel que me resultaba familiar. Catilina había cambiado desde su anterior visita. Era hombre que necesitaba hablar y yo era un buen oyente. Hay algo en mí que saca la verdad a otros hombres; este don, o maldición, lo tenía en la sangre por herencia paterna y nos había sido conferido por los dioses. Cicerón diría probablemente que Catilina estaba utilizando ese don contra mí, convirtiéndome en confidente para sus propios fines. Una parte de mí también se mostraba escéptica. Pero no había falsedad alguna en el suspiro que salió de labios de mi huésped—. ¿Estuviste en Roma el día de las elecciones? —dijo.

—Sí. Con toda mi familia; celebrábamos la mayoría de edad de Metón.

—Ah, sí, recuerdo que Celio me dijo que el chico acababa de cumplir los dieciséis.

—Y votó por primera vez.

—Por mí, espero.

—Sí. Pero creo que en nuestra centuria ganó Silano.

Catilina asintió gravemente. No me preguntó por quién había votado yo, supongo que dando por sentado mi apoyo. ¿Y si me lo hubiera preguntado? «Voté por Nemo —podría haberle dicho—. Por nadie. Por un cadáver sin cabeza enterrado en una tumba oculta no muy lejos de donde estamos ahora.» Durante un instante pensé en la posibilidad de enfrentarle a los enigmas de Nemo y Fórfex. Si era responsable, jamás lo admitiría, por muy transparente que fuera su estado de ánimo. Si no sabía nada del asunto y yo culpaba a Celio, se produciría un enfrentamiento entre ellos y eso era comprometer a Celio. Tampoco podía exponer mis sospechas sobre Cicerón sin revelar mi papel como instrumento del cónsul y por extensión pondría en peligro a Eco.

—¿Te has encontrado alguna vez lleno de dudas, Gordiano? Ah, veo la expresión de tu cara, aunque vagamente. Benditos sean los dioses por este vapor. ¡Es difícil mirar la cara desnuda de la duda! —Dio otro sorbo al vino—. ¿Crees que es sólo nuestra edad, la coincidencia de haber nacido con sólo dos años de diferencia, lo que nos hace entendernos tan bien? ¿Qué más tenemos en común? yo soy patricio, tú plebeyo; a mí me encanta la ciudad, mientras que tú la has abandonado por una granja; yo creo que se deben saciar todos los apetitos, tú parece ser un hombre con gran autodominio; yo soy osado y temerario con mi política, mientras que tú darías totalmente la espalda a la política si pudieras. Pero odias a los poderosos de Roma tanto como yo, eso dice Marco Celio, y aunque sé que no harás nada más, al menos me das refugio en tu casa cuando lo necesito. Celio también me llamó la atención sobre tu hijo Eco. Un hombre de grandes cualidades, tan agudo como su padre, a su manera. Celio y Eco me han advertido que no te aburra con mis proyectos, así que no lo haré. Bastante haces con dejarme estar aquí una noche de septiembre, compartiendo tu vino y tu baño, y divagando sobre mis desgracias. ¿Te importaría llamar otra vez al esclavo? Me apetece más vino.

Entonces me di cuenta de que la copa que bebía al llegar yo no era la primera que había tomado; por eso tenía la lengua tan suelta y la guardia tan baja. Llamé al esclavo.

—¿Quieres que le diga que caliente el baño? —pregunté.

—Para mí está más que caliente. Estoy cocido. —Se levantó y se sentó en el borde de la bañera, apoyando la espalda en la pared. De su carne salía vapor—. Quizá sea el momento de darnos el baño de agua frío.

—Esta noche no hay agua fría.

—¿Qué? ¿Un baño caliente sin otro de agua fría a continuación? Es como hacer el amor sin llegar al orgasmo.

—La culpa de este coitus interruptus se debe a un pequeño problema que tengo en el pozo. —Catilina arqueó una ceja. Examiné su rostro buscando un indicio de culpabilidad—. Hasta que lleguen las lluvias otoñales hay restricción de agua en la granja. El pozo está contaminado desde el mes pasado.

—¿Contaminado?

Vacilé, pero sólo un instante. Dado que había salido el tema, ¿por qué no mencionar a Fórfex y ver cómo reaccionaba?

—Encontramos un cadáver en el fondo.

—¡Qué asco! ¿Qué era, una cabra?

—No era un animal.

Ladeó la cabeza y parpadeó varias veces. El vino le había puesto algo torpe, pero exageraba; era difícil saber si fingía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que lo que encontramos en el pozo era un cadáver humano.

—¿Se cayó uno de tus esclavos?

—No era ninguno de los míos. Era el esclavo de un vecino. Tú le conocías.

—Lo dudo.

—No, seguro que le conocías. Era Fórfex. Juntó las cejas.
—¿Fórfex? Ese nombre no me dice nada.
—El cabrero de mi vecino, el que vive en el monte, el que nos enseñó la mina abandonada.
—¡Ah, sí! Claro, Fórfex. Pero ¿dices que está muerto? ¿Que se cayó al pozo?
—No lo descubrimos hasta varios días después.
—No me habría gustado verlo cuando lo sacasteis.
Asentí.
—Estaba descompuesto e hinchado.
—¿Y pudiste reconocerlo a pesar de eso?
—¿A pesar de qué? —Le miré fijamente. ¿Acaso sabía ya que al cuerpo le faltaba la cabeza?
—De la descomposición. He visto lo que pasa a los cadáveres que quedan a merced de la naturaleza, sobre todo en el agua.
—Sí, a pesar de eso pudimos averiguar su identidad.
—¿Y qué estaba haciendo en tu finca?
—De eso no estamos tan seguros.
—Un tipo desagradable, ese vecino tuyo. Debería cuidar que los esclavos no salieran de su propiedad.
—Sería más fácil convencer a Cneo. Claudio si no hubieras traspasado el límite de sus tierras ilegalmente.
—Sí, supongo que lo hice —dijo con una risa tan sincera que no podía creer que me estuviera ocultando nada—. Y encima te llevé conmigo. —Volvió a sumergirse en el agua caliente y cerró los ojos. Se quedó callado tanto tiempo que casi llegué a pensar que se había dormido. Luego, abriendo los ojos, exclamó—: ¡Demasiado caliente! Pero no hay agua fría después —murmuró—. ¿Has tenido ya bastante, Gordiano?
—Un poco más y mañana Congrio me servirá en bandeja con una manzana en la boca.
—Bien, entonces refresquémonos al aire libre —sugirió. —Pensaba secarme e irme a...
—¡Tonterías! Hace una noche magnífica. En el horizonte lejano por donde se puso el sol, el dios del viento cálido del oeste se agita en su sueño; sueña con la primavera, suspira y mece la hierba. Vamos a dar un paseo y dejemos que Céfiro nos seque con su cálido aliento. —Se levantó y salió de la bañera—. ¡Vamos, Gordiano!
—¿Cómo? ¿Desnudos? ¿Sin secarnos?
—Bueno, nos calzaremos. Mira, yo ya lo he hecho. Y me llevaré estas toallas, por si las necesitamos para sentarnos. —Salí de la bañera y me puse las sandalias—. El corredor está oscuro —añadió, abriendo la puerta—, pero creo que me acuerdo del camino. —Se dirigió al peristilo. Lo seguí, desnudo y mojado, con la piel todavía humeante.
En el cielo brillaba una enorme luna llena. Su luz blanca rielaba en el estanque e iluminaba las columnas de un lado del atrio, proyectando sombras definidas. Pensando que habíamos llegado a nuestro punto de destino, me detuve y bajé la vista para ver el reflejo de mi silueta en el agua negra. El estanque estaba tan quieto que podía ver las estrellas reflejadas en él; de repente oí crujir la puerta principal.
—¡Catilina! —exclamé en voz baja. Pero ya había salido. Lo único que vi fue un brazo desnudo haciéndome señas—. Esto es absurdo —murmuré, pero le seguí. Como había dicho Catilina, fuera soplaba un suave céfiro que acariciaba todo el valle. Era un viento cálido y seco, muy agradable. Delante de mí vi a Catilina, su cuerpo reluciente tan claro y pulido como el mármol bajo la brillante luz de la luna. Los bueyes mugían en los establos y una cabritilla balaba medio dormida—. ¿Adónde vamos? —pregunté en voz baja. No me respondió y siguió andando indicándome que le siguiera.
Oí un ruido en el tejado de las cuadras y vi que el esclavo que estaba de guardia

esa noche nos miraba con cara de sorpresa, supongo que dudando si éramos hombres desnudos o espíritus arrojados en nubes de vapor.

—¿Amo? —preguntó en voz baja y dubitativa. Le hice una seña que al parecer le tranquilizó, aunque siguió mirándonos con la misma expresión de asombro.

Dejamos atrás los rediles y los viñedos y llegamos al olivar. Alcancé a Catilina. Me sentía extraordinariamente vivificado por la rareza del paseo bajo la luna, por el beso del céfiro en la piel, por el deslumbrante vuelo de una enorme polilla blanca que se cruzó en nuestro camino.

—Esto es una locura —dije.

—¿Locura? ¿Qué puede ser más natural para un hombre que pasear desnudo sobre la tierra? ¿De qué manera más humilde podemos satisfacer los deseos de los dioses, que nos crearon a su imagen, sino mostrándonos tal como somos? —Llegamos al pie del cerro. Catilina aceleró el paso, subiendo con cuidado pero a buen ritmo la empinada cuesta—. Cuando era joven, solía hacer esto por la ciudad después de un buen baño caliente y durante las noches templadas.

—¿En Roma?

Se rió al recordarlo.

—En el Monte Palatino, en los alrededores de mi casa. A veces solo, a veces en compañía. Dábamos un largo paseo por la manzana, desnudos y humeando, para secarnos al aire. Es delicioso. Roma está llena de estatuas desnudas que no ofenden la sensibilidad de nadie. ¿Por qué habría de hacerlo un hombre desnudo? Tal vez pienses que suscitábamos escándalo, pero jamás se quejó nadie.

—Si no hubieras sido un hombre apuesto, tal vez lo habrían hecho —dije.

—Me halagas, Gordiano. —Habíamos llegado a la cima del cerro. Catilina soltó las toallas y se sentó en uno de los tres tocones para contemplar el paisaje. Miré su pecho henchido y los musculosos brazos que lo cruzaban, su vientre liso, sus robustas piernas y su miembro colgando entre ellas.

—¡Estás resplandeciente, Catilina! —dije riendo. Le observé descaradamente, no sin envidia—. Como una estatua en un pedestal. —Me sentía un poco mareado, pero ya no por el vino sino por la luz de la luna y la curiosa novedad de estar desnudo fuera de casa. El viento había secado mi cuerpo, pero ahora brillaba por efecto del sudor.

—¿De verdad lo crees? Eso mismo dicen mis amantes. —Se miró agachando la cabeza, como si su cuerpo fuera algo familiar pero ajeno a él, como otro objeto de su propiedad, como una silla finamente labrada o un hermoso retrato—. Supongo que estoy muy bien para la edad que tengo —dijo, sin falsa modestia pero con el desapasionamiento de un hombre que ha habitado un cuerpo durante mucho tiempo y no da por sentado que sea soberbio.

El valle dormitaba a nuestros pies. No se veían luces en las distantes casas de los Claudios y en la mía sólo brillaba a lo lejos una sola lámpara, colocada en la puerta principal por uno de los esclavos que nos debía de haber visto salir del atrio. ¿Cómo podía dormir el mundo con una luna tan brillante? La Vía Casia era una franja del más puro alabastro en la base de la montaña. El tejado de la casa parecía estar hecho de tejas dotadas de una pálida luz azul. Y cuando el céfiro suspiraba en el olivar, las hojas silbaban y temblaban, teñidas de negro y plata. Catilina suspiró.

—Nunca me he privado de los placeres que mi cuerpo pudiera recibir ni he privado a otros de los placeres que mi cuerpo pudiera darles. Así de simple es el principio de la vida, ¿no crees? Pero hasta eso lo han vuelto contra mí mis enemigos, convirtiéndolo en algo depravado. Tú estuviste en la ciudad durante los últimos días de la campaña. Debes de haber oído cómo me difamaron. Peor que el año pasado, cuando Cicerón y su intrigante hermano Quinto cataron mi sangre; este año nada les satisfaría más que arrancarme el corazón y comérselo.

Se levantó y dirigió la mirada al valle. Cuando dije que parecía una estatua en un pedestal, lo hice medio en broma, medio en serio. En su marmórea desnudez, con

expresión seria, bien podía haber sido la imagen de un dios. No un dios con cara de niño, como Mercurio o Apolo; Vulcano, tal vez, o más bien Júpiter, señor del orden y regidor de los grandes destinos.

—Si tuvieras barba, te parecerías a Júpiter —dije.

La idea le hizo gracia. Extendió bruscamente el brazo derecho con la palma hacia abajo y abrió los dedos.

—Ojalá pudiera lanzar rayos como Júpiter. —Se quedó mirando el dorso de su mano—. Cicerón puede hacerlo, ¿no lo sabías? De sus dedos salen rayos. Bueno, algo que tiene un efecto luminoso. Señala a la chusma en el Foro; las chispas se concentran en las puntas de sus dedos y estallan en forma de llamas azules. Dispara ráfagas de rayos directamente a sus ojos y orejas, y los deja ciegos a la verdad y sordos a la razón. —Volvió a extender el brazo y apuntó hacia abajo con un dedo, ridiculizando la acción—. Dedo índice de Cicerón: ¡Debemos proteger de Catilina a las vestales! ¡Crac! Sale el rayo y los votantes tiemblan llenos de temor supersticioso. Dedo medio de Cicerón: ¡Catilina seduce a los adolescentes! Otro rayo, los votantes hacen una mueca de asco... ¿Tal vez están celosos? Siguiendo dedo: ¡Catilina es la alcahueta de las matronas ricas! Los votantes aúllan indignados. Dedo meñique: ¡En el nombre de su amo Sila, Catilina asesinó a ciudadanos honrados y violó a sus viudas e hijos! Los electores tiemblan de odio. Y con la otra mano... bueno, ésa la tiene ocupada masturbándose. —Me reí a carcajadas. Catilina empezó a reírse también, con una risa sana y estentórea al principio, hasta que se tomó algo amarga y tensa al final—. Me ha destruido con sus mentiras e injurias y la chusma le aclama como al Mejor Ciudadano del mundo. Aun así, prefiero ser Catilina a Cicerón —añadió, examinando su mano un instante y dejando caer el brazo—. ¿Qué piensas tú, Gordiano?

—¿De qué? ¿De si prefiero ser yo mismo o Cicerón?

—¡No! ¿Quién preferirías ser: Catilina o Cicerón?

—Extraña pregunta.

—Excelente pregunta.

—Siempre estás jugando a algo, Catilina.

—Y tú siempre evitas mis juegos. ¿Temes al azar? ¿Nunca das un paso sin saber adónde te va a llevar? ¡Entonces elige ser Cicerón! —Me miró a los ojos. Extrañas sombras oscurecían su semblante y en sus labios había una rigidez inquisitiva—. ¿Sabes lo que pienso? Creo que te asustaría ser Catilina.

Bajó del tocón, cogió su toalla, la extendió en el suelo y se tumbó con las manos bajo la nuca mirando a la luna.

—Túmbate a mi lado, Gordiano. —Dudé—. Vamos, ven aquí. Contempla la cara de la luna. ¿No llamas Diana a tu hija en honor de la diosa lunar? Contempla su rostro conmigo.

Me tumbé junto a él, absolutamente consciente otra vez de mi desnudez, como si me estuviera bañando en luz de luna.

—Diana es contracción de Gordiana —dije.

—De todos modos, me parece un poco irreverente poner a una niña el nombre de una diosa —dijo—. Pero supongo que le va bien. Diana, diosa de los plebeyos, que inspiró a las Sabinas en su revolución. Diana, diosa de la fertilidad y el nacimiento, que habita en las montañas y los bosques, amante de todos los seres salvajes. Uno tiende a olvidarse de ella en la ciudad, lo mismo que se olvida de la luna entre tantas lámparas. Aquí es más fuerte. Su luz irradia todo con su brillo. Vamos, adórala conmigo aquí tumbado en silencio. —Guardamos silencio durante un rato. A excepción del murmullo de las hojas y el canto del búho, el mundo estaba tan mudo que podía oír los latidos de mi corazón y la respiración de Catilina. Finalmente preguntó—: ¿Puedo hablarte con sinceridad?

—Dudo que pueda impedírtelo —dije sonriendo.

—Parece que tenemos los mismos gustos con respecto a las mujeres, Gordiano.

Tu esposa Bethesda es bastante exótica; me recuerda mucho a mi Aurelia. Tienen una belleza muy parecida, su altanería, su halo de misterio. Pero al parecer no compartimos los mismos gustos en cuestión de hombres jóvenes.

—Parece que no.

—No obstante, no puedo creer que no se encuentre atractivo a Tongilio. Sus ojos verdes, la forma en que el cabello le cae por las sienes...

—Es guapo —admití.

—Pero ¿no lo deseas?

—No estaría bien, puesto que soy tu anfitrión y Tongilio es tu compañero.

—¿Quién juega ahora con las palabras, Gordiano? Mi pregunta es: si tienes buen ojo para reconocer la belleza, ¿por qué no obras en consecuencia? ¿Cómo puedes contenerte?

Me reí con suavidad.

—Al igual que muchos hombres y mujeres de gran atractivo que se enfrentan constantemente a la tentación, crees que las oportunidades son igual de abundantes para los demás que para ti.

—¿Realmente te menosprecias de ese modo tan ridículo, Gordiano? Tongilio te encuentra muy atractivo. Me lo ha dicho.

En ese momento sentí un inesperado y agudo escalofrío de satisfacción.

—Bromeas. Tongilio no puede haberte dicho tal cosa. No creo que sea un tema del que hablar.

—A mí me parece un tema de lo más natural. Además de política, ¿de qué suelen hablar las personas?

—Catilina, eres incorregible.

—No, insaciable quizás sí, pero muy corregible. Siempre estoy dispuesto a aprender algo nuevo y a rectificar cuando me equivoco. Harías bien en seguir mi ejemplo, Gordiano. En este asunto como en los demás.

—¿En qué asunto?

—Esa contención irracional que muestras en tu relación con los jóvenes hermosos.

—¡Catilina, no debes molestarte en corromperme! ¡No soy digno de tus esfuerzos!

—Tonterías, yo creo que te lo mereces todo.

—¿Debo sentirme halagado?

—No, agradecido y atento. —Me reí por dentro, sorprendido de lo mucho que me estaba divirtiendo la conversación. Era el hechizo de la luna llena, por supuesto, acechando sobre nosotros, casi tan cerca que se la podía tocar. Era mi propia desnudez, y la polilla que nos habíamos cruzado en el camino, y el indiscutible encanto de Catilina, que hacía posible hablar de cosas que nunca fueron ni serían—. ¿Sabes qué pienso, Gordiano? Creo que somos antagonistas en muchas cosas y sin embargo complementarios. Celio dice que tienes fama de sonsacar la verdad a los demás, que eres una especie de leyenda en ese sentido y, naturalmente, los hombres están deseosos de abrirte el corazón. Yo tengo el mismo don, pero de otra manera. Leo en el corazón de los hombres, veo lo que hay en rincones donde nunca miran, y soy yo quien dice a los demás lo que hay ahí. ¿Sabes lo que veo en tu corazón con respecto a este tema?

—¿Te refieres al tema que te fascina a ti más que a mí?

—Creo que no. Veo en tu interior un extraordinario carácter moral, un hombre muy por encima del mundo en que vive. Ambos conocemos la sexualidad de los romanos: el poder lo es todo, incluso más importante que el placer. En realidad, el placer como fin en sí mismo es ajeno a los buenos romanos: decadente, oriental, un vicio de egipcios y griegos. El poder impera y el poder significa penetración. Los hombres poseen ese poder, las mujeres no. Los hombres gobiernan Roma y la han convertido en lo que es hoy: un imperio dedicado a conquistar el mundo entero, a penetrar y someter a todas las demás razas y naciones.

—Me parece que todo eso queda fuera del tema de la lujuria.

—En absoluto. En un mundo así, las tendencias naturales del amor se desvían y el placer se doblega ante el poder. Todo se reduce a penetrar o ser penetrado. Las mujeres no tienen más opción que la de ser penetradas, de ahí que se hallen reducidas permanentemente a una condición inferior. Por otro lado, cualquier hombre que se rebaje a ser penetrado por otro hombre renuncia a su poder y no se le tiene en mejor consideración que a una mujer, al menos ése es el prejuicio, aunque todos sabemos que, en privado, los hombres tienden a actuar impulsados más por el placer que por el prestigio. De ahí viene el rumor que dice que cuando Julio César era un jovencito, era el bardaje del rey Nicomedes de Bitinia. ¡Qué conducta tan poco romana! Pero, claro, César era joven y viril, y Nicomedes exudaba sensualidad oriental. Además, ¿a quién le importa realmente lo que hicieran sino a los manipuladores políticos de ralea ciceroniana, capaces de convertir el asunto en tema de campaña? Lo denominan debilidad de carácter y falta de juicio. El sexo desata la ira de los dioses (consulta a Catón), y si un romano como César se deja sodomizar en su juventud, ¡quién sabe cuántas hambrunas y desastres militares pueden sobrevenir a causa de eso! Los griegos admiten estas pasiones, pero sólo y excepcionalmente entre viejos y jóvenes; está bien que un joven se someta a su mentor, siempre que se reúnan las condiciones apropiadas. Como ves, la balanza del poder depende del papel que se vaya a jugar. Naturalmente, siempre hay excepciones tras puertas cerradas que no se ajustan al modelo del mentor dominante y el protegido dócil. Pero ¡ay!, nosotros los romanos ni siquiera tenemos un modelo que imitar. Nos mofamos de los griegos, ridiculizando su obsesión por la filosofía y el atletismo. Al carecer de tradiciones consagradas por el tiempo, en cuestiones de vicio estamos abandonados a nuestra propia inventiva. Casi siempre nos aprovechamos de nuestros esclavos, sean hombres o mujeres. En tales relaciones no hay medida ni condiciones idóneas. En un mundo así, la pasión sólo puede significar degradación; eso afirma la mayoría. Y así, un hombre como Gordiano el Sabueso, este ser extrañamente íntegro, encuentra otras formas de dar salida a sus deseos. Le gusta el sexo, por supuesto, en ese sentido es como todos los hombres. Pero hasta en eso es poco convencional: es fiel a una esclava, se le cae la baba ante su belleza, perdona su altivez y finalmente la convierte en su esposa, con lo cual, en vez de rebajarla, la eleva. Su conducta casi es una burla del axioma romano que dice que hay que tomar una esposa por su posición social y una puta por su belleza. Por lo que todos saben, es más fiel a su mujer que el noventa y nueve por ciento de sus paisanos. ¡Una unión amorosa! ¡Una rareza entre los matrimonios romanos! En cuanto al placer que pueda obtener con hombres, es un tema que ni siquiera se plantea. Gordiano no explota ni viola a sus esclavos. Tampoco busca una especie de relación media con un compañero de su misma posición. Enseña y educa: eleva. Hace del sentimentalismo un fetiche. Va tan lejos que es capaz de adoptar a un golfillo callejero y a un pequeño esclavo para convertirlos en herederos. ¡Qué familia tan poco convencional! y aunque sigue siendo exquisitamente sensible a la belleza de los jóvenes, ve, pero no toca. ¡Qué reticencia, más propia de la compasión que de la pasión! Es un hombre que no encaja en un mundo que anima a los fuertes a devorar a los débiles, que premia la crueldad y castiga la amabilidad, que mide la masculinidad por el deseo de dominar a sus semejantes. ¡Un bicho mucho más raro que el mismísimo Catilina!

Seguimos tumbados el uno junto al otro, desnudos bajo la brillante luna.

—¿Y Catilina? —dije, con una voz que me sonó extraña—. ¿Cómo encaja en ese mundo?

—Al igual que Gordiano, Catilina se rige por sus propias leyes.

Seguimos en el cerro, reflexionando y entreteniéndonos hasta las tantas.

Como ocurre a menudo después de un baño y de un día agotador, me quedé

dormido sin querer. Por suerte era una noche cálida y no refrescó al amanecer. Me desperté antes de que cantara el gallo. La toalla estaba doblada encima de mí a modo de sábana. Catilina se había ido. La luna se había ocultado y el cielo no era ni azul ni negro, sino de un color intermedio. Tampoco se veían las estrellas menores. En el este, el lucero del alba centelleaba sobre la masa oscura del Monte Argento. Me levanté, cubriendo mi desnudez con la toalla, y me puse las sandalias que me había quitado durante la noche. Bajé lentamente la cuesta del cerro sintiendo la espalda rígida por haber dormido en terreno duro e irregular.

El vigilante que estaba apostado en el tejado de las cuadras, cansado ya de la guardia, bostezó, parpadeó y abrió los ojos de par en par al verme.

—Mis invitados —dije—, los que llegaron ayer...

—Ya se han ido, amo. Sacaron los caballos hace una hora. Tomaron la Vía Casia en dirección a Roma. —Se mordió el labio—. Me quedé un poco preocupado por ti cuando el otro bajó solo del cerro. Subí a ver y me pareció que estabas bien; dormido como un tronco. ¿Hice bien en no despertarte?

Asentí con indiferencia y entré en la casa. Bethesda estaba dormida, pero se revolvió cuando mi cuerpo entró en contacto con el suyo.

—Hueles a vino —murmuró—. ¿Dónde has estado toda la noche? Si esto fuera Roma, pensaría que has estado con otra mujer.

—Absurdo —dije—. Imposible que eso ocurra aquí. Cerré los ojos y dormí hasta mediodía.

Capítulo Treinta y uno

La noche en el cerro con Catilina fue uno de los últimos momentos de calma antes de la tormenta.

Septiembre continuó seco y cálido. Los primeros días de octubre doraron las hojas de los árboles y maduraron las cosechas. Una vez resuelto el rompecabezas del molino, me dediqué nuevamente a la dirección de la granja, manteniendo un ritmo de trabajo. Me ocupé de pequeños asuntos para distraerme de la escasez de forraje y agua que se avecinaba, y de la constante frialdad de Metón.

Catilina nos visitó una vez más en septiembre y otras tres en octubre. En todas estas ocasiones trajo otros compañeros además de Tongilio, pero nunca fueron más de cinco o seis. Eran hombres corpulentos e iban armados. A Bethesda no le preocupaba el aspecto que tuvieran; además, dormían en las cuadras y comían el mismo rancho que los esclavos sin quejarse, y Catilina nunca se quedaba más de una noche.

Se mostraba cada vez menos comunicativo y más distante. Llegaba a última hora del día y se marchaba al amanecer del día siguiente. No paseaba por el atrio ni caminaba desnudo bajo la luz de la luna, sino que se iba a la cama nada más cenar y se levantaba con el alba. No volví a quedarme a solas con él; no volvimos a compartir más revelaciones sobre la angustia de su derrota o los oscuros recovecos del deseo.

Ni siquiera perdió un minuto en volver a echar un vistazo al molino, aunque me ofrecí a enseñárselo en varias ocasiones. Había tenido que reconstruir algunas piezas del mecanismo para que se adaptaran mejor a la solución que me había dado. A finales de octubre estaba virtualmente acabado, aunque su verdadera utilidad sólo podríamos confirmarla y medirla cuando volviera a subir el cauce del arroyo. Todos los días miraba al cielo con la esperanza de que lloviera.

Fue precisamente a finales de octubre cuando decidí enseñarle el molino a Claudia. Había sido ella quien me había hablado de las intenciones de su primo Lucio tocantes a construir uno, de modo que, en cierta medida, era la inductora del proyecto. Le envié un mensaje y la cité a mediodía en la cima del cerro, sugiriéndole tomar allí una comida ligera y diciéndole que quería enseñarle algo.

Llevé queso, pan y manzanas. Claudia llegó cargada con pastelillos de miel, vino y el mejor manjar del mundo: un jarro de agua fresca. Alabé los pastelillos y el vino, pero me deshice en elogios sobre el agua de su pozo.

—¿Es tan serio lo de la escasez de agua? —preguntó.

—Sí. Aprovechamos el hilillo de agua que lleva el arroyo; cuando se deposita el cieno en el fondo de las tinajas se puede beber, pero apenas basta para los esclavos y los animales. También hay un diminuto chorro que baja del cerro, pero es también escaso; ponemos una tinaja debajo por la mañana y por la noche sólo se ha llenado hasta la mitad. Así que, para los animales más fuertes seguimos utilizando el pozo, aunque los descompone un poco. Afortunadamente, todavía nos quedan unas cuantas tinajas de reserva que llenamos antes de que se contaminara el pozo. Las tengo apartadas como si estuvieran llenas de plata. Hay mucho vino, pero a veces un hombre necesita beber agua.

—Supongo que al menos el agua del pozo servirá para lavarse —dijo Claudia.

—Arato no lo aconseja. Aun así, la utilizamos con las esponjas y estrigilas. De todos modos, el pozo está bajo porque no llueve. En vez de sumergirse en una bañera con agua caliente, Bethesda se asea con aceites perfumados. Normalmente es tan remilgada como los gatos y si no se puede acicalar está de mal humor todo el día. Me temo que nos hemos vuelto poco elegantes. Esta misma túnica necesitaría un buen lavado.

—Ay, ojalá pudiera ayudarte, pero mi pozo también está bajo de nivel. Al menos, eso dice mi capataz. Disfruta del agua que he traído, bebe, pero ten cuidado de no emborracharte —dijo riendo—. A propósito, ¿dónde está el joven Metón?

—Ocupado, supongo. Ha preferido no venir.

—Vaya, hace mucho que no nos vemos; casi desde su cumpleaños. Bueno, no voy a insistir —dijo, viendo la expresión de mi rostro—. Aunque no me sorprendería saber que no es feliz aquí. Ya te dije que eras hombre de ciudad y lo mismo le pasa a Metón. No todo el mundo está hecho para el campo, sobre todo si la ciudad ofrece una vida plena y rica. ¡Vaya, he dicho que no iba a insistir y ya estoy otra vez dando consejos a diestro y siniestro!

Comimos en silencio. Era un estupendo día de otoño, una ligera brisa acariciaba el cerro y en el cielo no se veía ni una nube.

Desde el valle nos llegaba el mugido de los animales y los gritos de los esclavos.

—¿Se puede disfrutar de un día así en la ciudad? —dije.

—En eso tienes razón —dijo Claudia, contemplando el panorama con una plácida sonrisa—. Pero en tu mensaje me decías que querías enseñarme algo.

—Y lo haré, en cuanto acabemos de comer.

—Yo ya he acabado —dijo, chupándose los regordetes dedos para limpiarse los restos de miel—. Pero no te dejes a medias la manzana.

—Tenemos más de las que podemos comer.

—¡Pero es una pena tirarlas! Me reí.

—Se las tiraré a los cerdos cuando bajemos.

—¿Bajar?

—Al arroyo.

—Oh, Gordiano, ¿me vas a enseñar el molino de agua? —Adoptó una expresión extraña.

—Sí.

—Te he visto construirlo, ¿sabes? No podía evitarlo cada vez que subía al cerro. Ha quedado precioso.

Me encogí de hombros.

—Lo he hecho con restos de otras construcciones. No es un templo, pero supongo que tampoco le duelen a uno los ojos cuando lo mira.

—¡Es una monada!

—Tal vez. Lo más importante es lo que está dentro. Y el mecanismo funciona.

—Entonces, ¿está acabado?

—Sí, aunque sin corriente que lo mueva.

Nos levantamos de los tocones y recogimos la comida que quedaba. Eché un vistazo a la Vía Casia, como hacía siempre que abandonaba la cima del cerro. Vi que se acercaban dos jinetes por el sur. No había nada raro en ello, pero sentí cierto malestar mientras bajábamos y seguí mirando hacia la carretera, incluso después de que los árboles y arbustos la ocultaran.

Claudia se quedó impresionada; de hecho, su entusiasmo era tal que parecía un poco forzado, sobre todo teniendo en cuenta que no tenía ni idea de cómo funcionaba el mecanismo. Preguntaba por la función de cierto engranaje o tal eje dejando claro que cualquier explicación sería insuficiente. Cuando llamé a los esclavos para que empujaran la rueda y pusieran en movimiento las muelas, Claudia se asustó y la sonrisa se desvaneció de su rostro.

—¡Ah, qué horror! —exclamó—. ¡Son como dientes enormes! ¡Es como estar en la boca de un titán!

Pensé que, visto de cerca, el molino no le gustaba y la hacía sentirse incómoda. Lo atribuí a su clase y a su arraigado conservadurismo, que la volvían desconfiada ante cualquier novedad, fuese social o mecánica. Los engranajes estaban en pleno funcionamiento cuando una voz exclamó:

—¡Magnífico, papá!

Me volví y vi a Eco en la puerta, con Belbo detrás. Eran los dos jinetes que había visto en la Vía Casia.

Solté una carcajada de sorpresa y satisfacción y me adelanté para abrazar a Eco. Los esclavos dejaron de empujar y los engranajes fueron reduciendo la velocidad hasta pararse. Claudia sonreía de mala gana y dio un respingo cuando una de las ruedas produjo un fuerte chasquido.

—No es nada —dije; sabía que la única forma de tranquilizarla era sacarla de allí. Eco quería ver otra exhibición del mecanismo, pero le señalé discretamente a Claudia como dando a entender que debíamos salir por respeto a nuestra invitada—. Más tarde. Si obligo a los esclavos a empujar demasiado es posible que alguno acabe lesionándose.

—Pero ¿cómo has resuelto los problemas que tenías? No me lo digas: ¡la inspiración te llegó en un sueño! Como tantas y tantas veces que te has enfrentado a un misterio que parecía no tener solución.

—Esta vez no. En realidad, un conocido nuestro me sugirió la solución.

—¿Un conocido?

—Un huésped ocasional. —Hice un gesto con la mandíbula para indicarle la proximidad de Claudia.

—¡Ah! —Eco lo entendió y asintió—. El de la ciudad.

—El mismo. Pero no debemos descuidar a nuestra invitada —dije. Eco saludó a Claudia inclinando la cabeza.

—Oh, Eco, me alegro de verte —dijo Claudia canturreando. Nuestra breve conversación le había dado tiempo para recuperar la compostura—. ¿Qué noticias traes de la ciudad?

—Bueno... —Eco parecía dudar. Con una simple mirada me di cuenta de que venía precisamente a contarme noticias de la ciudad y que lo que quería decirme era confidencial. Parpadeó y vi que había calculado rápidamente lo que podía decir—. Bueno, por eso estoy aquí. Se ha respirado un ambiente muy tenso e inestable en Roma durante todo el verano... Pero supongo que eso ya lo sabéis.

—Sí, mis primos vienen presagiando problemas desde las elecciones —dijo Claudia.

—Pues podrían ganarse la vida como adivinos —dijo Eco.

Fue un comentario jocosos, pero a Claudia no le hizo gracia. El molino la había saturado.

—En la ciudad se habla de revuelta armada —prosiguió Eco—. Cicerón ha conseguido que el Senado le dé poderes extraordinarios, lo que llaman Decreto de Emergencia en Defensa del Estado.

—Ah, sí, el decreto que nuestros antepasados crearon hace sesenta años para deshacerse de aquel agitador de Cayo Graco —dijo Claudia con aire presuntuoso.

Asentí gravemente.

—A Cayo Graco lo asesinó, una pandilla de maleantes en la calle después de que se suspendieran temporalmente las leyes contra los asesinos. ¿Es eso lo que piensan hacer con Catilina?

—Nadie lo sabe —dijo Eco—. El decreto es algo vago. Básicamente da a los cónsules poderes extraordinarios sobre la vida y la muerte de sus súbditos, y poder para formar un ejército y mandarlo a la batalla, todo ello con el fin de proteger al Estado.

—En otras palabras, los optimates del Senado han vencido la resistencia de la Asamblea del Pueblo —dije.

—¿Y por qué no? —dijo Claudia—. Cuando se ve amenazada la seguridad del Estado, hay que recurrir a decretos de excepción. Pero es una pena que tanto poder recaiga en un Hombre Nuevo como Cicerón, que no merece tal honor y cuyos antepasados no le han preparado para asumir esa responsabilidad.

—Sea como sea —dijo Eco—, todos saben que el otro cónsul, Antonio, es un inútil, y se sospecha que simpatiza con Catilina, de modo que todo queda sobre los hombros de Cicerón.

—O en su regazo —dije.

Eco asintió.

—En este momento, al menos en teoría, Cicerón tiene más poder que ningún hombre desde la dictadura de Sila.

—Cicerón tiene por fin lo que quería —dije—. ¡Poder absoluto sobre Roma!

—Bueno, si sirve para que nos libremos de Catilina de una vez por todas, se merece ese puesto —dijo Claudia—. ¿Qué otras noticias traes, Eco?

—Rumores de guerra. El general de Catilina, Manlio, ha movilizado a todas sus tropas en Fésulas. También se habla de revueltas de esclavos instigadas por Catilina. Una en Apulia, otra en Capua...

—¿Capua? ¡Donde Espartaco inició el levantamiento! —dijo Claudia, abriendo los ojos como platos.

Eco asintió con la cabeza.

—Todas las escuelas de gladiadores de Italia han recibido órdenes de cerrar con llave las armerías y de dispersar y encerrar a los gladiadores. Fue una de las primeras medidas que tomó Cicerón amparándose en el Decreto de Emergencia.

—¡Desenterrar a Espartaco! —dije con desconsuelo. Un movimiento muy astuto para tener asustado al pueblo y conseguir su apoyo. El terror y el caos de la revolución de Espartaco aún estaban frescos en la memoria de todos. Así pues, en un momento de crisis declarada, ¿quién podía oponerse al cierre de las escuelas de gladiadores aunque no estuvieran implicados en nada y la única razón para hacerlo fuera sembrar el pánico? Al mismo tiempo se asociaba la imagen de Catilina, el impecable patricio, a la de un rebelde esclavo tracio. Empezaba a comprender qué quería decir Catilina cuando hablaba de Cicerón y sus rayos mágicos.

—Mientras tanto, se han presentado cargos contra Catilina.

—¿Otra vez? ¿Qué cargos? —pregunté.

—Algo más serio que el simple soborno o malversación. Uno de los optimates le ha acusado de violencia política amparándose en la Ley Plautia.

—¿Y cómo ha respondido a eso Catilina?

—De manera anormalmente mansa. Se ha puesto voluntariamente bajo arresto domiciliario en casa de un amigo. Eso significa que no podrá abandonar Roma. —Eco me miró.

—Estupendo —dije automáticamente, como cuando uno se sacude las manos después de mojárselas. La noticia me turbó más de lo que me atrevía a admitir, pero al menos mi implicación en el asunto había terminado.

—¡Estupendo! —repitió Claudia—. ¡Tal vez se pueda solucionar todo sin necesidad de derramar sangre! Si se puede juzgar a Catilina y desterrarlo, es probable que toda su calaña se disuelva en el cieno. ¡Cortad la cabeza y veréis cómo se marchita el cuerpo!

—Curioso —dije—. Pensaba en la misma metáfora.

Claudia nos dejó poco después diciendo que iba a comunicar la noticia a sus primos y a ver si ellos sabían algo más. Cuando nos quedamos solos, y ante su insistencia, enseñé a Eco los mecanismos del molino, pero me parecía que las intrigas de Roma eran más complicadas de lo que había manifestado ante Claudia y, muy a pesar mío, más fascinantes.

Esa noche, después de cenar, nos reunimos en el atrio. Era una noche fresca, pero el cielo estaba despejado. Con el cambio de estación había mandado colocar un brasero. Nos sentamos en círculo en torno al fuego. Metón se reunió con nosotros; la expresión de su cara indicaba que todos los esfuerzos que yo hacía por incluirle en el mundo de los adultos le parecían pura condescendencia. Bethesda se unió al grupo

después de acostar a Diana. Había percibido la amenaza de una crisis inminente y no quería perder detalle.

—Ésta es la situación —dijo Eco—. El Senado está formando un ejército para luchar contra Manlio, que se encuentra en Fésulas. El combate tendrá lugar con toda seguridad en Etruria y el fin es evitar la entrada de las tropas de Manlio en Roma. En la capital se ha puesto en alerta a la guarnición y hay toque de queda. Catilina está bajo arresto domiciliario, pero sus aliados siguen en libertad; Cicerón no tiene pruebas contra ellos. No es seguro que vaya a haber una sublevación en la ciudad ni que las fuerzas del Senado lleguen a enfrentarse con las de Manlio. Tampoco se tiene conocimiento de que pueda haber alzamientos en otras partes de Italia.

—¿Está realmente en peligro el Senado? —preguntó Metón. Dirigió la pregunta a Eco y pareció decepcionado cuando éste me la pasó a mí.

—En todas partes de Italia hay pobreza, deudas y esclavitud forzosa a causa de la ruina económica —dije—. Nuestra familia se ha visto favorecida por la diosa Fortuna, por no hablar del testamento de Lucio Claudio. Hemos ascendido en la escala social cuando lo normal es lo contrario. Los ciudadanos comunes se mueren de hambre y los patricios se arruinan y pierden todo el patrimonio. Sólo unos pocos acumulan enormes riquezas y poder que reparten en cantidades miserables entre los muchos que luchan por sobrevivir. La corrupción de los que ostentan el poder es evidente. Muchos desean que las cosas cambien y saben que nunca lo conseguirán mientras los optimates sigan teniendo en sus manos el Senado. ¿Pueden Catilina y sus aliados hacer estallar una revolución general? El Senado así lo cree, pues de lo contrario nunca habría votado el Decreto de Emergencia. —Extendí las manos hacia las llamas—. ¡Cómo debe de estar disfrutando Cicerón del honor que sus colegas le han conferido! Me pregunto si esta demostración de confianza ha sido un acto espontáneo o si Cicerón ha movido los hilos a su alcance para propiciarlo.

—Sí, papá —dijo Eco, captando el sarcasmo de mi voz—. Puedes estar seguro de que Cicerón ha hecho lo imposible para que aprobaran el Decreto. Se ganó definitivamente la aprobación del Senado con las cartas anónimas que presentó.

—¿Cartas? Eso no me lo habías dicho.

—¿No? Bueno, he preferido ser discreto delante de Claudia. La noche antes de que Cicerón solicitara al Senado la aprobación del Decreto, recibió la visita de varios ciudadanos ilustres, entre ellos Craso. Llegaron a media noche, pidiendo a los esclavos que levantaran a Cicerón de la cama. Al parecer, cada uno de estos hombres había recibido una carta anónima esa noche, amenazándole con un inminente baño de sangre.

—¿Cómo llegaron las cartas?

—Las entregó un mensajero que llevaba la cara oculta. Dejó las cartas a los porteros y se marchó sin decir palabra. La carta de Craso iba sin firmar y decía así: «Dentro de unos días todos los hombres ricos y poderosos de Roma serán asesinados. ¡Huye mientras puedas! Esta advertencia es un consejo de amigo. No la pases por alto».

—¿Y Craso llevó la carta a Cicerón?

—Sí, al igual que los demás que habían recibido la suya esa misma noche. Bueno, como puedes ver, la carta puso a Craso en una situación muy comprometida. Ya está bajo sospecha por su antigua asociación con Catilina y sus oscuros tratos políticos. Algunos piensan que forma parte de esta conspiración, que tal vez sea uno de los poderes que se esconden tras ella. Para evitar sospechas, llevó la carta de inmediato a Cicerón, negando que tuviera conocimiento de su procedencia o del inminente baño de sangre del que hablaba.

—¿Iban todas sin firmar?

—Sí; y todos dan por hecho que las ha escrito alguien afín a Catilina.

—Que es exactamente lo que quieren que se suponga.

—¿Quién más podría haberlas enviado? —preguntó Eco.

—¿Quién las mandó en realidad? ¿Quién se beneficiaría sembrando el pánico entre los poderosos y averiguando al mismo tiempo la auténtica postura de un hombre como Craso? y basándose en este hecho ¿pudo Cicerón convencer al Senado de que aprobara la aplicación del Decreto?

—Sí, en eso y en el rumor de que Manlio estaba a punto de iniciar la campaña con su ejército.

—Que se supo por...

—Por Cicerón y sus informadores. También había rumores de que habían planeado provocar levantamientos entre los esclavos...

—¿Rumores, dices? ¿No informes?

Eco se quedó mirando el fuego un momento.

—Papá, ¿estás insinuando que fue Cicerón quien envió esas cartas anónimas? ¿Que está sembrando el pánico deliberadamente?

—No afirmo ni niego nada. Simplemente planteo preguntas y dudas, como el propio cónsul.

Capítulo Treinta y dos

Octubre acabó con vientos borrascosos del norte y el cielo cubierto de nubes color gris perla.

Las calendas de noviembre amanecieron frías y grises y hubo algo de lluvia, aunque poco, como lágrimas de los dioses que parecían caer una por una. Y así continuó hasta el octavo día de noviembre. Una masa de negras nubes avanzaba hacia el norte. Fuertes vientos azotaban el valle. Los animales estaban en los establos. La Vía Casia estaba prácticamente desierta, a excepción de algún que otro grupo de esclavos conducidos por hombres a caballo.

Todo el mundo estaba en el interior de la casa. Diana estaba aburrída y de un humor de perros. Cuando estalló la tormenta se asustó y se puso incluso más arisca. Su madre se mostraba muy comprensiva y consoladora, pero sólo con Diana. Con todos los demás, estuvo insoportable todo el día. Metón se encerró en su estrecha y pequeña habitación. Entré una vez por sorpresa y le vi con un rollo de Tucídides extendido sobre la mesa y sus soldaditos de plomo dispuestos en el suelo en formación de combate. Cuando le pregunté qué batalla estaba librando, pareció avergonzado y propinó una patada a los soldaditos.

Varias veces salí al invernadero adosado a mi estudio para observar el cielo. Desde su parte media hasta la cima, el Monte Argento se perdía en un grisáceo mar de nubes, iluminado aquí y allá por los destellos de los relámpagos. Debía de llover a cántaros en lo alto del monte, pero abajo, en el valle, sólo había viento y oscuridad.

Finalmente empezó a llover. Fue primero un suave chispeo en el tejado, que pronto se convirtió en chaparrón. Descubrimos goteras nuevas en el tejado. Con la altivez de un general que ha estado apartado demasiado tiempo de la batalla, Bethesda envió a los esclavos en busca de ollas y cazuelas para ponerlas bajo los chorritos que caían del techo. Diana recuperó de repente el buen humor; abrió una ventana cerrada y se puso a contemplar la lluvia con deleite. Hasta Metón se mostraba más animado. Vino a mi estudio a dejar el rollo de Tucídides y estuvimos un rato hablando de espartanos y persas. Recé una pequeña plegaria de gratitud a los dioses por haber abierto por fin el cielo.

Después de haber estado ociosos y metidos en casa todo el día, por la noche no teníamos sueño. Habíamos olido el aroma de los guisos de Congrio desde la mañana, así que, cuando llegó la comida, la recibimos entusiasmados. Después de la cena pedí a Metón que nos leyera en voz alta. Heródoto, con sus grandes relatos de extrañas tierras y costumbres, me pareció buena elección.

Nos adentrábamos en la noche y nadie parecía dispuesto a irse a la cama. Fuera seguía lloviendo. Esa noche, como todas las demás, había un hombre de guardia. Como no podía estar en el tejado de las cuadras, lo envié al desván, desde donde podía vigilar a través de los ventanucos. Cuando los hombres salieron de la Vía Casia y se dirigieron a la granja, los vio claramente.

Con el ruido de la lluvia, nadie oyó llamar a la puerta. Sólo nos dimos cuenta cuando el esclavo empezó a gritar y a forcejear con el pestillo. Bethesda se asustó; algunas malas experiencias en Roma la habían vuelto precavida ante las visitas nocturnas. Contagió la agitación a Diana, que corrió a acurrucarse en su regazo. Metón soltó el rollo de papiro y corrió conmigo al atrio. Nos guarecimos debajo del peristilo para evitar la lluvia. Abrí la mirilla y arrimé el ojo. El esclavo señalaba hacia la carretera y no paraba de gritar. De repente arreció la lluvia y no pude entender una sola palabra. Desatramos la puerta. El esclavo entró precipitadamente, empapado, con el pelo chorreando.

—¡Hombres! —dijo con voz áspera—. ¡Vienen de la carretera! ¡Un ejército entero a

caballo!

Exageraba. Treinta hombres no forman un ejército, pero impresionan cuando aparecen corriendo en la oscuridad, envueltos en mantos negros. El golpeteo de las herraduras se sumó al estrépito de la lluvia y lo eclipsó, como si se acercara un constante fragor de truenos. Los jinetes estaban a menos de treinta metros.

—¿Es Catilina? —gritó Metón.

—No sé —dije.

—Papá, ¿no deberíamos atrancar las puertas?

Asentí y tiré del esclavo empapado. Cerramos la puerta y pusimos la barra, aunque no sabía bien con qué fin. Estaba destinada a evitar la entrada de ladrones vulgares, pero no de un grupo armado. Los hombres armados podían fácilmente derribar las puertas de la librería o la cocina. Pero al menos nos daría tiempo para averiguar quiénes eran y qué querían. En el otro extremo del atrio, más allá de la cortina de lluvia, vi a Bethesda con Diana en brazos, ambas con ojos de asombro.

Aporrearon la puerta tan de repente y de modo tan brusco que retrocedí y tropecé. Metón me agarró del codo y me sujetó. Pegué el ojo a la mirilla.

—¿Es Catilina? —susurró Metón.

—Creo que no. —Apenas podía ver las caras de los hombres por culpa de la oscuridad y de las capuchas que llevaban. El hombre de la puerta volvió a golpear, no con la mano sino con algo duro que resonaba en toda la madera: la empuñadura de una daga.

—¿Esclavos furtivos? —preguntó Metón. Giré la cabeza y vi que me miraba con temor. Le puse la mano en el hombro y lo acerqué a mí. ¿Cómo se me había ocurrido llevar a mi familia a un lugar como aquél? En la ciudad siempre cabía la esperanza de huir, llamar a los vecinos, buscar cobijo. La casa y los campos que la rodeaban me parecieron de repente lugares desnudos, abiertos y sin defensas. Tenía a los esclavos, pero ¿qué protección representaban frente a una banda de jinetes armados?

El hombre volvió a llamar. Puse la boca en la mirilla.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Uno de los hombres que seguía a caballo, supongo que el jefe, hizo un ademán al hombre de la puerta para que dejara de golpear.

—¡Queremos al hombre que escondes aquí! —gritó.

—¿Qué hombre? ¿A quién queréis? —Me sentí aliviado. Sólo podía ser un error.

—¡A Catilina! —gritó el hombre—. ¡Entrérganos a Catilina! —¿Papá? —Metón me miró; no entendía nada. Negué con la cabeza.

—¡Catilina no está aquí! —grité.

—¡Sí está!

—Papá, ¿de qué está hablando?

—No lo sé. —Miré a Bethesda, quieta como una estatua, con Diana aferrada a su cuello. Acerqué la boca a la mirilla—. ¿Quién os envía?

Se oyeron nuevos golpes. De algún lugar del exterior llegaban gritos y chillidos. Miré de nuevo. Detrás de los hombres que seguían montados a caballo vi figuras con capa que entraban y salían de las cuadras. Momentos después se oyó un ruido como de madera partida procedente del interior de la casa. Me giré. Bethesda miró hacia el corredor de la biblioteca y empezó a chillar. Apretó con más fuerza a Diana contra su pecho mientras ésta se revolvía de pánico. Habían entrado en la casa.

Crucé corriendo el atrio, tropezando con el brasero. Bethesda se agarró a mí y Metón se apretó contra mi espalda. De algún lugar salió Arato; su rostro era una máscara de confusión y miedo. Se oyó otro ruido en la cocina y vi a Congrio que llegaba corriendo, resoplando con angustia. Un relámpago iluminó la desoladora escena. No hubo pausa para el trueno, un estallido potente que pareció sacudir el suelo. Por encima del estrépito de la lluvia oí ruido de mesas volcadas, cacerolas de

metal arrojadas al suelo, vasijas rotas. Los hombres entraron y nos rodearon en el atrio. Llevaban largas dagas en la mano. Retrocedimos asustados mientras unos cuantos iban hacia las puertas principales; las desatrancaron y las abrieron de par en par.

El jefe bajó del caballo, desenvainó la daga y vino hacia nosotros a zancadas. Era tan alto que tuvo que agacharse para entrar por la puerta. Pasó junto al brasero volcado y le dio una patada.

—¿Gordiano el Sabueso? —dijo, gritando. Diana empezó a llorar.

Permanecí tan erguido como me fue posible y apreté con fuerza a Bethesda. Metón salió de detrás de mí y vino a ponerse a mi lado.

—Soy Gordiano —dije—. ¿Quiénes sois vosotros y qué queréis?

Debido a la capucha, sólo podía verle la mitad inferior de la cara. Sonrió con una mueca desagradable.

—Queremos al zorro que hemos perseguido hasta esta madriguera.

—Si te refieres a Catilina, no está aquí —dijo Metón, con voz ligeramente quebrada.

—No mientas, niño.

—¡No soy un niño!

El hombre se rió. Reconocí la risa, aunque no al hombre. Era la risa de regocijo que surge cuando los hombres se entregan al pillaje y el saqueo, la risa cruel y perruna que surge en el momento culminante de una cacería. El corazón se me heló.

Los hombres siguieron revolviéndolo todo a nuestro alrededor, blandiendo las dagas. Algunos habían descubierto la cara. Casi todos eran jóvenes y bien afeitados, ojos brillantes y labios finos. Algunas caras me resultaron vagamente familiares. ¿Dónde había visto antes a aquellos sujetos?

Metón me habló al oído.

—¡Guardaespaldas de Cicerón! —musitó—. Aquel día en el Foro...

—¿Qué murmuras? —bramó el cabecilla—. ¿Dónde está escondido?

—Catilina no está aquí —dije.

—¡Tonterías! Sabemos que este lugar es su refugio. Le venimos siguiendo desde Roma. ¡Ese imbécil creía que podría escapar sin que le viéramos! Hemos venido a llevárnoslo... por las buenas o por las malas.

—No está aquí. Por lo menos en la casa. En las cuadras... —¡Ya hemos buscado en las cuadras! ¡Ahora, entrégnoslo! Uno de sus hombres se acercó y le dijo algo al oído. —¡Imposible! —gritó—. Lo esconden en alguna parte.

—Pero iban al menos diez hombres con él —dijo el otro con voz constreñida. No pueden haber escondido a diez hombres y diez caballos en una casa como ésta...

—Diez hombres y nueve caballos —dijo el jefe—. Olvidas el que encontramos sin jinete por el camino. —Se volvió hacia mí—. Llevamos horas persiguiéndole. Al principio nos llevaba ventaja, pero cerca de aquí ya le pisábamos los talones. Los vimos por última vez cruzando el paso que hay entre el monte y —el cerro. Cuando llegamos a ese punto, encontramos un caballo sin jinete. ¿Fue a Catilina a quien tiró? ¿Dónde está? ¡Entrégnoslo!

El hombre gritaba, pero la desesperación de su voz me hizo sentirme más tranquilo que cuando le había visto reír. Ya no era un cazador en el éxtasis de la matanza, dispuesto a hacer cualquier cosa; era un perseguidor empapado y cansado a quien se le había escapado la presa de las manos. Estaba furioso, pero también se sentía abatido. Y era su fatiga lo que yo quería manejar, valiéndome de mi tono de voz.

—Catilina no se ha detenido aquí esta noche. ¿Crees que no te lo diría si lo hubiera hecho? ¿Acaso no he demostrado suficiente lealtad al cónsul? Si sabes mi nombre y que Catilina se ha refugiado antes en esta casa, entonces debes de conocer también el papel que me asignó Cicerón. ¿Qué pensará cuando se entere del lío que has organizado en mi casa, del miedo que has causado a mi familia? ¡Te digo que Catilina no está aquí! Llevamos muchos días sin verle la cara. Te ha dado esquinazo. Si

quieres darle caza, mejor será que vuelvas cuanto antes a la Vía Casia.

El hombre empezó a temblar; de rabia, pensé, pero en seguida me di cuenta de que era de frío. Se quitó la capucha y se apartó los mechones de pelo que le caían por la frente. A pesar de su estatura, era muy joven.

El tumulto de la casa se había ido serenando poco a poco. El grupo de hombres empezó a rodearnos en el atrio, esperando a ver qué se decidía. Su jefe me miró.

—Los secuaces de Catilina intentaron matar al cónsul ayer por la mañana. Llegaron a casa de Cicerón al despuntar el alba fingiendo que querían hacer una corta visita social y pensando que podían engañar a los esclavos. Pero el cónsul estaba advertido y se negó a recibirles. Hoy emplazó Cicerón a los senadores en el templo de Júpiter y expuso detalladamente los crímenes de Catilina contra el Estado. Cuentan que su discurso casi hace temblar las paredes del templo. Catilina se agazapó en un rincón con sus aliados. Cada vez que intentaba hablar, le abucheaban. Vio el destino que le esperaba y esta noche el conejo asustado ha salido de la madriguera.

—Antes le has llamado zorro —rezongó Metón, tan arisco con el extraño como lo había sido conmigo los últimos días. Chasqué la lengua.

—¿Sí? Bueno, no importa. Pronto lo despellejaremos y la piel de un conejo no es muy diferente de la de un zorro. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Habéis mirado en todos los edificios? ¿Y en los corrales?

El hombre asintió.

—Ni rastro de ellos; ni siquiera huellas recientes en el barro.

El jefe volvió a ponerse la capucha e hizo una seña a los demás para que regresaran a los caballos.

—¡Rápido! —dijo.

Se cubrió con la capa y me miró con seriedad.

—Si se presentara Catilina, no le des más comida ni refugio. La función ha terminado. Catilina está muerto, lo mismo que sus seguidores. Nadie pudo haberlo dicho con más elocuencia que Cicerón hoy ante el Senado, en las mismas narices de Catilina: «Se acerca el momento del castigo. Vivos o muertos, les haremos arder eternamente en el altar de los dioses. ¡Como justo castigo por sus crímenes!».

—¡No y no! —dijo Bethesda—. ¡De aquí no sale nadie! ¿Estáis locos?

Poco después de marcharse los hombres, y una vez que nos aseguramos de que habían tomado la Vía Casia en dirección al norte, Metón y yo empezamos a prepararnos para salir. Ambos habíamos llegado a una misma conclusión sin haber hablado de ello. Me sentí muy bien al ver que mi hijo y yo volvíamos a compenetrarnos. Este sentimiento contribuyó a atenuar el impacto de todo lo que acababa de ocurrir. Pero Bethesda no se encontraba mejor.

—¡Quítate esa túnica, Gordiano! ¡Y tú, Metón, fuera esa capa! ¿Adónde creéis que vais?

—Si Catilina y sus hombres fueron vistos en el paso entre el monte y el cerro...

—dijo Metón sin hacerle caso.

—Y luego los perdieron de vista... —dije.

—Y encontraron uno de los caballos sin jinete... —Deben de estar en alguna parte del camino.

—En el claro que queda oculto tras la roca. ¿Cabrán allí nueve caballos? —preguntó Metón.

—Pronto lo sabremos.

—¡No puedes invitarle a venir! —dijo Bethesda muy seria—. ¿Qué pasará si vuelven sus perseguidores? Si lo encontraran aquí, bueno, ya has oído lo que ha dicho ese hombre: «No le des más comida ni refugio». ¡Piensa en tu hija! —Y abrazó a Diana con fuerza.

—¡Comida! —dijo Metón—. Casi lo olvido. ¿Qué podemos llevarles?

—¡Te lo prohíbo! —exclamó Bethesda.

—Esposa, piensa en el apuesto Catilina y el hermoso Tongilio. ¿Te gustaría verlos reducidos a huesos y pellejo por no querer darles los restos de Congrio?

Bethesda titubeó y cedió.

—Tenemos algo de pan hecho esta mañana —dijo a regañadientes—. Y hay manzanas de sobra...

—Las cogeré —dijo Metón.

Bethesda apretó los labios.

—Estarán empapados y muertos de frío. Un par de mantas... —Hay mantas en nuestra habitación —dije.

—¡Ésas no! Hay otras que están usadas y necesitan algún remiendo, pero abrigar, abrigan. Yo las traeré.

Evitamos el camino principal que daba a la Vía Casia y atajamos cruzando los sembrados. La tierra era barro y el suelo se volvía rocoso y accidentado al pie del cerro. Tenía miedo de que uno de los caballos se rompiera una pata, pero afortunadamente llegamos a la carretera sin ningún percance. No hay nada mejor construido y más impermeable que una buena carretera romana. Nos dirigimos al camino antiguo. Creía que nos sería imposible encontrarlo en una noche como aquélla, pero nos adentramos en él con tanta facilidad que pensé que nos había guiado la mano de algún dios. Desmontamos y pasamos entre el roble y la roca, no sin dificultad, pues Metón llevaba a la espalda un saco con manzanas y pan, y yo llevaba un pesado fardo de mantas enrolladas. Tiramos de los caballos después de pasar. Como esperábamos, en el pequeño claro que había tras la roca descansaban nueve caballos atados a troncos y ramas.

El suelo del pequeño claro era de piedra, por lo que se había convertido en un verdadero charco. El agua cubría ya los cascos de los caballos y yo tenía los pies totalmente sumergidos. La razón de que hubiera tanta agua era que el camino antiguo se había convertido en un verdadero torrente de montaña.

—Intransitable —dije.

—Pero Catilina y sus hombres deben de haber subido por aquí —dijo Metón.

—Y nosotros vamos cargados.

Metón se ajustó la carga que llevaba atada a la espalda y empezó a subir por el empinado camino con la misma seguridad que un rebeco.

—¡Vamos, papá! No es tan difícil.

—Los huesos viejos se rompen con más facilidad que los jóvenes —farfullé—. Y a los pies viejos les cuesta más mantener el equilibrio. —Pero estaba hablando solo, pues Metón había desaparecido delante de mí.

Tenía a cabeza a punto de estallar. Los pies me pesaban como el plomo y no sólo no conseguía dominarlos, sino que además se me habían vuelto torpes y me escurría con los guijarros sueltos y el lodo traidor. Empecé a darme cuenta de que el ascenso, además de agotador, era peligroso. Existían muchas posibilidades de caer rodando cuesta abajo. Si me rompía la espalda, ¿me refiría Bethesda o se compadecería de mí? El descenso sería aún más peligroso, pensé. Entre tanto, Metón seguía avanzando delante de mí, tan ágil como una cabra y tan impermeable al agua como un pato. Por fin llegamos al primer claro, donde el sendero se cruzaba con el camino que venía de la casa de Cneo y desde donde continuaba monte arriba. Vanos muchas huellas en el barro; Catilina había pasado por allí.

—La cuestión ahora es si giró a la derecha o a la izquierda —dije.

Metón se sorprendió de mi pregunta.

—A la derecha, por supuesto, hacia la mina.

—¿Eso crees? Una conexión secreta entre Catilina y Cneo podría explicar unas cuantas cosas. El asesinato de Fórfex, por ejemplo.

—¿Cómo puede haber un nexo?

—No lo sé y estoy demasiado mojado y cansado para ponerme a pensar en ello. Pero ¿qué pasaría si Catilina hubiera esquivado a sus perseguidores, no para llegar a la mina, sino para dirigirse sin ser visto a casa de Cneo?

Metón negó con la cabeza. Me pareció que además ponía los ojos en blanco, pero en la oscuridad no podía estar seguro.

Sin embargo, al parecer tenía razón y mis sospechas eran infundadas, pues en el camino que conducía a casa de Cneo no había pisadas en el barro. Dimos la vuelta y seguimos el camino de la mina. Oímos el rugido de la catarata mucho antes de llegar a ella. Vislumbré la cascada entre los árboles y vi lo mucho que había subido el nivel del agua. Los escalones esculpidos en la roca, de borde afilado y resbaladizos a causa de la lluvia, eran como una trampa puesta allí por algún dios iracundo. Con las mantas sujetas a la espalda, tuve que concentrarme y guardar la calma para subir; debía de parecer un viejo lisiado.

Metón llegó arriba mucho antes que yo. Finalmente llegué al último escalón y me planté en lo alto de la cascada junto a él. Cuando me miró, vi la primera sombra de duda en sus ojos. Lo que teníamos delante bastaba para acobardar a cualquier hombre. El lecho que estaba casi seco cuando lo habíamos cruzado por primera vez era ahora un río violento que cubría hasta los muslos. Tan sólo a unos pasos a nuestra izquierda llegaba a las cataratas y se precipitaba por el barranco, cayendo al estanque con fiero rugido.

Metón se quedó mirándolo y frunció los labios. Siempre he tenido aversión al agua y soy mal nadador. Una vez, en Cumas, tuve una fatídica experiencia por querer entrar en una gruta submarina. Decidí adelantarme; de todas maneras, no tenía elección.

—¡Papá, ten cuidado! —gritó Metón.

Era un buen consejo. La corriente me empujaba con fuerza hacia la catarata. Avancé hundiendo los pies en el fondo de piedras.

—Ven, Metón, dame la mano. —Se quedó en la orilla mirándome dubitativo—. Ven, opondremos más resistencia a la corriente si cruzamos juntos.

Vi que no dudaba de mi juicio, sino de su valentía. Tal vez debiéramos volver, pensé, mirando el agua negra. Habíamos emprendido la marcha de manera impulsiva. Una reacción contra las bestiales maneras de los guardias de Cicerón nos había conducido hacia Catilina. No obstante, no le debíamos nada; no estábamos obligados a llevarle mantas y alimentos, y menos aún arriesgando nuestras vidas. Y sin embargo, Metón y yo, sin cuestionarnos nada, habíamos tomado la decisión de ir en su busca. Había soportado el peligro del ascenso y ahora no estaba dispuesto a abandonar. Tendí la mano a Metón. Dudó un instante, me asió la muñeca y se metió en el agua fría.

Cruzamos en diagonal, contra la corriente. Tanteaba con los pies y advertía a Metón de cualquier escollo. Cuando estábamos en el centro, la corriente se hizo más fuerte de pronto y me tambaleé. Metón se aferró a mí con más fuerza. Me quedé mirando el aspecto oleoso y negro del agua, pensando que mi hidrofobia vitalicia debía de haber sido un mensaje de los Hados. Habían leído el futuro y sabían que mi fin estaba allí, por eso me advertían con el miedo. El corazón me palpitaba a gran velocidad.

Algo me golpeó en la pierna. Bajé la vista y vi una calavera arrastrada por el agua. Dio un pequeño giro alrededor de mi pierna y se alejó a gran velocidad en dirección a las cataratas.

—¡Papá! —dijo Metón angustiado.

Las extremidades me pesaban más que nunca. Estaba como clavado al fondo del río. Tragué saliva y me esforcé por mover los dedos. Por fin levanté un pie y conseguí reanudar la marcha.

No sé cómo, pero al final alcanzamos la otra orilla. Metón me soltó el brazo, pero antes sentí el temblor de sus dedos. También a mí me temblaban las manos.

Mientras cruzábamos el torrente, me había olvidado de la lluvia y el frío, pero una vez en la orilla, volví a notar sus efectos. Lo peor era que todavía quedaba un largo y difícil ascenso ante nosotros. Ahora ya no había posibilidad de volver atrás.

Continuamos la marcha y llegamos a la zona en que el camino ascendía trazando curvas. Pasado este tramo divisamos la larga cuesta que terminaba en un pliegue oculto en la ladera. En este punto sólo caían algunas gotas. Al aproximarnos a la bocamina, tan oculta en la noche que casi tuve que adivinarla, susurré a Metón que procurara no hacer ruido.

Pero ya era demasiado tarde.

Capítulo Treinta y tres

Es una experiencia muy especial ver en la oscuridad una lanza surcando el aire hacia nuestro entrecejo. Ni siquiera hay tiempo para pensar que el objeto que se aproxima es una lanza: el ángulo no lo permite, pues sólo se ve un punto brillante, como una estrella fugaz y, no obstante, se sabe que hay que agacharse a la velocidad del rayo. Al caer de rodillas fue cuando vi que se trataba de una lanza. Hizo un ruido silbante cuando voló por encima de mi cabeza y oí un golpe sordo. Me pareció que algo me golpeaba en la espalda repetidas veces. A mi lado, Metón lanzó un chillido. Mi corazón dejó de latir por unos instantes. Pensé que le habían dado, pero le miré y vi que su único temor era por mí. Nos arrodillamos y fuimos gateando hacia los matorrales, que recibieron nuestra intrusión rociándonos con las gotas de lluvia que habían retenido.

Intenté cambiar de dirección, pero me fue imposible; me había enredado en la maleza y la culpa la tenía la lanza que llevaba clavada en el hato de las mantas. Era como si una herida me mantuviera inmóvil y así lo interpretó Metón, que intentó sin éxito sacarme la lanza.

—¡Amigos! —grité, esperando ser oído antes de que cayera la siguiente lanza.

Hubo un momento de silencio y la luz repentina de un relámpago me permitió ver al lancero, agazapado tras un peñasco en la entrada de la mina, con el brazo preparado para hacer otro lanzamiento. Debajo de él, en la bocamina, estaba Catilina, que levantó un brazo y gritó:

—¡Alto!

El relámpago se apagó y el mundo volvió a ser negro. La orden había llegado demasiado tarde y la lanza ya estaba en camino. Ni el mismísimo Catilina, con toda su inteligencia, podía coger una lanza al vuelo en tales condiciones.

Un enorme trueno pareció resquebrajar el cielo e hizo temblar el suelo que pisaba, tanto que no fui capaz de decir si la lanza me había alcanzado o no. Me agaché, cubriéndome la cabeza con las manos. Un instante después sentí una mano en el hombro. Levanté la vista. Un rayo lejano proyectó una luz pálida y parpadeante en la sonriente cara de Catilina.

—¡Gordiano! Pareces asustado —dijo amablemente—. Ven a guarecerte de la lluvia.

Reinaba la oscuridad al otro lado del muro construido para evitar que entraran cabras y niños en la mina. Habían encendido una pequeña hoguera, pero parecía como si celosas sombras se tragaran la mayor parte de su luz. Catilina se agachó junto al fuego y extendió las manos para calentárselas.

—Afortunadamente, encontramos madera. Quienquiera que construyese la mina tuvo la brillante idea de hacer pozos de ventilación. Craso cometió una tontería al desestimar esta propiedad. Le dije que la inversión valía la pena, pero contestó que prefería tratar con su rama de los Claudios y luego se olvidó completamente del asunto. —Miraba fijamente las llamas—. Bueno, qué más da, ahora también él me ha abandonado.

—Mira, Lucio, han traído pan —dijo Tongilio, agachándose a su lado—. Y manzanas. ¡Podríamos asarlas! Nos sentará bien algo caliente. También traen mantas. Algunas están casi secas.

Los demás hombres de la cuadrilla de Catilina permanecían en las sombras. A algunos los había visto antes por haber pasado alguna noche en mis cuadras. Otros me eran desconocidos. Algunos parecían dormir, mientras los ojos abiertos de sus compañeros titilaban al resplandor de la hoguera. Parecían mayores que Metón, pero mucho más jóvenes que Catilina. Todos iban armados hasta los dientes y se turnaban

para montar guardia a la entrada de la mina.

—No creo que corras peligro aquí, al menos esta noche —dijo Ningún cabrero se atreve a salir en una noche como ésta y los hombres que venían persiguiéndote desde Roma se han marchado. Después de registrar a fondo mi casa se fueron en dirección norte.

—A no ser que te hayan seguido —dijo Catilina. En su voz no había tono acusatorio, sólo un pragmatismo despreocupado—. No he llegado tan lejos sólo para dejarme matar en este agujero por los guardaespaldas de Cicerón. Mientras estemos aquí, montaremos guardia.

Tongilio le dio una manzana pinchada en una flecha. Catilina sonrió.

—¡Comida! ¡Mantas! ¿No me habrás traído también una bañera con agua caliente?

—¿Te podrás creer que se me ha olvidado?

—¡Por Hércules, pues vaya olvido! Sería delicioso sentarse en una bañera humeante contigo y ver pasar las horas hasta el amanecer.

A Metón se le iluminó el rostro.

—Podríamos volver a casa...

Lo miré con seriedad. Catilina se dio cuenta y negó con la cabeza.

—Eso no sería práctico ni seguro, Metón. Demasiado peligroso para ti y tu familia. Y demasiado peligroso para mí también. No, creo que no debo volver a tu casa por ahora. Me pregunto por qué se les habrá ocurrido buscarme allí. ¿Me habrá traicionado Marco Celio?

Vio la expresión de mi rostro y luego miró a Metón, en cuyas facciones se leía aún más claramente. Catilina frunció los labios y una sombra de duda cruzó su cara.

—Entonces fue Celio. Tuvo que ser él. Vosotros no me habéis traicionado; habéis deducido que estaba aquí, pero no se lo habéis dicho a mis perseguidores, ¿verdad?

—Miró inquieto hacia la bocamina.

—Sí, así es, hemos venido aquí en secreto.

Suspiró y volvió la mirada hacia el fuego.

—Perdonadme. Estos últimos días ando trastocado. Hombres a los que consideraba amigos me han dado la espalda. Hombres a los que jamás creí que pudiera llegar a temer me han deseado la muerte en la cara. ¡Cicerón! ¡Ojalá se te pudran los ojos!

—¡Ojalá se le vuelva negra la lengua! —exclamó Tongilio con vehemencia desconocida. Cogió una de las manzanas y la lanzó contra la pared.

—Su lengua ya es negra —dijo Catilina—, de eso estoy seguro después de oírle decir tantas perrerías esta mañana.

—¡Pues que se la coman los gusanos! —gritó Tongilio, que empezó a dar paseos inquietos. No había espacio suficiente para su ira.

—La lluvia le serenará —dijo Catilina, sin apartar la vista del fuego.

—Mi hijo Eco estuvo aquí hace unos días y me dijo que estabas bajo arresto domiciliario, en espera de que se formularan ciertas acusaciones en virtud de la aplicación de la Ley Plautia. ¿Por qué has abandonado Roma? ¿Qué ha pasado?

Catilina apartó la vista de la fogata. Iluminado por la rojiza y temblorosa luz de las llamas, su rostro parecía a la vez afable y siniestro.

—El mundo se ha roto por las costuras y se está deshilachando rápidamente.

—¿Otro enigma?

—No. Por ser tú, Gordiano, me morderé la lengua y seré claro. Tu hijo Eco te dijo que me encontraba bajo arresto domiciliario. ¿Qué máste contó?

—Que Cicerón convenció al Senado de que aprobara no sé qué Decreto de Emergencia en Defensa del Estado.

—Sí, el mismo instrumento que utilizaron sus abuelos para desembarazarse de Cayo Graco. Supongo que debería sentirme halagado. Todas las pruebas que presentó Cicerón estaban manipuladas.

—¿Cómo?

—Dijo que yo había planeado matar a medio Senado el día veintiocho de octubre. Como prueba presentó unas cartas anónimas que habían recibido ciertos ciudadanos, en que se les aconsejaba que, por su bien, abandonaran la ciudad. ¿Qué clase de prueba es ésta? ¿Sabes quién creo que escribió esas cartas? El astuto secretario del cónsul, Tirón, por dictado de su amo. ¡Ese vil escuerzo!

—No hables mal de Tirón delante de mí, Catilina. Tengo buenos recuerdos de él, de cuando investigué el caso de Sexto Roscio.

—¡Eso fue el año de la creación del mundo, hombre! Con el tiempo se ha vuelto tan corrupto como su amo. Los esclavos adquieren las costumbres de su dueño, ya lo sabes.

—No importa. Así que dices que fue el mismo Cicerón quien escribió las cartas.

—¿Acaso crees que lo hice yo? ¿O algún traidor entre mis seguidores que quería alertar en secreto a sus amigos antes de que yo organizase una matanza? ¡Tonterías! Toda esa trama fue urdida por Cicerón con dos fines: sembrar la histeria y el terror entre los senadores, siempre dispuestos a creer que quieren matarlos, y poner a prueba a todos los que recibieron las cartas anónimas, Craso entre ellos. Yo creía que podía contar con él, si no con su apoyo manifiesto, sí al menos con su discreción, pero en cuanto se le presentó la oportunidad de darme la espalda, la aprovechó sin dudarlo. Para evitarse problemas, o para separar su destino del mío, acudió directamente a Cicerón para informarle del contenido de la carta. ¡Y seguro que sabía que se la había enviado el mismísimo cónsul! ¡Qué farsa, los dos fingiendo obrar en beneficio de la República! ¿Cómo puede permitir un hombre tan orgulloso que Cicerón lo manipule? No te preocupes, ya se vengará del Hombre Nuevo a su manera, más tarde o más temprano. Y para mantener a los senadores histéricos, Cicerón hizo otras revelaciones espectaculares, todas obtenidas gracias a su red supuestamente infalible de espías e informadores. Primero afirmó que el veintisiete de octubre mi colega Manlio se levantaría en armas en Fésulas. ¿Y qué? Manlio lleva meses entrenando a los veteranos de Sila y no hay nada ilegal en ello. Pero como era de esperar, el mismo día que había predicho Catilina uno de los senadores lee en voz alta una carta que ha recibido diciendo que Manlio y sus soldados se han levantado en armas y han empezado a combatir. ¿Contra quién? ¿Dónde? Todo carece de sentido, pero Cicerón habla y los senadores tragan. Él lo predijo y ahora ocurre; la carta lo demuestra. Una carta, ¿te das cuenta? Otro alarde caligráfico de las manitas de Tirón, que copia al dictado todo lo que sale de labios del cónsul. Y luego aparece el cónsul con la ultrajante acusación de que estoy planeando un ataque por sorpresa contra la ciudad de Preneste en las calendas de noviembre. Para detener el ataque, hizo entrar en acción a la guarnición de Roma: qué oportuno que Preneste esté tan cerca del sur. No hubo ningún ataque. Tampoco es de extrañar, puesto que no había ninguno previsto y, aunque lo hubiera habido, el hecho de haberlo sabido de antemano evita la posibilidad de llevarlo a efecto. Hinchado como un sapo, el cónsul se declaró a sí mismo salvador de Preneste, ¡cuando resulta que todo el asunto no era más que una fantasía! ¡Qué general tan poderoso, capaz de prever y atajar ataques que no existen! Ninguna táctica es demasiado rastrera para él. Dio órdenes de que cerraran las escuelas de gladiadores de toda Italia, ¡como si yo fuera el instigador de una rebelión de esclavos! Ofreció pingües recompensas a todo el que respondiera a su llamada y denunciara la conspiración; para los esclavos, la libertad y cien mil sestercios; para los hombres libres, ¡doscientos mil sestercios! Hasta ahora no se ha presentado nadie a reclamar estas sabrosas recompensas. Ese silencio sólo demuestra el temor que estos monstruos inspiran en sus esbirros, dice Cicerón, pasando por alto lo más importante: ¡que no hay conjura que denunciar! —Catilina hizo una pausa; mantenía la cabeza gacha y miraba fijamente a las llamas—. Cuando uno de sus lacayos presentó cargos contra mí basándose en la Ley Plautia, pensé que lo mejor era entregarme, interpretar

la farsa de la cooperación. Mis enemigos me han sometido a tantos juicios espurios que uno más ya no me asusta. También es cierto que me divertí un poco a costa de Cicerón. —A la luz de la hoguera me pareció ver una sonrisa maliciosa en sus labios.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que me fui derecho a Cicerón y me puse bajo su custodia! Si debo estar bajo arresto domiciliario, dije, prefiero que sea en casa del mismísimo cónsul. ¿En qué otro lugar podría estar mejor vigilado y más alejado de la supuesta conjura? ¡No veas qué dilema se le planteó a Cicerón! Si de verdad suponía yo una amenaza inmediata, su deber era tomarme bajo su custodia. Por otro lado, ¿cómo podía seguir despotricando contra mis locos proyectos si me tenía preso en su casa? Pero no convenía a sus propósitos, así que rechazó mi petición; dio la vuelta a la tortilla alegando que si no podía estar a salvo en la misma ciudad en que estaba yo, ¿cómo iba a estarlo si me llevaba a su propia casa? Lo mataría a él y a toda su familia en cuanto se me presentara la ocasión, con mis propias manos si fuera necesario. Así que los demás también rechazaron mi petición, unos porque tenían miedo de que se les asociara conmigo y otros porque temían por sus vidas. Cuando finalmente me pusieron a cargo de Marco Metelo, el hombre más imparcial que se pueda imaginar, Cicerón dijo que me estaba refugiando en casa de uno de mis seguidores. ¡Pobre Metelo! Ahora he huido de su casa y todos pensarán lo peor.

—¿Por qué huiste de la ciudad? —preguntó Metón.

Porque —hoy, ante —el Senado, Cicerón ha dicho que me vería muerto, ¡así de claro! y no tengo motivos para dudar de él, así que trato de salvar mi vida.

—Los hombres que Cicerón envió en tu busca nos contaron otra historia —dije—. Según ellos, esta mañana mandaste un grupo de hombres a casa de Cicerón para matarlo.

—¡Al único que matarán es a mí, si me atrapan los hombres de Cicerón!

—Pero ¿es cierto lo que dicen? —preguntó Metón.

—¡Otra mentira! —Suspiró—. Cicerón afirma que hace dos noches me escapé de casa de Metelo y asistí a una reunión secreta en la que planeé su asesinato. Supuestamente, dos de mis amigos, Cayo Cornelio y Lucio Vargunteyo, se presentaron después en su casa, fingiendo hacerle una visita matinal para poder entrar y apuñalarle. ¡Como si a ninguno de los dos les importara cometer un crimen así, sin esperanza de escapar o de justificarse ante el Senado! Pero Cicerón es muy listo. En plena noche manda llamar a ciertos senadores que aún dudan de sus delirantes afirmaciones. Acudid inmediatamente a mi casa, les dice. ¿Qué pasará para que nos despierte a estas horas?, se preguntan sorprendidos. Cuando llegan, todas las lámparas de la casa están encendidas y hay guardias armados en la puerta. ¿Te das cuenta de cómo monta el escenario para explotar la credulidad ajena recurriendo al melodrama barato? Les dice que acaba de llegar un informador con una noticia terrible: Catilina y sus secuaces se han reunido esa noche en una casa de la calle de los Guadañeros para planear su muerte. Los encargados de llevar a cabo el crimen serán Cayo Cornelio y Lucio Vargunteyo, conocidos aliados de Catilina y famosos pendentieros. «Esperad», les dice, «y veréis cómo llegan por la mañana dispuestos a manchar esta casa de sangre. Seréis mis testigos». Y a la mañana siguiente, Cornelio y Vargunteyo llegan, como estaba anunciado, a casa de Cicerón. Llamen a la puerta, pero los esclavos se niegan a abrirles. Llamen otra vez con más fuerza, exigiendo ver al cónsul. Los esclavos se asoman a las ventanas y les insultan; Cornelio y Vargunteyo les insultan a su vez. Aparecen los guardaespaldas espada en mano, y Cayo y Vargunteyo dan media vuelta y salen corriendo. La predicción de Cicerón se ha cumplido. Los testigos lo han visto todo. Pero ¿qué han visto? Han visto a dos hombres que ya se encontraban en una situación penosa a causa de su asociación conmigo y que llegan a casa de Cicerón, no con intención de matarlo, sino porque les ha levantado de la cama un recadero anónimo diciéndoles que si valoran sus vidas vayan inmediatamente a casa del cónsul. ¡Sí,

Cicerón maquinó todo ese episodio! Todo salió como había planeado. La versión de Cicerón ha sido respaldada por los dos senadores de intachable reputación a quienes citó en su casa. ¡Ese hombre es un genio! —exclamó Catilina con amargura—. Después tuve ocasión de hablar con Cayo y Vargunteyo, y de comprobar el engaño. No había ningún complot para matar a Cicerón. Tampoco es que me importara verle muerto. De hecho, pocas cosas me agradarían más...

—Nada me haría más feliz —dijo Tongilio, que volvió a aparecer más calmado junto al fuego. Su capa estaba mojada y tenía el pelo chorreante—. Me parece que la tormenta no va a amainar; llueve más que antes. Vamos, Lucio, tu manzana ya está asada; es hora de sacarla del fuego. No te la comas en seguida, no sea que te quemes la lengua. ¡Me gustaría achicharrarle la lengua a Cicerón! —Miró hacia la oscuridad de la galería y se rió a carcajadas. No supe si su expresión de crueldad destacaba la belleza de su rostro o la estropeaba. La risa fue breve. Se levantó y empezó a pasearse de nuevo.

—Tongilio tiene razones personales para odiarle —dijo Catilina en voz baja—. Cicerón no ha dudado en poner su nombre en entredicho, haciendo correr el rumor de que es mi efebo. Curioso que a criaturas asexuadas como Cicerón les guste explotar los detalles de la intimidad ajena. ¡Todo el mundo sabe que Cicerón desprecia a su esposa y que casó a su hija antes de que cumpliera los trece años! Mal amante de las mujeres, mal amante de todo. Y sin embargo no le importa ridiculizar a Tongilio sin el menor asomo de vergüenza. En su carácter no hay lugar para la vergüenza y el sexo, pero le sobra espacio para la arrogancia y el desdén.

—¿Qué ha ocurrido hoy en el Senado, Catilina? —pregunté.

—Me enteré de que Cicerón pensaba pronunciar un discurso en mi contra. Me creía capaz de defenderme y hacerle pasar por loco. Supongo que fue mi arrogancia lo que me hizo creer que podía igualar su retórica; ahora los dioses me han castigado. No hubo ningún discurso formal. Cicerón gritaba, yo gritaba y los senadores me abucheaban. Me vi abandonado por todos, menos por unos pocos hombres, los más cercanos a mí. Creo que no sabes lo que es eso, Gordiano, la vergüenza de ver que todos tus aliados reniegan de ti. Les imploré que recordaran mi nombre: Lucio Sergio Catilina. Un Sergio estuvo al lado de Eneas cuando éste huyó de Troya. Hemos sido de las familias más respetadas de Roma desde su fundación. ¿Y quién es ese Marco Tulio?

¿Quién ha oído hablar de los Tulios de Arpino, un pueblo con una tabernucha y dos pocilgas? ¡Es un advenedizo, un intruso, poco menos que un desconocido! ¡Un inmigrante! ¡Eso le llamé en su propia cara!

—Son palabras muy duras, Catilina.

—¡No lo bastante para él, teniendo en cuenta que quería acabar conmigo! ¿Sabes lo que dijo al Senado? «¿Cómo es posible que un hombre así siga con vida?» Rememoró ejemplos del pasado lejano en que el Senado había condenado a muerte a los reformistas y se burló de los actuales senadores diciendo que les faltaba valor para hacer lo mismo. Citó las leyes que impiden a un cónsul o al Senado ejecutar a un ciudadano y dijo que yo estaba al margen de esas leyes, puesto que ya no era un ciudadano, sino un rebelde. ¡Les incitaba a matarme! «¡Coge a tus canallas y vete!», me dijo. «¡Libra a Roma de tu pestilente presencia y déjanos en paz!» Cuando insinuó que todos sus enemigos deberían ser conducidos como un rebaño a un campo de reclusión, ya no pude soportarlo más. «¡Que cada hombre lleve escritas en su frente sus opiniones políticas para que todos lo vean!», dijo Cicerón. «¿Por qué?», dije. «¿Para que te resulte más fácil decidir qué cabezas cortar?»

Su voz temblaba de emoción, le brillaban los ojos. Nunca le había visto tan privado de su compostura. Tongilio se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro. Guardamos un rato de silencio. Había que avivar el fuego, pero nadie se movía. Al final hablé yo.

—¿Me estás diciendo, Catilina, que eres totalmente inocente de esa conspiración? ¿(be tus idas y venidas, tus contactos con todos los descontentos de la ciudad, tu alianza militar con Manlio, en fin, que todas estas cosas sólo existen en la febril imaginación de Cicerón? ¿Me estás diciendo que no has tenido en ningún momento intención de dar un golpe de Estado?

En sus ojos se reflejaba la luz de la hoguera, pero la luz parecía proceder de dentro.

—Yo sólo digo que mis enemigos me han manipulado para no dejarme más que un camino. Siempre he obrado dentro de la legalidad romana. He sufrido el oprobio de las falsas acusaciones, he tenido que comprometerme infinidad de veces con hombres como César y Craso; me he sometido a campañas electorales de una suciedad atroz. Dos veces me he presentado como candidato a cónsul y dos veces los optimates han provocado mi derrota. Nadie puede decir que recurriese a la acción violenta hasta que no me quedaron —más recursos legales. La República es un matadero, "un montón de ladrillos a punto de caer, con los optimates encaramados en lo alto. ¿Quién va a provocar su caída? ¿Quién recogerá los restos? ¿Por qué no puedo ser yo? ¿Y por qué no habría de utilizar todas las herramientas a mi alcance? Durante un tiempo he contemplado la posibilidad de la violencia, pero decir que he conspirado es absurdo. Me he reunido en secreto con mis amigos; he consultado a Manlio sobre la lealtad y disposición de sus tropas. Llámalo conspiración si quieres, pero hasta ahora sólo ha sido la vaga expresión de un compartido deseo de cambio. Manlio está deseando ponerse a mis órdenes con sus veteranos. Léntulo nos apoya incitando a los esclavos a la rebelión, una locura que rechazo de plano. Cetego, siempre tan impetuoso, es capaz de llegar al extremo de incendiar Roma. —Cabeceó—. ¿Sabes cuál es mi sueño? Pienso en las antiguas rebeliones de los plebeyos, cuando para defender sus derechos se agrupaban y se iban de Roma, dejando que los patricios se las arreglaran solos y trataran de llegar a un acuerdo. Si pudiera atraer a todos los descontentos, los pobres, los indefensos, los endeudados, y poner de rodillas a todos los optimates sin derramar una sola gota de sangre, lo haría. Pero no es más que una fantasía sentimental. Los aristócratas nunca cederán ni un ápice de poder. Los líderes de una retirada masiva serían exterminados y a sus seguidores los esclavizarían. Es Cicerón quien ha llevado las cosas a este extremo. Él ha puesto las condiciones: o su muerte o la nuestra, y no puede haber solución intermedia. Ha acelerado los acontecimientos para provecho suyo. Cree que si nos destruye ahora, durante su consulado, habrá conquistado la verdadera grandeza; que el pueblo le amará y los optimates le besarán los pies. Se erigirá en salvador de Roma. Pero incluso ahora tengo mis dudas. Por lo que dijo, por las veces que repitió su deseo de desterrarme, me pregunto si quedará satisfecho con eso. ¿Será suficiente para el Hombre Nuevo de Arpino haber salvado a Roma de una conspiración inexistente y desterrado a un peligroso rebelde—antes incluso de que éste tuviera la oportunidad de rebelarse?

—Entonces, ¿te vas al destierro? —preguntó Metón acercándose al fuego—. ¿O a iniciar una rebelión armada?

—Destierro... —dijo Catilina, no como respuesta sino como si estuviera paladeando la palabra—. Antes de abandonar Roma envié cartas a varios hombres de prestigio: antiguos cónsules, patricios y magistrados. Les dije que me marchaba a Masilia, a la costa sureste de la Galia, pero no como un culpable huyendo de la justicia, sino como amante de la paz dispuesto a evitar la guerra civil. Podría ir a Masilia si me lo permiten, si no bloquean las fronteras de la Galia. En cuanto a lo de levantarme en armas, no estoy preparado; aún tengo muchas dudas. Cicerón quiere obligarme a tomar una decisión suicida para que al hacerlo me derrumbe solo.

—¿Y qué será de tu esposa? —pregunté.

Me miró y su rostro dejó de estar iluminado por la fogata.

—He dejado a Aurelia y su hija al cuidado de Quinto Catulo. Es uno de los

optimates de más prestigio y un hombre honrado. Ocurra lo que ocurriere estarán a salvo con él; no les hará ningún daño y jamás podrá acusarle nadie de haberme ayudado.

La tormenta empeoró. El viento aullaba en el exterior de la mina como un coro delirante de lémures. El agua bajaba por las escarpadas laderas arrastrando arbolillos arrancados y piedras. Bethesda debía de estar muy preocupada. Con una tormenta así, hasta los perseguidores de Catilina habrían dado media vuelta. ¿Qué pasaría si hubieran buscado cobijo en mi casa y hubieran visto que yo no estaba? Pensar en ello me impedía dormir.

Las horas pasaban lentamente. Los hombres de Catilina se turnaban para dormir, arropándose con las mantas que les habíamos llevado y juntándose para darse calor. La vigilancia de la entrada se relajó. Ni un titán se hubiera atrevido a escalar el monte y atacarnos en una noche como aquélla. Catilina se sentó, apoyando la espalda en el muro. Tongilio yacía encogido a su lado, envuelto en una manta, con la cabeza en el regazo de Catilina. Éste tenía la cara en penumbra, pero vi que seguía con los ojos abiertos; de vez en cuando captaban el reflejo de las llamas.

Metón dormitaba, pero en un momento determinado abrió los ojos y se despabiló. Se quedó mirando fijamente algo que había encima de una roca. El paño en que había estado envuelto el objeto hasta entonces se había soltado, dejando ver un destello plateado.

—¿Qué es eso? —susurró, poniéndose a gatas y dirigiéndose a la roca con cara de extrañeza.

Catilina giró lentamente la cabeza.

—El águila de Mario —dijo en voz baja.

Era un águila con el pico apuntando hacia arriba y las alas desplegadas. Por el fulgor de la plata, bien podía haber sido un ave real inmovilizada en toda su gloria. Metón extendió la mano, pero sin llegar a rozarla ni con la punta de los dedos.

—Mario la llevó en la campaña contra los cimbro, cuando tú y yo éramos niños, Gordiano.

—Pesa una tonelada —murmuró Tongilio medio dormido—. Lo sé porque la he subido hasta aquí.

Catilina le revolvió el pelo y luego se lo acarició suavemente.

—Si tuviera que entrar en combate, la llevaría encima de un asta como bandera. Un objeto extraordinario, ¿no crees?

—¿Cómo llegó a tus manos?

—Es una larga historia.

—La tormenta sigue; tenemos toda la noche.

—Baste decir que llegó a mis manos gracias a Sila, en la época de las proscripciones. Cicerón dijo al Senado que la guardo en mi casa como una especie de reliquia sagrada y que me inclino ante ella para adorarla antes de cometer mis fechorías. Hasta la plata más pura se corroe con la acidez de su lengua.

—Un águila —dijo Metón volviendo la cara, de forma que el destello que reflejaba la plata iluminaba su rostro, como una extraña máscara.

—Sí —murmuré, sintiéndome repentinamente soñoliento.

—Es un águila, papá. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, hijo, es un águila —dije, cerrando los ojos.

Capítulo Treinta y cuatro

La tormenta se disipó de manera repentina dejando el cielo salpicado de dispersos nubarrones, anaranjados por efecto de los primeros rayos del alba. Los hombres de Catilina despertaron, recogieron sus cosas y se ayudaron unos a otros a saltar el muro que bloqueaba la entrada de la mina. La única evidencia que dejaron de su estancia fueron algunas migas de pan y corazones de manzana, restos de brasas y un penetrante olor a madera quemada.

El camino estaba sembrado de piedras y ramas rotas, pero eran impedimentos menores. Uno de los mayores obstáculos para mí era el dolor de piernas. Después de haber subido al monte la noche anterior, mis rodillas eran como bisagras oxidadas. Cuando era pequeño, mi padre me dijo que los dioses nos habían gastado el bromazo de hacer que bajar una montaña fuera más costoso que subirla. Por aquel entonces no le había entendido. Ahora, cada paso que daba me producía un agudo pinchazo en las rodillas y mis piernas parecían incapaces de soportar todo el camino.

Temía el paso del arroyo, cuya corriente, tal como había sospechado, llevaba incluso más fuerza que la noche anterior. Pero que fuéramos muchos facilitó la tarea. Cogidos de los brazos, formamos una sólida cadena. Los jóvenes compañeros de Catilina parecieron tonificarse al meterse en el agua helada hasta las caderas. Yo aguanté como pude y me reí con ellos, aunque sólo fuera para interrumpir el molesto castañeteo de mis dientes.

En el punto en que el camino se bifurcaba me llevé a Catilina aparte.

—¿Qué camino tomamos? —le pregunté. Catilina arqueó una ceja.

—Bajaremos por donde vinimos, por supuesto. —Sus hombres nos miraban desde el comienzo del estrecho camino antiguo. Les hizo una seña indicándoles que continuaran sin él—. No me haría ninguna gracia acabar corriendo delante de los perros de ese horrible vecino tuyo. Seguro que te acuerdas...

—Sí, pero también me acuerdo de otras cosas.

—¿De qué estás hablando, Gordiano?

—No debes volver nunca más a mi casa. Tus enemigos te buscarán allí...

—Lo comprendo.

—Debo pensar en la seguridad de mi familia.

—Desde luego. ¡Y yo tengo que pensar en seguir con la cabeza sobre los hombros!

—¡Catilina; nada de bromas ni de acertijos! Vio la preocupación que reflejaba mi rostro.

—Gordiano...

—¿Vienes; Lucio? —Tongilio esperaba a la entrada del sendero, con Metón a su lado.

—Seguid sin mí —dijo Catilina en tono jovial—. Los viejos necesitamos dar descanso a nuestras piernas de vez en cuando.

Tongiliofrunció los labios pensativo, luego asintió y desapareció. Metón le siguió, no sin antes mirarme a los ojos, como esperando que lo invitara a reunirse con nosotros. Al final se marchó rezongando detrás de Tongilio. ¿Por qué se tenía que tomar todo lo que yo hacía como una afrenta personal?

—Vamos, Gordiano, ¿qué es todo esto?

—Desde que Marco Celio se acercó a mí por primera vez, pidiéndome que me prestara a ser tu anfitrión, han ocurrido cosas muy extrañas en mi granja. La primera fue la aparición de un cadáver descabezado que encontramos en las cuadras. —Hice una pausa para examinar su rostro, pero se limitó a mirarme fijamente en espera de que continuara—. Luego lo del cadáver en el pozo...

—Sí, ya me lo contaste. El pobre cabrero que nos enseñó este camino. ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

¿Cómo le llamaste tú, Catilina?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo llamaste al pobre Fórfex? ¿Era tu espía, tu aliado, tu víctima engañada? ¿Por qué murió? ¿Por qué le cortaron la cabeza antes de arrojarlo a mi pozo?

Me miró con aire de gravedad.

Cometes una injusticia haciéndome esas preguntas, Gordiano. No sé de qué hablas.

Aspiré profundamente.

—¿Acaso no te relacionas en secreto con Cneo Claudio?

—¿Tu odioso vecino? Sólo vi a ese hombre una vez, ¡y fue contigo! Después le dije a Craso lo de la mina. Le aconsejé que hiciera una oferta de compra, pero, como ya te he dicho, no tenía interés en tratar con los Claudios. Y no he vuelto desde entonces.

—Pero ahora estás aquí, ocultándote en una mina de su propiedad.

—Sin su conocimiento. Aunque no por mucho tiempo, si nos quedamos aquí. No creo que tarde en aparecer uno de sus cabreros y dar un grito de alarma. La primera vez que vi la mina supe que sería un lugar ideal para ocultarse, sobre todo si Craso compraba la propiedad. Claro que entonces contaba con su apoyo. —Sus ojos brillaron llenos de amargura—. Aun así, el lugar ha resultado útil, ¿no? En cuanto a los extraños acontecimientos que han tenido lugar en tu granja, ¿qué tienen que ver conmigo?

—Ocurrieron en momentos clave, cuando yo me resistía a alojarte en mi casa.

—¿Resistirte? ¿Me estás diciendo que nunca has querido tenerme en tu casa?

Negué con la cabeza sin querer hablar. ¿Cómo iba a decirle que todo había sido idea de Cicerón?

Gordiano, jamás dije a Celio que te presionara para que me hospedases. Me dijo que estabas encantado de hacerlo.

—Pero el enigma que planteaste en el Senado sobre la muchedumbre sin cabeza y el Senado con su débil cuerpo... La coincidencia de los dos cuerpos descabezados aparecidos en mi granja...

—Gordiano, ¿me estás diciendo que todo este tiempo me has hospedado sólo porque te obligaba Celio? Bien, ahí tienes al malvado. Alguien dijo a los secuaces de Cicerón que fueran anoche a buscarme a tu granja; evidentemente, Celio. Debe de haber estado del lado de Cicerón todo este tiempo. ¡Por Júpiter! Cuando pienso en las confidencias que le he hecho... —Echó atrás la cabeza con expresión de dolor—. Entonces, ¿no simpatizas en absoluto con mi causa? ¿Estabas simplemente siguiéndole el juego a Celio cuando me permitiste entrar en tu casa? —Ahora me tocaba a mí contemplar su consternación. Podía haber dicho que sí para no mentir, pero la verdad ya no me parecía tan sencilla—. Olvídalo —dijo—. Lo importante es que anoche no me delataste cuando tuviste la oportunidad. A menos que... —Miró hacia el camino antiguo—. ¡A menos que Tongilio y los demás vayan a una encerrona!

Puso la mano en la empuñadura de la espada. Sentí una punzada de pánico. Se volvió hacia mí con una mirada asesina en los ojos y por primera vez percibí el verdadero alcance de su desesperación. Lucio Sergio Catilina era un patricio, nacido con todos los privilegios propios de su clase. La confianza era un derecho de nacimiento y su más alto valor: confianza en los dioses, confianza en la inmutabilidad de su posición social, confianza en la alta consideración de los demás ciudadanos hacia él, y confianza en su encanto innato. Ahora, los dioses y los hombres le habían traicionado, y Catilina se había visto despojado de esa confianza.

Puse mi mano sobre la suya.

—No, Catilina, tus hombres están a salvo. ¡No te he traicionado! Piénsalo: Metón está con ellos. No mandaré a mi propio hijo a una trampa.

Se relajó lentamente y en sus labios asomó una febril sonrisa.

—¿Ves en lo que me he convertido? —Miró hacia el sendero desierto como si aún pudiera ver a los jóvenes que descendían delante de nosotros—. Pero todavía acuden a mí para que les dé ánimos, como siempre han hecho. ¡Vamos, aprisa!

Como había temido, el descenso fue mucho más traicionero que la subida. El camino estaba lleno de restos de ramas y piedras que se desprendían con facilidad. Descendimos más patinando que andando. Nos tambaleábamos y nos sujetábamos el uno al otro, utilizando la solidez de nuestros cuerpos para mantener el equilibrio suficiente para dar el siguiente paso. Me hice heridas en codos y rodillas. Me caí y me levanté tantas veces que casi dejaron de dolerme las nalgas. El descenso del tramo final fue de locura.

Al fin llegamos al claro en que estaban los caballos. Los animales tenían un aspecto lamentable después de haber pasado toda la noche bajo la lluvia, pero relincharon y menearon la cabeza cuando vieron a los hombres de Catilina, tan deseosos de salir de allí como sus jinetes. Todos acabamos cubiertos de barro, yo más que nadie.

—He echado un vistazo a la carretera —dijo Tongilio—. Está despejada.

Sacamos uno a uno todos los caballos por el estrecho pasadizo abierto entre la roca y el roble. Les di mi caballo para reemplazar el que habían perdido la noche anterior. Metón y yo montamos juntos en el otro.

La alegría de llegar abajo había devuelto la confianza a Catilina. Tomó las riendas y puso su yegua al trote. El animal empezó a relinchar, contento de poder salir de aquel lodazal. Catilina se acercó a nosotros inclinándose para acariciar el pescuezo del animal.

—¿Seguro que no quieres acompañarme, Gordiano? ¡No, es una broma! Tu lugar está aquí. Tienes una familia y un futuro por delante.

Trazó un círculo, indicando a sus hombres que le rodearan. Qué extraño aspecto tenía su guardia, todos los hombres mugrientos y llenos de barro, y sin embargo esbozando una sonrisa como si acabaran de ganar una batalla gloriosa.

—Tongilio, ¿llevas el águila de plata? Bien. Gordiano, quiero darte las gracias por lo que has hecho. Y te agradezco aún más lo que no hiciste contra mí.

Dio media vuelta y se alejó al galope. Metón y yo le seguimos hasta pasado el monte y luego nos quedamos largo rato viendo cómo el grupo se reducía hasta desaparecer por el norte.

Metón me preguntó lo que yo me estaba preguntando en ese mismo instante:

—¿Volveremos a verle, papá?

Dejé que mi cuerpo respondiera con un ligero movimiento de hombros. Sólo los Hados podían contestar a esa pregunta, pero en mi interior algo me decía que era la última vez que vería a Catilina.

Cuando regresamos a casa, Diana se llevó una grata sorpresa, creyendo que habíamos salido temprano a jugar con el barro. Bethesda había estado asustadísima y ahora parecía aliviada, aunque se esforzara por ocultarlo. Agotado, dejé que me frotara con una esponja y luego me arrastré hasta la cama. En algún momento, se acercó a mí y me hizo el amor con una ferocidad devoradora que no manifestaba hacía mucho tiempo.

Ese mismo día —mientras yo dormía y Catilina y su escolta se dirigían al norte—, Cicerón pronunció en Roma otro discurso contra Catilina, pero no dirigido al Senado sino directamente a todos los ciudadanos congregados en el Foro. Me enteré de esto al día siguiente por un esclavo que me trajo una carta de Eco en la que mi hijo me advertía, demasiado tarde, que Catilina había escapado. El discurso dirigido al pueblo reiteraba gran parte de lo dicho al Senado, pero con más veneno aún, y utilizando una cruda hipérbole que demostraba no poco desdén por la falta de educación de sus oyentes. Eco no hacía comentarios valorativos del discurso (y era comprensible, pues

¿qué habría pasado si la carta hubiera caído en otras manos?) y se limitaba a citar algunos párrafos.

El mensajero que había llegado con la carta de Eco partió con mi respuesta. Le decía que el invitado por el cual me preguntaba había pasado por la Vía Casia, pero sin detenerse en mi casa. En realidad, habíamos acordado que no volvería a alojarse con nosotros en el futuro. No quería que Eco se preocupara.

Las lluvias continuaron. La tierra se refrescó y subió el caudal del arroyo. Aunque la escasez de forraje nos preocupaba, nuestro mayor azote, la escasez de agua, se había solucionado, y por primera vez pude ver el molino en funcionamiento sin intervención humana, accionado por la fuerza de la corriente. Verlo en movimiento, la muela girando, los engranajes encajando entre sí armónicamente, me hizo pensar en mi viejo amigo Lucio Claudio, cuyo comportamiento en la vida había sido igual de armonioso. Le habría encantado el molino y pensar en ello me hacía sentirme bien. También pensé en Catilina, cuyo genio técnico había resuelto el enigma del molino allí donde el mío había fallado. Esta idea me complacía menos, pues no podía imaginar un desenlace feliz para Catilina y sus acompañantes. Traté de no pensar más en ellos.

Pero también sabía que no podría nacerlo por mucho tiempo. Toda Italia debía de estar hablando de Catilina; esperando conocer su destino. A unos les habría gustado enterarse de un alzamiento contra los optimates; otros esperarían llenos de desprecio hacia el traidor, pidiendo a los dioses su muerte; también habría quien sólo sentiría angustia ante el recuerdo de los estragos de las guerras, purgas y rebeliones que habían azotado Italia en los últimos años.

Yo esperaba en secreto que Catilina hiciera lo que había dicho y huyera a Masilia. Pero no fue así, al menos eso me pareció deducir de la carta que recibí de Eco pocos días después de los idus de octubre:

Queridísimo padre:

La tensión de los acontecimientos que vivimos aquí me impide ir a visitarte. Echo de menos tus sabios consejos y el sonido de tu voz. También echo de menos a Bethesda, a Diana y a mi hermano Metón. Dales un abrazo de mi parte.

Las noticias que llegan aquí dicen que Catilina se ha unido a Manlio en Fésulas y se ha levantado en armas. Se dice que primero ha pasado por Aretio generando el caos por allí. Todos los días nos llegan rumores de sublevaciones en el norte y el sur, cerca y lejos. El pueblo de Roma se halla en un estado de gran agitación y angustia. No recuerdo nada parecido desde los años de la rebelión de Espartaco. La gente no habla de otra cosa y cualquier pescadero o tendero inculto se permite el lujo de opinar. Como dice la obra de teatro, «El infierno tiembla como una telaraña que se agita en un rincón».

El Senado, a instancias de Cicerón, ha declarado a Catilina y Manlio enemigos del pueblo, y todo el que los admita bajo su techo será considerado también enemigo del pueblo. Sé que entenderás lo que quiero decir.

Se está formando un ejército a las órdenes del cónsul Antonio. Casi con toda seguridad habrá guerra. Se dice que Pompeyo dejará temporalmente sus deberes en el extranjero y volverá urgentemente para salvar la situación, pero la gente siempre se acuerda de Pompeyo en momentos de crisis interna, ¿no te parece?

Por favor, papá, ven a Roma y trae a la familia. Seguro que la granja no es un lugar agradable en esta época del año. Los ricos cambian el campo por la ciudad en invierno. ¿Por qué no puedes hacerlo tú? Si estalla la guerra, lo más probable es que se libere en Etruria, y no puedo dormir cuando pienso en vuestra situación. La ciudad sería un lugar mucho más seguro para todos vosotros.

Si no quieres pasar aquí mucho tiempo, entonces, por favor, ven a visitarme pronto, aunque sólo sea para hablar con más sinceridad y más afondo de lo que

permite una carta.

*Es el más profundo o deseo de tu, fiel hijo,
Eco.*

Leí la carta dos veces; durante la primera me conmovió su preocupación, me sonreí al ver que citaba a Bolitón (un dramaturgo de segunda, pues a Eco siempre le ha gustado mucho el teatro) y cabeceé ante su advertencia de que no volviera a alojar a Catilina en mi casa. ¿Por qué se preocupaba de eso cuando ya le había dicho que mi huésped no volvería? En la segunda lectura me chocó el tono general, bastante cohibido, de la carta.

Eco había venido a la granja cuando lo había necesitado, aun cuando no se lo hubiera pedido directamente. No podía yo hacer menos por él, máxime teniendo en cuenta la insistencia con que me pedía que acudiera. Consulté a Bethesda. Pregunté a Arato en qué momento era menos necesaria mi presencia (sabiendo que le encantaría que me fuera y le dejara tranquilo un tiempo). Decidí que la familia viajaría a Roma a principios de diciembre.

Para ser hombre que manifestaba un convencido rechazo hacia la política, no podía elegir momentos más propicios para visitar la ciudad. El viaje del verano me había sometido a las arengas políticas y me había conducido hasta las urnas en contra de mi voluntad. El viaje de invierno me convertiría en testigo de un espectáculo mucho más impresionante, pues a menos de un mes de la finalización de su mandato como cónsul, Cicerón estaba a punto de vivir los momentos culminantes de su carrera. A veces pienso que la vida es como el Laberinto de Creta: cada vez que nos damos de narices contra una pared, oímos las risas del Minotauro en algún lugar.

Cuarta parte

NUNQUAM

Capítulo Treinta y cinco

Partimos hacia Roma antes del amanecer al día siguiente de las calendas de diciembre. Sopla un fuerte viento del norte que nos daba en la espalda. Fuimos a buen paso y llegamos al puente Mulvio a mediodía.

Había poco tráfico, sobre todo comparado con la confusión de caballos y carretas que nos habíamos encontrado la última vez. Junto al puente había un nutrido grupo de personas. Al principio pensé que eran vendedores de cerámica que habían atraído a los transeúntes, pero al acercarnos pudimos ver que el grupo se limitaba a conversar y muy animadamente, por cierto. Eran hombres de distintas clases: agricultores locales y libertos, así como unos cuantos viajeros bien vestidos y acompañados de sus esclavos.

Nos acercamos e indiqué al esclavo que conducía la carreta de Bethesda y Diana que se detuviera a un lado del camino. Metón y yo desmontamos y nos dirigimos hacia el grupo. Había varios hombres hablando a la vez, pero la voz que más sobresalía era la de un granjero vestido con una polvorienta túnica.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué no los mataron en el acto? —decía.

La pregunta iba dirigida a un mercader, un hombre acomodado, a juzgar por sus anillos y por los esclavos que lo rodeaban, todos mejor vestidos que el granjero.

—Sólo repito lo que oí antes de salir de la ciudad esta mañana —decía el mercader—. Si no fuera porque tengo negocios que atender en el norte, me quedaría a ver lo que pasa esta tarde. Se rumorea que Cicerón se dirigirá en persona al pueblo en el Foro...

—¡Cicerón! —exclamó despectivamente el granjero—. Ese mamarracho me revuelve el estómago.

—Mejor eso que el cuchillo de un bárbaro en la barriga, que es lo que esos traidores te tienen reservado —replicó irritado el mercader.

—Bah, eso no es más que una sarta de mentiras, como siempre —dijo el granjero.

—Nada de mentiras —intervino otro hombre que estaba delante de mí—. El hombre de la ciudad sabe de lo que está hablando. Yo vivo en esa casa de allí, junto al río. El pretor y sus hombres pasaron la noche bajo mi techo, por eso lo sé. Esperaron emboscados junto al puente y atraparon a los traidores...

—Sí, ya nos has contado esa historia, Cayo. Es verdad que los soldados arrestaron a unos hombres que salían de Roma, pero ¿quién sabe qué significa eso? —dijo el granjero, enfadado—. Ya veréis, todo esto no es más que otra trama urdida por Cicerón y los optimates para acabar con Catilina. —Algunos le dieron la razón a gritos.

—¿Y por qué no? —dijo el mercader. Sus esclavos, a medida que se calentaban los ánimos estrechaban el cerco protector, como un grupo de mastines entrenados—. Catilina tendría que estar muerto ya. El único error de Cicerón fue no mandar ahorcar a ese demente mientras aún estaba en Roma. Por eso sigue con sus intrigas y ya veis a lo que conducen: ¡romanos confabulándose con bárbaros para que les ayuden a hacer una revolución! Es una pena. —Esto suscitó una serie de burlas de los seguidores del granjero y una respuesta igualmente clamorosa de parte de los que estaban de acuerdo con el mercader.

Rocé el hombro del tal Cayo, el que vivía cerca de allí.

—Acabo de llegar del norte —dije—. ¿Qué ha pasado?

Se volvió y nos miró fijamente con los ojos hinchados de sueño. Su mandíbula grisácea, casi sin barbilla, hacía juego con su pelo enmarañado.

—Ven —dijo—, salgamos del montón. ¡Esto ya me tiene harto! He contado la historia más de cien veces esta mañana, pero la contaré otra vez. —Suspiró fingiendo cansancio pero me di cuenta de la felicidad que le proporcionaba volver a contar la experiencia. Los demás seguían discutiendo mientras nos alejábamos—. ¿Te diriges a

la ciudad?

—Sí.

—No se hablará de otra cosa allí, no lo dudes. Puedes decir que te ha contado los hechos un testigo presencial. —Me miró gravemente, para ver si yo captaba la importancia de ese detalle.

—Sí, adelante.

—Anoche, mucho después de haberme acostado, me despertaron aporreando mi puerta.

—¿Quiénes?

—Un pretor, eso dijo que era. ¡Imagínate! Me dijo que se llamaba Lucio Flaco y que le enviaba el cónsul. Venía con una compañía entera de hombres, todos envueltos en mantos oscuros y todos con espada. Me dijo que no me asustase, pero que iban a pasar la noche en mi casa. Me preguntó si podían guardar los caballos en mis cuadras, así que mandé a un esclavo para que se ocupara de ellos. Me preguntó si tenía una ventana desde donde se viera el puente. También me preguntó si era patriota y yo le contesté que por supuesto. Me dijo que si eso era verdad, entonces podía confiar en mi silencio y en que me mantendría al margen, pero de todas formas me dio una moneda de plata. Bueno, es lógico, ¿no?, pagar a un ciudadano cuando aloja soldados en su casa.

—¿Pero esos hombres eran soldados? —preguntó Metón.

—Bueno, supongo que no. No iban uniformados. Pero venían de parte del cónsul. El Senado aprobó un decreto el mes pasado... Debes de haberte enterado... El cónsul se hacía cargo de la seguridad del Estado. Por eso no me sorprendió ver hombres armados que venían en nombre del cónsul. ¡Claro que jamás pensé que me vería en medio de tal fregado! —Meneó la cabeza sonriendo ligeramente—. El caso es que el pretor se puso en la ventana y abrió los postigos. Mira, si te inclinas un poco puedes ver mi casa desde aquí. ¿Ves el lado que da al río y al puente? Mandó a uno de sus hombres que le llevara un ascua de mi brasero, luego la alzó y empezó a hacer señas con ella desde la ventana. ¿Y ves esa otra casa que hay enfrente de la mía, al otro lado del río? Desde una ventana de esa casa alguien le devolvió las señales con una llama. Así que tenían hombres apostados a los dos lados del río, ¿lo ves? Una emboscada. Yo mismo lo vi, aunque nadie me dijera nada.

Hizo una pausa y nos miró fijamente, como para asegurarse de que nos tenía en vilo.

—Sí, sí —dije—, continúa.

—Bueno, el caso es que ya era muy tarde y yo seguía sin poder dormir, lo mismo que mi mujer y mis hijos. Pero tampoco podíamos encender ninguna luz, así que nos quedamos sentados a oscuras. El pretor no abandonó la ventana ni un instante. Sus hombres estaban apiñados, envueltos en sus mantos y hablando en voz baja. Fue entre medianoche y el alba cuando escuchamos ruidos en el puente. Era una noche clara y sin más ruidos que el murmullo del río y el pataleo del puente. Debían de ser caballos. El pretor se enderezó, miró por la ventana y los hombres contuvieron el aliento. Yo estaba en la habitación y miré por encima del hombro del pretor. Vi otra vez la llama en la ventana de la otra orilla. «¡Ahí están!», dijo el pretor, y los hombres se pusieron en pie desenvainando las espadas. Retrocedí y me pegué a la pared para apartarme de su camino mientras se apresuraban hacia la puerta. Oí un gran alboroto en el puente, suficiente para despertar a los lémures de los ahogados: hombres que entraban a caballo, gritos e insultos, algunos en ese horrible idioma de los galos.

—¿Galos? —dijo Metón.

—Sí, algunos hombres que había en el puente eran galos, de la tribu de los alóbroges, según me dijo después el pretor. Los otros eran romanos, aunque tampoco merecen ese nombre. ¡Traidores!

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque el pretor Lucio Flaco me lo dijo. Después de la emboscada, se sentía orgulloso de sí mismo; estaba sonrojado, de emoción, supongo, después de tanto esperar. —Dio una palmada—. Y de haber acabado tan pronto, como él quería, supongo, sin derramar una gota de sangre; por lo menos esta mañana no la había en el puente. Tiraron a los traidores de sus caballos, los desarmaron y los ataron. Cuando hubo acabado todo, Flaco me dio las gracias y una palmadita en la espalda, y me dijo que había cumplido con mi deber como patriota ayudando a la salvación de la República. Bueno, le dije que me sentía orgulloso, pero me habría sentido más orgulloso aún si me hubiera enterado de lo que pasaba. «Pronto estará en boca de todo el mundo», me dijo, «pero ¿por qué no has de saberlo tú antes que los demás? ¡Estos hombres que acabamos de arrestar formaban parte de una conspiración para acabar con la República!». «¿Hombres de Catilina?», pregunté. Viviendo como vivo en la carretera, estoy al tanto de lo que sucede en Roma y conozco los problemas que está teniendo el cónsul con ese malvado. «Ya veremos», dijo el pretor. «Puede que aquí esté la prueba.» y sacó unos documentos, todos muy bien enrollados y sellados con lacre. «Cartas de los traidores a sus compañeros de conspiración. Dejaremos que las abra el cónsul», dijo. «Pero tenemos la prueba más contundente: los galos que han traído.» y señaló a un grupo de bárbaros con pantalones de cuero que aún estaban montados en los caballos. «¿Enemigos?», pregunté yo, sin entender por qué no los habían derribado de los caballos y atado como a los demás. «No», dijo el pretor. «Han resultado ser amigos leales. Esos hombres son enviados oficiales de la tribu de los alóbroges, viven en la Galia Narbonense, al otro lado de los Alpes, bajo el dominio de Roma. Los traidores intentaron que se unieran al complot. Querían que los alóbroges iniciaran una revuelta en la Galia para retener allí a las tropas mientras los traidores se levantaban en armas en Roma. ¡Imagínate! ¡Recurrir a unos extranjeros para hacer la guerra contra los romanos! ¿Puede haber algo más despreciable?» Le dije que no. «Estos conspiradores son hombres sin honor ni lealtad. Afortunadamente, los alóbroges denunciaron el complot a sus superiores romanos, quienes a su vez se lo revelaron a Cicerón. Los traidores, creyendo aún que los alóbroges estaban de su parte, los utilizaron como emisarios entre ellos y Catilina. Pero hasta aquí han llegado. Ahora los llevaremos de vuelta a Roma. El Senado y el pueblo decidirán qué hacer con esta escoria.» —El hombre hizo una pausa, tanto para recuperar el aliento como por efecto dramático—. Bien, como podéis imaginar, no he pegado ojo desde que me despertaron anoche. Al principio porque estaba asustado y luego porque estaba demasiado emocionado. Cuando amaneció, todos los vecinos querían saber qué había pasado y qué había sido aquel alboroto nocturno. Creyeron que eran bandidos o gladiadores fugitivos y cerraron puertas y ventanas. Así que aquí me tenéis contando la historia, a ellos y a todos los viajeros que pasan y preguntan. —De repente, abrió la boca y dio un gran bostezo—. Claro que no todos los días ocurren esas cosas en tus propias narices. Como dijo el pretor, ¡he cumplido con mi deber!

En ese instante, un boñigo de caballo pasó volando por el aire y dio en la cabeza del hombre, que, desconcertado, se llevó la mano a la oreja.

—¡Que Júpiter te convierta en sapo! —gritó una voz chillona que identifiqué como del granjero seguidor de Catilina. Era él quien había lanzado la bosta y su objetivo era el rico mercader, más hábil esquivando de lo que hubiera imaginado.

—¿Cómo te atreves? —gritó el mercader.

—¡Aparta de mí a tus asquerosos esclavos! —chilló el granjero, que de repente se vio cercado.

Vi el destello del metal entre la multitud y quise coger del brazo a Metón, pero ya se me había adelantado. Montamos en nuestros caballos mientras el esclavo ponía en marcha la carreta. En medio del puente, en el mismo lugar en que el pretor Lucio Flaco había interceptado a los conspiradores y a los galos, miré atrás. El incidente se había convertido en una pequeña revuelta. El aire estaba surcado por boñigos al ritmo de

groseras y soeces maldiciones. El granjero salió medio tambaleándose de la muchedumbre, apoyado en unos cuantos partidarios. Se cogía la cabeza con ambas manos y le corrían hilillos de sangre por los antebrazos. Entre tanto, el orgulloso testigo Cayo había efectuado una retirada estratégica hacia su casa, desde cuya puerta observaba la escena bostezando.

Roma era como Bethesda. Así como he aprendido a percibir los estados de ánimo de mi esposa mediante sus más sutiles indicaciones —el ángulo de inclinación de su cabeza con respecto a su cuello, el peine y el cepillo desordenados encima de su mesilla, su forma de respirar—, he aprendido también a evaluar el ánimo de la ciudad a través de pequeños detalles. Advertidos de antemano por las noticias del puente Mulvio, mis ojos estaban atentos a las señales. Los tenderos echaban a los clientes de los mostradores y cerraban temprano. Las tabernas estaban a rebosar. Se veían pocas mujeres por la calle. Pandillas de chicos corrían por las calles en tanto que los hombres se paraban en las esquinas formando pequeños corros de debate. Entre los que iban a resolver sus asuntos a caballo o a pie, parecía haber una fuerte tendencia a tomar la dirección del Foro; algunos se dirigían al centro con paso rápido y decidido, mientras que otros aparentemente eran arrastrados por una extraña corriente, como briznas de paja atraídas por un remolino. Tan fuerte era esta impresión que cuando empezamos a subir por la Vía Subura hacia la casa de Eco, me pareció que éramos nadadores contra una corriente lenta pero constante.

Menenia salió a recibirnos. Diana se echó a sus brazos; le pregunté por Eco y recibí la respuesta que esperaba.

—Se ha ido al Foro hace muy poco —dijo—. Dicen que Cicerón se dirigirá al pueblo esta tarde. No sabíamos a qué hora ibais a llegar, pero Eco dejó dicho que si llegabais pronto fuerais al Foro a buscarle.

—Creo que no... —empecé a decir, imaginándome la escena, pero Metón me interrumpió.

—¿Vamos a caballo o andando, papá? —preguntó, mirándome impaciente—. Yo prefiero andar. ¡Me duele la espalda después del palizón de hoy! Además, será difícil encontrar sitio para dejar los caballos y no está tan lejos...

Decidimos ir a pie.

La sensación de estar atrapados en una corriente aumentaba a medida que nos acercábamos al Foro. Y así como un torrente incrementa su velocidad al estrecharse, así el tráfico de cuerpos se aceleraba y se hacía cada vez más denso. Cuando llegamos al Foro la multitud no podía estar más apretada. Los rumores circulaban como peces saltando en el agua y no paraba de oír las mismas palabras una y otra vez: «Traidores... Alóbroges... Cicerón... Catilina...».

Pensé que sería imposible encontrar a Eco entre toda aquella gente cuando de pronto Metón empezó a agitar los brazos y a gritar su nombre. Vi un brazo alzado y debajo del brazo vi el rostro sorprendido de Eco.

—¡Metón! ¡Papá! No os esperaba tan pronto. ¿Habéis pasado por casa? Deprisa, creo que ya ha empezado. —A lo lejos oí una voz que me resultaba claramente familiar.

Nos dirigimos al espacio abierto que hay delante del templo de la Concordia. Detrás del templo, destacaba el risco del Capitolio. A nuestra derecha estaba la Casa Senatorial y los Rostra, donde hacía muchos años Cicerón había pronunciado su discurso en defensa de Sexto Roscio Amerino. A la izquierda estaba el camino que ascendía al Monte Capitolino y al Capitolio. Precisamente habían llevado al templo de la Concordia a los prisioneros aprehendidos en el puente Mulvio, y allí también se había convocado urgentemente al Senado para debatir el asunto. Cicerón había salido del interior y se dirigía a la muchedumbre desde lo alto de la escalinata del templo. A su lado, llamativa por su deslumbrante novedad y el esplendor de su ejecución, había una

enorme y broncea estatua de Júpiter. El padre de los dioses se sentaba en su trono, musculoso y con una espesa y luenga barba, con un puñado de rayos en una mano y una esfera en la otra, y de su frente emanaban haces de luz. Junto a él, Cicerón parecía pequeño e insignificante, pero su voz era tan estruendosa como siempre.

—¡Romanos! Ser rescatados del peligro, ser salvados de las fauces de la fatalidad, ser sacados de un mar de destrucción... ¿Puede haber otra experiencia más gozosa y vivificante? ¡Habéis sido salvados, romanos! ¡Regocijaos! ¡Alabad a los dioses! Salvados, sí, pues en las entrañas de la ciudad, debajo de toda casa, templo y lugar sagrado se ha estado alimentando en secreto el fuego de la destrucción. Las llamas ardían, ¡pero nosotros las hemos apagado! Se alzaron las espadas contra el pueblo, las tuvimos contra nuestra garganta, ¡pero nosotros las apartamos de un golpe y las embotamos con nuestras manos desnudas! Esta mañana, ante el Senado, revelé toda la verdad. Ahora, queridos ciudadanos, os contaré brevemente los hechos, para que conozcáis el peligro al que valientemente nos enfrentamos y derrotamos. Os contaré cómo, en nombre de Roma y por la gracia de los dioses, detectamos, investigamos, pusimos al descubierto y atajamos ese peligro.

»En primer lugar, cuando Catilina huyó de la ciudad hace unos días, o, mejor dicho, cuando le insté a que se marchara... Sí, ya puedo decir con orgullo que fui yo quien le obligó a irse, sin temor de que me censuréis por haberlo hecho; más me preocuparía que me acusarais de haberle dejado con vida. Bien, pues cuando Catilina se fue, tuve la esperanza de que se llevara con él a todos sus aliados ¡y que nos librara de esa escoria de una vez para siempre! Pues he aquí que se quedaron no pocos de esos odiosos intrigantes con la intención de ejecutar sus criminales planes. Vuestro cónsul ha mantenido una vigilancia constante desde entonces, ciudadanos. De hecho, apenas he podido dormir, ni siquiera parpadear, sabiendo que tarde o temprano habían de salir de sus madrigueras. Y a pesar de eso me ha desconcertado la magnitud de su locura. No me creeríais si no tuviera pruebas para demostrarlo.

»Llegó a mis oídos que el pretor Publio Léntulo..., sí, ciudadanos, Léntulo "el Piernas". ¡Ahorraos las carcajadas hasta que hayáis escuchado lo peor! Que Publio Léntulo, digo, estaba intentando corromper a los enviados de los alóbroges, esperando con ello provocar una insurrección al otro lado de los Alpes. Estos enviados iban a partir ayer hacia la Galia con cartas e instrucciones acompañados por uno de los secuaces de Léntulo, Tito Volturcio, portador también de una carta para Catilina. Entonces pensé: ¡Por Hércules! ¡Por fin llega la ocasión que tanto he pedido a los dioses! De una vez por todas podremos demostrar el alcance de la degeneración de estos hombres y de su odio hacia Roma. Así que ayer llamé a dos valientes y leales pretores, Lucio Flaco y Cayo Pontino, y les expliqué la situación. Y siendo hombres de intachable patriotismo, acataron mis órdenes sin vacilar. Cuando cayó la noche, fueron en secreto al puente Mulvio, dividieron a sus hombres en dos destacamentos, apostando uno en cada orilla del Tíber, y se escondieron en las casas cercanas. A primera hora de la mañana su paciencia se vio recompensada. Los enviados de los alóbroges llegaron al puente acompañados de Volturcio y un grupo de traidores. Nuestros hombres saltaron sobre ellos. Los traidores sacaron las espadas, pero los pretores contaban con la ventaja del factor sorpresa, y cuando los alóbroges se echaron a un lado, Volturcio y sus hombres se vieron perdidos y se rindieron. Entregaron las cartas a los pretores con los sellos intactos. Volturcio y sus hombres fueron custodiados hasta mi puerta al amanecer. Inmediatamente mandé llamar a los hombres cuyos sellos estaban estampados en las cartas; entre ellos se encontraban el famoso pendenciero Cayo Cetego y también Léntulo, que llegó el último, a pesar de la reputación de sus extremidades. ¡Tal vez tenía sueño por haberse tenido que acostar tarde tras escribir cartas comprometedoras!

»Muchos de nuestros más destacados estadistas me aconsejaron esta mañana que abriera las cartas selladas yo mismo, para que, si estaba equivocado en cuanto a su contenido, me ahorrara el bochorno. Pero insistí en que debían permanecer selladas

y ser leídas ante el Senado, y si debía sentir vergüenza, que así fuera. ¡No hay nada vergonzoso en ser excesivamente celoso en la defensa de la libertad! Así que convoqué una reunión urgente del Senado aquí, en el templo de la Concordia. Recordad el significado de este templo y lo que conmemora: la armonía de los órdenes, la feliz coexistencia y cooperación de las clases, pues es todo el pueblo de Roma, plebeyos y patricios, ricos y pobres, libertos y nacidos libres por igual, el que se ha salvado este día.

»En primer lugar fue llamado Volturcio a declarar ante el Senado. Estaba tan asustado que apenas podía articular palabra. Para soltarle la lengua, le prometimos la inmunidad; al fin y al cabo no era más que un pobre mensajero, aunque bastante notorio, como vimos después. Este pobre lacayo es de Crotona, una ciudad situada en la planta del pie de Italia. ¡Sí, una pulga en la planta del pie fue suficiente para mutilar los planes de "el Piernas"!

Miré a mi alrededor. La multitud se reía, como reía siempre de los juegos de palabras de Cicerón. Se decía que ni siquiera en el Senado era incapaz de resistirse a los juegos de palabras, por malos que fueran, especialmente si contenían algún insulto para sus enemigos. Eco se reía, pero Metón no. Tenía la cara muy seria y los ojos entornados, como si reflexionara acerca de un rompecabezas más profundo y complicado que el juego de palabras de Cicerón.

—¿Y qué reveló Volturcio? Os lo diré: en primer lugar, que Léntulo le había entregado mensajes y una carta para Catilina instándole a movilizar urgentemente un ejército de esclavos para marchar sobre Roma. —En este punto, la multitud dejó de reírse y se oyeron exclamaciones de rabia y consternación. Recordé la analogía que veía Catilina con los rayos y la forma en que los utilizaba Cicerón para manipular a la muchedumbre, y me encontré, no mirando a Cicerón, sino la resplandeciente estatua de Júpiter y los crédulos rostros que me rodeaban—. Una vez dentro de la ciudad, su plan consistía en incendiar las siete colinas (cada conspirador estaba encargado de iniciar el fuego en una zona) y matar a gran número de ciudadanos. Catilina debía matar a los que huían y luego unir su ejército de esclavos a sus fuerzas leales; en la ciudad.

Una oleada de ira sacudió a la muchedumbre, tan palpable: como un viento cálido. Esclavos y fuego, las dos cosas más temidas por los romanos libres. Ambas cosas son instrumentos para su comodidad y su placer, pero cualquiera de las dos puede escapar a su control y hacer estragos. Cualquier hombre que desate esas fuerzas contra sus conciudadanos cometerá un acto de traición imperdonable y con una sola parrafada Cicerón se las había ingeniado para acusar a Catilina y sus aliados de pretender apoyar en ambas fuerzas su conspiración.

—A continuación se condujo a los alóbroges ante el Senado. Declararon que les habían obligado a hacer un juramento y les habían entregado cartas de Cetego y Léntulo, y órdenes de hacer cruzar a la caballería por los Alpes para ayudarles en su alzamiento. ¡Imaginad un ejército de esclavos, galos y bandidos marchando sobre la ciudad en llamas! Para asegurarse su alianza...

Léntulo les había dicho que los adivinos y los oráculos sibilinos habían augurado que él sería el tercer Cornelio, después de Cina y Sila, que gobernaría Roma; o lo que quedara de ella, pues también manifestó su creencia en que éste era el año previsto para la destrucción de Roma y su imperio, pues era el décimo desde la absolución de las vestales y el vigésimo desde el incendio del Capitolio. —Cicerón movió la cabeza de un lado a otro para mostrar su disgusto por tal blasfemia—. Los alóbroges también nos informaron de los desacuerdos existentes dentro de las filas de los intrigantes. Parece ser que Léntulo, tan vago como siempre, quería esperar diecisiete días para empezar su carnicería con las Saturnales, festividad en que amos y esclavos intercambian los papeles. Pero Cetego, sediento de sangre, insensible a tan delicada ironía, estaba deseando empezar la matanza de inmediato.

»Y llegó el momento de enfrentarse a estos sinvergüenzas. Se les fue llamando

uno por uno y les enseñamos las cartas que habíamos interceptado. Enseñamos a Cetego su carta y este buen hombre afirmó que el sello era suyo. Cortamos el hilo. La carta, escrita de su puño y letra, iba dirigida a los jefes de los alóbroges, y el mensaje repetía fielmente lo que os acabo de decir. Antes de eso, para comprobar la información que nos habían dado los alóbroges, yo había mandado a uno de los pretores a casa de Cetego y allí se descubrió y confiscó un gran arsenal de espadas y dagas. Cuando le pregunté por esto, Cetego me contestó sarcásticamente que era aficionado a coleccionar armas de calidad. Pero cuando se leyó su carta en voz alta y quedó al descubierto su traición, se hundió en la vergüenza y el temor y no volvió a hablar.

»El siguiente en prestar declaración fue otro de los autores de las cartas, Estatilio. Otra vez la apertura del sello, la lectura de la carta, la confesión de culpabilidad... Luego le tocó el turno a Léntulo. Se leyó su carta, que reiteraba lo que ya sabíamos, pero Léntulo se negó a entregarse y confesar como los demás. Ofrecí a este hombre (actualmente pretor y en una ocasión cónsul de Roma) la oportunidad de hablar en defensa propia. La rechazó, y en vez de eso pidió que llevaran a su presencia a Volturcio y los alóbroges para poder carearse con sus acusadores. Así se hizo y así se destruyó Léntulo, pues a medida que nuestros informadores enumeraban resueltamente las ocasiones en que se habían visto con él, empezó a derrumbarse, y cuando llegaron al asunto de los oráculos sibilinos, los que estábamos presentes fuimos testigos de lo que puede suponer para un hombre que se descubra su culpabilidad. La magnitud de su delito y la notoria irracionalidad de sus fantasías de repente cayeron sobre él y le hicieron perder el juicio, y en vez de continuar negando los alegatos, lo cual podría haber hecho fácilmente, Léntulo nos sorprendió a todos escupiendo su confesión. Lo hizo con una voz quejumbrosa que nadie le había oído antes; cuando más las necesitaba, sus famosas habilidades oratorias y su famoso sarcasmo le abandonaron por completo.

»Fue entonces cuando se llamó a Volturcio para que presentara la única carta que quedaba por abrir. Al verla, Léntulo palideció y empezó a temblar. No obstante, reconoció que la caligrafía y el sello eran suyos, aunque la carta iba sin firmar. Os la leeré. —Sin dar la espalda a la muchedumbre, Cicerón extendió una mano. Detrás de él apareció su secretario Tirón, que le puso el documento en la mano. Cicerón lo desenrolló—: "Sabrás quién soy por el hombre que te entregará esta carta. Recuerda que eres un hombre; reconsidera tu situación; da los pasos que sean necesarios. Recluta toda la ayuda que puedas, incluso entre los más bajos".

Cicerón sacudió el brazo como si el documento oliera mal y Tirón se lo quitó de la mano.

—Cartas, sellos, caligrafías, confesiones... Ciudadanos, posiblemente éstas sean las pruebas más contundentes que se puedan presentar de la culpabilidad de estos hombres. Pero más concluyente aún fue la mirada furtiva de sus ojos, la palidez de sus rostros, su silencio estupefacto y la forma de mirar al suelo, sin atreverse a levantar la vista ni a mirarse de reojo entre sí. Actuando en base a las pruebas que habíamos reunido, el Senado votó unánimemente que se arrestara a los nueve hombres que más estrechamente estaban vinculados a esta conspiración. Nueve tan sólo, a pesar del alarmante número de traidores que hay entre nosotros, porque el Senado, siempre tan clemente, cree que el castigo de estos nueve hará recapacitar a los demás. De este modo, los locos planes de Catilina han acabado en un vil fracaso. Si no hubiera tenido yo la previsión de expulsarlo de la ciudad, tal vez no se habría podido atajar la conspiración. Pues aunque ni el perezoso Léntulo ni el impetuoso Cetego representaban un peligro real, porque los vigilaba día y noche, Catilina es otra cuestión. Su destreza para manejar los corazones de los hombres, su atención personal a cada detalle de sus gigantescos planes, su astucia, su gran fuerza y resistencia física le convirtieron en el más formidable enemigo de Roma mientras estuvo entre nosotros. ¡Catilina jamás hubiera cometido el estúpido error de mandar cartas comprometedoras

con su propio sello! Si se hubiera quedado, aun cuando yo hubiese vigilado sus pasos y me hubiese opuesto a sus designios, habríamos tenido que librar una cruenta batalla con nuestras manos, una lucha a muerte. —Cicerón hizo una pausa. Juntó las manos e inclinó la cabeza un instante, y luego, inspirando profundamente, levantó los ojos a la estatua de Júpiter y se acercó a ella—. Ciudadanos, en la dirección de estos asuntos he sentido con gran fuerza que a cada paso que daba me guiaba la voluntad de los dioses inmortales. Tal conclusión es evidente, pues la iniciativa humana por sí sola no puede atribuirse el mérito de manejar estas cuestiones y llevarlas a buen fin. De hecho, a lo largo de estos oscuros días, los dioses me han dado a conocer sus deseos con tanta insistencia que finalmente se han hecho visibles ante todos. Ya se han difundido rumores de sus portentos, por lo que no es necesario que mencione todas sus manifestaciones: las llamas que hemos visto por la noche en el cielo, los temblores de tierra, esas extrañas luces. Mediante esas señales los dioses predijeron el resultado de esta lucha. Hay un hecho tan sorprendente que no puedo pasarlo por alto.

»Trasladaos a la Roma de hace dos años, al consulado de Cota y Torcuato. Ese año el Capitolio fue azotado por extraños rayos y truenos que sacudieron las imágenes de los dioses en sus pedestales, derribaron las estatuas de nuestros antepasados y fundieron las bronceas tablas de la ley. Hasta la imagen de nuestro fundador Rómulo resultó dañada, esa estatua bañada en oro en que aparece mamando de la loba. Los adivinos de toda Etruria se reunieron y profetizaron muerte e intrigas, el derrocamiento de la ley, guerra civil y el final de Roma y su imperio... a menos que se pudiera convencer a los dioses de que alterarían el destino. Dadas estas terribles advertencias, se celebraron juegos ceremoniales durante diez días consecutivos y no quedó por hacer nada que pudiera servir para aplacar la ira de los dioses.

»Los augures ordenaron que se hiciera una nueva estatua de Júpiter y que se colocara en un lugar elevado de cara al este y mirando al Foro y al Senado. Con la imagen del padre de los dioses contemplando nuestras actividades mortales, saldría a la luz cualquier amenaza seria contra Roma y se manifestaría al Senado y al pueblo. Y así, poco a poco, se fue construyendo esta enorme y magnífica estatua que acaba de completarse ahora y que no ha estado lista para instalarse en este lugar encumbrado a la entrada del templo de la Concordia hasta el día de hoy. No hay hombre tan ciego que no pueda ver que todo el universo, y especialmente esta ciudad elegida, se halla gobernado por el deseo y la majestad de los dioses. Hace dos años, los que interpretan los mensajes de los dioses nos advirtieron que tratáramos de impedir la catástrofe y el caos que se avecinaban. No todos creyeron en esos signos, pero la sabiduría prevaleció y se apaciguó la ira de los dioses. Ahora ha llegado el momento crítico (¿quién se atrevería a llamarlo coincidencia?) ¡y la estatua de Júpiter está lista! Tan puntual es la benigna intervención del gran Júpiter que en el mismo instante en que los conspiradores eran conducidos a través del Foro hacia el templo de la Concordia, los ingenieros estaban acabando la instalación de la estatua. Y ahora, con la temible mirada de Júpiter sobre nosotros, ha salido a la luz brillante e intensa del día este compló contra vuestra seguridad y la mismísima supervivencia de Roma. Más intenso, pues, debería ser el castigo y el odio para estos hombres que se han atrevido a encender las llamas de la destrucción no sólo en vuestros hogares, sino también en las moradas sagradas de los dioses. Me sentiría orgulloso de poder decir que la captura y arresto de estos malvados se debe a mí, pero no es así. Fue Júpiter quien los detuvo. Júpiter, deseoso de salvar el Capitolio, los templos, la ciudad y a todos vosotros. Yo sólo he sido su instrumento. El Senado ha decretado que se haga una ofrenda a los dioses. El decreto se aprobó en mi nombre (la primera vez que tal honor recae sobre un civil), y dice: "... porque salvó a la ciudad de las llamas, a los ciudadanos de la matanza y a Italia de la guerra". Sí, ciudadanos, alzad vuestras voces para dar gracias, pero no a mí; elevad vuestras ardientes alabanzas al padre salvador, al destructor de los enemigos de Roma. ¡A Júpiter todopoderoso!

Cicerón levantó los brazos hacia la fulgurante estatua y retrocedió. La multitud estalló en vítores, de manera tan repentina que al principio me pregunté si Cicerón no habría apostado estratégicamente a sus partidarios entre la muchedumbre. Pero la ovación era demasiado general y espontánea para ser falsa. Además, ¿por qué no? No era a Cicerón, simple instrumento, a quien aclamaban, sino al padre de los dioses, cuyos ojos nos miraban desde debajo de su solemne frente. De todos modos, cuando desapareció entre las sombras, Cicerón esbozaba una sonrisa de absoluto triunfo, como si la aclamación fuera exclusivamente para él.

Capítulo Treinta y seis

—**E**sto es el fin de Catilina —dijo Eco esa noche,, recostándose en su triclinio. Habíamos acabado de cenar y sobre la mesa sólo quedaba un jarro de vino aguado. Diana se quedó dormida en seguida y Bethesda y Menenia se habían retirado a otra habitación—. Hasta hoy —prosiguió Eco—nadie en Roma sabía a ciencia cierta cómo iba a acabar todo. Se respiraba un ambiente enrarecido en las calles, se sentía la rabia, el resentimiento, la inquietud, el anhelo de un cambio a cualquier precio. Era como si la gente esperara que se abriera el cielo y apareciese un nuevo panteón de dioses mirándonos desde lo alto.

—¿A eso te referías en tu carta cuando me decías que podrías hablar con más sinceridad cara a cara? —le pregunté.

—Bueno, no podía expresar esas ideas en una carta. ¡Mira lo que ha sido de Léntulo y Cetego por poner por escrito sus pensamientos! No es que simpatice con ellos, pero todo el mundo debe andar con cuidado estos días; hay que saber con quién se habla, qué se dice...

—Los ojos y los oídos del cónsul están en todas partes —dije.

—Exactamente.

—Hasta sus ojos se vigilan entre sí.

—Cierto.

—¡Entonces es una lástima que todos esos bisojos espías ciceronianos no hayan tropezado con sus propios pies! —exclamó súbitamente Metón, con una vehemencia que nos dejó estupefactos. Había estado sentado en su triclinio bebiendo vino con agua y escuchando nuestra conversación sin soltar palabra.

Eco, desconcertado, miró a su hermano.

—¿Qué quieres decir, Metón?

—Quiero decir... No estoy seguro de lo que quiero decir, pero el discurso de Cicerón me pareció deleznable. —Su voz contenía la ferviente pasión de los que son muy jóvenes y están muy enfadados—. ¿Crees que había una sola palabra de verdad en lo que dijo?

—Por supuesto que sí —contestó Eco. Mientras, yo escuchaba en silencio—. ¿No creerás que Cicerón falsificó esas cartas?

—No, pero ¿quién urdió el plan en un primer momento?

—¿Qué plan?

—Que los conspiradores, para mayor descrédito suyo, pactaran con los alóbroges.

—Supongo que la idea partió de Léntulo o de cualquiera de los otros...

—¿Y por qué no de Cicerón? —preguntó Metón.

—Pero...

—Escuché una conversación en el Foro cuando acabó el discurso y la muchedumbre se estaba dispersando. Parece que los alóbroges están descontentos con el gobierno romano y que no les falta razón. Los funcionarios romanos de la Galia son corruptos y avaros, como los funcionarios romanos que hay en todas partes. Por eso vinieron a Roma los enviados, a pedir una solución al Senado.

—Exacto —admitió Eco—. Y enterado de su descontento, Léntulo pensó que era la ocasión propicia de incitarlos a la revuelta.

—¿O fue Cicerón quien aprovechó la ocasión para utilizarlos y que sirvieran a sus fines personales? ¿Es que no lo ves, Eco? Tan probable es que fueran los alóbroges quienes, a petición de Cicerón, se acercaran a los seguidores de Catilina como al contrario. En su discurso de hoy dijo que buscaba desesperadamente la forma de desenmascarar a sus enemigos, de descubrir su complot. ¡Tanto como para tramar él solo todo este montaje! A Léntulo y Cetego les tendieron una trampa y se tragarón el

anzuelo como necios. Ahora Cicerón los tiene en su red y ya no los soltará.

Eco se reclinó pensativo.

—¿Eso dijeron los hombres del Foro?

—No en voz alta, claro, pero tengo buen oído. —Debo admitir que tiene sentido, pero es una locura.

—¿Por qué? Todos sabemos que Cicerón prefiere operar en secreto, a base de estratagemas y engaños. ¿Crees que no es capaz de montar todo ese espectáculo teatral? Es tan sencillo, tan evidente... Los alóbroges vienen a exponer sus quejas y el Senado no les hace caso. Cicerón es el hombre más poderoso de Roma, el único que puede darles lo que piden. Les hace promesas, pero a cambio ellos deben actuar como agentes suyos. Así que se acercan a Léntulo y Cetego fingiendo que buscan una alianza con ellos. Sin Catilina como guía, Léntulo, Cetego y todos sus seguidores no saben ir a ninguna parte, así que aceptan inmediatamente la oferta. Pero los alóbroges piden que el acuerdo se ponga por escrito (sólo eso satisfará a Cicerón) y los aliados de Catilina, torpemente, acceden. Los enviados fingen partir de vuelta a su patria y, siguiendo órdenes de Cicerón, aparecen dos pretores que montan una dramática emboscada falsa en el puente Mulvio.

—¿Por qué «falsa»? —preguntó Eco.

—Porque, aunque los pretores creyeron que la emboscada era real, los hombres a los que supuestamente debían atrapar les estaban esperando y no opusieron resistencia. ¿Por qué? Porque el soplón Volturcio, que acompañaba a los alóbroges, forma parte de la red de agentes de Cicerón.

—¿También dijeron eso en el Foro?

—No —contestó Metón, con una sonrisa que suavizaba su colérico rostro—. El papel de Volturcio es idea mía.

—Pero tal vez tengas razón —dije, incorporándome en mi triclinio y uniéndome a la conversación—. Sabemos que los espías de Cicerón están por todas partes.

—Incluso en esta habitación —dijo Metón, con una voz tan baja que apenas pude oírle.

—Aun así —dijo Eco cabeceando—, aunque lo que dices sea cierto y Cicerón tendiera la trampa a los conspiradores, no tenían por qué haber caído en ella. Se aliaron con extranjeros y conspiraron contra Roma.

—Sí —dije— y Metón tiene razón cuando les llama necios por haberlo hecho. El pueblo romano podría perdonar una conjura interna para derrocar al Estado, pero un complot con extranjeros es imperdonable. Eso les convierte en traidores. Creo que tienes razón, Eco, cuando dices que Catilina nunca se recuperará de este golpe. En realidad, no es extraño que Cicerón diera las gracias a los dioses al finalizar su discurso. Ni el mismo Júpiter podía haber ideado una estratagema más infalible para desprestigiar a Catilina y a sus seguidores.

Metón se tapó las orejas.

—¡Por favor, papá, no menciones a los dioses! Sabes lo que opina realmente el cónsul de la religión, sabes que ante sus amigos intelectuales alardea de escepticismo. Dice que son tonterías y supersticiones. Pero cuando se dirige al pueblo en el Foro, es tan devoto como un sacerdote y se llama a sí mismo instrumento de los designios de Júpiter. ¡Qué hipócrita! ¿Podéis creer que esa estupidez sobre la estatua de Júpiter sea una profecía? ¿No creéis que es más probable que Cicerón eligiera el día de la emboscada ficticia contra los alóbroges para la instalación de la estatua, explotando así la supuesta coincidencia? Eso demuestra, más que ninguna otra cosa, que ha estado maquinando e ideando todo el asunto y lo ha llevado adelante como mejor le ha parecido.

Eco abrió la boca para decir algo, pero Metón siguió hablando.

—¿Y sabéis otra cosa? Ni siquiera estoy seguro de que Léntulo y Cetego planearan incendiar la ciudad. ¿Qué evidencia tenemos de eso, salvo la palabra de

Volturcio, el informador de Cicerón? Quizá Léntulo y Cetego fueran lo bastante necios para tramar tal compló, o tal vez Cicerón inventara la parte del incendio para añadir más dramatismo al asunto y asustar a la gente, del mismo modo que inventó esas historias de que Catilina quería encabezar una rebelión de esclavos. Nada atemoriza más al pueblo que esas dos cosas, el fuego y los esclavos cuando actúan sin control. Los ricos temen la venganza de los esclavos y los pobres temen al fuego, que puede acabar en un instante con lo poco que poseen. Hasta los más pobres, que miran a Catilina como a su salvador, darían la espalda a cualquier hombre que tramara un incendio premeditado.

—¡Rayos descargados contra la multitud! —murmuré.

—¿Qué has dicho, papá? —preguntó Eco.

—Una idea que tomé de Catilina. Vírgenes vestales y libertinaje sexual; incendios premeditados, anarquía, rebeliones de esclavos, conspiraciones con aliados extranjeros, los designios de Júpiter... Parece que Cicerón ha convertido en ciencia el arte de jugar con las palabras y las frases para manipular a la gente.

—Y no olvides su vigilancia —dijo Metón. Se puso en pie y dejó su copa. Le temblaban las manos—. Al menos puedo decir algo que ninguno de los que están en esta sala puede decir: jamás he sido espía del cónsul. —Y con esta brusca afirmación, nos dio la espalda y dejó la estancia.

Eco se le quedó mirando.

—Papá, ¿qué demonios le ha ocurrido a mi hermano pequeño?

—Supongo que se ha convertido en hombre.

—No, me refiero a...

—Sé a lo que te refieres. Desde que se puso la toga viril, se ha ido volviendo en lo que acabas de ver ahora.

—Pero esas ideas locas y ese odio ciego hacia Cicerón, ¿de dónde le vienen?

Me encogí de hombros.

—Catilina ha dormido varias veces bajo mi techo. Tal vez Metón haya mantenido alguna conversación privada con él en mi ausencia. Ya conoces el impacto que produce Catilina en los jóvenes.

—Pero esas ideas son peligrosas. Divagar en la granja es una cosa, pero aquí, en la ciudad, espero que sepa mantener la boca cerrada, al menos en público. Creo que deberías hablar con él.

—¿Por qué? A mí me parece que todo lo que dice tiene sentido.

—Sí, pero ¿no te preocupa?

—Supongo que sí. Pero al salir ahora de la habitación, más que preocupado me he sentido orgulloso de él, ésa es la verdad, y un poco avergonzado de mí mismo.

Hay momentos en el teatro en que los personajes y los hechos del escenario se hacen más reales que la realidad misma. No hablo de las obscenas comedias romanas, aunque a veces hasta en ellas se da el fenómeno del que estoy hablando. Me refiero más bien a las sublimes tragedias griegas. Uno sabe que tras las máscaras están los actores y también sabe que recitan de memoria, y sin embargo, cuando Edipo enceguece, se siente una angustia más vívida que el mero dolor físico, y un terror que parece surgir de las cavernas más profundas del alma. Se ve a los dioses en el cielo y uno sabe que son actores suspendidos en el aire, atados con cuerdas, pero experimenta un temor reverente que trasciende todo razonamiento.

Los días siguientes al discurso de Cicerón estuvieron teñidos de esa misma sensación apremiante de irrealidad. Había algo grandioso y dramático, y a la vez sucio y absurdo, en torno al inevitable destino que esperaba a los hombres que habían caído en poder de Cicerón. Finalmente, no fue el cónsul quien decidió su suerte, sino el Senado. Si este augusto cuerpo actuó legalmente o no, es una incógnita que creo que no resolveré en lo que me queda de vida.

Las leyes romanas no confieren a los cónsules ni al Senado el derecho de condenar a muerte a un hombre; ese derecho está reservado para los tribunales y la Asamblea del Pueblo. Pero dado que los tribunales siguen lentos y complejos procedimientos, y que la Asamblea es peligrosamente tornadiza, en caso de emergencia no se recurre a ninguna de las dos instituciones. Podría argumentarse que el Decreto de Emergencia, que confería poderes extraordinarios a los cónsules, vencía todas las limitaciones e incluía la pena capital para los enemigos de Roma. Aun así, ¿era lícito, legal y justo matar a hombres que estaban presos, que habían entregado sus armas y se habían puesto bajo arresto, y que por lo tanto no suponían ninguna amenaza inminente para nadie? Éstos fueron algunos de los temas que tuvieron ocupado al Senado los dos días siguientes.

Siendo como soy enemigo ardiente de la política, debería haber dejado la ciudad en seguida, pero no lo hice. Sencillamente, no pude. Como cualquier otro ciudadano, vi pasar las horas nervioso e inquieto, sintiendo el temor de que algo horrible acechaba a la ciudad y sus habitantes. Todo el mundo lo sentía, al margen de su filiación política, su opinión sobre Cicerón o su creencia en la bondad o maldad de los hombres encarcelados. El temor era como un dolor que se había fijado en todas las articulaciones del cuerpo político, una fiebre que pudría la conciencia colectiva. Todos queríamos librarnos del mal. También temíamos que nuestros médicos senatoriales recurrieran a algún remedio drástico que no sólo acabara con la fiebre, sino también con el paciente.

Al día siguiente del discurso de Cicerón, toda la ciudad hablaba en voz baja. Los ojos de todo el mundo estaban puestos en el templo de Concordia, donde el Senado seguía reunido. El rumor de que uno de los seguidores de Catilina había implicado a Craso en la conjuración sembró el pánico entre los comerciantes del Foro. La gente se preguntaba qué ocurriría si arrestaban a Craso y su fortuna quedaba inmovilizada o confiscada; algunos decían que Craso jamás permitiría que ocurriera algo así y que preferiría unirse a Catilina y desatar una guerra civil. En realidad, lo ocurrido era que un tal Lucio Tarquino se había presentado ante el Senado diciendo que Craso le había ordenado ir a la Galia para comunicar a Catilina la noticia de los arrestos, y para aconsejarle marchar sobre Roma sin más dilación. Tras la inicial confusión, la reacción de los senadores fue abuchear al hombre. Aun cuando lo que decía hubiera sido cierto, nadie tenía interés en involucrar a Craso en el asunto en tanto siguiera siendo, oficialmente, leal al Senado. Después de un breve debate, los senadores presentes dieron un voto de confianza a su más acaudalado miembro. También se decidió que Lucio Tarquino no volviera a declarar hasta que estuviera dispuesto a revelar quién le había sobornado para prestar falso testimonio contra un hombre de tan incuestionable patriotismo como Marco Craso. Algunos pensaban que Tarquino había decidido implicar a Craso para suavizar el castigo de los que ya estaban bajo arresto, pues si Craso había de correr su misma suerte, el Senado seguramente se mostraría indulgente. Había quien creía que Tarquino había sido enviado por Cicerón con el fin de silenciar a Craso y evitar que interviniera en el debate. No obstante, Lucio Tarquino permaneció fiel a su versión original y, al no poder seguir declarando, quedó definitivamente amordazado. No se volvió a tocar el asunto de la lealtad de Craso, pero también es cierto que éste apenas tomó parte activa en el debate concerniente al destino de los reos.

También César estuvo bajo sospecha. ¿Le habrían implicado también Volturcio y los alóbroges? ¿Habrían sido rechazados esos cargos por el Senado y evitados por Cicerón en su discurso porque no deseaba enfrentarse a César? ¿O acaso estas afirmaciones no eran más que rumores puestos en circulación por los enemigos de César? Fuera cual fuese la verdad, se difundieron ampliamente los rumores contra César. Tal era la tensión que se vivía en esos días que cuando esa tarde salió César del templo de la Concordia, los hombres armados que protegían el edificio (todos de la

clase de los équitos y partidarios de Cicerón) empezaron a proferir amenazas y a blandir sus espadas ante él. Según cuentan los que estaban allí, César mantuvo intacta su dignidad y, una vez que se hubo liberado del cordón de hombres airados, comentó sarcásticamente: «Qué rabiosos están estos perros. ¿Es que su amo no les da de comer últimamente?».

Ese día, los senadores, tras un breve debate y una votación, declararon culpables a los conspiradores presos. Si ese debate constituyó o no un juicio legal fue una cuestión que cobraría mucha importancia en los años que siguieron. Los senadores también votaron a favor de entregar sustanciosas recompensas a los alóbroges y a Volturcio.

En tiendas, tabernas y plazas se hablaba de los detalles de la insurrección que supuestamente se había planeado para hacerla coincidir con las Saturnales. Todo estaba dispuesto para matar a todo el Senado y el mayor número posible de ciudadanos en una escabechina indiscriminada; sólo se salvarían los hijos de Pompeyo para utilizarlos como rehenes y mantener a raya al gran general. Había cien hombres preparados para incendiar la ciudad y derribar los acueductos con el fin de que fuera imposible atajar el fuego; todo el que llevara agua para apagar las llamas sería muerto en el acto. ¿Cuáles de estos datos eran auténticos y cuáles pura fantasía? Imposible decirlo, pues en cuanto se ponía en circulación un rumor, aparecía otro que lo contradecía. Un platero me dijo que había visto con sus propios ojos el arsenal de espadas nuevas y material incendiario que se había encontrado en casa de Cetego, y que su servidumbre la formaba un feroz grupo de gladiadores entrenados. Un poco más allá, y un poco después, un vinatero que afirmaba haber visto a Cetego sólo dos días antes de su arresto decía que las únicas armas que había en su casa era una colección de inofensivos objetos ceremoniales, herencia de familia; que sólo tenía un puñado de guardaespaldas (como todo senador) y que en su casa no había más leña y azufre que en cualquier otra.

Rumores recientes decían que Léntulo, Cetego y los demás estaban pensando escapar. Se les había puesto bajo arresto domiciliario en casa de varios senadores, pero se decía que los libertos de Léntulo recorrían las calles incitando a trabajadores y esclavos a amotinarse para liberar a su amo, y que el supuesto ejército de gladiadores de Cetego estaban intentado unir sus fuerzas con los delincuentes contratados en la ciudad para asaltar la casa en la que se custodiaba a su patrón. En consecuencia, el cónsul envió más miembros de la guarnición a rodear las nueve casas en que estaban arrestados los acusados. La presencia de tantos hombres armados en las calles generaba a su vez más rumores.

Al anochecer, Cicerón abandonó su casa del Monte Palatino por razones que no tenían nada que ver con la crisis. Era la noche del rito anual de la buena diosa Fauna, una ceremonia estatal que generalmente presidía la esposa del cónsul y que era atendida por las vestales. Dado que se excluía a los hombres del ritual, Cicerón pasó la noche en casa de su hermano Quinto. Entre las vestales que oficiaron en la ceremonia estaba Fabia, cuñada de Cicerón, que había sido juzgada y absuelta, hacía diez años, de haber tenido comercio carnal con Catilina. Según Bethesda, el principal tema de cotilleo entre las mujeres romanas giraba en torno a lo que Fabia debía de estar sintiendo en una noche así. Yo sentía más curiosidad por la esposa de Cicerón, Terencia. Tuviera o no más fe en Fauna que su marido en Júpiter, lo cierto es que era tan sensible como él a los mensajes divinos. Cuando creyeron que la llama encendida en honor de la diosa se había apagado y luego resurgió de pronto, Terencia mandó recado a su esposo diciéndole que Fauna le había comunicado, a través de una señal, que no tuviera la menor compasión con los enemigos de Roma.

Las nonas de diciembre amanecieron frías pero soleadas. Una comitiva de hombres armados se congregó ante el templo de la Concordia. Los senadores fueron

llegando de uno en uno, dejando a sus séquitos en el Foro, donde empezaba a concentrarse la muchedumbre. Subían por la escalinata bajo la mirada grave de Júpiter y desaparecían en el interior del templo para decidir el destino de los conspiradores. Fue notoria la ausencia de Craso, como la de muchos otros senadores del partido populista, pero asistió César, que se abrió camino por el Foro acompañado de muchos seguidores.

Mientras el Senado se hallaba reunido, la muchedumbre, nerviosa, esperaba el resultado en el Foro. Los hombres especulaban sobre el debate que se estaba celebrando dentro y circulaban rumores sin fundamento, como que Léntulo se había escapado, que a Cetego lo habían estrangulado por la noche, que Craso se había suicidado, que Catilina y un ejército enorme estaban cruzando el puente Mulvio, que había zonas de la ciudad en plena rebelión, que a César lo habían atacado y asesinado en el interior del templo de la Concordia. Este último cotilleo provocó todo un revuelo entre los partidarios de César, que intentaron tomar por asalto el templo y sólo se calmaron cuando el mismo César apareció en lo alto de las escaleras sano y salvo.

Me habría gustado que Rufo nos colara dentro, como había hecho el día del cumpleaños de Metón, para poder oír lo que allí se decía. No obstante, no pudo ser y tuve que enterarme después de lo ocurrido por boca de Rufo, pero también por la lectura de las intervenciones. Cicerón, con su obsesión por la vigilancia continua que había proclamado en su primer discurso contra Catilina —«Ojalá todos los hombres llevaran escritas en su frente sus opiniones políticas para que todos pudiéramos verlas»—, había colocado literalmente un ejército de secretarios entre los senadores para que transcribieran el debate íntegramente, algo que jamás se había hecho antes. Estos secretarios habían aprendido del propio Tirón el método llamado «taquigráfico», mediante el cual se escriben palabras y frases empleando un solo signo. Con este nuevo invento se podía transcribir cada palabra y así los sentimientos de todos los senadores pasarían a engrosar los archivos de Cicerón.

El cónsul Silano abrió el debate condenando ferozmente a los que habrían podido hundir Roma en las ruinas de la guerra civil. Evocó imágenes de niños descuartizados ante los ojos de sus padres horrorizados, de esposas violadas delante de sus maridos castrados, de niños y niñas brutalmente raptados, de templos profanados, hogares reducidos a cenizas. Ningún castigo podrá satisfacer a los dioses, dijo, salvo «la pena máxima».

Los siguientes oradores estuvieron de acuerdo y parecía que quisieran superar al anterior con sus expresiones de ultraje, hasta que César se opuso a la propuesta señalando que el derecho romano permite a un ciudadano convicto desterrarse para evitar la ejecución. No defendía que los culpables merecieran vivir, sino que había que ceñirse escrupulosamente a la ley por respeto a la tradición.

—Tened en cuenta el precedente que vais a sentar, pues todos los malos precedentes se originan en medidas que son buenas en sí. Impondría un castigo extraordinario a hombres culpables que sin duda lo merecen. Pero ¿qué ocurre cuando el poder pasa a manos de hombres menos honrados que vosotros y que desean castigar con la muerte a hombres que no la merecen? Dirán que siguen vuestro ejemplo y nadie podrá detenerlos. —Así fue como César, a quien muchos consideraban relacionado con los conspiradores, pidió clemencia para los acusados sin intervenir realmente en su defensa. En lugar de ejecutarlos, propuso que se confiscaran sus propiedades y se les desterrara a alguna ciudad lejana donde estuvieran vigilados hasta que Catilina fuera derrotado definitivamente en la contienda o se superara la crisis de algún otro modo.

Cicerón se opuso a esta propuesta, aduciendo que el único período de encarcelamiento justo para aquellos hombres sería la cadena perpetua, de lo cual no había precedentes, y que las leyes que protegen la vida de los ciudadanos no eran del caso, «pues a un hombre que se convierte en enemigo público ya no se le puede tratar

como a un ciudadano».

No obstante, tan convincente fue César que el mismo Silano se mostró ambiguo, diciendo que nunca había sido su intención votar a favor de la pena de muerte para los prisioneros, pues en el caso de senadores romanos como Léntulo y Cetego la «pena máxima» era la prisión. Esta justificación provocó las risas y gritos de burla de los senadores.

Hubo más intervenciones y, al parecer, desde el primer momento los presentes se hallaban claramente divididos entre partidarios del destierro y partidarios de la ejecución. Tiberio Nerón arrancó gritos de aprobación cuando dijo que no se debía optar por una sentencia tan drástica como la muerte en un momento de tanta tensión, y que lo mejor era seguir el consejo de César. No debería hacerse nada sin un juicio estrictamente legal, dijo, y tampoco se podía emitir ningún veredicto válido hasta que Catilina hubiera sido desterrado definitivamente o derrotado en el campo de batalla.

En ese momento Marco Catón pidió la palabra para hablar. Aunque las transcripciones no lo recogen, es fácil imaginar la protesta general de la asamblea. Marco Catón se consideraba a sí mismo la conciencia del Senado, advirtiendo constantemente a sus colegas que respetaran los rígidos principios morales que él había heredado de su famoso bisabuelo.

—En más de una ocasión me he dirigido a esta asamblea —dijo— y más de una vez he reprochado a mis conciudadanos su debilidad de carácter, su laxitud, su indolencia y su codicia. Al hacerlo me he creado muchos enemigos, pero como jamás he justificado mis errores, no encuentro razón para excusar los de los demás. Todos conocéis mis sentimientos; os los he comunicado muchas veces y veo que incluso ahora ponéis *los* ojosen blanco sólo de pensar que tenéis que volver a escucharme. A los hombres no les gusta que les digan que han perdido las virtudes de sus antepasados, sobre todo cuando es cierto. Vuestros antecesores construyeron este imperio con mucho esfuerzo, gobierno limpio en el extranjero e integridad en esta cámara. Hoy en día, acumuláis enormes riquezas personales mientras el Estado se encuentra en la bancarrota. Cargos honoríficos que sólo debieran concederse por méritos se venden a intrigantes ambiciosos.

En vuestras vidas privadas sois esclavos del placer y aquí en el Senado no sois más que instrumentos del dinero y las influencias. ¿El resultado? ¡Cuando la República está en peligro no hay nadie que salga en su defensa! ¡Todos permanecéis al margen, aterrorizados, confusos y esperando que alguien haga algo!

»A lo largo de los años habéis hecho poco caso de mis reprensiones. Me habéis ignorado y os habéis aferrado a vuestra vida atolondrada. Afortunadamente, gracias a la firme base que sentaron nuestros antecesores, el Estado ha soportado vuestra ineptitud e incluso ha prosperado. Ahora, sin embargo, no se trata de una cuestión de moralidad ni de si debemos dilatar o enriquecer más el imperio. Ahora la cuestión es si nuestro imperio seguirá siendo nuestro o si se lo vamos a entregar a nuestros enemigos. En un momento crítico como éste, ¿qué loco se atreve a hablarme de clemencia y compasión?

»Hace ya mucho que dejamos de llamar a las cosas por su nombre. Regalar las posesiones de otro se llama ahora generosidad; las ideas sediciosas se llaman innovaciones; la osadía criminal se aplaude por valerosa; ¡no me extraña que hayamos llegado a este extremo! Muy bien, seamos liberales a expensas de los que pagan impuestos y clementes con los que saquean las arcas. Pero ¿debemos entregar nuestra alma a los que quieren matarnos? ¿Debemos perdonar la vida a unos criminales que lo único que esperan es otra oportunidad para acabar con los hombres buenos y honrados?

»Se nos aconseja que nos serenemos, que esperemos a ver las cosas desde una perspectiva más clara mientras contemplamos las fauces del abismo. Nos instan a respetar el texto de la ley, a esperar un juicio formal, a dar a los intrigantes la opción del

destierro mientras preparan el fuego que hará arder nuestras casas. Otros crímenes se pueden castigar después de haberse cometido, pero no éste. Dejad que los traidores se salgan con la suya y ya podéis olvidaros de ceñiros a la ley. Cuando se toma una ciudad, los habitantes derrotados lo pierden todo. ¡Todo!

»Si no os mueve el patriotismo, al menos hacedlo en defensa de vuestros intereses personales. Permitidme que me dirija a aquellos a quienes siempre han preocupado más sus lujosísimas villas, sus obras de arte y la plata que el bien del país. ¡En el nombre de Júpiter, hombres, si queréis conservar esas preciosas posesiones que tanto significan para vosotros, despertad mientras estéis a tiempo y poned vuestros brazos al servicio de la Re pública! Aquí no estamos hablando de malversación de fondos o de errores cometidos con los pueblos dominados. ¡Aquí y ahora son nuestras vidas las que están en juego!

»Podemos reaccionar ante esta crisis con fuerza o con debilidad. Mostrar debilidad sería el camino más peligroso, pues cualquier compasión que se dispense a Léntulo y los otros prisioneros será una señal clara para Catilina y su ejército. Cuanto más severo sea vuestro veredicto, tanto más pondrá a prueba su valor. Mostrad debilidad y saltarán sobre vosotros como una jauría de perros rabiosos. Cuando eso ocurra, olvidaos de invocar a los dioses implorando clemencia. ¡Los dioses sólo ayudan a los que se ayudan a sí mismos!

»¿Destierro? ¿Prisión? ¡Qué medidas tan absurdas! Estos hombres deben ser tratados como si hubieran sido atrapados en la comisión de los delitos que planeaban. Si vierais a un hombre que está prendiendo fuego a vuestra casa, ¿os apartaríais para que la casa empezara a arder o directamente le daríais un golpe? En cuanto al senador que defiende un castigo menos severo, bueno, tal vez tenga menos razones que los demás para temer a los conspiradores.

Era una clara alusión a César, los partidarios del cual abuchearon y silbaron el comentario final de Catón. El propio César se puso en pie e inició con Catón un acalorado debate sobre el valor de su propuesta. No se dijo nada nuevo y no se volvieron a cambiar más insultos hasta que, mientras hablaba Catón, César recibió una carta que le entregó uno de sus secretarios. La leyó, absorto, y se la llevó al pecho como si contuviera un gran secreto. Catón, creyendo que era una nota de alguien involucrado en la conspiración, dejó de hablar y exigió que César leyera la carta en voz alta. César puso objeciones, pero Catón insistió con tal vehemencia que finalmente César entregó el pergamino a su secretario y éste se lo entregó a Catón.

—Léelo tú mismo. En voz alta, si te atreves.

Catón arrancó la carta de las manos del secretario, la sujetó en alto y la ojeó a toda prisa. Mientras todo el Senado le miraba, se ruborizó hasta ponerse del mismo color que la raya púrpura de su toga. Se dice que César apenas sonrió mientras Catón, escupiendo rabia, arrugó el pergamino en la mano y se lo tiró a César gritando:

—¡Quédatela, sucio borracho!

En medio de un interesante debate sobre la vida y la muerte y el futuro de la República, César había recibido una lasciva carta de amor de la hermanastra de Catón, la frívola Servilia, causa perenne de vergüenza para los grandes moralistas. ¿Había preparado César esta escena para alterar a su oponente en mitad del debate? ¿O acaso Servilia, retenida en su casa del Monte Palatino y totalmente ajena a la crisis que había paralizado a toda la ciudad, había pensado solicitar esa tarde las atenciones de César? Ni el más estafalario comediante se habría atrevido a componer una escena tan esperpéntica.

Al final fue Catón quien salió triunfante, a pesar de lo perturbado que debía de estar. El Senado votó solicitando la pena capital para cinco de los nueve prisioneros, entre ellos los senadores Léntulo y Cetego, dos équitos, Lucio Estatilio y Publio Gabinio Capitón, y un ciudadano común, Marco Cepario.

Los senadores temían que al caer la noche alguien intentara liberar a los prisioneros, por lo que no se perdió tiempo en la ejecución de la sentencia. Mientras los pretores iban a buscar a los otros, el mismo Cicerón, rodeado de numerosos senadores y una escolta armada, fue a buscar a Léntulo a la casa del Palatino en que permanecía bajo arresto. Los senadores formaron un cordón móvil en torno al antiguo cónsul y a Cicerón. Yo estaba entre la multitud, conteniendo el aliento, escuchando los latidos de mi corazón, atento a los primeros indicios de amotinamiento. Pero la muchedumbre estaba apaciguada y sólo se oía un monótono y ronco murmullo, como el pulso del mar. Nunca he visto en el Foro tanta gente subyugada. Miré a los hombres que había a mi alrededor y en sus rostros vi ese temor que se apodera del ser humano al presenciar un espectáculo terrible. El solemne ritual de la muerte los tenía absortos. Pensé de nuevo en el teatro, con su extraño poder para apartar a los hombres de la realidad y, no obstante, enfrentarlos a algo que les desborda. El Senado de Roma estaba cumpliendo su voluntad y no había poder en el mundo que pudiera impedirlo.

Eco y Metón estaban conmigo. Metón insistió en acercarse a ver el desfile. Más allá de los escudos y las espadas que la guardia tenía en alto, a través de un pequeño claro en el mar de togas ribeteadas de púrpura, divisé a Cicerón. Llevaba un brazo caído y el otro en el pecho sujetando el dobladillo de la toga, la barbilla bien alta y la mirada al frente.

A su lado caminaba un hombre de más edad, con el atuendo senatorial, cuyos andares y expresión eran exactamente iguales. A Léntulo no le quedaba ni rastro del sarcasmo irascible que le había hecho ganarse el apodo, pero tampoco iba con la cabeza gacha de vergüenza ni temblaba de miedo. Si no hubiese sabido quién era el cónsul y quién el prisionero, no habría podido distinguirlos. Léntulo giró la cabeza y miró en mi dirección. Alcancé a verle los ojos y supe que era un hombre que se acercaba a su fin.

Junto al templo de la Concordia, insertada en la misma piedra dura del Monte Capitolino, está la antigua prisión de Roma. Se construyó en los tiempos de la monarquía como lugar destinado a sus enemigos. Cuando Roma se convirtió en república, la prisión se utilizó para encarcelar a los cabecillas enemigos de los pueblos conquistados. Su más famoso morador durante mi existencia fue el rey Yugurta de Numidia. Después de haber sido arrastrado por las calles de la ciudad encadenado, él y sus dos hijos fueron conducidos a la prisión y arrojados en un pozo oscuro y sin ventilación a cuatro metros bajo tierra, al cual se accedía por un único agujero practicado en el techo de piedra. Allí los tuvieron durante seis días sin agua ni comida hasta que los estrangularon sus carceleros.

Léntulo no tendría que esperar tanto. En el interior de la prisión, donde ya se encontraban los otros cuatro prisioneros, le despojaron de la toga y le escoltaron hasta el mismo agujero en que había estado el rey de Numidia. Como correspondía a su rango, Léntulo fue el primero en bajar. En cuanto sus pies tocaron el suelo, los verdugos lo estrangularon con un dogal. Uno a uno fueron bajando al pozo a los otros cuatro condenados y allí encontraron la muerte.

Cuando todo acabó, Cicerón salió de la cárcel y anunció a la muchedumbre muda:

—Sus vidas han llegado a su término —la forma tradicional de referirse a la muerte sin citar la fatídica palabra, para no tentar a los Hados o despertar a los lémures de los que no han tenido una muerte tranquila.

Tras las ejecuciones, una gran tensión envolvió a la ciudad, como cuando se recitan las últimas palabras de una tragedia. Empezaba a anochecer. La multitud empezó a dispersarse. Cicerón, rodeado por su escolta, se abrió paso por el Foro. Repentinos gritos de aclamación llenaron el aire. Los hombres se empujaban para tocar a Cicerón, le llamaban salvador de la patria. Cuando salió del Foro y empezó a caminar por el lujoso barrio del Palatino en dirección a su casa, las matronas ricas se asomaban a las ventanas para verle y mandaban a los esclavos que encendieran lámparas y

antorchas en sus puertas para iluminarle el camino. Ya no tenía el rostro ceñudo; sonreía y saludaba a la multitud como hacen los generales en sus desfiles triunfales.

Así acabaron las nonas de diciembre, el día más grande de la vida de Cicerón. Al ver a la muchedumbre aclamándole mientras subía el Palatino, uno hubiera pensado que su triunfo era infinito y absoluto. Pero cuando regresamos a casa de Eco, en el Esquilino, no vimos celebraciones en la Subura. En sus calles sucias y oscuras reinaba un completo silencio.

Capítulo Treinta y siete

Acababa el año y el invierno cada vez era más duro. Soplaban vientos fríos del norte; el aguanieve golpeaba los postigos por la noche; el hielo cubría el suelo y los días eran cortísimos.

La escasez de heno empezaba a ser acuciante.

—Deberíamos dar prioridad a los animales más jóvenes y sanos —dijo Arato— y sacrificar a los otros ahora que aún darán buena carne, o procurar venderlos en el mercado. Es preferible a verlos desfallecer y morir convertidos en sacos de huesos. Los animales mal alimentados son presa del frío. Si el hambre no los mata, morirán enfermos.

De vez en cuando veíamos pasar tropas por la Vía Casia en dirección al norte, hombres vestidos para el combate y envueltos en sus mantas de campaña. Las fuerzas del Senado se estaban preparando para una confrontación. Un día, mientras pasaba un grupo de legionarios, subí al cerro a reunirme con Metón y Diana. El primero explicaba la graduación de los soldados y recitaba los nombres y usos de las armas y piezas de la armadura. Cuando se dio cuenta de que yo estaba detrás, se calló y se alejó. Diana salió corriendo tras él, luego se volvió, ladeó la cabeza y me miró ceñuda.

—Papá, ¿por qué pones esa cara tan triste? —me preguntó.

Eco me enviaba mensajes desde la ciudad para tenerme informado del curso de los acontecimientos. Seguían llegando noticias vagas de insurrecciones en Mauritania e Hispania, pero después de las ejecuciones de Roma muchos de los seguidores de Catilina habían abandonado su causa. No obstante, algunos perseveraban, incluso había enfrentamientos dentro de las propias familias. El hijo de un senador, Aulo Fulvio, abandonó Roma para unirse a Catilina. Su padre envió una partida de hombres tras él y le prendieron. Ya en Roma, su propio padre le dio muerte.

Las Saturnales llegaron y pasaron sin derramamiento de sangre. La fiesta del solsticio de invierno se celebró en Roma como un día de liberación. Catón declaró ante la multitud congregada en el Foro que deberían saludar a Cicerón como al Padre de la Patria. La muchedumbre lo aclamó sin dudarle y posteriormente el Senado convirtió tal declaración en ley. Cuando empezó su mandato como cónsul, ¿podía prever Cicerón que alcanzaría una gloria semejante?

La primera gota de hiel cayó a comienzos del nuevo año, cuando Cicerón tuvo que abandonar su cargo. La tradición exigía que jurara que había sido fiel a Roma en el cumplimiento de su deber y se le permitía dar un discurso de despedida desde la columna rostral del Foro. ¡Qué discurso debía de haber preparado Cicerón! Si una vez había pasado varios días en su casa preparando la defensa de Sexto Roscio, me podía imaginar cómo estaría ahora en su nutrida biblioteca, andando de un lado a otro, ensayando tal o cual frase, mandando a Tirón que comprobara tal o cual cita, puliendo y repuliendo lo que habría de ser el supremo discurso del más grande orador de la historia de Roma.

Pero no fue así. Dos de los nuevos tribunos, que ya habían tomado posesión del cargo, utilizaron su poder para impedir que Cicerón pronunciara el discurso de despedida amparándose en un tecnicismo legal y alegando que no se podía permitir un discurso de despedida a un hombre que había condenado a muerte a ciudadanos romanos sin el debido procesamiento legal. Ocuparon los Rostra y no le dejaron subir al estrado. Finalmente cedieron, pero sólo para dejarle prestar juramento de fidelidad a Roma. Bajo la vigilante mirada de los tribunos, dispuestos a echarlo de allí por la fuerza, Cicerón improvisó:

—Juro... ¡que verdaderamente he salvado a mi patria y he velado por su grandeza!

Es posible que Cicerón dijera la última palabra ese día, pero verse privado de

pronunciar el discurso de despedida debió de suponer un duro trago. Unos dicen que César y los populistas tuvieron algo que ver. Otros dicen que los partidarios de Pompeyo, hartos ya de oír por boca de Cicerón que la ejecución de los traidores había sido una hazaña tan grande como las conquistas de Pompeyo en Oriente, fueron los auténticos responsables.

No me sorprendí cuando una helada mañana Metón entró en mi biblioteca y me dijo, sin ni siquiera mirarme a la cara, que deseaba salir de la granja una temporada e ir a vivir a la ciudad con su hermano.

Pensé un rato en ello.

—Supongo que sí, si Eco está de acuerdo...

—Lo está —respondió Metón inmediatamente—. Lo sé porque se lo pregunté cuando estuvimos en Roma el mes pasado.

—Ya veo.

—Aquí no soy necesario. Tienes toda la ayuda que necesitas.

—Sí, nos podremos arreglar sin ti. Diana te echará de menos, claro.

—Tal vez no esté ausente mucho tiempo. —Suspiró y levantó las manos con fuerza—. ¡Ah, papá! ¿Es que no ves que necesito irme?

—Sí, eso es evidente. Tienes razón. Probablemente te venga bien pasar una temporada en la ciudad. Ya eres un hombre y tienes que encontrar tu propio camino. Y sé que Eco cuidará bien de ti. ¿Qué esclavo piensas llevarte?

Apartó otra vez la mirada.

—Pensaba irme solo.

—Ah, no, de eso nada, y menos con lo revuelto que está todo. No puedes viajar solo. Además, no puedes ir a casa de Eco sin llevarte a un esclavo como compensación por la carga que vas a suponer allí. ¿Qué tal Orestes? Es fuerte y joven.

Metón se limitó a encogerse de hombros.

Se marchó casi en seguida, pues ya había preparado sus cosas la noche anterior. Bethesda esperó a que se fuera para echarse a llorar. Creía que habíamos tenido una pelea y empezó a incordiarme preguntándome por los detalles. Cuando le dije que no había habido tal pelea y traté de consolarla, me echó de la habitación con cajas destempladas.

—Tal vez yo también deba huir a Roma —murmuré entre dientes.

Empezaba a creer que el invierno iba a ser realmente muy duro.

Al día siguiente di un largo paseo por la periferia de la granja, pensando que el ejercicio y el aire fresco me ayudarían a superar la depresión. Me encaminé hacia la Vía Casia y fui andando por ella rumbo al norte hasta que llegué al pequeño muro de piedra que separaba mis tierras de las de Manio Claudio. Qué tipo tan curioso, pensé, recordando la escena que había organizado en la fiesta de Metón. ¡Mira que robar comida y atreverse luego a insultarme en casa de mi hijo! Seguramente ahora estaba en Roma. Claudia me había dicho que prefería la ciudad, sobre todo en los meses más fríos.

Los esclavos habían hecho un buen trabajo reparando el muro durante el verano, pero las lluvias y el hielo empezaban a provocar desperfectos; observé grietas en la argamasa. Miré los campos abiertos que gradualmente se elevaban hasta mi casa, de cuyas chimeneas salían columnas de humo. Desde esa distancia, con el cerro detrás, tenía todo el aspecto de ser el lugar de retiro de un hombre acaudalado.

Llegué al arroyo y giré hacia el sur. A excepción de las plantas de hoja perenne, la maleza de la orilla no se dejaba ver y el arroyo estaba helado, impidiendo el funcionamiento del molino hasta el deshielo. Algún día, pensé, ganaré definitivamente el juicio de las aguas y podré venir aquí sin pensar en abogados, tribunales y el desagradable semblante de Publio Claudio. Una loma me impedía ver su propiedad, pero percibí una columna de humo ascendiendo desde su casa. ¿Qué estaría haciendo

mi vecino en un día así? Probablemente calentándose con su pequeña Libélula, pensé. El recuerdo de la breve visita a su casa me puso los pelos de punta.

Siguiendo la corriente, llegué a la zona de espeso follaje situada en la esquina suroeste de la granja, el lugar donde había enterrado a Nemo. Entre las ramas desnudas no me fue difícil encontrar la lápida. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Un peón de Catilina, de Cicerón, de Marco Celio? No lejos de allí habíamos enterrado el cuerpo de Fórfex. Aunque conocíamos su nombre, le habíamos enterrado como esclavo, sólo con una piedra para indicar el lugar.

Subí al cerro y miré hacia abajo. Era una vista preciosa, incluso para un ojo melancólico, con sus mudas sombras grises y ocre. Podía haberme quedado más tiempo allí, pero tenía congelados los dedos de los pies y las manos y volví a la casa.

Arato salió a recibirme.

—Amo —dijo en voz baja—, tienes visita. Está esperándote en la biblioteca.

—¿De la ciudad? —pregunté, sintiendo cierto temor.

—No, amo. Es tu vecino Cneo Claudio.

—En el nombre de Júpiter, ¿qué quiere?

Me quité la capa y me dirigí a la biblioteca. Encontré a Cneo sentado en una silla sin respaldo, con cara de aburrido y sobando la pequeña etiqueta de un rollo de papiro, como si nunca hubiera visto un documento escrito. Arqueó una ceja cuando entré, pero no se molestó en levantarse.

—¿Qué quieres, Cneo Claudio?

—Mal tiempo tenemos —observó, arrastrando las palabras para iniciar la conversación.

—Hermoso a su manera, aunque algo crudo.

—Sí, crudo, eso es lo que quiero decir. Como la vida en el campo, en general. Es duro eso de llevar una granja, sobre todo si no tienes una casa en la ciudad para retirarte. La gente de la ciudad lee unos cuantos poemas y se imagina que la vida en el campo está llena de faunos y mariposas revoloteando. La realidad es muy distinta. En conjunto, creo que has tenido muchos contratiempos aquí, en la vieja granja del primo Lucio.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Lo dice mi prima Claudia.

—¿Y qué te importa eso a ti?

—Tal vez pueda ayudarte.

—Creo que no, a menos que tengas heno para venderme.

—¡Por supuesto que no! ¡Sabes que no tengo buena tierra para cultivar heno!

—Entonces ¿de qué estás hablando?

Su locuacidad se diluyó lentamente en una sonrisa.

—Me gustaría hacerte una oferta de compra sobre esta granja.

—No está en venta. Si Claudia te dijo...

—Creí que estarías dispuesto a rendirte y volver al lugar al que perteneces.

—Éste es el lugar al que pertenezco.

—Me parece que no. —No me interesa tu opinión.

Ésta es tierra de los Claudios. Lo ha sido desde...

—Díselo al espíritu de tu difunto primo. Fue su deseo que esta tierra fuera mía.

—Lucio siempre fue distinto de los demás. Tenía más dinero que nosotros y lo daba todo por hecho. No tenía en cuenta su posición social; no comprendía la importancia de mantener a los plebeyos en su lugar. Habría regalado la tierra a un perro si ese perro hubiera sido su mejor amigo.

—Creo que deberías irte, Cneo Claudio.

—He venido para hacerte una oferta seria. Si te preocupa que vaya a tomarte el pelo...

—¿Has venido a caballo? Haré que Arato te lo traiga de la cuadra.

—Gordiano, sería mejor para todos los que estamos involucrados...

—¡Vete ya, Cneo Claudio!

Al día siguiente seguía dando vueltas a la visita de Cneo cuando llegó un mensajero con una carta de Eco. Me retiré a la biblioteca y rompí rápidamente el sello.

Querido papá:

Tu esclavo Orestes ha llegado sin darme una explicación convincente de por qué está aquí. Afirma que partió de la granja el otro día con Metón, pero que Metón dio media vuelta al poco rato y le dio que continuara solo hasta Roma y me dijera que él, Orestes, era un regalo que me hacías para la casa. Parece que en principio Orestes creía que acompañaba a Metón a Roma y que tu intención era que se quedara conmigo definitivamente. (Es fuerte como un toro, pero no una lumbra ¿Puedes darme una explicación de todo esto?)

Las cosas en la ciudad cambian constantemente. No creo que nada vuelva a la normalidad hasta que Catilina sea derrotado de una vez por todas. A veces parece sólo cuestión de días, pero luego corren rumores de que las fuerzas de Catilina incluyen ahora a miles de esclavos fugitivos y que su ejército es mayor que el de Espartaco en sus mejores momentos. Es difícil saber qué pensar de un día para otro. Incluso, según parece, hay una corriente en contra de Cicerón, a la que, sobre todo, se adhieren los que no están dispuestos a declararle el más grande romano de todos los tiempos...

Seguí leyendo, aun cuando las palabras habían dejado de tener sentido para mí. Cuando al fin dejé la carta, me temblaba la mano.

Si Metón no estaba en Roma, ¿dónde estaba entonces?

En el instante en que me hice la pregunta, estuve seguro de la respuesta.

—¿A qué distancia están de aquí? ¿Adónde estás dispuesto a llegar? —preguntó impaciente Bethesda.

—¿A qué distancia? En algún lugar entre esta casa y los Alpes. ¿Adónde voy? No hay forma de saberlo.

—¿Seguro que ha ido a reunirse con Catilina?

—Tan seguro como si me lo hubiera dicho en voz alta. ¡Qué estúpido he sido!

Bethesda no me contradijo. Mientras recogía a toda prisa las cosas más necesarias, me observaba desde la puerta con los brazos cruzados, la espalda erguida y una ferocidad latente en los ojos que indicaba que estaba alterada por dentro aunque se esforzara por ocultarlo.

—¿Qué haremos aquí sin ti y sin Metón? Es peligroso; por los soldados, por los esclavos... Diana y yo deberíamos irnos a Roma...

—¡¡No! Las carreteras son muy peligrosas ahora. No confío en que los esclavos te protejan.

—Entonces, ¿qué te hace creer que nos protegerán aquí?

—¡Bethesda, por favor! Vendrá Eco. Ya le he escrito. Puede estar aquí pasado mañana, o mañana a última hora.

—Deberías quedarte hasta entonces, para asegurarte de que llega.

—¡No! Cada momento que pasa... Es posible que ya estén en plena batalla. Quieres que Metón vuelva, ¿no es así?

—¿Y qué pasará si no volvéis ninguno de los dos? —De repente su voz fue un chillido agudo y penetrante. Se tapó la boca con la mano y se estremeció.

—¡Bethesda! —La abracé con todas mis fuerzas.

Empezó a sollozar.

—Desde que salimos de Roma, sólo hemos tenido problemas...

Entonces sentí que alguien me tiraba de la túnica y, al bajar la vista, vi los enormes ojoscastaños de Diana mirándome fijamente.

—Papá —dijo, sin hacer caso de la angustia de su madre—. ¡Papá, ven a ver una

cosa!

—Ahora no, Diana.

—¡¡No, papá, debes venir! —Había algo en su voz que me obligaba. Bethesda también lo notó, pues se apartó de mí y dejó de llorar.

Diana salió corriendo. La seguimos por el peristilo y atravesamos la puerta. Se paró delante del establo, nos hizo una seña para que nos diéramos prisa y siguió corriendo. El corazón empezó a palpitarme con fuerza.

Llegamos al extremo del establo y giramos a la derecha, perdiendo de vista la casa. Había barriles vacíos contra la pared. Diana estaba más allá, indicando algo que aún no podíamos ver. Seguí avanzando. Más allá de los barriles, en el suelo, vi dos pies descalzos.

—¡Oh, no! —A continuación vi las piernas—. ¡No, no, no! —Acto seguido, un torso blanco y exangüe—. ¡No, por favor, ahora no! ¡Aquí no! ¡Imposible! —Hasta que vi todo lo que había que ver.

Era un cadáver desnudo y le faltaba la cabeza.

Me llevé las manos a la cara. Curiosamente, Bethesda pareció recuperar la compostura al ver el cadáver. Aspiró profundamente y dijo:

—¿Quién será?

—No tengo ni la más remota idea —dije.

Una vez cumplida su misión, Diana dio la mano a su madre.

Me miró con una expresión de ligero reproche y decepción: —¡Si Metón estuviera aquí, ya sabría quién es!

Capítulo Treinta y ocho

«**E**l hombre que viaja solo tiene un necio por compañero», dice un antiguo proverbio, pero en aquel momento, en mi afán por alcanzar a Metón me sentía extrañamente invencible, como si ningún obstáculo en el camino, ninguna banda de salteadores, ninguna pandilla de esclavos desesperados pudiera detenerme. Por supuesto, no era más que una ilusión, y peligrosa, y la parte más consciente de mí lo sabía, pero me dio la fortaleza suficiente para dejar en casa como protección a los esclavos que podría haberme llevado como escolta. ¡Ojalá pudiera confiar en esa protección! Se suponía que tenía que haber un esclavo vigilando la noche anterior en el tejado de las cuadras; si hubiera estado allí, probablemente hubiera visto cómo dejaban el cuerpo sin cabeza y quién lo hacía. Con lágrimas en los ojos, y alegando que el frío de la noche era insoportable, el esclavo me dijo que había abandonado su puesto y me suplicó que no permitiera que Arato le pegara. ¿Y qué otra cosa se podía esperar? El pobre era un esclavo, no un soldado. Aun así, dejé su castigo en manos de Arato, a quien responsabilicé de que no volvieran a producirse descuidos de esa índole en mi ausencia, bajo amenaza de mandarle a las minas. Se lo dije enfadado, y debí de parecerle muy convincente, pues se puso blanco como la cal. En cuanto al nuevo cadáver que había encontrado Diana, no fui capaz de averiguar nada significativo tras la primera inspección. Dije a Arato que guardara el cuerpo hasta que llegara Eco; tal vez él pudiera encontrar algo.

Es una extraña experiencia viajar solo por un paisaje preparado para la guerra en pleno invierno. Los campos de barbecho a ambos lados de la carretera estaban desiertos y abandonados, como la carretera misma. Normalmente debería haber habido tráfico, a pesar del frío, y sobre todo estando despejado el cielo y sin perspectivas de lluvia, pero cabalgué durante horas sin ver a nadie. Las granjas por las que pasaba tenían las puertas y ventanas cerradas y todos los animales estaban en los establos y cuadras, fuera de la vista. Ni siquiera había perros que ladraran al verme pasar. Las únicas señales de vida eran las inevitables humaredas que salían de las chimeneas. Los moradores no querían dar indicios de riqueza y menos alojar a quien pasara por el camino. Eran como los avestruces que se veían a veces en los espectáculos del Circo Máximo, que hacían un agujero en el suelo y metían en él la cabeza.

Las poblaciones parecían a veces tan abandonadas como las mismas granjas, con todas las casas cerradas y sin un alma en las calles. Pero cada pueblo tenía una o dos tabernas en las que se concentraba toda la vida. Dentro, los lugareños no paraban de discutir para convencerse de que todas las batallas se librarían lejos de sus casas y de que los ejércitos enfrentados requisarían las provisiones de todos los pueblos menos el suyo. Estaban deseando sonsacar información del primer forastero que pasara, aunque poco podía contarles yo. Y aunque estaba atravesando la región que en teoría más apoyaba a Catilina, pocas palabras oí en su favor. Supuse que sus más fervientes seguidores habrían ido ya a reunirse con él, o que lo habrían hecho en un momento determinado, aunque tal vez le habían abandonado para regresar a su lugar de origen.

Hice el viaje en etapas largas y fatigosas, deteniéndome en poblaciones cuyos nombres nunca había oído, indagando siempre para enterarme de los movimientos de Catilina. Tras las ejecuciones de Roma, su ejército iba y venía entre los Alpes y Roma, evitando la confrontación con el ejército regular que había salido en su busca. En cierto momento se creyó que sus fuerzas igualaban en número a dos legiones, unos doce mil hombres, pero tras las ejecuciones y el fracaso de un alzamiento general en Roma, los oportunistas y aventureros habían desertado rápidamente. Agotados por las marchas forzadas y hambrientos por la falta de provisiones, hasta los más adeptos habían empezado a abandonar el ejército rebelde, hasta que finalmente sólo quedaron

aquellos para los que no había forma de echarse atrás.

—No creo que encuentres a Catilina y Manlio con más de cinco mil hombres, y además estarán mal armados —me dijo un tabernero de Florencia. También me dijo que hacía unos días tan sólo que había pasado el ejército romano a las órdenes del cónsul Antonio, acosando a Catilina para acorralarlo en el norte.

Los encontré acampados al pie de los Apeninos, en las afueras de una pequeña población llamada Pistorium. Las fuerzas de Antonio, muy superiores, se hallaban a pocos kilómetros de allí. Para llegar hasta Catilina tuve que dar un gran rodeo por caminos de cabras y a campo traviesa, esquivando a los hombres de Antonio.

Temí que pudieran atacarme mientras bajaba a la vista de todos en dirección al núcleo de tiendas y hogueras, pero nadie se fijó en un hombre solo a caballo, envuelto en un pesado capote y sin armadura. Una vez dentro del campamento me vi rodeado de hombres que no tenían más pinta de soldados que yo, y cuyas únicas armas, al parecer, eran lanas de caza y buriles, incluso estacas afiladas. Algunos eran más jóvenes que yo, pero casi todos me superaban en edad. Entre éstos había veteranos de Sila, muchos de los cuales llevaban antiguas armaduras que tal vez les quedaran bien en su momento, pero ya no. Mezclados con la muchedumbre heterogénea había grupos de hombres vestidos con uniforme de legionario, bien equipados y armados, que parecían tropas disciplinadas.

Estaban menos serios de lo que había imaginado. El ambiente estaba teñido de esa resignación compartida que hace que hasta los extraños le parezcan a uno parientes carnales. Los hombres se acercaban sonriendo a las hogueras para calentarse o charlaban entre ellos en voz baja. Había tristeza en sus rostros, pero les brillaban los ojos. Parecían desesperanzados pero no desesperados: desesperanzados en el sentido de que habían llegado a ese lugar más allá de toda esperanza, es decir, más allá de falsos sueños o vanas ambiciones. Habían seguido a Catilina hasta allí por voluntad propia, por lo que en sus rostros no había resentimiento.

Buscaba una cara en concreto, pero, entre aquellos miles de hombres, ¿cómo iba a encontrar a Metón, si es que estaba allí? Estaba agotado; había llegado al final de un largo viaje y de repente sentí que no me quedaban fuerzas. Pero, aun sintiéndome vencido y la incertidumbre, vi que mis pies me habían llevado al centro del campamento, a una tienda que destacaba entre las demás. Había banderas rojas y doradas colgadas de las esquinas, y delante, coronando un alto estandarte, estaba el águila de plata que Catilina se había llevado de Roma. A la luz fría e intensa del sol parecía casi viva, como el águila que había descendido sobre el Auguráculo el día de la mayoría de edad de Metón.

Dos soldados con uniforme de legionario me cerraron el paso.

—Decid a Catilina que quiero verle —dije tranquilamente. Me miraron escépticos—. Decidle que soy Gordiano el Sabueso.

Se miraron. Finalmente, el oficial de más graduación se encogió de hombros y entró en la tienda. Tras una larga espera, me indicó que entrara.

El interior estaba abarrotado de cosas, pero muy ordenado. Habían apartado los catres para dejar espacio para unas pequeñas mesas plegables sobre las cuales había mapas desplegados sujetos en las esquinas con pesas. También vi bolsas de cuero llenas de documentos. Dispuestas cuidadosamente sobre una mesa, como si de una exposición se tratara, estaban las segures ceremoniales y otras insignias que, por derecho, sólo puede llevar al combate un magistrado legalmente elegido; Catilina debía de haberlas llevado desde Roma, pensando que con tales signos podía infundir en sus hombres la sensación de legalidad, o tal vez para convencerse él mismo.

Entre los hombres que se hallaban sentados en círculo y hablando en el centro de la tienda, al primero que reconocí fue a Tongilio, que me vio y me hizo un ademán con la cabeza. Estaba resplandeciente, con una cota de malla y una capa carmesí; con su

pelo enmarañado echado informalmente hacia atrás parecía un joven Alejandro. Otros rostros se volvieron para mirarme y entre ellos reconocí a varios jóvenes con los cuales había aguantado la tormenta en la mina de Cneo. También había un hombre fornido como una roca, de pelo y barba blancos. Su cara redonda y rubicunda me recordó la de Marco Mumio. Sólo podía tratarse de Manlio, el centurión que había organizado a los descontentos veteranos de Sila y que ahora era su general.

Todos me miraron un instante y volvieron a dirigir su atención al hombre que estaba sentado de espaldas a mí y hablándoles en voz baja: Catilina. Miré a mi alrededor y de repente reparé en otra figura que estaba sentada en un catre en un rincón de la tienda, inclinada sobre una pieza de armadura a la que sacaba brillo furiosamente. Incluso de espaldas le reconocí y el corazón se me subió a la garganta.

Oí un súbito estallido de aclamaciones procedente del grupo que rodeaba a Catilina, que había terminado de hablarles. Los hombres se pusieron en pie y rápidamente salieron de la tienda. Tongilio me sonrió al pasar.

Catilina se giró en la silla. Sus salientes pómulos y el fulgor de sus ojos le hacían más impresionante que nunca, como si la tensión de los últimos días hubiera refinado y purificado sus hermosos rasgos. Me dispensó una sonrisa burlona. Apreté la mandíbula para no sonreír yo también.

—Bien, Gordiano Sabueso. Cuando el guardia me susurró tu nombre no podía creerlo. Tu sentido de la oportunidad es exquisito. ¿Has venido a espiarme? ¡Demasiado tarde! ¿O es que a tu perversa manera has decidido compartir mi suerte en el último momento?

—Ni una cosa ni otra. He venido por mi hijo.

—Me temo que llegas tarde —dijo Catilina tranquilamente.

—¡Papá! —Abstraído en su trabajo, Metón no había oído a Catilina pronunciar mi nombre, pero al escuchar mi voz dejó de inmediato la armadura que estaba puliendo y giró la cabeza. Una sucesión de emociones animó su cara hasta que se puso en pie y salió rápidamente de la tienda.

Me volví para seguirle, pero Catilina me cogió del brazo.

—No, Gordiano, deja que se vaya. Volverá.

Apreté los puños, pero mi parte racional escuchó a Catilina y le hizo caso.

—¿Qué está haciendo aquí? ¡No es más que un niño! —farfullé.

—Pero desea convertirse en hombre. ¿Es que no lo ves?

Una terrible sensación de miedo se apoderó de mí.

—¡Nada de eso importa! ¡Me niego a permitir que muera contigo! —Catilina chascó la lengua y miró para otro lado. Yo acababa de pronunciar la palabra maldita—. ¡Ay, Catilina! ¿Por qué no huiste a Masilia como dijiste? ¿Por qué te quedaste en Italia en lugar de aceptar el destierro? ¿De verdad crees...?

—¡Me quedé porque no me dejaron marcharme! Las fuerzas que el Senado tiene destacadas en la Galia bloquearon todos los accesos a los Alpes. Cicerón no tenía ninguna intención de dejarme escapar con vida. Quería una última confrontación. No tuve elección. Me obligaron a cambiar de estrategia —dijo, bajando el tono de voz hasta que no fue más que un susurro—. Han jugado conmigo. Y mis supuestos compatriotas de Roma... ¡Vaya montón de imbéciles! ¡Dejarse enredar en ese escándalo de los alóbroges! Eso fue el final de todo. Pero tú estabas allí, ¿no? Lo mismo que Metón. Me lo contó todo de forma extraordinariamente vívida. Tu hijo entiende todo lo que ha ocurrido. Es muy inteligente para su edad. Deberías estar orgulloso.

—¿Orgulloso de un hijo al que no comprendo y que me desafía de este modo?

—¿Cómo es posible que no le comprendas, Gordiano, cuando es exactamente igual que tú? O como una vez fuiste, o pudiste haber sido, o aún podrías ser. Valiente como tú. Compasivo como tú. Comprometido en una causa como tú lo estarías si te lo permitieras. Hambriento de todas las cosas que la vida pueda ofrecerle, como seguramente has estado tú en algún momento.

—Por favor, Catilina, no me digas que también le has seducido.

Guardó silencio un momento y luego sonrió con nostalgia.

—De acuerdo, no lo diré.

Me dirigí a ciegas al catre donde había estado sentado Metón y tomé en mis manos el peto que había estado puliendo. Durante unos momentos examiné mi reflejo, distorsionado por las cabezas de leones y grifos repujados, y tiré al suelo el peto.

—¡Y ahora lo tienes brillantando tu armadura, como si fuera un esclavo!

—No, Gordiano, no es la mía. Es la suya. Quiere tenerla impecable, para la batalla. —Miré fijamente las piezas que había sobre el catre: las grebas para protegerse las espinillas, el casco con plumas y visera, la espada corta metida en su vaina; formaban un almodrote que en condiciones normales hubiera pertenecido a hombres de muy variado rango. Vi lo provisional que era todo aquello y traté de imaginarme a Metón armado así, pero no pude—. Hablando de indumentaria —añadió Catilina—, tengo entendido que en mi honor los senadores han participado en una especie de ceremonia en que se han quitado la toga normal para ponerse otra diferente que llevarán mientras dure la crisis, y que han aconsejado al pueblo que haga lo mismo. ¿Es eso cierto?

—Eco mencionó algo de eso en una carta —dije, mirando las piezas de la armadura. De repente me sentí mareado.

—¡Imagínate! Bueno, siempre salen con esas sandeces de ceremonias y costumbres antiguas que ningún romano vivo recuerda. Algunas son muy ridículas, pero ésta me gusta. Siempre me han llamado el árbitro de la moda y esto lo demuestra. ¡Hasta he conseguido que el aburrido Catón cambie de estilo! —Levanté la vista y me lo quedé mirando. Negó con la cabeza—. No, Gordiano, no estoy loco. Pero un epigrama siempre relaja antes de entrar en combate.

—¿Combate?

—Dentro de una hora, imagino. Manlio y Tongilio están reuniendo a las tropas para que las arengue. Has llegado a tiempo. ¡Imagínate! ¡Si te hubieras perdido mi discurso jamás te lo hubieras perdonado! De todas formas, si deseas irte antes para evitarte la carnicería, no pienso detenerte.

—Pero aquí, ahora...

—¡Sí! Ha llegado el momento. Tenía la esperanza de posponerlo una vez más, de conseguir un poco más de tiempo. Mi intención era cruzar estas montañas y llegar a la Galia, tomando caminos secundarios para evitar la contienda, abriéndonos camino por la fuerza si fuere necesario en los pasos de montaña, sobreviviendo a las tormentas de nieve si podíamos. Pero cuando llegamos al paso de arriba, ¿qué crees que vimos esperándonos? Otro ejército romano. Decidí volver abajo y enfrentarme a éste. Ya sabrás que está a las órdenes del cónsul Antonio. Una vez simpatizó con mi causa. He oído decir que Cicerón le compró cediéndole el gobierno que le correspondía al final de su consulado. De todos modos, nunca se sabe. Puede que Antonio decida unirse a mí en el último momento. Sí, Gordiano, sé que es imposible, ¡pero no lo digas en voz alta! No quiero más malos augurios dentro de la tienda, por favor. Pero, mira, ya vuelve tu hijo.

Metón se quedó en la entrada.

—He venido a ponerme la armadura —dijo.

—Primero ayúdame a ponerme la mía. Sólo nos llevará un momento. —Catilina se puso en pie y levantó los brazos mientras Metón le acoplaba el peto y se lo ajustaba, y luego le echó encima una capa de color carmesí. Metón cogió un casco dorado con una espléndida pluma roja y se lo puso a Catilina en la cabeza ¡Estupendo! —dijo éste, observando su reflejo en una bandeja pulida—. No le digas a Tongilio que te he dejado vestirme. Se pondría celoso. —Apartó los ojos de la bandeja y nos miró; fue una mirada larga y firme, como la de los amigos antes de partir para un largo viaje—. Ahora os dejaré a solas. No tardéis.

Metón le vio salir y se acercó al catre donde tenía la armadura.

—Metón...

—Ven, papá, ayúdame. ¿Te importa acercarme el peto? Lo recogí y se lo di. Levantó los brazos.

—Metón...

—Es más sencillo de lo que parece. Para empezar, alinea las tiras de cuero...

—Hice lo que me decía, como un sonámbulo—. Perdóname por engañarte, papá. No se me ocurrió ninguna otra forma.

—Metón, debemos abandonar este lugar en seguida.

—Es el lugar al que pertenezco.

—Te estoy pidiendo que vuelvas a casa conmigo.

—Y yo me niego.

—¿Y si te lo ordeno como padre?

Con el peto perfectamente ajustado, Metón retrocedió y me miró con una expresión a la vez triste y rebelde.

—Pero es que tú no eres mi padre.

—Vamos, Metón —dije en tono quejumbroso.

—Mi padre era un esclavo al que no conocí; yo mismo era esclavo.

—¡Hasta que te liberté y te adopté!

Apoyó un pie en el catre, luego el otro, y se ató las grebas.

—Sí, la ley dice que eres mi padre, y por ley tienes derecho a darme órdenes, incluso a matarme por desobedecerte. Pero los dos sabemos que a los ojos de los dioses no eres realmente mi padre. No tengo ni una gota de tu sangre en las venas. Ni siquiera soy romano, sino griego, un híbrido raro...

—¡Eres mi hijo!

—Entonces también soy hombre, un ciudadano libre, y he tomado una decisión personal.

—Metón, piensa en todos los que te quieren. Bethesda, Eco, Diana...

Sonó fuera un trompetazo.

—Es la señal para la arenga de Catilina. Tengo que estar presente. Deberías irte ya, papá. Papá... —Se mordió la lengua, como si se le hubiera escapado involuntariamente. Luego acabó rápidamente de prepararse. Se miró en la bandeja y pareció satisfecho del resultado. Se giró para mirarme a la cara—. Bueno, ¿qué te parece? —preguntó, con una sombra de timidez cruzándole el rostro.

¿Lo ves? Eres mi hijo, pensé. ¿Por qué, si no, buscas mi aprobación? Pero en voz alta le espeté:

—¿Qué importa eso?

Bajó los ojos y se ruborizó, y fue entonces cuando tuve que morderme yo la lengua. Habría sido peor decirle lo que realmente pensaba, pues al verle vestido con aquella armadura, lo que vi fue un niño disfrazado que fingía ir a la guerra. La idea de que otros pudieran mirarle y ver a un soldado, dispuesto a morir si llegaba el caso, me heló la sangre.

—No puedo perderme el discurso —dijo, pasando por delante de mí. Lo seguí fuera de la tienda y a través del campamento, a un lugar donde una depresión en la rocosa ladera formaba un anfiteatro natural. Nos abrimos paso entre la densa multitud hasta que estuvimos lo bastante cerca para ver. El sonido de las trompetas acalló el murmullo y entonces apareció Catilina, resplandeciente con su armadura y esbozando una lúgubre sonrisa.

—Ningún discurso, por conmovedor o elocuente que pueda ser, ha servido jamás para hacer valiente a un cobarde ni para dar a los hombres que no tenían causa por la cual luchar una razón para hacerlo. Pero es costumbre que un capitán hable a sus tropas antes de la batalla. Uno de los motivos de la arenga, supongo, es que pocos soldados han visto los ojos del hombre que supuestamente ha de guiarlos, y menos aún son los que han hablado con él, por lo que el discurso sirve para establecer cierta

comunicación. Ese no es nuestro caso, pues dudo que haya un solo hombre aquí a quien yo no haya saludado o dado la bienvenida a este ejército, o con el que no haya compartido un momento de calamidad o de triunfo en esta lucha. Pero es costumbre que un capitán se dirija a sus hombres antes de la batalla.

»He dicho antes que las palabras por sí solas no infunden valor a un hombre. Todo hombre posee cierto grado de osadía, ya sea innato o adquirido con la práctica; ese grado, y no más, es lo que generalmente saca en la batalla. Si un hombre no está ya alerta por la perspectiva de la gloria o la amenaza del peligro inminente, entonces es malgastar saliva exhortarle con la retórica; el temblor de su corazón no le permite oír. Pero es costumbre que un capitán se dirija a sus tropas antes de la batalla.

»Os expondré con la mayor claridad posible el panorama al que nos enfrentamos y las razones por las cuales combatimos. Sabéis que nuestros aliados de Roma nos han fallado. ¡Qué falta de cabeza e iniciativa por parte de Léntulo y sus amigos, y qué desastroso para ellos y para nosotros! Nuestra apurada situación actual es tan evidente para vosotros como para mí. Dos ejércitos nos cierran ahora el camino, uno está entre nosotros y la Galia, el otro entre nosotros y Roma. Es imposible quedarnos donde estamos, pues andamos escasos de grano y otras provisiones. Sea cual fuere el rumbo que tomemos, deberemos utilizar nuestras espadas para avanzar.

»Por tanto, os aconsejo que seáis decididos y reunáis todo el valor que tengáis. Cuando vayáis a la batalla, recordad que riquezas, honor, gloria y, lo que es más importante, vuestra libertad y el futuro de la patria, dependen sólo de la mano que empuña vuestra arma. Si ganamos, obtendremos todo lo que necesitamos para continuar; las ciudades nos abrirán sus puertas agradecidas y nos llenarán de vituallas. Nuevos reclutas se unirán a nosotros y volveremos a crecer en número y en fuerza. La marea que fluye contra nosotros se invertirá y nos llevará a la gloria. Pero si el miedo nos acobarda, el mundo entero se volverá en contra nuestra: nadie amparará a un hombre que no ha sabido protegerse con sus manos.

»Tened presente que a nuestros adversarios no les mueve la misma necesidad que a nosotros, ni una causa tan justa. Para vosotros y para mí, lo que está en juego es la patria, la justicia y la libertad. A ellos sólo les han ordenado que entren en combate para proteger a una élite dominante por la que poco amor pueden sentir. Nosotros hemos elegido un camino glorioso; hemos soportado el destierro y las penalidades; hemos proclamado ante el mundo que no volveremos a Roma con la cabeza baja y que no estamos dispuestos a seguir viviendo como súbditos arrastrados de injustos gobernantes. Los hombres a los cuales nos vamos a enfrentar ya se han sometido al yugo de sus amos y han cerrado los ojos a cualquier otra salida. ¿Cuál de esos dos ejércitos demostrará más espíritu de lucha? ¿El de aquellos cuyos ojos miran humildemente al suelo o el de los que miran al cielo?

Ante esta pregunta, recibió por respuesta una clamorosa ovación, y entre las muchas voces oí la de Metón rompiéndome los tímpanos, gritando el nombre de su caudillo. El clamor no cesaba. Los hombres golpeaban los escudos con las espadas, produciendo un ruido ensordecedor. El ruido sólo disminuyó para dar paso nuevamente a un griterío que me puso los pelos de punta. Al final, Tongilio se adelantó con los brazos en alto, pidiendo silencio para que Catilina pudiera continuar.

Había empezado el discurso en un tono seco, sarcástico, como si su temerario ejemplo pudiera infundir coraje a sus hombres. Pero creo que se sintió conmovido por sus aplausos, pues al final le temblaba la voz.

Cuando pienso en vosotros y en lo que habéis conseguido, tengo grandes esperanzas de obtener la victoria. Vuestro valor y osadía me dan confianza. Lucharemos en un llano. A la izquierda hay montañas y a nuestra derecha el terreno es áspero y rocoso. En este espacio limitado, la superioridad numérica del enemigo no puede impresionarnos. Nos enfrentaremos a ellos hombre a hombre, siendo nuestras armas más poderosas el arrojo y una causa justa. Pero si a pesar de esto la Fortuna os

arrebatara el valor de su justa recompensa, vended caras vuestras vidas. ¡No os dejéis matar como corderos! ¡Luchad como hombres! ¡Dejad que el derramamiento de sangre y los lamentos sean el precio que el enemigo deba pagar por su amarga victoria!

Se oyó otra aclamación que retumbó entre las montañas de ambos lados. Todo acabó con el toque de trompetas que llamaba a las tropas a formar para la batalla. Todos los hombres que nos rodeaban empezaron a moverse con rápida determinación. Metón me agarró el brazo bruscamente.

—¡Vamos, vete! Si montas ahora, tal vez tengas tiempo de escapar por donde has venido o de dirigirte al desfiladero y encontrar algún camino que te permita regresar cuando haya acabado la contienda.

—Ven conmigo, Metón. Enséñame el camino.

—¡No, papá! Mi lugar está aquí.

—¡Metón, no hay esperanza para esta causa! No importa lo que Catilina haya dicho. Si hubieses oído lo que me dijo en la tienda...

—Papá, no sabes nada que no sepa yo. Tengo los ojos bien abiertos.

Y hijos en el cielo, pensé.

—Muy bien, entonces. ¿Puedes proporcionarme una armadura?

—¿Qué?

—Si voy a quedarme aquí para luchar a tu lado, me gustaría tener algo más apropiado que la daga que llevo en el cinto, aunque me parece que muchos de estos desgraciados no tienen nada mejor.

¡No, papá! ¡No puedes quedarte!

¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Te mantienes firme en tu decisión y quieres negarme a mí ese honor?

—Pero si no te lo has pensado...

—Té equivocas, Metón. Por el camino tuve mucho tiempo para pensar. Me imaginé este momento mucho antes de que llegara. En mi imaginación, unas veces me resultaba agradable, pero otras era mucho peor: pensaba que podía encontrarte muerto sin haberte visto o encontrar solamente un pozo lleno de cadáveres sin modo de saber cuál era el tuyo. Esto es mejor y no tan malo como me había temido. Por una razón: porque no estoy tan asustado como había creído, al menos de momento. No, Metón, el deseo de luchar al lado de mi hijo es una decisión voluntaria y meditada.

—¡No, papá! ¡De hacerlo por algo, debes hacerlo por Catilina, por lo que él representa!

—Ésa es tu causa, Metón, no la mía. Pero muy bien, lucharé por Catilina. ¿Por qué no? A decir verdad, Metón, si tuviera el poder de Júpiter descargaría un rayo para dar a Catilina todo lo que desea. Resucitaría a Espartaco y también le dejaría actuar según sus deseos. Daría marcha atrás en el tiempo para hacer que Sila nunca hubiera nacido, ni siquiera Cicerón. Cambiaría el mundo en un abrir y cerrar de ojos, para mejor o para peor, sólo por el placer de verlo convertido en algo diferente. Pero no puedo hacer esas cosas, ningún ser humano puede. Así que ¿por qué no coger una espada oxidada y salir corriendo a combatir gritando al lado de mi hijo, aunque sólo sea por la gloria de lo que tanto ama con su joven corazón?

Metón se me quedó mirando un buen rato con una expresión sombría en los ojos. Debía de pensar que estaba loco o que mentía, o ambas cosas a la vez. Pero al final dijo:

—Realmente eres mi padre.

—Sí, Metón. Y tú eres mi hijo.

Los hombres corrían como locos alrededor nuestro. Los caballos relinchaban, el metal chocaba con el metal, los oficiales gritaban, las trompetas sonaban. Finalmente, Metón me cogió del brazo.

—¡Vamos, deprisa, creo que hay armaduras de sobra en la tienda de Catilina!

Y así, a la edad de cuarenta y siete años, fui soldado por primera vez en mi vida,

equipado con restos de armaduras desechadas, con una cota de malla a la que le faltaba la mitad de la trama y un casco abollado en forma de calabaza aplastada, blandiendo una espada sin filo en nombre de una causa sin esperanza, a las órdenes de un jefe destinado al fracaso. Debía de estar acercándome al centro del Laberinto; casi sentía el aliento cálido del Minotauro en la cara.

No es mucho lo que puedo decir acerca de la batalla, pues en ningún momento llegué a saber exactamente dónde estaba o qué estaba pasando. Al parecer, Catilina dividió sus fuerzas en tres bloques, poniendo a Manlio al mando de uno, a otro general a la cabeza de otro, y él mismo, en el centro, capitaneando el tercer grupo, rodeado de sus jóvenes y ardientes seguidores y un cuerpo escogido de luchadores bien armados, además de Metón y yo mismo. Avanzamos con Tongilio y el águila hasta que Catilina eligió un punto en el cual detenerse a ofrecer resistencia, lugar en el que Tongilio plantó la bandera en el suelo. No había caballería, sólo infantería, pues antes de la batalla Catilina había ordenado que retiraran los caballos a las montañas. Con esto daba a entender a sus hombres que los jefes no huirían y que todos compartirían la misma suerte.

El peligro se aproximaba en forma de marea plateada y carmesí que avanzaba hacia nosotros con un rugido como jamás en mi vida había escuchado. Ahora sé cómo se sienten los enemigos de Roma cuando ven lo que se les viene encima. Yo estaba sorprendido y horrorizado, pero aún no me había entrado el miedo. El temor parecía no tener sentido a la vista de tamaña catástrofe.

No sentía remordimientos por lo que hacía, sólo me sentía un poco estúpido y no podía dejar de pensar: «eres un imbécil; Bethesda no te lo perdonará jamás». Y era eso lo que me daba miedo, más que el muro de acero que se acercaba. Permanecí junto a Metón, el cual no se separaba de Catilina. Sé que hubo muchas carreras, unas veces de un lado a otro, otras hacia el frente, pero jamás retrocediendo. Recuerdo una flecha que pasó rozándome la oreja y atravesó a un hombre que estaba detrás de mí con un crujido que me puso enfermo. Recuerdo que vi soldados, hombres a los que no había visto nunca, corriendo hacia mí con una espada en la mano y deseos de matar en los ojos; me parecía todo tan increíble que sólo deseaba que acabase aquella pesadilla. Pero la espada que empuñaba sabía lo que tenía que hacer, así que la seguí ciegamente.

Recuerdo haber sentido en la cara un chorro de sangre espumosa. Recuerdo haber visto a Catilina con la cara retorcida de dolor, herido el brazo en el que llevaba la espada, una flecha clavada en su hombro izquierdo y la sangre corriendo por su peto reluciente. Recuerdo haber visto a Metón acudir rápidamente en su ayuda con seria determinación en el rostro, abriendo una brecha con la espada como si llevara toda la vida haciendo aquellas cosas. Corrí tras él, pero tropecé con algo sólido y carnosos. Desde el suelo vi a Tongilio entre el tropel de gente que había detrás de mí, levantando la bandera para plantarla en otro lugar, pues guiados por Catilina habíamos conseguido penetrar en las líneas enemigas. Recuperé el equilibrio y me puse a buscar desesperadamente a Metón, que había desaparecido en medio del caos.

Luego, por el rabillo del ojo, vi acercarse la lanza. Recuerdo haberla observado mientras se precipitaba hacia mi frente. Parecía moverse muy despacio y todo el mundo, incluido yo, se detuvo esperando su llegada. Tan lentamente se acercaba que me sentí como un hombre en un puerto esperando la llegada de un barco. Cuando ya la tenía encima, súbitamente el mundo se alejó de mí moviéndose frenéticamente. Me asaltó la absurda idea de que debía hacer algo por apartarme de la trayectoria del arma y salí disparado por los aires. Por detrás o encima de mí —las direcciones habían perdido todo su sentido—vi que el águila oscilaba, se tambaleaba y caía al suelo, al igual que yo, y el rojo y ensangrentado mundo se transformó en total oscuridad.

Capítulo Treinta y nueve

Me senté en un duro peñasco rodeado de muros de piedra negra; el suelo también era de piedra negra, así como la techumbre. Al principio pensé que se trataba de una caverna, pero las paredes eran demasiado angulosas para ser naturales y el aire era cálido, no frío y húmedo. Tal vez fuera la vieja mina del Monte Argento, pero también en eso me equivoqué. Naturalmente, estaba en el Laberinto de la isla de Creta, pues mirándome detrás de un recodo, proyectando una gran sombra con sus cuernos en la pared de enfrente, estaba el mismísimo Minotauro.

Estaba muy cerca, tanto que podía ver el destello de sus grandes ojos negros. Tendría que haber estado muerto de miedo, pero no era así. Lo único que se me ocurrió fue que sus ojos eran hermosos. Era una criatura viva y, en medio de tanta piedra dura e inerte, cualquier ser vivo me parecía precioso y raro, algo digno de apreciar, nunca de temer. Aun así, cuando la bestia salió del recodo y se aproximó, me puse algo nervioso: caminaba sobre dos patas, tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre. También observé que sus cuernos largos y curvos acababan en una punta muy afilada y tenían una mancha de color orín.

El Minotauro bufó, emitiendo vapor por las fosas nasales. Se detuvo a unos cuantos pasos y levantó la cabeza. Cuando habló, lo hizo con una voz simulada, pues sonaba ronca y poco natural.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Gordiano.

—No eres de aquí.

—He venido a buscar algo.

—Eso es una estupidez. Esto es un laberinto y el fin de un laberinto es confundir.

—Pero he conseguido encontrarte.

—¿No te habré encontrado yo a ti?

Sentí un escalofrío, no de temor, sino de inseguridad, tan profundo que me dio dolor de cabeza. Cerré los ojos unos instantes. Cuando volví a abrirlos, noté que algo había cambiado y me di cuenta de que los muros de piedra habían desaparecido. En cualquier caso, todo seguía estando oscuro. Me hallaba en la cumbre de una alta colina, bajo la luz de las estrellas, contemplando una escena campestre: un arroyo con un molino, un muro de piedra a lo lejos, un camino, una casa rural. Era mi granja, aunque la observaba desde un ángulo desconocido. La imagen, contemplada desde un cerro, pero no desde el que solía visitar, estaba extrañamente inclinada.

Ya no estábamos solos. Me volví y vi tres cuerpos desnudos, sin cabeza, sentados con las manos en los muslos en tres tocones, como espectadores de un juego o jueces de un tribunal.

—¿Quiénes son? ¿Qué están haciendo aquí? —pregunté al Minotauro—. Lo sabes, ¿no es cierto? —El Minotauro asintió—. Entonces, dímelo. —El Minotauro negó con la cabeza—. ¡Habla!

La bestia resopló, pero no dijo nada. Levantó un brazo humano y señaló algo que estaba en el suelo, a mi lado. Bajé la vista y vi una espada. La recogí y la sostuve en la mano, fascinado por la forma en que brillaba a la luz de las estrellas.

—Habla o te mandaré con ellos —dije, apuntando con la espada a los tres testigos decapitados. El Minotauro siguió callado. Me puse en pie blandiendo la espada—. ¡Habla! —repetí, y como la bestia se negase, descargué la espada con todas mis fuerzas y le corté el cuello. Cuando su cabeza rodó vi que el Minotauro era hueco por dentro; su cuerpo sólo era un disfraz y su cabeza una máscara. La verdadera cabeza empezó a salir del interior. Retrocedí, sintiendo un intenso dolor en las sienes.

Entonces supe la verdad.

Y entonces desperté con un martilleante dolor en la cabeza. Alguien me tocó el hombro y me dijo en voz baja:

—Todo va bien, no te muevas. Estás a salvo. ¿Puedes oírme?

Abrí los ojos y volví a cerrarlos de inmediato ante la brutal descarga de luz. Si me estaba quieto, el dolor disminuía. Contuve la respiración y escuché mis propios gemidos. Me puse una mano en la cara y lentamente fui abriendo los ojos otra vez, no a la potente luz solar, como había temido, sino a la suave y filtrada luz de una tienda. Por un instante creí estar otra vez en la tienda de Catilina y me pregunté cómo había llegado allí. Si su tienda aún estaba en pie, si su campamento seguía intacto, entonces...

Bajé la mano y vi un rostro tan inesperado que me sumí en una confusión aún mayor. Un montón de cabellos rojos, un montón de pecas en una hermosa nariz y dos brillantes ojos castaños que miraban los míos; era mi amigo, el augur Marco Valerio Mesala Rufo.

—¿Rufo?

—Sí, Gordiano, soy yo.

—¿Estamos en Roma?

—No.

—¿Dónde entonces?

—Lejos, al norte, cerca de Pistorium. Hubo una batalla...

—¿Estamos en el campamento de Catilina?

Suspiró de tal forma que en el acto supe que ya no existía tal lugar.

—No, en el campamento de Antonio.

—Entonces...

—Tienes mucha suerte de estar vivo, querido amigo.

—¿Y Metón? —Se me encogió el pecho.

—Fue Metón quien te salvó.

—Sí, pero...

—Está vivo, Gordiano —dijo Rufo, comprendiendo mi temor.

—¡Gracias a los dioses! ¿Dónde está?

—Pronto estará aquí. Cuando vi que te agitabas tanto, envié un hombre a buscarlo.

Me senté, apretando los dientes por el dolor que sentía en la cabeza. Parecía que tenía intactos los miembros y el torso. Miré a mi alrededor y vi que no había nadie en la tienda más que Rufo, sin contar, claro está, los pollos que había en las jaulas amontonadas junto al toldo de la tienda. El verlos me hizo sentir hambre de repente.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la batalla?

—Eso fue ayer.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Tu hijo es un joven muy valiente. Cuando vio que habías caído, corrió hacia ti y te puso a salvo, tras las líneas, llevándote más allá del campamento, entre las rocas que hay al pie de las montañas. Debe de haber quedado extenuado. Estaba herido...

—¿Herido?

—No temas, Gordiano, no fue nada de importancia. Se aseguró de ponerte fuera de peligro y luego debió de desmayarse del cansancio. Lo encontraron inconsciente a tu lado.

—¿Quién lo encontró?

—Después de la batalla, las reservas de Antonio salieron a rastrear los montes. Tenían órdenes de hacer prisionero a todo el que quisiera entregarse y presentar batalla sólo a los que ofrecieran resistencia. ¿Sabes con cuántos prisioneros volvieron? Exactamente dos: Metón y tú, los dos inconscientes. De todo el ejército de Catilina sólo vosotros habéis sobrevivido; ante tal rareza se pensó que debería venir un augur a verlo. Me llamaron y, en cuanto vi que erais vosotros, os puse bajo mi protección y ordené que os llevaran a mi tienda. Cuando despertó, Metón me explicó cómo habíais

llegado al campamento de Catilina. El chico salió hace un rato a buscar comida.

—Espero que la encuentre —dije, agarrándome el estómago—. No sé qué tengo más vacío, el estómago o la cabeza. Dices que sólo dos... Entonces, Catilina...

—Cayó con todos los demás. Murieron como valientes y se llevaron muchas vidas con ellos. Los soldados llevan toda la mañana comentándolo; dicen que jamás habían encontrado tanta resistencia en un adversario tan inferior numéricamente. Todos los capitanes de Catilina murieron en primera línea. Mantuvieron con bravura sus posiciones hasta la muerte. Pero exigieron a cambio una terrible compensación: antes de acabar la batalla, los mejores soldados de Antonio estaban muertos o heridos de gravedad.

—¿Y Catilina? ¿Cómo murió?

—Lo encontraron lejos de sus hombres, entre las filas enemigas, rodeado de cadáveres de adversarios. Su ropa, su armadura y su carne tenían el mismo color, todo estaba empapado en sangre. Tenía más heridas de las que se podían contar, pero aún respiraba cuando dieron con él. Me llamaron para que escuchara su última voluntad, si todavía era capaz de hablar, pero no abrió los ojos ni murmuró una sola palabra. Hasta que expiró no perdió esa expresión de obstinada altanería que le granjeó el odio de tantos hombres.

—Y el amor de muchos otros —dije sosegadamente.

—Sí.

—Conozco esa expresión. Me gustaría haber visto su cara.

—Todavía puedes hacerlo —dijo Rufo. Pero antes de que me diera tiempo a preguntarle qué quería decir, me llegó de fuera un súbito gemido de dolor, tan agudo que me heló la sangre—. Así llevamos toda la mañana —dijo Rufo suspirando—. Ningún grito de júbilo o victoria, sólo lamentos. Los hombres vagan por el campo de batalla, unos para despojar a los muertos de su armadura, otros para ver el escenario de la batalla a la luz del día, como es costumbre. Dan la vuelta a los cadáveres encogidos que yacen en el suelo ¿y quéencuentran? Rostros de amigos y parientes, de hombres con los que crecieron. Ha sido una victoria amarga.

—¿Por qué viniste, Rufo?

—Para prestar mis servicios como augur. Para leer los auspicios antes de la batalla.

—Pero ¿por qué tú?

—El Sumo Pontífice me eligió —dijo, y luego me miró sagazmente—. Lo cual es otra forma de decir que vine a petición de César.

—Para ser sus ojos y sus oídos.

—Si lo prefieres así... Como augur puedo tener conocimiento de todo lo que ocurre sin necesidad de mancharme las manos con sangre romana. Asisto a los consejos de guerra, pero no hago la guerra. Sólo interpreto los designios de los cielos.

—En otras palabras, estás aquí como espía de César.

—Si se puede llamar espía a un hombre al que todo el mundo conoce.

—¿Es que no acaban nunca las intrigas?

—*Nunquam* —dijo, moviendo gravemente la cabeza.

—Supongo que Antonio no albergó en ningún momento la más mínima duda sobre lo que iba a hacer. Catilina tenía la esperanza de que pudiera vacilar.

—Y lo hizo, a su manera. Le sorprendió un fuerte ataque de gota poco antes de la batalla y tuvo que poner al mando a uno de sus lugartenientes. Durante la batalla, Antonio tuvo que permanecer acostado y con la tienda cerrada a cal y canto. Nadie puede decir que fracasara en la persecución de su viejo amigo Catilina, como le acusó en su momento el Senado; pero tampoco se puede decir, estrictamente hablando, que tomara parte en su destrucción. El viejo cabrón pronto estará libre para disfrutar del lucrativo gobierno de Macedonia que le sacó hábilmente a Cicerón, y Roma tendrá un hipócrita menos en el Foro.

Moví la cabeza y sentí una intensa punzada de dolor.

—Tengo la cabeza como una calabaza pasada.

—Eso es lo que parece —dijo Rufo sonriendo—. Tienes un chichón en la frente del tamaño de una nuez.

Se oyó un ruido en la entrada de la tienda. Giré la cabeza con demasiada rapidez y me caí hacia atrás dándome con el catre y soltando un grito de dolor. Mi aspecto debía de resultar peor de lo que imaginaba, pues al instante estaba Metón a mi lado abrazándome y preguntando a Rufo entre dientes:

—¿Está...?

—Tu padre está bien, sólo tiene un fuerte dolor de cabeza.

Abrí los ojos y vi a Metón un instante antes de que las lágrimas me empañaran su imagen. Parecía como si me quitaran parte del dolor que sentía detrás de los ojos, lo cual era de agradecer, pues tenía muchas lágrimas que derramar. Pero las lágrimas no volverían a hacer de Metón lo que había sido antes. Rufo me había dicho que no había recibido heridas de importancia, y viendo el nivel de sufrimiento que nos rodeaba yo diría que estaba en lo cierto, pues Metón seguía andando y respirando, y conservaba intacto el cuerpo. Pero la hoja que le había segado un trozo de la oreja izquierda y que le había abierto un surco hasta la comisura de la boca le dejaría una cicatriz que llevaría el resto de su vida.

A Metón le resultaba imposible hablar; era, además, poco aconsejable que lo hiciera, pues el movimiento de la mandíbula podía abrir la herida. Le habían pasado una venda por la parte inferior de la mandíbula, de modo que no podía abrir la boca. Cuando le vi, se había quitado la venda para comer.

Hablar no me resultaba mucho más fácil que a él, ni tampoco escuchar, debido al punzante dolor de cabeza. Tal vez fuera mejor así, pues las palabras no podían sino embrutecer los sentimientos que compartíamos en aquel momento.

Me las arreglé para comunicarle lo del tercer cadáver que había aparecido poco antes de que yo abandonara la granja y también el sueño del Minotauro, y lo que había deducido de él. Ya sabía quién era el responsable de la aparición de los cuerpos, y por qué y con ayuda de quién los había dejado en nuestra granja. Metón se sorprendió al principio y me interrogó hablando entre dientes, pero cuando le puse delante los datos y pruebas que en ese momento se me ocurrieron, se mostró de acuerdo conmigo respecto al significado del sueño.

Deseaba intensamente volver a casa. Ahora que Metón estaba a salvo, me preocupaba la seguridad de Bethesda y Diana, a las que había dejado a merced del Minotauro. ¿Habría acudido Eco, como le pedí que hiciera? Aun así, y aunque hubiera llevado consigo a Belbo y una docena de guardaespaldas, temía que no fueran capaces de protegerlas, pues no sabía de qué tenían que guardarlas. El Minotauro estaba cada vez más desesperado y recurría a tretas cada vez más retorcidas. Pero cuando me puse de pie e intenté vestirme, lo único que conseguí fue volver a caer en la cama. Galopar a lomos de un caballo hubiera sido un martirio imposible de soportar.

Rufo me ofreció nepente para el dolor y para ayudarme a dormir. Lo rechacé, diciendo que habría heridos en el campamento con dolores mucho más fuertes que los míos, y que podrían utilizar aquella dosis de olvido para entregarse mejor a la muerte. Aun así, debió de ponerme alguna sustancia en el vino que me trajo después, pues, a pesar de los dolores y del peso de mis preocupaciones, me sumí en un sueño sereno y reparador en el que no había minotauros ni ningún otro monstruo.

Sólo me desperté una vez por la noche, en medio de una oscuridad iluminada por una sola lámpara y del sonido de dos voces que conversaban plácidamente.

—Pero el águila del Auguráculo y el águila de Catilina... —decía Metón con voz amortiguada por la venda.

—Sí, estoy de acuerdo, eran señales y supiste interpretarlas bien —dijo Rufo—.

Fue deseo de los dioses que lucharas al lado de Catilina.

—¡Pero tendría que haberme quedado con mi padre! Sólo conseguí apartarle de Bethesda y Diana cuando más le necesitaban, cuando necesitaban que los dos los protegieramos. Si les ocurriera algo...

—No puedes culparte de nada, Metón. Hay fuerzas superiores a nosotros que nos guían por este mundo, tal como los vientos empujan las velas de los barcos o hacen que las semillas dancen en el aire. Ceder al viento que te empujaba hacia aquí no fue una locura.

—¡Pero si ése era mi destino, tendría que haber muerto luchando al lado de Catilina! Estaba preparado; no tenía miedo. Pero cuando vi caer a mi padre, tuve que ir a su lado. Cuando vi que aún estaba vivo, abandoné la lucha y lo puse a salvo con intención de volver, pero las fuerzas me abandonaron y caí inconsciente. ¡Debería quitarme la vida con mi propia espada!

—No, Metón. Antes me dijiste algo sobre el estandarte del águila. Dijiste que poco antes de acudir al lado de tu padre, viste que el águila se tambaleaba y caía.

—Sí, a Tongilio lo alcanzó una flecha en el brazo. El estandarte cayó y no hubo nadie que lo recogiera.

—¿Es que no lo ves? Se nos apareció un águila en el Auguráculo para indicar el inicio de tu vida como hombre. Cuando viste por primera vez el águila de plata de Catilina, la reconociste como señal y la seguiste hasta aquí e incluso hasta el campo de batalla. Pero cuando esa águila cayó para no volverse a levantar, quedaste liberado. Habías hecho lo que tenías que hacer. Fue la forma en que los dioses te dijeron que abandonarás a Catilina, a quien los mismos dioses ya no podían ayudar tampoco, y que fueras al lado de tu padre, a quien sólo tú podías socorrer. Hiciste lo justo.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, Metón.

—¿Entonces no soy un cobarde o un necio?

—Seguir un sueño no es nunca un acto de cobardía; dejar ese sueño a un lado en la plenitud del tiempo es lo contrario de la necedad. Llevar un hombre a cuevas cruzando un campo de batalla no es un acto de cobardía; hacerlo por tu padre no te convierte en necio, sino en un auténtico romano. Mira, parece que tu padre se agita. ¿Gordiano? No, creo que sigue durmiendo. No, mira, está sonriendo; debe de haber cesado el dolor.

A la mañana siguiente me sentía muchísimo mejor. Las largas horas de sueño y la dosis de nepente debieron de contribuir a ordenar los dispares humores que concurrían en mi cabeza, y la nuez de la frente se había convertido en un insignificante garbanzo. Rufo insistía en que aún no estaba preparado para viajar, pero ante mi obstinación dijo que nos proporcionaría caballos.

—Entonces ¿no somos prisioneros? ¿Somos libres para marcharnos? —pregunté. Rufo sonrió.

—Un augur que viene en representación del Sumo Pontífice tiene ciertos privilegios. Digamos que, como el nepente, he tenido la facultad de inducir al olvido. Oficialmente, ninguno de vosotros ha estado aquí. No se han hecho prisioneros en la batalla de Pistorium; todos los hombres de Catilina murieron en combate. Eso será lo que se comunique al Senado y eso dirán los historiadores. Sois increíblemente afortunados, no por estar vivos sino por teneros el uno al otro. Fortuna te sonríe, Gordiano.

—Entonces ruega para que me siga sonriendo —dije, pensando en la granja y en lo que podía haber ocurrido durante mi ausencia.

Nadie se fijó en nosotros cuando montamos en los caballos y nos abrimos paso entre los muchos senderos y caminos provisionales que serpeaban entre las tiendas y las fogatas. Aún reinaba un ambiente sombrío, pero estaba también ese toque de

anarquía que penetra en tales campamentos cuando se ha ganado la batalla y ya no hay peligro. Los hombres estaban sentados en grupos, bebiendo vino, comentando los detalles de la batalla y jugándose el botín que habían arrebatado a los muertos.

Pasamos junto a la tienda del general en jefe, en la parte trasera del campamento. ¿Seguiría Antonio ocultándose dentro, con dolor de gota? Sonreí ante esa idea, pero se me borró la sonrisa de inmediato cuando vi el trofeo atravesado en la punta de una lanza en la puerta de la tienda. Metón debió de verlo también en el mismo instante, pues le oí chascar la lengua.

Entonces supe lo que había querido decir Rufo al afirmar que podría volver a ver la cara de Catilina.

Guardaban el trofeo para llevarlo a Roma y enseñárselo al Senado y al pueblo como prueba de su derrota. Los que le habían temido podrían respirar tranquilos; los que habían deseado su triunfo verían hechos añicos sus deseos; los que tal vez deseaban imitarle recibirían una buena advertencia. «Veo dos cuerpos. Uno es delgado y débil, pero tiene una gran cabeza; el otro es grande y fuerte, pero no tiene cabeza», había dicho Catilina en el Senado. Ahora la ensangrentada cabeza de Catilina coronaba un asta a la puerta de la tienda de su verdugo. Ya no era de utilidad para nadie. La expresión de presuntuoso desdén, congelada en su rostro, estaba siendo devorada por las imperturbables moscas que zumbaban en torno a sus ojos y sus labios.

Tragué saliva con esfuerzo. A mi lado, Metón hizo un sonido curioso, un sollozo amortiguado por la venda que le sujetaba la mandíbula. Nos quedamos parados largo rato, mirando a Catilina por última vez. Fue Metón quien dio la vuelta primero, tirando con fuerza de las riendas y poniendo su caballo al galope. Lo seguí a toda velocidad a través del campamento; a nuestro paso los soldados, atónitos, agitaban los puños y nos maldecían, y los esclavos se agachaban para recoger la carga que se les había caído. Metón no redujo la velocidad hasta que hubo abandonado totalmente el campamento.

Capítulo Cuarenta

En el camino de vuelta encontré el ánimo de la gente del campo parecido al de unos días antes, cuando me dirigía al norte en busca de Metón, ya que la noticia de la derrota y muerte de Catilina aún no se había difundido. Tampoco tenía ganas de ser yo el primero en hacerlo, de modo que mantuve la boca cerrada en todos los lugares donde paramos. Era difícil hacerlo cuando oía hablar del glorioso futuro que traería Catilina, o escuchaba las mismas bromas de siempre sobre la seducción de la vestal, o cuando se criticaban severamente sus viles costumbres y locos planes. Temí que Metón acabara por estallar y se le volviera a abrir la herida, pero aguantó todo lo que oyó decir acerca de Catilina con el estoicismo taciturno y serio de un auténtico romano.

Cuando por fin nos aproximamos a la granja y el paisaje se tornó más familiar, sentí una inyección de estímulo. Una ligera neblina cubría el suelo, suavizando los duros contornos del terreno. El aire que llegaba a mis pulmones era frío y fortalecedor. Casi estábamos en casa. A lo hecho, pecho; la vida comenzaba de nuevo. Por supuesto, quedaba el enfrentamiento con el Minotauro.

Metón también se alegró de volver a casa. Cuando salimos de la Vía Casia y tomamos el sucio camino de la finca, nos lanzamos al galope. Había un esclavo apostado en el tejado de las cuadras y se irguió para observarnos atentamente mientras nos acercábamos. Muy bien, pensé, se ha mantenido una estrecha vigilancia aun a la luz del día, tal como yo había ordenado. Cuando el esclavo nos reconoció, empezó a gritar: «¡Es el amo! ¡Y el joven Metón!».

Mientras desmontábamos en la puerta de la cuadra, salió Eco de la casa. Le sonreí, pero él no me devolvió la sonrisa. Debía de haber visto la venda de Metón, pensé, y estaría preocupado. Pero luego apareció Bethesda corriendo detrás de él. No era posible que hubiera visto aún la herida de Metón y sin embargo tenía la cara congestionada de llorar. Adelantó a Eco, que avanzaba hacia nosotros como si cada paso le doliera. Bethesda me asió los brazos con tanta fuerza que pensé que me iba a desgarrar la túnica con las uñas.

—¡Diana! —dijo con voz ronca—. ¡Diana ha desaparecido! Todo cambió en un instante, como si se hubiera hecho de noche o como si el aire se hubiera helado de golpe.

—¿Desaparecido? ¿Quieres decir que...?

—Se ha perdido —dijo Eco.

—¿Cuándo?

—Desde ayer —dijo Bethesda—. Estuve con ella toda la mañana y luego comimos, pero después... Hasta media tarde no me di cuenta de que ya no estaba. La busqué por todas partes y grité su nombre hasta quedarme sin voz. Se hizo de noche y no volvió a casa. ¿Cómo pudo perderse? Conoce cada rincón de la granja y sabe que no debe salir de ella. No lo entiendo...

Miré a Eco.

—¿Y el pozo? —pregunté.

—Ya he mirado —dijo, negando con la cabeza—, allí y en todos los sitios donde se me ocurrió que podía haberse caído o hecho daño. Los esclavos han peinado la finca entera más de una vez. No hay señales de ella.

¡Metón! —exclamó Bethesda de repente, viendo el vendaje. Se apartó de mí y lo abrazó.

—¿Y los vecinos? —pregunté a Eco.

—He ido a preguntar a los cuatro. Todos dicen no saber nada. Si tuviera serias sospechas de alguno, iría encantado a quemarle la casa para obligarle a decir la verdad.

—¿Quién vio a Diana por última vez?

—No quedó satisfecha con la ración de gachas del mediodía y quiso más. Bethesda se quedó dormida, así que Diana fue a la cocina a servirse un poco más. Congrio dice que bromeó con ella por ser tan glotona y le dio otro tazón. Se lo comió en la cocina y luego salió corriendo a jugar. Pero parece que nadie la ha visto...

—¡Metón! —exclamó Bethesda cuando el joven se zafó de su abrazo y salió corriendo hacia la casa.

—¡Vamos, Eco, vayamos tras él antes de que lo mate! —exclamé, al tiempo que echaba a correr tras mi hijo menor.

Cuando llegué a la cocina, Congrio ya estaba tirado en el suelo. Estaba tumbado boca arriba, con una expresión de pánico en la mirada y las manos levantadas para protegerse la cara. Metón esgrimía un pesado atizador de hierro y golpeaba con él al cocinero. El metal producía un sonido curiosamente agradable al chocar con la blanda carne de Congrio.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde está? —preguntaba incesantemente Metón, gruñendo mientras Congrio chillaba y lloraba.

—¡Metón, ya le he preguntado yo! —protestó Eco, haciendo además de detener los golpes, aunque tuvo que retroceder de un salto cuando Metón descargó con fuerza el atizador. Tras haber apartado a su hermano, Metón reanudó la paliza, golpeando al gordo cocinero una y otra vez. No tuve necesidad de mirarle a la cara para saber la satisfacción que sentía al liberar tanta violencia contenida, pues yo sentía lo mismo. Estaba descargando toda su desesperación y amargura contra el cuerpo indefenso que pataleaba y gritaba en el suelo.

—¡Papá, deténle! ¡Va a matar al pobre esclavo! —chilló Eco.

—Tiene razones para hacerlo, pero no antes de que averigüemos lo que sabe —dije—. Ya basta, Metón. ¡Basta! —Conseguí sujetar el brazo de Metón cuando lo levantaba para asestar otro golpe. Forcejeó conmigo un instante, luego se pasó torpemente el atizador a la otra mano, como si tuviera intención de seguir pegando a Congrio, pero Eco pudo arrebatarme el arma y yo le sujeté los brazos el tiempo suficiente para permitirle recuperar el autodomínio. Entre tanto, Congrio seguía lloriqueando y jadeando en el suelo.

—¡Tortúrale, papá! ¡Hazle hablar! —gruñó Metón.

—Sí, lo haré si me obliga. —Me volví hacia Congrio con la intención de darle la patada más fuerte de su vida, pero tenía un aspecto tan patético que me contuve.

—¡Por favor, amo, no me hagas daño! —dijo entre sollozos; y cuando Metón se adelantó con aire amenazador, gritó—: ¡No sé nada!

—¡Embustero! —Ya no pude resistir el deseo de atizarle. Su chillona reacción me dio una idea del placer que había experimentado Metón—. ¡Embustero! Tendrás suerte si te dejo con vida después de lo que has hecho. ¡Y ahora dime qué ha sido de Diana o por Júpiter que te torturaré hasta que lo hagas!

Congrio se avino mansamente a razones.

□ □ □

—No debemos dejar que nos vean demasiado pronto —advertí a Metón y Eco cuando salimos de la Vía Casia. Belbo también venía con nosotros, junto con otros diez esclavos, casi todos guardaespaldas corpulentos que Eco había traído de Roma, y todos armados con dagas. Delante de nosotros, casi oculta por una arboleda, se alzaba la pequeña vivienda de la finca. Una pluma de humo ascendía de la chimenea, lo que indicaba que nuestra presa probablemente estaba allí y no había huido a Roma ni a ningún otro lugar.

—Puesto que ya estuviste aquí ayer haciendo preguntas, Eco, tal vez no se

sorprendan de verte otra vez. Lo importante es entrar y luego actuar con la mayor rapidez.

—No te preocupes, papá, ya hemos hablado de eso antes de salir de la granja —dijo Metón—. Sabemos lo que hay que hacer.

En la arboleda, ocultos por las densas ramas desnudas, los esclavos desmontaron y ataron a los caballos. Metón, Eco y yo continuamos solos. Era el momento de descanso después de la comida y no se veía a nadie fuera. Cuando llegamos a la casa, desmontamos y Eco llamó a la puerta. Nos abrió una vieja esclava canosa.

—Ah, sois vosotros —dijo, reconociendo a Eco, y entornando luego los ojos para examinarnos a Metón y a mí.

—Mi padre y mi hermano acaban de regresar de un largo viaje. Han venido a preguntar por mi hermana, como hice yo ayer.

La esclava asintió insegura.

—Sí, claro. Bueno, iré a decir...

—Eco, ¿eres tú otra vez? —canturreó una voz familiar desde dentro. Una figura que se adivinaba en el interior de la casa a oscuras se acercó a nosotros—. Ay, ojalá tuviera noticias de ella, pero me temo que no hay nada nuevo. Vaya, también ha venido tu padre. ¡Y Metón, con la cara vendada! —dijo, saliendo a la luz, apartándose un deslustrado mechón pelirrojo de la cara.

—Sí, Claudia, hemos venido a solicitar tu ayuda —dije.

—Entonces, ¿sigue sin aparecer la pobre Diana?

—Sí.

—Ay, y yo que esperaba que hubiera regresado ayer antes de caer la noche... Debéis de estar muy preocupados. —Lo estamos.

—Seguro que Bethesda estará sufriendo mucho. Jamás he sabido lo que es ser madre, ¡pero seguro que está angustiada! Siento no poder deciros nada nuevo. Ordené a mis esclavos que recorriesen mis tierras tal como me pediste, Eco, pero no han encontrado nada. Si lo deseáis, podéis mandar que lo hagan algunos de vuestros esclavos, aunque sólo sea para que quedéis tranquilos. Lo entenderé.

—¿En serio no te importaría, Claudia?

—Pues claro que no.

—¿Nos dejarías buscar dentro de los establos y demás edificios?

—Si queréis, sí. No sé cómo podría haberse metido dentro de esos sitios sin que se enterasen los esclavos ni cómo podría permanecer allí sin ser vista, a menos que se esté escondiendo a propósito por alguna razón. Pero buscad si queréis.

—¿Nos dejarías buscar también dentro de la casa, Claudia?

La máscara se le movió un tanto.

—Bueno...

—¿En tus habitaciones privadas? ¿En tu dormitorio, por ejemplo? ¿En lugares que ningún extraño vería normalmente?

—No sé muy bien lo que quieres decir, Gordiano. No creo que la niña pudiera entrar en mi casa sin que me enterara.

—Opino lo mismo.

Por un instante nos miró con expresión altanera y desafiante, luego frunció las cejas y apretó los labios haciendo un puchero.

—¡Ay, Gordiano, qué angustiado tienes que estar para hablar de ese modo! ¡Pues claro, buscad donde queráis! Hacedlo ahora mismo si os ha de servir de algo.

—Lo haremos —dije, y con la mayor rapidez y suavidad que pude, como si la tomara en brazos para besarle el cuello, la sujeté por detrás y le puse la daga en la garganta. Claudia abrió la boca y estiró el cuello como para decir algo, pero al sentir el roce del metal se encogió y contuvo el aliento. La saqué a la fría luz del sol, mientras Metón entraba en la casa y Eco llamaba a los esclavos.

No encontramos resistencia. La vieja esclava de la puerta dio un grito de alarma y

los esclavos de Claudia llegaron corriendo, algunos con dagas y porras, pero cuando vieron la situación en que se encontraba su ama retrocedieron y se quedaron observando en silencio cómo mis esclavos asaltaban el establo y el lagar, las casetas de las herramientas y los cobertizos de los esclavos, y cómo registraban la vivienda a continuación.

—Estás cometiendo un terrible error —dijo Claudia.

—El error será tuyo si has hecho daño a mi hermana —gruñó Eco, corriendo hacia la casa para ayudar a los demás en la búsqueda.

—La niña no está aquí.

—Pero alguien la trajo —dije—. No tiene sentido mentir, Claudia. Congrio te ha traicionado. Adelante, intenta soltarte. Si te cortas el cuello, será culpa tuya.

Refunfuñó y sentí la vibración de su voz en la hoja.

—¡No tiene nada que ver conmigo el que tu cocinero te haya mentido!

—No miente, Claudia; me ha dicho la verdad. Ayer enviaste a uno de tus esclavos a mi casa, un esclavo de la cocina, que fue allí a cambiar algunas de tus provisiones por otras mías, cosa que viene ocurriendo con frecuencia, cosa tan normal que nadie se percata de las idas y venidas de ese hombre. Pero en realidad fue allí para tramar un nuevo ardid con Congrio, algo que ya ha ocurrido varias veces en el pasado. Según Congrio, tu último plan tiene algo que ver con venenos. A Congrio le pareció excesivo y se negó a participar en el asunto, al menos eso afirma, así que tu hombre empezó a discutir con él. No había nadie más en la cocina, Eco estaba fuera de la casa y Bethesda dormía la siesta, así que hablaron tranquilamente en voz baja, hasta que de repente bajaron la vista y vieron que Diana estaba a menos de un paso de ellos, escuchándoles desde quién sabe cuándo. Se asustaron. Congrio le tapó la boca con un trapo y la envolvieron en una sábana. Tu esclavo había llegado con una carretilla de mano. Metieron a Diana dentro, la ataron y luego tu esclavo se marchó lo más deprisa que pudo. Mi vigilante afirma que le vio marcharse y no advirtió nada sospechoso en su actitud, pero creo que miente para ahorrarse el castigo, a no ser que esté sordo y medio ciego; aun atada y con la boca tapada, estoy seguro de que Diana hizo algún ruido o se movió en la carretilla. Como fuese, el hombre salió sin que nadie se diera cuenta de nada. Mis esclavos apenas recordaban haberlo visto, pues es un visitante habitual. ¡Era tu agente, Claudia, y estaba confabulado con mi cocinero! Así que, ya ves, sé la verdad, o lo suficiente para plantarme en tu puerta. Y ahora, dime, ¿dónde está?

—¡Pregunta a Congrio! —gritó—. ¡Ese esclavo mentiroso! ¿No ves que está haciendo algo inconfesable con tu hija y no quiere admitirlo? y ahora va y se inventa esa absurda historia. ¿Cómo te atreves a sospechar de mí?

—¿Cómo te atreves tú a seguir mintiendo? —dije, casi sin poder resistir la tentación de rebanarle el cuello.

—Si crees que está aquí, búscala. Vamos, busca a tus anchas. Tu hija no está aquí. Te aseguro que no encontrarás nada.

De repente me di cuenta de que decía la verdad. No había duda de que habían llevado allí a Diana, pero ¿seguía en la casa? No, Claudia era demasiado lista y prudente para arriesgarse a que encontraran a Diana en su propiedad. ¿Dónde estaba entonces? ¿Dónde podía haber escondido a una niña... o el cadáver de una niña?

En mi abstracción, debí de aflojar un poco la presión, pues súbitamente Claudia se escabulló y quedó libre. Cuando intenté atraparla me mordió la mano. Di un grito y Eco y Metón acudieron corriendo, pero era demasiado tarde para cogerla. Se deslizó entre su grupo de esclavos, que formaron un círculo en torno a ella y blandieron las armas.

Eco llamó a sus hombres, que salieron inmediatamente de la casa.

—Podemos con ellos, papá. Sus esclavos se pondrán a chillar y huirán en cuanto vean la primera gota de sangre.

—Atácame y no seré responsable de lo que ocurra después, Gordiano —dijo Claudia—. ¿Realmente quieres una lucha sangrienta con los Claudios?

—¡Di una palabra, papá! —dijo Metón, asiendo con tanta fuerza su daga que se le pusieron blancos los nudillos.

—¡No, Metón! ¡No quiero sangre! La venganza puede esperar. Lo único que importa ahora es encontrar a Diana y creo que sé dónde está. Eco, quédate aquí con tus hombres. Asegúrate de que Claudia no se mueve de donde está hasta que volvamos. Metón, monta y ven conmigo.

Claudia debía de conocer la mina desde siempre. Debió de acordarse de ella en seguida al pensar en un lugar apartado donde esconder a alguien. Eso deduje mientras galopábamos por la Vía Casia. Eso esperaba y al mismo tiempo lo temía.

Dejamos atrás el camino antiguo que había utilizado Catilina. Tomamos el sendero despejado que atravesaba las tierras de Cneo y subimos hasta llegar al final del tramo transitable, donde atamos los caballos y continuamos a pie. Ni Metón ni yo dijimos una sola palabra. Nuestras ideas eran demasiado afines y no nos atrevíamos a expresarlas en voz alta. El torrente que fluía hasta la catarata era rápido y frío. El agua nos lamió las rodillas. Cuando llegué a la orilla opuesta tenía los pies entumecidos, pero seguí subiendo.

¿Qué pasaría si Diana no estaba allí? El corazón me latía con tanta fuerza y me costaba tanto respirar que era incapaz de pensar en lo que haría después. ¿Y qué pasaría si estaba? Seguramente habría conseguido sobrevivir una noche, me dije. Pero ¿en qué condiciones la habrían dejado? ¿A qué terrores había tenido que enfrentarse sola en la oscuridad? ¿Qué pasaría si la niña había deambulado por la mina y había caído en un pozo?

Cada paso que daba una nueva calamidad acudía a mi mente, hasta que llegó un momento en que fui incapaz de decir si mi angustia se debía al agotamiento o al temor. Metón avanzaba a toda prisa delante de mí. Durante un momento deseé caer de rodillas, esperar pasivamente, dejar que encontrara él solo lo que hubiera que encontrar y que volviera para contármelo. Pero era imposible detenerse. Seguí caminando, maldiciendo a Claudia y a los dioses y murmurando plegarias a la Fortuna.

Por fin divisé la entrada de la mina. No veía a Metón. Ya debía de haber saltado el muro que impedía entrar a las cabras errantes y que fácilmente podía mantener prisionera a una niña como Diana en el interior. Empecé a correr y me pareció que me iba a explotar el pecho. Te has convertido en un viejo estúpido, me dije. Has dado la espalda al mundo y ¡mira ahora cómo el mundo te vapulea! Todo lo que amas ha llegado al borde del desastre por tu negligencia y tu terca obcecación. Tu vanidad te ha obnubilado el juicio, y ahora tienes que pagarlo. Abandonaste tu sensatez como un gladiador abandona sus armas; al igual que el gladiador, que o lucha o muere, sólo tienes dos opciones: seguir encontrando tu camino entre los engaños de este mundo inmundo o perecer. ¡Qué locura, huir de Roma! ¡Mira adónde te ha llevado! ¡Diana!

Llegué al muro. Quería gritar su nombre y el de Metón, pero me daba miedo no obtener respuesta. Traté de auparme cogiéndome a la parte superior del muro, pero caí a sus pies, demasiado cansado para darme impulso. Aspiré profundamente, subí de un salto, miré al otro lado y vi a Metón sosteniendo algo en sus brazos. Levantó la cabeza hacia mí y vi lágrimas en sus ojos.

—¡Metón! —Las lágrimas me corrían ya por las mejillas.

—¡Papá, papá, has venido a buscarnos! ¡Sabía que lo harías! —Lo que Metón llevaba en brazos empezó a agitarse bruscamente hasta que se soltó y corrió hacia mí. Me dejé caer a tierra y la abracé—. ¡Les dije que vendrías! ¡Se lo dije! —gritó.

La aparté un poco para echarle un vistazo. Estaba muy sucia y tenía la ropa hecha jirones, pero no había sufrido ningún daño físico. La apreté con todas mis fuerzas y me senté apoyándome en el muro, con la cara cubierta de lágrimas, tan cansado y aliviado que me pareció que iba a fundirme con la piedra.

—Se lo dije, se lo dije —insistía Diana.

Por fin le pregunté a quién se refería.

—¡A los otros! —contestó.

—¿Qué otros?

—Los otros niños y niñas. —En la lúgubre penumbra de la mina señaló una colección de calaveras cuidadosamente amontonadas contra una pared, restos de esclavos muertos hacía mucho tiempo.

—No recuerdo haber visto esos huesos amontonados así cuando estuvimos aquí con Catilina. ¿Y tú, Metón? —pregunté, confundido.

—No —murmuró.

—Lo hice yo —dijo Diana—. Yo los he reunido a todos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque estaban solos, como yo. Anoche tenía frío, papá, pero imagínate el frío que debían de tener ellos, sin piel.

La miré atentamente.

—¿Quiénes crees que son, Diana?

—Niños y niñas. Los que el malvado rey daba de comer al Minotauro. ¡Mira, se los comió a todos y sólo dejó los huesos! ¡Pobrecitos! Cuando los esclavos de Claudia me trajeron aquí ayer, supe que esto era el Laberinto. Me echaron por encima del muro y no quisieron ayudarme a subirlo otra vez, aunque yo gritaba y les decía que lo lamentarían. Pensarían que me comería el Minotauro.

—¡Ay, Diana! —dije, abrazándola con fuerza—. ¡Debes de haber pasado mucho miedo!

—No, papá.

—¿No?

—No. Metón sí lo habría pasado mal, porque a él le asusta el Minotauro, pero a mí no.

—¿Por qué no?

—¡Porque el Minotauro está muerto!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijiste tú, papá. ¿Es que no te acuerdas?

—Sí, sí, me acuerdo —dije—. Te dije que lo había matado un héroe llamado Teseo.

—Eso es. Y por eso no tuve miedo, sólo frío, y me sentía sola, porque los otros niños no podían hablarme. Y hambre, papá, tengo mucha hambre. ¿No podemos ir a comer algo? Pero que no sea de Congrio. Congrio quiere envenenarnos...

Capítulo Cuarenta y uno

Metón opinaba que debíamos cortar a Congrio en filetes y darnos un banquete a su costa. Observé que sería una cena demasiado grasienta y pesada. Además, el bribón podía envenenarse y al comérselo nos envenenaríamos nosotros también. Bethesda propuso arrojarlo al pozo y ver cómo se moría de hambre. Pero, ¿para qué contaminarlo otra vez? Eco, tan pragmático como siempre, sugirió que pensáramos en un enemigo de la familia y le vendiéramos a Congrio con toda inocencia. Era una buena idea, pero ¿conocíamos a alguien a quien odiásemos tanto?

En cuanto a Claudia, ningún castigo sería lo bastante severo. Hubo muchas propuestas al respecto. Casi todas estas complicadas fantasías empezaban con su secuestro en plena noche y acababan con imágenes de exquisita crueldad que podrían haber competido con los peores abusos de Sila. Bethesda se mostró especialmente imaginativa a la hora de idear tormentos, lo que me pareció raro, dado que el egipcio es un pueblo relativamente civilizado y tranquilo comparado con el romano. Ahora era una auténtica matrona romana que urdía la destrucción de otra matrona romana, del mismo modo que Metón había demostrado ser un soldado romano en el campo de batalla de Pistorium. Ahora todos éramos romanos, así que pensé: ¿por qué no recurrir a esa gran institución romana que era el derecho?

Mi sugerencia no despertó el menor entusiasmo. Habíamos derrotado a los Claudios una vez en los tribunales, admitió Eco, aunque con un testamento a nuestro favor y gracias a la ayuda de Cicerón. No podíamos estar seguros de volver a ganar de nuevo y, además, bastaba con ver la lentitud de los juzgados en la disputa por los derechos del arroyo. La justicia y los tribunales romanos se habían convertido en simples herramientas de los poderosos para atacarse entre sí o para defenderse de los más débiles. Como en los tiempos anteriores a la República, los hombres se veían obligados a tomarse la justicia por su mano si buscaban satisfacción, y así deberíamos obrar nosotros si queríamos que Claudia pagara por lo que había hecho.

Y estaba el asunto de los otros Claudios, señalé, que nos rodeaban como un ejército enemigo. Ninguno se quedaría de brazos cruzados si hacíamos daño a Claudia. Bastante nos odiaban ya. ¿Qué harían si se derramaba una gota de sangre de los Claudios? ¿Íbamos a vivir matándonos y secuestrándonos siempre? ¿Qué clase de vida era ésa?

El segundo día después de nuestro regreso, por la mañana, tras haber escuchado todos los argumentos y exigencias de acción de los miembros de la familia, hice uso de mis prerrogativas como padre y anuncié que llevaría el asunto a mi manera. Mis decisiones eran definitivas e indiscutibles. Una vez aclarado este punto, me retiré a la biblioteca y escribí una breve nota; mandé a un esclavo que la llevara y le aconsejé que, al acercarse a la casa de Claudia, tuviera la prudencia de levantar los brazos para advertir que no iba armado.

Claudia:

Hay asuntos que debemos discutir en privado y en terreno neutral. Nos veremos a mediodía en el cerro, en el punto de costumbre. Iré solo y desarmado, y te juro por la memoria de mi padre que no pienso hacerte ningún daño. Tu presencia allí me indicará que vas en las mismas condiciones. Nada podemos ganar con nuevas hostilidades y creo que podemos llegar a un acuerdo. Tal es la más sincera esperanza de tu vecino,

GORDIANO

Hacía un día despejado y no soplaban viento en el cerro, como había temido que pudiera suceder. En general, era un día benigno para estar a finales de enero, un mes con desastres más que suficientes para lo que quedaba de año.

Me senté en un tocón y eché una ojeada a la granja; una escena tan plácida que resultaba difícil creer que en ella se dieran tanto engaño y perversidad. El sol estaba bajo y parecía inmóvil en el cielo mientras yo esperaba. Fue una larga espera, tan larga que llegué a pensar que Claudia no acudiría. Entonces oí un silbido y la vi asomar entre los arbustos.

Tenía su aspecto de siempre: dedos como salchichas, mejillas redondas como ciruelas y el cabello rojo y recogido descuidadamente en lo alto de la cabeza. Llevaba una larga túnica de lana y encima un grueso manto. Se acercó sin decir palabra, tomó asiento en el tocón vecino y se unió a mí en la contemplación del panorama. La miré directamente a la cara, pero permaneció inmóvil. Noté que tenía cortes en el cuello donde yo había apretado la daga. De vez en cuando se llevaba la mano a la garganta y se tocaba las costras.

Al cabo de un momento dijo:

—¿Por dónde quieres que empecemos?

—Por el principio. Antes que nada, quiero que me cuentes la verdad. ¿Tuviste algo que ver con la muerte de tu primo Lucio?

Mi pregunta la impulsó a girar la cabeza y mirarme a los ojos, pero sólo un instante.

—¿Cómo puedes siquiera pensar...?

Levanté una mano.

—Nada de bonitos gestos de indignación, Claudia. La pregunta sólo precisa una sencilla respuesta: sí o no.

—¿Si maté a Lucio? ¡Qué pregunta! ¡Por supuesto que no! Murió en el Foro, delante de cientos de personas, de un dolor en el pecho. Muchos hombres mueren así a diario. Es del todo natural.

—¿No hiciste nada para ayudar a la naturaleza? Un poco de veneno...

—¡Pues claro que no, Gordiano!

Observé su perfil mientras ella miraba la granja.

—Te creo. No tenía ninguna razón especial para pensar que lo hubieras hecho, pero quería asegurarme. Era amigo mío, ya sabes.

Nos quedamos mirando el panorama durante un rato en silencio. Resultaba evidente que era yo quien iba a preguntar y ella quien iba a responder. No tenía prisa.

—Cuando te presté a Congrio para que cocinara durante la reunión familiar —dije finalmente—, ¿fue cuando le sobornaste?

Claudia se encogió de hombros.

—No me fue difícil. No le gustas y desprecia a tu esposa. Algunos esclavos no soportan el hecho de trabajar para antiguos esclavos. A Congrio le ocurre eso. El orgullo viene acompañado de talento, algo que a él le sobra, como ya sabrás. Llevaba toda la vida trabajando en la respetable casa de un amo patricio y de repente se encuentra con que pertenece a... Bueno, no vale la pena mencionar tus antecedentes.

—Así que dijiste a Congrio que si te ayudaba te convertirías en su nueva ama y él aceptó hacer de agente tuyo en mi casa. —Algo así.

—¿Puedes creer que durante mucho tiempo sospeché que era Arato quien me traicionaba?

—¿Arato? —dijo Claudia—. Deberías conocerle mejor. Lucio siempre decía que era el esclavo más fiel que había tenido. Ningún hombre soñaría con un capataz mejor para llevar la granja.

—Eso he ido viendo poco a poco. Pero volvamos a Congrio. Cuando apareció el primer cadáver, ¿fue Congrio quien lo puso en las cuerdas?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Ya debes de haberle sonsacado toda la historia a él.

—Parte de la historia. Otros fragmentos los he compuesto solo, pero hay ciertas cosas que sólo tú sabes. Bien, entonces, todo comenzó el día que empezamos a quemar el heno estropeado. Había muchas hogueras en la granja y mucho humo en el

aire. Apareció uno de tus esclavos, supuestamente para traer una cesta de higos, obsequio tuyo, a cambio de lo cual yo te regalé unos huevos frescos. Pensé que el hombre había venido a enterarse de la razón de la quema, pero en realidad estaba allí para decidir con Congrio la forma de dejar el cadáver. Recuerdo que estuvo mucho tiempo en la cocina; creí que estaba probando las natillas de Congrio. Al día siguiente llegó una carreta llena de provisiones. Congrio me dijo que venía de Roma y que había tenido que hacer el encargo por su cuenta a causa de la indiferencia de Arato. Me enfadé con Arato y dejé de pensar en Congrio. Aun así, me sorprendió que insistiera en descargar las mercancías él solo. Ahora sé por qué: entre las ollas y cazuelas iba el cadáver. La carreta procedía de tu granja, no de Roma. Congrio sacó el cadáver, siguiendo las instrucciones que tu agente le había dado el día anterior, y se las arregló para esconderlo en la cocina y llevarlo luego a las cuadras. No me extraña que sudara y temblara tanto cuando le vi. —Apoyé las manos en los muslos—. Ahora dime: ¿quién era Nemo?

—¿Nemo?

—Así llamé al cuerpo descabezado. Por su cuerpo, era difícil decir si se trataba de un esclavo o de un hombre libre. Si era esclavo, no se dedicaba a tareas duras ni trabajaba en el campo. Nemo era tu cocinero, ¿verdad?

Claudia me miró de reojo.

—¿Cómo lo supiste? Ni siquiera se lo dije a Congrio.

—Me lo dijiste tú misma, pero en ese momento no me di cuenta. ¿Recuerdas la nota de agradecimiento que me enviaste a la vuelta de Congrio, dándome las gracias por habértelo prestado? —Saqué el trozo de pergamino seco que llevaba guardado en la túnica—. La conservé. No sé por qué, pero me llamó la atención lo efusiva que fuiste manifestando tu gratitud. Supongo que fui un sentimental al guardarla, pero me conmovió tu gratitud. En la nota también decías algo más. Déjame que te lea: «Salud, vecino, y mi gratitud por haberme prestado a tus esclavos, etcétera, etcétera... especialmente a tu jefe de cocina, Congrio, que no ha perdido ni una pizca de la maestría de que hacía gala en los tiempos en que servía a mi primo Lucio. Te estoy doblemente agradecida, ya que mi cocinero cayó enfermo en mitad de los preparativos, por lo que Congrio resultó ser no solamente de gran ayuda, sino indispensable». Así que tu cocinero estaba enfermo. Y más tarde murió.

—¿Cómo lo supiste?

—¡Me lo dijiste tú! Aquí mismo, en el cerro, un día que estábamos en el lado este. Estábamos mirando la Vía Casia, tú, Metón y yo, y nos diste unos pastelillos de miel. Dijiste: «Mi nuevo cocinero los ha hecho esta misma mañana. No es Congrio, pero tiene buena mano para los dulces». Tu *nuevo* cocinero, Claudia, porque el antiguo, el enfermo, había muerto. Y como detestas tanto el derroche (¡ni siquiera te puedes permitir tirar un trozo de pastel!), encontraste utilidad hasta para el cuerpo de tu cocinero muerto; te serviría para asustarme y forzarme a abandonar la granja. A Nemo no lo mataron. Murió de una enfermedad y, una vez muerto, hiciste que le cortaran la cabeza para que nadie le pudiera reconocer cuando apareciera en mi granja. Pero alguno de los esclavos que te había enviado con Congrio podía haber visto el cadáver y haberlo reconocido.

—Unes todas las piezas como si se tratara de un rompecabezas, Gordiano. ¿Y no te aterrorizó la aparición del cadáver?

—Me asustó, y mucho, pero en ese momento tenía razones para pensar que sabía quién lo había dejado en las cuadras y por qué, y que no tenía nada que ver con mis vecinos ni con mi estancia en la granja. Oculté el incidente a los esclavos, incluido Congrio. ¿No resultó exasperante que Congrio no tuviera nada que informar a tu esclavo cuando éste volvió la siguiente vez?

—Bastante.

—Entre tanto, tenía motivos para pensar que sólo podía confiar en ti, porque los

esclavos de cocina que te presté contaban maravillas de la forma como me habías defendido ante tus primos. Fuiste tú quien sugirió la idea de que los utilizara como espías de tus primos en tu propia casa. Bromeabas diciendo que no se me ocurriera envenenaros. Bueno, jamás haría una cosa así, pero sí dije a mis esclavos que aguzaran el oído. Así que, «casualmente», lo único que escucharon fueron tus alegatos en mi favor delante de Cneo, Manio y Publio. Llegué a pensar que eras mi única aliada, por eso cuando empezaron a ocurrir cosas en la granja sospeché de todos, menos de ti. Y si hubiese llegado al extremo de tener que vender la granja por desesperación, bueno, entonces habría acudido a la única vecina que había estado a mi lado en todo momento. ¿Era eso lo que pretendías?

Claudia se revolvió.

—Algo así —dijo en voz baja.

—El primer cadáver apareció a mediados de junio. Luego, durante una temporada, no hubo nada raro. Malinterpretando la señal y su origen, pensé que eso se debía a que yo había cedido en ciertas peticiones. En realidad, aquellos días no ocurrió nada debido a tu ausencia. Te fuiste a Roma a supervisar ciertas obras en tu casa del Monte Palatino, que habías heredado de Lucio, razón por la cual no estabas aquí tramando fechorías. El segundo cadáver sin cabeza no apareció hasta mediados de julio, cuando volvimos de Roma tras el cumpleaños de Metón y las elecciones. Habías pensado quedarte en Roma todo ese tiempo, pero volviste antes, antes incluso que nosotros; en la fiesta de Metón me dijiste que estabas a punto de regresar. También te aseguraste de que conociera a tu encantador primo Manio; mi enfrentamiento con él te corroboró, una vez más, como amiga y aliada. Volviste pronto, por eso estabas aquí cuando tu primo Cneo mató al pobre Fórfex en un ataque de ira. Quizá no tenías intención de dejar otro cadáver en mi granja, pero cuando se te presentó la oportunidad como una dádiva de los dioses, tampoco ibas a derrochar un buen cadáver. Mandaste robar el cuerpo del lugar donde lo habían dejado los esclavos de Cneo. Una vez más, tu esclavo entregó el cuerpo a Congrio. Ese hombre venía con tanta frecuencia a ver a Congrio para intercambiar comida que nadie se percató de su presencia. Sabías que yo había visto a Fórfex, por lo que una vez más fue necesario decapitar el cadáver para ocultar su identidad. Deberías haberle arrancado también las manos, pero ¿cómo ibas a saber que Metón se acordaría del antojo que tenía Fórfex en el dorso de la izquierda? Eso me indujo a sospechar de Cneo. Admitió haber matado a Fórfex, pero negó haber arrojado el cadáver a mi pozo. Parecía ignorar totalmente el asunto.

—Y así era —dijo Claudia.

—Eso pensé yo. Una vez más, tenía motivos para sospechar de cualquiera menos de ti. Seguí dedicándome a los asuntos de la granja, a pesar de la enfermedad del heno y de la contaminación deliberada de mi pozo. Y también seguí con la construcción del molino...

—¡Absurdo artefacto! —soltó bruscamente Claudia.

—Sí, ahora me doy cuenta de lo frustrante que debía de ser para ti ver mi granja desde este cerro e imaginar que podía ser tuya. Imagino el desprecio que debías de sentir hacia mí por poseerla; por ver cómo avanzaba la construcción del molino, símbolo tangible de mi firme intención de permanecer aquí y hacer de ésta mi residencia definitiva. ¡Cómo debiste de odiarme cuando te invité a verlo una vez acabado! ¡Con qué nitidez podía sentir tu odio, aunque pensé que era el molino que te asustaba! Sabes esconder tus verdaderos sentimientos.

—Una mujer debe aprender a ocultar sus sentimientos si quiere obtener lo que desea. ¡Sobre todo si no tiene un padre o un marido que se lo dé! ¡O hijos que la defiendan!

De repente vi a una mujer de ojos duros como el pedernal, profundamente distinta de la matrona alegre e inocente que yo había conocido. Durante dos noches de insomnio me había devanado los sesos preguntándome cómo Claudia había sido capaz

de cometer tales atrocidades. Ahora veía a otra mujer que asomaba detrás de la que yo creía conocer, que actuaba con argucias y engaños y ocultaba sus deseos y su rabia. ¿De qué otro modo podía haberse abierto camino una mujer sola en una familia como la suya y en el mundo que la rodeaba? Por primera vez fui verdaderamente consciente de la culpabilidad de Claudia.

—Luego me volví a desorientar cuando Cneo se ofreció como comprador de la finca —dije—, aunque ahora veo que fuiste tú quien le indujo a hacer la oferta. Dijo que le habías comentado que yo estaba pasando un invierno difícil, pero pensé que no era más que simple cotilleo entre primos. De hecho le utilizaste para que me tanteara a ver si ya estaba harto de cadáveres descabezados, agua envenenada y penalidades diversas. Después de su tosco ofrecimiento, volví a sospechar de Cneo, sobre todo cuando apareció el tercer cadáver el mismo día que lo eché de mi casa. Estaba a punto de salir de viaje; no tenía tiempo para quedarme e indagar. Fue una suerte, pues de no ser así podía haber atacado a Cneo sin motivo. El tercer cadáver era el de otro de tus esclavos, ¿verdad? No mataste a Nemo, que murió de enfermedad, ni tampoco a Fórfex, porque lo hizo Cneo. Pero a este tercero sí lo mataste, ¿verdad, Claudia?

—¿Por qué dices eso? —preguntó, lanzándome una sombría mirada.

—Porque necesitabas a alguien para probar tu veneno. Ya lo habías probado una vez, con un pobre esclavo mío, muy viejo, llamado Clemente. Fue testigo casual la noche en que Congrio arrojó a Fórfex al pozo. Sus recuerdos eran vagos y confusos, pero para un esclavo como Congrio, culpable de conspirar contra su amo, hasta el viejo Clemente debía de parecerle una terrible amenaza. Congrio tenía que deshacerse de él de una manera tranquila. Y tú le suministraste el veneno: estricnina, la dulcamara mortal. Eso explica el color azulado de los labios, los vómitos y la forma de hablar arrastrada de Clemente antes de morir. Siempre sospeché que alguien había acelerado su defunción. Ahora lo sé con certeza, porque Congrio lo ha confesado todo. De todos modos, es posible que un veneno que mata a un esclavo viejo y chocho no tenga efecto sobre un hombre fuerte de cuarenta y siete años, así que lo probaste con uno de tus esclavos, ¿no es así, Claudia? —Tenía la mirada fija en un punto lejano y siguió en silencio—. ¡Pobre esclavo, tener una dueña así! y una vez que lo hubiste matado, bueno, ¿para qué tirar el cadáver, si aún servía? ¡Venga, otra señal para Gordiano! y volviste a decapitarle para evitar que alguien pudiera reconocerle, y me lo despachaste vía Congrio.

Claudia se puso de pie bruscamente.

—No he venido aquí para ser juzgada, ni por ti ni por nadie. Tu mensaje decía que querías llegar a un acuerdo y especificaba que tenías una proposición que hacerme. Hazla y ahórrame tus acusaciones.

—Siéntate, Claudia. Mal criminal es quien no puede aguantar la lista de sus delitos.

—¡Envenenar a un esclavo no es un delito!

—Ah, pero raptara una niña libre seguro que sí.

—¡Ya basta! —dijo, y dio media vuelta para irse. Le puse las manos en los hombros y empujé con fuerza hacia abajo; se sentó de golpe en el tocón.

—¡Juraste que no me harías daño! —dijo encogiéndose y sacando una larga y afilada daga. Se la arrebaté de un manotazo y se cubrió la cara. Miré rápidamente alrededor, pero no vi a nadie entre los arbustos. Había llegado armada, pero sola.

—¡Sí, Claudia, lo juré y ésa es mi intención, aunque ni los dioses ni los hombres me condenarían si te estrangulara aquí mismo! Puedes abandonar esa pose, no te sienta bien. Escucharás todo lo que tengo que decir y juntos llegaremos a la verdad. No niegues que querías envenenarme. ¡Congrio ha confesado! Te impacientaste. Pasaban los meses, las intimidaciones no surtían efecto y al final estabas dispuesta a recurrir al asesinato de un ciudadano libre. ¡Perdón, de un plebeyo advenedizo! ¿Creeías que sin mí sería más fácil presionar a Bethesda y a Eco para que te vendieran la granja? ¿O también los habrías envenenado? Querías que Congrio me envenenara. Tu agente no

dejaba de acosarle, pero Congrio se resistía. Era demasiado para él, demasiado peligroso. Había envenenado a Clemente por su seguridad personal, pero envenenar a sus amos era demasiado. Y luego la fatalidad: Congrio y tu agente fueron indiscretos y dejaron que les oyera una chiquilla. Ya conoces el resto. Lo que no sé es qué tenías pensado hacer con Diana cuando mandaste a tus hombres que la dejaran en la mina. ¿Tenían órdenes de estrangularla y dejar allí el cadáver? ¿Tenían que abandonarla viva y dejar que muriera de hambre? ¿O pensabas rescatarla viva y venderla como esclava, enviándola a una ciudad extranjera desde el puerto de Ostia mientras sus padres lloraban su muerte? —Claudia me lanzó una mirada rabiosa. Acerqué mi cara a la suya—. Dije que no te haría daño, Claudia, y lo mantendré, aunque ahora me arrepiento de haber hecho esa promesa. Deberías ser castigada, Claudia, por tu hipocresía, por tu arrogancia, por asesinato, por secuestrar a mi hija y por volver loca de preocupación y de angustia a mi esposa. Pero ¿adónde nos llevaría eso? Tus primos tienen muy mala sombra y demasiado tiempo libre; nunca volvería a sentirme a salvo si te castigara como mereces. ¡Ojalá pudiera confiar en que los dioses inclinen la balanza en contra de criaturas como tú! Pero he visto demasiadas cosas en este mundo para creer en la justicia, humana o divina. Cada uno tiene su propia justicia y la ejerce a su manera, así que tú y yo vamos a hacer un trato, aquí y ahora.

—¿Un trato?

—Un acuerdo, Claudia, a partir del cual iremos hacia delante sin volver la vista atrás. Mis hijos creen que deberíamos matarte igual que a un perro rabioso. Y a Bethesda le gustaría sacarte los ojos y hacer que te los comieras. Pero seguirás teniéndolos dentro de las órbitas gracias a mi decisión. Y mi decisión es que te quedes con esta granja.

Me miró de una forma tan inexpresiva que pensé que no me había oído. Luego miró la granja y capté un destello en sus ojos.

—¿Qué stratagema es ésta, Gordiano?

—No es una stratagema, es un trato. Tendrás la granja, tal como deseabas. Iremos a Roma, a ese lugar del Foro donde llevan los registros de la propiedad, y te firmaré la escritura. Y a cambio...

Giró la cabeza y me miró fijamente.

—A cambio me darás la casa del Palatino, la que heredaste de Lucio, completa, con todos los muebles.

—¡Decididamente, no!

—¿No? ¿De qué te sirve esa casa? No significa nada para ti.

—Es una casa espléndida. ¡Vale una fortuna!

—Sí, probablemente vale más que mi granja, teniendo en cuenta todas las estatuas que coleccionaba Lucio y los exquisitos mármoles que mandó instalar, y el elegante mobiliario de cada habitación, y la situación privilegiada que ocupa en el Palatino. Una casa valiosa, ciertamente. Estoy seguro de que piensas que un don nadie como yo no tiene derecho a vivir en una casa así, como tampoco tendría que haber heredado la finca de Lucio, pero el hecho es que Lucio quería dejarme una herencia y la tendré. Él quiso que fuera la granja, porque consideró que me agradaría, y así ha sido. Pero también es cierto que me ha causado mucho dolor. Por otra parte, tú debes de desear ardientemente esta granja. Duplicarás tus posesiones y tendrás terreno a ambos lados del cerro. Serás la envidia de tus primos, aunque, conociéndolos, yo me guardaría mucho de causarles envidia. Así que, ya ves, es un trato justo. ¿Se te ocurre alguna otra solución?

Permaneció sentada mirando la granja y empezó a temblar.

—Me condenas por conspirar contra ti, Gordiano, pero ¿cómo puedes saber lo mucho que esta tierra significa para mí? La he deseado desde niña. Solía soñar con ella durante horas imaginando que era mía. Pero la granja fue a parar a manos de Lucio. Cada año que pasaba, como seguía soltero y sin descendencia, yo me alegraba,

pues siempre quedaba la posibilidad de que me la dejara a mí, si lograba sobrevivirle. Luego, cuando Lucio murió y dejó su propiedad a un extraño de la ciudad... ¡Ah, no puedes imaginarte lo que sentí! ¡Se me había escapado de las manos para siempre! Pero ahora...

—Entonces, ¿aceptas el trato?

Aspiró profundamente.

—Dices que quieres que te ceda intacta la casa del Palatino. ¿Harás tú lo mismo con la granja?

Con qué facilidad había pasado de la nostalgia al regateo.

—Por supuesto. ¿Qué iba a hacer yo en la ciudad con los aperos de labranza?

—¿Y qué me dices de los esclavos? ¿Van en el lote de la granja?

—Menos los esclavos domésticos que traje de Roma. Sí, puedes quedarte con los braceros.

—¿Incluido Arato?

Detestaba dejarle con una dueña así, pero ¿qué sería de Arato sin la granja que había dirigido durante tantos años?

—Sí, Arato se queda.

—¿Y Congrio?

Me quedé mirando al cielo unos instantes.

—Por ley debería condenarle a muerte —dije.

—Nadie te culparía —dijo Claudia—. Aunque sé que te resultaría difícil matarle. Va contra tu naturaleza.

—No tendría por qué hacerlo personalmente. La traición de Congrio no tiene nombre: conspirar contra su amo, secuestrar a su hija. Si hiciera público su delito, seguro que reuniría a un buen número de ciudadanos dispuestos a matarlo a pedradas. Pero eso significaría también anunciar tu participación. —Claudia se mordió una uña—. También podría venderlo, simplemente para librarme de él —añadí—. Conseguiría un buen precio por un cocinero de su experiencia y habilidad. Pero ¿cómo podría meter a una víbora así en casa de otro hombre sin advertirle? No, anoche estuve dándole vueltas al asunto. Congrio va con la granja, tanto si quieres como si no. —Se le iluminaron los ojos. ¿De verdad podría comer la comida de Congrio conociendo las felonías de que era capaz? ¡Pues que se quedase con él!—. ¿Aceptas la oferta, Claudia?

Aspiró profundamente y exhaló el aire.

—Acepto.

—Bien. Entonces, echa un último vistazo y vuelve a tu casa. La propiedad aún no es tuya y hasta que lo sea permanecerás alejada de mí y de mi familia, y advierte a tus primos que hagan lo mismo. Dejaremos que los abogados se encarguen del papeleo. No quiero volver a ver tu cara nunca más.

Se puso en pie, examinó pausadamente el panorama, se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero a los pocos pasos se detuvo y giró un poco la cabeza, no lo suficiente para ver yo su rostro, pero sí para adivinar su perfil.

—Gordiano, ¿crees en los dioses? ¿Crees que Fortuna determina si prosperamos o sufrimos y que los Hados deciden la hora de nuestra muerte?

—¿De qué estás hablando, Claudia?

—Cuando aún era niña, apenas una adolescente, tuve un hijo. No importa de quién ni cómo fue, el caso es que mi padre se puso furioso. Dijo que no debía enterarse nadie, así que me escondió, y cuando llegó el día, él mismo me lo arrancó de las entrañas y se lo llevó a un lugar oculto en el Monte Argento y lo dejó allí. Lloré y grité, porque era joven, sufría terribles dolores y apenas entendía lo que estaba pasando. Le dije que había matado a mi niño, pero él me contestó que lo único que había hecho era exponerlo a la voluntad de los dioses, y que si moría sería porque ellos así lo habían querido. No me estoy justificando, mis disculpas no significarían nada para ti, Gordiano,

y tampoco para mí, pero quiero que sepas que jamás me habría atrevido a matar a tu hija directamente. Cuando ese loco de Congrio la envió a mi casa, ¿qué podía hacer yo? Decidí llevarla al monte y dejarla en la mina.

—¿Dónde podía haberse caído y morir! —dije—. ¡O morir de hambre, o de frío!

—Sí, pero ninguno de esos finales habría sido causado por mi propia mano. ¿Es que no lo ves? La dejé en manos de los dioses y éste es el resultado: tu hija está a salvo, tú tendrás una elegante casa en Roma y yo tendré la granja. Después de todo, creo que hice lo justo.

—Claudia —dije, tragando aire y apretando los dientes—, creo que deberías irte inmediatamente. ¡De lo contrario romperé mi promesa y tu cuello al mismo tiempo!

Capítulo Cuarenta y dos

—¡P apá, hay un hombre en la puerta que quiere verte! —dijo Diana casi sin aliento tras llegar a la carrera.

Dejé el rollo que estaba leyendo.

—Diana, ¿cuántas veces tengo que decirte que tenemos un esclavo para atender la puerta? No quiero que abras tú. Aquí, en la ciudad...

—¿Por qué no?

Suspiré. Al menos, su experiencia con Congrio no la había vuelto timorata. Bostecé, estiré los brazos por encima de la cabeza y miré la estatua de Minerva que había en el otro extremo del jardín. Era de bronce y estaba pintada con tanto realismo que a veces me parecía verla respirar. Era la única mujer de la casa que no me reprendía, aunque, como las demás, tampoco me escuchaba. Lucio debió de pagar una buena suma por ella.

—Además, papá, conozco a ese hombre. Dice que es un vecino.

—¡Por Júpiter! Espero que no sea uno de nuestros antiguos vecinos de la granja. —Imaginé a uno de los Claudios plantado en la puerta de mi casa y me estremecí de terror. Me levanté de la silla y crucé el jardín seguido de Diana.

Eran dos hombres acompañados de un séquito de esclavos. El que había reconocido Diana era Marco Celio. Hice un rápido cálculo y me di cuenta de que había pasado casi un año desde que fuera por primera vez a la granja a pedirme que saldara mi deuda con Cicerón. No entendía cómo le había reconocido Diana, pues se había afeitado la barba y llevaba un corte de pelo normal; el estilo que había puesto de moda Catilina el año anterior ya no se veía en Roma ese verano.

El ciudadano que estaba a su lado era Cicerón. El ex cónsul había engordado un poco desde la última vez que lo había visto cruzando el Foro, triunfante después de la ejecución de los conspiradores.

—¿Lo ves? —dijo Diana señalando a Celio—. Te dije que conocía a ese hombre.

—Ciudadanos, perdonad los modales de mi hija.

—No importa —dijo Cicerón—. Jamás me había recibido nadie tan encantador. ¿Podemos entrar, Gordiano?

El séquito se quedó fuera y Cicerón y Celio me siguieron al jardín. Un esclavo nos trajo copas y una botella de arcilla y, mientras bebíamos, observé que los dos tasaban con la mirada los objetos que les rodeaban. Cicerón estuvo un buen rato contemplando la estatua de Minerva. Sabía que él también tenía una en su casa, pero sospeché que la mía era mucho más valiosa y espectacular. Sonreí ante la idea.

—Tu nueva casa es impresionante —comentó Cicerón.

—Mucho —confirmó Celio.

—Gracias.

—Así que dejaste la granja —dijo Cicerón—. Después de lo que me costó que te hicieras con ella.

—Tu trabajo no fue en vano, Cicerón. La granja se ha convertido en esta casa, tal como la oruga se transforma en crisálida.

—Ya me explicarás eso algún día —dijo Cicerón—. Mientras tanto, bienvenido seas otra vez a la ciudad. No sé cómo llegaste a pensar que podrías vivir fuera de ella. Ahora somos vecinos, imagínate. Mi casa está a un paso.

—Sí, lo sé. Desde la terraza de mi dormitorio, en el piso superior; tengo una espléndida vista de tu casa, con el Monte Capitolino de fondo.

—Yo también soy vecino tuyo —dijo Celio—. Acabo de mudarme a un piso en un edificio que hay a la vuelta de la esquina. El alquiler es abusivo, pero últimamente he ganado mi buen dinero.

—¿Sí? —dije, pensando que sería una grosería preguntarle cómo lo había conseguido.

—¡Qué jardín tan hermoso! —dijo Cicerón—. Y qué bella estatua la de la diosa. Si alguna vez tienes intención de desprenderte de ella, estoy seguro de que podría ofrecerte...

—Creo que no, Cicerón. Al igual que esta casa, me llegó gracias a un amigo muy querido que ya no está entre nosotros.

—Claro, lo entiendo. —Bebió un trago de vino—. Pero no hemos venido sólo a admirar tu buena suerte, Gordiano. Tengo que pedirte un pequeño favor.

—¿De veras? —pregunté, sintiendo un escalofrío.

—Sí. —Parecía encontrarse algo incómodo—. Pero primero me gustaría saber si las instalaciones privadas son tan impresionantes como parecen desde fuera.

—Encontrarás una letrina al final de ese pasillo —dije. Cicerón se excusó.

Celio se inclinó hacia mí.

—Dispepsia —me dijo en voz baja—. Y vientre flojo. Este último año, peor que nunca. A veces me pregunto cómo consigue Cicerón acabar sus discursos en el Senado.

—Gracias por hacerme esa confidencia, Marco Celio.

Se echó a reír.

—La verdad es que sus digestiones mejoraron notablemente durante un tiempo cuando el Senado aprobó aquella ley en primavera.

—¿Qué ley?

—La que absolvía a todos los involucrados en la muerte de los conspiradores.

—Ah, sí, todavía no había regresado a la ciudad cuando ocurrió eso. Pero mi hijo me informó de los detalles por carta. Parece que el Senado exculpó a todo el mundo.

—A Cicerón le vino de perlas; en cierto momento llegó a temer que le llevaran ajuicio por asesinato.

—¿Y por qué no? Las ejecuciones fueron totalmente ilegales.

—¡Por favor, Gordiano, no digas eso delante de él! Por lo menos espera a que yo me haya ido.

—¿Te vas a ir tan pronto?

—No puedo quedarme. Tengo que ver a un hombre en la calle de los Tejedores para comprarle unas alfombras para mi nueva vivienda. Utiliza un tinte nuevo, exclusivo suyo. Reproduce exactamente el verde de los ojos de cierta viuda a la que quiero impresionar.

—Siempre has tenido gustos tan refinados...

—Oh, gracias.

—... que tu sentido de la lealtad me deja de piedra. Conociéndolos tan bien como los conocías, y después de haber dudado entre ambos, ¿cómo pudiste escoger a Cicerón y no a Catilina?

—¡Gordiano! Al hacer esa pregunta demuestras tu falta de gusto.

—¿Porque pone en tela de juicio tu juvenil idealismo?

—No, porque pone en tela de juicio mi sentido común. ¿Por qué iba a estar al lado de los perdedores en un conflicto así? Ah, sí, ya veo lo que quieres decir. Pero a veces, Gordiano, la conveniencia está por encima del buen gusto. —Tomó un largo trago de vino. Sin apartar la vista de la puerta por la que había salido Cicerón, volvió a inclinarse para hablarme en tono confidencial—. Pero si quieres saber la verdad del asunto, la auténtica verdad...

—¿Opuesta a la falsa verdad?

—Exactamente. Lo real es esto: en el último año no he servido ni a Cicerón ni a Catilina, aunque ambos creyeron que yo era su hombre.

—¿A ninguno de los dos? ¿A quién entonces?

—A mi antiguo mentor: Craso. —Cuando vio mi expresión de incredulidad, se

encogió de hombros—. Bueno, necesitaba que alguien vigilara a Cicerón y a Catilina y que le informara de todo lo que pudiera interesarle. Yo podía hacer las dos cosas a la vez. ¿Crees que Cicerón es el único que tiene espías por toda Roma? Además, Craso paga mucho mejor.

—Eso debes de saberlo mejor que nadie, ya que los tres te pagaban al mismo tiempo. Supongo que a veces debiste de estar confuso, sobre todo espiándote a ti mismo. ¿Craso, dices?

Sonrió.

—Esto te lo digo en confianza, Gordiano, porque sé que eres uno de los pocos ciudadanos de Roma a quien puedo confiar un secreto. Y porque sé también que no acabas de crearme.

—Me pregunto, Celio, si tú mismo sabes a quién sirves realmente.

Se reclinó en el asiento.

—¿Sabes, Gordiano? Creo que te sienta bien haber vuelto a la ciudad. Pareces mucho más relajado, mucho más agudo que cuando nos vimos en tu granja.

Un instante después Cicerón se reunió con nosotros, al parecer totalmente aliviado. Celio se puso en pie y se despidió.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó Cicerón.

—Le gustan las alfombras y los ojos verdes —dije.

Cicerón sonrió para disimular su confusión. Celio se marchó. —Como te iba diciendo, tengo un pequeño favor que pedirte, Gordiano.

—No sabía que te debiera favores.

—¡Gordiano, mira a tu alrededor! —dijo, señalando el esplendor del jardín, con sus estatuas y sus fuentes—. Tú mismo has dicho que gracias a mí...

—¡Eso se acabó! Créeme, Cicerón, me he ganado esta casa a pulso, ¡cada piedra que hay en ella! —Hablé con tal apasionamiento que retrocedió para reconsiderar su embestida retórica.

—Muy bien. Pero antes de negarte, oye lo que quiero pedirte.

—Me parece que si alguien de los dos debe un favor al otro, ése eres tú. Llámalo compensación, si quieres. Hace unos meses, cuando aún vivía en el campo, unos hombres de Roma infligieron considerables daños a mi casa. Persegúan a Catilina y creían que iban a encontrarlo bajo mi techo. ¿Quién los envió a cumplir tal misión? ¿Quién les autorizó a registrar mi casa y causar tanto fastidio a mí y a mi familia? Si le hubieran encontrado, no tengo ninguna duda de que lo habrían matado allí mismo. Me impresionó tanto aquello que, por lo que a mí se refiere, fue como si cometieran un asesinato.

Cicerón hizo una mueca. No sé si era que empezaba a ponerle nervioso o que le volvía a molestar la dispepsia.

—Muy bien. Para evitar discusiones, Gordiano, digamos que soy yo quien te debe un favor. ¿Acaso es algo terrible tener como deudor al Padre de la Patria? ¿No le harías otro favor, sabiendo que tiene con qué pagarte? ¿Quieres oírme o no, Gordiano? —Dejé la copa y crucé los brazos. Cicerón sonrió—. En realidad, es algo muy sencillo. Verás, oficialmente no hubo supervivientes del ejército de Catilina después de la batalla de Pistorium...

—Eso he oído —dije—. Todos murieron en el campo de batalla.

—Sí, romanos hasta el final; por muy equivocados que estuvieran. No obstante, extraoficialmente, ha llegado a mis oídos que hubo al menos dos supervivientes en esa batalla, un hombre y su hijo.

—¿De verdad? ¿Cómo sabes eso?

—Todavía tengo espías, Gordiano. Hay algo que quiero pedir a esos supervivientes.

—Espero que no sea más venganza. Creo que ya hubo bastantes juicios y purgas en los meses que siguieron a la derrota de Catilina.

—No, no es nada de eso. Lo único que quiero de esos supervivientes es que me cuenten lo que recuerdan del discurso de Catilina.

—¿Te refieres a su arenga?

—Sí, lo que dijo a sus tropas antes de la batalla. Tuvo que arengarlas; todos los generales romanos lo hacen.

—¿Por qué estás tan interesado en eso?

—Para completar la historia de mi año como cónsul. Tengo copias de todos los discursos que pronuncié contra Catilina, y Tirón y su equipo hicieron una transcripción completa del debate que tuvo lugar en el Senado antes de las ejecuciones. Tengo copias de las cartas inculpativas que decidieron el destino de los conspiradores y una copia del discurso que pronunció el lugarteniente de Antonio a sus tropas antes de la batalla.

—Porque Antonio estaba en cama, con sabañones en los pies.

—¡Tenía gota! —exclamó Cicerón, con el semblante de un hombre que padece de dispepsia crónica—. Bueno, lo que no tengo, lo que nadie tiene, es una copia del discurso que Catilina pronunció ante sus tropas. Perdona que te hable de favores; estoy dispuesto a recompensar con plata contante y sonante al hombre que pueda acordarse de ese discurso.

—¿Tiene esto algo que ver con tus memorias, Cicerón?

—Tal vez. ¿Por qué no? La conspiración de Catilina ha sido uno de los acontecimientos más cruciales de toda la historia de la República. En cuanto al papel que yo desempeñé para abortar la conjura, hay algunos que han llegado a decir incluso que en las horas en que tuve poder absoluto encarné la visión que tenía Platón del filósofo rey. Quizás exageran, pero...

—¡Por favor, Cicerón! —Ahora era yo quien empezaba a sentirse dispéptico.

—Lo que te pido, Gordiano, es una transcripción de la arenga de Catilina. Para la posteridad. Redactada a tu conveniencia, como más te guste. Podrías escribirla en tus ratos libres o, si lo prefieres, te envío a Tirón para que le dictes.

—¿Y que escriba con su famosa taquigrafía?

—Si hablas de prisa...

Arrugué la nariz ante la idea de poner las últimas palabras de Catilina en manos de su destructor. Por otro lado, ¿por qué dejar que aquellas palabras se perdieran para siempre? ¿Qué otro legado suyo podía quedar? Jamás se erigirían en Roma estatuas a Catilina; jamás se contarían historias para glorificarle; no había dejado ningún hijo que llevara su nombre o defendiera su causa. En pocos años, lo único que quedaría de Catilina serían discursos calumniándole ante el mundo y la historia.

Y por supuesto, estaba lo del molino. Lucio Claudio lo había inspirado y Catilina había resuelto el enigma de su diseño. El molino era mi monumento conmemorativo a ellos dos. Antes de entregar la granja a Claudia había pensado seriamente en quemarlo, no considerándola digna de poseerlo. Pero la visión de su rueda girando silenciosa en el agua me hizo desistir. Decidí dejarlo tal como estaba en recuerdo de todos los que habíamos hecho posible su construcción.

El carraspeo de Cicerón me condujo de vuelta al presente.

—Aun cuando hubiese estado en Pistorium —dije— y aun cuando quisiera ayudarte, Cicerón, ¿qué te hace pensar que me acordaré del discurso de Catilina?

—Estoy seguro de que puedes, Gordiano. Tienes una memoria prodigiosa. Es tu naturaleza, por no hablar de tu oficio, lo que hace que te acuerdes de todos los detalles, sobre todo de las palabras. Con frecuencia te he oído citar palabra por palabra discusiones y declaraciones hechas varios años antes.

—Bastante cierto, Cicerón. Un hombre no puede huir de sus recuerdos. ¿Sabes de qué me estaba acordando casualmente hace un momento, cuando te vi en mi puerta? De las palabras que dijo hace años un hombre que lleva mucho tiempo muerto. Sí, fue hace algo más de dieciocho años, en tu antigua casa del Monte Capitolino, la noche

después del juicio de Sexto Roscio. ¿Te acuerdas? Llegamos a tu casa, tú, Tirón y yo, y encontramos a los guardaespaldas y lacayos de Sila en el exterior de la casa, y al dictador esperándonos en tu biblioteca.

Cicerón contuvo el aliento, como si el recuerdo de aquel encuentro aún le deprimiese.

—Claro que me acuerdo. Pensé que nos iban a cortar la cabeza a todos para exponerla en el Foro.

—Yo también. Pero Sila resultó ser un sujeto increíblemente amable, aunque no muy adulador. Dijo que yo era un perro que iba desenterrando huesos y me preguntó si nunca me cansaba de mancharme el morro de lombrices y barro.

—¿Dijo eso? No lo recuerdo.

—Cuando el pobre Tirón habló fuera de lugar, Sila le dijo que ni siquiera era lo bastante apuesto para permitirse esas libertades y te sugirió que le dieras una buena paliza.

—Muy propio de Sila.

—¿Y te acuerdas de lo que te dijo a ti?

Cicerón se puso rígido.

—No estoy seguro de saber a qué te refieres.

—«Estúpidamente osado o enloquecidamente ambicioso, o quizá ambas cosas», dijo. Un joven inteligente y un espléndido orador, la clase de persona que le gustaría reclutar; pero sabía que jamás aceptaría una oferta, porque aún tenía la cabeza llena de ideales republicanos y despreciabas la tiranía. Y luego dijo... Déjame ver si soy capaz de citar palabra por palabra: «Te engaña la piedad; te engañas con respecto a tu propia naturaleza: Soy un viejo zorro y todavía tengo buen olfato, y en esta habitación huelo la presencia de otro zorro. Voy a decirte algo, Cicerón: el camino que has elegido en la vida, al final, sólo conduce a un lugar y es el que yo ocupo. Puede que a ti no te lleve tan lejos, pero no conduce a ninguna otra parte. Mírame como si fuera tu espejo, Cicerón».

Cicerón me dirigió una gélida mirada.

—No recuerdo esas palabras.

—¿No? Entonces no deberías confiar en lo que recuerdo del discurso de Catilina.

Suavizó un poco la expresión.

—¿Y qué hacías tú en el campamento de Catilina?

—Recogía a un corderillo perdido que resultó ser un cachorro de león. Pero ¿es que no conoces todavía los detalles? ¿No te lo han contado todo tus espías?

—Hay cosas que mis espías no pueden contarme, como lo que se oculta en el corazón de un hombre. Ay, Gordiano, si hubiera sabido que ibas a ser tan sensible a la corrupción de Catilina, jamás habría enviado a Celio a solicitar tu ayuda. Pensé que lo calarías en seguida. Por el contrario, creo que al foral hasta te sedujo. Espero que no literalmente, claro —añadió riéndose.

Miré el jardín y la estatua de Minerva. Su delicado silencio consiguió sosegar me; volverse ajeno a la ira forma parte de la sabiduría.

—¿No te arrepientes de nada de lo hecho durante tu consulado, Cicerón?

—De nada en absoluto.

—¿Ninguna duda sobre los precedentes que has sentado para el futuro de esta frágil y desgastada república? ¿Ningún deseo secreto que te hubiera gustado llevar a cabo a pesar de los optimates y que representara un cambio?

Negó con la cabeza y sonrió con condescendencia.

—El cambio es el enemigo de la civilización, Gordiano. ¿De qué sirve hacer innovaciones cuando las cosas ya están en manos de los óptimos? Lo que tú consideras progreso puede que no sea más que sinónimo de deterioro y decadencia.

—¡Pero, Cicerón! ¡Eres un Hombre Nuevo! Desciendes de una familia desconocida y has llegado a cónsul. Tú representas el cambio.

—A decir verdad, un neófito de destacadas cualidades puede a veces elevarse hasta unirse a los optimates, del mismo modo que un patricio como Catilina puede caer en la ruina y la desgracia. Tal es el equilibrio que los dioses...

—¡Los dioses! ¿Cómo puedes ser ateo un día y declararte depositario del deseo de Júpiter al siguiente?

—Hablaba en metáfora, Gordiano —dijo pacientemente, como si el hecho de tomarme las cosas al pie de la letra fuera algo que debiera perdonarme.

Aspiré profundamente y miré a Minerva, pero mi capacidad de autocontrol había llegado a su límite.

—Creo que necesito estar a solas, Cicerón.

—Por supuesto. Estoy seguro de que sabré encontrar el camino hasta la puerta. —Se puso en pie pero no se volvió, sino que se quedó mirándome expectante.

—Muy bien —dije finalmente—. Envía a Tirón mañana por la mañana con todo su material de escritura. Copiará todo lo que recuerde de la arenga de Catilina. —Cicerón asintió y dio media vuelta; en sus labios se dibujaba una sonrisa satisfecha—. Puede que Tirón se acuerde de las palabras de Sila mejor que tú —añadí, consiguiendo que tensara los hombros de manera casi imperceptible.

Epílogo

Cuatro años han pasado desde la visita de Cicerón a mi casa nueva del Palatino.

Entonces pensé que el asunto había acabado, pero ahora me parece que los últimos acontecimientos van a ponerle un final más apropiado. Al igual que la estatua de Júpiter que tardó años en ser instalada, todo es simple cuestión de tiempo.

Los años transcurridos desde entonces han visto la continuada ascensión de César, que hace dos años formó una coalición (o triunvirato, como dicen en el Foro) con Craso y Pompeyo, y que el año pasado fue elegido cónsul a la edad de cuarenta y un años. Ahora César se encuentra en la Galia sofocando a una tribu rebelde, los helvecios. Le deseo todo el éxito en sus empresas militares, aunque sólo sea porque mi hijo está con él.

Poco después de regresar a Roma, Metón se alistó a las órdenes de Marco Mumio, aunque no siente afecto por Pompeyo, y ahora está con César. Su vocación militar aún me desconcierta, pero hace tiempo que la he aceptado. (Siempre se ha sentido excesivamente orgulloso de la cicatriz con que le condecoraron en Pistorium.) En su última carta, enviada desde la ciudad de Bibracte, capital de los Eduos, Metón cuenta que iban a entrar en combate contra los helvecios con una viveza que me pone los pelos de punta. ¿Cómo es posible que el muchacho tan agradable que adopté se haya acostumbrado a ver sangre y vísceras por doquier? Antes de iniciar la confrontación, escribe Metón, César ordenó alejar todos los caballos, empezando por el suyo propio, para que todos los romanos corrieran la misma suerte —gesto que me resultó familiar por mi propia experiencia en una batalla a las órdenes de un caudillo menos afortunado—. Metón asegura que César es un genio militar, pero flaco consuelo es éste para un padre que preferiría tener un hijo humilde pero vivo a uno muerto y cubierto de gloria.

Le escribo frecuentemente, sin saber nunca si recibirá mis cartas. La batalla de Pistorium nos acercó en cierto modo, pero también amplió la distancia entre nosotros. Me resulta más fácil abrirle mi corazón por carta —pues me dirijo a la imagen que evoco en mi recuerdo—que hablarle cara a cara. Mi mayor temor es que un día escriba a un joven que ya esté muerto sin saberlo yo.

Adjunto copia de dos cartas que le escribí hace unos meses, la primera en abril:

A mi amado hijo Metón, que sirve a las órdenes de Cayo Julio César en la Galia, de su padre en Roma. Que Fortuna sea contigo.

La noche es calurosa y lo ha sido más aún por el calor que desprendían las llamas que salían de un edificio cercano que se ha quemado.

Permite que te explique.

Hace un rato, leía en el jardín aprovechando la última luz del día. De pronto, noté que el cielo del atardecer tenía un extraño tinte rojizo, pero lo atribuí a la puesta de sol. Estaba a punto de pedir una lámpara cuando vino un esclavo a decirme que tenía una visita y entonces irrumpió en el jardín nuestro vecino, Marco Celio, preguntando si podía ver el incendio desde la terraza de arriba. Subimos a toda prisa a mi dormitorio; Bethesda se hallaba en la terraza, paralizada, observando cómo las llamas consumían la casa de Cicerón.

Hace unos días Cicerón huyó al destierro, hostigado por el tribuno populista Clodio. El odio general contra Cicerón ha ido en aumento de un tiempo a esta parte. Todavía hay quien elogia su virtud y los servicios prestados a Roma, pero muchos de sus más leales seguidores se han hartado de oírle repetir lo sagaz y valiente que fue al aplastar a Catilina. Desde luego, su vanidad y descortesía son ya leyenda. Craso le desprecia, Pompeyo casi no le aguanta, y ya conoces los sentimientos que hacia él alberga tu querido César. Además, eran muchas las

personas de todas las clases sociales que simpatizaban con Catilina, a pesar de no haberse unido a su ejército, y ahora están resentidas con Cicerón por la forma en que le difama incluso después de muerto.

Como tribuno, Clodio ha sido un genio a la hora de organizar al pueblo (lo llaman el Amo de la Chusma) y de acobardar (incluso aterrorizar) a los optimates. Dicen que su enconada rivalidad con Cicerón tiene su origen en un asunto personal (provocado por Terencia, la esposa de Cicerón, que acusó a la hermana de Clodio de querer romper su matrimonio yendo detrás de Cicerón. ¡Imagínate), pero Clodio no tardó en descubrir que podía desatar el fervor popular atacando públicamente a Cicerón. Para ganarse simpatías, Cicerón se dejó crecer el pelo y se paseaba por la ciudad vestido de luto, pero Clodio y su chusma le seguían a toda y partes, burlándose de él y tirándole barro, y las hordas de simpatizantes que Cicerón esperaba ver acudiendo en su defensa jamás aparecieron. ¿Qué había sido de las masas que le habían aclamado como Padre de la Patria hacía tan sólo unos años? La plebe es muy voluble, Metón.

Cicerón llegó a temer tanto por su vida que huyó de la ciudad, después de lo cual Clodio consiguió que la Asamblea del Pueblo aprobara un edicto que condenaba a Cicerón al destierro «por haber ordenado matar a ciudadanos romanos privándoles del derecho de defenderse y sin demostrar su culpabilidad», y prohibiendo que se le diera asilo en quinientas millas a la redonda. (Poco importa ya la ley que aprobó el Senado amnistiando a los implicados en la ejecución de los conspiradores.) Además, se decretó que todo el que pidiera el regreso de Cicerón sería considerado enemigo público, «a menos que regresen primero a la vida aquellos a quienes mandó matar». Clodio tiene un sentido del humor muy ácido.

Así que ahora que Cicerón se dirige a Grecia, Clodio, rabioso, se dedica a quemar la preciosa casa del viejo cónsul en el Palatino. No te estoy escribiendo a la luz de una lámpara, sino bajo el resplandor intenso y oscilante de las llamas que iluminan mi dormitorio y que no me dejarían dormir aunque quisiera. No sé adónde nos conducirá todo este caos, pero dudo que hayan acabado con Cicerón; los zorros saben deslizarse otra vez hasta sus guaridas cuando los cazadores se despistan.

Deseo que Fortuna te colme de bendiciones en tu servicio a César y pido todos los días que regreses sano y salvo.

Finalmente, esta otra carta, fechada hoy, idus de agosto:

A mi querido hijo Metón, que sirve a las órdenes de Cayo Julio César en la Galia, de su padre en Roma. Que Fortuna sea contigo.

Acabo de volver de un viaje a Aretio. Es estupendo estar de nuevo en Roma y recibir la bienvenida de Bethesda y de tu hermana Diana, que dentro de pocos días cumplirá doce años. Te mandan todo su cariño, lo mismo que Eco y Menenia, y los mellizos, que son muy revoltosos. (Tenía que haber sido abuelo a los treinta y tantos o cuarenta y tantos, como la mayoría de los hombres. ¡Me temo que ya soy demasiado viejo para eso!).

Pero tengo que decirte lo que averigüé en mi viaje a aquella zona rural. Llevaba años sin tomar la Vía Casia en dirección norte. He evitado esta carretera porque no quería volver a pasar por la granja, pero cierto asuntillo referente a un collar perdido y una esposa adúltera me obligó a ir a Aretio. (Si quieres conocer los detalles, tendrás que darte de baja como soldado, volver a casa y adoptar la profesión de tu padre.)

En el camino de ida llevaba tanta prisa que pasé por delante de la granja lo más rápidamente que pude. El Monte Argentó, el cerro, la casa, los viñedos, los huertos y los campos... Sentí una punzada de nostalgia que me duró hasta mucho después de

haberme alejado. En el camino de regreso tenía más tiempo, así que cuando me aproximé al Monte Argentó y a la granja, puse el caballo al paso.

Lo primero que vi fue que estaban derribando el muro de piedra de la parte norte de la finca. Pude ver con claridad la casa y las otras edificaciones. Busqué el molino, pero no estaba; miré con más detenimiento y descubrí sus cimientos destrozados. El molino había sido derribado.

Estuve tentado de cabalgar hasta la granja, pero me detuve en la carretera y me quedé mirando. Un poco después salió del establo una carreta tirada, por bueyes y conducida por un esclavo que se dirigía a la carretera. Cuando se acercó, vi que no era ninguno de los esclavos que habíamos tenido nosotros, así que le pregunté si pertenecía a la granja.

—Sí —contestó. Era tímido y no se atrevió a mirarme a los ojos.

Entonces, tal vez puedas decirme cuándo empezó a derribar el muro tu ama.

—No fue idea de mi ama —musitó, con expresión de perplejidad—. Fue idea del amo.

—¿El amo? —dije, preguntándome si se habría casado Claudia—. ¿Cómo se llama?

—Manio Claudio. Empezó a derribar el muro en cuanto heredó la propiedad, hace cosa de un año más o menos. ¡Y menudo trabajo! ¡Romper todas esas piedras y cargarlas en las carretas para tirarlas! Ahora que tiene todas las tierras que el ojo alcanza a ver a ambos lados del cerro, dice que ya no tiene sentido el muro.

—¿Y qué le pasó a Claudia?

—Ah, la prima del amo, la que le dejó la tierra. Murió hace un año.

—¿De qué murió?

—Fue de repente. Dicen que fue una muerte horrible. Le dieron convulsiones y se le puso negra la lengua. Dicen que debió de ser por algo que comió.

Guardé silencio un instante, tratando de asimilar aquella noticia.

—¿Y el molino de agua? ¿Por qué lo han derribado?

—Eso también fue idea del amo Manio. Dijo: «¡Esta monstruosidad es un insulto a la institución de la esclavitud!».

—Entiendo.

—Perdona —dijo el esclavo, mirando al suelo—, pero tú debes de ser el antiguo amo, el que estuvo aquí antes que Claudia.

—Exacto.

—Los viejos hablan de ti como de la edad de oro.

—¿Sí? Siempre se sobrevaloran los viejos tiempos; y nunca duran, por lo que se ve. Dime, ¿sigue siendo capataz Arato?

—Sí, el mejor que he conocido. Tiene mano firme, en los momentos buenos y en los malos.

—Así es, y espero que tus amos sepan apreciarle. Y dime otra cosa, ¿sigue siendo Congrio el cocinero?

—Lo fue, hasta poco después de que el amo heredara la granja. El amo lo manumitió y le dejó irse a la ciudad con una bolsa de plata en el cinto. ¿Te lo puedes creer?

—Sí —dije—. Me lo creo.

De este relato puedes extraer tus propias conclusiones. Contarte todo esto me hace añorarte mucho, hijo mío. Me preocupa tu seguridad. Echo de menos tu compañía. Aunque hayamos tenido nuestras diferencias, hay cosas que sólo nosotros dos entendemos, por eso eres tan especial para mí. Sin ti, nadie más se acordaría ni podría dar testimonio de ciertos incidentes que todavía me confunden y me obsesionan.

Volver a ver la granja me ha traído muchos recuerdos que rondaban desde hacía tiempo por mi cabeza. ¿Con quién sino contigo puedo hablar de mis sentimientos hacia Catilina? ¡Qué manera de malgastar mi precioso tiempo con él, sospechando y oponiéndole resistencia! Pero otra parte de mí dice: ¿qué habrías logrado con apoyarle ciegamente, entregándole tu corazón y tu alma? y una parte más escéptica aún sigue dudando de todo lo referente a Catilina y sospecha que no fue más que un charlatán encantador y muy desesperado.

Creo que no hay ninguna deidad del arrepentimiento o de la duda. ¿Qué sentido tendría cuando se supone que ningún buen romano siente tales cosas? y así, no existe altar alguno sobre el que depositar estos sentimientos, verlos purificados por las llamas y convertidos en cenizas. En lugar de eso, vivo lleno de dudas y pesar, representando mi papel sólo por el amor hacia los que están más cerca de mí, entretenido por ironías como el destierro de Cicerón y el destino de Claudia, y reflexionando, como sé que debes de hacer tú, sobre el enigma de Catilina.

Nota del autor

Pocas figuras históricas han suscitado más controversias que la de Lucio Sergio Catilina. Una generación después de su muerte, Virgilio ya lo retrata en *La Eneida* como a un alma condenada. A lo largo de los siglos ha sido considerado, en constante alternancia, como héroe o malvado. Dos obras separadas por cientos de años y miles de kilómetros ilustran la dicotomía existente con sus solos títulos: *Patriae Parricida: The History of the Horrid Conspiracy of Catiline Against the Commonwealth of Rome*, publicada por un folletista anónimo de Londres en 1683, y la obra de Ernesto Palacios, *Catilina: Una Revolución contra la Plutocracia en Roma*, publicada en Buenos Aires en 1977. En otras palabras: ¿fue un depravado insurrecto o un heroico revolucionario? ¿Un destructor de la decencia o un campeón de las clases desfavorecidas?

Ben Jonson se adhirió a la corriente clásica hostil a Catilina al escribir su *Catiline his Conspiracy*, tragedia estrenada en 1611 por los actores del rey Jacobo I y resucitada durante la Restauración. Su tema antirrevolucionario sería del agrado real. Voltaire hizo de Cicerón un modelo para la Edad de la Razón y de Catilina un representante del caos en su obra teatral *Rome Sauvée, ou Catilina*, donde los hechos históricos están totalmente falseados; según esta obra, es nada menos que César el jefe de las tropas que se han de enfrentar a los conspiradores. (Por *La Conjuration de Catilina* escrita en 1905 por Gaston Boissier sabemos que a Robespierre le llamaron el Catilina moderno.) En 1850 Ibsen escribió otra versión de *Catilina* radicalmente revisionista que retrata al conspirador como a una especie de Hamlet que lucha con su conciencia para pronunciarse en contra de la tiranía.

El problema con Catilina radica en las fuentes primarias, que se inclinan claramente contra él. Los cuatro discursos de Cicerón contra Catilina, las famosas Catilinarias, son modelos de invectiva, y Salustio, partidario de César, tenía su propia idea de los hechos cuando escribió su novelado *Bellum Catilinarium sive de conjuratione Catilinae*. El veneno de estos relatos debe aceptarse con reservas. En sus propios escritos hay evidencias de que antes y después de la conspiración Cicerón sentía cierta admiración por Catilina, y Salustio, a pesar de hacerse eco de todos y cada uno de los rumores calumniantes en torno a Catilina y sus secuaces, como un obediente informador sensacionalista, proporciona no obstante pruebas precisas que justifican sus acciones.

Muchos historiadores modernos parecen conformarse con aceptar el retrato negativo de Catilina por su valor estético, aun sabiendo que fue pintado por sus enemigos. Otros siguen la tendencia revisionista que quiere mirar tras la retórica de Cicerón y el melodrama de Salustio. En general, la revelación más clara que puede surgir de casi todas las reconstrucciones históricas es la de la opinión política personal del historiador que las realiza, por lo que Catilina se convierte en un simple puntal. Aún más patética es la postura de esos historiadores que insisten en tener la «última palabra» sobre un tema para el que no existe tal cosa, a menos que se pueda viajar en el tiempo o comunicarse con los muertos.

Afortunadamente, el novelista que narra en primera persona, liberado de cualquier pretensión de omnisciencia, puede ceñirse escrupulosamente a la evidencia histórica, aun cuando se permita desarrollar una interpretación subjetiva. Los detalles esenciales de *El enigma de Catilina*, incluidos los discursos y las diversas maniobras políticas, son auténticos. No obstante, el lector es libre en última instancia de cuestionar las apreciaciones de Gordiano y sus conclusiones, como él mismo hace. No ha sido mi objetivo restituir a Catilina, como intentó hacer Josephine Tey con Ricardo III en *The daughter of time*. Catilina sigue siendo hoy lo que debió ser en su tiempo: un *aenigma*.

Los libros engendran libros, por lo que debo expresar mi reconocimiento al primero que me hizo pensar que era dramáticamente posible escribir una novela sobre Catilina: *The Conspiracy of Catiline*, de Lester Hutchinson (Barnes and Noble, 1967), que sigue siendo mi reconstrucción favorita en forma novelada. Entre otras obras más cortas, «In Defense of Catiline», de Walter Allen, Jr. (*Classical Journal*, núm. 34, 1938), aporta apreciaciones únicas. También merece una mención especial *The Education of Julius Caesar*, de Arthur D. Kahn (Schocken Books, 1986). Sólo el título de uno de sus capítulos, «The Conspiracy of Cicero and Catilina», me impulsó a dar la vuelta a todas las interpretaciones con las que me había tropezado.

Entre las fuentes primarias, después de Cicerón y Salustio vienen las historias de Roma de Apiano y Dión, y, por supuesto, las *Vidas* de Plutarco, un tesoro lleno de jugosos detalles, como el empleo de la taquigrafía por Tirón para transcribir el debate del Senado, el altercado de Catón con César sobre la carta de amor de Servilia y el famoso enigma en sí. ¡Qué lástima que Plutarco no nos dejara una biografía completa de Catilina!

Los lectores de las anteriores novelas protagonizadas por Gordiano el Sabueso (*Sangre*

romana y *El brazo de la Justicia*, ambas publicadas por Emecé Editores) que estén interesados por su benefactor Lucio Claudio tal vez quieran saber que ha aparecido antes en algunos relatos breves, casi todos publicados en *Ellery Queen's Mystery Magazine*.

La investigación para esta novela se llevó a cabo en la Biblioteca Pública de San Francisco y a través del sistema de Préstamo Interbibliotecario; en la Biblioteca Perry–Castañeda de la Universidad de Tejas en Austin y en la Biblioteca Widener de Harvard. Doy las gracias a Michael Bronski y Walta Borawski por permitirme el acceso a esta última.

Deseo dar las gracias, como siempre, a mi editor, Michael Denny, y a su ayudante, Keith Kahla; a Penni Kimmel por la lectura del manuscrito; a mi hermana Gwyn, Guardiania de los Disquetes; y, por supuesto, a Rick Solomon, Maestro del Macintosh y de todos sus misterios.